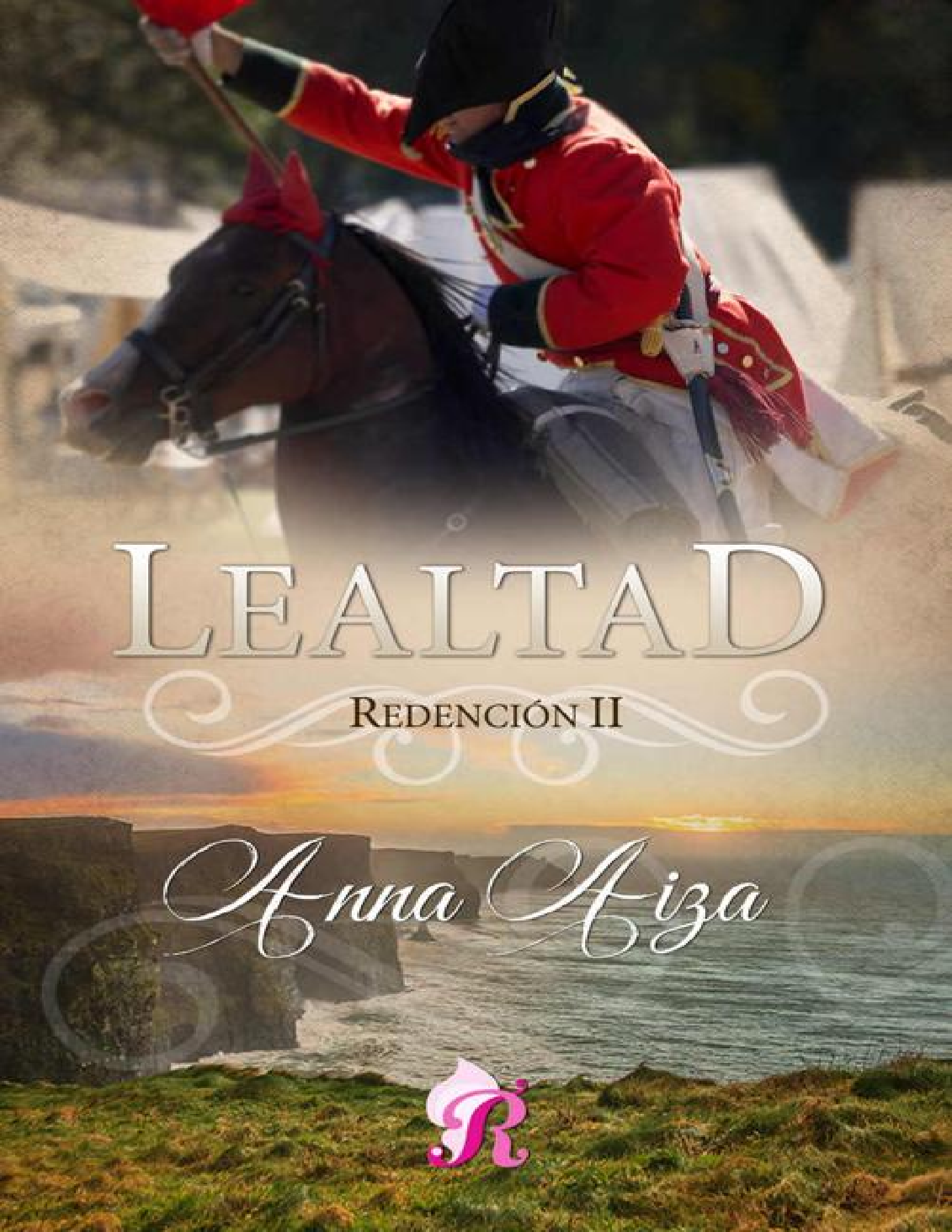

LEALTAD
REDENCIÓN II
Anna Aiza

LEALTAD

REDENCIÓN II

Anna Aiza Monzonís



OceanofPDF.com

Primera edición digital: Febrero 2023
Título Original: Lealtad
©Anna Aiza Monzonís, 2023
©Editorial Romantic Ediciones, 2023
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN: 978-84-19545-29-9

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



OceanofPDF.com

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1 Huida
CAPÍTULO 2 El viaje
CAPÍTULO 3 Londres
CAPÍTULO 4 Aprendizaje
CAPÍTULO 5 Una elección
CAPÍTULO 6 Sentimientos o entretenimientos
CAPÍTULO 7 Primera sensación
CAPÍTULO 8 Principios morales
CAPÍTULO 9 Nuevo plan
CAPÍTULO 10 Errores
CAPÍTULO 11 Un ángel
CAPÍTULO 12 Ternura y autocontrol
CAPÍTULO 13 Regreso con desconfianza
CAPÍTULO 14 Vigilancia
CAPÍTULO 15 Guardando las apariencias
CAPÍTULO 16 Dos juramentos
CAPÍTULO 17 Momentos de paz
CAPÍTULO 18 Sentir, amar
CAPÍTULO 19 Sentimientos eternos
CAPÍTULO 20 Desesperación
CAPÍTULO 21 Casualidades que sellan destinos
CAPÍTULO 22 Preseverancia Versus Bravura
CAPÍTULO 23 Condiciones
CAPÍTULO 24 Paseos y confidencias
CAPÍTULO 25 Cien libras
CAPÍTULO 26 Club de… ¿Caballeros?
CAPÍTULO 27 Eventos y presentaciones
CAPÍTULO 28 Una prematura y deseada llegada
CAPÍTULO 29 Integrarse en la familia
CAPÍTULO 30 El resurgir de una llama
CAPÍTULO 31 Mano de… cartas
CAPÍTULO 32 Un viaje y un futuro
CAPÍTULO 33 Reclutamiento
CAPÍTULO 34 Soldados

CAPÍTULO 35 Deber, muerte y ascenso
CAPÍTULO 36 Regreso y recuerdos
CAPÍTULO 37 Sentir para no sufrir
CAPÍTULO 38 Cambios de vida
CAPÍTULO 39 Cuando un alma se desgarra
CAPÍTULO 40 Renunciar a la vida
CAPÍTULO 41 Mary
CAPÍTULO 42 Una decisión
CAPÍTULO 43 Downton
CAPÍTULO 44 Estrategia
CAPÍTULO 45 Un libro y flores
CAPÍTULO 46 Inseguridades y miedos
CAPÍTULO 47 Festival de… celos
CAPÍTULO 48 Una obra, un baile y consecuencias
CAPÍTULO 49 Una florecilla herida
CAPÍTULO 50 Brighton
CAPÍTULO 51 Rosalind
CAPÍTULO 52 Noticias esperadas
CAPÍTULO 53 Una visita imprevista
CAPÍTULO 54 Una pequeña confidente y una difícil decisión
CAPÍTULO 55 Declaración de intenciones
CAPÍTULO 56 Irlanda
CAPÍTULO 57 Enfrentamiento
CAPÍTULO 58 Honor de capitán
CAPÍTULO 59 Acta de unión y regreso
CAPÍTULO 60 Revelar la verdad
CAPÍTULO 61 Una boda
CAPÍTULO 62 Un río y una sirena
CAPÍTULO 63 Una tela de encargo
CAPÍTULO 64 Devolver un favor
CAPÍTULO 65 Una inesperada rivalidad
CAPÍTULO 66 Sobre un capitán, un marinero y sus intenciones
CAPÍTULO 67 Recuperar una sonrisa
CAPÍTULO 68 Intento de persuasión
CAPÍTULO 69 Presagios del corazón
CAPÍTULO 70 Bailes, cercanía, celos
CAPÍTULO 71 Una tormenta de vida y deseo

CAPÍTULO 72 Miedos que llevan al vacío
CAPÍTULO 73 Mentir al corazón
CAPÍTULO 74 Despedida
CAPÍTULO 75 Hermanos
CAPÍTULO 76 Cambio de actitud
CAPÍTULO 77 Suposiciones dolorosas
CAPÍTULO 78 Afrontar los recuerdos
CAPÍTULO 79 Golpe de gracia
CAPÍTULO 80 Un objetivo claro
CAPÍTULO 81 Honestidad y amor
CAPÍTULO 82 Eres la única
CAPÍTULO 83 Una nueva luz
EPÍLOGO

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

Downton, Inglaterra. Junio de 1800

Sujetó la pluma tan fuerte que notó como se le agarrotaban los dedos.
Se quedó mirando el papel en blanco y comenzó a escribir.

Charles, me marcho a Londres.
Espero que disfrutéis del viaje.
Ya nos veremos a la vuelta.
George

Leyó el breve texto sabiendo que no quería decirle nada más. ¿Qué podía añadir? En realidad… nada. Aquellas simples frases eran suficientes para informarle de su partida. Era lo relevante y tampoco quería dar más explicaciones, ya que él mismo deseaba olvidar el asunto cuanto antes.

Dobló el papel para lacrarlo y escribió la dirección del hotel de Exeter que Charles le había dado antes de marcharse. Bajó la mirada hacia la carta y vio que sus dedos se agitaban en un sutil temblor.

Cerró los ojos y se tapó el rostro con las manos con tanta presión que le dolió la frente. ¿Por qué era tan estúpido? ¿Por qué siempre actuaba mal y tarde? ¿Alguna vez conseguiría comportarse como alguien digno?

Toda su vida se había movido por instintos, unos más honorables que otros, y, tanto en unas ocasiones como en otras, siempre había actuado sin pensar en las consecuencias. Desde que tenía quince años y decidió marcharse de casa hasta ayer mismo, cuando había sido realmente consciente de que ya no volvería a ser feliz.

Se levantó de la silla y empezó a dar largas zancadas por el salón.

En aquellos años había logrado éxitos, no podía negarlo, gracias en parte a su perseverancia. Pero también había acumulado malas decisiones. Y en lugar de aprender de los errores, continuaba a la deriva dejándose llevar por

esos mismos instintos que le conducían de nuevo al desastre. Y así año tras año.

La amistad de Charles era lo más auténtico y duradero de su vida. Esta le había demostrado que era capaz de conservar algo sin arruinarlo o emponzoñarlo, pero era lo único. No había conseguido que perdurara nada más en su trayectoria. Acababa por arruinarlo todo.

Dejó escapar un lamento cargado de desesperación. Avanzó unos pasos y vio de reojo su reflejo en un espejo de la pared. Se giró para observarse: el pelo rubio, los ojos azules, la expresión de seguridad… que tantas cosas le habían hecho lograr, pero también perder.

Y allí, observándose durante una fracción de segundo, volvió a ver al muchacho asustado y desorientado de quince años que había huido sin saber a qué se enfrentaba. Aquel que día a día fue descubriendo cómo era el mundo en realidad, su dureza y, a la vez, su fragilidad. Y después de un fracaso tras otro, había decidido que no volvería a involucrar su corazón para no perderlo de nuevo… Hasta que había llegado aquel momento que lo había trastocado todo.

Iba a marcharse y ya nada le haría cambiar de opinión.

Volvió a coger la carta y se la entregó al mayordomo para que saliera en el correo de la mañana.

Tenía que marcharse, no podía quedarse allí.

No iba a volver a sufrir. No volvería a pasar por lo mismo; otra vez no…

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 1
Huida

Langholm, Escocia. Octubre de 1787
Trece años antes

Dejó la botella con tanta rabia en la mesa que le provocó un respingo y parte de la madera crujió al astillarse.

Sintió que se le aceleraba la respiración, como siempre que debía enfrentarse a él.

—Eres un inútil —masculló antes de coger la botella y dar un largo trago —. No sirves ni para cuidar cerdos.

George se obligó a controlar su pulso para no mostrar debilidad. Si él notaba que estaba nervioso la paliza sería mayor.

—No fue culpa mía —respondió disimulando el temblor de la voz.

—¿Cómo has dicho?

—Que no fue culpa mía. El señor Macmillan se dejó la puerta abierta y los cerdos se escaparon. No fue culpa mía.

Vio que se le acercaba, le rodeaba lentamente y percibió el nauseabundo aliento a alcohol que le erizó la piel de la nuca.

—Eres una vergüenza para mí —le dijo pegado a su oreja y mordiendo cada palabra.

George tragó saliva en un intento vano por aclararse la garganta y que las palabras le salieran con mayor fluidez.

—Ayudaré al señor Macmillan a recuperar todos los cerdos.

—Por supuesto que lo harás —le amenazó—. Y hasta que lo consigas trabajarás de sol a sol para él, haciendo todo lo que te pida. No vas a avergonzarme más, eso te lo aseguro, porque si lo haces, te partiré esa cara bonita que tienes.

George cerró el puño para evitar que viera que la mano le temblaba como una hoja. No sería ni la primera ni la última paliza que recibiría de él,

eso lo tenía claro, pero al menos iba a encajarla con un poco de dignidad.

Levantó el rostro mirándolo fijamente. Ahora, a la edad de quince años, ya era casi tan alto como él.

Su padre entrecerró los ojos con una cruel sonrisa.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó acercándose, casi rozando su rostro.

George no respondió, pero no bajó la mirada.

—Lo que me parecía. No solo eres un inútil, sino que también eres un cobarde —dijo con tal cantidad de odio que a George le produjo un escalofrío—. Si tu madre estuviera aquí, sentiría la misma vergüenza que yo. Aunque ella era tan boba que te lo perdonaba todo.

Al nombrar a su madre sus brazos se tensaron.

Su dulce y cariñosa madre, que murió consumida por el odio y la violencia de aquel repugnante hombre al que debía llamar «padre». Su madre que, con sus tiernas caricias, conseguía calmar su dolor y que aquello que les rodeaba tuviera un mínimo brillo a pesar de la miseria que les consumía.

—No hable de mi madre —murmuró con rabia contenida.

—¿Cómo dices? —respondió ampliando la sonrisa. Disfrutaba cuando George le contestaba porque así tenía más motivos para pegarle.

—¡Que no hable de mi madre! —exclamó George alzando la voz, sin saber de dónde había sacado el valor para gritarle así.

El golpe que su padre le propinó en la cara le hizo caer al suelo y golpearse con una silla. Soltó un lamento por el dolor de la frente, mientras veía como él se arrodillaba a su lado. Se encogió, agarrándose las rodillas y esperando el siguiente golpe.

—¿Algo más que decirme? —le increpó estirándole del pelo para levantarle la cabeza.

George empezó a gritar e intentó soltarse, mientras su padre le dedicaba una perversa carcajada al ver cómo se removía para liberarse.

En aquel momento la puerta de la casa se abrió, lo que provocó que soltara de golpe a su hijo. Un hombre fornido con una larga barba pelirroja se los quedó mirando desde la entrada. Bajó la vista hacia George, que aún se mantenía en el suelo quejándose con débiles gemidos.

—¿Qué quieres, Fergus? —le preguntó molesto por aquella interrupción.

—Kellman quiere hablar contigo, Crowley —contestó mirando de reojo a George.

—Estoy ocupado hablando con mi hijo. Iré cuando termine.

—Quiere que vayas ahora.

Soltó una maldición observando a George.

—Terminaremos esta conversación cuando vuelva, no te creas que te has librado —le amenazó saliendo de la casa y dando un portazo.

George intentó incorporarse, pero se sentía mareado. Un brazo fuerte lo sujetó y lo sentó en una silla.

—Gracias, Fergus —murmuró cruzando los brazos sobre la mesa y dejando caer la cabeza sobre ellos.

—¿Cuántas veces te he dicho que no le hagas enfadar, que no le contestes, que no le digas nada?

—Da igual; si hablo, me pega porque hablo, y si me quedo callado, me pega porque no le contesto. Da lo mismo, siempre tiene una excusa.

—George, tienes que ser más listo que él. Ya lo eres. Utilízalo.

—No…, es inútil. Cualquier día me matará con una de estas palizas, igual que hizo con mi madre —dijo con un dolor indescriptible en el pecho.

Fergus lo observó con una gran compasión. Lo conocía desde que había nacido y le tenía un cariño especial.

—Ya sabes que siempre puedes contar conmigo.

George le sonrió agradecido.

—Lo sé, pero esto tengo que solucionarlo yo solo.

Cuando Fergus se marchó, pensó en lo que había dicho.

—Sí, me matará, cualquier día de estos lo conseguirá —murmuró.

Y en aquel mismo instante tomó una decisión que cambiaría su vida.

Tenía que salir de allí, no iba a permitir que lograra su objetivo, no iba a dejar que acabara con él, antes se largaría tan lejos que jamás podría encontrarlo.

Fue a su habitación; debía prepararse antes de que su padre volviera. Cogió su vieja bolsa de tela y la llenó con la poca ropa que tenía: dos camisas, un pantalón y un par de zapatos desgastados. Antes de cerrarla, abrió una caja que tenía escondida debajo de la cama y sacó un largo pañuelo de cuello de un tono amarillo con unas flores anaranjadas. Se lo acercó e intentó percibir aún su aroma. Era de su madre. El único recuerdo que tenía de ella. Lo metió también en la bolsa, fue a la cocina y sacó algo de dinero que sabía que su padre guardaba en una vasija. Cogió su chaqueta y salió de casa a la carrera.

Jamás volvería a verle. Y tampoco regresaría nunca a Langholm, el pequeño pueblo escocés que le había visto nacer y crecer. Su etapa allí terminaba para siempre.

Le dolió no despedirse de Fergus, la única persona que le había ayudado a pesar de que todo el pueblo conocía las palizas constantes que recibía. Pero sabía que él se alegraría de que se hubiera marchado sin mirar atrás.

Así que, tomando el camino principal, abandonó su pueblo prometiéndose que no volvería a pisar sus calles y dejando tras de sí la silueta de las casas grisáceas; sin lamentos, con la creciente convicción de que podría tener la vida que quisiera. Solo debía luchar por conseguirlo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 2
El viaje

Se cobijó en un viejo establo abandonado. La violenta lluvia formaba una cortina en el exterior que le impedía ver más allá de un par de metros. El tejado del establo estaba medio derruido, así que se arrinconó en una esquina para evitar que la lluvia que entraba por las grietas le mojara. Se cruzó de brazos intentando darse calor. Hacía mucho frío y la humedad era insoportable.

Había tomado el camino hacia el sur con la idea de cruzar la frontera y llegar a Inglaterra. Y seguramente lo habría logrado hacía horas si no fuera porque la condenada tormenta le había obligado a parar y resguardarse. Esperaba llegar al día siguiente y pisar suelo inglés si la lluvia no seguía impidiéndoselo. Langholm estaba a pocas millas de allí.

Su estómago empezó a protestar, tenía hambre. Con las prisas de la huida había olvidado coger comida, convencido de que podría comprar algo en cualquier población cercana, pero solo había encontrado un par de granjas aisladas en el camino y en ninguna de las dos lo habían recibido bien. Estaba cansado y hambriento y aún le dolía la cabeza por el golpe que su padre le había propinado.

Debía encontrar al día siguiente un pueblo para poder abastecerse de provisiones o, de lo contrario, no llegaría muy lejos.

Apoyó la cabeza en la pared, cerró los ojos e intentó pensar qué iba a hacer una vez estuviera en Inglaterra. No conocía el país ni a nadie que pudiera ayudarlo.

Soltó un suspiro pensando si no sería mejor quedarse en Escocia e intentar sobrevivir lejos de su hogar. Movió la cabeza apartando aquella idea al momento. Allí su padre podría encontrarlo. Las poblaciones escocesas eran pequeñas, todos se conocían a millas de distancia. Si alguien le reconocía, avisaría a su padre. Estaba seguro.

No… Llegaría a Inglaterra y una vez allí ya decidiría qué hacer y a dónde dirigirse. Debía alejarse todo lo que pudiera y en el menor tiempo posible de aquel despreciable hombre.

Poco después, todo su cuerpo empezó a relajarse por el agotamiento. Al final el cansancio venció a la preocupación y, dejándose caer en el suelo, se quedó dormido.



El sol le deslumbró a la vez que notó cómo algo se le clavaba en las costillas.

—¿Estás muerto? —preguntó una grave voz cerca suyo.

Sintió otro pinchazo en las costillas.

George gruñó y se movió lentamente; vio que un hombre a su lado le tocaba con un palo.

—Oh, bien… no estás muerto —añadió—. No tenía ganas de cargar contigo para sacarte de aquí.

George intentó incorporarse con un punzante dolor en el cuello. Había dormido encogido, con toda la humedad, y ahora le pasaba factura. Se dejó caer de nuevo al suelo.

—¿Está muerto, papá? —preguntó una aguda voz infantil.

—No, hijo, parece que no, aunque aún no estoy seguro del todo.

George se quedó mirando al hombre y al niño que estaba junto a él, que no debía de tener más de cinco años.

El niño sonrió y salió corriendo.

—¡Mamá, no está muerto!

George soltó un bufido. Parecía que toda aquella familia había decidido matarlo antes de tiempo y ahora se sorprendían de no haber acertado.

Se levantó con bastante esfuerzo.

—Buenos días, muchacho. ¿Has dormido bien en mi establo? —preguntó el hombre con un punto de impaciencia.

—Discúlpeme, no pretendía molestarles, pensaba que estaba abandonado. Empezó a llover cuando caminaba y solo encontré este lugar para guarecerme —se justificó mientras cogía su bolsa del suelo—. Ya me marcho.

El hombre se cruzó de brazos a la vez que el joven salía tambaleándose y tomaba el camino.

—¡Eh, muchacho! ¿Has desayunado?

George se giró de inmediato, notó que el agujero de su estómago lo devoraba por dentro y negó con la cabeza.

El granjero sonrió e hizo un gesto con la mano para que le acompañase.



El matrimonio se presentó como los señores Carrigan, que tenían una pequeña granja con unas cuantas ovejas. En cuanto atravesó la puerta de la casa, George reconoció el olor a pan recién hecho y creyó desmayarse por el hambre.

La mujer le acercó un plato de patatas asadas y se apartó de inmediato al ver la ansiada voracidad con la que empezó a engullirlas.

—¡Qué barbaridad! ¿Desde cuándo no comes? —exclamó el señor Carrigan, atónito.

George dio un sorbo de agua para tragar la comida y poder contestar.

—Salí ayer de mi casa y no he comido nada desde entonces —contestó dando otro bocado.

—¿Y a dónde te diriges?

—A Inglaterra —respondió con la boca llena.

—Deberías ser más preciso, Inglaterra es enorme.

George dejó de comer.

—¿Tan grande es? —Se dio cuenta en aquel instante de que jamás había visto un mapa ni se había informado de las distancias.

—Pues sí —dijo el hombre soltando una carcajada—. Deberías saber a qué parte de Inglaterra quieres ir.

—No lo sé —contestó con un hilo de voz, desanimándose por momentos.

—¿Quieres quedarte en el norte o ir más al sur?

—Quiero irme lo más lejos posible de aquí —respondió firme.

—Pues entonces al sur. Podrías intentar llegar a Londres…, aunque es un viaje largo y pesado. Tendrás que recorrer prácticamente todo el país, pero estarás muy alejado, tal como quieres, y Londres es la ciudad de las oportunidades… o eso dicen. Todo el mundo que va allí queda maravillado, y sería tu ocasión de prosperar.

Prosperar…, sí, aquello es lo que quería, ganarse la vida con un buen trabajo y conseguir su tan ansiada libertad, no depender de nadie. Sonrió animándose de golpe.

—¡Londres, pues! —exclamó.

—Eh, eh, calma ese entusiasmo —apuntó el hombre—. ¿Ya sabes cómo llegar? Porque a pie ya te digo yo que no.

—No… No lo sé. ¿Son muchas millas? Porque soy resistente aunque hoy me hayan visto así, tengo mucho aguante.

El hombre empezó a reír.

—¿Que si son muchas millas? Más de trescientas, muchacho.

George dejó escapar un jadeo.

—Trescientas millas…

El hombre lo miró con compasión. Aquel chico estaba realmente perdido. No sabía de qué estaba huyendo, pero sus prisas y su desazón por alejarse eran propias de una persona que huía de algo o de alguien.

Apoyó los brazos en la mesa acercándose a George.

—Tal vez pueda ayudarte. Tengo unos conocidos que parten hoy mismo hacia Manchester para instalarse allí. Podría pedirles que te llevaran.

—¡Eso sería fantástico!

—Tranquilo, no te emociones que todo no es tan perfecto —dijo apoyando una mano en su brazo—. Cuando hayas llegado a Manchester, aún te quedará la mitad del camino, más de ciento cincuenta millas hasta Londres.

—Bueno, pero ya habré recorrido la primera mitad del viaje —argumentó sin borrar su sonrisa.

El hombre sonrió ante su exaltación; o era un inconsciente o un apasionado con recursos. Esperaba que fuera lo segundo.

Tal como le había prometido, a media mañana le presentaron a los señores Wayne, un matrimonio joven sin hijos.

Él era moreno, de ojos castaños, alto y fuerte, de unos veinticinco o treinta años; ella, pelirroja, con una larga melena que le caía por la espalda y unos preciosos ojos verdes, de unos veinte años.

George vio que el señor Carrigan y el matrimonio Wayne se alejaban para hablar a solas, y esperó a que aceptaran la propuesta de llevarle.

A los pocos minutos se volvieron a acercar.

—Bueno, muchacho, parece que eres un chico con suerte.

George sonrió ampliamente. Había conseguido su primer objetivo.

Al llegar el momento de partir, se despidió de la familia Carrigan y les dio las gracias por toda su ayuda, el almuerzo y las provisiones que le habían dado para varios días.

—Ve con cuidado, chico —le dijo afectuosamente el señor Carrigan—. Londres puede llegar a devorarte si no vigilas. Sé fuerte, pero nunca por encima de tus posibilidades; intenta ir un paso por delante de los demás, sé listo y protégete —le aconsejó.

George asintió aspirando profundamente y mostrando su ilusión por aquella aventura que comenzaba.

Se sentó en la parte de atrás de la carreta con los pies colgando y, cuando el caballo inició la marcha, levantó el brazo despidiéndose de ellos.



En poco más de una hora supo que atravesaban la frontera. No porque hubiera algún cartel que lo indicara, sino porque el señor Wayne le informó.

Observó el paisaje de un lado y de otro y no vio diferencia alguna con Escocia. Ingenuamente había creído que al cruzarla el panorama cambiaría de forma radical, como si una línea invisible dividiera las dos tierras. Pero no fue así, todo parecía igual.

A los tres días llegaron a Lancaster, una ciudad coronada por un magnífico castillo amurallado.

—¿Aquí vive el rey? —preguntó George mirando embelesado la fortaleza.

—No, vive en Londres. Este castillo es una prisión —contestó el señor Wayne—, pero también es de su propiedad, como casi todo lo que hay en Inglaterra.

George se le acercó atravesando la carreta a gatas.

—¿Cómo sabe tanto de Inglaterra si es escocés?

—Fácil, porque no soy escocés, soy inglés —respondió mirándole por encima del hombro—. Pero me enamoré de una escocesa —dijo observando a su esposa, sentada a su lado, que sonrió al escucharlo.

Hicieron parada en Lancaster para comer y dormir, y para dejar descansar al caballo.

—En un par de días llegaremos a Manchester. ¿Ya has pensado cómo irás hasta Londres?

—No… Todavía no.

—George, ¿por qué no te quedas con nosotros en Manchester? —le propuso la señora Wayne con dulzura—. Parece ser que también es una ciudad próspera y no estarías solo. En Londres no conoces a nadie.

George permaneció callado sopesando aquella propuesta. Era cierto que allí no conocía a nadie y que estaría más acompañado y protegido quedándose con los señores Wayne, pero quería conocer Londres y valerse por sí mismo. Si se quedaba con ellos, no tendría que luchar para sobrevivir y seguiría refugiado bajo el cobijo de aquella familia. Quería hacerse fuerte, independiente y forjar su propia personalidad, aquella que su padre había degradado y ridiculizado toda su vida.

—Le agradezco mucho el ofrecimiento, señora Wayne —contestó al cabo de unos segundos—, pero quiero conocer Londres. Quiero demostrarme que puedo vivir sin depender de nadie.

El señor Wayne sonrió y asintió con una expresión orgullosa.

—Estoy seguro de que te irá bien y, si necesitaras ayuda en algún momento, siempre puedes volver aquí. Estaremos encantados de echarte una mano.

George bajó el rostro y volvió a agradecerle su apoyo.

El resto del camino hasta Manchester fue un poco más ajetreado, una de las ruedas quedó atrapada en una zanja y tuvieron que empujar la carreta para ayudar al caballo a sacarla de allí. Aquello les llevó unas cuantas horas y el rocín acabó agotado, así que decidieron quedarse donde estaban hasta que se recuperase.

Un día entero perdieron por aquel percance, pero fue aprovechado por la señora Wayne para enseñarle a George un libro de plantas que llevaba en una de sus bolsas, para que viera sus imágenes, sus descripciones y la utilidad que tenían.

—Algunas no las encontrarás en Inglaterra, pero es bueno que las conozcas por si las necesitas en algún momento —le explicó pasando las páginas.

George miró interesado los distintos dibujos intentando memorizarlas. Leyendo aquel libro se dio cuenta de que había aprendido más en aquellos días con ellos dos que en quince años con su padre.

Al cuarto día desde que salieron de Lancaster, apareció Manchester ante ellos. Era una ciudad con una actividad comercial excepcional. Por lo que le contaron, en los últimos años se había convertido en uno de los centros más productivos del país, gracias a sus fábricas de algodón y su comercio textil.

—Te ayudaré a encontrar un medio para llegar a Londres —le dijo el señor Wayne.

Recorrieron la ciudad y localizaron una estación de carruajes que conectaban las distintas ciudades del país.

—Tendrás que hacer varias paradas y cambios. No existe transporte directo a Londres desde aquí porque hay demasiada distancia, pero sí que podrás intercalar diferentes carruajes en cada ciudad que te irán acercando a la capital.

George memorizó los datos importantes que le indicó y se dispuso a marcharse.

La despedida fue dolorosa. La señora Wayne le observaba con los ojos humedecidos, mientras que su marido le apretaba el hombro con firmeza.

—Si necesitas cualquier cosa, recuerda dónde estamos —le dijo mientras le entregaba un papel con su dirección.

Él asintió sin poder articular palabra por la tristeza.

—Ten mucho cuidado —le murmuró ella al darle un afectuoso abrazo.

—Gracias por todo —consiguió pronunciar.

—George, sé fuerte, defiéndete si debes hacerlo, lucha por lo que quieras, pero no pierdas tu esencia, no permitas que nadie te la arrebate —le dijo él mirándole fijamente a los ojos.

—Sí, lo haré.

El carruaje que le llevaría a su primera parada se alejó y no quiso mirar atrás. Aquello quedaría en su interior como un bonito recuerdo, pero no podía aferrarse a él. Su futuro estaba a muchas millas de allí.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 3
Londres

Tuvo que coger cinco carruajes distintos y pasar por Sheffield, Nottingham, Birmingham y Oxford hasta llegar a la capital. Cuatro días en los que cambió de transporte y sufrió las incomodidades de los caminos y de tener que compartir el coche con más personas de las debidas.

El último carruaje bordeó la ciudad y le dejó en la zona este. George bajó del coche, agotado. Pero alzó la vista y se giró para fijarse en todo lo que le rodeaba, y, al instante, el cansancio desapareció, sustituido por un frenesí que le hizo recuperarse de todos sus males. Ante él se extendía una inmensa ciudad en la que entraban y salían innumerables personas. Jamás había visto tanta gente junta. Avanzó siguiendo a la marea que caminaba, conversaba y reía a su alrededor.

Una creciente ilusión se dibujó en su rostro, con el deseo de que aquel nuevo comienzo fuera tan esplendoroso como había imaginado.

Atravesó varias calles, atento a cada detalle. A ambos lados se levantaban casas bajas de uno o dos pisos, algunas de ladrillo rojo y otras con la fachada más grisácea; el suelo estaba cubierto de barro y en cada plaza que atravesaba encontraba un mercadillo.

Revisó el dinero que le quedaba después de pagar los transportes, la comida y el alojamiento de aquellos días de viaje. Esperaba que fuera suficiente para conseguir una cama para esa noche y algo que poder llevarse a la boca.

Frunció el ceño preocupado, debía encontrar un trabajo lo antes posible o se quedaría muy pronto en la calle sin más abrigo que su chaqueta desgastada.

Aprovechó aquel primer paseo para preguntar a algunas personas ciertas dudas que le apremiaban. Le indicaron que aquel barrio se llamaba Whitechapel y que estaba al este de Londres. Poco a poco fue recopilando

información a medida que se internaba en aquella zona de la ciudad y disfrutaba con cada descubrimiento.

Continuó su recorrido y se encontró con un hombre dentro de un taller, que golpeaba con un martillo una plancha de metal. Se acercó tímidamente.

—Disculpe —dijo con educación—, ¿necesita algún empleado o aprendiz? Soy habilidoso con las manos, podría aprender rápido el negocio.

El hombre lo escudriñó de arriba abajo y, antes de contestar, escupió en el suelo.

—No necesito a nadie —respondió volviendo a su trabajo.

—De verdad que podría ayudarle.

—¡Que no! —espetó sin mirarle.

George se mantuvo de pie, observándole.

—¿Y sabe de algún lugar donde necesiten a alguien?

—No —respondió de forma escueta mientras comprobaba su plancha, sin dirigirle la mirada.

George se dio la vuelta y retomó su camino. Después de varias horas caminando, su ánimo empezó a decaer. Había recorrido aquellas embarradas calles y había sido rechazado en cada uno de los lugares en los que había solicitado un posible empleo.

Se sentó en un banco de madera, podrido por uno de los extremos, y pensó en las posibilidades que existían de que se rompiera del todo por su peso. Estaba enfrascado en aquel pensamiento anodino cuando sintió que el estómago reclamaba urgentemente su atención. Se acercó a varios tenderetes y compró dos manzanas y unos panecillos. Observó preocupado el dinero que le quedaba.

Comió las manzanas con ansiedad y se guardó el pan en su bolsa. Mientras masticaba con deleite la fruta, vio un edificio con un cartel de madera que colgaba de unos goznes de hierro. Se acercó allí y comprobó que era una pensión. Entró y se dirigió a la recepción, donde un hombre hacía anotaciones en un papel.

—Querría una habitación —indicó George apoyándose en la barra de madera que los separaba.

El hombre levantó la vista con una mezcla de desconfianza y extrañeza. Le indicó el precio y George contó su dinero. Al instante todo su ánimo se derrumbó.

—Solo tengo esto; me faltan ocho peniques para conseguir la cantidad.

—Pues ve a buscarlos y vuelve cuando los tengas.

—Por favor, anochecerá en breve, no tengo donde dormir —suplicó.

—¿Tengo cara de dejar dormir gratis a piojosos como tú?

—No le estoy diciendo que me deje dormir gratis. Coja todo lo que tengo y mañana le conseguiré esos ocho peniques que faltan —replicó él con un tono de desesperación.

—Consigue antes esos ocho peniques y podrás dormir aquí. Hasta entonces, lárgate —respondió el casero con impaciencia.

George recogió su dinero y se quedó quieto durante un momento, de pie, analizando sus posibilidades.

—¿Y si trabajase para usted gratis para pagar mi estancia? Haría lo que fuese.

El hombre se cruzó de brazos, ladeó la cabeza y su expresión se endureció aún más.

—¿Sabes lo que me pasó la última vez que accedí a un trato así? Que me robaron. Ayudé a un muchacho como tú y, mientras dormíamos, se llevó toda la recaudación. No voy a ser tan estúpido —explicó torciendo los labios con desprecio.

—Yo no le robaré, solo quiero dormir aquí una noche.

—Eso mismo me dijo aquel desgraciado. No cometeré el mismo error —indicó irguiéndose—. Lárgate de mi pensión o te sacaré a patadas.

George no insistió más al ver, claramente, que sería una pérdida de tiempo. En el exterior la luz se iba diluyendo en el horizonte y las primeras estrellas hacían su aparición. Volvió por la calle por la que había llegado, cruzó varias plazas y se internó por varios callejones en los que encontró otras posadas, pero estaban completas o incluso eran más caras que la primera. En ninguna estuvieron dispuestos a dejarle ni una manta para el suelo.

«No me voy a desanimar por el primer contratiempo que tenga», se dijo hinchando su pecho de orgullo. «Mañana irá mejor, seguro».

Encontró un lugar resguardado para pasar la noche bajo unos arcos de piedra que decoraban una pequeña iglesia. Al menos no se mojaría si llovía.

Guardó su bolsa en la espalda para esconderla de la vista de los curiosos y los borrachos y se cruzó de brazos con fuerza para conseguir algo de calor. Miró a ambos lados para comprobar que no hubiera nadie husmeando y poco a poco se fue quedando dormido.

Las campanas de la iglesia no le dejaron conciliar bien el sueño en toda la noche. Cada hora, cuando tocaba su repique, le había provocado tal sobresalto que más de una vez creía que se le iba a parar el corazón.

Contó las campanadas que sonaban en aquel momento: eran ya las siete. Se incorporó, estiró los brazos para desentumecerlos y se infundió ánimos en voz baja. Aquel día sería mejor, estaba convencido. Encontraría la oportunidad que necesitaba. Ignoró el cansancio y el sueño y volvió a introducirse en la vorágine de aquella ciudad que despertaba a un nuevo día.

Decidió ir más al oeste y volvió a preguntar, puerta por puerta, en cada negocio, si precisaban un aprendiz. Las respuestas fueron las mismas que las del día anterior.

Sus pasos le llevaron más allá de las últimas casas, donde encontró un inmenso río que separaba la ciudad de la orilla sur. Al asomarse vio una hilera de barcos atracados y hombres que recogían unas redes. Bajó por la pendiente y se acercó al hombre que tenía más cerca.

—Perdone, ¿sabe si habría trabajo para mí aquí en el embarcadero?

El pescador se irguió mientras se tocaba las lumbares con una mueca de dolor.

—Lo siento chico, pero no lo creo. Lo que recogemos nosotros apenas nos da para comer, no podríamos pagarte.

George se encogió de hombros, sin ánimos para suplicar. Estaba muy cansado después de todo el día caminando y recibiendo negativas. Tendría que volver a dormir en la calle y apenas había comido, estaba racionando el pan del día anterior. Volvió al rincón de la pasada noche, al lado de la iglesia, y se hizo un ovillo para intentar dormir.



El día siguiente fue igual, y el otro… Y la desesperación de George comenzó a hacerse patente a medida que fue gastando el poco dinero que tenía hasta quedarse con unos pocos peniques.

Bajó la cabeza, descorazonado. No pensaba que su llegada a Londres iba a ser tan complicada. Al contrario, en su mente había imaginado una hermosa ciudad con numerosas posibilidades, en la que pudiera elegir entre varios oficios y encontrara personas amables que le ayudaran.

¡Qué ingenuo era! No solo no había conseguido ni una oportunidad, sino que la gente allí parecía querer pisotearle por el simple hecho de caminar por la calle. Únicamente cuatro días en la ciudad, pero se le habían hecho eternos.

Aquel día decidió ir más hacia el sur para ver si tenía suerte y llegó a una calle ancha llena de pequeños comercios. Se paró frente a un escaparate que mostraba unos suculentos bollos recién horneados. Se relamió al sentir el delicioso olor. Apoyó las manos en el cristal para verlos mejor y descubrió que algunos tenían crema. Suspiró deseando poder dar un pequeño bocado a uno de ellos.

Mientras estaba concentrado en aquella repostería, sintió un fuerte empujón que lo desequilibró y cayó al suelo. Acto seguido, notó un enérgico tirón en su hombro. Levantó la vista y observó a un hombre que salía corriendo por la calle con su bolsa.

—¡Eh! ¡Vuelve aquí! —gritó corriendo detrás de él.

Lo persiguió apartando a los transeúntes que se le cruzaban en el camino, sin dejar de gritar. Impulsó su carrera, ayudado por la excitación y la rabia, viendo que el ladrón no se detenía ni aminoraba la velocidad.

Este se giró sorprendido al comprobar cómo el muchacho se le acercaba más a cada zancada. Intentó acelerar para despistarlo, pero el chico le seguía el ritmo, sin señales de duda.

—¡Te juro que te arrepentirás si no me la devuelves! —vociferó George.

El ladrón atravesó las calles sin rebajar el ritmo hasta llegar a un inmenso puente de piedra coronado por edificios. George, a su vez, aumentó la velocidad, cruzó aquel puente y llegó a la otra orilla del río sin perderlo de vista. Tensó las piernas, los brazos y los puños, y continuó corriendo por aquellas estrechas calles. A medida que avanzaba, comprobó que iba acortando distancias.

«Ya casi te tengo», pensó sacando sus últimas fuerzas. Alargó el brazo cuando creyó que ya lo tenía a su alcance, pero, en aquel momento, un brazo fuerte lo empujó contra la pared y lo inmovilizó. Notó que una mano lo agarraba del cuello y lo volvía a golpear sobre la superficie.

George intentó toser, pero no pudo. Casi no podía respirar.

—Vaya, vaya…, ¿qué tenemos aquí? Un niñito valiente —pronunció una voz grave, ronca, que alargaba cada palabra haciendo rechinar los dientes.

George lo miró y vio un hombre todo vestido de negro, desde las botas hasta la chaqueta y la camisa; era moreno, con una mirada fría y una sonrisa

entre divertida y cruel que mostraba unos dientes grises, que le hizo apartar la vista con desagrado.

—Parece que este crío por poco te gana la partida, Wild —dijo riendo—. Estás perdiendo facultades.

George se giró lo justo para ver al tal Wild, que respiraba con dificultad apoyado en sus rodillas para recuperar el aliento y que sujetaba todavía su bolsa. Era delgado, con el pelo castaño y largo, recogido con un cordel a modo de coleta.

—¡Devuélvemela! —exigió George chillando y removiéndose para soltarse.

El hombre de negro que lo sujetaba le apretó más el cuello mirándole con cierta curiosidad.

—Tienes carácter, chico, eso te lo reconozco —afirmó acercando su rostro al suyo—. Pero como no te estés quieto te rebano el cuello aquí mismo, ¿me has entendido?

El hombre se giró hacia su compañero.

—Abre la bolsa —le ordenó—. Vamos a ver qué esconde que tenga tanto valor.

—¡NO! —gritó George golpeando el brazo que le sujetaba.

El hombre se giró hacia él, sacó un cuchillo de su cinturón y se lo colocó en la mejilla.

—Estoy perdiendo la paciencia, niño. O te estás quieto y callado o te arranco un ojo —le amenazó apretando la hoja en su cara y subiendo lentamente.

George podía notar el frío metal en su rostro mientras observaba impotente cómo abrían su bolsa y rebuscaban en su interior.

—¿Y bien? ¿Algo de interés?

—No, parece que no lleva nada de valor —informó Wild buscando más al fondo—. Solo ropa mohosa, una bolsa con tres peniques y… espera, parece que hay algo más. —Se quedó callado mientras metía más el brazo y sacaba un pañuelo.

El rostro de George palideció al ver el pañuelo de su madre.

—Oh…, esto parece más interesante —replicó el hombre de negro sonriendo—. ¿Es de seda?

—Creo que sí —respondió Wild manoseándolo—. Podremos sacar algunos chelines.

—¡No! Devolvédmelo, por favor —suplicó George bajando el tono y dejando de agitarse—. Por favor…

—Uy, parece que el muchachito se ha amansado de golpe —afirmó soltando una risotada—. ¿Qué pasa? ¿Te gusta la ropa de mujer? ¿Eres de esos?

Ambos hombres empezaron a reír.

George percibió que el hombre que le sujetaba aflojaba un poco el agarre y conseguía más libertad de movimientos. Se giró solo unos centímetros y le dio un rodillazo en todo el estómago.

El hombre se encogió soltando una maldición mientras George se abalanzó contra el individuo que sujetaba el pañuelo. Le dio un puñetazo en el rostro antes de que pudiera reaccionar, lo que le hizo caer al suelo. Sin embargo, no pudo recuperarlo porque dos enormes manos lo sujetaron y lo levantaron del suelo.

Miró a su alrededor desconcertado, agitando las piernas en el aire e intentando girarse para ver quién lo tenía sujeto.

Wild se levantó tocándose el rostro amoratado y se limpió la sangre de la nariz.

—¡Te voy a matar! —gritó mientras sacaba un cuchillo y se lanzaba contra él.

—¡Para! —le ordenó la voz ronca y áspera del hombre de negro.

Wild se detuvo de inmediato con el cuchillo en alto.

George se giró hacia su captor, que se incorporaba con una mano en el vientre y una mueca de dolor por el golpe. El hombre se colocó delante de él con el rostro tenso. Estuvo unos segundos en silencio escudriñando al chico.

—Tienes agallas, muchacho, eso lo respeto.

—Déjamelo a mí —pidió Wild, que se mantenía sujetando con fuerza el cuchillo.

—No. Tengo pensado algo mejor para él —añadió sin dejar de mirarlo —. Hunter, suéltalo.

Las enormes manazas que lo sujetaban lo bajaron hasta el suelo para dejarlo libre.

George se volteó y vio un hombre descomunal, alto y fornido, con una espalda y unos brazos que hubieran dejado en ridículo al mismísimo Sansón. Llevaba la cabeza afeitada y una barba fina que le caía más allá del mentón.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó el hombre de negro.

George no contestó, desconfiado ante aquel repentino cambio de trato.

Su interlocutor soltó un bufido de impaciencia.

—O me contestas o te mato, es fácil la elección.

El muchacho se aclaró la garganta, sentía que aún le dolía el cuello por el apretón que había recibido.

—George… George Crowley.

—Ves, no era tan difícil —replicó con sorna—. Bien, Georgi…

—Es George —le interrumpió con rabia.

—Te voy a llamar como me dé la gana —le contestó sonriendo y volviendo a enseñarle sus asquerosos dientes—. Yo soy Black.

George no contestó, no quería seguir provocándoles. Debía aprovechar que el ambiente se había relajado para recuperar su bolsa y su pañuelo y salir corriendo de allí.

—Hace poco que has llegado a Londres, ¿verdad? —preguntó Black sin quitarle la vista de encima.

—Hace cuatro días —contestó mirando de reojo su bolsa.

—Lo sabía, reconozco a uno nuevo a distancia —contestó con risilla burlona—. ¿Y cómo te va? ¿Estás cómodo? ¿Bien instalado? ¿Te gusta la ciudad?

Aquellas preguntas encerraban un tono sarcástico que a George no le pasó inadvertido.

Black se cruzó de brazos sin dejar de mirarlo.

—No contestes, da igual. Sé que has dormido en la calle porque apestas como si llevaras meses sin lavarte —expuso—. Y no sé cuánto hará que no comes, pero ¿te apetece un plato de comida caliente?

—¡Black! —protestó Wild.

El jefe levantó la mano hacia él, amenazante, sin decir nada, provocando que Wild se callara.

George abrió la boca, pasmado por el giro que había dado la situación. ¿Qué pretendía con esto? ¿Qué intenciones tenía con aquel cambio de actitud? En ese momento su estómago le traicionó y comenzó a rugir.

Black sonrió, satisfecho.

—Creo que hay hambre. ¿Qué prefieres?, ¿pollo, carne, algo de verdura, una sopa, tal vez?

La mención de todos aquellos platos le hizo desfallecer.

Black se arrodilló para coger la bolsa y el pañuelo, lo que provocó que George se tensara.

—Quieres esto, ¿verdad? —dijo acercándole el pañuelo.

George quiso alargar la mano para cogerlo, pero Black lo alejó.

—Vamos a comer y charlamos un poco —indicó guardándoselo en su chaqueta y empezó a caminar.

Wild y Hunter se miraron antes de seguir a Black.

George dudó unos segundos, viendo cómo se alejaban. Finalmente decidió que lo mejor era seguirles. No podía perderlo de vista si pretendía recuperar sus cosas, y al parecer no tenía intención de matarlo, por ahora.

Le guiaron por aquellas callejuelas hasta llegar a una taberna, situada al final de una calle que se abría en una plaza.

Entraron. Varios hombres bebían y soltaban carcajadas mientras otros caían desplomados encima de las mesas por el exceso de alcohol. Miró a su alrededor. Era una taberna amplia, con bastantes mesas y la barra ocupaba todo el extremo derecho. Al final del local, una escalera ancha de madera subía a un piso descubierto, donde se veían varias puertas a lo largo de un pasillo.

—Joe —Black se acercó a la barra—, ¿tienes una habitación para el muchacho? —preguntó señalando a George.

—Sí, tengo una libre. La segunda puerta de la izquierda.

—Perfecto, gracias. Yo te pagaré su alquiler.

—Sin problemas, Black, como siempre.

Wild se acercó y pidió un trapo para intentar parar la hemorragia de la nariz. El tabernero se lo lanzó desde el otro lado.

Black pidió cuatro platos de pollo y se sentaron en una mesa.

—Para empezar, vamos a presentarnos formalmente —anunció mientras se apoyaba en el respaldo de la silla—. Yo soy Black, él es Wild y el grandote es Hunter.

Wild clavó su mirada en él, se limpió los restos de sangre y lo observó con tanto odio que George estaba convencido de que lo iba a matar allí mismo. Hunter, por su parte, esbozó una leve sonrisa al saludarlo con un movimiento de cabeza.

George analizó a los tres; eran tan diferentes físicamente… Además, intuía que también lo eran de carácter al ver sus distintas reacciones.

—Bueno, muchacho, sé que no hemos empezado con buen pie, así que borremos las posibles rencillas y comencemos de cero. —En ese momento,

Joe dejó los cuatro platos en la mesa.

George bajó la vista hacia la comida, aunque sin empezar.

—¡Come! ¡Come tranquilo! —le indicó Black.

Wild y Hunter empezaron a devorar el pollo y él, sin poder aguantar más, lo agarró con las manos dando unos bocados tan grandes que parte de la pechuga se resbaló de sus labios. Estaba delicioso. Soltó un gemido cerrando los ojos.

Black escondió una sonrisa.

—No sé si me arrepentiré de esto en algún momento, pero… quiero proponerte algo —indicó haciendo que George dejara de comer y lo mirara.

—¿El qué? —preguntó ladeando el rostro sin comprender.

—Hacía tiempo que nadie nos daba tantos problemas, y encima solo eres un crío, eso lo hace más interesante. Reconozco a alguien con talento en cuanto lo veo —añadió entrecerrando los ojos—. Quiero que trabajes para mí.

George se atragantó con el pollo, y Wild y Hunter se giraron hacia él, sorprendidos.

—¿Que trabaje para ti?

—Eso mismo —respondió ampliando su sonrisa—. Te ofrezco una cama, comida y un lugar confortable donde podrás descansar y divertirte. No está mal, ¿no crees? Es muchísimo más de lo que tienes ahora y solo tendrías que trabajar para mí.

George bajó la vista, estaba confundido. Tenía claro que ni aquel hombre ni sus dos compinches eran muy legales, ya se lo habían demostrado, pero si quería recuperar sus cosas, debía ganarse su confianza.

—¿Qué tendría que hacer?

Black chasqueó los dedos, satisfecho.

—Es muy sencillo… Todo lo que te pida.

George lo miró con desconfianza.

—No me mires así, no voy a pedirte que mates a nadie… al menos de momento —afirmó riendo, lo que provocó que Wild y Hunter se relajaran y soltaran una risotada.

Black paró de reír de inmediato al ver la cara seria del muchacho.

—Chico, tranquilo, no va en serio. Solo somos unos respetables y considerados ladrones.

George sabía que detrás de esas palabras había mucho más, pero no contestó.

—¿Vas a aceptar mi oferta? —insistió Black.

Apretó los labios pensando en otras opciones y no encontró ninguna viable. Si quería recuperar lo suyo, debía mantenerse cerca de aquel hombre.

—De acuerdo, pero quiero mis cosas.

Black sonrió apoyándose en la mesa y acercándose más a él.

—¿Te crees que soy imbécil? En cuanto te dé la bolsa saldrás corriendo. Tus cosas se quedan conmigo hasta que pueda confiar en ti, y si me traicionas, lo quemaré todo.

George soltó un juramento por lo bajo.

—Está bien, pero que no les pase nada. Es importante —pidió en voz baja. Si debía rebajarse para conseguir recuperar su pañuelo, lo haría.

—Tienes mi palabra de que las cuidaré bien.

—¿Tu palabra de ladrón? —replicó George con más sorna de lo que hubiera querido.

Black empezó a reír de nuevo.

—¡Me gusta este chico! —exclamó señalándole con el dedo.

Cuando acabaron de comer, Black se levantó y le indicó al muchacho que le siguiera.

Subieron la escalera, atravesaron el pasillo descubierto y pasaron por delante de varias puertas. George se apoyó en la barandilla y se percató de que se veía toda la taberna desde allí.

—¿Es una pensión o una taberna? —preguntó.

—Ambas cosas. Joe, el dueño, heredó esta casa hace unos años y la convirtió en una taberna, pero aprovechó para alquilar las habitaciones de arriba por el tiempo que se deseara: para plazos largos o… para momentos más puntuales —explicó con una sonrisa de medio lado.

George no entendió a qué se refería, pero no preguntó. No le apetecía seguir hablando como si fueran grandes amigos cuando lo único que quería era golpearle y recuperar su bolsa.

La habitación era pequeña, pero George la encontró perfecta e infinitamente más confortable que dormir en la calle. Tenía una cama, un armario, una repisa con una jarra llena de agua con un cuenco para el aseo y encima, en la pared, colgaba un espejo.

—Ten tu bolsa —dijo Black mostrándola delante de él.

George la cogió con ansiedad y rebuscó en su interior.

—El pañuelo no está. No hace falta que lo busques. Me lo quedo yo hasta que te lo ganes —indicó dándose la vuelta—. Te dejo que te instales —afirmó con un tono burlón y salió de la habitación.

Fuera le esperaba Wild.

—¿Qué carajo estás haciendo, Black? Ese chico nos matará mientras dormimos.

—Tranquilízate, eso no pasará.

—¿Cómo estás tan seguro? No le hemos tratado precisamente bien.

—¿Le has visto la cara, Wild? Ese chico no es de los que matan.

—Pues mi mandíbula y mi nariz no opinan lo mismo —dijo con rabia.

Black soltó una carcajada.

—Te ha dado bien, ¿eh?

—No tiene gracia, Black. No es buena idea tenerlo aquí.

—Relájate, yo me encargo de él. Te aseguro que ese chico no hará nada mientras yo tenga este pañuelo.

—Eso no puedes asegurarlo y no entiendo por qué lo has traído.

—¿Viste cómo corrió detrás de ti? Casi te alcanza, Wild. Eres el hombre más rápido que conozco y ese muchacho por poco te atrapó.

—Eso tampoco es seguro.

—¡Venga ya! Si no llego a intervenir, hubieses hecho un ridículo lamentable —aseguró alzando las cejas—. Y ya viste cómo se defendió de los tres. Necesito esa fuerza en el grupo. Estoy convencido de que tiene un gran potencial.

—Black, no vas a convencerle para que se quede.

—Eso déjamelo a mí.

Wild lo observó mientras bajaba la escalera. Más le valía no equivocarse con aquella decisión o los tres lo pagarían.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 4
Aprendizaje

Unos insistentes golpes en la puerta le hicieron abrir los ojos con un sobresalto. Su mirada se movió de derecha a izquierda sin reconocer el sitio donde estaba.

—¡Niño, tenemos trabajo que hacer! —Aquella inconfundible voz ronca y áspera al otro lado de la puerta le devolvió a la realidad, recordándole todo lo sucedido el día anterior: el robo, el encuentro con Black, Wild y Hunter, el forcejeo y la propuesta final del cabecilla. Se frotó la frente pensando en la próxima estrategia a seguir. Estaba allí para recuperar el pañuelo de su madre, era lo único que le importaba y, si debía quedarse con ellos hasta lograrlo, iba a hacerlo.

Se levantó de la cama, se vistió y salió.

La expresión impaciente de Black le esperaba en el pasillo.

—¿Ibas a dormir hasta mediodía? Este no es un viaje de placer, niño.

—No soy ningún niño, ya tengo quince años —replicó.

Black rio al escucharlo.

—Hasta que me demuestres lo contrario solo eres un crío más. ¡Vamos!

Se encontraron abajo con Wild, que mostró la misma impaciencia de Black, y con Hunter, que le saludó con una medio sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó George.

—Te vamos a enseñar cómo trabajamos, nuestro oficio, por llamarlo de alguna manera —contestó Black, que provocó una carcajada en Wild y Hunter.

La zona donde vivían era Southwark, en la orilla sur del Támesis. Una extensión de casas, posadas, burdeles y algún teatro que servían de entretenimiento a los londinenses.

Caminaron durante más de veinte minutos hasta llegar a una plaza abarrotada donde comerciantes gritaban para atraer la atención de los

clientes y hombres y mujeres discutían por los desorbitados precios de las verduras.

—Primero tienes que observar —dijo Black levantando la mano y señalando—. Debes captar cada expresión, cada movimiento, cada sutil gesto que te indique qué piensa o qué siente esa persona.

—¿Y eso para qué?

—Para saber si está preocupado o tranquilo, o si guarda algo, y, en ese caso, ver si va tenso o confiado. Eso te ayudará a elegir bien el objetivo.

George miró a su alrededor y se fijó en los rostros de la gente.

—Yo les veo caras parecidas, algunos más enfadados o impacientes que otros, pero nada más.

—No es solo la cara —añadió Black—, son los gestos de los brazos y de las manos, la forma de caminar, si van erguidos o agachados, la posición del cuerpo. Todo eso te puede indicar cómo está en realidad una persona y si te está mintiendo mientras habla contigo.

George volvió la vista a la gente con atención para percatarse de imperceptibles y rápidos movimientos: una mujer que agarraba más fuerte su bolsa; un hombre que se abrochaba la chaqueta y miraba a ambos lados; una muchacha que se giraba hacia atrás y se frotaba las manos.

—Mira aquel hombre —dijo Black, guiando con el dedo la visión de George—, el del traje gris que camina al lado de la parada de verduras.

George lo observó: andaba rápido, con una firme expresión, pero moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras apretaba sus brazos contra el pecho.

—Lleva algo bajo la chaqueta —afirmó Black.

—¿Cómo estás tan seguro? A lo mejor solo tiene frío y por eso camina así.

—Te aseguro que lleva algo —aseguró con una confiada sonrisa—. Wild, Hunter…

Los dos contestaron moviendo la cabeza y avanzando hacia la multitud.

—Disfruta del espectáculo y fíjate en todos los detalles —dijo Black apoyando una mano en el hombro de George.

Wild se acercó hacia el hombre mientras Hunter tomaba otro camino. El primero avanzaba rápido, como despistado, hasta que chocó con el hombre con la intención de que cayera al suelo.

—Perdone, discúlpeme, no le he visto —dijo agachándose hacia él y sujetándole de la cintura para ayudarle a levantarse.

El hombre lo miró con desprecio mientras se limpiaba la tierra de los pantalones.

—¡Vaya con cuidado!

—Lo siento mucho —contestó despidiéndose de él y giró hacia la derecha.

George pudo ver que en aquel momento se cruzaba con Hunter, sin pararse ninguno de los dos, pero captó cómo Wild movía su mano solo unos centímetros y rozaba la de su compinche.

El hombre del traje empezó a tocarse la chaqueta con desesperación.

—¡Eh, usted! ¡Me ha robado!

Wild se giró despreocupadamente y se quedó quieto.

—¿Yo? ¡Madre mía, qué barbaridad está diciendo! —exclamó con una exagerada pose horrorizada.

—¡Sí, ha sido usted cuando me ha empujado!

—Por favor, regístreme, esto es muy vergonzoso.

El hombre se acercó para palpar cada centímetro de su ropa sin encontrar nada; se quedó desconcertado.

—Juraría que…

—No sé qué ha perdido, buen hombre, pero seguramente se le debe haber caído antes. Vigile por aquí porque hay ladrones sueltos —le indicó Wild con una encantadora sonrisa.

El hombre titubeó avergonzado, se despidió bajando la cabeza y volvió rápido sobre sus pasos para encontrar lo que había perdido.

Wild se alejó por otra calle, pero antes le dedicó una disimulada mirada a Black.

—Vamos a comer algo —dijo el cabecilla sonriente mientras retomaba el camino de vuelta.

Llevaban casi media hora de regreso en la taberna cuando apareció Wild por la puerta y, diez minutos más tarde, Hunter.

—¡Joe, tráenos cuatro cervezas y cuatro raciones de tus maravillosos guisos! —pidió Black a gritos.

El tabernero se ajustó el delantal y entró en la cocina.

—¿Ha valido la pena? —preguntó Black.

Hunter dejó caer la bolsa.

—Unas cuarenta monedas, no está mal. Calculo que habrá unas cinco libras.

—¡Bien! Nos has traído suerte, muchacho.

—¿Cómo le has quitado la bolsa cuando estaba en el suelo sin que se diera cuenta? —preguntó George asombrado.

—Distracción —respondió Wild—. Todo se basa en eso. Cuando le he tirado al suelo y me he agachado para ayudarlo he estado todo el rato golpeándole la espalda y acercándome lo suficiente para que se sintiera incómodo. En ese momento aquel hombre solo quería que me alejara de él y dejara de tocarle. Cuando me he levantado le he pasado la bolsa a Hunter para eliminar sospechas si se percataba del robo.

Joe apareció con las cuatro cervezas. Black dio un largo trago y después se limpió la espuma del labio con la mano.

—Los próximos días te enseñaremos técnicas básicas y luego las pondrás en práctica tú mismo.

—¿Qué? ¿Yo? No, no creo que pueda, Black. Me cogerán enseguida.

—Para eso estamos nosotros, para que no te cojan.

George lo miró sin una pizca de confianza, pero no replicó. Si debía ganarse su confianza, lo mejor era no llevarle la contraria.



Los siguientes días fueron vertiginosos, cambiaban de zona cada día para no levantar recelos entre la gente y nunca aparecían los cuatro juntos en escena. Los equipos que actuaban iban cambiando al igual que las técnicas, de esta manera los transeúntes no lograban relacionarlos con los robos.

Le enseñaron a sustraer pequeñas cosas, como fruta de una tienda o un pañuelo que sobresalía del bolsillo de una chaqueta. Todo para adquirir la habilidad de «estar sin ser visto», como decía Black. Ser un fantasma que se movía sin que nadie se percatara de que estaba allí.

—Muy bien, chico, hoy haremos algo más importante. Ya es hora de que subamos la dificultad.

—¿Tan pronto?

—¿Pronto? Llevamos casi quince días con las prácticas, es momento de que empecemos con el trabajo de verdad.

Bajaron hasta el pueblo de Camberwell. Allí encontraron en una plaza una reunión de obreros que escuchaban a alguien encima de un púlpito.

—Es perfecto —susurró Black sonriendo—. Un montón de hombres distraídos y embelesados por las bobadas que está diciendo otro.

Observaron desde una esquina al grupo.

—¿Cuál crees que podría ser un buen objetivo? —le preguntó Black acercándose a su oído.

George siguió mirando unos segundos más.

—Creo que el de la esquina, el del sombrero marrón. No ha bajado la vista ni un instante, parece muy concentrado en el discurso, y el bolsillo lo tiene abultado, es posible que guarde un reloj.

Black sonrió mirando a Wild y Hunter, que le devolvieron el gesto.

—Bien, muy bien. Ve a por él —dijo dándole un golpecito en el hombro —. Y tranquilo, estamos aquí.

George asintió y aspiró profundamente. Se acercó despacio mientras abría y cerraba el puño para conseguir que su pulso fuera firme. Cogió un panfleto del suelo y se colocó a la espalda del hombre como si estuviera leyendo. Se acercó unos centímetros hasta que vio la cadena dorada del reloj. Sonrió satisfecho. Se quedó quieto unos segundos hasta que la multitud comenzó a aplaudir alzando los brazos y soltando frenéticos gritos reivindicativos.

George vio de reojo cómo el hombre también levantaba los brazos y profería unos gritos; fue en aquel momento que le introdujo la mano en el bolsillo y le extrajo el reloj. Lo observó durante un instante y se giró dispuesto a marcharse, cuando una mano le sujetó de repente de la muñeca.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó el hombre apretándole más.

—Nada, se lo juro, no hacía nada.

George soltó el reloj que guardaba en la otra mano, sin que él lo viera. Lo dejó caer al suelo y le dio una patada para alejarlo de él.

—Devuélvemelo, miserable rata —le exigió.

—¡No sé de qué me habla! ¡Suélteme!

Black observaba la escena, inquieto.

—¡Hunter!

—Voy —respondió al instante y se adentró en la plaza. Se acercó a ellos acelerando el paso.

—¡Aquí estás! ¡Por fin te encuentro! —exclamó haciendo que George se girara hacia él, sorprendido—. Como te vuelvas a escapar te voy a dar tal paliza que se te quitarán las ganas. —George lo seguía mirando sin entender.

—¿Conoce a este muchacho?

—Claro que sí, es mi sobrino. ¿Le estaba molestando? Perdónele, siempre se escapa. El médico le ha dicho que no salga de casa porque tuvo unas fiebres contagiosas, pero él no hace ni caso.

Al escuchar lo de las fiebres, el hombre lo soltó de inmediato mirándolo con asco.

—¿Ha sucedido algo? —continuó Hunter—. Porque si le ha molestado, no se preocupe, que le daré su merecido.

—Pues, la verdad es que creo que su sobrino me ha robado —dijo separándose otro paso y manteniendo la expresión de repulsión.

—¿Está seguro? —preguntó girándose hacia George y dándole tal manotazo en la nuca que este gritó mientras se frotaba—. ¿Le has robado a este señor?

—Yo no he hecho nada.

—Más te vale o te arrepentirás —le amenazó Hunter—. ¿Cómo era su reloj, señor?

—Dorado, con una inscripción y una fecha.

Hunter miró a su alrededor, como si buscara algo afanosamente, hasta divisar el reloj a varios metros de ellos. Se acercó y lo recogió del suelo.

—¿Podría ser este?

El hombre mostró su asombro.

—Sí, es este.

—Se le debe de haber caído del bolsillo.

—Pues… es posible… Debe haber sido eso —respondió contrariado.

—Todo aclarado, ¿no?

El hombre bajó la vista hacia el reloj para volver a comprobar que era el suyo y que funcionaba correctamente.

—Sí, es probable que haya sido una confusión.

—Perfecto. Discúlpate con el amable señor —le indicó a George, quien dio un paso y le extendió la mano.

—Perdóneme, no era mi intención molestarle —dijo con una inocente voz.

El hombre vio la mano extendida y se apartó varios pasos con mayor cara de repugnancia; después se tapó la boca y la nariz con un pañuelo.

—Da igual, todo está bien —zanjó alejándose hacia atrás.

—¡Qué considerado es usted! —exclamó Hunter—. ¡Que pase un buen día!

Y agarrando a George de los hombros, se alejó de allí.

—Lo de las fiebres no falla nunca —afirmó en voz baja disimulando una risilla.

—El golpe no era necesario —protestó George tocándose la cabeza.

—Claro que sí, debía ser creíble, siempre ha de ser creíble. Y no te he dado tan fuerte, no te quejes tanto —añadió sonriendo.

Black y Wild se encontraron con ellos varios minutos después.

—Lo siento, Black —se disculpó con la cabeza baja.

—No pasa nada, ha sido culpa mía, aún no estabas preparado.



George se sentó en el borde de la cama. El intento de ese día había sido un desastre. Debía esforzarse más o Black nunca confiaría en él y no le devolvería el pañuelo.

Ya llevaba dos semanas con ellos y, aunque le costase admitirlo, debía reconocer que estaba más relajado y cómodo, sobre todo con Hunter, con el que estaba entablando algo parecido a una amistad. Él era el que le trataba con más simpatía. Black continuaba siendo duro, aunque había dejado de gritarle, y Wild le seguía guardando cierto rencor por el puñetazo que le dio cuando se conocieron, así que se mantenía más distante.

Hunter entró en su habitación y se lo quedó mirando con una sonrisa.

—Chico, no pienses más en ello. Todos hemos ido aprendiendo con los años.

—Ha sido un desastre, Hunt —indicó George y soltó un bufido—. Yo no sirvo para esto, no entiendo por qué Black quiere que me quede.

—Porque ha visto algo en ti, y él pocas veces se equivoca —respondió mientras se sentaba a su lado.

—Yo solo quiero trabajar, ganarme la vida y vivir bien.

—Querrás decir «sobrevivir» —le corrigió—. Muchacho, no vas a encontrar nada mejor que estar con nosotros, te lo aseguro. No conseguirás trabajo ni manera de ganarte la vida para conseguir vivir decentemente. Sé que debes de tener sueños y grandes aspiraciones, pero déjame que te baje a la realidad. Nuestros barrios solo generan miseria y más miseria, y volverás a quedarte en la calle como cuando te encontramos. Seguramente cuando llegaste a Londres tenías una imagen idílica de la ciudad, pero te aseguro que eso no es así. Aquí viven bien los señoritos de Mayfair, Westminster, Kensington…, pero los de las zonas del sur y del este, eso es otra cosa.

Aquí no se vive, aquí se sobrevive, y tu mejor baza somos nosotros, te doy mi palabra. A no ser que abandones Londres…

—Eso no puede ser así, Hunt. Deberíamos tener más opciones. Hay oficios y comercios en los que se puede trabajar de manera honesta —replicó George con vehemencia.

—Te invito a que te vayas y lo intentes. Los comercios y los oficios los regentan familias, así que, si necesitan un aprendiz, van a escoger a su hijo o a su sobrino, o al hijo o al sobrino de algún amigo o conocido. No te van a coger a ti, un muchacho de quince años, sin familia, sin parientes que puedan dar alguna referencia. Eso no pasará. En los últimos años la ciudad ha crecido muchísimo, y al mismo ritmo que ha crecido en población ha crecido en desconfianza. La gente no se fía de nadie —declaró rotundo.

Hunter observó cómo bajaba más la cabeza; era la viva imagen de la desesperanza.

—Oye, nosotros no estamos tan mal —dijo para animarlo—. Quédate un poco más y, si no te interesa y quieres marcharte, yo mismo hablaré con Black para que te deje irte sin problemas.

—¿De verdad? ¿Harías eso?

—Te doy mi palabra… Mi palabra de ladrón —dijo riendo, recordando la frase que había dicho George cuando se conocieron—. En serio, muchacho, te juro que te ayudaré a marcharte si es lo que quieres, pero quédate de momento.

George accedió y notó que el gigantón apoyaba una mano en su hombro.



—¿Por qué no le devuelves ya el pañuelo? —inquirió Hunter cuando estuvieron los tres a solas abajo.

Black no contestó y dio un sorbo a su vaso de whisky.

—Vamos, Black, es un buen muchacho —continuó Hunter—. Devuélveselo, es importante para él y después que decida lo que quiere hacer de verdad. No puedes retenerlo a la fuerza.

—Sí que le has cogido cariño en dos semanas —siseó Wild mirándole con una sonrisa torcida.

—¿Y qué si le he cogido cariño?

—Siempre has sido un blando —le espetó con una risilla burlona.

—Prefiero ser un blando a un imbécil como tú.

—¿Qué me has llamado? —Wild se levantó de la silla.

—¡Imbécil! —repitió Hunter mordiendo la palabra.

—¡Dilo otra vez, vamos! —le provocó inclinándose hacia él.

—Cuando quieras —replicó mientras se levantaba y superaba en una cabeza a Wild, que tuvo que elevar el rostro para mirarle a la cara.

—¡Parad los dos! —intervino Black alzando la voz.

Se miraron una última vez, a modo de desafío, antes de sentarse de nuevo.

—Para empezar, los dos sois imbéciles —soltó Black a la vez que se reclinaba en la silla—. Y con respecto al crío…, lo haré a mi modo, no necesito que ninguno de los dos me dé consejos, y menos paternales. —Se giró para mirar a Hunter—. Escúchame, ese muchacho no es tu mascota, ni mucho menos tu hijo, así que mantén las distancias, te lo aconsejo, no vaya a ser que te lleves una decepción si quiere marcharse.

—Si quiere marcharse, habrá sido su decisión.

—Sí… una mala… muy mala decisión, y tú lo sabes. Ese crío no durara ni dos días ahí fuera. ¿Quieres eso para el muchacho? ¡De acuerdo, tú mismo! Acarrea tú con las consecuencias.

—¿Me estás diciendo que lo retienes aquí por caridad? ¡Vamos, Black! Solo está aquí porque te interesa, no me lo vendas como que lo haces de corazón para salvarle, porque no es así.

—¿Y qué si es por interés? —Levantó el tono y golpeó la mesa—. Sigue estando mejor con nosotros que por ahí solo.

—Lo único que te digo es que le des la opción de decidir por sí mismo.

—Y yo te repito que lo haré a mi modo.

Hunter calló sabiendo que era inútil razonar con Black cuando se cerraba en banda. Se bebió de golpe el vaso de cerveza y subió a su habitación. Le había dado su palabra al muchacho de que le ayudaría a marcharse si lo decidía y esperaba poder cumplirlo llegado el momento, aunque con Black nunca podías estar seguro.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 5
Una elección

Black entró en la habitación y se quedó en silencio al lado de la cama de George mientras este dormía.

—¡Eh, chico! —le llamó.

George apretó los ojos al escuchar su áspera voz, sin querer despertarse. Esperaba que se difuminara como un mal sueño.

—¡Vamos, levanta! —le ordenó y le apartó la sábana.

George se hizo un ovillo al notar el frescor. Se incorporó despacio rascándose la cabeza y comprobó que no entraba luz por la ventana.

—¡Si aún es de noche! —protestó—. ¿Qué hora es?

—La hora de levantarse. Te espero abajo, no tardes.

Unos pocos minutos después, George bajó las escaleras mientras bostezaba y estiraba los brazos. Con los ojos aún medio cerrados, sorteó las sillas y las mesas para no tropezarse.

Llegó a la que ocupaba Black y, al sentarse, dejó caer la frente encima de la madera.

—Es muy pronto, son solo las cinco y media —se quejó sin levantar la cabeza.

—Es la hora perfecta para dar un paseo.

George refunfuñó por lo bajo.

—Desayuna algo antes de irnos —le ordenó Black a la vez que le acercaba un plato con varios filetes del día anterior.

El olor de la comida le hizo reaccionar. Levantó la cabeza y pinchó con el tenedor un trozo de carne.

—¿Don… de va… mos a ir? —preguntó a trompicones con la boca llena.

Black hizo un gesto de asco.

—Comes peor que Hunter, que ya es decir —bufó.

George tragó con la ayuda de un sorbo de agua.

—¿Dónde vamos a ir? —repitió.

—Te voy a enseñar la ciudad.

—Ya la conozco —respondió extrañado—. Llevamos días recorriéndola.

—No, no, chico. Conoces una parte de la ciudad, una parte minúscula.

George lo miró con interés. Se habían pasado las últimas dos semanas cambiando de barrio y atravesando calles largas y serpenteantes, y creía que aquello era todo.

Black se levantó y lo apremió con la mano.

—Nos vamos ya, no quiero que se haga más tarde.

El muchacho cogió la chaqueta y salió detrás de él.

La noche todavía era cerrada y las calles estaban desiertas. Empezaron a caminar en silencio, mientras George se ajustaba la chaqueta para evitar la brisa gélida de la madrugada. Cuando llevaban casi una hora caminando, comenzó a observar que los edificios cambiaban. Poco a poco, las pequeñas y desvencijadas casas se convirtieron en edificios más altos, de dos y tres plantas, algunos con las fachadas de piedra rojiza y otros blancas; nada que ver con las grisáceas y sucias del barrio donde vivían.

George alzó el rostro hacia los edificios.

La larga calle finalizaba en una barandilla de madera que daba al enorme río que ya conocía.

—El Támesis. El río de esta gran ciudad —indicó Black, mordaz.

El cabecilla lo guio bordeando la barandilla hasta llegar a un impresionante puente de piedra que lo cruzaba.

—El puente de Westminster —explicó con la mirada perdida en el fondo —. Más allá de aquí es otro mundo —afirmó mientras empezaba a cruzarlo.

George lo siguió. Miró hacia atrás un instante, para luego volver a centrar su atención en el largo recorrido que tenía frente a él.

Una vez llegaron al otro extremo, la sorpresa del muchacho aumentó. Casas más impresionantes que las anteriores, con fachadas inmaculadas y cristales impolutos. Las calles estaban limpias. Divisó cómo varios hombres recogían los excrementos de los caballos y las hojas caídas por el viento. A los pocos minutos, George vio que de las casas empezaban a entrar y salir hombres y mujeres con uniformes idénticos; cargaban cajas con comida o salían para sacudir cortinas o alfombras.

—¿Por qué en todos estos días nunca hemos venido aquí? —murmuró sin poder disimular su asombro.

—Porque no es nuestro sitio —contestó Black más para sí que como respuesta al chico.

Doblaron una esquina y se encontraron con unos jardines bellísimos, llenos de flores y hermosas plantas que se enroscaban unas con otras creando tapices naturales de distintos colores. Y al final de aquel vergel, una extraordinaria iglesia que se alzaba hasta el cielo.

George levantó el rostro con la boca abierta por el asombro y repasó con la mirada cada columna, cada vidriera, cada cenefa… para conseguir memorizar el máximo de detalles posibles.

—¿Ves todo esto, chico? —le preguntó Black mientras se sentaba en un banco de piedra—. Esto es lo que nunca tendrás.

George se sentó a su lado con el ceño fruncido.

—Esto es otro mundo, muchacho —añadió tras girarse hacia él—. Sé que tienes sueños y que viniste a Londres para conseguir un gran futuro, pero es aquí, en este lado del río, donde están los sueños. No allí. —Y señaló la otra orilla del Támesis—. Allí solo existe el día a día. Más te vale empezar a comprenderlo y aceptarlo, y dejar de desear lo imposible.

—Hunter me dijo algo parecido el otro día —confesó con la cabeza baja.

—No sé si te lo contó, pero antes vivíamos en el East End, donde Wild te encontró. Ese barrio sí que es miserable, te aconsejo que no te acerques por allí. Nos largamos hace un par de años y bajamos hasta Southwark, una zona más segura —le explicó—. Mira, chico, sé que no te gusta lo que hacemos, a lo que nos dedicamos, y lo respeto. Pero hay algo que debes entender: nosotros solo queremos sobrevivir, como todo el mundo en este país. Y lo más importante que tienes que saber es que nosotros nos apoyamos, nos ayudamos. Nosotros jamás te abandonaríamos a tu suerte, nunca. Y eso es lo único que importa en esta condenada ciudad, tener a alguien que te ayude a superar cada día para llegar al siguiente.

George se frotó las manos para darse calor mientras analizaba sus palabras.

Black metió la mano dentro de su chaqueta y sacó el pañuelo amarillo de su madre. George soltó una exclamación y alargó el brazo para cogerlo. El otro se lo dio y el chico lo acarició y lo acercó a su pecho.

—¿Me lo puedo quedar ya?

Black dudó un instante antes de contestar.

—Sí, puedes quedártelo.

—Gracias… —respondió con una sonrisa nerviosa.

El cabecilla lo observó con curiosidad.

—Contéstame a algo: ¿de quién es ese pañuelo que es tan importante para ti? ¿De alguna novia? ¿Tienes novia, muchacho? —le interrogó con una risilla.

George se ruborizó hasta las orejas.

—¡No! No es de ninguna novia.

—Pues deberías buscarte una, ya tienes edad. O una novia o un entretenimiento. Las mujeres son lo mejor de este mundo, te lo aseguro —indicó con una amplia sonrisa y relamiéndose.

—Era de mi madre —explicó y cortó la conversación con una sensación dolorosa en el estómago.

—Oh… bueno… eso son palabras mayores. Una madre siempre es más importante que una novia. Las madres son sagradas. ¿La dejaste en Escocia?

—Está muerta —afirmó con tono más grave, con la intención de evitar aquella conversación.

Black se quedó mirándolo y descubrió una rabia contenida en su rostro; vio que apretaba la mandíbula y se tensaba su brazo.

—¿Cómo murió?

George no respondió y apretó el puño; se podía detectar la furia recorriendo sus venas. Black entrecerró los ojos, había visto ese odio más veces.

—¿La mató él?

—¿Qué?

—¿La mató tu padre?

George desvió la vista sin contestar, una respuesta suficiente para Black.

—Y por eso te marchaste de allí…

—No…, lo de mi madre pasó hace años. Me fui para que no me matara también a mí —confesó y notó la boca pastosa al recordar lo vivido.

Black lo observó, sentía cierta sintonía con aquel muchacho.

—Oye, chico, si quieres algún día vamos los cuatro a tu pueblecito escocés y le damos lo que se merece. Hunter necesitará menos de cinco minutos —le ofreció mientras gesticulaba con las manos como si aplastara algo.

George no pudo evitar sonreír a pesar de lo dramático de la conversación.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no pienso volver. Nunca.

—Me parece bien. Una decisión inteligente.

El sonido de las ruedas de varios carruajes y de puertas que se abrían y cerraban les hicieron alzar la vista hacia la calle, que comenzaba a llenarse de gente.

George se levantó del banco y se quedó mirando a aquellos hombres con imponentes trajes y a aquellas hermosas mujeres con tocados que brillaban al sol y elegantes vestidos de seda de diferentes colores que contrastaban unos con otros y llenaban la calle de belleza.

—Hora de irse, chico —soltó firme Black mientras lo agarraba del brazo y lo arrastraba de nuevo hacia el puente.

—¿Por qué no nos quedamos un poco más? —pidió al ver a una muchacha con unos preciosos bucles castaños que lo miraba de reojo y sonreía.

—¡Ni hablar! ¿No has oído nada de lo que te he explicado?

—Solo será un rato.

—¡No! Puedo tener problemas, ¡vámonos!

—¿Por qué? Solo estamos paseando.

—Tú tal vez, pero yo soy persona *non grata* aquí. ¡Venga!

George soltó un bufido mientras observaba por última vez a la preciosa muchacha, que le dedicó una adorable sonrisa.

—¿Por qué no podemos quedarnos un poco más?

—Porque, si me reconocen, estoy perdido —respondió a la vez que el chico hacía una mueca, extrañado—. Hice un trabajito hace unos años en uno de los barrios del norte; estuvieron a punto de cogerme —explicó atravesando el puente con largas zancadas—. Por eso nunca cruzo el río. Es mejor quedarnos en zona segura. Es preferible mantenernos vivos y libres aunque aquí haya mejor botín.

George echó la vista atrás y vio la silueta de la joven que ya casi no se distinguía. Black empezó a reír.

—Si te ha gustado esa muchachita, yo te puedo presentar a unas cuantas.

—No, da igual —dijo avergonzado. Aceleró el paso y adelantó a Black para esconder su rostro encendido. Este soltó una carcajada y aumentó el ritmo para alcanzarlo.

Aquella salida con Black había sido extrañamente cercana. Su sinceridad, su trato y el detalle de devolverle el pañuelo lo habían desconcertado. Siempre había tenido claro que, una vez recuperara el pañuelo, se marcharía; esa era su decisión, pero ahora dudaba.

Si era sincero, debía reconocer que tampoco estaba tan mal con ellos. La complicidad con Hunter era su mayor motivación para quedarse, pero la rotunda franqueza de Black también le gustaba, y con Wild, aunque era el más reacio a tratarlo con cercanía, notaba que la relación mejoraba cada día. Había captado alguna sonrisa y alguna mirada amistosa, que apenas duraban un instante, pero que a George le servían para saber que ya empezaba a aceptarlo en el grupo.

Su cabeza analizaba todas las posibilidades sin tener claro qué hacer. ¿Quería ser un ladrón? Claro que no. Pero tampoco quería morir congelado en la calle o moribundo de hambre en algún apestoso rincón.

Empezó a dar vueltas por la habitación. No sabía cómo solucionar aquel dilema y tomar la decisión apropiada.

«Podría quedarme un tiempo hasta conseguir el dinero suficiente para vivir de algo mejor —se dijo—. Seguramente en unos meses haya podido ahorrar lo que necesito». Era una opción precaria y tampoco era segura, pero de momento era lo único que tenía .

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 6
Sentimientos o entretenimientos

Las semanas pasaron y las habilidades de George fueron mejorando: aumentó su velocidad, su agudeza visual y su ingenio, y adquirió la capacidad de moverse con sigilo entre la gente; solo se dejaba ver cuando él lo decidía.

Los tres lo analizaban a diario y tuvieron que aceptar que el muchacho aprendía rápido y se desenvolvía mejor de lo esperado.

—Este lomo está delicioso —reconoció George, que acompañaba la carne con unas patatas.

—Con lo que comes, acabaremos arruinados en pocos meses —protestó Black.

—Pero ahora colaboro en las ganancias —replicó con orgullo.

—No lo suficiente. ¿Cuántos trozos te has comido? ¿Cinco? Necesitarás varios robos para pagar eso.

—En la próxima escapada te lo compensaré, ya verás —contestó, levantando la barbilla.

—Tranquilo, cuando consigas igualar nuestra cantidad entonces hablamos. De momento sigues siendo un mero aprendiz.

—¡Oh, vamos! He mejorado muchísimo, podríais dejarme solo perfectamente.

—Ni hablar, te devorarían en un momento.

Wild se acercó a ellos, giró una silla y se sentó a horcajadas, apoyado en el respaldo.

—Esta noche van a montar una fiestecilla por aquí —comentó con una pícara sonrisa.

—¿Por algún motivo en especial? —preguntó Black.

—Por lo que me ha dicho Joe, por el ascenso de un trabajador. Lo han nombrado encargado de una de las fábricas del perímetro y quiere invitar a varias rondas.

—Pues muy bien, no vamos a rechazar una invitación, sería de mala educación —apuntó Black riendo.



La taberna bullía de actividad cuando George y Black llegaron después de terminar la vuelta de aquella tarde. Estaba a rebosar de hombres que parloteaban y reían mientras bebían y brindaban.

En una mesa de la esquina, Wild besaba apasionadamente a una mujer que estaba sentada en su regazo. Llevaba el pelo suelto y un escote más que generoso. George los miró con disimulo y vio que las manos de Wild recorrían el cuerpo de ella con bastante descaro.

Se sentaron con Hunter, que estaba en otra mesa disfrutando de una botella de vino.

—No sabía que Wild tuviera novia —dijo George.

Black y Hunter estallaron en una carcajada.

—No es su novia, muchacho —respondió Hunter sin dejar de reír.

—Oh, ya entiendo… —respondió mientras observaba cómo Wild besaba su cuello y su mano subía por su torso. Se giró para desviar la mirada, ya que percibió un creciente acaloramiento.

Black le hizo una señal a Wild con la mano para que se acercara, a lo que este accedió con impaciencia.

—¿Qué pasa? Rápido, que estoy ocupado —urgió Wild.

—La recaudación de hoy —indicó Black a la vez que le acercaba unas monedas—. Así puedes invitar a tu novia a algo —añadió sin poder evitar reírse.

—Mi… ¿qué?

—George pensaba que Caroline era tu novia.

Este bajó la cabeza avergonzado por parecer tan crío al lado de ellos. Wild sonrió.

—Uy, no, nada de novias. Es una… amiga, por así decirlo —explicó con un guiño y se giró hacia ella.

—Te has acostado tantas veces con esa chica que debería tener exclusividad contigo. Eres su mejor cliente —añadió Black con una sonrisa maliciosa.

Wild le dedicó una dura mirada.

—No te pases, Black. Ya te lo he advertido varias veces.

—Tranquilo, caballerete… —respondió con sorna.

Wild le ignoró y volvió la mirada de nuevo hacia la joven, que le saludó con la mano.

—Bueno, me voy. Nos vemos mañana, no me esperéis para cenar.

George vio cómo regresaba con la muchacha, volvía a besarla y, de la mano, ambos subían al piso superior.

—Wild no lo reconocerá, pero está loco por ella —apuntó Hunter.

—Sí, es tan imbécil que al final se enamorará de esa mujer.

—Bueno, eso no sería malo, ¿no? —indicó George.

Black soltó un bufido.

—Muchacho, es una ramera. Nunca te enamores de una prostituta. Regla básica de la vida.

—Pero puede dejar de serlo y estar juntos.

—Nos ha salido romántico el niño —espetó Black con sarcasmo—. Regla número dos: la gente no cambia, es mejor aceptar lo que somos y lo que son el resto y dejarse de fantasías.

—Yo no creo que sea una fantasía. Si los dos se quieren…

Black estalló en una carcajada.

—¿Amor? ¿Estamos hablando de amor? ¿En qué momento hemos cambiado de conversación? ¡Esto es ridículo! —exclamó sin dejar de reír.

—No entiendo que sea tan imposible si los dos sienten lo mismo.

Hunter lo miró con una afectuosa sonrisa.

—Mira, chico, te voy a dar un consejo sobre mujeres —le explicó Black —: son maravillosas, lo mejor que Dios ha puesto sobre la tierra, pero también pueden destruirte hasta lo más profundo. Así que te aconsejo que controles tu corazón y no permitas que ellas lo hagan. Si conoces a una chica especial, adelante, pero si sabes que es solo un mero entretenimiento, no te permitas encapricharte porque saldrá mal —dijo y bebió un trago—. Siempre sale mal.

George lo miró sorprendido por aquella rotundidad y aquella amargura que destilaban sus palabras.

—Lo mejor es disfrutar, pasarlo bien y olvidarte de la idiotez de los sentimientos —añadió mientras se levantaba y se dirigía a la barra.

—No le hagas caso, Black es así —señaló Hunter cuando se hubo alejado—. Nunca quiere atarse a nada ni a nadie, ni siquiera a nosotros, por eso nos trata con tanta frialdad, igual que a ti.

Black regresó a la mesa con tres jarras de cerveza.

—¿Has pensado en lo que te he dicho?

—No sé, Black, yo no soy tan rotundo como tú, aunque… es cierto que casi no tengo experiencia.

Black y Hunter intercambiaron una mirada.

—Bueno, es normal que de momento no hayas estado con muchas mujeres, pero tienes tiempo para practicar.

George bajó la mirada hacia la cerveza y hacia la espuma que flotaba en la superficie.

—Yo no… De momento no…

—De momento no ¿qué? —inquirió Black.

George titubeó.

—No he estado con una mujer.

Black lo miró extrañado.

—¿Cómo? Pero ¿qué edad tienes?

—Quince, casi dieciséis.

—¿Y aún no has estado con ninguna mujer? ¿Ni una sola? —preguntó pasmado.

Hunter no pudo evitar mirarlo con cierta ternura.

—Bueno, no es tan grave, soy joven, y hasta ahora no he tenido tiempo.

—Esto es una desgracia. ¡Un verdadero drama!

—Black, no seas tan melodramático —soltó Hunter empezando a reír—. Ya encontrará su momento.

—Casi dieciséis años, Hunter, por favor…

George se mantenía con la cabeza gacha; sentía todo el bochorno de aquella conversación.

—Dime que al menos te gustan.

—Sí, claro que me gustan… Mucho…, pero no he encontrado aún ninguna que sea especial —dijo el muchacho por lo bajo.

—¿Estás esperando a una mujer especial para empezar? —preguntó Black cuyo asombro crecía por momentos—. ¿Y qué tendrán que ver los sentimientos con pasárselo bien? ¿Estamos dentro de una de esas novelitas románticas que leen las mujeres?

—Black, déjalo ya —indicó Hunter ante el rostro avergonzado del chico.

—No, no, esto es importante —continuó, apoyándose en la mesa para acercarse a George—. Escúchame atentamente, chico, has de aprender a separar. Los sentimientos están bien cuando te los encuentras, pero mientras tanto tienes que aprender que estos y el entretenimiento son dos cosas

distintas. Y puedes estar muy bien con una mujer, disfrutando los dos, sin tener que casarte con ella.

—Ya… ya lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Y no sientes ni un mínimo de curiosidad?

—Black, ya está bien por hoy —intervino Hunter recriminándole su actitud. Intentaba salvar a George de aquel interrogatorio.

«¿Si sentía curiosidad? Por supuesto que sí», pensó con frustración. Y cada vez que veía a alguno de ellos besar a una mujer tenía deseos de hacer lo mismo, pero se sentía torpe e inseguro.

—Me voy a ir a la cama, estoy cansado —indicó. Se levantó de golpe y se dirigió con paso rápido hacia su habitación.

Hunter se giró hacia Black.

—No podías dejarle en paz, ¿eh?

—Creo que alguien tenía que hablar con él de hombre a hombre —se justificó.

—No le presiones, Black, que nos conocemos.

—No voy a presionarlo, pero necesito tener a un hombre en el grupo, no a un crío.

—Y su momento llegará, déjale a su aire.

Black cruzó las manos encima de la mesa.

—Casi dieciséis años… Increíble… —murmuró con los ojos en blanco y un bufido.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 7
Primera sensación

Febrero de 1788

George miró con orgullo el reloj que acababa de conseguir. El hombre ni se había inmutado. Había logrado acercarse a él sin que se percatara de su presencia y sin que sintiera el más mínimo roce cuando se lo había cogido. Lo lanzó al aire, lo recogió con la mano y lo guardó en el bolsillo; después volvió por la calle que Black le había indicado.

Ya había comenzado febrero. Aquellos tres meses habían pasado como una exhalación. Parecía que fuera ayer cuando lo habían asaltado en la calle y ahora ya estaba amoldado y totalmente integrado en el grupo.

Llegó antes de comer y dejó el reloj en la mesa frente a Black, que lo examinó a conciencia.

—No está nada mal, chico.

George sonrió satisfecho, tomó asiento y dio un trago a su vaso de cerveza.

—Hoy cumplo dieciséis años —anunció sin darle mayor importancia.

Los tres levantaron la vista hacia él.

—¿Hoy? ¿Y por qué no nos lo habías dicho? —preguntó Hunter—. ¡Esto hay que celebrarlo!

—No es necesario. Hace años que no celebro mi cumpleaños.

—Los dieciséis son una edad importante, algo tendríamos que hacer… —añadió Wild.

—No, de verdad, no quiero nada. No tengo un buen recuerdo del último cumpleaños que celebré y prefiero no hacerlo.

—Lo que tienes que hacer es crear recuerdos nuevos para olvidar los malos —propuso Hunter mientras le daba un golpecito en la espalda.

—Eso es… recuerdos nuevos —intervino Black—. Esta tarde lo celebraremos, yo me encargo —prometió con una enigmática sonrisa.

—Pero… —intentó decir George, pero hablaban entre ellos sin hacerle el menor caso.

George pasó toda la tarde inquieto, sin saber a qué atenerse ni qué esperar. No confiaba en ellos y estaba seguro de que montarían una juerga de las suyas, que, sinceramente, no le apetecía en absoluto. Normalmente acababan tan borrachos que luego era él el que los subía a las habitaciones. Y aquel no era el plan que esperaba para su dieciséis cumpleaños.

Eran más de las siete cuando Black apareció por la taberna después de pasar toda la tarde fuera.

—Vamos a empezar la celebración —informó dando una palmada.

George miró alrededor y comprobó que, además de ellos cuatro, solo había otro hombre, más muerto que vivo, en una de las mesas del fondo. Nadie más.

—¿Estaremos solo nosotros? Me parece bien —dijo George y comenzó a relajarse.

Black se asomó fuera e hizo que entrara una hermosa mujer de su brazo. Tenía el cabello negro, sujeto con un recogido adornado con una pluma roja, y unos preciosos ojos color avellana. Avanzó hacia ellos; llevaba un vestido negro y rojo que se le ceñía al cuerpo a la perfección.

Hunter y Wild se miraron entre ellos al reconocerla y escondieron una divertida expresión.

—Rosemary, quiero presentarte a George.

La mujer le sonrió de una manera deliciosa.

—Hola, George, un placer.

George vaciló un instante, esperaba que aquello no fuera lo que creía que era.

—¡Hola, Rose! —saludaron al unísono Wild y Hunter.

—Hola, muchachos, me alegro de veros.

—Y nosotros —contestaron con picardía.

George se levantó de la silla.

—Black, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntó en un tono impaciente mientras le obligaba a seguirle—. ¿Esto no será lo que creo que es? —El cabecilla amplió su sonrisa sin responder—. No, escúchame, sé que lo haces con buena intención, pero no es necesario.

Black torció la boca en una mueca.

—¿Vas a rechazar a esa mujer? ¿Las has mirado bien? Es preciosa, joder.

—Sí, es preciosa, pero no creo que…

—¿Tienes miedo? Tienes miedo de estar con una mujer, ¿es eso?

—No… no es eso.

—Pues perfecto, vamos allá —zanjó sin dejarle opción a réplica.

Vio que volvía hacia ella y le susurraba algo al oído. La mujer le miró y dedicó una sonrisa a George.

—Black, escúchame…

El jefe le dedicó una fulminante mirada que le hizo callar al instante. El muchacho se giró hacia Hunter suplicante.

—Black, oye, tal vez… —intervino Hunter.

—No, de esto me encargo yo —le interrumpió tajante.

Hunter se encogió de hombros y miró a George, le sonrió divertido y le susurró un «tranquilo, chico», seguido de una risilla.

Black lo agarró del brazo y lo llevó escaleras arriba, mientras oía las carcajadas de Wild abajo y los gritos de ánimo de los dos.

—¡Vamos, George! —gritaron al unísono.

Rosemary subió con ellos y entró en la habitación.

—Black, escucha…

—¡Por el amor de Dios! ¿Quieres dejar de protestar? ¡Parece que te esté llevando al matadero! Yo a tu edad ya estaba cansado de hacerlo. ¡Entra ahí y compórtate como un hombre! —exclamó empujando al muchacho dentro de la habitación y cerrando la puerta a su espalda.

Rosemary sonrió y George se irguió y la miró. Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que él empezó a hablar:

—Escuche, si no quiere hacerlo, no hace falta que lo haga, no está obligada —explicó intentando controlar su nerviosismo—. Le diremos a Black que ha ido todo bien, pero no es necesario que lo haga si no quiere, señorita.

—¡Señorita! —exclamó asombrada Rosemary—. Creo que jamás me han llamado así.

George no supo interpretar si aquello era positivo o negativo. La observó con más detalle. Realmente era preciosa. Además de los hermosos ojos, tenía unos labios carnosos y unas exuberantes curvas que hicieron que su cuerpo empezara a despertar. Vio que se quitaba unas horquillas y dejaba caer su pelo suelto en unos rizos que enmarcaron su bello rostro.

—¿Tú quieres hacerlo, George? —preguntó sugerente.

«¿Que si quiero hacerlo? Todo mi cuerpo me suplica a gritos hacerlo», pensó sin dejar de mirarla.

Rosemary se acercó a él despacio y cuando estuvo a pocos centímetros levantó la mano y le acarició la mejilla.

—Eres guapísimo, ¿lo sabes? No va a ser ningún sacrificio acostarme contigo, te lo aseguro.

Alargó más el brazo y pasó los dedos por su pelo; observó que era muy alto para tener dieciséis años.

Aquel contacto provocó que George cerrara los ojos y sintiera cada caricia.

—Abre los ojos —pidió ella.

Él obedeció. La chica se le acercó aún más y le besó en los labios de manera lenta y sensual. Todo el cuerpo de George se sacudió por los nervios y por la creciente excitación que empezó a devorarle. Rose se apartó de él mostrando una hermosa y tentadora sonrisa. El pulso de él se disparó, la deseaba con todos los poros de su piel.

Bajó la vista a sus labios y ella se los relamió sugerente. Quería volver a probarla, quería volver a sentirla. Su cuerpo empezó a reaccionar y, dejándose llevar, le sujetó el rostro con ambas manos y la besó con tanta pasión que Rosemary soltó un gemido de la impresión. Continuó besándola, mientras bajaba por su cuello y llegaba a su prominente escote, buscando con desesperación la manera de desabrochar aquel corsé que le separaba de su cuerpo.

—Espera —le susurró ella al oído—. Déjame a mí.

En lugar de desabrochar su ropa, acercó las manos a George para abrir primero su camisa, lentamente. Sabía que, con cada movimiento, aumentaba el deseo del joven. Le acarició el pecho descubierto y captó su respiración agitada.

—Tranquilo —le dijo en un suave tono.

Se separó solo unos centímetros de él para encargarse ahora de su propia ropa. Con una gran habilidad se desató el corsé y lo dejó caer al suelo junto con el vestido. La visión de George se nubló ante lo que contemplaba, notó que no podía pensar con claridad. Unos pechos firmes y unas contorneadas caderas estaban frente a él a pocos centímetros y solo podía suplicar tocarlos y sentirlos. Ella volvió a acercarse a él lentamente, torturándolo con su hermosa sonrisa y sus seductoras curvas. George se mantenía quieto por miedo de dejarse llevar y molestarla, aunque todo su cuerpo ardía de deseo.

Rose volvió a besarle, esta vez con más pasión. Colocó su mano por detrás de su cabeza para acercarlo más y profundizar en el beso. Y en aquel momento, George perdió todo su autocontrol. Le rodeó la cintura y sintió su piel suave, subió por su espalda y bajó hasta sus nalgas, haciéndola retroceder con cada caricia hasta tocar la cama, donde le hizo estirarse con cuidado. Se incorporó para mirarla y comprobó una sonrisa satisfecha en su rostro. Rose se sentó en el colchón y comenzó a desabrocharle los pantalones a la vez que lo invitaba a que se acercara más. George se tumbó sobre ella, aceptando aquella sugerencia, y pasó sus dedos por su pecho con suavidad. La observó de arriba abajo y, sin poder aguantar más, se fundió con ella. La besó con ansiedad y empezó a aumentar la velocidad de los movimientos. Rose, al sentir su fuerza, soltó unos gemidos que provocaron que el placer de él se elevara.

Continuó con el ritmo durante varios segundos, mientras su cuerpo se estremecía y el de ella se arqueaba hacia él, llamándole por su nombre para que no parara. Aquella increíble sensación continuó recorriéndolo, sin darle tregua, hasta que notó una indescriptible sacudida final con la que dejó escapar un jadeo para quedarse quieto encima de ella. Intentó recuperar el aliento mientras notaba el bombeo desenfrenado de sus latidos. La observó. Ella le sonreía y respiraba también con dificultad.

—¡Vaya, George, has sido una gran sorpresa! —afirmó dulcemente con una encantadora expresión.

El muchacho le devolvió la sonrisa, la besó y acarició de nuevo su cuerpo, ahora de manera más pausada, recreándose en cada curva y en la suavidad de su piel.

—Eres preciosa —le susurró al oído.

Rose se estremeció por aquella dulzura en su voz que contrastaba con su ímpetu anterior. Podía sentir la delicadeza de cómo la tocaba y recorría con los labios su cuello hasta sus pechos, cómo se detenía en ellos para atravesarlos después con deleite y anhelo. La chica cerró los ojos con intención de disfrutar de sus caricias.

No estaba acostumbrada a que la trataran con tanta ternura después de terminar. Lo normal era que todos se levantaran y se fueran casi sin despedirse. Pero él seguía ahí, acariciándola y besándola con calma, con caricias sin prisa, haciéndola disfrutar y provocando que todo su cuerpo temblara al sentirlo. Echó la cabeza hacia atrás, dejó escapar un suspiro y se sorprendió por desearlo de nuevo. Quería sentirlo una vez más.

Hunter alzó la vista hacia el reloj de la pared.

—¿Cuánto dices que le has pagado a Rose? —preguntó.

—Una hora —contestó Black con una mueca.

—Pues llevan casi dos —afirmó y miró a Wild; ambos no pudieron ocultar una risilla.

—Ya lo sé, diablos —maldijo—. Pero no le voy a pagar el tiempo extra; ella verá, irá a su cargo.

Al cabo de unos minutos apareció Rosemary por la escalera, visiblemente sofocada mientras se arreglaba el pelo. Black se levantó y fue hacia ella.

—Te dije una hora —le recriminó.

Rose no pudo más que sonreír.

—Lo sé.

—No te voy a pagar el extra.

—No hace falta, yo me encargo —respondió en un tono suave—. Por cierto, vuestro chico tiene futuro. Si volvéis a necesitar de mis servicios, no dudéis en avisarme —añadió con una sugerente voz antes de abandonar la taberna.

Wild y Hunter se miraron, empezaron a reír y subieron corriendo las escaleras. Abrieron la puerta y se encontraron a George estirado en la cama con la respiración acelerada. Este se giró hacia ellos con una amplia sonrisa.

Los dos estallaron en una carcajada.

—Parece que has dejado impresionada a Rose, y no es una mujer fácil de impresionar —afirmó Wild.

Black entró tras ellos, se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

George se incorporó al verlo.

—Gracias por el regalo, Black —dijo con una sonrisa más atrevida—. Tenías razón, las mujeres son impresionantes.

Black alzó las cejas al comprobar aquel cambio de expresión en su rostro y esperó no tener que arrepentirse de aquella decisión.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 8
Principios morales

Abril de 1790
Dos años después

Una paloma empezó a golpear el cristal de manera tan compulsiva que consiguió despertarle de su apacible sueño. Giró la cabeza hacia la ventana y soltó una maldición sobre aquella paloma y sus descendientes presentes y futuros. Se incorporó y estiró el cuerpo para desentumecer los músculos y los huesos. En las últimas semanas, Black se había empleado a fondo y le había dado misiones y trabajos que habían acabado con él a la carrera durante varias millas para despistar a sus perseguidores.

Aún no entendía el propósito de intentar trabajos imposibles. Había aumentado la dificultad de manera alarmante en los últimos meses hasta llegar a aquellas semanas en que todo estaba saliendo mal. Se había obsesionado en conseguir botines mayores sin dar una explicación clara del motivo y, a medida que avanzaban los días, se veían en un problema cada vez mayor.

Con lo que ganaban con los pequeños robos siempre habían tenido suficiente para vivir y darse algún capricho. Pero desde hacía un tiempo, la mentalidad de Black había cambiado y ahora les estaba exponiendo a peligros innecesarios.

Se acercó al espejo para lavarse, se echó agua en la cara y se refrescó. Observó su reflejo mientras el agua le caía por las mejillas y los mechones de la frente.

Ya había cumplido los dieciocho y su cuerpo había cambiado y evolucionado en aquellos dos últimos años. La espalda más ancha y los músculos más definidos le daban un aspecto más varonil, unido a una mandíbula más cuadrada y unos cuantos centímetros más de altura que hacían que el conjunto fuera más atractivo… o eso le decían.

Rebuscó entre su ropa y se puso un pantalón gris oscuro y una camisa blanca, y como detalle final, un pañuelo negro anudado en el cuello. Aquello era decorativo más que por utilidad: a las mujeres les gustaba ese detalle y él adoraba sentir cómo se lo desataban.

La puerta empezó a vibrar con los estrepitosos golpes de fuera.

—¡¿Se va a levantar el señorito hoy o le esperamos mañana?! —gritó Black al otro lado.

George resopló, cogió su chaqueta y abrió la puerta.

—Veo que estás de buen humor —dijo con sorna; pasó por su lado y bajó las escaleras.

—Es increíble, ¡tardas más en arreglarte que una mujer! —protestó Black, furioso.

George llegó abajo de un salto y abrió los brazos.

—¿Qué quieres que te diga, Black? Esto hay que lucirlo —dijo mientras señalaba su cuerpo con altanería.

El cabecilla gruñó por lo bajo.

—Recordadme por qué lo metí en el grupo hace dos años.

—Porque dijiste que tenía potencial —respondió Wild.

—Y lo tiene —añadió Hunter reprimiendo una risotada.

Black renegó en voz alta antes de salir e iniciar la tarea del día.



Aquella mañana bajaron hasta Peckham para llegar a una de las plazas más amplias de aquel pueblo, inundada por una aglomeración exagerada de gente.

—Hoy es la feria anual de la caza. Lo aprovecharemos —explicó Black.

George se apoyó en la pared con los brazos cruzados.

—George, tú te encargarás de ese grupo de allí.

Este se giró y vio un grupo de mujeres que conversaban y reían. Frunció el ceño.

—No robo a mujeres, Black, ya lo sabes.

El jefe se giró hacia él con ademán de haber perdido la paciencia.

—¡Tus principios morales me dan asco!

George sonrió con suficiencia.

—Me da igual lo que pienses, lo sabes de sobra: no robo a mujeres —repitió firme.

—¿Alguna vez harás lo que yo te diga?

—Cuando tenga sentido, sí —replicó grave—. Lo hemos hablado infinidad de veces: son los hombres los que llevan el dinero. Las mujeres solo vienen aquí con lo justo para la compra, y eso es calderilla. Si queremos sacar algún provecho de estas ferias, es a ellos a quien tenemos que robar, no a ellas.

—Soy yo el que da las órdenes, ¿te has olvidado? —espetó acercándose a su rostro.

—¡Pues empieza a darlas con sentido común!

Wild y Hunter dejaron escapar un resoplido. Observaban sus discusiones casi a diario, ya eran parte de la rutina de su trabajo: llegar al lugar, discusión, robo, discusión, comida, discusión…

—¿Sería mucho pedir que nos centráramos en el trabajo? —requirió Wild con impaciencia—. Ya continuaréis vuestros apasionantes debates cuando acabemos.

George asintió mientras observaba con atención la gente que paseaba de un lado a otro. Se concentró para fijarse en cada mínimo detalle, tal como había aprendido en aquellos dos años y medio.

Al cabo de unos segundos divisó algo.

—Allí —dijo señalando, a varios metros de distancia, a un joven que caminaba encorvado—. Lo conozco, es Tommy Sanders, el hijo de un herrero de la zona de Lambeth. Nos vimos un par de veces el año pasado.

—Si te conoce, no es buena idea —dijo Black torciendo la boca.

—Tranquilo, lo vi solo cuando pasé por su taller. No sabe dónde vivo y nunca os ha visto. No os reconocería.

—¿Y qué hace aquí en lugar de en su taller de Lambeth? —preguntó Hunter.

—Debe de haber venido para vender alguna pieza de su padre, y, tal como camina, ya debe tener la recaudación.

Black observó al muchacho y le pareció que era un buen objetivo.

—Está bien —aceptó ampliando la sonrisa—. Yo iré por delante, le robaré el dinero y vosotros me rodeáis por si hubiera algún problema.

—No —intervino George—. Iré yo, me conoce, no sospechará de mí y podré acercarme lo suficiente para distraerlo y que Wild le quite la bolsa.

—He dicho que iré yo, deja de cuestionar mis decisiones —aseveró apretando la mandíbula.

—Black, George tiene razón, es mejor su idea —indicó Wild.

Hunter soltó una queja en voz alta.

—¿Podríamos hacerlo antes de que se marche y lo perdamos de vista? —espetó molesto.

—Haremos la «mascarada a tres», Hunter, Wild y yo —explicó George —. Black, tú espéranos dos calles más abajo.

Antes de que este pudiera protestar, el joven se adentró en el gentío mientras sus dos comparsas lo bordeaban tomando distintas direcciones.

Black cerró el puño con fuerza. ¿En qué momento se había convertido en el líder del grupo?

George avanzó sin perder de vista al objetivo, que se acercaba a él.

—¡Tommy! —exclamó alzando un brazo.

El joven lo vio y le sonrió devolviéndole el saludo.

—¡George!

—¿Qué haces tan alejado de tu taller? —le preguntó rodeándole los hombros con un brazo y notando el bulto bajo su chaqueta.

—Mi padre quería aprovechar la feria de la caza para vender alguna de sus herramientas.

—¡Fantástico! ¿Y ha ido bien la venta?

—Sí, ha ido bien. Y menos mal, el año ha sido muy duro; esta feria nos ha salvado.

El rostro de George se contrajo al escucharlo.

—Pues me alegro —contestó serio mientras veía por el rabillo del ojo cómo Wild ya se acercaba por la derecha y Hunter por la izquierda.

Cuando ya estaban los dos a su lado, iniciaron una ficticia pelea, les empujaron y provocaron tanto polvo y confusión que era imposible distinguir a nadie a su alrededor.

—¿Estás bien? —le preguntó George mientras le arrebataba la bolsa en mitad de aquella trifulca y se la guardaba en su bolsillo.

—Sí, gracias, amigo —respondió Tommy agradecido.

—Será mejor que te alejes, estos parecen dos locos —añadió mirándolos y haciendo una imperceptible señal a Wild para que se largaran. Este lo miró extrañado, ya que él debía quitarle la bolsa, así lo habían pactado. El joven insistió en la señal provocando que Wild escapara y Hunter fuera tras él como parte del teatro de la pelea.

De repente, Tommy soltó un alarido.

—¡Mi dinero! ¡Me han robado mi dinero! —chilló soltando un sollozo.

—Tranquilo, te ayudaré a recuperarlo —respondió George para calmarlo.

Echó a correr en la misma dirección que Wild y Hunter, pero se desvió al cabo de unos metros hacia un callejón de la izquierda. Allí, a cobijo de la sombra, sacó la bolsa y miró las monedas. Calculó que debía de haber unas cien, cogió más o menos la mitad y se las guardó en el bolsillo. Luego retornó sobre sus pasos hasta llegar a Tommy.

—¿Lo has conseguido? —preguntó con desesperación.

—A ellos no los he alcanzado, han cogido unos caballos, pero la bolsa se les debe de haber caído —explicó mientras se la devolvía—. No sé si estará todo.

Tommy lo comprobó y dejó escapar un suspiro.

—Creo que se han quedado más de la mitad —dijo con desaliento—. Pero bueno, al menos he podido recuperar esta parte y nos ayudará para los siguientes meses. No sé qué hubiéramos hecho si lo hubiésemos perdido todo. ¡Gracias, George, eres un amigo! —exclamó dándole un abrazo.

Aquel gesto le hizo sentir un miserable a pesar de haberle devuelto la mitad del dinero.

Poco después, llegó al punto de reunión y comprobó que Wild se le acercaba furioso.

—¿A qué ha venido eso? ¡Yo debía quitarle la bolsa y has paralizado el plan!

—Lo he hecho porque ya tenía el dinero.

—¡No puedes improvisar así sin avisarnos, nos podrían haber cogido en esos instantes de duda! Ya sabes que cada segundo cuenta.

—Perdóname, tienes razón, pensé que era mejor que salierais corriendo, que era menos arriesgado —indicó levantando las manos a modo de disculpa—. Es la última vez, no volveré a hacerlo, seguiré los planes sin desviarme.

Black se acercó a ellos mirando fijamente a George.

—Discutamos en un sitio más tranquilo, no aquí en mitad de la calle —afirmó y se alejó.

Una vez sentados, George dejó sobre la mesa el dinero de su bolsillo.

—¿Esto es todo? —inquirió Black mientras contaba poco más de cincuenta monedas.

—Sí, es lo que llevaba encima.

Black lo revisó y después volvió de nuevo la vista hacia el muchacho.

—¿Seguro que era todo? Sé lo que cuestan las herramientas de un herrero en el mercado y no me salen las cuentas —preguntó con desconfianza.

—Claro que es todo, ¿qué insinúas? ¿Qué me he quedado una parte?

—No lo sé… Dímelo tú.

—¡Por supuesto que no! ¿No te fías de mí, Black? —preguntó y se apoyó en la mesa—. Regístrame si no me crees.

El cabecilla se mantuvo en su sitio sin moverse y le clavó una grave mirada. Al cabo de unos segundos, mostró una enigmática sonrisa.

—Tranquilo, muchacho. Claro que me fío de ti. —Se dispuso a repartir las monedas entre los cuatro—. Confío porque sabes que el engaño es algo que no soporto ni tolero, y las represalias no serían agradables, te lo aseguro. Por eso sé que nunca me engañarías, ¿verdad, Georgi? —pronunció con un siseo.

George sintió un escalofrío, hacía años que no le llamaba así y había sonado mucho más siniestro ahora en sus labios.

—No, no te mentiría.

—Buen chico —dijo al levantarse y cambió la extraña sonrisa por una expresión más fiera—. Más te vale, te lo aseguro —le susurró amenazante al oído.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 9
Nuevo plan

Abrió la caja que guardaba al fondo del armario y contó el dinero que había acumulado durante aquellos dos años. Debía de tener unas treinta libras ahorradas. En los últimos meses las cantidades robadas habían aumentado por la obsesión de Black de conseguir más dinero, así que sus ingresos se habían incrementado, a pesar de que siempre se hacían los repartos de manera desigual y Black se quedaba una parte mayor que la del resto.

Necesitaba más. Con ese dinero podría empezar, pero no subsistir mucho tiempo. Cerró la caja, la volvió a ocultar en el fondo del armario y echó la llave.

Aquella mañana, la ciudad se despertó con un impresionante diluvio que anegó algunas calles e inundó casas y comercios. Aquello les obligó a quedarse en la taberna sin poder salir y a tomarse aquel día de descanso, algo que George agradeció profundamente.

El joven bajó las escaleras y vio a Hunter sentado en su mesa habitual jugueteando con un pequeño cuchillo. Se acercó con disimulo por detrás y le dio un beso en su afeitada calva.

—¡Deja de hacer eso! ¡Es asqueroso! —protestó Hunter apartándolo con el brazo.

George estalló en una carcajada.

—Vamos…, sé que te gusta —respondió con un guiño.

Wild se les unió unos minutos más tarde, se recogió el cabello en su habitual coleta y se bebió de un trago el vaso de vino de Hunter.

—¿Una noche dura? —preguntó el gigantón con una medio sonrisa.

Wild no contestó y se reclinó en su silla.

—Te oí desde el otro lado del pasillo… —insistió Hunter—. Bueno, toda la taberna te debió oír. No parece que lo pasaras mal. ¿Estabas con Caroline?

—Sí… Cuando me he despertado se había ido —respondió sin mirarlo.

—¿Qué esperabas? Tiene más clientes además de ti. No puede quedarse contigo todo el día.

George vio que Wild apretaba el puño de manera disimulada y movía nervioso la pierna, y decidió intervenir:

—Oye, Wild…, desde que te conozco estás con esa mujer, no te he visto con ninguna otra. Si te gusta tanto, ¿por qué no te casas con ella?

El otro lo miró con los ojos muy abiertos, de una manera exagerada.

—¡No me gusta! Es solo un entretenimiento.

—Ya… seguro que no —murmuró Hunter.

—Yo creo que es más importante que eso… —dejó caer George.

—¡No lo es! —le interrumpió con rabia.

—Vale… lo que tú digas —replicó el chico mientras levantaba una mano en son de paz.

Black se sentó, no sin captar aquella tensión entre ellos.

—¿De qué hablabais tan animados?

—De la vida amorosa de Wild —contestó rápidamente Hunter con una risilla.

Wild lo fulminó con la mirada.

—Oh… ¿Ya le has pedido a Caroline matrimonio y os habéis comprado una bonita casita blanca en Kensington? —preguntó Black con ironía.

—No me provoques, Black, no estoy de humor.

—¿Cuántas veces te voy a tener que repetir que te olvides de ella? Es patético que, con tu experiencia, te hayas enamorado de esa mujer.

—¡No estoy enamorado de ella!

—¡Claro que lo estás! Llevas años así. A ver si al menos lo admites.

George pasó la vista de uno al otro, sin intención ni ganas de intervenir en aquella discusión que no era la primera vez que se producía. Cruzó la mirada por el local y vio a la camarera, que colocaba unas botellas en una mesa y se alejaba hacia la barra. Sonrió y se levantó para abandonar la mesa y su entretenida polémica. Se acercó a la muchacha que servía y, despacio, la cogió de la muñeca y tiró de ella hasta un rincón más oscuro, alejado de miradas extrañas.

—¡George! —exclamó sorprendida.

—¿Qué haces luego?

—No lo sé.

—¿Te apetece que nos veamos? —le preguntó mientras la agarraba de las caderas y acercaba su cuerpo al suyo.

—No sé si podré… —respondió ella con una sugerente sonrisa.

—Vamos… solo un rato —susurró y le acarició el pelo.

La camarera soltó un suspiro.

—George, mi padre podría vernos.

—Eso no te importó la última vez… ni la otra… ni la otra… —susurró de nuevo a la vez que recorría su cuello con los labios—. Ni la otra…

La joven levantó la cabeza con un gemido y le agarró con fuerza de los hombros para que continuara. Él bajó lentamente de su cuello a su pecho y notó que la respiración de ella se desbocaba.

—George… —murmuró ahogando otro gemido.

Este continuó con el recorrido mientras la besaba con ambición. Sus manos bajaron hasta sus piernas para acariciarlas por encima del vestido.

—¡Margaret! —El grito resonó en todo el local.

Ella se giró espantada.

—Es mi padre, tengo que marcharme.

—¿Nos vemos luego?

Ella sonrió mordiéndose el labio.

—Vale —contestó; le dio un fugaz beso y se alejó rápidamente.

George dejó escapar todo el aire, volvió a la mesa y comprobó que la comida ya estaba servida.

—¡Qué hambre! —exclamó al sentarse y dio el primer bocado.

Black entornó los ojos hacia él.

—Deja de acostarte con ella.

George lo miró extrañado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es la hija del dueño y me gusta esta taberna. Si Joe se entera de que te estás acostando con su hija, primero te matará y luego nos echará de aquí. Me da igual lo que te pase a ti, pero ¡me gusta esta taberna! —exclamó con el tono elevado—. ¡Deja de acostarte con ella!

—¡Vamos, Black! Me lo paso bien con Maggie.

—¡Me da igual! ¡Búscate a otra! —ordenó enfadado y dio un golpe en la mesa con el puño—. Mira que sois ridículos los dos con las mujeres…

George y Wild intercambiaron una mirada mientras el otro se levantaba de la mesa y arrastraba la silla.

—En cinco minutos os quiero arriba, tengo que comentaros un asunto.

—¿Cinco minutos? Quiero acabar de comer… —protestó George.

Black apoyó la mano en la mesa y acercó el rostro a la mejilla de George.

—Haber estado aquí comiendo y no con la cabeza metida en los pechos de esa mujer —le susurró desafiante—. ¡Cinco minutos!

El joven dejó caer con rabia los cubiertos sobre la mesa, y Hunter disimuló una risilla.

—¡No tiene gracia!

—Sí que la tiene —afirmó Hunter escondiendo su sonrisa.

Cinco minutos más tarde, los cuatro se reunieron en la habitación de Black, quien desplegó sobre la mesa un mapa de Londres.

—Bueno, por fin ha llegado nuestro momento —anunció mientras se frotaba las manos—. Me ha llegado un chivatazo y vamos a hacernos de oro, justo aquí —indicó con el dedo puesto en el Támesis.

—¿Vamos a hacernos de oro pescando? ¡Qué gran plan! —exclamó George con cinismo.

Black lo miró apretando los dientes, empezaba a estar muy harto de sus salidas de tono.

—Como decía, nos vamos a hacer de oro —continuó—. Me ha llegado una información que cambiará nuestra situación del todo.

Los tres lo observaron con creciente curiosidad.

—Según me han dicho, un noble venido de Windsor dejará, dentro de tres días, su barco atracado justo aquí. Está lleno de oro y joyas —explicó marcando con el dedo la zona este del río, más allá de la Torre de Londres.

George se inclinó con el ceño fruncido.

—¿En nuestra orilla? —preguntó extrañado—. ¿Por qué lo va a dejar en nuestro lado y tan cerca del East End, con la delincuencia que hay allí? ¿No sería más lógico que lo atracara cerca del embarcadero de Westminster?

—No lo sé, debe de tener una casa cerca de la zona —replicó Black.

—Esto no tiene sentido, tu informador se habrá equivocado.

—Mi informador nunca se equivoca.

—Venga ya, ¿un noble va a dejar su barco lleno de oro y joyas en Southwark? ¡No tiene ningún sentido!

—Yo tampoco lo veo claro, Black —le secundó Hunter, a la vez que se agachaba más sobre el mapa.

—¿Me lo estáis diciendo en serio? ¿Os ofrezco el mayor botín que podríamos conseguir en nuestras vidas y no lo veis claro?

Wild se rascó la barbilla mientras revisaba el mapa con detalle.

—Además, hay otro asunto —intervino—. Ni siquiera lo deja cerca del puente de Londres. Si quisiera cruzar a la otra orilla, solo tendría acceso por ese o, si no, por el de Blackfriars, que está más alejado. Es muy raro.

—¿Y no habéis pensado que a lo mejor no quiere cruzar al otro lado? —espetó Black perdiendo la paciencia.

—Claro, porque en nuestra zona hay muchos palacetes que visitar y donde alojarse, ¿no? —contestó George con sarcasmo.

El jefe soltó una maldición, exasperado.

—O sois más idiotas de lo que pensaba o no entiendo vuestra actitud. ¡Oro y joyas! Podríamos retirarnos de por vida y salir de este tugurio de ciudad.

George se cruzó de brazos y buscó con la mirada a Hunter, quien negó sutilmente con la cabeza.

—Yo pienso que deberíamos informarnos mejor antes de decidir nada. Has dicho que llegará en tres días. Bueno, pues tenemos ese tiempo para analizarlo bien e idear un plan que no acabe en desastre —aportó George, nada convencido con el plan de Black.

—Me parece bien —indicó Wild—. Y si no lo vemos claro o notamos algo sospechoso, abandonamos.

—De acuerdo —aceptó Black mientras pasaba su fría mirada por los tres —. Pero os advierto que una oportunidad así no aparece todos los días.

Los siguientes dos días recorrieron entera la orilla del río, de este a oeste, con la intención de encontrar cualquier detalle que les diera razones para que un noble dejara su barco allí. Recopilaron toda la información posible de los pescadores y vecinos del barrio, que al final fue mínima, ya que ninguno de ellos tenía noticias de la llegada de un noble.

Lo único que pudieron confirmar es que la zona donde iba a atracar el barco era de fácil acceso, demasiado fácil en opinión de George. La corriente era tranquila y no había piedras ni surcos que dificultaran poder llegar hasta la embarcación. Aquello aumentó las sospechas del muchacho.

¿Por qué dejar un barco lleno de oro cerca de un barrio conflictivo y con facilidades para llegar a él?

—Es mejor no hacerlo —declaró George aquella noche—. No me fío, es todo muy extraño. Hay algo más detrás de todo esto.

—Sí, hay algo más: que eres un cobarde y no te atreves con este plan —le provocó Black; la mirada de George se encendió.

—¡No soy ningún cobarde! ¡Eres tú el insensato! —exclamó encarándosele—. Es muy posible que sea una trampa y tú nos quieres llevar directos a ella.

—Tú haz lo que quieras, ya he hablado con Hunter y Wild y ellos están de acuerdo. Si no quieres participar, no te necesitamos.

George se giró hacia ellos, los dos asintieron.

—No…, escuchadme, estábamos de acuerdo en que, si no lo veíamos claro, no lo haríamos, y todo esto es absurdo: el noble, el barco, la zona del río, el oro… Y estos últimos dos días no hemos averiguado prácticamente nada. Sigue siendo todo confuso y sin lógica.

—Sí, George, pensábamos así, pero puede ser mucho oro —contestó Wild—. Vale la pena arriesgarse. Iremos con cuidado y, si tenemos alguna sospecha en cualquier momento, saldremos corriendo.

—¡Es que a lo mejor no tenemos opción de salir corriendo! —gritó George desesperado.

Black se acercó con su habitual sonrisa torcida.

—Te repito que no te necesitamos. Más a repartir entre nosotros.

George ignoró a Black y se acercó a Hunter.

—Hunt, escúchame, no es seguro, puedo sentirlo, hay algo muy turbio en todo esto. Por favor, hazme caso.

Hunter dudó sin responder.

—Georgi, Georgi… —pronunció Black en tono cantarín y burlón—. Sigues siendo el niñato que encontramos en la calle lleno de meados. Pensaba que te había enseñado algo en estos años, pero veo que no.

El joven se giró hacia él, furioso.

—Te vas a arrepentir de esto. No cuentes conmigo para semejante suicidio.

Y tras decir aquello, abandonó la habitación dando un portazo.

Dio un golpe en la puerta del armario tan fuerte que las bisagras crujieron. Empezó a dar vueltas por la pequeña habitación como un león enjaulado mientras soltaba maldiciones en voz alta.

Hunter llamó a la puerta y entró con una mirada seria.

—Te necesitamos, George.

—No voy a hacerlo, Hunt. Sabes igual que yo que es peligroso. No voy a arriesgarme por una locura de Black.

—Sabes que no podemos hacerlo sin ti —insistió.

—¡No voy a hacerlo! —repitió con rabia—. ¡Y tú tampoco deberías ir!

Hunter avanzó por la estancia y se sentó en el borde de la cama.

—Sé que es complicado…

—No es que sea complicado, ¡es un despropósito! ¡Todo el plan, desde el primer detalle al último, es absurdo!

—George, escúchame…, si al final es real…, si ese oro es real, nos sacaría a todos de aquí. Podrías cumplir tus sueños, irte donde quisieras, hacer lo que te apeteciera, ser independiente como siempre has deseado…

—¿Y si no lo es? Nos pudriremos en una cárcel hasta que muramos. Porque nos cogerán, Hunt, nos cogerán a todos y no volveremos a ver la luz del sol.

Hunter dejó caer la cabeza.

—George, te necesitamos —volvió a decir—. Somos mejores cuando estás con nosotros, más rápidos, más eficientes, más listos… Necesitamos que vengas. Black jamás lo reconocerá, pero piensa igual que yo.

George se pasó la mano por la frente y se apretó las sienes. No quería hacerlo, estaba convencido de que era un gran error y de que se iban a arrepentir, pero tampoco quería abandonarlos. Si finalmente aquello era una trampa, tendrían más posibilidades de escapar si eran cuatro en lugar de tres. Además, si al final no iba y les pasaba algo, no se lo perdonaría nunca.

Miró a Hunt, que lo observaba con una expresión casi suplicante. Era por él y por Wild por quienes se arriesgaría, por la amistad que ya le unía a ellos.

—Si voy, seguiré mi instinto, no voy a obedecer las absurdas normas de Black. Actuaré como crea que deba hacerlo, ¿de acuerdo?

Hunter se levantó con una sonrisa.

—¡Hecho! —exclamó y lo agarró de los hombros de manera afectuosa.

George sintió un nudo en el estómago, algo en su interior que le repetía sin cesar que aquello era una terrible equivocación.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 10
Errores

El plan de Black era sencillo: esperar a que llegase la noche, asegurarse de que no había nadie en los alrededores ni en el barco y acceder a él. Sacarían todo el botín posible en el menor número de viajes. Y si, en algún momento, encontraban algún obstáculo, saldrían corriendo y se dispersarían. Parecía fácil. Era simple y estaba bien organizado, pero George solo podía pensar que aquello iba a ser un desastre. Esa idea no le abandonaba y solo esperaba que recobraran la razón y desistieran de aquella locura antes de que fuera tarde.

Ya les había prometido que iba a ir y no podía echarse atrás, pero dentro de él persistía aquel malestar.



La noche estaba tranquila, no se oía ni un paso, ni una respiración, ni siquiera el ladrido de un perro callejero. Nada.

Se fueron acercando al lugar, separados, y llegaron por calles distintas para no llamar la atención. Una vez estuvieron junto al embarcadero, se mantuvieron escondidos tras unos árboles para poder estudiar el entorno.

Ningún movimiento a su alrededor. Ni siquiera el aire, que parecía haberse detenido, mostraba ninguna señal. El agua se mantenía en calma, casi como si fuera un lago. Aquella paz y tranquilidad solo hizo que George se inquietara más. ¿Por qué no se oía nada? Aquella zona era lugar habitual de borrachos y prostitutas. ¿Por qué no se escuchaba ni el más mínimo murmullo? Aquello era tan irreal que empezó a darle miedo.

En ese momento, más que nunca, estaba convencido de que debían retroceder y abandonar el lugar, pero no podía comunicarse con ellos sin alejarse de su posición o sin levantar la voz, y las dos cosas eran muy arriesgadas.

De repente, la señal de Black, una pequeña y casi imperceptible chispa, les avisó de que debían continuar. Primero entrarían George y Hunter para inspeccionar el barco y asegurarse de que estaba despejado mientras Wild y Black vigilarían el exterior. Cuando los primeros avisaran de que todo estaba tranquilo accederían ellos y lo desvalijarían entre los cuatro.

George se acercó despacio, agachado, y se asomó por la pendiente que daba al río. Fijó la vista, no sin antes adaptarse a la luz de la llama de una farola, y allí estaba, tal como Black había dicho: un flamante y hermoso barco, de una brillante madera pulida con una gran cruz roja de San Jorge pintada. Las velas estaban recogidas y el camarote principal era tan espacioso que ocupaba gran parte del interior de la nave.

«Ahí dentro debe estar el oro… si es que existe», pensó George.

Giró la cabeza para comprobar si había alguien en las cercanías; no vio a nadie, ni por el paseo ni por la orilla. Volvió a fijarse en el barco, pero tampoco se veía ni se escuchaba nada. Alzó un poco la mano para que Hunter se acercara a él.

—Yo iré primero, entraré y me cercioraré de que todo está en calma —le dijo—. Mantente detrás y protege mi retaguardia.

—De acuerdo.

—Una cosa más, Hunt —lo miró fijamente—: si alguno de nosotros grita «corred», el resto corre, ¿me has entendido?

Hunter lo miró extrañado.

—No te voy a dejar ahí si hay problemas.

—¡Hunt, hazme caso! Si grito que corráis, ¡os largáis! No ganamos nada si nos cogen a los cuatro.

—George…

—O me prometes que lo harás o me largo ahora mismo y os dejo solos con el plan de Black —le amenazó levantando el dedo.

Hunter maldijo en voz baja antes de contestar.

—Está bien, haré lo que me dices, pero, estate tranquilo, no va a pasar nada, irá todo bien.

—No lo tengo yo tan claro… —murmuró.

George bajó por la pendiente, agazapado, y se deslizó por la húmeda hierba sin emitir el más mínimo sonido. Una vez abajo, llegó al barco de cuclillas, se irguió despacio y asomó la cabeza solo hasta los ojos. Miró a un lado y a otro, sin percibir ningún movimiento. Parecía realmente desierto.

Volvió a mover la mano para avisar a Hunter para que bajara hasta llegar a él. El joven se puso el dedo índice en los labios para indicarle silencio absoluto, y con pasos cortos y lentos se aproximaron.

El barco no era muy alto y George se ayudó de la fuerza de los brazos para alzarse y colarse en el interior. Una vez a bordo, se mantuvo arrodillado unos segundos para asegurarse de que nadie le sorprendía ni se movía a su alrededor. Avanzó despacio, midiendo cada paso sin hacer ruido. El sudor le caía por la frente por la tensión que debía hacer con las piernas para avanzar agachado.

Unos pasos después, llegó hasta el camarote y alcanzó la portezuela del lateral. Aspiró fuerte para controlar su pulso. Después se giró y comprobó que Hunter le observaba a la espera de su señal para subir al barco.

George esperó hasta comprobar que en el camarote no les aguardaba ninguna emboscada. Cogió el pomo y muy lentamente lo movió hasta que escuchó un «cric» que indicaba que la puerta estaba abierta. Se asomó con cuidado solo unos centímetros y esperó atento. Nada, no se escuchaba nada. Un silencio sepulcral lo impregnaba todo, tanto el interior del camarote como en el exterior.

Decidió entrar para verificar el botín y poder avisar al resto. Estaba oscuro, no se distinguía nada y sus ojos tuvieron que volver a habituarse a aquella escasa luz. Al cabo de unos pocos segundos empezó a ver los detalles de la madera tallada de las paredes. Movió la cabeza a un lado y a otro sin ver… nada. Hasta donde su visión alcanzaba, estaba completamente vacío, allí no había ni un mísero mueble.

De repente, un fuerte golpe en la cabeza le hizo caer al suelo. De uno de los rincones aparecieron dos hombres uniformados que blandían gruesas porras de madera.

—Más te vale no moverte —le amenazó el que tenía más cerca.

George se mantuvo en el suelo boca abajo, notando un creciente dolor en su cabeza. Se obligó a mantener la calma para analizar la situación. Levantó un poco la mirada para comprobar que tenía la puerta abierta justo delante.

«Un esfuerzo, un pequeño esfuerzo, ¡vamos!», se dijo.

Recogió las piernas y se impulsó antes de que las porras pudieran alcanzarlo de nuevo. Con rapidez consiguió sacar el cuerpo al exterior.

—¡Corred! —gritó en un alarido infernal que resonó en cada rincón, a la vez que él mismo corría con desesperación para saltar del barco.

Hunter dio unos pasos hacia atrás, aunque dudó.

—¡Hunt, corre! —volvió a gritar; sabía que este era el que se encontraba más cerca.

Hunter se giró, comenzó a correr y subió por la pendiente a trompicones hasta llegar a la calle. Vio que Black y Wild ya no estaban y siguió la carrera para perderse entre la oscuridad.

En ese momento, George saltó del barco, subió la pendiente, alcanzó la calle y giró hacia la derecha para perderse entre los árboles del parque e intentar despistar a los guardias. Corrió con desesperación durante minutos y logró alejarse del lugar. Cuando creía que los había dejado atrás, un golpe en las costillas lo dejó sin aire y se desplomó en el suelo, encogido de dolor.

Oyó unos pasos que se acercaban, a la vez que intentaba arrastrarse para alejarse de allí.

—Sois como la peste, ladrones asquerosos —afirmó una voz profunda a su espalda—. Sois la plaga de esta ciudad. Cuando acabamos con uno, aparecen cinco más. Pero ¿sabes qué?, conseguiré exterminaros, uno a uno, te lo juro por Dios.

George intentó incorporarse con la ayuda de un árbol mientras se apretaba las costillas con el brazo. Los pasos de aquel hombre seguían acercándose, lo que le obligó a acelerar los suyos, de un árbol a otro, sujetándose para no caerse.

—Eres patético —seguía diciendo la voz tras él; caminaba despacio disfrutando del momento.

George se paró un instante, le faltaba el aire y sentía un dolor inaguantable en el pecho.

Los pasos se fueron acercando.

—No tengo ganas de perder más tiempo contigo —susurró el guardia con desprecio.

Sin decir nada más, le dio un golpe en la espalda que hizo que soltara un alarido de dolor y cayera al suelo. Sin darle tiempo a recuperarse, le dio otro en la cara, lo que provocó que escupiera sangre: le había partido el labio.

George notó que su agresor se agachaba a su lado.

—¿Creíais de verdad que ibais a encontrar un tesoro ahí dentro? —espetó grave con una sonora risotada—. Además de miserables, sois todos idiotas. Habéis caído en la trampa como las ratas que sois. Mis compañeros seguro que ya han atrapado a tus amigos, y yo mismo acabaré contigo.

El joven aprovechó aquellos segundos del discurso para tantear con las manos el suelo buscando algo, cualquier cosa que le pudiera servir para defenderse. Extendió el brazo derecho todo lo que pudo, abarcó toda la zona hasta que se topó con una enorme vara. La tanteó con los dedos, era una rama robusta y larga.

—Ya me he cansado de hablar contigo —indicó el guardia mientras desenfundaba una espada corta y la acercaba a la mejilla de su prisionero—. Hoy habrá un apestoso menos en la ciudad.

George se tensó y agarró con fuerza la rama. Sin pensar en el dolor que sentía, giró sobre sí mismo con toda la fuerza que le quedaba y golpeó con el tronco la cabeza del guardia, que cayó al suelo inerte.

Vio que no se movía y, con la ayuda de la rama, se incorporó con un quejido. Le dolía todo el cuerpo y notaba el sabor de su sangre. Se obligó a caminar pese al insoportable dolor. Debía alejarse de allí antes de que llegaran los otros guardias y lo encontraran.

Se desplazó hasta un saliente de piedra, perteneciente a las ruinas de una vieja iglesia, y se agazapó allí con la idea de dejar pasar los minutos, obligándose a mantenerse despierto y atento, a pesar del aturdimiento que sentía por los golpes. Si escuchaba pasos y le reconocían, debía estar preparado para salir corriendo.

El tiempo transcurrió mientras oía voces y alguna que otra orden en voz alta, pero el sonido se alejaba de su posición. Cuando ya llevaba casi una hora sin escuchar nada alarmante, se permitió relajarse levemente y soltar un sutil gemido. No había una parte de su cuerpo que no le doliera. Se veía incapaz de volver a la taberna en su estado, pero tampoco podía quedarse allí.

Volvió a usar la rama como soporte para levantarse y, a trompicones, abandonó el parque y se adentró en un callejón estrecho. Avanzó unos metros más hasta que notó que estaba a punto de desmayarse. Se sujetó a la pared, adelantó unos pasos y llegó a un punto donde la fachada de una casa terminaba. Allí encontró una esquina donde poder parar y descansar. Se dejó caer mientras ahogaba un grito de dolor. Y allí, sentado, perdió el conocimiento sin dejar de sujetar con fuerza el palo entre sus manos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 11
Un ángel

—¡Eh! ¡Diga algo! ¡Vamos, despierte!

George oía una voz a lo lejos, un eco profundo como si fuera irreal. Era una voz suave, dulce, que le llamaba. Entreabrió los ojos. Alguien estaba agachado cerca de él. Los abrió un poco más y creyó ver a su lado una melena rubia que brillaba al sol.

—Estoy muerto… —susurró con un hilo de voz—. Estoy muerto y eres un ángel —pudo pronunciar antes de desmayarse de nuevo.

La joven se tapó la boca, asustada, y salió corriendo.



George reaccionó al notar un desagradable olor cerca de la nariz. Aquello le despejó y le produjo tos, soltando un grito de dolor con cada sacudida.

—Bien, muchacho, así, despierta.

George se movió inquieto al escuchar una voz desconocida.

—Tranquilo, no pasa nada… Tranquilo —volvió a decirle mientras apoyaba las manos en sus brazos.

George fijó la vista en él y vio a un hombre que lo observaba. Tenía el cabello castaño, peinado hacia atrás, y una barba espesa, matizada con alguna cana.

Su primer instinto fue golpearle y huir, pero estaba demasiado dolorido y cansado para moverse. Bajó el rostro y descubrió que estaba tapado con una manta y que tenía algo mullido debajo, parecía un viejo sofá.

—Perdona la manera de despertarte, muchacho, pero llevas un día inconsciente, no podías estar más tiempo así.

—Un día… —murmuró; hasta el hecho de mover la boca le producía un intenso dolor.

Desplazó los ojos para fijarse en su alrededor, desconcertado. Estaba dentro de una casa. Era pequeña. El sofá estaba colocado en una esquina y desde allí podía ver los braseros de una cocina y una mesa con dos sillas. Estaba todo unido en una sola estancia. A su izquierda había una puerta que se adentraba, pero aquello era todo; era realmente diminuta.

En aquel momento entró una joven que portaba un cubo de agua y que dejó encima de la mesa. Se giró hacia George con una dulce sonrisa.

—Me alegro de que ya se encuentre mejor.

George la observó perplejo. Era la criatura más hermosa que había visto en su vida, con una melena rubia que le caía suelta por la espalda, unos preciosos y enormes ojos azules y una sonrisa que lo dejó sin respiración.

Abrió la boca para contestar, pero no consiguió decir nada.

—Sí, nos alegramos de ver que al menos te puedes mantener despierto. Al descubrir tus heridas ayer, decidimos dejarte descansar —dijo el hombre mientras se giraba y le alcanzaba de una mesita un vaso con agua—. Bebe algo, debes de estar sediento después de tantas horas.

En ese momento, George se dio cuenta de que, efectivamente, tenía la boca seca y pastosa, así que aceptó el agua que le ofreció su anfitrión.

—Te vamos a preparar un caldo que resucita a un muerto —añadió con una amable expresión—. Emily, pon agua a hervir mientras traigo las verduras.

«Emily…».

El hombre salió de la casa y toda la atención de George se centró en la joven, que colocaba un poco de madera bajo los improvisados fogones y vertía en una olla parte del agua del cubo. Vio cómo se giraba hacia él y le dedicaba una dulce expresión. George se incorporó un poco más, la manta que le cubría se deslizó y se percató de que tenía la camisa abierta y una venda le recorría el costado.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la joven con suavidad.

—Bien… —articuló él aunque con una mueca al moverse más.

—Deje de moverse, debe descansar.

—Estoy mejor —respondió intentando disimular el dolor y parecer más duro de lo que realmente se sentía.

Emily se inclinó hacia él al ver que pretendía erguirse más.

—Hágame caso, no se mueva o las heridas se le abrirán —le pidió apoyando las manos en sus hombros para obligarlo a recostarse.

George se dejó llevar y se acostó de nuevo. En esa postura, el pelo de la chica cayó hacia él y pudo notar su roce en la mejilla. Fue solo un instante, pero cuando se apartó ya lo echó de menos.

Ella le ajustó la manta para taparlo y se alejó para vigilar el agua.

Unos segundos después regresó el hombre con varias verduras bajo el brazo y George observó cómo este se inclinaba y besaba a la muchacha en la mejilla.

«¿Es su marido?», se preguntó con un ligero malestar.

El hombre se acercó a él, se sentó a su lado y revisó el vendaje. George apretó los dientes al sentir el contacto, le dolía como si tuviera todos los huesos rotos.

—Esto tardará unos días en curarse, chico —indicó el hombre con su habitual expresión sonriente—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—George Crowley.

—Encantado George, yo soy Edward… Edward Anderson, y ella es mi hija, Emily —explicó señalando a su espalda, lo que provocó que la joven se girara con un movimiento de cabeza.

«Su hija…».

Aquel descubrimiento le produjo tanta satisfacción que tuvo ganas hasta de sonreír, pero el labio partido no se lo permitió.

—Fue ella quién te encontró en la calle —explicó el señor Anderson.

Recordó la visión antes de desmayarse, creía que había sido una alucinación, pero había sido ella y era muy real.

—¿Y dónde vives, George? ¿Quieres que te ayudemos a llegar a tu casa?

—En Southwark, pero no se preocupe, no es necesario. Iré yo mismo.

Una de las normas más estrictas de Black era no decir nunca a desconocidos dónde se alojaban. Era una regla que nunca debía romperse para salvaguardar la seguridad de todos.

—Pues hoy no creo que puedas irte. Deberás quedarte aquí por lo menos esta noche. Al verte creímos que ibas a morir apoyado en nuestra fachada, pero se ve que eres un chico fuerte.

Al cabo de media hora un agradable olor salido de la olla empezó a recorrer toda la estancia. Emily rellenó dos cuencos con la sopa y los puso en la mesa, y luego le llevó otro a George.

—¿Podrá comer solo?

—Sí… creo que sí —respondió mientras alargaba el brazo derecho para coger el cuenco, pero notó un dolor agudo que le recorrió del hombro a la

muñeca.

Protestó por lo bajo apretando los dientes para no mostrarse débil delante de ellos, pero se vio incapaz de cogerlo.

—Tranquilo, yo se lo daré.

—No, no es necesario, de verdad, ya han hecho suficiente por mí.

—Chico, no vamos a dejarte morir de hambre ahora que hemos conseguido salvarte de tus heridas —replicó el señor Anderson con un tono divertido—. Emily te lo dará.

Ella se sentó a su lado y le acercó la cuchara. George tomó un sorbo y, aunque notó el calor en su herida del labio, disfrutó de su delicioso sabor.

—¡Está buenísimo! —exclamó.

Emily sonrió agradecida y bajó la mirada. George disimuló un suspiro al ver aquella increíble sonrisa.

Cuando acabaron de comer, el señor Anderson se levantó con intención de marcharse.

—Bueno, cielo, tengo que volver al taller, que ya lo he tenido cerrado suficiente tiempo.

—De acuerdo. Que vaya bien la tarde.

El hombre miró alternativamente hacia George y hacia su hija y frunció los labios.

—Tengo el taller aquí mismo, a solo un par de metros, muy cerca… muy muy cerca —dijo sin quitarle ojo a George y alzando las cejas—. Si necesitáis algo, solo tenéis que llamarme. Desde allí se oye todo —indicó subrayando la última palabra.

George no pudo evitar sonreír ante aquella clara, clarísima insinuación.

—Tranquilo, padre, yo iré ahora al mercado a comprar y luego a verte al taller.

—Bien —dijo acariciándole la mejilla con cariño.

Se despidió de su hija, le dio un beso en la frente y se fue tras dejar abierta la puerta de la casa.

—Es muy protector conmigo, no se lo tome como algo personal.

—Lo comprendo perfectamente, yo haría lo mismo de estar en su situación —afirmó mientras la miraba.

Emily se marchó tal como había dicho y George aprovechó para dormir un rato. Tampoco podía hacer nada más, se veía incapaz de levantarse, así que descansar era la mejor opción que tenía.

Al cabo de una hora, Emily regresó y dejó en el suelo un cesto del que asomaban algunos tallos verdes. Se acercó a George y comprobó que dormía. Lo observó con detalle: era tan alto que los pies le sobresalían del sofá y varios mechones rubios le caían por la frente. Al mirarle se percató de que la herida del labio le sangraba. Debía ser por el caldo, el calor se la debía de haber abierto. Fue a buscar un trozo de tela limpio y se agachó de rodillas para curarle con mucho cuidado para no despertarle.

A pesar de su delicadeza, no pudo evitar que George abriera los ojos y la viera a su lado a pocos centímetros.

—Gracias —susurró con una medio sonrisa.

Emily se levantó con rapidez y se apartó nerviosa. Sin mirarle comenzó a sacar la comida del cesto.

George se apoyó en el respaldo para cambiar la postura y mantenerse más sentado.

—¿Ha ido bien la compra? —preguntó para iniciar una conversación y atraer su atención.

—Sí…, ha ido bien —contestó ella sin girarse.

—Gracias por todo —le volvió a decir.

Emily se lo quedó mirando con las manos entrelazadas.

—No nos tiene que agradecer nada.

—Claro que sí, estaría muerto si no me hubieran ayudado —insistió George.

Emily lo observó con curiosidad.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, lo que quiera —contestó, satisfecho al ver que se acercaba unos pasos. Se incorporó más y la manta que lo tapaba se le deslizó por los hombros.

—¿Quién le hizo esas heridas? Porque no son por un accidente, eso se ve claro.

—Oh… Esto… fue una situación con opiniones diferentes.

—Muy diferentes debieron de ser para dejarle la cara y el cuerpo así —indicó ella y bajó la vista hacia su camisa desabrochada. Avergonzada se giró.

George se había olvidado de su camisa. Se la cerró rápidamente y se tapó de nuevo.

—¿Y a qué se dedica su padre?

—Es carpintero.

—¿En serio? Debe de ser un trabajo muy interesante.

—A él le apasiona —explicó—. Fabrica muebles, pero también hace figuras de decoración y juguetes para niños —dijo con una expresión orgullosa—. Su padre ya era carpintero y le traspasó el oficio y la pasión.

—Tiene que ser increíble dedicarte a algo que amas —murmuró George.

—¿Usted a qué se dedica?

El muchacho levantó la vista sin saber qué contestar.

—Pues… consigo cosas y las revendo —contestó improvisando como pudo.

Emily lo miró extrañada.

—¿Cómo un prestamista? Mi padre los odia, dice que son el demonio reencarnado.

—¡No! ¡No soy prestamista! —aclaró con rapidez.

—Menos mal, porque mi padre le hubiera echado de aquí sin importarle sus heridas —replicó y empezó a reír tapándose la boca.

Aquella risa hizo que su pulso se acelerara. La hubiera hecho reír así toda la vida.

—Emily… —dijo provocando que le mirara—, ¿qué le parecería si nos tuteáramos? Somos más o menos de la misma edad —preguntó con cautela.

Emily le sonrió un tanto cohibida.

—Me parece bien, George.

Que bien sonaba su nombre en sus labios. Lo había oído pronunciar muchas veces, pero ella lo decía de una manera, entre dulce y tímida, que le hizo soltar un suave suspiro.



George se despertó a la mañana siguiente con el sonido de unas voces de fondo. Abrió un poco los ojos y vio al señor Anderson salir de la puerta de su izquierda y decirle algo al oído a su hija. Aquella puerta daba a las dos únicas habitaciones de la casa, donde dormían el señor Anderson y Emily, tal como le habían explicado el día anterior.

Vio que el carpintero se giraba hacia él, le dedicaba una amable expresión, pero también una firme mirada antes de abandonar la casa.

—Vendré en un rato para ver cómo estáis —avisó, volvió a mirar a George y dejó de nuevo la puerta abierta.

Una vez se hubo marchado, George se incorporó sobre el brazo y percibió que el dolor iba remitiendo poco a poco, que su intensidad ese día era menor, aunque seguía sin poder levantarse.

—¡Buenos días! —le saludó Emily cantarina.

«Esto sí que es despertarse bien», pensó George al ver cómo ella le sonreía alegre y recorría la estancia dando pequeños saltitos como si bailara.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Creo que un poco mejor.

Emily se acercó para observar su rostro con atención. Ladeó la cabeza frunciendo el ceño.

—Te voy a limpiar ese corte feo de la ceja —dijo y mojó un paño.

Se sentó a su lado, alargó la mano y pasó con cuidado el paño húmedo por la ceja y la frente. George soltó un gruñido mientras cerraba los ojos.

—Perdona, ¿te he hecho daño?

George volvió a abrir los ojos. La tenía peligrosamente cerca. A esa distancia pudo distinguir las espesas pestañas de sus ojos y unas ligeras pecas sobre su nariz que aún no había descubierto. Cada nuevo detalle que apreciaba en ella la hacía más hermosa.

Se incorporó un poco sin dejar de mirarla.

—Gracias… por todo lo que estás haciendo —aseguró y, sin pararse a pensar, le sujetó la mano y notó la piel suave de su dorso.

Emily bajó la vista al sentir su contacto, se levantó de golpe y se deshizo de su agarre. George se arrepintió al instante de su impulsividad.

—No es nada… Solo queremos ayudarte… —contestó nerviosa—. Voy a… voy a buscar más agua.

—Emily, escucha… —Pero ya había salido cuando intentó hablar.

Maldijo en voz baja. Lo había hecho sin pensar… como siempre. Estaba acostumbrado a tener con las mujeres un trato más directo y abierto, por decirlo de una manera suave, y la había sujetado casi sin darse cuenta. Suplicó en silencio que no se hubiera enfadado.

Fuera de la casa, apoyada en la fachada, Emily se mantuvo unos segundos acariciándose la mano que él le había tocado. Tomó varias veces aire y, cuando hubo recuperado un poco la calma y el aliento, se alejó.

Hacía más de media hora que se había marchado y George empezó a inquietarse. Tal vez debería salir a buscarla para disculparse. Intentó ponerse en pie, pero el costado le dio un latigazo que le hizo encogerse de nuevo.

—No te muevas o te dolerá más.

Alzó la vista y vio a Emily en el umbral de la puerta. Soltó una exhalación de alivio al verla. Ella entró en la estancia, con la mirada desviada, y se adentró por la puerta que daba a las habitaciones.

El alivio se convirtió en el acto en inquietud. Estaba enfadada, podía notarlo. ¡Maldita sea! La había fastidiado al segundo día de estar despierto. ¿Cómo podía ser tan cretino? Seguro que había batido el récord de ser el mayor imbécil en el menor tiempo posible.

Vio que regresaba con una escoba y que se dirigía de nuevo afuera.

—Emily, espera. —La llamó para que se detuviera.

Ignorando su propio dolor, se levantó y se apoyó en el respaldo de una silla.

—Quería pedirte disculpas por lo de antes. No era mi intención molestarte. Solo estaba agradecido y… —Se detuvo buscando las palabras —. Perdóname, no debería haberlo hecho.

Emily se mantuvo callada unos segundos, que a George le parecieron una eternidad.

—No pasa nada —susurró.

—No quiero que desconfíes de mí —insistió George, inquieto al ver su actitud esquiva—. Jamás haría nada que te molestara.

Emily alzó el rostro hacia él; de pie era mucho más imponente, era alto, fuerte y sus ojos azules la observaban sin parpadear. Desvió la mirada, nerviosa.

—No estoy enfadada —aseguró. Y era verdad: no estaba enfadada, estaba inquieta, nerviosa, agitada…, pero no enfadada. Aquel contacto la había sacudido por dentro. Sin embargo, no la había molestado; al contrario, le había gustado, y eso era lo que más le perturbaba.

Volvió a mirarlo con una tímida sonrisa.

—Acuéstate y no te muevas —le pidió con dulzura antes de girarse para continuar con sus faenas.

George volvió a tomar asiento, se estiró en el sofá y observó cómo ella salía. Aquella última sonrisa había conseguido tranquilizarlo. No iba a volver a importunarla, no haría nada que pudiera hacerla sentir incómoda.

Ni un mínimo roce, ni una frase inoportuna, nada. Si quería acercarse a ella y que confiara en él, debía esforzarse, debía comportarse con cautela y con calma.

Los comportamientos que había tenido hasta entonces con las mujeres, los rápidos y apasionados encuentros que había vivido y todo lo que creía haber aprendido sobre ellas ahora no servía. Ella era diferente a las mujeres que había conocido: era tímida, dulce, vulnerable… y debía comportarse de manera distinta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 12
Ternura y autocontrol

Se tapó con la sábana sin poder dormir. Se acarició de nuevo la mano al recordar cómo él había pasado sutilmente el dedo índice por su dorso mientras la sujetaba. Sintió que le recorría un placentero escalofrío.

Siempre había sido muy tímida y eso había hecho que nunca se hubiera acercado a ningún hombre que no fuera su padre. Aquel mínimo roce de George había sido lo más cerca que había estado de uno. Pensó en que él estaba durmiendo a pocos metros de ella y el nerviosismo le hizo temblar de nuevo.

Ya llevaba cuatro días con ellos, incluido el que había estado inconsciente, y, aunque era bastante misterioso que no hubiera indicado dónde vivía con exactitud ni a qué se dedicaba, ella solo veía que era amable y atento. Además, con su padre parecía que también había congeniado y ambos mantenían largas charlas antes de acostarse.

Quería conocerlo más y su corazón deseó que pudiera estar más días con ellos. Soltó una risita nerviosa antes de acurrucarse y cerrar los ojos para poder dormir.



Los dos días siguientes transcurrieron entre faenas rutinarias y bromas y risas entre ellos, que hicieron que aumentara la complicidad y la cercanía.

—He vuelto a ganar esta partida —afirmó Emily con una sonrisa y dejó las cartas encima de la manta.

—No es justo, estoy malherido. Te aprovechas de un pobre enfermo.

Emily volvió a sonreír.

—No tengas tan mal perder. Soy mejor que tú, reconócelo —dijo ella.

—Solo has tenido suerte.

Ella se giró con una expresión divertida y se acercó más a él.

—No podrás ganarme, en este juego no.

George se incorporó un poco más ayudándose del brazo y se aproximó también a su rostro.

—Ponme a prueba —murmuró con una pícara sonrisa.

Emily aguantó la respiración antes de apartarse hacia atrás.

De repente, la puerta se abrió y entró el señor Anderson en casa. De inmediato se percató de que las cartas estaban desperdigadas sobre el sofá.

Emily se giró hacia él.

—¡Papá! No te esperaba a esta hora. ¿Quieres jugar? Le estaba demostrando a George que soy invencible.

—No, gracias, cielo, tengo trabajo. Solo he pasado a saludar y para ver que estabais bien.

—Todo perfecto. Ahora iba a empezar a hacer la comida —indicó con una sonrisa.

—¿Necesitas algo?

—No, tengo todo lo que necesito.

—Vale…, pues me vuelvo al taller; regresaré en cuanto acabe un encargo que debo entregar esta tarde.

—Muy bien —contestó Emily dándole un beso en la mejilla—. Aquí te esperamos.

El señor Anderson volvió a pasar la vista por la sala y se detuvo un instante en George, quien lo saludó con un movimiento de cabeza.



Estiró el brazo derecho hacia la izquierda para medir el nivel de malestar. Aún le dolía, pero había mejorado bastante en aquellos días. Los dolores de la cabeza parecía que habían remitido casi del todo, aunque el escozor del labio se mantenía. Lo que más le preocupaba era el golpe del costado. No notaba mucha mejoría a diferencia de otras zonas del cuerpo, y al tener el vendaje tampoco podía averiguar si el aspecto era mejor o peor que el primer día. Lo único que sabía seguro es que cada vez que se movía notaba como si una descarga lo atravesara.

Hizo un nuevo intento de girar el torso y lo forzó un poco más, pero el dolor fue tan intenso que soltó un grito y se dejó caer en el sofá. Emily, asustada, salió de la habitación al escucharlo; lo vio retorcerse mientras se agarraba el abdomen.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele mucho? —preguntó con temor mientras se arrodillaba a su lado.

—Ya se me pasa, tranquila. He intentado moverme más de la cuenta, pero no ha sido como esperaba. Creía que lo tenía mejor.

—No te fuerces, será peor.

—Ya lo veo, ya —respondió con una sonrisa de medio lado y cerró los ojos notando las punzadas.

Emily se fijó en cómo se apretaba el costado.

—No hemos revisado ese vendaje desde que llegaste. Deberíamos mirarlo —soltó con preocupación—. Voy a ir a buscar a mi padre.

Salió corriendo hacia el taller y encontró la puerta cerrada. Miró a ambos lados para ver si estaba por allí.

Un vecino que pasaba se detuvo al verla.

—¿Buscas a tu padre, Emily? Ha ido al centro, lo he visto marcharse.

—¿Y sabe si tardará mucho?

—No lo sé, no me lo ha dicho.

Volvió a casa y halló a George en la misma posición, encogido. Fue hasta la despensa de la cocina para coger un tarro de cerámica. Se sentó en el sofá a su lado y le agarró del brazo.

—Intenta incorporarte un poco —le pidió.

George obedeció, se movió lentamente y gruñó una maldición cuando quedó sentado.

—Te voy a aplicar yo misma la loción. Te aliviará, es de árnica, la consigue un boticario de la zona norte de la ciudad. Es muy efectiva.

Él asintió. Aceptaría cualquier cosa que le calmara aquel dolor.

—La corteza de sauce también es eficaz para los dolores —indicó él.

Emily se sorprendió con el comentario.

—¿Sabes de plantas?

—Solo un poco, me lo explicaron cuando vine a Londres, hace unos años.

Ella lo observó y pensó que sabía tan poco de él, apenas nada si lo analizaba con detenimiento, y cuánto más le gustaría descubrir.

Volvió a concentrarse en la tarea, bajó la mirada y se detuvo al ver su camisa cerrada. Alargó las manos, pero enseguida las encogió de nuevo.

George se percató de su incomodidad.

—Tranquila, ya lo hago yo. —Empezó a desabrocharse la camisa.

Emily desvió la mirada con el frasco entre las manos.

—Ya está.

Emily se volvió hacia él y pudo ver el vendaje sin atreverse a tocarlo.

—¿Quieres que lo haga yo mismo? Seré capaz —afirmó George ante sus dudas.

Ella agradeció su ofrecimiento, pero negó con la cabeza.

—No llegarías a todas las zonas sin moverte. Lo haré yo.

George asintió y vio cómo ella retiraba la venda que le rodeaba el abdomen. La quitaba despacio, con mucho cuidado para no hacerle más daño, pero podía jurar que le temblaban las manos. La miró disimuladamente: era preciosa y la tenía tan cerca… Se obligó a pensar en otra cosa… Imposible.

Cuando le quitó la venda, ella estudió la zona. El tono rojizo que habían observado el primer día había tomado ahora otro más amarillo verdoso. Sonrió aliviada, era el proceso normal para ese tipo de golpes, así que no se alarmó.

La joven cogió el tarro, untó los dedos en la loción y, sin pararse a pensar para no echarse atrás, apoyó la mano en su costado. George dio un respingo al notar el frío, pero al momento ella empezó a aplicarlo con un suave masaje y todo el escalofrío de su cuerpo se convirtió en un intenso calor. Contuvo la respiración al sentir sus dedos recorriéndolo. Aquello era más de lo que se veía capaz de soportar sin moverse. En cualquier otra situación ya la hubiera acercado, la hubiera besado y le estaría haciendo el amor provocándole que perdiera el control. Pero ahora era diferente, ella era diferente, y él estaba rígido, como una estatua, intentando borrar la imagen de ella debajo de él y concentrándose en su respiración para no pensar en nada. Su mano atravesaba su costado. Sentía sus finos dedos acariciar delicadamente su piel, y solo pudo desear que no parase nunca. Hubiese estado horas así, sintiéndola, aunque él no hubiera podido rozarla.

Cuando su mano se desplazó más hacia su vientre, su corazón empezó a bombear tan fuerte que temió que ella pudiera oírlo. «Contrólate… Vamos, relájate», pensó para intentar tranquilizarse. Había estado con varias mujeres en los últimos años, ni lo negaba, ni se avergonzaba, pero aquello estaba siendo totalmente distinto, aquel leve e inocente contacto lo estaba exaltando más que cualquier encuentro anterior que hubiera tenido.

Bajó un poco la vista hacia ella y percibió un leve temblor en su cuerpo mientras le aplicaba la crema; era evidente su nerviosismo, por lo que

mantenía el rostro escondido para no mostrar su sonrojo. ¡Lo que hubiera dado por poder abrazarla en aquel instante!

Cuando terminó con la loción la joven volvió a coger la venda y se la colocó hasta que quedó perfectamente ajustada. George la observó mientras ella se mantenía con la cabeza gacha.

—Es la mejor venda que me han puesto en mi vida —aseguró él alzando las cejas.

Emily sonrió sin atreverse a mirarlo a los ojos. George vio, sorprendido, que no se levantaba de su sitio. Se mantenía sentada a su lado, sin mirarlo, con las mejillas ruborizadas, pero sin alejarse. Aprovechó que no le miraba para fijar la vista en sus labios, en sus rosados labios, y pensó en lo que sería besarla, pasarle la mano por el cuello con delicadeza y acercarla para besarla con suavidad. Aquel pensamiento era demasiado tentador y se obligó a borrarlo.

—Mañana te lo notarás mejor —soltó de repente Emily sacándolo de sus pensamientos.

—Con tus cuidados, estoy seguro de ello —respondió George.

—Y si te encuentras mejor…, ¿te marcharás? —preguntó ella con timidez y con la vista fija en el suelo.

George se sorprendió ante su comentario. ¿Podía ser que aquella pregunta escondiera un deseo de que se quedase? ¿Era posible que quisiera que permaneciera más tiempo con ellos? Decidió arriesgarse.

—Bueno, aún me duele bastante. Tal vez sería mejor hacer más reposo… —dijo con cautela esperando su reacción.

Emily finalmente levantó el rostro hacia él.

—Aquí puedes quedarte los días que necesites —respondió bajito; sentía todo su rostro arder del sofoco. Se levantó del sofá de un salto, caminó nerviosa y desapareció tras la puerta de su habitación.

George la siguió con la mirada y la boca entreabierta. Deseaba que no se fuese. Ella quería que se quedase más tiempo allí. Soltó un suspiro seguido de una risilla nerviosa; le acababa de decir claramente que podía permanecer allí. Se estiró mirando al techo y se pasó la mano por el vendaje, por la misma zona que ella le había acariciado. No podía dejar de sonreír y se le escapó otro suspiro. Si ella supiera lo que aquello significaba para él. Ojalá pudiera decírselo.

El señor Anderson llegó tarde aquel día. Entró en la casa inquieto y maldiciendo. Al no ver a Emily, fue directo a su habitación. Llamó a la puerta y entró.

—¡Papá! —exclamó ella y le abrazó—. Has llegado muy tarde. He ido a buscarte al taller, pero me han dicho que habías tenido que ir al centro.

—Sí, debían ser solo unos minutos para una venta y al final me han entretenido hasta ahora. Perdona que haya llegado tan tarde.

—No te preocupes.

—¿Para qué me buscabas?

—¿Qué?

—Has dicho que habías salido a buscarme. ¿Para qué me necesitabas?

Emily vaciló al recordar el momento de la loción y la venda.

—No era nada. Nada importante. Ya lo he solucionado yo —respondió. Sabía que no era buena idea dar más detalles.

—¿El día ha ido bien?

—Sí

—¿Con George bien? —preguntó con un tono más formal.

—Sí —respondió desviando el rostro.

El hombre estudió la expresión de su hija.

—No me gusta dejarte tanto rato a solas. Si hubiera sabido que iba a tardar tanto en volver hubiera mandado a la señora Greenwich para que estuviera contigo.

—Papá, ha ido todo bien, no tienes que preocuparte tanto. He salido a dar un paseo, a comprar, he bordado un poco y por la tarde…, pues aquí… en casa.

El señor Anderson se mantuvo callado unos segundos.

—Mañana me quedaré aquí.

—¿Por qué?

—Me apetece pasar el día contigo. Cerraré el taller y estaré en casa.

Emily titubeó, extrañada.

—De acuerdo, como quieras.

—Bueno, cielo, te dejo descansar —se despidió y le dio un beso en la frente—. Que duermas bien.

—Igualmente.

El señor Anderson cerró la puerta, volvió al salón y miró a George, que seguía durmiendo. Se acercó a él y, con cuidado, lo despertó.

—Eh, muchacho.

George se incorporó al verlo.

—Señor Anderson —saludó, sorprendido.

—¿Qué tal chico? ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, aún me duele, pero estoy mejor.

—Me alegro —dijo amable—. ¿Has podido levantarte hoy?

—Pues la verdad es que no lo he intentado.

—¿No te has levantado en todo el día?

—No, señor.

—¿Quieres que lo intentemos?

George abrió la boca y se fijó en el reloj, que marcaba las nueve de la noche.

—¿Ahora? ¿Quiere que lo intentemos ahora?

—Sí, ¿por qué no? Siempre es buen momento para ver cómo va la recuperación, ¿no crees?

—Ah… Sí… Supongo que sí.

—Muy bien. —Se agachó un poco para que George se apoyara en él.

El joven pasó un brazo sobre sus hombros y él se incorporó aguantando su peso. Hizo una mueca de dolor, pero consiguió mantenerse en pie.

—Vaya, te veo muy recuperado —aseguró el señor Anderson con una sonrisa—. ¿Puedes caminar?

George se soltó y avanzó unos pasos, se sorprendió de que le doliera menos de lo que creía.

—Te veo bien, muchacho.

—Sí, parece que sus cuidados han dado buen resultado.

El señor Anderson le ayudó a volver al sofá y lo miró con afecto antes de cambiar la expresión a una más seria.

—Muchacho, me gustaría hablar contigo. —George vio el cambio en su rostro y supo que iba a iniciar la conversación que había temido desde el primer día que despertó. Y ya llevaba casi una semana allí—. Me alegro de que te vayas recuperando, y estamos felices de haberte podido ayudar y de que estés mejor…

—Pero… —le interrumpió.

El señor Anderson aspiró antes de continuar.

—Eres un buen chico, George, y nos gusta tu compañía, pero creo que es momento de que vuelvas a casa. No sé el motivo por el cual no quieres regresar, no sé qué problemas tienes, y tampoco estás obligado a

contármelos si no quieres, pero los dos sabemos que ya hace unos días que podrías haberte marchado —dijo firme, pero manteniendo una expresión afable.

George no respondió. El señor Anderson se sentó en una silla y apoyó los brazos en las rodillas.

—Mira, voy a ser muy sincero contigo. Tengo una hija de dieciséis años y no es buena idea ni para ella ni para su reputación que sigas viviendo aquí y que te quedes a solas continuamente con ella.

—¡Jamás le haría daño! —exclamó alterado por aquella insinuación.

—Lo sé, tranquilo, confío en ti. No es por ti, es por el resto. La gente puede hablar, y mientras estabas inconsciente o mal herido, sin poderte mover, podíamos llevar la situación, pero ahora ya puedes hacerlo y quiero evitar cualquier comentario que pueda dañar a mi hija —explicó dulcificando la expresión—. Ella es todo mi mundo.

Le entendía… Le entendía porque para él también se había convertido en su prioridad en apenas unos días y, si algo la hiciera sufrir, no lo soportaría.

Asintió aunque le dolía mucho aceptar aquella decisión. Si podía evitar que tuviera problemas, lo haría. Sabía que ese momento iba a llegar antes o después. No podía quedarse para siempre con ellos, eso era algo que tenía claro desde que los vio.

—Mañana mismo me marcharé, no se preocupe.

El señor Anderson le sonrió con complicidad.

—Sabía que podía contar contigo. Gracias por entenderlo —indicó y respiró tranquilo—. Pero puedes venir de visita siempre que quieras.

—¿De verdad? ¿No le importa que venga?

—¡Claro que no! Ven cuando te apetezca, incluso un día te podría enseñar el taller si quisieras.

—Sí, sería fantástico verlo.

El señor Anderson le dio un golpecito en el hombro y le deseó buenas noches. George se estiró de nuevo mientras cerraba los ojos. No quería marcharse, no quería dejar de verla cada mañana al despertarse y no quería volver a su vida anterior. Pero debía hacerlo por ella.

Emily recibió la noticia de su marcha con decepción y pena.

—Pero… todavía no estás recuperado del todo… —titubeó—. Creo que deberías quedarte más días y…

—Es lo mejor, cielo —le interrumpió su padre—. Créeme, es lo mejor.

Emily lo miró un instante sin comprender.

—Yo creo que lo mejor es que se cure del todo, ya tendrá tiempo de volver a su casa.

—Tu padre tiene razón, Emily —intervino George—. Es mejor que me marche. Os estoy muy agradecido por todo. Nadie me había cuidado tan bien como vosotros —dijo con una tierna mirada.

El señor Anderson los observó a ambos, se rascó la barba y captó sus miradas. Alzó las cejas con una expresión comprensiva y añadió:

—Voy a salir un momento a coger unas herramientas. En unos minutos estoy de vuelta —indicó antes de salir de la casa y dejar la puerta abierta como de costumbre.

George agradeció que le dejase despedirse de ella a solas.

—¿Quieres marcharte? ¿Es eso? —preguntó ella con la mirada gacha y mordiéndose el labio, agitada.

—¡No! No quiero —exclamó George mientras alargaba la mano para sujetarla. Pero se detuvo, controlándose.

—Pues entonces no lo entiendo, podrías quedarte al menos un par de días más. Hasta que estés totalmente recuperado.

—No puedo… Tengo que volver con mi gente, deben estar preocupados —mintió.

—Ya…

—Pero vendré a verte —dijo, lo que hizo que Emily levantara el rostro hacia él—. Bueno, si quieres que venga.

—¡Sí! ¡Sí que quiero! —exclamó avergonzándose de su ímpetu; se tapó la boca y se ruborizó hasta las orejas.

George sonrió, aquella timidez le volvía completamente loco.

Se despidió de los dos, pero antes les prometió que se verían muy pronto, en cuanto pudiera escaparse de sus obligaciones. Luego comenzó a andar por la calle en dirección a Southwark. Caminó lento, sin ninguna prisa ni ganas de llegar, hasta que reconoció el familiar cartel de la taberna. Tomó aire e intentó conseguir algo de ánimos para volver a retomar lo que había sido su vida hasta entonces.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 13
Regreso con desconfianza

—¡Voy a volver a salir, Black, me da igual lo que me digas! —gritó Hunter con una mirada furiosa.

—Haz lo que quieras, estoy cansado de discutir contigo, pero te lo repito: hace una semana que desapareció. ¡Está muerto o encerrado en una asquerosa celda! ¡Asúmelo de una maldita vez! —contestó Black con desprecio.

—¡Gracias a él estamos vivos! ¡Lo mínimo es seguir buscando! ¡Se lo debemos! —vociferó Hunter a la vez que golpeaba la mesa.

—¿Hasta cuándo? ¿Otra semana? ¿Otro mes?… No voy a perder más tiempo en algo inútil.

—Yo voy con él, Black —intervino Wild—. Tendrás que hacer los robos tú solo.

—Sois los dos idiotas. ¡Está muerto!

—¿Quién está muerto? —preguntó una voz a sus espaldas.

Wild y Hunter se giraron y vieron a George de pie en la entrada.

—¡Por todos los diablos…! —Hunter salió corriendo hacia él, lo levantó del suelo con un fuerte abrazo y comenzó a reír—. ¡Estás aquí!

—Despacio, por favor —se quejó George por el dolor.

—Perdona —dijo y lo soltó con cuidado.

—Me alegro de verte —afirmó Wild con una sincera sonrisa y apoyó la mano en su hombro.

Black se levantó de la silla, atónito.

—Estás vivo…

—Sí, he resucitado de entre los muertos porque sabía que te haría feliz —contestó George con sarcasmo—. No te emociones tanto, no hace falta que llores.

—¿Cómo es que estás vivo? —preguntó extrañado.

George se levantó la camisa y mostró los moratones por los golpes recibidos en su abdomen.

—No me he salvado gratis, te lo aseguro. Recibí lo mío, pero conseguí defenderme y escapar, y una familia me ayudó a recuperarme —explicó sin querer dar más detalles.

—¿Una familia? ¿Qué familia?

George se acercó a él lentamente.

—Eso no te importa —respondió grave—. Por cierto, no voy a decirte «ya te lo dije» porque creo que es bastante obvio lo que pasó con tu maravilloso plan para hacernos ricos.

Los dos se observaron en silencio durante unos segundos, cada uno midiendo la expresión del otro. George mostró todo su desprecio hacia él y ante su indiferencia por la vida de los demás, y Black, una creciente desconfianza ante aquella aparición tan repentina.

—Me voy arriba, estoy cansado —anunció George rompiendo aquel tenso silencio.

Entrar de nuevo en aquella habitación le produjo una angustiosa sensación de ahogo, siendo más consciente aún de lo que había perdido al volver allí.

Se sentó en la cama y apoyó la cabeza sobre las manos. Aquella última semana había sido feliz, realmente feliz, con un sentimiento de plenitud y calma como no recordaba en su vida. Se tumbó, cerró los ojos e intentó regresar allí de nuevo para evadirse de su realidad. Volver a ver sus ojos, su sonrisa, escuchar su adorable risa y ver su pelo moverse con sus movimientos; poder ver sus miradas de reojo mientras se sonrojaba y sus expresiones nerviosas cuando se acercaba a ella. El solo hecho de pensar en ella ya le calmaba y le hacía olvidarse de todo lo que era oscuro a su alrededor.

Unos golpes en la puerta le hicieron levantar la vista. Hunter entró con una amplia sonrisa.

—Sé que quieres descansar, no te molestaré mucho rato.

George vio que se mantenía de pie, inquieto.

—¿Qué ocurre, Hunt?

El otro bajó la vista riendo.

—Echaba de menos que alguien me llamara así. Solo tú lo haces —respondió con una risa que escondía más emoción de la que quería mostrar.

George abrió los ojos y lo observó con detenimiento.

—Creíamos que estabas muerto. —continuó y apartó la mirada—. Y yo… creía que te había dejado morir… allí… solo. Me repetía día tras día que no debería haberme ido, haberte dejado solo.

Se giró para aspirar profundamente y, tras unos segundos, se volvió hacia él.

—He salido cada día, George, cada día a buscarte, te lo juro. Desde que salía el sol hasta que se ponía, he recorrido cada calle, cada agujero inmundo donde pudieras estar. He buscado bajo piedras, en cualquier rincón…

—¡Eh, Hunt, tranquilo! —le interrumpió alarmado al verlo así—. Lo sé, no tienes que justificarte.

—¡Quiero hacerlo! —exclamó con los ojos brillantes—. Eres como un hermano para mí, como un hermano pequeño. Siempre te he visto así desde que llegaste, y pensar que te hubiera podido pasar algo… —Había frustración y rabia en su voz.

Aquella sinceridad dejó perplejo a George. Sabía que Hunter le tenía aprecio, pero nunca imaginó que hasta ese punto.

—Hunt, mírame —le pidió con firmeza para que levantara el rostro—. Estoy bien, todos estamos bien y ya ha pasado. Olvídalo. Ya está.

Hunter asintió y pareció calmarse.

—Sí, ya está, ya ha pasado. Y ahora todo volverá a ser como antes —afirmó con una amplia sonrisa de nuevo.

George apartó el rostro.

«Sí… todo como antes», pensó con amargura.

Pasó la noche casi en vela, sin poder conciliar un sueño tranquilo. A la mañana siguiente se levantó antes que el resto y abandonó el local, sin avisar a nadie y sin dar explicaciones, solo acompañado por el silencio sepulcral de la taberna vacía.



Black atravesó la sala con el resonar de sus botas en cada paso y con gesto de malestar. Se apoyó en la mesa que ocupaba Wild.

—¿Cómo que no está? —inquirió entrecerrando los ojos.

—No lo sé, habrá salido a dar un paseo… —respondió Wild sin darle mayor importancia, más preocupado por su par de salchichas.

—¿Acaba de llegar y ya se ha vuelto a marchar? —soltó Black en un tono sibilino.

—Seguro que antes de que terminemos el desayuno estará aquí.

Hunter se reunió con ellos y se percató del rostro tenso de Black.

—¿Sabes dónde está George? —le preguntó Black antes de que tomara asiento.

—No. ¿No está en su habitación?

—No… No está. Si estuviera en su habitación…, ¡no te lo preguntaría! —gritó con rabia.

Hunter y Wild se observaron sin comprender qué estaba pasando.

—Vamos, Black, acaba de llegar, déjale respirar —indicó Wild molesto —. Si quiere dar un paseo a primera hora, ¡qué lo haga! ¡Déjale en paz!

—Oh… Ya veo… ¿Soy el único de los tres que ve lo que está pasando? ¿Que ve muy extraña su aparición repentina y que ahora desaparezca cuando acaba de llegar? ¡¿Soy el único que lo ve?! —gritó furioso.

—No sé qué quieres decir —añadió Hunter extrañado.

—¿Que no sabes qué quiero decir?… Yo te lo explico —replicó mientras se acercaba a él—. Una semana desaparecido y llega de golpe, sin dar detalles, sin explicar dónde ha estado y con quién. Y a la mañana siguiente vuelve a irse sin avisar. Creo que está muy claro lo que pasa aquí.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Wild.

—Pues que nuestro querido George nos está vendiendo, eso es lo que digo. Estoy convencido de que los guardias lo atraparon el día del robo y han conseguido que trabaje para ellos. Estoy seguro de que nos ha vendido o lo hará en breve. Les dará nuestros nombres, dirección… si es que no lo ha hecho ya.

—¡Estás loco! —exclamó Hunter—. ¡George nunca haría eso!

—¿Estás completamente seguro de ello? —replicó Black.

—¡Por supuesto que sí!

—Siempre serás un ingenuo. ¡Los dos lo sois! —vociferó enojado, empujó una silla y la tiró al suelo.

Wild y Hunter se miraron preocupados ante la ira que estaba acumulando Black. Lo conocían y ya lo habían visto así de alterado, hacía años, con un terrible incidente que acabó con uno del grupo atravesado por una bala. Aquello fue lo que les hizo abandonar el barrio de East End para establecerse en Southwark. Ahora observaban la misma mirada en él, el

mismo odio y el mismo rencor que en aquella ocasión. Tenían que calmarlo o aquello terminaría mal… muy mal.



Después de media hora caminando, George llegó al callejón y a la casa. La observó. Desde fuera se veía aún más pequeña, pero, a pesar de su tamaño, allí dentro había un hogar que rebosaba amor y alegría, una vida que ni el más inmenso de los castillos hubiera podido igualar.

Se apoyó en una de las fachadas cercanas y esperó.

Tras unos minutos, ella salió. Portaba un cubo y se acercó hasta la fuente. La siguió con la mirada y no pudo evitar un suspiro. Vio que se reunía con otras muchachas y charlaban animadamente.

Se acercó a ella por detrás, despacio.

Una de las chicas se fijó en él y George, con un gesto del dedo índice en los labios, le pidió que no lo descubriera. La joven soltó una risita nerviosa y se giró. Llegó hasta Emily, se quedó quieto detrás de ella y escuchó cómo hablaba. Las otras muchachas callaron al verle aparecer y lo observaron sin disimulo y al detalle.

Emily seguía hablando ajena a todo y riendo por una anécdota sobre una lechuga y un gato.

George se inclinó hacia ella hasta casi rozar su pelo.

—Buenos días —saludó con suavidad.

Emily dio un respingo, soltó el cubo y se giró de inmediato. Su rostro se iluminó al verlo.

—¡Hola! —exclamó dando un saltito—. No sabía que ibas a venir… —dijo nerviosa.

—Quería darte una sorpresa —respondió él con un guiño.

Las otras muchachas continuaban su estudio, lo miraban de reojo y comentaban entre ellas con risitas.

George se agachó, recogió el cubo y lo llenó de agua.

—Ya te ayudo con esto.

Emily sonrió y entrelazó sus manos, nerviosa.

Una de las jóvenes dio un paso al frente.

—¿No nos presentas a tu amigo, Emily?

—Ah… sí… él es George, y ellas son Lucy, Clare, Sarah y Helen.

Las cuatro sonrieron ampliamente y él las saludó con un movimiento de cabeza.

—¿Te acompaño a casa? —se ofreció George mientras aguantaba el cubo.

—Claro. —Emily no podía disimular la ilusión de tenerlo allí.

En la casa encontraron al señor Anderson, colocándose las botas.

—¡George, muchacho! —le saludó afectuosamente.

—Señor Anderson… Sé que me fui ayer y tal vez le parezca un poco precipitado que haya venido hoy, pero no les molestaré mucho rato. Solo quería saludar…

—Pero te quedarás a comer, ¿no? —le interrumpió Emily con un deje de impaciencia.

—No creo que pueda —respondió frustrado.

Ahora que había regresado con Black no podía estar todo el día fuera o se arriesgaba a provocar un conflicto que le podía acarrear problemas serios con él.

—¿Te da tiempo a que te enseñe el taller? Te lo prometí —le ofreció el señor Anderson.

—Sí, me encantaría.

El taller estaba a pocos metros de la casa, tal como el señor Anderson se había encargado de recalcar cuando él estuvo recuperándose en la casa. Herramientas de todo tipo y tamaño se repartían por el local, algunas en estanterías, otras colgando del techo, como martillos, cinceles o sierras, que servían para lijar, pulir o dar forma a la madera.

Encima de una mesa había un tablón alargado y fino.

—Esto formará parte de una silla —le explicó—. ¿Quieres probar?

George lo miró con sorpresa.

—¿Qué? No, yo no lo he hecho nunca…

—Siempre hay una primera vez para todo. Si no empiezas, nunca aprenderás —indicó mientras le acercaba una de las herramientas. Era rectangular, también de madera, y tenía un agujero en la parte superior—. Esto sirve para lijar la madera y que quede bien pulida.

Le explicó cómo colocarse y cómo debía deslizar aquella herramienta por la tabla, apretando con ligereza.

George le obedeció y comprobó que de la parte superior salían virutas de madera.

—Lo haces muy bien, la fuerza justa —le felicitó apoyándose en su hombro.

Emily se mantuvo en un rincón; jugueteaba con sus uñas, sin dejar de mirarlos, e imaginó a George trabajando allí con su padre, los tres juntos. Sin darse cuenta soltó una risita, que hizo que los dos se giraran hacia ella.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó su padre.

El rostro de Emily se sonrojó tanto que su piel tomó el color de un tomate maduro al ver a los dos observarla con interés.

—Nada… —titubeó.

George sonrió al ver su rostro. Era adorable cuando se ruborizaba así.

Al final, sin darse cuenta del tiempo que transcurría, se quedó más rato del esperado, probó distintas herramientas y quedó fascinado por el trabajo que el señor Anderson le explicaba.

Estaba aprendiendo a usar el cincel, cuando se le acercó.

—Se te da bien. Tienes talento —le dijo con aprecio.

—Gracias —contestó él con una extraña sensación de orgullo. Nadie en su vida le había dicho que tenía talento para nada.

—¿Te gustaría venir algún día más y aprender el oficio?

George se giró hacia él con la boca abierta.

—¿Lo dice en serio?

—Claro que sí. Estoy convencido de que aprenderás rápido y serás muy bueno en esto. Puedo verlo —aseguró con satisfacción.

George bajó la mirada, le embargaba una emoción desconocida: la de ser valorado y estar orgulloso de sí mismo. Jamás se había sentido así.

El señor Anderson se percató de su rostro contraído y apoyó las dos manos sobre sus hombros. A pesar de ser igual de alto que él, podía ver solamente a un chico perdido y solo, al que nadie había mostrado lo que valía. El joven se sorprendió ante aquel gesto.

—Muchacho, aquí tienes una familia siempre que lo necesites —le murmuró al oído.

George cerró los ojos ante aquella muestra de afecto de un hombre que bien podría ser su padre.

—Quédate a comer —le pidió—. A Emily le hará mucha ilusión —le dijo con una amplia sonrisa.

No pudo negarse, ni por él ni por ella. Y además tampoco quería hacerlo. Estar allí con ellos dos era lo único que le daba paz.

—Quería darle algo —anunció y sacó del bolsillo unas monedas—. Para compensar los días que estuve aquí.

El señor Anderson observó el dinero con expresión de asombro.

—¿Qué es esto, chico?

—Diez libras.

—¿Diez libras? —repitió atónito.

—Con esto compensaré los gastos que tuvieron los días que estuve aquí.

—Muchacho, con este dinero compensaríamos meses de gastos, no unos días.

—Da igual, quiero dárselo —aseguró con firmeza y le acercó las monedas sin aceptar un «no» como respuesta.

Después de comer explicó que debía marcharse, no podía quedarse más tiempo.

—Gracias por venir —le dijo Emily.

—Si puedo, vendré cada día, aunque sea un rato.

—¡Vale! —respondió ella ilusionada.

—Quería darte una cosa… —Cogió un trozo de papel—. Emily, si algún día me necesitas para algo, lo que sea, puedes encontrarme en esta dirección. —Apuntó los datos de la taberna.

Sabía que aquello lo tenían completamente prohibido, nunca debían dar esa dirección, pero quería que ella pudiera contactar con él si lo necesitaba. Prefería romper la regla de Black que dejarla indefensa o que le faltase su ayuda.

—Nos vemos mañana —le prometió George.

Cuando se hubo marchado, Emily leyó la dirección y guardó el papel en el cajón de su cómoda para evitar perderlo o que se estropease. Soltó una risita y deseó que ya fuera el día siguiente para poder verlo de nuevo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 14
Vigilancia

Emily empezó a reír cuando una paloma atacó el pastelito de George de manera indiscriminada. Él maldijo a la vez que movía los brazos y perseguía a la paloma a la carrera.

Cuando la hubo espantado, se comió lo que le quedaba de la pasta de un bocado para evitar algún ataque más. Se volvió hacia Emily y vio que seguía riendo y que se tapaba la boca con ambas manos.

—Te hace mucha gracia, ¿eh? —dijo en un tono travieso.

Emily negó con la cabeza sin dejar de reír. George salió a la carrera detrás de ella lo que provocó que soltara un gritito y se alejara en dirección contraria.

George alargó un brazo para sujetarla con cuidado de la muñeca y girarla hacia él. Emily dejó de reír al notar que no la soltaba. No hizo ningún gesto para apartarse, solo lo miró intentando controlar su respiración.

Él le acarició imperceptiblemente la piel de la muñeca, era tan suave, irresistiblemente suave. Se acercó un paso y comprobó que ella se mantenía quieta con los labios entreabiertos.

Dios… Quería besarla, necesitaba besarla…

—¡Emily!

Ambos se giraron y George la soltó de inmediato. Una joven se acercaba hacia ellos. Él la reconoció del día anterior en la fuente.

La joven presentada como Lucy se acercó más.

—¿Estabais dando un paseo?

Los dos asintieron.

—¿Vendrás a la feria de las flores, George? —preguntó con un tono exageradamente coqueto.

—¿La feria de las flores?

—Es dentro de diez días —explicó mientras jugueteaba con un mechón entre sus dedos—. Hay subastas, concursos de flores y tartas, y… bailes,

muchos bailes.

—Oh… pues no la conocía —mintió, el año pasado habían sacado una buena tajada en aquella feria.

—Así que… ¿vendrás? —preguntó con una sonrisa.

—Claro, será divertido —respondió despreocupado.

—¡Qué bien! Nos veremos allí entonces —exclamó la muchacha rozándole el brazo con cierto disimulo.

Emily dio un paso atrás al ver el evidente flirteo de Lucy, que parecía que a George no le importaba.

Cuando la joven se hubo marchado, retomaron el paseo.

—Lucy es muy guapa —murmuró Emily en voz baja.

George la miró, extrañado.

—No lo sé, no me he fijado —respondió indiferente.

—Seguro que sí que te has fijado, es muy guapa, todo el mundo lo dice.

George se detuvo e hizo que ella también dejara de caminar.

Se acercó un paso y se quedó mirándola fijamente.

—No me he fijado —repitió—. Ya no me fijo en nadie más. Solo tengo un interés —dijo con voz firme.

Emily aspiró nerviosa, observó la intensidad de sus ojos y deseó que se acercara más. Sonrió entornando la mirada y empezó a caminar de nuevo con una creciente esperanza dentro de ella.

La furia de Black aumentó cuando comprobó que, al día siguiente, George también se había marchado.

Su rabia la descargó bebiendo más de la cuenta y arremetiendo contra algunas mesas.

—Black, ya es suficiente. Tienes que calmarte —le indicó Wild.

El cabecilla se acercó a él mientras apretaba sus sucios dientes.

—Mañana quiero que le sigas —ordenó con la mandíbula tensa.

—¿Qué? No voy a hacer eso.

Le agarró con fuerza de la camisa.

—O lo haces tú o lo haré yo. Tú mismo —le amenazó.

Wild no contestó, se dio unos segundos para pensar. No quería espiar a George, confiaba en él, pero no podía permitir que fuera Black. En el estado en el que se encontraba era capaz de hacer cualquier locura.

—De acuerdo, iré yo. Si vemos que mañana se marcha, le seguiré.

—Y me informarás de todo —apuntó Black con un dedo amenazador.

—Sí… y te informaré de todo.

—Y otra cosa, Wild… Ni una palabra a Hunter.

Wild asintió con la cabeza.

A la mañana siguiente George volvió a marcharse temprano y, siguiendo las órdenes de Black, Wild siguió sus pasos. Se mantuvo a una distancia prudencial para no ser descubierto, pero sin perderlo de vista.

Cuando llevaban treinta minutos caminando, vio que se adentraba en la zona de Lambeth. Fue serpenteando por varias calles hasta llegar al final de uno de los callejones, donde se detuvo delante de una casa.

Wild se escondió en una esquina, con cautela. Al cabo de unos minutos, vio que salía una muchacha de la casa y que se saludaban amistosamente.

Wild arrugó la nariz, extrañado, ¿una mujer? ¿Se marcha cada día para ver a una mujer?

Continuó observándolos, no quería perderse ningún detalle de los gestos de ambos.

Ella se mantenía sonriente sin mirarlo directamente y George hablaba, gesticulaba y la hacía reír.

—¡Maldita sea!… Está enamorado de esa chica —exclamó por lo bajo.

Se apoyó en la pared, inquieto. Pensó en la reacción de Black y en lo que podría hacer con aquella información, y se le erizó todo el vello del cuerpo.

Sin pensarlo dos veces, salió de su escondite y se dirigió hacia ellos.

—George —le llamó.

Él se giró como un resorte. Al verlo todo su rostro se contrajo y se puso delante de Emily de una manera instintiva para protegerla.

—Wild… ¿Qué haces aquí? —preguntó con el temor tintado en su voz —. ¿Has venido solo?

Wild buscó la mirada de Emily y se encontró con el brazo de George extendido para separarlo de ella.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Wild, mientras lo agarraba del brazo y se lo llevaba aparte.

Cuando estuvieron alejados unos metros, George se soltó de su mano sin dejar de mirar a Emily, que los observaba preocupada.

—¿Has venido solo? —preguntó de nuevo con la respiración agitada.

—Sí, he venido solo, pero ahora escúchame —dijo intentando mantener la calma—. Black me ha pedido que te siga.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Cree que trabajas con los guardias del barco y que vas a traicionarnos.

—¿Cómo? ¿Pero cómo ha llegado a esa absurda idea?

—Ya conoces a Black, la confianza en los otros no es una de sus virtudes. Y está hecho una furia, no te imaginas cuánto.

—¡Pero es falso!

—Sí, yo lo sé y Hunter también, pero Black es diferente, lo sabes.

George empezó a dar vueltas sobre sí mismo.

—Escúchame —le pidió Wild obligándole a parar—. Coge esto —Sacó de su bolsillo un reloj de plata y una pulsera, y se lo dio—. Le diré a Black que te he visto ir al mercadillo de la zona norte y que has hecho algún trabajillo. Tú simplemente di que necesitabas estar solo estos días. Que querías hacer el trabajo por tu cuenta para despejarte. Y dale esto. ¿De acuerdo?

George asintió y miró el reloj y la pulsera.

—Y George… ni una palabra de ella —dijo mientras la señalaba con el dedo.

—Eso lo tengo claro.

—Otra cosa —añadió Wild—. Los próximos días debes quedarte con nosotros. Si queremos que Black se calme y vuelva a recuperar la confianza, debes estar con nosotros. No puedes venir aquí, ni salir sin avisar.

Se tapó los ojos con impotencia y profirió una maldición.

—¿Cuántos días?

—Los que sean necesarios —sentenció Wild.

George alzó el rostro.

—Está bien —dijo con la voz quebrada—. Déjame que me despida de ella y me voy contigo.

Wild asintió, se quedó en su sitio y vio cómo George volvía con la joven.

Emily lo recibió a medio camino, con la mirada inquieta.

—¿Qué pasa? ¿Es amigo tuyo? ¿Ha sucedido algo?

George se aclaró la garganta.

—Emily, tengo que marcharme —le explicó con toda la naturalidad que pudo para no preocuparla.

—¿Ha pasado algo? ¿Puedo ayudarte?

—No, no ha pasado nada, no te preocupes, está todo bien, pero ahora tengo que marcharme y… Es posible que no venga en unos días.

—¿Por qué? —preguntó nerviosa—. ¿Qué pasa, George? Por favor, cuéntamelo —le preguntó inquieta cogiéndole del brazo.

George bajó la mirada hacia su mano que lo agarraba. Ella nunca se atrevía a acercarse tanto y pudo ver su preocupación en aquel contacto.

Le sujetó la mano, se la acarició con delicadeza y se la besó con suavidad en el dorso, justo donde empezaban los nudillos.

Emily dejó escapar un suspiro ante aquel gesto.

—No te preocupes, estaré bien —le susurró y le pasó los dedos por su mejilla.

Ella cerró los ojos al notar aquella caricia.

—¿Cuántos días estarás sin venir? —preguntó agitada.

—No lo sé —respondió en un hilo de voz.

—Por favor, ve con cuidado —le suplicó y apretó instintivamente los labios.

George la observó durante unos segundos sin verse capaz de alejarse de ella.

Wild empezó a mover la pierna, nervioso. Eran más de las once, entre que llegaban a la taberna serían las doce, no podían perder más tiempo. Cuanto antes llegasen mejor.

Se acercó a ellos aunque se quedó a una prudente distancia.

—George, tenemos que irnos, ya —le indicó.

Este soltó la mano de Emily con un inmenso esfuerzo.

—Nos veremos pronto, te lo prometo.

Ella asintió y vio cómo se alejaba para desaparecer tras la primera esquina. Dejó escapar un sollozo, fruto de los nervios y la preocupación. Algo pasaba, algo grave y no sabía el qué.



Cuando faltaban dos calles para llegar, Wild se detuvo y miró fijamente a George.

—Yo entraré primero, informaré a Black de dónde te he visto, y en unos quince minutos entras tú —le dijo Wild.

George aceptó, sin contestar, mientras veía cómo él se alejaba hacia el local. Dio una patada a una piedra y se dejó caer en el suelo. Estaba cansado de aquella situación, cansado de aquella vida.

Pasados los minutos acordados, entró por la puerta con la misma pose de confianza habitual en él.

Fue con tranquilidad a la barra, donde Wild se tomaba distraídamente una copa de vino. Intercambiaron una disimulada mirada, pidió una cerveza y se la llevó a la mesa donde estaba Black.

—Bienvenido —saludó este con un siseo.

George no respondió en ese instante, solo dio un sorbo a la cerveza.

—Perdona que no te haya avisado, me apetecía salir solo estos días, para despejarme. Lo he pasado mal con la recuperación, creía que no la superaría y necesitaba un poco de espacio —explicó con la misma seguridad de siempre—. Te he traído esto —dijo y sacó el reloj y la pulsera.

Black enfocó sus ojos hacia los objetos. Cogió el reloj y lo observó con detenimiento y luego centró su atención en la pulsera. La agarró con el dedo índice y el pulgar y la levantó en el aire. La escudriñó con interés.

—Creía que no robabas a mujeres.

—¿Qué?

—Es una pulsera de mujer —sentenció con un tono más duro.

Wild controló una maldición; los miró de reojo y aumentó su nerviosismo.

George vaciló solo un instante.

—Me la encontré en el suelo —dijo con prontitud.

—¿En el suelo?

—Sí

Black empezó a reír de manera grave, como si la risa surgiera directamente del estómago.

—¡Qué suerte! Siempre has sido un chico con suerte, ¿verdad?

George tragó saliva mientras le mantenía la mirada firme.

Black se levantó, cogió el reloj y la pulsera y se le acercó.

—Ten cuidado, no vaya a ser que tu suerte se acabe algún día —le murmuró al oído.

George soltó todo al aire retenido cuando escuchó que se metía en su habitación.

Estaba harto de todo aquello. Asqueado de lo que le rodeaba. Solo quería largarse muy lejos y no volver a verle jamás.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 15
Guardando las apariencias

Y de nuevo la misma rutina de los últimos años: desayuno, robo, comida, robo, cena… y, algún día que otro, una borrachera. Y en mitad de aquella nueva normalidad, George debía fingir que era el mismo, que disfrutaba de aquello, que era lo que quería, además de disimular el asco que le producía aquella situación.

Tres días pasaron todos aparentando que estaba todo bien, que las cosas estaban igual que siempre. Porque George no era el único que fingía; Wild se esforzaba por disimular una creciente inquietud; Black no quería mostrar toda la rabia que sentía; y Hunter observaba la situación desde fuera, de manera discreta, sin dar muestras de percatarse de los cambios.



George se quitó la camisa y la tiró al suelo. Necesitaba aire y abrió la ventana para que entrara algo de frescor. Sentía que se asfixiaba a cada segundo que seguía allí.

Llamaron a la puerta y entraron Wild y Hunter en la habitación.

Se quedaron en silencio, hasta que Wild lo rompió.

—Le he explicado a Hunter lo de la chica —dijo Wild, sorprendiendo a George que miró a Hunter.

Hunter no dijo nada, se cruzó de brazos.

—Se lo he dicho porque más vale que seamos tres, en lugar de dos, por lo que pueda pasar.

—¿Lo que pueda pasar? —preguntó George.

Wild y Hunter se miraron.

—George, tú no conoces a Black como nosotros —dijo Wild a la vez que se paseaba por la estancia y se detenía delante de él—. Es totalmente imprevisible; un día te da una palmadita en la espalda y al día siguiente te

clava un cuchillo en el estómago. Lo hemos visto. Nosotros lo hemos vivido. Más vale que estemos preparados.

—Pero ahora parece más tranquilo.

—Es una fachada, se lo noto. Se comporta así cuando está en guardia, al acecho.

George sintió un escalofrío.

—Vamos a continuar como hasta ahora, ¿de acuerdo? No te vas a ir a ninguna parte en los próximos días —continuó Wild.

George le dio una patada a la camisa del suelo, con impotencia.

—Y además de eso, había pensado montar una fiesta un día de estos —añadió Wild.

—¿Una fiesta? —inquirió George.

—Sí, una buena juerga es lo que más calma a Black. Organizaré algo, nosotros, algún amigo, mujeres y bebida. A ver si poco a poco conseguimos que se relaje de verdad.

George soltó una risotada llena de frustración y de ironía. Aquello era el colmo. Una fiesta…,era lo que más deseaba ahora mismo, una fiesta con Black. Sintió ganas de golpear algo con fuerza.

Se sentó en la cama y apretó ambos puños hasta clavarse las uñas.

—Bueno, será mejor que me vaya —indicó Wild—, no quiero que nos encuentre a los tres reunidos aquí y aumenten sus sospechas.

Salió con cuidado de la habitación y cerró la puerta.

George intentaba asimilar las últimas propuestas, cuando notó que Hunter se movía.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó grave.

—¿Qué?

—Lo de la chica, ¿por qué no me lo contaste? ¿No confías en mí?

—Hunt, claro que confío en ti. Eres la persona en la que más confío.

—¿Y por qué no me lo contaste? Podría haberte ayudado.

—No quería involucrarte. No quería que tuvieras problemas con Black.

Hunter se sentó a su lado.

—No te das cuenta de que prefiero saberlo para poder ayudarte —le recriminó.

—Lo siento, debí hacerlo.

Hunter observó cómo hundía la cabeza entre sus manos.

—¿Te he contado alguna vez cuál es mi sueño?

George lo miró, extrañado.

—Siempre he querido tener una granja, con ovejas y pollos.

El muchacho no pudo evitar que una risilla saliera de sus labios al imaginarse al grandote de Hunt criando pollos.

—No tenía ni idea.

—Claro que no, porque no lo cuento. Nadie lo sabe, solo tú. Soy un despiadado ladrón, no lo olvides.

George volvió a reír; Hunt podía ser muchas cosas, pero «despiadado» no era una de ellas, ni por asomo. Aquello le relajó ligeramente.

—¿Es especial? —le preguntó Hunter de repente—. La chica, ¿es especial?

George soltó un suspiro con una sutil sonrisa.

—Es maravillosa, Hunt —dijo con una leve sacudida—. Es dulce, alegre… es muy tímida, pero a la vez es cariñosa y tierna —dijo mientras cerraba los ojos—. Y es preciosa, tiene unos ojos y una sonrisa…

Hunter soltó un silbido.

—Vaya… Estás muy enamorado de ella.

George se giró hacia él. ¿Enamorado? Nunca se había enamorado, o eso creía él, no sabía qué se debía sentir, pero podría ser aquello. Sí, debía estarlo porque su corazón estallaba cada vez que pensaba en ella.

—La quiero. —Y al decirlo en voz alta fue totalmente consciente de sus sentimientos—. Jamás había sentido nada parecido. Estaría a su lado toda la vida, aunque solo pudiera contemplarla —afirmó y apoyó de nuevo la cabeza entre las manos—. Y estos días aquí encerrado, sin poder verla, están siendo una tortura.

Hunter le apretó el hombro.

—Ten paciencia, todo pasará, ya verás. Esto se arreglará y podrás volver a verla.

—Eso espero —murmuró George con amargura.



Al quinto día de sufrir aquella agobiante situación, Wild decidió poner en práctica su idea y montó la prometida fiesta.

Aquello resultó ser una bacanal como no recordaba otra. Por lo menos había treinta o cuarenta hombres, que bebían sin ningún tipo de control y una veintena de mujeres que bailaban o estaban sentadas en sus regazos para hacerles disfrutar.

George se mantenía sentado en un rincón, contemplando el espectáculo desde fuera, acompañado de una botella de vino que se estaba acabando él solo.

Black reía de manera escandalosa mientras recorría la sala agarrado a dos mujeres, una de cada brazo. George sintió náuseas al mirarlo.

Wild se sentó al lado de él.

—Haz el favor de pasártelo bien —le recriminó al oído—. Si no participas de esta farsa no sirve de nada.

George dio un largo trago a su copa.

—Me lo estoy pasando fenomenal, ¿no se me nota? —contestó sarcástico.

—Busca a una mujer y pásatelo bien, que él lo vea.

—¡No voy a buscar a ninguna mujer! —increpó apretando la copa entre sus manos.

Wild renegó en voz baja.

—De acuerdo, olvídate de las mujeres, bebe más y ríete un poco.

—Con lo de beber ya estoy en ello —dijo y se rellenó el vaso—. En cuanto a lo de reír, voy a necesitar más esfuerzo o más bebida… o las dos cosas.

Al cabo de un par de horas, el alcohol acumulado empezó a hacerle perder el sentido de la discreción, lo desinhibió y, a la vez, le aumentó una sensación de mareo.

Observaba a Black, veía cómo reía y cómo, con su asquerosa boca, recorría la piel de alguna mujer. El deseo de golpearle se acrecentó por momentos en la misma proporción en que el alcohol aumentaba en sus venas.

De repente, sintió unas manos que le acariciaban el rostro. Se giró y encontró a Rosemary inclinada hacia él.

—Estás muy solo, George. Te he estado mirando toda la noche y no te has movido de aquí.

—Rose, no estoy de humor.

—A lo mejor puedo conseguir que te cambie ese humor —dijo sugerente. Le besó el cuello y paseó sus manos por encima de la camisa.

George cerró los ojos al sentir sus caricias.

—Rose, por favor… —pidió al ver cómo le desabrochaba parte de la camisa y metía la mano para acariciarle el pecho.

—Relájate. Déjate llevar —le susurró al oído—. Hace mucho que no estamos juntos. Quiero pasar esta noche contigo —dijo y se humedeció los labios para mostrarle su propia excitación. Él siempre le provocaba aquel deseo.

—Rose… —repitió y aspiró profundamente.

—Sé que quieres hacerlo, puedo notarlo —murmuró mientras bajaba la mano despacio por su vientre hasta su zona más sensible.

George abrió los ojos y le sujetó la mano.

—No —pronunció enérgico con la mirada fija en ella.

Rosemary se sorprendió de aquella rotundidad. En aquellos dos últimos años se habían acostado infinidad de veces y jamás la había rechazado, al contrario, siempre se buscaban los dos con avidez, mostrando una mutua atracción.

Se apartó de él al sentir la vergüenza de alguien que no está acostumbrada a recibir negativas.

—Perdona, no estoy pasando un buen momento —se disculpó George.

—Pues estaba intentando mejorarlo —replicó molesta.

—Rose, no te enfades, por favor. Sabes que eres especial para mí, te tengo mucho aprecio, pero no puedo, ahora ya no.

La mujer se giró hacia él con una hermética expresión.

—Está claro que no soy lo suficientemente especial para ti.

Se miraron unos instantes y George pudo jurar que los ojos de ella se humedecían. Rose apartó el rostro y se alejó.

Un hombre en la otra punta de la sala se levantó con el brazo levantado.

—¡Rose! ¡Ven aquí! —gritó el baboso.

La muchacha puso su mejor sonrisa, se acercó a él y se sentó en su regazo.

George soltó un largo y profundo suspiro, cogió de nuevo la botella y se rellenó el vaso hasta el borde.

Emily leyó de nuevo el papel con la dirección. Hacía una semana que no lo veía. ¿Y si le había pasado algo? Desde que se habían despedido tenía una opresión en el pecho, sin saber dónde podía estar o si estaría bien. Apretó la nota entre sus manos decidida, necesitaba saber cómo estaba. A lo

mejor volvía a estar malherido como cuando lo encontraron. Necesitaba averiguarlo, no podía seguir con esta angustia.

Cogió su chaqueta, salió de casa y saludó a los vecinos que se dirigían a hacer la compra.

Llegó al lugar después de dar más vueltas de las deseadas. Se había equivocado varias veces de calle y de dirección, y eso había provocado que hubiera caminado en círculos durante varios minutos. Pero, por fin, había llegado.

Cogió aire y entró.

Se encontró con una amplia taberna, donde un par de muchachas limpiaban unas mesas, un grupo de cuatro hombres charlaban al fondo y otro hombre vestido de negro bebía solo apoyado en la barra.

—¿Quiere algo?

Emily se giró sobresaltada. Vio al tabernero detrás de la barra que sujetaba un paño. Se acercó despacio a él.

—Estaba buscando a una persona. No sé si me he equivocado de sitio, pero él se llama George Crowley.

Black se giró hacia ella al escucharla.

—Sí, conozco a George, está instalado aquí —explicó Joe.

El cabecilla dejó la copa en la barra y se acercó a la muchacha.

—Vaya, vaya… ¿Qué tenemos aquí?… Hola, encanto —saludó con un tono suave mientras la recorría de arriba abajo con los ojos y con una expresión de imperioso placer.

Emily dio un paso atrás al apreciar su penetrante mirada.

—¿Conoces a George? —preguntó Black y dio otro paso para acercarse.

—Sí.

—Qué casualidad, George y yo somos muy amigos.

—¿En serio? —inquirió Emily extrañada.

—Sí, somos íntimos, siempre estamos juntos.

Emily dudó, se sentía terriblemente incómoda con aquel hombre.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Claro. La segunda puerta de la izquierda —indicó y le señaló la escalera de madera—. Pero yo de ti no entraría, preciosa —le susurró.

Emily intentó mostrar una expresión más segura. No le gustaba aquel extraño y estaba decidida a saber si George estaba bien, así que no iba a marcharse de allí sin averiguarlo.

Fue directa a la escalera y hacia la habitación. Miró la puerta, apretó la mano y golpeó varias veces.

George escuchó los sonidos de la puerta, se frotó los ojos y notó al instante un terrorífico dolor de cabeza. Se había pasado con el alcohol la noche anterior y la resaca era de órdago. Se incorporó un poco sintiendo algo sobre su pecho. Bajó la mirada y comprobó que un brazo de mujer lo rodeaba.

Giró el rostro extrañado y se encontró a Rose a su lado.

¿Qué? ¿En qué momento acabó acostándose con ella? No recordaba prácticamente nada de la noche anterior.

De nuevo más sonidos en la puerta.

—Sí, ¿qué pasa? —contestó, convencido de que debía ser Hunter con su parte matutino habitual.

La puerta se abrió y George se quedó completamente helado.

«No puede ser…». Sintió cómo en aquel momento su corazón dejaba de latir.

Emily lo observaba desde la entrada, con los ojos abiertos como platos, con la mirada puesta en la mujer que yacía a su lado.

«No…». La tensión de George se disparó y percibió un dolor terrible en el pecho.

—¡Emily! —dijo sorprendido mientras se incorporaba un poco más—. Esto no es… —murmuró sin saber qué narices decir.

La chica soltó un ligero lamento y se marchó a toda prisa.

—¡Emily! ¡Emily! —exclamó, luego saltó de la cama y cogió rápidamente sus pantalones. Se los puso dando pequeños saltitos, agarró la camisa y salió de la habitación lo más deprisa que pudo.

Rosemary se incorporó y vio cómo salía corriendo.

Emily bajó las escaleras a trompicones.

—Te dije que no subieras, encanto —le recriminó Black con una amplia sonrisa.

Emily apartó la vista de él y salió de la taberna a la carrera.

George salió tras ella gritando su nombre, mientras Black lo seguía con la mirada, interesado por aquel espectáculo.

—¡Emily! ¡Emily, por favor! —gritaba desesperado corriendo tras ella hasta alcanzarla y sujetarla del brazo.

La chica se soltó de inmediato intentando controlar las ganas de llorar. Se percató de que él había salido con la camisa desabrochada.

—Emily, escúchame, eso que has visto… no es nada.

La muchacha lo miró, atónita.

—¿Que no es nada? —repitió con un balbuceo.

—Solo es una amiga, una conocida…

Los ojos de Emily se abrieron desorbitadamente.

—¿Te acuestas con todas tus amigas y conocidas?

—¡No! No me has entendido…

—Te he entendido a la perfección —dijo y volvió a caminar para alejarse.

—Emily, por favor, déjame que te explique.

—No tienes que darme ninguna explicación.

—¡Quiero hacerlo! —exclamó mientras la sujetaba de los brazos con desesperación.

La joven volvió a soltarse, quería alejarse de él.

—No tienes que explicarme nada, puedes hacer lo que quieras —dijo y escondió el rostro para secarse las lágrimas rápidamente.

—Emily, te lo suplico, escúchame…

Emily negaba con la cabeza.

—Por favor, te juro que lo que has visto no significa nada, te lo juro.

George vio cómo se giraba de espaldas a él y reprimía un quejido.

—Emily… Dime al menos para qué has venido, ¿necesitas algo? ¿Ha ocurrido algo? Dímelo, por favor —le suplicó con angustia.

La muchacha se mantenía en silencio, sin querer mirarle. Qué tonta había sido esperando algo más.

—Estaba preocupada por ti, por eso he venido —dijo agitada—. Pero ya veo que estás muy bien.

Aquello partió en dos el corazón de George. Había venido porque estaba preocupada y a cambio había recibido aquello.

Emily por fin levantó el rostro hacia él.

—Ahora entiendo por qué no has venido en tantos días. Te cansaste solo de dar paseos y querías hacer otras cosas.

La desesperación de George fue en aumento a medida que la escuchaba.

—¡No! ¡No es eso! —gritó acercándose más a ella—. Emily te lo ruego, hablemos con calma. Déjame que te lo explique.

—Explicarme, ¿qué? —dijo sin poder evitar un gimoteo.

Rosemary salió de la taberna y observó desde lejos aquella discusión. Despacio se acercó a ellos, hasta que su presencia alertó a George.

¡Por Dios! Los ojos y la boca del muchacho se abrieron a la par al verla.

—Rose, no es buen momento, ¡por favor! —le suplicó con una expresión de total desesperación.

Esta le ignoró y se dirigió directamente hacia Emily.

—Hola, soy Rosemary —saludó—. Y tú debes de ser Emily.

La joven la miró atónita mientras George no sabía si tirarse directamente al Támesis para evitar ver aquella escena.

—Eres preciosa —dijo Rose sonriendo.

El labio de Emily empezó a temblar por los nervios acumulados.

—Emily, tranquila, no ha pasado nada —indicó Rose con suavidad—. Ayer por la noche George me defendió de un hombre que intentó forzarme con violencia y me subió a su habitación para protegerme. Nada más. No pasó nada más, te lo aseguro.

George intentó recordar lo que había sucedido la noche anterior, recopilar pequeños retazos: el hombre que sujetó con violencia a Rose, él defendiéndola, cómo la había subido a la habitación y una larga charla que se alargó horas… y ahí acababan las imágenes. No podía ver más allá.

—Has de saber que George estuvo hablando de ti, sin parar, toda la noche, durante horas —continuó Rose, mientras se acercaba a Emily y la sujetaba de la mano—. No tienes de qué preocuparte.

El rostro de Emily se relajó al escucharla y levantó los ojos hacia George, que se mantenía con una expresión de absoluta sumisión hacia ella.

—Bueno, yo ya me voy. Que paséis buen día —se despidió Rose.

—¡Rose! —le llamó George y se le acercó unos pasos—. Gracias.

Rosemary clavó sus ojos color avellana en él.

—Es una chica con suerte —murmuró con la voz rota antes de girarse para alejarse.

George se volvió hacia Emily, que se mantenía con la cabeza gacha sin atreverse a mirarlo.

—Emily, vayamos a dar un paseo, tranquilamente los dos —le suplicó.

Si tenía que ponerse de rodillas para rogarle, iba a hacerlo.

La joven tardó unos cuantos segundos en reaccionar, lo que le hizo perder a George la poca esperanza que mantenía.

Finalmente asintió con la cabeza para aceptar aquella propuesta.

George soltó una exhalación de alivio.

—Dame solo un minuto, cojo la chaqueta, me pongo las botas y salgo. Espérame aquí —pidió juntando las manos—. Un minuto.

Emily movió la cabeza; se fijó que había salido descalzo detrás de ella y que su camisa seguía desabrochada. Volvió a asentir sin decir nada.

George sonrió levemente.

—Ahora mismo vuelvo —dijo corriendo hacia la taberna.

Entró a toda prisa por la puerta y subió los escalones de dos en dos.

Se abrochó la camisa, se puso las botas y cogió la chaqueta. Después se miró un momento en el espejo.

«Tienes que arreglarlo. Tienes que arreglarlo como sea», se dijo mientras observaba su reflejo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 16
Dos juramentos

Caminaron largo rato en silencio separados por más de un metro.

Emily se mantenía con la cabeza baja y con la decepción y la pena grabadas a fuego en su rostro, y George solo quería abrazarla y hacerle ver todo lo que sentía por ella.

No sabía ni por dónde empezar la conversación. Esperaba que la intervención de Rose hubiera conseguido apaciguar sus ánimos, pero llevaba varios minutos callada, sin mirarle y no sabía si seguía pensando lo mismo o estaba más tranquila.

Decidió sacar otro tema para rebajar aquella tensión.

—Mañana empieza la feria de las flores, ¿verdad? —dijo George en un intento de romper aquel silencio.

Emily asintió.

—Podríamos ir juntos —continuó George con cautela.

Ella no contestó, se sentó en un banco y fijó la vista en sus manos entrelazadas sobre su regazo.

George se sentó a su lado a una distancia prudencial para no rozarla.

—Emily, por favor, dime algo —le suplicó girándose hacia ella.

—¿Es cierto?

—¿Qué? ¿El qué?

—Todo lo que ha dicho esa mujer, ¿es cierto?

—¡Sí! ¡Todo es cierto!

—No me mientas, por favor —le rogó a punto de llorar.

—Te juro que todo es cierto. No ha pasado nada con ella.

—¿Y lo otro?

—¿El qué?

Emily escondió el rostro, avergonzada.

—Ella conocía mi nombre.

George se acercó unos centímetros a ella, sabía a qué se refería.

—Sí, es cierto lo que dijo. Le hablé de ti, toda la noche.

Emily se agarró más fuerte las manos sin atreverse a mirarlo.

Se acercó más, aun a riesgo de que ella se alejara, pero debía intentarlo, no iba a marcharse de allí sin arreglar las cosas.

—No te mentiría nunca —susurró—. Por favor, créeme.

Con cuidado acercó su mano y la colocó encima de sus dos manos entrelazadas.

Emily se puso tensa.

—Te lo dije el otro día, y te lo repito, solo tengo un interés —dijo con suavidad, casi en un murmullo—. No me interesa ninguna otra mujer. Créeme, es lo que siento.

Emily levantó el rostro, lo miró y unas lágrimas esquivas recorrieron sus mejillas.

—No llores, por favor —le rogó preocupado, y en un acto impulsivo le secó las lágrimas con los dedos.

Ella se quedó quieta y pudo observar que su mirada era suplicante; sin saber por qué se dio cuenta de que le creía, algo dentro de ella le decía que era sincero a pesar de lo que había visto.

George se fijó que le temblaba el labio mientras intentaba sonreír dulcemente. Aquella sonrisa le salvaba de todo, de todo lo malo y penoso que tenía en su vida.

Le volvió a acariciar la mejilla con delicadeza a la vez que ella cerraba los ojos y se dejaba llevar.

—Jamás te haría daño. Ni dejaría que nadie te lo hiciera —declaró con una mezcla de dulzura y firmeza—. Déjame que te lo demuestre —dijo mientras cogía su mano y la besaba.

Emily asintió y se inclinó hacia él apoyando la cabeza en su hombro, lo que sorprendió a George, que con prudencia pasó el brazo por su espalda para acercarla más. Emily no se resistió, dejándose llevar.

Él hundió el rostro en su pelo y advirtió un olor afrutado, mezcla de fresas y mandarinas, y supo que aquel aroma lo recordaría siempre.

—No estoy enfadada —dijo Emily con aquella vocecita que ponía cuando algo le daba mucha vergüenza, y George sintió que no podía quererla más.

La besó en la frente y escuchó cómo a ella se le escapaba un suspiro nervioso. Se quedaron en esa posición durante horas sin tener noción del tiempo.



George estaba eufórico y llegó a la taberna dando palmas que acompasaban su ritmo. Mantenía grabados en su mente la sonrisa, el tacto y el olor de Emily, con un deseo enorme de poder verla pronto. Sabía que no aguantaría otra semana sin verla y pensaba decirle a Wild que idearan otro plan para poder escaparse al menos una hora al día.

Entró en el local con una expresión pletórica y se dirigió directo a la escalera.

—Muy guapa tu amiga —siseó Black con una risilla.

Se detuvo en seco al escucharle y pudo apreciar la repugnante sonrisa de aquel y cómo pasaba la lengua por el labio para relamerse de manera lasciva.

Apretó el puño y se le acercó sin dejar de mirarlo. Toda la alegría y la ilusión que sentía desaparecieron al instante para tornarse en un nauseabundo asco.

—Ni se te ocurra, Black —le amenazó.

—No he dicho nada —dijo con una risa provocadora.

George le agarró de la chaqueta y se acercó a su rostro.

—Ni la mires, ni la nombres, ni siquiera pienses en ella, ¡¿me has entendido?!

La risa de Black se esfumó de inmediato.

—Si no quieres que piense en ella, no traigas a tus amiguitas aquí. ¿Cómo es en la cama? Las tímidas son las mejores. Cuando te canses de ella ya me la pasarás.

George soltó un grito lleno de la ira que le devoraba, esa misma que lo consumía desde hacía meses, acumulando más odio a medida que pasaban los días. Apretó el puño con furia, le golpeó y lo tiró al suelo. El puñetazo que le dio le partió el labio. Se colocó encima de él y lo golpeó sin parar, y sin dejar de gritarle ni darle opción a reaccionar.

Wild salió de su habitación al escuchar el estruendo y bajó con un salto por las escaleras.

—¡George! —le gritó mientras lo agarraba de los brazos— ¡Para! ¡Para, joder!

Este se deshizo de su agarre, lo empujó hacia atrás y continuó con la paliza sin dar tregua.

—¡Hunter! —chilló Wild con desespero.

Hunter salió de su cuarto y, al ver aterrado el espectáculo, corrió hacia ellos. Sujetó a George con fuerza y lo apartó de Black, mientras se retorcía para soltarse.

—¡Te mataré Black! Como te acerques a ella, ¡te mataré! —vociferaba como loco—. ¡Te juro por Dios que te mataré!

Wild vio horrorizado cómo Black se ponía en pie con la ayuda de una silla. Tenía el rostro completamente destrozado. La sangre le brotaba de la nariz, del labio y el ojo izquierdo estaba también ensangrentado a consecuencia de un derrame.

Black se acercó a George con espasmos por la furia que sentía y los golpes recibidos.

Wild se colocó entre los dos y miró a su jefe.

—Yo también voy a jurarte algo —masculló Black y escupió sangre—. Te destruiré antes de que puedas tocarme, y el dolor será tan insoportable que desearás no haber nacido. Yo también te lo juro por Dios —sentenció y esputó de nuevo. Exhalaba tanto odio, rencor y furia, que no lo mató en aquel instante porque Wild estaba en medio.

Pero podía esperar, lo prefería; le haría sufrir y, al final, cuando se confiara, le daría la estocada final.

Le dedicó una última mirada antes de subir las escaleras ayudándose de la barandilla. Trastabilló con algún escalón hasta alcanzar su habitación y cerró la puerta.

Wild se giró hacia George con desesperación.

—Tienes que marcharte. ¡Tienes que marcharte ahora! Coge tus cosas y lárgate o no pasarás de esta noche —le ordenó.

Hunter soltó a George al verle más calmado.

—¡Hazlo ahora! —le apremió Wild con ansia.

Subió rápido para recoger sus cosas. Cogió su bolsa, metió su ropa, el dinero ahorrado y el pañuelo de su madre, y salió a toda prisa de su cuarto.

—Nosotros tendremos vigilado a Black, pero ahora, ¡lárgate! —dijo Wild y lo empujó hacia la puerta.

—Ve con cuidado y estate alerta —le aconsejó Hunter con una mirada de preocupación.

George asintió y les agradeció a los dos su apoyo y su ayuda antes de marcharse para internarse en la oscuridad de la noche.

Wild y Hunter se miraron con el convencimiento de que la línea ya se había cruzado y de que no había vuelta atrás. Black había matado por mucho menos. Los dos sabían que lo perseguiría y acabaría con él, aunque fuese lo último que hiciera. Lo habían comprobado más veces y en todas las ocasiones el triunfador había sido él; destrozando física y emocionalmente a la otra persona.

Además, lo más terrorífico de Black no era su fuerza, ni su inteligencia, ni siquiera sus habilidades…, lo más terrible de él era su frialdad. Esa que le permitía esperar, y esperar, hasta que llegaba el momento oportuno, sin que su odio hubiera mermado lo más mínimo, manteniendo su ansia de venganza intacta, hasta poder satisfacer su deseo de acabar con su adversario.

Aquel anhelo era lo que, ahora, ellos dos debían mantener alejado o, si no, no cabría esperanza para él.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 17
Momentos de paz

Se observó la mano antes de llamar. Tenía los nudillos en carne viva por los golpes que le había dado a Black y sentía pinchazos en cada uno de los huesecillos de los dedos. No se la había roto de milagro. Le había golpeado con tanta fuerza que si no hubiera apretado el puño lo suficiente se la habría destrozado.

Llamó a la puerta y escondió rápidamente la mano derecha en su espalda.

El señor Anderson abrió y se quedó sorprendido de verlo allí a esas horas.

—George, ¿qué haces por aquí? ¿Va todo bien?

—Sí… —vaciló un instante sintiendo verdadera vergüenza por tener que mendigar un sitio para dormir, pero no conocía a nadie, o más bien… no confiaba en nadie más—. ¿Podría quedarme esta noche aquí? —pidió con reservas.

El señor Anderson lo observó con aquella fraternal expresión que siempre utilizaba con él.

—Claro que sí, pasa —dijo apoyando la mano en su hombro para hacerle entrar.

Cuando cruzó por su lado, vio la mano escondida en su espalda y se percató de las heridas que tenía. No dijo nada y cerró la puerta.

Emily salió de dentro al escuchar a su padre y su adorable sonrisa se amplió al ver a George.

—¡Hola! Ahora íbamos a cenar —indicó y rápidamente buscó otro plato para ponerlo en la mesa.

Intentó cenar con la mano izquierda para mantener oculta la derecha, pero fue imposible. La sopa se deslizaba por la cuchara sin llegar a probar un sorbo. Al final tuvo que rendirse, las opciones eran: o no cenar o mostrar la mano… Y tenía mucha hambre.

Al cambiarse la cuchara de mano, mostró los nudillos destrozados.

Emily y su padre dejaron de comer, con la vista clavada en la mano, pero ninguno de los dos dijo nada y continuaron con la cena, demostrando ambos aquella discreción que los caracterizaba.



—Déjame que te cure la mano —le pidió Emily a la mañana siguiente cuando su padre ya se había marchado al taller.

—Es más de lo que parece, de verdad. Apenas me duele —contestó George que se irguió con una expresión altiva.

Emily lo miró con la cabeza ladeada.

—No te voy a preguntar cómo te lo has hecho porque lo sé perfectamente. He visto esas mismas marcas en peleas aquí, en el barrio —dijo mientras se sentaba a su lado y le acercaba un paño húmedo.

Fijó la atención en las heridas y las limpió con mucho cuidado.

—Tienes que dejar de hacer esto —le imploró Emily en un hilo de voz —. Por favor —le suplicó—. Tú no eres así, no dejes que te provoquen. No quiero que te pase nada.

George vio la inquietud en sus ojos y bajó el rostro, avergonzado.

—Tienes razón, no volveré a meterme en problemas, te lo prometo.

Aquella promesa relajó a Emily que continuó con la cura.

—¿Iremos esta tarde a la feria? —preguntó el muchacho con un ánimo renovado.

Emily sonrió y asintió.

Pasadas las cuatro de la tarde, Emily salió de su cuarto arreglada y lista para la feria.

George la observó y sintió que el mundo se detenía a su alrededor: llevaba un vestido blanco con un estampado de florecillas rojas bordadas y el pelo sujeto con un semirrecogido adornado con unas flores blancas a conjunto con el traje.

¡Madre mía!… Su pulso se aceleró de tal manera que solo pensaba en la posibilidad de ignorar por completo la feria y quedarse allí con ella, sin salir, contemplándola.

—¿Qué te parece? —preguntó ella al ver que no decía nada y al hacerlo se ruborizó tanto que su piel destacó por encima del blanco del vestido.

—Estás preciosa —murmuró George sin dejar de recorrerla con los ojos.

Emily sintió un escalofrío como siempre que él usaba aquel sugerente tono con ella.

La feria estaba repartida entre una plaza y una calle ancha que desembocaba en la anterior. Durante su paseo, vieron al señor Anderson que se había marchado aquella mañana temprano para preparar su propio puesto donde poder vender algún juguete para niños.

Le saludaron rápidamente y se dirigieron hacia la plaza.

George observó los tenderetes y la gente que pasaba por allí y recordó el trabajito que habían hecho en aquel mismo lugar el año anterior. Qué diferente se veía todo desde el otro lado. Desde el que se disfrutaba y se era feliz. Ahora él estaba en aquella parte, en lugar de escondido, vigilante, con intención de robar.

En un rincón empezó a sonar una alegre música y varias parejas se dirigieron allí.

—Me encanta este baile —exclamó Emily.

—No sé cómo se baila esto —dijo George mientras observaba cómo las parejas hacían unos movimientos rápidos con los pies.

—Da igual, si no quieres bailar podemos hacer otra cosa.

De repente, un joven se acercó a ellos. Moreno, alto, de unos veinte años, que, sin ningún pudor, se aproximó a Emily.

—¡Emily!

—Jack, hola.

—Estás muy guapa. La muchacha más bonita de la feria.

Emily bajó la mirada mientras George alzaba una ceja y observaba a aquel desconocido. Dio un paso al frente con la mano extendida.

—Soy George —saludó mostrando una sonrisa de medio lado.

El joven lo miró y se percató en aquel momento de su presencia. Lo saludó con un escueto movimiento de cabeza, sin dirigirle ni media palabra, ignorando su mano y volviendo su atención de nuevo hacia Emily.

—¿Te apetece bailar? —preguntó y le ofreció su mano.

Emily titubeó.

—Vamos, anímate. ¿Recuerdas lo bien que lo pasamos el año pasado? —insistió el joven.

A George se le empezó a atragantar toda la comida de aquel día y sintió un ardor en el estómago que iba en aumento por segundos.

En aquel instante otros tres jóvenes aparecieron, se acercaron a ellos y acapararon la atención de la muchacha.

George observaba atónito. ¿De dónde habían salido todos estos tipos? La comida no fue lo único que empezó a atragantársele. Rodearon a Emily y le propusieron todos a la vez que bailase con ellos. George se quedó relegado a segunda fila como espectador de aquella lamentable puesta en escena.

Nunca había tenido celos hasta ahora, y no sabía lo que se debía sentir, aunque intuía que pudiera ser aquella sensación de opresión que notaba en el pecho y las ganas de alejar a aquellos tipejos a guantazo limpio. Empezaba a comprender la angustia de Wild cada vez que Caroline se marchaba con otro.

Emily pasó la mirada de uno a otro, aturullada por tanta insistencia, mientras buscaba con disimulo a George sin poder verlo con aquellos chicos tan cerca.

La paciencia de George se agotó del todo cuando uno de ellos la cogió de la mano para llevársela a bailar.

—Muy bien, ¡ya es suficiente! —exclamó molesto y apartó a dos jóvenes para hacerse sitio en el centro de aquel exasperante grupo.

Era más alto que ellos, lo que le otorgó una gran seguridad a pesar de ser cuatro contra uno.

Separó al joven que aún le sujetaba la mano y se la agarró él mismo, luego miró a los cuatro fijamente y mostró una actitud posesiva que le surgió sin darse cuenta.

—La señorita tiene comprometidos todos los bailes de los próximos cincuenta años. Ya puede correr el aire por aquí —espetó con una expresión altiva.

Los jóvenes se miraron entre ellos, con deseos de responderle, pero intimidados por su aspecto. Sin embargo, uno de ellos dio un paso al frente, el que se había presentado como Jack.

—¿Sois pareja? ¿Tenéis una relación, un compromiso? Porque si no es tu novia, no tienes ningún derecho a tener esta actitud —indicó.

George vaciló un instante. «¿Mi novia?». En aquel momento se dio cuenta de que no le había propuesto nada formal en aquel tiempo, ni se había sincerado sobre sus sentimientos. A pesar de ello, se arriesgó con la respuesta.

—Sí, lo es —contestó, y notó cómo la mano de Emily se tensaba dentro de la suya. Esperaba que aquello no le molestara, estaba actuando sin medir

mucho lo que decía. Solo quería que aquellos tipos se largaran de allí.

El joven se rascó la barbilla, sin quitarle ojo de encima. Al cabo de unos segundos se encogió de hombros y miró a la muchacha.

—Emily, me he alegrado mucho de verte. Si te apetece bailar en algún momento, estaré por aquí.

Y dicho esto se despidió y se alejó para no alargar más aquella embarazosa situación. Acto seguido los otros tres imitaron su actitud y el grupo se dispersó para satisfacción de George.

Aún mantenía la sonrisa orgullosa cuando se dio cuenta de que todavía sujetaba la mano de Emily y que acababa de declarar en voz alta que era su novia. El deseo de ser engullido por la tierra y no salir jamás, apareció de golpe.

Se aclaró la garganta antes de girarse hacia ella. Vio que tenía la vista fija en el suelo, sin levantar el rostro. ¿Se había enfadado? A lo mejor se había enojado por aquella descarada declaración.

—Emily, perdona si algo te ha molestado…

—¿Lo has dicho en serio? —preguntó con un ligero temblor en la voz sin atreverse a mirarlo.

Era el momento de dejar las cosas claras, se acabaron las evasivas y las indirectas.

—Sí, lo he dicho en serio. Pero si no quieres…

—Está bien —le interrumpió con la misma agitación en la voz.

¿Había aceptado su propuesta? El corazón de George dio un vuelco tan inmenso que creyó que se le saldría por la boca.

Empezó a reír, lo que provocó que Emily levantara el rostro.

—¡Vamos a bailar! —exclamó George y tiró de su mano.

Jamás había bailado en serio. Aparte de unos desastrosos movimientos estando borracho, nunca le habían enseñado los pasos de ningún baile. Los había visto desde fuera, pero nunca había participado, ya que, normalmente, durante aquellos años había estado ocupado robando a los bailarines o a los espectadores.

Emily le enseñó en un momento como poner las manos, los pies, en qué instante girar y en cuál otro acercarse.

Aquello resultó muchísimo más divertido de lo que esperaba. Y el caso es que no se le daba mal. Pero lo mejor, con diferencia, era poder sentirla más cerca. Pasar las manos por su cintura, por su espalda y notar la piel de sus brazos. Era lo más excitante que había vivido en meses.

Emily reía con una intensidad contagiosa, sin poder apartar la mirada de él y sin poder olvidar la declaración que había hecho unos minutos antes. Estaba tan pletórica que solo deseaba estar cerca de él ahora que conocía sus sentimientos. Todas las inseguridades habían desaparecido desde que había sido sincero.

—No tenía ni idea de que bailar fuera tan divertido. Si lo llego a saber empiezo antes —dijo con una carcajada.

Aquella tarde se pasó más rápido de lo deseado. Volvieron a casa muy cansados y con un ligero malestar en los pies. Lo habían bailado todo, absolutamente todo lo que había sonado en aquella plaza, y el cansancio comenzaba a hacerse notar.

—Ha sido una tarde increíble. Mañana tenemos que repetirlo —declaró George entre risas.

Entraron en casa y vieron que el señor Anderson todavía no había llegado.

—¿Quieres cenar algo? —preguntó Emily.

—Uy, no. Creo que he probado todas las pastas que me han ofrecido.

La muchacha sonrió divertida.

—Pues… me iré a dormir ya —dijo.

George comprobó que se quedaba quieta en mitad de la sala sin mirarlo.

—¿Va todo bien? —preguntó mientras se acercaba a ella.

Emily asintió pero mantuvo la mirada baja.

George se percató de que la respiración de ella estaba agitada. Se acercó un poco más.

—¿Estás bien?

Emily levantó los ojos hacia él y sin darse cuenta se mordió el labio. Un gesto que a George no le pasó desapercibido y que hizo que toda su atención se centrara en sus labios. Aquellos que hacía semanas que anhelaba.

Se obligó a controlarse y a desviar la vista de su mayor deseo, pero ella se acercó tanto que casi no pasaba aire entre los dos.

George volvió a mirarla. Aquella cercanía no ayudaba nada a su autocontrol, que empezaba a desmoronarse. Deseaba tanto besarla que no se veía capaz de dominarse estando tan cerca. Dio un paso atrás, pero Emily dio otro hacia adelante, lo que eliminó de nuevo la distancia entre ambos.

La expresión de George se hizo apremiante. ¿Por qué no se apartaba? Si no quería nada, era mejor que se apartase o iba a besarla, lo tenía claro; si se

mantenía ahí, iba a hacerlo. Ya no aguantaba más.

Por su parte, Emily no se movía y aunque lo miraba con cautela y nerviosismo, ahí seguía, sin dar un paso atrás.

Aquello era demasiado para su dominio y no sabía qué hacer. No estaba seguro de lo que ella quería en realidad. No quería molestarla, pero seguía allí inmóvil frente a él.

Decidió arriesgarse con cuidado. Se inclinó despacio, muy lentamente, para que le diera tiempo a apartarse si quería. Pero no lo hizo, solo alzó más el rostro, pidiéndole en silencio, con la mirada, que no se detuviera.

George apartó el pelo de su hombro, pasó con suavidad la mano por su mejilla y se acercó a su rostro.

Ella seguía sin moverse ni un centímetro y el joven creyó que iba a morir de ansiedad.

Continuó el descenso hasta que pudo percibir su aliento, y ahí supo que no había vuelta atrás. Rozó sus labios mientras ella suspiraba, y la besó, de manera dulce, sin prisas, recorriéndolos en una leve caricia.

Y con aquel delicado beso, George fue como si besara por primera vez, como si todo su cuerpo se estremeciera por primera vez. Nada, hasta ahora, era comparable a lo que estaba sintiendo en aquel momento. Toda su piel tembló al sentir aquel roce, borrando cualquier recuerdo que pudiera tener de otras mujeres. Solo existía ella, solo la deseaba a ella, solo quería estar con ella, no había nadie más.

Se separaron respirando ambos agitadamente. George la contempló, vio que mantenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Era increíble que un beso tan tierno, tan suave, le hubiera despertado tantas sensaciones juntas.

Emily abrió los ojos con una sonrisa tan maravillosa que George pensó que las piernas le fallarían y caería desplomado.

Le volvió a acariciar la mejilla con ternura y ella apoyó más el rostro sobre su mano.

Se quedaron en silencio, solo mirándose, hasta que Emily le sujetó la mano para acercársela a los labios y besársela. Aquello hizo que George soltara un grave suspiro.

—Debería irme a la cama antes de que llegue mi padre —indicó, aunque era incapaz de separarse de él.

George no contestó, no quería que se alejara, a pesar de saber que debía hacerlo. Lo único que deseaba era dormir a su lado, abrazarla, sin hacer

nada más, solo sintiéndola cerca. Acariciarle el pelo hasta que se quedara dormida y notar cómo su respiración se entremezclaba con la suya.

Después de aquel beso, supo que no podría separarse de ella, jamás.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 18

Sentir, amar

George se despertó agitado. Había soñado toda la noche con el beso y con sus labios, rememorando una y otra vez su contacto y su sabor.

Se incorporó en el sofá y miró hacia la puerta que daba a las habitaciones. Su pulso se aceleró solo de pensar que estaba ahí mismo, a pocos metros de él, durmiendo.

Tenía curiosidad por ver su reacción aquella mañana. Esperaba que no se arrepintiese de nada, porque él estaba deseando verla y poder besarla de nuevo.

El reloj marcó las siete y decidió levantarse y asearse para estar presentable para cuando ella saliera. Se observó en un pequeño espejo de la pared para peinarse. Podía notar sus latidos más allá del pecho y la camisa. Cualquiera que le viera diría que el beso de la noche anterior había sido el primero. Estaba igual de inquieto que la primera vez que se acostó con Rosemary. En ese momento se sentía como aquel mismo chico de dieciséis años inseguro y nervioso.

Una vez arreglado, se paseó ansioso por la sala, sin saber qué hacer para matar el tiempo hasta que ella apareciera. Su vista se fijó en el cubo de agua y en los fogones de la cocina. Cogió el recipiente y se fue a la fuente para recoger agua y que no tuviera que hacerlo ella. Después salió de nuevo para hacer algunas compras y regresó al poco tiempo.

Eran casi las ocho cuando el señor Anderson apareció por la sala. Se sorprendió al olfatear un delicioso aroma y al ver a George en la cocina.

—Buenos días —saludó a la vez que se acercaba a él y al oloroso desayuno que estaba preparando.

—Buenos días —le respondió George con satisfacción al ver que se relamía.

—Esto huele de maravilla, no sabía que cocinabas.

—Me enseñaron hace tiempo. Son patatas con salchichas y champiñones. También he comprado conejo para hacer un guiso para la comida.

El señor Anderson lo observó realmente asombrado y al momento sonrió.

—Seguro que a Emily le encantará —aseguró con un guiño cómplice.

George agachó el rostro con una sonrisa.

—Eso espero —murmuró.

A los pocos minutos, la chica apareció también por la sala. El olor de la comida la había despertado y se sorprendió al ver el despliegue de la cocina.

George se giró hacia ella y los dos se contemplaron durante unos segundos. Ella le sonrió y aquello confirmó al muchacho que lo de la noche anterior había sido igual de especial para la joven.

Después del desayuno, su padre se preparó para marcharse a trabajar.

—Si quieres, puedes venir conmigo y te enseño el oficio.

George miró con disimulo a Emily, que cogía un trozo de patata.

—Iré dentro de un rato, quiero recoger la cocina. Ya que he ensuciado yo, lo mínimo es recoger.

—De acuerdo, allí te espero —respondió y se despidió de su hija con un beso en la frente, como de costumbre.

Al verlo salir, George volcó toda su atención hacia ella.

—¿Te ha gustado el desayuno?

—Estaba delicioso —dijo con una hermosa sonrisa y limpiándose los labios con una servilleta.

Aquel gesto hizo que George se fijara de nuevo en su boca y volviera a sentir el ansia de besarla.

Emily se levantó para empezar a recoger los platos, pero él se adelantó.

—Déjame a mí, ya lo hago yo —se ofreció levantándose a su vez. Se acercó y le quitó el plato de la mano.

Aquel movimiento lo colocó tan cerca de ella que podía rozar su vestido. Se quedó quieto, sin moverse y ella no hizo ningún ademán para apartarse. George se humedeció los labios de manera instintiva sin dejar de mirarla.

—Fue muy especial lo de anoche —consiguió decir.

—También para mí —contestó ella con cierto rubor.

George le sujetó la barbilla y levantó su rostro para que le mirara. Emily se quedó inmóvil. Desde que la había besado la noche anterior estaba

deseando que volviera a hacerlo.

Él acarició su mejilla y, al ver que ella no oponía ninguna resistencia, volvió a besarla, primero solo un roce, suave y tierno, pero luego decidió arriesgarse y abrir más la boca para besarla con mayor intensidad.

Emily dejó escapar un suave gemido que a George le pareció delicioso. Continuó besándola sin verse capaz de parar; aumentó, poco a poco, la profundidad del beso, ya que ella le correspondía. Se dio cuenta de cómo su propia fuerza de voluntad disminuía.

Ella le rodeó el cuello con la mano y aquello fue demasiado para él. Sin pensar lo que hacía, acercó su cuerpo más al de ella, que seguía apoyada en la mesa con la respiración entrecortada. Aquel beso lo estaba volviendo completamente loco. Continuó recorriendo sus labios, aprisionándolos entre los suyos, mientras ella soltaba suspiros cada vez que su lengua la rozaba.

En un instante de lucidez fue consciente de lo excitado que estaba y se obligó a parar. Estaba a un solo paso de perder el control. Se apartó solo unos centímetros de ella, lo justo para poder respirar. Emily abrió los ojos y aspiró profundamente; tenía las mejillas ardiendo.

Separarse de ella en aquel momento era lo más duro, con diferencia, que había tenido que hacer en sus dieciocho años de vida. Su mente le decía que se apartara más, pero su cuerpo no le obedecía, solo quería besarla durante horas, acariciarla y hacerle el amor hasta perder el sentido… Cerró los ojos en un intento de borrar aquellos placenteros pensamientos.

Volvió a acariciarle la mejilla y ella le dedicó esa sonrisa que le fascinaba, sin moverse y sin dejar de mirarle.

Si supiera todo lo que estaba pensando y deseando, seguro que no se hubiera quedado tan quieta y cerca de él. Debía controlarse, debía dominar el deseo que sentía porque se arriesgaba a alejarla, y aquello no lo soportaría. Podía esperar, por ella lo haría el tiempo que fuera necesario, todo lo que ella quisiera.



Los siguientes días, George se impuso la rutina de ir cada mañana al taller del señor Anderson. Esto le permitía aprender el oficio y, además, tener sus impulsos bajo llave al no quedarse a solas tanto rato con Emily, a pesar de que era lo que más deseaba del mundo.

Cada vez que se cruzaban miradas ella soltaba un disimulado suspiro que le enloquecía y le provocaba una enorme alteración en cuestión de segundos.

A diario, ella se acercaba a él de manera discreta cuando tenían un momento de intimidad, sin atreverse a rozarle, pero lo justo para demostrarle que quería que volviera a besarla. Y George lo hacía en cualquier rincón que encontraban hasta que sus límites se lo permitían, y entonces se apartaba con un terrible dolor en su cuerpo frustrado.

Así pasaron esos días, con intensos besos a escondidas y un deseo atroz que lo consumía por dentro. No sabía cuánto más podría controlarse. Soñaba con Emily cada noche, con cómo sería acariciar su piel desnuda y hacerla disfrutar durante horas. No podía pensar en nada más. Notaba el deseo de ella al ver que sus besos eran cada vez más apremiantes con el paso de los días, y aquello le dificultaba más su propio dominio. Pero a pesar de ello, estaba seguro de que no quería dejarse llevar del todo y debía respetarla hasta que ella no le indicara de forma clara que quería ir un paso más adelante.



Emily pasó los ojos por su reflejo en el espejo. Aún llevaba el camisón, y su mirada recorrió su perfil.

Su mente la traicionó al imaginar a George abrazándola por detrás y besándola. Aquello le provocó tal sobresalto que soltó una exclamación y escondió el rostro entre sus manos, avergonzada.

No debía pensar en esas cosas, se dijo con voz temblorosa, y, sofocada, notó que le faltaba la respiración.

Se sentó en la cama inquieta y desconcertada, jamás se había sentido así. Sabía que no era correcto fantasear con estas cosas, lo sabía, siempre se lo habían dicho. Pero, a pesar de saberlo, a pesar de decírselo a sí misma, no podía evitarlo, y aquello le producía más sonrojo.

Durante aquellos días, cuando estaba distraída, se descubría soñando con él, si estaría pensando también en ella, lo que esperaba del futuro, si ambos querrían lo mismo. No obstante, lo que sí tenía claro es que quería estar cerca de él a todas horas. Cada vez que George la besaba con aquella ternura y a la vez con aquel ímpetu, notaba una sensación desconocida en su cuerpo que le impedía alejarse.

Soltó un sonoro suspiro. Era tan tierno, tan dulce, tan cariñoso y tan atento que no se sentía capaz de separarse de él. Se ruborizó tanto que notó un calor que se extendió hasta las orejas. Volvió a taparse el rostro con una risita nerviosa.

Aún se sorprendía de que él sintiera algo por ella. Se le veía tan seguro de sí mismo…; además, las muchachas lo miraban por la calle, se había percatado de ello. En cambio, ella era tan tímida que muchas veces se creía poca cosa al lado del resto de mujeres. Pero él la había elegido a ella, y no podía ser más feliz.

Se dejó caer en la cama, se cubrió con la sábana hasta esconder el rostro y empezó a reír.

Quería estar junto a él, y ese sentimiento aumentaba con más fuerza cada día que pasaba.

Había comprobado con cada gesto, con cada palabra y con cada beso suyo que la respetaba. Nunca hacía nada que la pudiera molestar y se controlaba hasta el extremo para no incomodarla. Todo aquello era lo que más la enamoraba y lo que hacía que creciera su amor día a día.

Lo quería tanto y él la correspondía, y eso era lo único importante para ella. Lo que la hacía realmente feliz. Y, a pesar de la timidez, de los nervios, e incluso de la turbación que sentía, sabía que deseaba estar con él hasta el final.



Una mañana, el señor Anderson les anunció que tenía que ir hasta el barrio de Mayfair para hacer un trato con un proveedor y que seguramente tardaría horas en volver.

Aquella información produjo la misma reacción en ambos: un ligero temblor y acaloramiento, además de una expresión hermética para no mostrar ninguna emoción. Contestaron casi al unísono: «De acuerdo».

—Dejad la puerta de casa abierta —indicó el padre de la joven con una ceja levantada mientras los miraba.

Los dos asintieron con toda la convicción posible.

Cuando se hubo marchado, se quedaron en silencio y se miraron, sin atreverse a moverse. Los días anteriores apenas habían estado unos minutos a solas. Pero aquel día era diferente…, iban a ser varias horas.

George supo al instante que no lo soportaría. No podía estar con ella a solas sabiendo que disponía de tantísimo tiempo. Se obligó a pensar algo para mantenerse alejado lo suficiente.

—Será mejor que vaya al taller para practicar algunas de las técnicas que me enseñó tu padre.

Emily dio un paso al frente.

—No quiero que te marches —le dijo con un leve temblor de los labios.

Él trató de mantenerse firme.

—Es lo mejor, de verdad, créeme —contestó con dulzura.

—Pero no quiero que estés toda la mañana fuera —soltó ella casi sin pensar.

George desvió la vista.

—Emily, te aseguro que es lo más adecuado…

Ella se acercó más.

—Yo… —dijo con un titubeo—, quiero que estés aquí… conmigo —murmuró nerviosa.

George la contempló, no sabía si ella era realmente consciente de lo que implicaba lo que estaba diciendo y la invitación implícita que le estaba haciendo. Decidió no pensar más. Cerró la puerta de casa y se acercó a ella. La observó fijamente durante unos instantes y se maravilló una vez más de lo hermosa que era. Bajó el rostro, la besó con calma, sin prisas… Hoy tenían todo el tiempo del mundo.

Continuó besándola sin detenerse y notó cómo su cuerpo se tensaba. La obligó a moverse, de manera pausada, y la apoyó con delicadeza contra una pared, pendiente de cada una de sus reacciones, preparado para detenerse en cuanto ella lo dijera. Si algo tenía claro era que ella llevaría el ritmo. No iba a dar un solo paso sin saber con exactitud que lo deseaba. Y si percibía algún tipo de duda, pararía al instante.

Con mucha cautela, le besó las mejillas con dulzura, hasta bajar muy lentamente por su cuello. Se detuvo inquieto, a la espera de alguna respuesta, pero lo único que percibió fue un suspiro. Se aventuró con la misma suavidad a seguir bajando; tenía su escote frente a él.

De repente, se puso rígido y decidió apartarse unos centímetros.

—Emily, ¿quieres que pare? —le susurró—. Si quieres que pare, dímelo, no pasa nada.

Emily dudó, sin saber qué contestar.

George alzó el rostro, observó sus pómulos encendidos y volvió a besarla con dulzura en los labios.

—No tenemos que hacer nada —le dijo para tranquilizarla—. Solo lo que tú quieras, nada más. Tú eres lo único que me importa.

Al escucharle, Emily dejó escapar el aire retenido, con una emoción tan intensa que creía que el corazón se le iba a salir del pecho. Sonrió, estaba más relajada. Alzó la mano para acariciarle el rostro, pasó los dedos por su mejilla y su mentón.

George cerró los ojos ante aquella suave caricia que le daba la vida.

—Quiero estar contigo —contestó ella bajito, muy bajito por los nervios, y le mostró una tierna expresión.

George pasó la mano por su pelo y entrelazó sus mechones entre sus dedos. Era tan dulce, tan vulnerable, que lo único que deseaba era amarla despacio, con calma; apreciar en cada instante lo que ella estaba sintiendo.

La cogió en brazos y la llevó hacia la habitación. Siguió percibiendo un leve temblor en ella a medida que entraban. La dejó con mucho cuidado en la cama, la contempló y la besó.

—Cualquier cosa que necesites, dímelo, ¿vale?

Emily asintió, con una mezcla de nerviosismo y expectación, sin saber qué iba a pasar ni qué debía esperar.

George volvió a besarla en el cuello, recorrió su piel sin prisas, al tanto de la respuesta de ella.

La respiración de Emily se hizo más agitada; cerró los ojos al notarlo, sin atreverse a moverse, mientras sentía las manos de él atravesando su cintura.

George le bajó el tirante del vestido para besarla en el hombro; recorrió el camino de vuelta al cuello cubriéndola de besos. Sus manos abandonaron su cintura y rozaron levemente sus piernas, por encima del vestido, solo un roce, y comprobó que Emily soltaba otro suspiro. Se aventuró y le levantó la falda, con suaves caricias, primero en los tobillos para ir subiendo con lentitud sin dejar de mirarla para ver su expresión. Ella se mantenía con los ojos cerrados, aunque abría sutilmente la boca para conseguir un poco de aire.

George siguió el camino y subió más, hasta sus muslos. Tenía la piel tan suave que le ardían los dedos al acariciarla. Se movió por el interior hasta llegar a su intimidad, Emily abrió los ojos y soltó una exhalación. Él paró al instante y apartó un poco la mano, a la espera.

Emily esbozó una sonrisa nerviosa y George dejó escapar el aire, aliviado. Reanudó las caricias al ver que ella volvía a cerrar los ojos y que apretaba las sábanas entre sus dedos a medida que continuaba. Soltó un sutil gemido y George se inclinó para besarla sin dejar de acariciarla, notando cómo su cuerpo temblaba con cada uno de sus roces.

Finalmente, Emily dejó salir todo su aliento en un soplo profundo, con un tenue jadeo, y George pudo sentir cómo se estremecía bajo de él. Ella abrió los ojos y se quedó mirándolo. Él sonrió y la besó mientras la joven le rodeaba el cuello en un abrazo para mostrarle lo especial que había sido.

George le apartó un mechón de la frente. El hecho de pensar que era el primer hombre que la tocaba así hizo que su propio deseo explotara dentro de él. Se aclaró la garganta y se obligó a controlar su cuerpo y su propia excitación.

—¿Quieres seguir? —le preguntó en un tono bajito ante su rostro sofocado.

Asintió.

Él aspiró profundamente. Pasó la mano por su espalda e hizo que ella se incorporara un poco, lo justo para alcanzar los cierres del vestido. Los desabrochó uno a uno, con gran habilidad, y deslizó la tela con cuidado por sus hombros; sus pechos quedaron así al descubierto. George dejó escapar un gemido al contemplarla. ¡Era tan perfecta!

Emily bajó la mirada avergonzada y se cubrió con los brazos; George le sujetó la barbilla para alzar su rostro.

—Eres preciosa —le susurró al oído, lo que provocó un estremecimiento en ella.

Le terminó de quitar el vestido y se deleitó con sus curvas y su piel blanca de porcelana.

—Dios…, eres lo más hermoso que he visto en mi vida… —afirmó George casi sin poder hablar.

Emily se ruborizó con una tímida sonrisa.

George se desnudó y se colocó con delicadeza sobre ella, y con mucho cuidado se adentró para no hacerle daño.

Emily soltó un leve quejido y George se incorporó de inmediato.

—¿Te duele? ¿Lo dejamos? —preguntó inquieto.

Emily se levantó un poco y lo besó.

—No, no me duele —murmuró atrayéndolo hacia ella para que continuara.

George retomó los movimientos, notaba que el cuerpo de ella se había relajado y que comenzaba a respirar más agitada. Continuó, aumentando poco a poco la velocidad, y pudo sentir un placer como jamás lo había hecho antes. Observaba, mientras se movía, el rostro de ella, cómo abría y cerraba los ojos y mantenía la boca semiabierta.

Estaba siendo tan intenso, tan especial, que lo que había imaginado no tenía comparación con lo que sentía. Su piel se erizaba con cada roce, con cada movimiento, con cada sonido que ella emitía por él.

—Emily… —pronunció con voz temblorosa.

Sus movimientos se hicieron más apremiantes a medida que su deseo y su placer le invadían, hasta que por fin soltó un grito que lo dejó sin aliento y se dejó caer agotado encima de ella.

Se esforzó por respirar mientras ella le acariciaba la espalda en un dulce abrazo. Había sido la experiencia más impresionante de su vida. Jamás lo había vivido así, con esa intensidad y a la vez con esa dulzura; y, al igual que cuando la besó, todas sus anteriores relaciones se borraron de su mente, como si aquella fuera su primera vez.

Ella se había convertido en la dueña de su corazón y de su cuerpo; solo la amaría a ella, nadie más existiría para él; lo sabía y lo sentía.

La abrazó y hundió su rostro en su pelo.

—Te quiero —susurró.

Emily se agitó y se incorporó para mirarlo.

George sonrió tímidamente.

—Estoy enamorado de ti desde el primer momento que te vi —dijo mientras acariciaba su rostro—. Te quiero como no he querido nunca a nadie.

—Yo también te quiero —respondió ella con una risilla nerviosa.

El joven la besó con dulzura, la abrazó y la apoyó en su pecho.

Después de unos segundos, se aclaró la garganta.

—Vayámonos.

—¿Qué?

—Vayámonos los tres, tu padre, tú y yo. Marchémonos de Londres, empecemos en otro sitio, los tres juntos —le pidió casi como una súplica.

Emily lo miró con devoción. Se hubiera ido con él hasta el fin del mundo.

—Hablaré con tu padre y se lo propondré —continuó George—. Tengo dinero ahorrado, podemos montar un taller en otra ciudad u otro pueblo. Yo

aprendería el oficio y estaríamos los tres juntos. Y…, si más adelante quieres…, yo… —tomó aire antes de continuar— querría casarme contigo.

Emily se tapó la boca ante aquella declaración.

—Sé que es un poco precipitado y que a lo mejor crees que somos muy jóvenes, pero nunca he tenido nada más claro.

—¡Sí! ¡Me casaré contigo! —exclamó tan emocionada que le costaba hablar.

—¿De verdad?

Ella asintió y empezó a reír de pura felicidad.

George volvió a besarla contagiado de su risa y con la convicción de que era imposible ser más feliz.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 19
Sentimientos eternos

Los ojos de George recorrieron una a una todas las pulseras de la tienda sin acabar de decidirse, hasta que al final divisó una que le llamó más la atención. Era una pieza de cuero rojo fino que unía unas flores plateadas. Le recordó al vestido que ella había llevado en la feria y al día que la besó por primera vez.

Sonrió mientras la señalaba con el dedo.

Salió de la tienda mirando la pulsera, esperaba que le gustase.

Aquel día iba a hacerle la proposición de marcharse de Londres al señor Anderson. Quería alejarse de la ciudad lo antes posible, abandonar para siempre su vida e irse con Emily y su padre para formar una familia lejos de allí, de todo lo sucio y oscuro que le rodeaba.

Hacía casi veinte días que había dejado la taberna y no había vuelto a tener contacto con ninguno de los tres. Era el momento de tomar la decisión.

Tomó el callejón que daba a la casa; deseaba darle la pulsera y ver su reacción. Seguro que soltaría un gritito de alegría, de esos que él adoraba, y le abrazaría con aquella ternura que lo volvía loco. Dejó escapar un suspiro. Sabía que sería feliz con ella toda la vida.

Continuó por la calle ampliando su sonrisa a medida que se acercaba.

—Georgi. —Un susurro, una palabra arrastrada en un tono sibilino, un rechinar de dientes.

Empezó a temblar y se giró hacia el callejón que tenía a la derecha. No vio a nadie. Era una calle muy estrecha, una galería con una cubierta en bóveda de piedra, como si fuera un túnel, en el que la luz del sol no podía dar un poco de claridad en su interior. Era oscura como la voz que había resonado dentro.

Unos pasos se acercaron lentamente.

—¿No vas a saludarme, Georgi?

Él no se movió ni contestó.

—¿Creías que no te encontraría?

George se mantuvo inmóvil, con los ojos fijos en la oscuridad de la galería, esperando.

—Conozco cada rincón de esta ciudad y tengo ojos en todas partes —continuó aquella voz que le horrorizaba—. Te fuiste sin despedirte, eso no está bien…

Los pasos cesaron sin que pudiera llegar a ver a nadie.

—Tengo un regalo para ti —prosiguió la voz con el mismo tono siniestro.

—¡George!

El tono agudo y suplicante destacó entre aquellas frías paredes. Reconoció la voz al instante y un pánico indescriptible le arrasó por dentro. Arrancó a correr y se internó en el callejón.

Se detuvo en seco al ver a Black, que tenía agarrada por la boca a Emily y que blandía un cuchillo. Aún tenía las marcas en la cara de la paliza que le había dado y apretaba el cuerpo de Emily contra el suyo sin ningún pudor. Ella empezó a llorar en sollozos ahogados por la mano que le sujetaba.

El rostro de George palideció, perdió cualquier atisbo de vida en su expresión. Se agitó aterrado y se acercó muy despacio.

—Black…, suéltala…, por favor, suéltala —suplicó.

El cabecilla sonrió con una amplia y satisfecha mueca.

—No.

George apretó el puño con rabia, pero sobre todo con pavor, con verdadero terror a que le hiciera algo.

—Black, te lo suplico, suéltala. Es conmigo con quien estás furioso, ella no tiene nada que ver.

—Sí que tiene que ver.

—No, ella es inocente, por favor, Black. Haré lo que quieras, todo lo que me pidas, pero suéltala.

Black soltó una risita y acercó su rostro al cuello de Emily.

—Huele tan bien… —susurró y pasó la lengua por su piel.

La ira consumió a George, que dio un salto hacia él, pero Black enseñó de nuevo su cuchillo antes de que le alcanzara.

—Como te vuelvas a mover, le atravieso el corazón —le amenazó mientras apoyaba la hoja bajo en el pecho de Emily.

George se detuvo totalmente desesperado.

—¿Qué quieres, Black? Dímelo y lo haré. Sea lo que sea, lo haré.

Este levantó el rostro como si pensara.

—Pues, sinceramente, no quiero nada. Solo he venido a cumplir un juramento que te hice. Ya sabes que soy hombre de palabra. No soporto la mentira, ¿te acuerdas, Georgi? ¿Cuántas veces hemos hablado de lo mismo? Y en cambio, tú decidiste mentirme, ocultarme cosas… ¡Oh! Eso no está bien… Nada bien. Te acogí en el grupo, te acepté como uno más, te enseñé todo lo que sabes… y tú, ¿me lo pagas así? No, no —pronunció chasqueando la lengua.

George se dejó caer de rodillas y bajó la cabeza mientras escuchaba los sollozos de Emily.

—Tienes razón, no he actuado bien —confesó y apoyó las manos en el suelo con la agonía atravesándole por dentro.

—Me gusta verte así, de rodillas, sumiso y obediente. Así es como deberías haberte quedado, en lugar de convertirte en un gallito de corral —contestó Black con desprecio.

—Es cierto, tienes razón y te lo compensaré, te lo prometo. Suéltala y volveré a trabajar para ti.

—No quiero que trabajes para mí. No confío en ti.

—Entonces, ¿qué quieres? —le preguntó con pura desesperación.

—Ya te lo he dicho: cumplir el juramento que te hice. Te prometí que te destruiría antes de que pudieras tocarme, y que el dolor sería tan insoportable que desearías no haber nacido, ¿lo recuerdas? —dijo como recitando una condena a muerte—. Y a eso he venido, a cumplirlo.

Emily seguía llorando, temblando como una hoja y mirando a George con el terror pintado en su hermoso rostro. George no sabía qué hacer, se mantenía de rodillas sin saber qué decir o cómo actuar para que no le hiciera daño. Se levantó con los brazos extendidos a ambos lados en señal de derrota.

—¿Quieres destruirme? De acuerdo, hazlo. No me moveré. Hazme lo que quieras.

Black volvió a reír de manera tan escandalosa que el eco de las paredes hizo que la risa sonara mucho más terrorífica.

—No lo estás entendiendo, ¿verdad? —siguió sin dejar de reír—. No quiero matarte, quiero destruirte. Hay cosas muchísimo más horribles que la muerte —murmuró volviendo su rostro de nuevo hacia Emily.

Y entonces George supo lo que iba a pasar, lo que había venido a hacer, y notó que todo su cuerpo se convulsionaba.

—Black, escúchame, si alguna vez hemos sido amigos, si alguna vez crees que hemos tenido alguna conexión, te ruego, te suplico, te pido con desesperación que la sueltes —imploró con la voz quebrada por el tormento de verla así.

El cabecilla entrecerró los ojos.

—¿Vas a llorar? —inquirió con una risita burlona—. ¿Dónde está el hombre que iba de líder del grupo? ¿El que se acostaba cada día con una mujer? ¿El que cuestionaba mis órdenes? ¿El que iba por libre sin dar cuentas a nadie? ¿Dónde está?

La respiración de George se hizo agonizante, era imposible razonar con él. No sabía qué más hacer, quería gritar, quería golpearlo, quería matarlo.

—Veo que esta chica te ha cambiado, y no me extraña con estos ojos y este cuerpo… Tal vez hasta yo cambiaría… —reconoció con sorna.

—Black…, por favor…

—¡Oh, cállate ya! Me estoy cansando de oírte suplicar, es demasiado penoso hasta para mí.

Agarró a Emily, la giró hacia él y la miró con lujuria.

—Pero mira que eres guapa. No sé qué te ha dado él, pero lo que yo te daría te gustaría más, te lo aseguro —añadió y después le lamió el cuello.

Emily intentó apartarse con un sollozo y un chillido.

George no pudo más, se lanzó hacia ellos todo lo rápido que pudo, con una ira que le inflamaba por dentro, que destruía su alma y su corazón. Estaba invadido por un odio desenfrenado que solo le arrastraba a acabar con él.

De repente, un grito agónico surgió de los labios de Emily y George se detuvo petrificado.

—Te dije que no te movieras —afirmó Black mientras sacaba el cuchillo del costado de Emily, goteando sangre.

—¡Noooo! —El alarido que dejó escapar George desgarró cualquier resquicio de cordura que pudiera quedarle.

—Una verdadera lástima, algo tan precioso y destruido por ti. Porque esto es culpa tuya, solo tuya —sentenció Black, que dejó caer el cuerpo de Emily.

George se acercó a ella y le sujetó la cabeza. La muchacha se movió imperceptiblemente mirándolo.

—Emily —la llamó y le acarició la frente.

Ella intentaba respirar abriendo la boca.

—Te pondrás bien, te lo prometo —sollozó mientras apretaba su herida, de la que no dejaba de manar sangre.

—Eres tan patético… —se burló Black mientras observaba con satisfacción su expresión descompuesta.

En aquel momento, unos pasos acelerados irrumpieron en el callejón.

—¡¡Black!! —La voz de Wild atravesó cada piedra de aquella bóveda.

El cabecilla se giró lo justo para ver cómo Wild le atravesaba el corazón, no una, sino varias veces. Su rostro se desfiguró en una mueca grotesca, mezcla de sorpresa y odio, a medida que notaba el frío metal entrando y saliendo de su pecho para arrebatarle la vida en un suspiro.

—Eres un monstruo… —murmuró Wild antes de apartarse y dejar que su cuerpo sin vida cayera al suelo.

Hunter llegó corriendo por detrás, sin aliento, y se quedó petrificado ante la situación.

George sujetaba el cuerpo de Emily, lo abrazaba, totalmente abstraído de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

—George… —susurró ella.

Él bajó la vista y se acercó más.

—Emily, te vas a poner bien. Vamos a llevarte a algún sitio y te curarán, ya lo verás —aseguró sin dejar de temblar.

—George… —volvió a decir—. Te quiero, solo a ti —susurró e intentó sonreír.

—Y yo a ti. Te voy a llevar a un doctor y todo saldrá bien —La levantó en brazos y vio que ella cerraba los ojos lentamente.

Se detuvo ante la placidez de su rostro.

—¿Emily?… ¡Emily! —la llamó y la abrazó más fuerte—. Emily, por favor, contéstame. ¡Por favor! No me dejes, quédate conmigo… ¡Emily!

Wild se echó las manos a la cabeza, horrorizado, mientras Hunter se giraba incapaz de ver aquello.

George hundió el rostro en su pelo y empezó a gritar. Un grito de muerte por ella, por él mismo. Un grito que hizo que su corazón se partiera en dos, que su pecho dejara de respirar, que su alma se resquebrajara en pedazos tan pequeños que supo que jamás volvería a recuperarla, con un profundo deseo de morir en aquel mismo instante.

«Te destruiré, y el dolor será tan insoportable que desearás no haber nacido». Recordó las palabras de Black, que seguían allí, y supo que lo había conseguido. Le había destruido, de la manera más desgarradora, hasta lo más profundo de su espíritu, matando cualquier resquicio de esperanza que pudiera albergar.

Se dejó caer sobre el cuerpo de ella y empezó a llorar de manera desconsolada. La abrazó con ansiedad y con unos lamentos y unos gritos tan atormentados que Wild sintió que se mareaba y Hunter no pudo aguantarse de pie.

Wild se acercó a él, apoyó una mano en su hombro e intentó consolar lo inconsolable, con la intención de recuperar algún pedazo de él.

—George, lo siento…, no pudimos llegar antes. Black nos mandó a la otra punta de la ciudad y cuando vimos que no se reunía con nosotros volvimos a la carrera, lo más rápido posible…, pero no hemos llegado a tiempo —aseguró con la voz quebrada.

George se mantenía agarrado a su cuerpo, llorando entre gemidos agónicos, sin escuchar nada de lo que sucedía junto a él, sin sentir nada más que el dolor que devoraba su cuerpo y su alma, como si todo lo demás hubiera desaparecido en aquel instante.

—Es culpa mía… Es culpa mía… —repetía sin cesar mientras sus lágrimas recorrían su rostro y besaba con devoción los labios de su amada.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 20
Desesperación

¿Qué puede esperar tu corazón cuando le arrebatan lo que le infundía vida? ¿Qué puede sentir cuando lo único que queda es un vacío inmenso que lo devora todo a su paso?

Su cabeza se negaba a aceptar lo que había sucedido. A pesar de sujetar su cuerpo sin vida, su mente le repetía que aquello no era real, que era un error. Seguro que en cualquier momento ella se movería y le abrazaría con ternura. Sí, eso es lo que iba a pasar.

Era imposible que ella se hubiera marchado. No podía ser que el universo y Dios permitieran que ella desapareciera. Debía seguir allí, repartiendo amor, felicidad y alegría, iluminándolo todo y amándolo a él.

Los minutos fueron pasando y George permanecía sin moverse, agarrado a su cuerpo, con el rostro sobre su pelo. No hacía más que mecerla dulcemente y apretarla contra su pecho. Había dejado de gritar, pero ahora el silencio que le embargaba era aún más espantoso, como si un perverso halo lo estuviera consumiendo poco a poco por dentro.

La atmósfera a su alrededor se había vuelto tan densa que costaba respirar.

Wild y Hunter lo observaban sin atreverse a mover un solo músculo.

De repente, George se movió, alzó la cabeza para mirarla y acarició sus mejillas. La mantuvo en su regazo y la rodeó con los brazos para protegerla. No sabía ya de qué, pero quería hacerlo. Se inclinó muy despacio y la besó en los labios, y con un susurro, solo para ella, le dijo «te quiero».

Sacó de su bolsillo la pulsera que le había comprado aquella mañana y se la puso en la muñeca.

—Espero que te guste —murmuró con dulzura—. Me recordó al vestido de la feria y a nuestro primer beso.

Wild y Hunter escucharon cómo le seguía hablando a aquel cuerpo inerte y se estremecieron, sin saber qué hacer para conseguir que se moviera de

allí.

George volvió a besarla en los labios, en las mejillas, en la frente… para recordar cada milímetro de su piel, de su olor, de su tacto.

Suavemente le apartó del rostro unos mechones solitarios y recordó cómo la había amado el día anterior y cómo se habían declarado un amor que debía durar para siempre. Tenía tan grabado en su alma aquel instante que su cuerpo empezó a abrasarle para que jamás pudiera olvidar lo que había sentido en aquel momento; un instante que ya era eterno para él.

Continuó recorriendo su pelo con los dedos, sin moverse del sitio, cuando de repente dijo con un tono tan lúgubre que parecía de un muerto en vida:

—Su padre… Hay que avisar a su padre.

Wild se agachó hacia él y lo agarró de los hombros.

—George, nosotros nos encargaremos, no te preocupes.

—No… Tengo que hacerlo yo.

La levantó en brazos, pero le temblaba tanto el cuerpo que tuvo miedo de que se le cayera.

Hunter se acercó.

—Déjame a mí. —Sujetó el cuerpo de Emily y lo acomodó en sus enormes brazos.

George la miró de nuevo, parecía que estaba dormida, que solo descansaba plácidamente. Estaba tan hermosa que era imposible que estuviera muerta, no podía ser. Algo tan bello no podía desaparecer así.

Se agachó y se apretó el pecho. No sabía si tendría el valor de enfrentarse a aquello. Aspiró tan profundamente que le dolieron las costillas. Debía hacerlo. Tomó la calle y bajó hasta la casa, seguido por Wild y Hunter. Sus pasos eran inseguros, se tambaleaba al andar. Hunter se quedó algo apartado mientras George llamaba a la puerta.

El señor Anderson abrió con su habitual expresión amable y el rostro se le desfiguró al ver al joven. Tenía toda la camisa llena de sangre.

—¡Santo cielo, George! ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

El muchacho lanzó un lamento cerrando los ojos. El señor Anderson vio su rostro y empezó a mirar a un lado y a otro con un deje de preocupación.

—¿Dónde está Emily? ¿Dónde está mi hija, George?

Este cayó de rodillas frente a él, reclamando un perdón que no merecía.

—Lo siento, no pude protegerla… No pude protegerla.

El padre de ella dio un par de pasos hacia atrás con un visible mareo.

—¡¿Dónde está mi hija?!… George, ¡¿dónde está?! ¡¿Qué ha pasado?! ¡Emily! —vociferó con tal desesperación que George se desplomó sujetándose el vientre y después apoyó la cabeza en el suelo.

—Lo siento… —susurró sin parar de llorar.

—No… —murmuró el señor Anderson negando varias veces con la cabeza—. No… no puede ser. ¡Emily! —volvió a gritar mientras se movía en todas las direcciones y miraba hacia cada rincón de la calle con la esperanza de verla aparecer.

Finalmente, se apoyó en la fachada de la casa con ambas manos, en un intento de controlar las náuseas que le invadían y volvió a gritar su nombre con tanta angustia que George sintió que desfallecía.

Hunter observó la escena con un nudo en la garganta tan terrible que apenas podía respirar, y sin el valor suficiente para acercarse. Por su parte, Wild se mantenía de espaldas con los brazos cruzados incapaz de contemplar aquello.

Los gritos fueron tan desgarradores que su demoledor lamento se escuchó en varias calles a la redonda y provocó que incluso las aves alzaran el vuelo y huyeran para alejarse de allí, de aquel inmenso y terrorífico dolor.



Aquella misma tarde, varios guardias se presentaron en el lugar del asesinato múltiple. Interrogaron al señor Anderson, quien explicó que su hija había sido asesinada por el mismo hombre que habían hallado apuñalado en el callejón, pero no dio más detalles. El asesino de su hija estaba muerto, no había nada más que se pudiera hacer, y no quería implicar a George ni que se convirtiera en posible sospechoso.

Su hija estaba muerta y su homicida asesinado, nunca la recuperaría, nunca volvería a verla, y lo último que deseaba era alargar aquella agónica investigación, que le recordaba continuamente el terrible final que había padecido su hija.

Lo que quería era cerrar aquella puerta para siempre e intentar lograr, a partir de ese momento, vivir o, más bien, sobrevivir, si es que aquello era posible con aquel despiadado sufrimiento que lo devastaba por dentro.

Un padre nunca debería enterrar a sus hijos.



Al día siguiente, George descubrió que el señor Anderson se había marchado de Londres. Había cogido el cuerpo de su hija y se había ido. No había dejado ninguna dirección ni lugar donde poder localizarlo.

George se encontró con la casa y el taller vacíos. Su dueño había recogido sus cosas y desaparecido para siempre.

Todo lo que le había importado, todo lo que le había hecho feliz, se había esfumado en un instante; se había quedado solo y totalmente desesperado.



Nada tenía sentido. Ya nada era importante. Había perdido todo lo que había sido especial en su vida, todo lo que había amado. Y no quería seguir viviendo sin ella. No podía seguir adelante sin Emily.

Los siguientes días deambuló por las calles sin saber dónde estaba, sin saber a dónde iba. Apenas comía y su única compañía era una botella de vino, que le permitía ofuscar la mente hasta el punto de olvidarse de todo, al menos durante un rato.

No quería ver ni relacionarse con nadie. Había conseguido echar de su lado a todos los que conocía, a excepción de Wild y Hunter, que se mantenían cerca e ignoraban sus duras palabras y sus desprecios.

Los días se solapaban unos con otros; pasaba las horas de sol intentando olvidar aquel sufrimiento con ayuda del alcohol, y soportaba las noches suplicando poder soñar con ella; sentirla cerca, aunque fuera en sueños.

Una de aquellas sombrías tardes, Wild y Hunter entraron en la taberna y vieron a George desplomado sobre la mesa, con una botella casi vacía en la mano. Era la misma estampa de los días anteriores.

Hunter lo cogió del brazo para incorporarlo.

—Vamos, George, levanta —le dijo con suavidad.

—Déjame en paz —murmuró y se soltó de su mano; luego se apoyó de nuevo en la mesa.

—Muchacho, llevas casi dos semanas bebiendo sin parar, tienes que terminar con esto —le pidió.

—¡Déjame en paz! —repitió subiendo el tono.

—George, por favor, haznos caso —intervino Wild, que lo sujetaba por el otro brazo.

El joven se levantó, se giró con rabia hacia ellos, visiblemente mareado y con la mirada turbia.

—¡Que me dejéis en paz! —gritó furioso.

Los dos se miraron impotentes, no era la primera vez que les gritaba en aquellos días y no sería la última.

—¡¿Alguna vez os he dicho yo algo cuando bebíais hasta caer desplomados?! —les inquirió—. Wild, ¡¿alguna vez te he dicho algo cuando bebías lloriqueando por Caroline?! ¡No! ¡Así que dejadme en paz de una maldita vez! —Agarró la botella y subió a trompicones la escalera, tropezando con varios escalones hasta llegar a su habitación.

Wild se pasó las manos por la cabeza.

—Se está autodestruyendo, Hunter. Si no actuamos, le va a pasar algo.

Hunter se apoyó en una silla y se tapó los ojos; estaba agotado, desesperado de no saber qué hacer para salvarle de su propia perdición.

Solo podían vigilarlo y ayudarlo si necesitaba algo. Pero si él no quería salvarse, no sabían cómo podrían conseguirlo.



Se arrodilló en el borde de la cama y hundió el rostro entre las ásperas sábanas; comenzó a llorar con el mismo desconsuelo que lo acompañaba cada minuto del día. Agarró con fuerza la botella con una mano y con la otra golpeó con furia el colchón.

Solo quería desaparecer, dejar de sentir aquel indescriptible dolor que lo atormentaba a diario, que no le dejaba respirar ni vivir. Solo quería acabar con aquello y no seguir sufriendo; terminar con todo y, tal vez, reunirse con ella. Estar juntos en un lugar mejor y poder ser felices.

Hubiera dado su vida por poder verla de nuevo, aunque fuera un instante. Poder verla y volverle a decir que la amaba, que siempre la amaría por mucho tiempo que pasase, y que le perdonase por no haberla protegido. Por no haber podido cumplir la promesa que le hizo.

Ella lo había significado todo para él, todo lo que era luz y bondad en el mundo. Había sido su amiga…, su amor…, su ángel. Y ahora que no estaba, nada tenía sentido, no quería vivir así. No se veía capaz de seguir adelante sin ella.

Todo, absolutamente todo, era culpa suya. Ella había muerto por su culpa. Le prometió que la protegería y no pudo cumplirlo, y ahora ella no

estaba, y él no podía estar sin aquel brillo que emanaba de sus ojos y de su sonrisa. No podía hacerlo y, además, no quería hacerlo.

Su corazón había latido por ella. Su espíritu había vivido por ella. Y ahora que se había marchado su corazón ya no palpitaba y su espíritu había muerto junto al suyo.

Estaba tan vacío por dentro que solo sentía dolor, ninguna emoción más.

Volvió a hundir el rostro entre las sábanas mientras imploraba a algún poder superior que lo liberara de aquella agonía, que le concediera el deseo de reunirse con ella y volver a recuperar aquel amor que había significado el centro de toda su existencia.

No había podido salvarla ni alejarla de toda la inmundicia que rodeaba su vida. Debería haberlo hecho, pero no lo hizo, no lo logró a tiempo y ahora estaba muerta. Y toda la culpa era suya. Por sus errores ella se había ido y ya jamás podría pedirle perdón.

—Emily… —susurró con un llanto desconsolado que le apresaba el pecho y le impedía respirar.

Lloró sin descanso durante horas, con la seguridad de que, por mucho que llorara o gritara, no conseguiría disminuir aquel atroz dolor que no le daba tregua. Apoyó el rostro en el colchón y recordó su sonrisa antes de quedarse dormido, con las lágrimas recorriendo su mejilla.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 21
Casualidades que sellan destinos

Julio de 1790

¿Cuánto había pasado? ¿Cuatro semanas? ¿Cinco? No lo sabía. Había perdido completamente la noción del tiempo. Cada día era igual que el anterior y se sentía igual de mal, así que para él las jornadas eran estáticas, como un bucle infinito en lo que lo único que hacía era respirar y beber.

Se sentó en un banco de piedra que daba a la ladera del río con una botella recién comprada sin empezar. Tenía la vista clavada en el hipnótico vaivén de los barcos que se desplazaban río arriba y abajo en busca de algo de pesca.

Dio un sorbo a la botella, pero se le revolvió el estómago y empezó a tener náuseas. Él nunca había bebido tanto. Ni siquiera en las juergas que durante aquellos años habían montado en la taberna. No había sido de los que acababan desplomados sobre las mesas sin sentido; al contrario, él era el que se mantenía en pie y controlaba la situación, el que solía subirlos a las habitaciones cuando llegaban a ese lamentable estado de embriaguez. Pero ahora estaba en el otro lado, en el de los que se rinden y no tienen nada que perder.

Hacía unos días que no veía a Wild y a Hunter, y no los culpaba, pues suficiente habían aguantado ya. Cualquiera en su situación lo habría abandonado mucho antes después de tanto grito y desprecio, pero ellos habían continuado allí, siempre cerca, vigilantes. Debía dar las gracias por toda la ayuda que le habían prestado, le parecía increíble que aún lo soportaran. Él ni siquiera se aguantaba a sí mismo.

Se levantó y empezó a caminar, bordeó el río y se dirigió hacia el oeste. Atravesó calles, iglesias y parques, con el río a su derecha, que lo acompañaba con el rumor relajante del agua al chocar delicadamente con las rocas. Creando un murmullo de fondo que le calmaba.

Después de casi una hora caminando, sin apenas darse cuenta de a dónde se dirigía, se percató de que la ladera del río desaparecía para mostrar en su lugar un puente: el espectacular puente de piedra de Westminster.

Se quedó quieto, justo en el inicio, mirando más allá, y, en aquel momento, un recuerdo lo alcanzó. «Todo lo que ves aquí es lo que nunca tendrás». Recordó las palabras que Black le había dicho el día que lo llevó a la otra orilla.

Al pensar en él, todo su cuerpo empezó a arder con aquella ira descontrolada que no conseguía eliminar, que le dominaba durante todas las horas del día. Un odio que no disminuía por muchas semanas que pasasen. Aquellos sentimientos eran los que gobernaban ahora su vida y sus decisiones.

Soltó un grito de impotencia y rabia para intentar liberarse de aquella opresión. Apretó la botella entre sus manos y con furia la tiró al suelo, estallando en mil pedazos.

Y sin saber el motivo, empezó a cruzar el puente. Como si algo le llamase desde el otro lado; como si supiera que debía hacerlo, aunque no supiera el porqué.

Llegó al otro lado y vio la misma opulencia que recordaba de la última vez: mujeres hermosas con vestidos impresionantes y hombres arrogantes con trajes impecables.

Continuó su paseo y llegó a la abadía que tanto le había impresionado la primera vez que la vio y que tenía el mismo nombre que el puente. Se adentró más, recorrió una amplia calle, donde carruajes de dos y cuatro caballos atravesaban de punta a punta la ciudad. Matrimonios paseaban acompañados de sirvientes que cargaban sus compras; grupos de mujeres reían hablando de los últimos chismes; y caballeros cortejaban a señoritas, de manera bastante ridícula, pensó George.

Cuando se cansó de observar aquel espectáculo decidió cambiar y se internó en calles menos aglomeradas. Allí se respiraba más paz. Al no haber comercios, no había tanta concentración de gente y solo se podía ver a los habitantes de aquellas inmensas casas que salían para dar sus paseos.

Caminaba sin pararse, fijándose en cada detalle que surgía a su alrededor. Giraba por calles y avenidas, atravesaba impresionantes jardines y volvía a internarse en las calles adyacentes. Sabía que estaba dirigiéndose al norte. Por muchas vueltas que diera, no perdía el rumbo. Su sentido de la orientación siempre había sido excelente.

Siguió caminando hasta que se detuvo. De repente abrió los ojos con asombro. Frente a él apareció una impresionante mansión rodeada de un inmenso jardín del que no se veía el final. Rodeó el edificio y se quedó mirándolo a través de la verja de hierro hasta llegar a la puerta principal, con dos enormes escudos que custodiaban la entrada.

Recordaba haber visto una ilustración en uno de los libros del señor Wayne, mientras hacían el trayecto desde Escocia. Era Buckingham House si no recordaba mal, una de las residencias de la familia real. Sintió un enorme deseo de escupir en la puerta, pero no le apetecía ser apresado, acusado de traidor por un acto tan penoso.

Se internó en el jardín y salió por el lado opuesto para continuar su camino. No sabía cuánto llevaba andando, pero le daba igual. No tenía nada mejor que hacer que perder el tiempo allí, entre aquella engreída gente que creía que su mundo era el único que existía.

Se metió en un callejón que daba a la parte de atrás de aquellas magníficas casas de fachadas blancas. Allí pudo respirar con calma unos instantes. Miró a un lado y a otro sin ver a nadie y decidió seguir.

Cuando llevaba unos diez minutos caminando, algo llamó su atención. Había un bulto en el suelo. Se acercó con cautela y descubrió que era una mujer desmayada. Era morena, con el pelo negro y brillante, debía tener unos veinte años y lucía un elegante vestido azul y blanco de seda.

La intentó incorporar un poco y se dio cuenta de que su vientre estaba ligeramente abultado.

—¡Mierda! Está embarazada. —Alzó la vista para mirar a ambos lados de la calle con intención de buscar ayuda, pero no se veía a nadie.

Le sacudió con cuidado las mejillas.

—¡Eh, señora! ¡Despierte! ¡Vamos, despierte!

Aquello era lo último que necesitaba, que una mujer embarazada se muriese en sus brazos. Cerró los ojos, aspiró profundamente e intentó recuperar aquella seguridad que siempre le había acompañado. Debía buscar ayuda. No iba a permitir que aquella mujer acabase sus días allí.

Un grito atemorizado le sorprendió a su espalda y le hizo levantar la cabeza.

—¡Deje a mi señora! ¡Apártese!

George se giró y vio cómo se acercaba una mujer hacia él, que gritaba y blandía una bolsa de tela con la que empezó a golpearlo.

—¡Apártese de ella! ¡Se lo advierto o lo lamentará! —gritaba con desesperación.

El muchacho intentaba esquivar los golpes de la mujer, a la vez que sujetaba la cabeza de la dama sobre su regazo.

—¿Quiere hacer el favor de dejar de golpearme? ¡Estoy intentando ayudar! —gritó George, quien puso el brazo como barrera para no recibir ningún golpe en la cara.

—¡¿Qué le ha hecho?! ¡Apártese! —seguía vociferando la mujer totalmente fuera de sí.

—¡Quiero ayudarla! —chilló George con todas sus fuerzas, lo que provocó que la mujer se detuviera.

George se quedó mirándola. Debía de tener unos cincuenta años, era más bien bajita, pero le había atacado con la fuerza de varios hombres. La observó completamente atónito. ¿Qué comerían en aquella parte de la ciudad para tener semejante fuerza?

—Escuche, cálmese, la he encontrado desmayada, necesita ayuda. ¿Sabe dónde puedo llevarla? Seguro que, en su estado, tiene que verla un médico.

La mujer vaciló antes de contestar, se agachó hacia la señora y la acarició con cariño.

—Oiga, dígame dónde llevarla —insistió George inquieto. Iba a salvar a esa mujer aunque la tuviera que llevar hasta la otra punta de la ciudad.

—Hay un doctor al final de esta calle —dijo por fin la mujer, que reaccionó ante la gravedad—, es una casa más pequeña que tiene una placa en la entrada y cuya puerta es roja.

George no necesitó nada más. Cogió a la mujer en brazos y se encaminó hacia allí.

—Vaya a buscar a algún familiar o conocido, yo la llevaré hasta esa consulta.

La mujer asintió, aún temblaba por los nervios, y dobló a toda prisa una de las esquinas.

George se adentró por la calle, se fijó una a una en las casas y en las puertas. Todas eran oscuras o de madera. Continuó avanzando y mirando de reojo a la mujer, que seguía desvanecida, apoyada en su pecho.

—Aguante un poco, por favor. No se me muera, se lo suplico —murmuraba.

Finalmente, vio la puerta roja y la placa en la entrada. Hizo sonar la campanilla hasta que un hombre la abrió; este se quedó sorprendido de la

escena que tenía delante.

Enseguida le hizo pasar, acomodó a la mujer en una cama y le tomó el pulso con ayuda de su reloj.

George observó nervioso cómo el doctor entraba y salía de la sala con unos pequeños frascos y la obligaba a que bebiera el líquido que contenía.

La mujer reaccionó débilmente, abrió los ojos y miró a su alrededor; en primer lugar vio al médico y luego fijó la vista en el joven. George pudo comprobar que tenía unos intensos ojos azules.

La mujer volvió a desmayarse.

—¡Eh! ¿Qué le pasa? ¿Por qué se ha vuelto a desvanecer? —preguntó inquieto.

—Tranquilo, es normal. Solo la he hecho reaccionar para que el ritmo de su cuerpo vuelva a ser normal, pero su pulso es estable.

—¿Y por qué se ha desmayado en la calle?

—Es posible que haya tenido una pequeña pérdida de sentido por el embarazo. Lo sabré cuando la examine con más detalle.

De repente, la puerta se abrió y entró un hombre con el rostro descompuesto.

—¡Elizabeth! —gritó mientras se abalanzaba hacia la cama—. ¡Elizabeth, contéstame! Mi amor, mírame.

El doctor se acercó para calmarlo.

—No se preocupe, se encuentra bien. Ahora está descansando. Le haré un examen completo para ver que todo está correcto, pero puede estar tranquilo —indicó el doctor con calma—. Tiene que darle las gracias a este joven. Él es quien la ha traído hasta aquí. Gracias a eso he podido reanimarla a tiempo para que no sufrieran ni ella ni el bebé.

El hombre se giró hacia él y se quedó observándolo. George se tensó al ver cómo se erguía y se acercaba a él. Era joven, debía tener cuatro o cinco años más que él. Tenía el pelo castaño oscuro, sus ojos eran marrones, de la misma tonalidad que su pelo, y era igual de alto que él.

El hombre sonrió y le extendió la mano.

—Muchísimas gracias, no sé cómo agradecerte esto.

George bajó la mirada hacia la mano y extendió la suya para estrechársela.

—No es nada, la encontré en la calle y era lo mínimo que debía hacer.

El hombre rodeó la mano que estrechaba con la otra y se la oprimió más fuerte, de manera calurosa. Después le dedicó una amplia sonrisa.

—Créeme, no es habitual una actitud tan solidaria en esta ciudad. Muchísimas gracias, de corazón —repitió emocionado—. Si le llega a pasar algo, me hubiera muerto con ella.

George comprendió perfectamente aquel sentimiento. Se deshizo de su agarre.

—Bueno, mejor que me marche ya y les deje. Me alegro de que su esposa se vaya a recuperar.

—¿Cómo te llamas?

—George Crowley.

—Encantado, George. Yo soy Charles Forster —se presentó—. ¿Vives cerca de aquí?

—En Southwark.

El caballero asintió sin contestar. George pudo notar ese aire grandilocuente que rodeaba a todos los ricos de la ciudad y que les permitía mirar por encima del hombro a cualquiera.

Esbozó una sonrisa de medio lado y se dirigió hacia la puerta para marcharse.

—Un placer, señor Forster —dijo para despedirse con un movimiento de cabeza y salió de la sala.

Antes de que pudiera marcharse de la consulta, el caballero lo alcanzó.

—Espera, querría darte algo como agradecimiento.

George vio cómo sacaba varias monedas del interior de su chaqueta y se las daba. Eran varias libras.

Frunció el ceño con un sentimiento mezcla de vergüenza, desprecio y creciente orgullo. Levantó el rostro hacia él.

—¿Cree que lo he hecho por dinero?

—¿Qué?

—¿Piensa que la gente como yo solo actúa por dinero?

—No, no he querido insinuar eso. Solo quería agradecerte lo que has hecho.

George apartó su brazo de un manotazo y el dinero cayó al suelo.

—He ayudado a su mujer porque quería hacerlo, no por ninguna recompensa ni agradecimiento. Guárdese su dinero, yo no lo quiero ni lo necesito —dijo con tanta firmeza que Forster lo miró asombrado.

Tras aquello, salió de la casa y cerró dando un portazo.

Forster se quedó mirando la puerta durante unos segundos, sorprendido por su carácter y su empuje y totalmente perplejo de que hubiera rechazado

su dinero con aquella vehemencia. Si ya no era normal encontrar una actitud piadosa en la ciudad, más inaudito era descubrir una acción humanitaria tan desinteresada. Estaba tan acostumbrado a que la gente aceptase su dinero sin ningún reparo ni inconveniente que aquella respuesta lo había dejado desconcertado.

Entró en la habitación, se sentó al lado de su mujer, le cogió la mano con cariño y no paró de darle vueltas al encuentro con el joven que había salvado al amor de su vida.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 22
Perseverancia Versus Bravura

Charles Forster se arremangó la camisa hasta los codos, con lo que notó cierto alivio. Hacía calor en aquella habitación. No habían querido abrir las ventanas en todo el día para evitar que ella se resfriara, por lo que el ambiente se había cargado y agobiaba en ciertos momentos. Había comenzado julio y ya mostraba indicios de que sería caluroso, algo que se agradecía si se tenía en cuenta el clima cambiante que solía padecer la ciudad casi todo el año.

Bajó la vista y observó la calle al otro lado. Eran más de las siete de la tarde y la gente ya se marchaba a sus casas para descansar de los trasiegos de aquel día.

Su esposa dormía plácidamente.

Hacía dos días de aquel incidente y no había sido capaz de mitigar su preocupación lo más mínimo. Si aquel joven no la hubiera ayudado a tiempo, cabía la posibilidad de que hubiera tenido complicaciones en el embarazo y que ella o el bebé hubieran sufrido algún trastorno, y aquello le inquietaba sobremanera.

El médico había recomendado cierto reposo, pero también le había desaconsejado estar en cama todo el día sin moverse; le había indicado, a su vez, que sería apropiado dar algún breve paseo. Conclusión: debía moverse sin hacer excesos.

Conocía a Elizabeth y su afición por caminar y disfrutar del aire libre. Se ahogaba si estaba días sin salir. Acostumbrada a la casa de York, de donde los dos eran originarios, con sus jardines e inmensos salones, cuando pasaban tantas semanas en Londres, aunque adoraba la capital, sentía una necesidad casi irracional de estar fuera de casa permanentemente.

Y una cosa eran breves paseos y otra muy distinta las excursiones que acostumbraba a hacer recorriendo media ciudad. Debía convencerla de que

tenía que reducir el ritmo de sus caminatas, y no sería fácil conseguirlo, lo sabía.

Esbozó una sonrisa al ver cómo ella abría la boca para respirar profundamente y emitía un ligero y sutil ronquido. Sentía adoración por ella y por cualquier detalle suyo, desde los más femeninos, como entornar los ojos con una sugerente sonrisa, hasta aquellos sonidos habituales mientras dormía.

Hacía casi diez años que la conocía y llevaban casados apenas uno. Recordaba la primera vez que la vio: él tenía catorce y ella doce, y cuando su mirada la descubrió, con su pelo azabache y sus ojos de un azul intenso, su corazón empezó a latir solo por ella. Desde ese mismo instante le perteneció, sabía que jamás existiría otra mujer en su vida.

Si le hubiera pasado algo con ese desmayo, no habría podido soportarlo. Sintió un escalofrío tan agudo que cruzó los brazos, necesitaba borrar aquel nefasto pensamiento. Sin embargo, no podía dejar de pensar en ello y en la providencia de que apareciera aquel joven, del que apenas sabía nada y al que le debía tanto.

Recordó su actitud, su mirada desafiante y su tono de voz firme. Había algo en él que le infundía confianza; tal vez el hecho de que rechazara su dinero o quizá la reacción tan rápida y ágil para poner a salvo a su mujer. No lo sabía con certeza, pero le daba seguridad y le transmitía franqueza.

Es posible que su naturalidad al tratarlo tuviera mucho que ver. Estaba tan acostumbrado a que se relacionasen con él como un poderoso *lord* que encontrar a alguien que le hablara con aquella sinceridad y aquel ímpetu le había gustado.

Debía reconocerlo, el arrebato al rechazar el dinero y tirarlo al suelo, lo había descolocado por completo.

Elizabeth se movió ligeramente en la cama. Charles se acercó a ella y sujetó su mano.

—¿Cómo te encuentras?

Ella sonrió, se desperezó y estiró el cuerpo.

—Estoy bien, no estés tan preocupado. Me encuentro bien, de verdad. Ya llevo dos días en cama, estoy cansada de estar aquí.

Las cejas de Charles se levantaron tanto que produjeron unas arrugas en la frente. Sabía que su reacción sería esa.

—Ya oíste lo que dijo el médico…

—Dijo que podía salir —le interrumpió con un mohín.

—Sí, dijo que podías salir, pero que la primera semana debías quedarte en cama.

Elizabeth frunció los labios en una mueca de disgusto.

—Liz, tienes que ser obediente, por favor —añadió con suavidad mientras se sentaba a su lado.

—Ya soy obediente —replicó ella con un tono agudo como si fuera una niña pequeña.

—Solo a veces —contestó Charles con una risita medio disimulada.

—Está bien, haré todo lo que me diga el doctor —soltó con un suspiro.

—Perfecto, porque no querrás que el pequeño Henry sufra daño…

—¿El pequeño Henry? Va a ser la pequeña Mary, estoy convencida. Lo siento dentro de mí —afirmó acariciándose la barriga.

—Sea lo que sea, si se parece a ti, habrá valido la pena. —Se inclinó para besarla—. Y si al final es una pequeña Mary, propongo que, cuando nazca, ensayemos y practiquemos para traer al pequeño Henry —indicó sugerente y la besó de nuevo.

—Me parece muy buena idea, la práctica es importante en todo —contestó y se mordió el labio de manera sugerente. A la vez, lo sujetó de las solapas de la chaqueta para acercarlo más y recibir otro de sus increíbles besos.

Charles le acarició la mejilla mientras bajaba la vista hacia su vientre. Apoyó la mano en él con delicadeza y lo recorrió con ternura en suaves círculos. Se quedó así varios minutos, en silencio.

—Hablando de ideas… —saltó Charles con expresión reflexiva.

Elizabeth se lo quedó mirando.

—¡Oh, Charles! Tienes esa cara… —le interrumpió con los ojos en blanco.

—¿Qué cara? —inquirió extrañado.

—La cara de «Tengo algo rondando en la cabeza y voy a llevarlo a cabo aunque todo el planeta esté en mi contra». Esa cara —contestó ella con una medio sonrisa.

—No tengo esa cara.

—Sí, sí que la tienes. Conozco tu expresión mejor que tú mismo —dijo entre risas.

Charles entrecerró los ojos; no podía esconderle nada, era imposible.

—Bueno… tal vez, sí estoy pensando en algo.

Elizabeth soltó un suspiro.

—¿El qué?

—¿Recuerdas al muchacho que te ayudó?

—Sí —dijo reticente.

—Pues…, había pensado que podríamos compensarle por lo que hizo, hacer algo por él.

—Charles, rechazó tu dinero, no quiere que hagamos nada.

—Pero…

Elizabeth le sujetó la mano con cariño.

—Entiendo lo que sientes, pero no puedes salvar a todo el mundo. Lo sabes, ¿no?

—A todo el mundo no, pero tal vez a él sí que podamos ayudarlo —replicó con firmeza.

—Charles…

—Es que, Liz, no viste su expresión. Tengo el presentimiento de que podemos hacer algo por él, creo que lo necesita.

Ella sonrió entornando los ojos.

—Charles Forster, eres el hombre más bueno, noble y generoso que conozco, y por eso te amo. Y también eres el más insistente, tenaz y obstinado, y cuando algo se te mete en la cabeza es imposible hacerte cambiar de opinión. Así que sé que, diga lo que diga, lo vas a hacer.

Charles se carcajeó con una expresión claramente satisfecha.

—¿No te importa que lo intente?

—Lo vas a hacer aunque te diga que no, pero te agradezco la pregunta y el interés —contestó divertida.

Se inclinó para besarla.

—Eres la mujer más increíble del mundo.

—No hace falta que me halagues, no lo necesitas, estoy demasiado enamorada de ti. Y, como mujer enamorada, si ayudar a ese chico te hace feliz, hazlo.

Forster amplió su sonrisa.

Elizabeth se percató de su entusiasmo y volvió a intervenir.

—Solo una cosa, Charles, ¿ya tienes pensado cómo encontrarlo?

—Me dijo que vivía en Southwark, lo buscaré.

—Claro, porque Southwark es pequeño y solo vive él —replicó Elizabeth sarcástica.

—Southwark tampoco es tan grande —afirmó con seguridad.

—Adoro tu optimismo, es insuperable.

—No creo que sea tan complicado, haré las preguntas adecuadas y ofreceré las cantidades suficientes para conseguir información —explicó mientras alzaba la barbilla—. Y acabaré dando con él, te lo aseguro.

Elizabeth lo contempló con una admiración que crecía con el paso de los años. Siempre conseguía sorprenderla. Cuando pensaba que ya no era capaz, volvía a asombrarla. No había conocido jamás a una persona más perseverante que él. Y el caso es que no le cabía la menor duda de que encontraría a ese joven, costase lo que costase.

—Necesito explicarte lo que he pensado para ese chico, ya que eres parte implicada en ello —indicó Charles.

A continuación, le dio todos los detalles de lo que había ideado, uno a uno, sin dejarse nada, a la espera de su reacción.

—¿Qué te parece? —preguntó al acabar su explicación.

Elizabeth se mantuvo callada un momento.

—¿Tú lo ves claro?

—Yo sí, pero necesito que tú estés cómoda.

—Si tú estás convencido, yo también. Confío totalmente en ti. Tienes una habilidad innata para ver el interior de las personas y, si has notado algo en ese chico, me parece bien darle una oportunidad.

Charles le sujetó el rostro y posó un dulce beso en la punta de su nariz.

—Quiero intentarlo, de verdad. Creo que ese joven es mucho más de lo que muestra.



Charles Forster había aprendido desde muy pequeño, a pesar de haber nacido en una noble familia inglesa, que el esfuerzo lo era todo para conseguir aquello que se desea. Y a sus veintitrés años, y como resultado de un padre estricto y de una educación privilegiada, había desarrollado un carácter que le permitía enfrentarse a sus objetivos con una fuerza y una confianza que no le dejaban desfallecer por muy complicada que fuera la misión que debía emprender.

En aquello en lo que se embarcaba ponía todo su empeño, desde las grandes inversiones en los negocios, en las que había conseguido aumentar la fortuna familiar, hasta los detalles más sencillos y cotidianos para hacer feliz a su mujer. Todo lo que rodeaba su vida estaba impregnado por ese halo de perseverancia, esfuerzo y honor.

Cinco días necesitó para lograr encontrar la taberna donde, supuestamente, el joven pernoctaba.

En aquellos días había entrevistado casi al barrio entero. Estaba convencido de que no se había dejado ni uno solo de los vecinos por interrogar, con el consiguiente desembolso para cada uno de ellos.

Se había corrido la voz por el barrio de que un caballero buscaba información de un residente y que a cambio entregaba generosas donaciones. Eso provocó que cada día encontrara gente dispuesta a ayudarle, a guiarle o a darle información que muchas veces resultaba falsa.

Había recorrido a caballo calles y plazas; había entrado en comercios y posadas; había preguntado a mendigos que pedían limosna, a trabajadores que se empleaban en sus oficios y a personas que paseaban tranquilamente.

Y al final, después de dar cientos de vueltas y aprenderse el nombre de cada rincón y de cada calle de aquel barrio, había conseguido dar con su objetivo: se encontraba frente al letrero que colgaba adornando la fachada de aquella taberna.

Entró, miró a su alrededor y percibió el típico olor, mezcla de alcohol y madera. Fue directo a la barra para golpear con los nudillos el tablón que lo separaba del dueño.

Joe se giró hacia él y lo recorrió con la mirada de arriba abajo sin disimular un ápice su sorpresa. No era nada habitual encontrar allí un caballero con aquel imponente aspecto. Bueno, para qué engañarse, no era habitual que ningún caballero entrara allí, tuviera el aspecto que tuviera.

—Buenos días, *milord* —saludó al acercársele mientras secaba un vaso —. ¿Puedo ayudarle? ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias, estoy buscando a una persona. Se llama George Crowley y me han informado que podía encontrarlo aquí.

En aquel momento Wild, que atravesaba el salón, lo escuchó de casualidad y se detuvo en seco. Su primera reacción fue una absoluta y rotunda desconfianza. Se acercó a él con una expresión de pocos amigos.

—¿De qué conoce a George? —preguntó con el ceño fruncido y una fiera mirada.

Charles se sorprendió de su tono despectivo, teniendo en cuenta que no se conocían de nada. Por otro lado, quedó satisfecho al comprobar que había llegado al lugar correcto.

—Le conocí hace unos días y digamos que… le debo un favor.

Para Wild no fue respuesta suficiente.

—¿Qué clase de favor?

Charles se irguió más y su sonrisa se borró.

—Ese asunto es entre él y yo —contestó grave—. Si me hace el favor de avisarle, se lo agradecería mucho —dijo firme y con un punto de impaciencia.

Wild vaciló un instante.

—Espere aquí —indicó antes de alejarse.

Fue hasta la otra punta del local y se acercó a George, que estaba desplomado en una mesa. Le golpeó en el brazo para que se incorporara.

—¡Eh! Vamos, despierta. Ha venido a verte un caballero pomposo.

George se desperezó y levantó el rostro, extrañado.

—¿Qué? ¿Un caballero qué…?

—Un caballero con ínfulas quiere verte.

—¿A mí? ¿Quién es?

—Y yo qué sé, pero te conoce y pregunta por ti.

Se incorporó más y estiró el cuello a ambos lados para desentumecer los músculos. Tenía que dejar de dormir encima de las mesas, terminaba con un horroroso dolor de espalda.

Soltó un bufido de fastidio. No quería ver a nadie, llevaba media tarde bebiendo. No estaba con ánimos, ni de humor, ni su estado era el más aceptable para hablar con alguien, y menos con un caballerete.

Notó que unos pasos se acercaban por su espalda. Alzó los ojos, los abrió de par en par y reconoció al marido de la mujer que había ayudado hacía unos días. ¿Qué estaba haciendo allí?

Wild se inclinó hacia George.

—¿Quieres que me quede cerca?

—No, no hace falta, es inofensivo —respondió con un tono chulesco.

El señor Forster vio que Wild se marchaba, y centró su atención en George, que lo observaba expectante.

—Soy Charles Forster, ¿te acuerdas de mí?

La sonrisa de George mostró un alto grado de arrogancia, aún estaba borracho y no le apetecía nada hablar con ese señoritingo.

—Déjeme pensar… He conocido a tantos caballeros ricos últimamente… A ver si me acuerdo de usted… —contestó con ironía.

Charles tomó asiento frente a él, ignorando su sarcasmo.

—¿Un día duro? —preguntó mientras observaba la botella medio vacía y el aspecto del joven, con el pelo alborotado y unas ojeras que mostraban

cuántas horas llevaba sin dormir.

—Los he tenido peores, se lo aseguro —replicó y recompuso su postura para estar un poco más presentable—. ¿Qué le ha traído de visita a mi próspero barrio y a mi palacete? ¿Se ha perdido? —George mantuvo el mismo tono de burla—. Disculpe si no le ofrezco ternera para cenar, se nos ha acabado.

Charles se cruzó de brazos con una medio sonrisa.

—¿Es bueno ese vino? —quiso saber señalando la botella.

—Se puede beber…

Charles alargó el brazo, sin pedir permiso, y dio un trago directamente de la botella, algo que sorprendió al joven. Paladeó el vino unos segundos en la boca y lo tragó, chasqueando la lengua.

—Los he probado mejores.

George lo observó un instante y su expresión se tornó más altiva. ¿Que los había probado mejores? No sabía si aquello era prepotencia o simplemente quería ridiculizarlo.

—Oiga, mire, no he tenido buena tarde, si solo ha venido a probar el «excelente» vino que sirven aquí, le diré al dueño que le prepare unas botellas y podrá volver a su humilde hogar con su mujercita —contestó sin poder ocultar la mofa en cada palabra.

—No me extraña que hayas tenido mala tarde con ese vino. Deberías beber otra cosa.

—Uy, sí, aquí tenemos mucha variedad. Ahora pediré que saquen el bueno —respondió aumentando el sarcasmo.

Charles sonrió, entretenido con el tono que empleaba. Lo analizó: se veía inteligente por las respuestas astutas y la mente rápida, y su mirada mostraba la seguridad de su carácter. Por otro lado, veía en su ironía una manera de ocultar lo que realmente pensaba o sentía.

—¿Me va a decir para qué ha venido? —preguntó George interrumpiendo sus pensamientos—. Porque aún no me ha dicho qué hace aquí, y soy una persona tremendamente ocupada —indicó impaciente.

—¿Ocupada? —replicó el caballero mirando a su alrededor.

—Sí, ocupada. ¿A qué viene ese tono?

Charles reprimió una risilla para no molestarlo. Se removió en la silla antes de continuar.

—He venido a ofrecerte un trabajo —soltó de repente, lo que provocó que la expresión de George cambiara totalmente.

—¿Perdón? ¿Un trabajo? ¿Usted a mí?

—Sí.

—¿A santo de qué? Usted no me conoce de nada.

—Salvaste a mi mujer, creo que es un buen inicio.

—Oh… Seguimos con eso, ya veo. Rechacé su dinero porque no quiero nada de usted a cambio de lo que hice. Creo que quedó suficientemente claro. No venga aquí a ofrecerme su compasión ni su caridad.

—No te pienso ofrecer ni lo uno ni lo otro. Es un trabajo: si no lo haces bien, no cobras, y si lo haces bien, te ganas unas libras. Así de sencillo.

George se apoyó en el respaldo; había aumentado su curiosidad.

—¿En qué consistiría?

—Me marcho unos días de la ciudad, una semana o diez días como máximo. Necesito a alguien que acompañe a mi mujer cuando salga de casa para pasear o hacer algún recado. Por si hubiera algún incidente.

George alzó ambas cejas.

—¿Me va a pagar por ir de paseo con su mujer? —preguntó en un tono osado. Aquello era, con diferencia, lo más ridículo que le habían ofrecido.

Charles apoyó los antebrazos en la mesa y se le acercó.

—No… No te voy a pagar para que pasees con mi mujer, te voy a pagar para que protejas a mi mujer. Es muy distinto —replicó imitando su tono altivo.

George dudó, aquello era demasiado estrambótico para su gusto.

—¿Y no tiene sirvientes que le hagan ese trabajo?

—Por suerte o por desgracia, todos mis lacayos y mi mayordomo tienen ya cierta edad, trabajaron para mi padre y ahora para mí, y estoy convencido de que no tendrían la fuerza suficiente para levantar a mi mujer en caso de que sufriera un desmayo. En cambio, tú has demostrado que puedes hacerlo sin problemas.

—¿Y no conoce a alguien de confianza?

—Quiero contratarte a ti.

George empezó a ponerse nervioso. Nada de lo que le decía aquel caballero tenía ningún sentido. No le conocía de nada y estaba ofreciéndole un trabajo, y encima para proteger a su mujer. Era todo demasiado raro. Estaba convencido de que había algo oculto, algo que se le escapaba. Agarró la botella y dio un largo trago mientras pensaba.

—Te pagaré cien libras.

George escupió todo el vino por la nariz y la boca; se había atragantado y empezó a toser. Parte del vino lanzado cayó sobre el carísimo traje del señor Forster, que bajó la mirada y se limpió despreocupadamente con la mano.

Cuando recuperó un poco de aire, George lo observó con el rostro desencajado.

—¿Cien libras? ¿Por una semana?

Charles sonrió. Había captado su atención.

—Sí —respondió sin más

—¡¿Pero se ha vuelto usted completamente loco?! ¡Eso es una maldita fortuna!

—Tal vez para ti —replicó mientras se rascaba con parsimonia el mentón.

Ahora sí que veía claro que estaba chiflado. ¿De dónde había salido aquel hombre? Si era una broma, estaba llegando demasiado lejos. Empezó a impacientarse.

—¿Me va a pagar cien libras por estar una semana acompañando a su mujer?

—Exacto —contestó categórico.

Se acabó. Aquel chiste terminaba ahí y ahora. No tenía ganas de seguir escuchando más sandeces.

—¿Es una broma? ¿Se está riendo de mí? Porque si lo está haciendo…

—En absoluto —le interrumpió—. Es un ofrecimiento en toda regla. Te voy a pagar esa cantidad porque voy a poner en tus manos lo más valioso que tengo, lo más importante para mí —explicó y cambió el semblante por uno más serio.

—Pero ¿ha perdido el juicio? ¡No me conoce de nada!

—De momento, sé lo suficiente.

—Usted no sabe nada de mí.

—Ya lo iré descubriendo.

George se apoyó en la mesa y lo miró fijamente; tenía tensa la mandíbula.

—A lo mejor lo que descubre no le gusta —dijo desafiante.

—O tal vez sí, eso ya lo veremos.

George apretó el puño y vio cómo el otro movía la silla para ponerse más cómodo. Sintió una creciente rabia por aquella confianza que desplegaba alguien acostumbrado a conseguir todo lo que se proponía.

—¿Cree que soy buena persona porque ayudé a su mujer? No lo soy, ¿me oye? —exclamó y golpeó la mesa con fuerza—. La gente sufre a mi alrededor, hago daño a las personas que están cerca —continuó con el tono más elevado—. ¡Soy un maldito ladrón!

Charles entornó los ojos y captó un intenso dolor en su mirada antes de que él bajara el rostro.

—¿Así que eres un ladrón? —preguntó con una tranquilidad pasmosa.

—Sí.

—Ya veo… Pues siempre he pensado que un ladrón pierde cierta ventaja si dice que lo es.

—¿Qué? —George soltó un bufido, estaba agotado de aquella conversación. Le dolía la cabeza de hablar con aquel hombre.

—¿Sabes cuánto valían los pendientes que llevaba mi mujer el día que la ayudaste? ¿Y el collar? ¿Y el dinero que llevaba en su bolso?

—¿Cómo?

Charles se inclinó ligeramente hacia él.

—No lo sabes porque ni siquiera te fijaste, así que no me digas que eres un ladrón, porque te aseguro que solo con los pendientes te hubieras podido retirar de por vida.

George abrió la boca vacilante.

—No robo a mujeres.

Los ojos de Charles se abrieron de manera desmesurada.

—¿Que no robas a mujeres? Esto es nuevo, un ladrón con principios. ¡Menuda novedad!

George dejó caer la cabeza encima de la mesa. ¿Cuánto rato más iba a tener que aguantarlo? Era terriblemente insistente. Ya no sabía qué más decir para que desistiera de su absurdo ofrecimiento.

—Oiga, se lo digo en serio, no soy la persona que busca.

—Pues yo creo que eres precisamente la que necesito.

—¡Y yo le digo que no!

—Y yo estoy convencido de que sí.

Era increíble, no se daba por vencido. Tenía que ser terrorífico vivir con él, sintió compasión de su mujer. ¡Qué tipo más pesado!

—Ahora que parece que te voy convenciendo…

—¡Yo no he dicho nada!

—Te voy a dejar mi dirección para que te pases mañana por allí y te comente en qué consistirán tus tareas —le explicó con una amplia sonrisa

mientras le acercaba su tarjeta arrastrándola con el dedo por la mesa.

George miró el papel sin tocarlo.

—Le repito que no he aceptado su trabajo. ¡¿No ha escuchado nada de lo que le he dicho?!

Charles se levantó con una expresión satisfecha.

—Te espero mañana, ven a la hora que quieras.

—¿Qué? ¡Pero que no he aceptado nada! —espetó George atónito mientras el caballero se despedía y se colocaba el sombrero.

Se levantó de su asiento y se dirigió a él.

—¡Eh, vuelva aquí! No voy a aceptar su trabajo, ¿me oye?

—Hasta mañana, George. —Se despidió y, sin hacerle el menor caso, levantó un brazo y salió de la taberna.

George se quedó de pie, con la boca abierta, mirando a la puerta. ¿Qué acababa de pasar? Era el hombre más extravagante que había conocido. Toda la situación había sido grotesca. ¿Qué hombre en su sano juicio contrata a alguien que se declara abiertamente ladrón?

Echó un rápido vistazo al papel de la mesa. Nada de lo que acababa de pasar era normal, ni su actitud, ni aquel ofrecimiento. Pero había sucedido, por muy inverosímil que fuera y por muy perplejo que lo hubiera dejado.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 23
Condiciones

George sostenía el papel en la mano y lo golpeaba con un acompasado sonido.

—Recuérdame por qué no vas a aceptar este trabajo, porque sigo sin entenderlo —inquirió Hunter.

—Porque está loco. Ese es un motivo más que suficiente para no acercarme a él.

—No está loco, es un tipo rico que está acostumbrado a conseguir lo que quiere —intervino Wild.

—Llámalo como quieras, no es normal su actitud —espetó George.

—Es normal cuando tienes cierta cantidad de libras en el bolsillo —soltó Wild con una sonrisa de medio lado.

—George, no te cuesta nada ir mañana y ver qué plan tiene. Si no te convence, no vuelvas —insistió Hunter.

Empezó a dar vueltas por la habitación sin dejar de golpear el papel.

—No sé, es todo muy raro, demasiado bueno para ser real. Seguro que hay algo oculto…

—¿Qué sentido tendría venir hasta aquí solo para engañarte? Es absurdo —dijo Wild impaciente.

—Lo que no tiene sentido es ofrecerle un trabajo a alguien que no conoces, eso sí que es absurdo.

—Salvaste a su mujer, ¿no? Eso es un gran punto a tu favor.

Hunter despegó su enorme espalda de la pared.

—Yo sigo pensando que deberías ir y ver qué pasa. Una oportunidad así no llega todos los días.

—Hunter tiene razón, tienes que ir —añadió Wild.

George echó la cabeza hacia atrás y soltó un bufido.

—Por cierto, ¿ya te ha dicho cuánto te pagará? —preguntó Wild.

—Cien libras —contestó en un tono neutro.

Wild y Hunter dieron un paso atrás tropezando con el armario.

—¡¿Cien libras?! —exclamaron los dos a coro.

George asintió, indiferente a su reacción.

—¿Y te lo estás planteando? ¡Joder, ya deberías haber salido corriendo hacia allí! —exclamó Hunter pasmado.

—Me ha dicho que vaya mañana.

—¡Da igual! Por cien libras duerme en su calle.

George empezó a reír al imaginarse roncando hecho un ovillo en su puerta. Hacía muchas semanas que no se reía así y era gracias al extravagante caballero y a su delirante oferta.

Wild seguía sin recuperarse de la impresión.

—¿Cien libras por una semana? Tal vez algo loco sí que esté.

—Os lo estoy diciendo, ese tipo no es normal.

—Bueno, bueno, mantengamos la calma… —añadió Hunter mientras movía las manos arriba y abajo—. Si todo esto es real, si no hay trampa ni engaño… son cien libras por trabajar una semana y solo tienes que acompañar a una mujer. ¡Por Dios! Es el sueño de cualquier hombre. Si tú no quieres el trabajo, me lo quedo yo.

Wild soltó una risotada y George se tapó la boca para esconder una sonrisa.

—Opino como Hunter, es una oportunidad de oro. ¿Cuánto tardarías en ganar cien libras? Y él te lo ofrece por una semana.

George soltó un suspiro de resignación. Mirándolo fríamente, era una ocasión única y, aunque ese hombre no estuviera en sus cabales, después de esa semana no tendría que verlo nunca más. Podía soportarlo; además, él ni siquiera estaría en la casa, se marchaba. Su única compañía sería su mujer y estaba convencido de que estaría más cuerda que él; algo poco complicado, visto lo visto.

Una semana…, cien libras… y se acabó. Después volvería a su vida de antes, pero más rico. Todo eran ventajas. ¿Qué más podía pasar? Realmente no le costaba nada intentarlo.



Se levantó temprano, no eran ni las siete, pero había dormido inquieto y no le apetecía seguir en la cama.

El señor Forster le había dicho que fuera a su casa a la hora que quisiera, pero prefería llegar pronto por si las instrucciones eran más amplias de lo que pensaba. Aunque si solo tenía que acompañar a su esposa por la calle, no entendía qué explicaciones le tenía que dar. Su trabajo consistía en caminar con ella y evitar que se cayera o hiciera daño, no veía ningún tipo de dificultad.

Pero bueno, si el caballero que le quería contratar necesitaba darle instrucciones, pues que se las diera; si tenía ese capricho, se lo concedía. Como había dicho Hunter, por cien libras podía soportarlo.

Se aseó a fondo para eliminar el olor de varios días sin lavarse, se arregló el pelo y abrió el armario para buscar su mejor ropa. La revisó y dejó escapar un resoplido: todo le parecía viejo y desgastado. Estaba bien para el día a día, pero no para ir hasta Mayfair a ver a una familia de nobles ingleses.

Después de unos minutos, acabó por decidirse por una camisa blanca, un pantalón marrón oscuro y una chaqueta del mismo color. Se observó en el espejo y comprobó que esta última tenía algún agujero en las costuras del hombro. Profirió una maldición e intentó juntar con los dedos esas aberturas, obviamente sin éxito. Se miró de nuevo. Aquello era lo mejor que tenía, así que no valía la pena darle más vueltas.

A las ocho ya estaba de camino, y pasadas las nueve y media entraba en el barrio de Mayfair. Había memorizado la calle y la ruta después de mirar un mapa de Londres y quedó satisfecho al ver que su sentido de la orientación seguía sin fallarle.

Las casas de tres y cuatro pisos se alzaban a cada lado de la calle, con las fachadas de ladrillo rojo como bienvenida.

Al cabo de unos minutos, llegó al número indicado en el papel. Se quedó mirando la puerta de madera robusta adornada por un arco blanco.

Aspiró profundamente varias veces y empezó a subir los cinco escalones de la entrada. Llamó con cierta cautela hasta que escuchó el sonido de apertura desde el otro lado. La puerta se abrió y su sorpresa fue máxima al reconocer a la mujer que le había atacado con una bolsa cuando intentaba ayudar a la señora.

—Usted…

La mujer palideció al reconocerlo y su boca se desencajó; luego cerró rápidamente la puerta. Al ver sus intenciones, George puso el pie para impedirlo.

—Pero ¿qué hace? Me gustaría saber qué tiene en mi contra, me lo voy a empezar a tomar como algo personal… —protestó él con el pie en el umbral mientras la mujer seguía empujando con fuerza para conseguir cerrar.

Unos pasos se acercaron por el vestíbulo.

—Tranquila, es un invitado.

George reconoció la voz grave del señor Forster.

La mujer abrió la puerta de nuevo. Mostraba una postura tan rígida, sin mover una pestaña, que dudó de si era la misma mujer.

—George, quiero presentarte a la señora Pearson, nuestra ama de llaves —indicó al girarse hacia ella—. Señora Pearson, él es George Crowley, el joven que ayudó a Elizabeth.

George esbozó una sonrisa divertida al ver que ella se mantenía como una estatua delante de su señor.

—Ya nos conocemos —afirmó George al ver que ella continuaba inmóvil—. Tuvimos un primer encuentro muy efusivo.

El rostro de la señora Pearson adquirió una tonalidad tan rojiza que pareció a punto de explotar. Los labios de George se arquearon en una insolente expresión.

—Un placer, señora Pearson. Cuando quiera disputamos el segundo asalto.

La mujer entrecerró los ojos y mostró una mueca de desagrado; George estaba convencido de que le hubiera vuelto a golpear con la bolsa si la hubiera tenido a mano.

Charles los miró a ambos sin entender nada de aquella extraña complicidad.

—Ven, quiero enseñarte parte de la casa —le indicó y le agarró del brazo para llevarlo más allá del vestíbulo.

—Oiga, señor Forster, quería aclararle que aún no he aceptado el trabajo, ¿de acuerdo? Solo he venido para saber las condiciones que tendría.

—Me parece justo —respondió Charles, que iba unos pasos por delante.

Entraron en un amplio salón, con tantos sofás y butacas que George pensó que toda la élite londinense podría ir allí a aposentar su… ego.

En una de las butacas estaba sentada Elizabeth leyendo un libro. Levantó el rostro al oírlos entrar y sonrió cálidamente al ver a George.

—¿Así que tú eres mi salvador? —dijo con una dulce voz.

El muchacho carraspeó y asintió. La señora Forster extendió la mano hacia él y se quedó observándola. No sabía si tenía que sujetarla, sujetarla y besarla o no sujetarla y dejar que se quedara suspendida en el aire. Optó por solo sujetarla levemente durante un instante y soltarla de inmediato.

—Encantada, George. Ya tenía ganas de conocerte.

—Igualmente, señora Forster. Me alegro de que esté tan recuperada.

—Es gracias a ti.

—Bueno, yo tampoco hice gran cosa. Solo la llevé a la consulta, fue el médico el que hizo el resto.

—No te quites mérito. Si no me hubieras llevado, el médico no habría podido hacer nada.

George no la contradijo, pero desvió la mirada. Se sentía incómodo rodeado de tanta opulencia y con aquel trato excesivamente cortés. No eran solo las palabras, sino también el tono, la manera de gesticular con las manos, incluso la postura del cuerpo. Todo tenía un aire ceremonioso que le hacía sentirse pequeño en aquel inmenso salón.

No conocía los modales de aquella gente, ni cómo debía comportarse, así que decidió que ser él mismo no era la mejor opción. Era mejor controlar sus respuestas y sus habituales salidas de tono. Una cosa era tener un encontronazo con el ama de llaves y otra muy distinta con la señora de la casa.

—¿Quieres comer o beber algo? —ofreció Charles.

—Claro —contestó. Cualquier cosa que consiguiera relajarlo sería bienvenida.

Charles le mostró unas bandejas con un surtido variado de galletas, pasteles y diversos dulces. George cogió varias pastas y probó una bebida que comprobó que era limonada.

—Hacía tiempo que no la tomaba —dijo dando un sorbo.

—Disculpa que no tenga tu vino favorito —replicó Forster con sorna.

—Puede decir lo que quiera de ese vino, pero me ha ayudado más de lo que cree en estas últimas semanas.

—¿Ayudado a qué? Porque estoy convencido de que a tu estómago no.

George señaló la vitrina del mueble que guardaba unas carísimas botellas de whisky

—Bueno, usted anda bien servido por aquí. Si cuando acabe mi trabajo le sobra alguna botella, acuérdese de mí —añadió más atrevido de lo que hubiera sido recomendable.

Charles empezó a reír.

—Ya veremos… Todo dependerá de lo eficiente que seas.

—Puedo serlo mucho, se lo aseguro.

Elizabeth los miraba en silencio. Se les veía a los dos extrañamente cómodos para haberse visto apenas dos veces unos breves minutos. Desde fuera daba la sensación de que fueran amigos desde hacía tiempo. Aquello le transmitió tranquilidad. Parecía un buen muchacho y Charles había conectado con él de una manera asombrosa para ser tan dispares.

—Vamos, George, quiero hablar contigo —dijo su anfitrión mientras le daba un leve golpecito en el hombro.

Se acercó a su mujer y le besó cariñosamente la mano.

—Volvemos en un rato.

Elizabeth asintió y se quedó mirando cómo abandonaban el salón.

Forster lo guio por la escalera al piso superior. Entraron en una habitación con tal cantidad de libros que George pensó que no había vida suficiente para leerse tantos.

—Este es mi despacho; me gustaría hablarte de tus condiciones y tareas. Después de escucharlas, podrás decidir si quieres aceptar el trabajo o no. Sin compromiso, lo que tú quieras.

George se cruzó de brazos mientras él se colocaba detrás de una gran mesa llena de papeles.

—Tal como te expliqué ayer, tu labor consistiría en acompañar a mi mujer si sale a la calle, pero no la acompañarás de cualquier manera. Ella siempre saldrá con una doncella o con el ama de llaves y tú caminarás detrás de ellas a dos o tres metros. Nunca a su lado, siempre por detrás, y vigilante en todo momento de cualquier signo que ella pueda hacer si siente alguna molestia —explicó Charles en un tono formal y serio—. Solo en el caso de que mi esposa se encontrara mal tienes permiso para acercarte y ayudarla. Si ella está bien, te mantendrás a distancia, ¿lo has entendido?

—Sí, lo he entendido.

—Es importante, George. Los detalles son muy importantes. No sé qué hábitos tenéis en donde vives y es posible que sean más… flexibles; pero aquí, en esta parte de la ciudad, son muy estrictos. Una mujer casada o soltera no puede estar paseando continuamente con otro hombre, y más si su marido está fuera de la ciudad. Eso destruiría su reputación y su buen nombre. De ahí que siempre tengas que mantener esa distancia, absolutamente siempre, y solo romperla en caso de necesidad.

—Lo comprendo perfectamente, no se preocupe por eso.

Charles relajó su expresión.

—Bien, sigamos. Vendrás aquí a las diez en punto cada día, y simplemente esperarás a que la señora decida si quiere salir o no. Ella misma te dirá cuándo puedes marcharte de nuevo a tu casa.

—Y cuando su esposa no quiera salir, ¿qué debo hacer?

—Eso también te lo indicará ella misma.

George aceptó con un movimiento de cabeza.

—Y vamos al último punto —dijo saliendo de detrás de la mesa y acercándose a la puerta—. Acompáñame.

George le siguió por un largo pasillo cargado de cuadros y con varias puertas a ambos lados. Llegaron hasta la última y se detuvieron. Entraron a una estancia con algunas sillas colocadas de manera estratégica, un enorme espejo en una de las paredes y el armario más inmenso que hubiera visto en su vida.

Forster se giró hacia él, lo miró de arriba abajo y dio una vuelta a su alrededor.

—Creo que debemos de tener la misma talla, más o menos.

—¿La misma talla para qué? —preguntó George desconcertado.

Charles salió al pasillo para llamar a uno de sus criados.

En la habitación apareció un hombre moreno, con el pelo ligeramente canoso y una expresión tan rígida que George imaginó que se había olvidado de respirar.

—Thomas, él es George Crowley y estará unos días viniendo por aquí.

Thomas, el ayuda de cámara de Charles, saludó al muchacho con un elegante movimiento de cabeza para retomar de nuevo su rigurosa pose.

—Creo que los dos tenemos la misma talla, pero ¿tú qué opinas, Thomas? Eres el experto.

Este se acercó a George, lo examinó, primero con la mirada y luego con sus manos, le midió el ancho de los hombros y la longitud de los brazos y piernas. Asintió satisfactoriamente.

—Sí, señor, creo que tienen una talla muy similar.

—¡Fantástico!

—¿Una talla similar para qué? —volvió a preguntar George sin entender a qué venía toda aquella parafernalia.

Thomas abrió el armario y el joven soltó una exclamación al ver la cantidad de trajes que había colgados. ¡Qué barbaridad! Debía de haber por

lo menos cuarenta o cincuenta.

El sirviente sacó uno azul oscuro y lo dejó en un colgador al lado del armario.

—¿Qué le parece este, señor? Creo que es elegante, pero con un toque informal para el día a día.

—¡Es perfecto! —exclamó Charles.

George observó el traje. ¿Informal? ¿Dónde veía ese hombre la parte informal? Era el traje más distinguido que había visto en toda su vida.

—Pruébatelo, George.

Este se giró hacia él, atónito.

—¿Cómo dice?

—Que te lo pruebes, necesitamos ver si te va bien; si no, elegiremos otro.

—¿Es para mí? ¿Para que lo lleve yo? ¿Durante estos días? —preguntó a trompicones.

—Claro. Debes ir elegante para acompañar a mi mujer. Será como tu uniforme de trabajo.

Uniforme de trabajo… Qué manera más sutil de llamar a un traje que él no se hubiera podido comprar aunque trabajase más de cien años. Aquello estaba superando todas sus expectativas.

—Thomas, por favor, ayúdale a vestirse.

—No lo necesito, sé hacerlo solito —protestó y lo miró con desconfianza.

—Estos trajes son más complicados de ponerse que la ropa que llevas. Confía en mí, necesitarás a Thomas. —Dicho esto salió de la habitación para esperar en el pasillo.

George miró con suspicacia al asistente, que seguía con la misma pose: manos entrelazadas en la espalda, cuerpo erguido y vista al frente sin mirar nada en concreto.

Se acercó al traje para examinarlo. La chaqueta era corta por delante, pero se alargaba por la parte de atrás, más allá de la cintura y se dividía en dos. Había también un chaleco, una camisa blanca que se ataba en el cuello con un elegante lazo y un pantalón del mismo color que la chaqueta.

No parecía difícil colocarse todo aquello, pero tampoco quería parecer un ignorante si se equivocaba con algún botón, así que accedió a que el rígido sirviente le ayudase.

Al cabo de unos minutos, Thomas avisó a Forster de que ya podía entrar.

Charles mostró una amplia y satisfecha sonrisa.

—¡Vaya! Pareces otro…

George no podía dejar de mirarse, como si el reflejo del espejo le mostrara una persona que no fuera él. El traje le quedaba perfecto, no podía negarlo, hacerlo hubiera sido de hipócritas. Le daba un aspecto tan elegante y distinguido que le parecía imposible que fuera la misma persona que había llegado a aquella casa con la chaqueta raída.

—¿Te parece bien? —preguntó Charles y se colocó a su espalda—. Si no te gusta el color, podemos buscar otro.

—No, no… Es perfecto —contestó George ensimismado.

Se giró para observar cómo le sentaba la chaqueta a su espalda. Se movió ligeramente. La ropa era mucho más cómoda de lo que había imaginado al verla en la percha.

—Falta un detalle: las botas —indicó Charles—. Espero que calcemos el mismo número; si no, esta tarde te compraremos unas.

Le dieron unas brillantes botas negras que le encajaron con la misma perfección que el traje.

Ahora sí que estaba completo y su asombro no podía ser mayor.

—¿Tendré que ir así vestido cada día? —quiso saber George sin dejar de mirarse.

—Sí, es parte fundamental, no es negociable. Debes ir vestido de acuerdo con nuestra posición social para poder acompañar a mi esposa.

George no dijo nada más, no iba a protestar por algo que debía reconocer que estaba empezando a gustarle. Jamás pensó que se vería vestido así. No entraba en ninguno de sus planes futuros, ni siquiera en sus mejores fantasías se había imaginado en esa situación. Y, aunque fuera solo por una semana, estaba dispuesto a disfrutarlo.

—Bueno, ¿ya te has decidido? ¿Aceptas el trabajo?

George se ajustó la chaqueta.

—Sí, creo que podría sacrificarme y aceptar su oferta.

Charles dio una palmada y se frotó las manos.

—¡Perfecto! —exclamó satisfecho—. Empezarás mañana, aunque yo me voy en dos días. Pero quiero ver cómo lo haces antes de marcharme, así que mañana haremos una pequeña prueba. Además, me interesa que en el barrio me vean contigo, quiero que sepan que te conozco y que lo tengo todo bajo control. Así no se sorprenderán si ven a Elizabeth en tu compañía los próximos días.

George aceptó sin rechistar. Aquel caballero lo tenía todo pensado, había evaluado hasta el mínimo detalle y sopesado con calma. Se notaba que había previsto cualquier tipo de situación que pudiera afectar a su mujer, y demostraba con ello ser una persona reflexiva y prudente.

«Igualito que yo», pensó George disimulando una risita irónica.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 24
Paseos y confidencias

A las diez en punto estaba en la puerta, ni un minuto más ni un minuto menos. Saludó cortésmente a la señora Pearson, que le recibió con una caída de ojos muy significativa y que le hizo mucha gracia. Le gustaba esa mujer, tenía personalidad, y estaba convencido de que conseguiría ganársela aunque solo tuviera una semana por delante.

Subió al primer piso, tal como le indicaron, y Thomas le ayudó a vestirse.

Unos minutos más tarde, bajaba completamente engalanado para la ocasión. Encontró a la señora Forster en el salón principal revisando una vajilla con una de las doncellas. Al verlo, esta mostró una gran sorpresa por su aspecto.

—¡Qué elegante!

George sonrió, se cogió las solapas y caminó hacia ella.

—¿Qué? ¿Le gusta? —inquirió mientras daba una vuelta sobre sí mismo y alargaba los brazos—. No me queda mal, ¿eh?

Elizabeth se tapó la boca para reprimir una risilla.

—Te queda muy bien, pero los movimientos deberían ser más elegantes para que fueran a conjunto con el traje.

—¿Qué les pasa a mis movimientos?

—Da igual, ya lo iremos refinando, tenemos días —indicó Elizabeth divertida.

Forster entró en la sala.

—Puntual y arreglado, ¡muy bien!

—Ya le dije que era eficiente.

—Nunca he tenido dudas.

Aquel primer día bajaron hasta Whitehall, en pleno centro, ya que la señora Forster quería hablar con la modista que le estaba preparando un vestido.

Elizabeth caminaba flanqueada por su marido a la derecha, cogidos del brazo, y a su izquierda por la señora Pearson, que también los acompañaba. George, por su parte, avanzaba por detrás a la distancia prudencial que le habían indicado.

Se pararon varias veces para hablar con vecinos y conocidos, y el muchacho pudo observar cómo el señor Forster les comentaba algo y todos giraban el rostro hacia él y asentían con una sonrisa. Este ritual lo repitió con todos los conocidos con los que se cruzó. George vio claro que le estaba presentando de manera discreta, para que la gente se acostumbrara a su presencia.

Llegaron a la tienda y entraron la señora Forster y la señora Pearson, mientras que Charles y George aguardaron fuera.

—Se nota que usted es muy conocido por aquí. Hemos tardado el doble de tiempo en llegar porque se han parado en cada esquina.

—Conocen a mi familia —apuntó—. No soy el primer Forster que reside en Londres. La sociedad ya conocía a mi padre y al padre de mi padre, así que somos una familia que está habituada a la gran ciudad.

George se apoyó en una ventana de la fachada y miró hacia el interior del local; vio a la señora Forster hablar con la modista mientras le tomaba medidas.

—¿De cuánto está embarazada su mujer?

—De casi cinco meses, se espera que nazca en noviembre.

—¿Y dónde se marcha estos días?

—A Brighton. Tengo que hablar con un coronel amigo de mi padre por el adiestramiento militar que terminé el año pasado. Me ha mandado una carta para que me reúna con él.

—Adiestramiento militar… Eso debe de ser común en la gente de su clase social, ¿no?

—No solo en mi clase social, puede alistarse cualquiera después de hacer las pruebas pertinentes de admisión y que te acepten, claro.

—No sé si yo serviría para eso y tampoco estoy muy convencido de que me aceptasen —comentó escondiendo una pícara sonrisa.

—¿Demasiadas normas para tu gusto?

—No soy bueno obedeciendo órdenes, se lo reconozco —respondió y se encogió de hombros.

Charles sonrió, le gustaba su sinceridad. No había artificios en sus palabras ni en su actitud, se mostraba tal cual era, sin importarle si a la gente le agradaba o no. Envidiaba poder ser tan natural, sin preocuparse continuamente de las apariencias.

Al cabo de media hora, la señora Forster salió de la tienda y, tras ella, la señora Pearson, que cargaba una caja.

George se dirigió hacia ella.

—Déjeme que la lleve yo, parece que pesa —se ofreció con la mejor de sus sonrisas.

—No es necesario, estoy acostumbrada —respondió la señora Pearson.

—Vamos, déjeme ayudarla y así la compenso si he sido algo brusco en nuestros comienzos.

La señora Pearson observó cómo ponía una inocente expresión con sus ojos azules clavados en ella y vio claramente que tenía experiencia de sobra en el arte de engatusar a las mujeres. Soltó un bufido y le cedió la caja.

—Vaya con cuidado, es muy caro —le indicó el ama de llaves antes de adelantarse para colocarse al lado de su señora.

George chasqueó la lengua al agarrar el paquete. Sabía que conseguiría, antes o después, simpatizar con aquella mujer. Se lo había propuesto como reto.



Al día siguiente, el señor Forster se marchó de Londres, no sin antes despedirse cariñosamente de su mujer y de dejar instrucciones claras a cada uno de sus sirvientes de que, si sucedía algo fuera de lo normal, debía ser informado con la mayor urgencia.

—Intentaré volver lo antes posible —le dijo a su mujer.

—Tranquilo, Charles, estoy bien.

—No me gusta dejarte tantos días.

Elizabeth se lo llevó aparte para tener un poco de intimidad y poder besarlo con más arrojo.

—Estaré deseando que vuelvas.

—Y yo de volver aquí contigo —le respondió con un suave susurro al oído.

Antes de subir al coche, llamó a George.

—Cualquier cosa que pase, aunque creas que no tiene importancia, quiero que me la comuniques. He dejado la dirección del hotel de Brighton, díselo a la señora Pearson y me mandáis una carta.

—Claro, no hay problema, le informaremos de todo.

—Intentaré regresar en cuanto termine las gestiones.

—No se preocupe, cuidaremos todos de ella.

Charles le dio un golpecito en el hombro antes de subir en el carruaje y alejarse calle abajo.



Las funciones que tenía eran tan simples y claras que aquello resultó ser el trabajo más sencillo de su vida. Solo debía caminar detrás de la señora y vigilar, y si surgía algún inconveniente, ayudarla. Ahí terminaban sus tareas.

Era una mujer muy agradable, sin un atisbo de la altanería propia de las señoras de la alta sociedad. Era alegre, elegante, pero al mismo tiempo natural, y debía reconocer que estaba cómodo en su compañía. Eso se agradecía teniendo que pasar tantas horas con ella.

Al segundo día, la señora Forster decidió dar un paseo por Hyde Park. En esa ocasión le acompañó su doncella particular, una mujer de unos veinticinco años, excesivamente callada, que solo le dirigió a George un «hola» y no se le volvió a escuchar la voz en todo el trayecto. Se mantenía pegada a su señora mientras George caminaba por detrás con parsimonia y se fijaba en cada detalle de aquel impresionante parque.

Era espectacular. Había prados despejados, zonas boscosas donde las ardillas correteaban libremente, y en mitad de todo aquello un enorme lago con una gran cantidad de patos, que sumergían sus cuellos más allá de la superficie y se deslizaban con calma a través del agua.

La señora Forster tomó asiento en un banco frente al lago. Al ver que se detenía, George permaneció de pie mientras la observaba atentamente y mantenía la distancia.

Cuando ya llevaban diez minutos empezó a cansarse de estar de pie sin moverse y comenzó a dar unos pasos de un lado a otro solo para desentumecer los músculos. Se giró y vio un grupo de tres muchachas que lo miraban y sonreían; se tapaban el rostro, reían y volvían a mirarlo.

George las miró un instante y se volvió de espaldas con intención de ignorarlas. Al cabo de un minuto, notó unos pasos cerca y vio que caía un pañuelo a sus pies. Se agachó a recogerlo y cuando se incorporó reconoció a una de aquellas muchachas frente a él.

La joven se sonrojó. Era castaña, con el pelo recogido en un aparatoso peinado que dejaba escapar un par de bucles y que estaba decorado con una diadema de perlas. Lucía un vestido verde de varias capas de seda y desvió sus ojos con un parpadeo en una clara pose coqueta.

—Gracias por recogerme el pañuelo, caballero —dijo sonriendo.

«¿Caballero? Vaya… definitivamente la ropa lo es todo en esta vida. He pasado de ladrón a caballero en una semana».

—De nada, aquí lo tiene —contestó y le dio el pañuelo.

Ella lo cogió de una manera tan delicada que casi ni lo rozó.

—Soy la señorita Emma Marie Kingswell de Misthall en Cowley Oxfordshire —se presentó—. ¿Y usted es?

George soltó un silbido por la cantidad de nombres que había pronunciado en un segundo sin atragantarse lo más mínimo. Apretó los labios con fuerza para disimular su expresión de sorna y decidió jugar a lo mismo.

—Yo soy George Crowley, nacido en Langholm, Escocia, pero instalado permanentemente en Joe Palace, al sur de la ciudad —explicó con tranquilidad, seguridad y su mejor sonrisa.

—Oh… Joe Palace. Me resulta familiar… —dijo ella pensativa.

George tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no soltar una carcajada. Si Joe supiera que estaba usando su nombre para transformar su taberna en un palacio, duraría el chiste hasta el siglo que viene.

—Encantada, señor Crowley —murmuró ella mientras le extendía la mano.

—Un placer, señorita… —Había olvidado por completo su apellido entre aquella cantidad de nombres.

—Kingswell —le recordó ella con una sonrisa.

—Eso, señorita Kingswell —repitió sujetándole la mano por simple educación, pero obviando el beso que se suponía que debía darle en el dorso.

La señorita recuperó su mano, un poco decepcionada por no haber recibido todo lo que deseaba. Se quedaron en silencio unos segundos, George porque no le apetecía alargar aquel momento y la señorita de

Oxfordshire porque no tenía más conversación. Pero, al cabo de unos segundos, ella añadió:

—¿Vendrá al baile de la duquesa de Mirlford?

—¿Cómo dice?

—Al baile de la duquesa en Kensington, la semana que viene.

—Uy, no creo que pueda, ya estaré fuera de esta zona.

—Oh, ¿se marcha de la ciudad? —preguntó desilusionada.

—Algo así. Pero dele recuerdos de mi parte a la duquesa y dígale que iré a verla en cuanto tenga un momento —contestó George con todo el descaro que pudo acumular.

La señorita Kingswell sonrió deslumbrada al escuchar que conocía a la duquesa. George se percató de su expresión y tuvo que desviar el rostro para no doblarse de la risa.

—Si me disculpa, debo marcharme ya. Ha sido todo un descubrimiento, señorita… —Había vuelto a olvidar su nombre. Aquello no ayudó a sus irrefrenables ganas de carcajearse.

Antes de que ella pudiera repetirle su apellido y de reiniciar la conversación, se despidió con un movimiento de cabeza y avanzó hasta donde estaba la señora Forster. Se acercó solo unos pasos para hacerse presente y enviarle una leve señal con la mano. Elizabeth, al verle, se levantó para retomar de nuevo su paseo.



Al día siguiente, el tercero desde su llegada, una tormenta les impidió salir. Se quedaron encerrados en casa a la espera de que amainase.

—Iré a ver si la señora Pearson necesita algo —indicó.

—Quédate aquí, George, y así hablamos un poco. Apenas lo hemos hecho en estos días —le pidió la señora Forster mientras se sentaba en uno de los sofás y cogía el bordado que estaba terminando.

El joven titubeó un instante, pero accedió y se quedó de pie en mitad del salón. Habían cogido cierta confianza en los días anteriores, aunque no tanta como para tener una larga charla. Pero si ella lo quería, a él solo le tocaba obedecer.

—¿De dónde eres, George?

—De Escocia.

—Lo sabía, tienes un pequeño deje en el habla que denota que no eres de Londres.

La señora Forster sonrió mientras clavaba la aguja y la sacaba por el otro lado.

—¿Y qué edad tienes?

—Dieciocho años. ¿Y usted? —preguntó de repente con su habitual espontaneidad.

Elizabeth lo miró perpleja.

—Eso no se pregunta a una dama —protestó sorprendida.

George se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa con despreocupación.

—¿Y por qué no? Usted me lo ha preguntado a mí.

—No es lo mismo, una dama no suele querer que se sepa.

—¿Por qué? Me parece una tontería. Las mujeres cumplen años igual que los hombres. ¿Por qué no puede decirse?

Elizabeth abrió la boca para rebatirlo, pero no supo qué decir y soltó una risa divertida.

—De acuerdo, tienes razón. Tengo veintiún años.

George ladeó el rostro, satisfecho, y se fijó en cómo ella acariciaba con devoción su vientre.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Le duele? —Señaló la barriga.

—La mayoría de las veces no, solo siento alguna molestia.

Se acercó a ella y se inclinó levemente.

—Me parece increíble que ahí dentro haya un bebé. ¿Puedo notarlo? —dijo mientras extendía la mano hacia ella.

Elizabeth se ruborizó con una expresión de asombro y confusión.

—¡Por supuesto que no!

George dio un paso atrás al darse cuenta en aquel momento de lo desafortunado que había sido su comentario. No lo había hecho con mala intención.

—Disculpe, por favor, no quería molestarla. Es que nunca había tenido tan cerca a una mujer embarazada y quería saber si se sentía algo. No era mi intención incomodarla.

Elizabeth lo observó y pudo apreciar su inquietud en el rostro, lo que hizo que suavizara su expresión.

—No te han enseñado a tratar a las mujeres, ¿verdad? —preguntó dejando la labor a un lado.

—Claro que sí. Sé tratar muy bien a las mujeres. Nunca he recibido quejas —replicó con altivez.

—Me refiero a ser sutil, a ser delicado y cortés. ¿Lo has hecho alguna vez?

La imagen de Emily se le apareció; su dulzura y su inocencia y cómo él se había adaptado a ella, siempre al tanto de sus deseos y respetando su ritmo. Había recibido de ella toda su ternura, lo que le había enamorado hasta la locura. Apartó el rostro al notar un nudo en la garganta.

—Sí… sí que lo he hecho. Una vez —dijo en voz baja.

—Debía de ser una joven especial.

George suplicó para que no continuara con aquella conversación.

—¿Estás enamorado, George?

—No —respondió seco.

—¿Y lo has estado alguna vez?

El joven cerró los ojos, necesitaba salir de allí a toda prisa. No quería recordar más.

—No —contestó con voz queda. Sintió que esa mentira le atravesaba el corazón.

—Una lástima, pero seguro que algún día encontrarás una muchacha especial y te enamorarás de ella.

—Lo dudo mucho.

—Claro que sí. El amor es lo más bonito del mundo.

—Y lo más doloroso —se dijo casi para sí, controlando su voz.

George dio un par de pasos hacia atrás para recuperar un poco el equilibrio que acababa de perder. Aspiró profundamente varias veces antes de girarse de nuevo hacia ella.

—No pienso enamorarme jamás —dijo con tanta firmeza que Elizabeth lo miró asombrada.

—Eso es muy rotundo, George, para solo tener dieciocho años. En cualquier momento aparecerá una jovencita que te robará el corazón.

—No si puedo evitarlo —replicó con la misma seguridad—. Y pienso hacerlo, se lo aseguro.

La expresión de Elizabeth se contrajo por la determinación que emanaba. Observó sus ojos y le pareció discernir algo profundo clavado en su alma. No insistió más en la conversación al percatarse de que le incomodaba y de

que le hacía daño ese tema. No sabía qué le había podido pasar, pero tenía claro que él no quería hablar de ello; y ella pensaba respetarlo.



Aquella tarde, George llegó a la taberna con una sensación de angustia que le tenía revuelto el estómago. Se resistía a volver a recordar la conversación que habían mantenido, pero el caso es que estaba ahí y sus frases volvían a su cabeza una y otra vez. Aquellas palabras que había pronunciado la señora Forster, sin ninguna mala intención, pero que le habían vuelto a recordar a ella.

Enamorarse…

Apretó la mandíbula tan fuerte que le dolieron los dientes.

No… No iba a hacerlo. No iba a volver a pasar por lo mismo: amar y perder. Sufrir de aquella manera tan desesperada por alguien que se había ido. No iba a volver a suceder.

Sabía que todo en esta vida tenía un final. Podía ser más corto o más largo, pero todo terminaba en algún momento, y no pensaba volver a entregar su corazón para sentirse destrozado un tiempo después. Ya fueran meses o años, pero pasaría, el desenlace llegaría y con él el dolor, y no estaba dispuesto a volver a pasar por ahí.

Lo tenía tan claro que nada ni nadie conseguiría que cambiara de opinión ni que sintiera algo que no quisiera. Él iba a controlar la situación en todo momento. No permitiría que le volviera a dominar el romanticismo, que tanto daño le había hecho.

El pasado quedaría como un recuerdo hermoso e inigualable, que había vivido y que formaría siempre parte de él. Pero a partir de ahora todo sería diferente. No podía cambiar el pasado, pero sí moldear su presente y su futuro como él quisiera. Y es lo que se había propuesto hacer: vivir, disfrutar, pero sin involucrarse más de lo adecuado ni más de lo recomendable.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 25
Cien libras

Al cuarto día, la señora Forster se despertó con ciertas molestias. Notaba una presión desagradable en la parte baja del vientre y decidió quedarse en cama. George aprovechó para pasear por aquella inmensa casa y encontró a la señora Pearson en la cocina.

—Eso huele de maravilla, ¿qué está preparando?

—Yo nada. La cocinera, un *pudding* de manzana.

—¡*Pudding* de manzana! ¿Puedo probarlo?

La señora Pearson le dedicó una mirada tan dura que le quedó claro.

—Vale…, deduzco que eso es un «no» —respondió George con fastidio.

Se sentó en una silla mientras ella revisaba unos cubiertos extendidos sobre un enorme trapo; los examinaba al detalle uno a uno.

—¿Cuál es su nombre? Nunca me lo ha dicho —preguntó el joven a la vez que apoyaba la barbilla en la mano.

—Margaret.

—¿Puedo llamarla Margaret? —le pidió, convencido de que aquello derivaría en un mínimo de confianza.

—Rotundamente no —respondió y levantó una cuchara a la que estaba sacando brillo.

—Vamos, usted puede llamarme George si quiere.

—No quiero. Y usted no me va a llamar Margaret. Soy la señora Pearson.

George soltó un bufido sin disimularlo lo más mínimo. ¡Qué rígida era aquella mujer!

Pasaron unos minutos en silencio, hasta que George volvió a intervenir:

—¿Hace mucho que trabaja para esta familia?

—Casi cuarenta años, desde que tenía quince.

—¡Anda! Toda la vida aquí… —exclamó pasmado.

—Y no encuentro un honor mayor —dijo con alborozo—. Trabajé primero para los padres de mi señor y ahora para él.

—¿Los padres del señor Forster están muertos?

—La madre sí, murió hace unos años —explicó con una marcada tristeza —. Pero el padre vive en York, en la casa familiar de allí.

—¿Ellos son de York? No lo sabía.

—Sí, los dos. Tanto mi señor como mi señora son de York, pero les gusta pasar temporadas en Londres, y entonces yo los acompaño, para que no les falte de nada, sobre todo desde que mi señora está embarazada.

George apreció cómo lo explicaba con un orgullo que le hacía levantar la barbilla y con el que se daba un aire de importancia. Se notaba el regocijo que sentía al contarlo.

—Estoy convencido de que no podrían tener mejor ama de llaves que usted —añadió él con gentileza.

La señora Pearson lo miró un instante, emocionada al escucharlo, y luego esbozó una dulce sonrisa.

—Gracias —respondió y se giró—. Le voy a dar un poco de *pudding* —añadió para sorpresa del muchacho.

—¿En serio? ¡Gracias!

Al momento le trajo un plato con un trozo del postre.

George lo devoró mientras soltaba exclamaciones de absoluto placer y satisfecho de haber logrado acercarse un poco más a aquella mujer, de la que se iba ganando su aprecio cada día.



La señora Forster comió en su habitación, sin dejarse ver hasta pasadas las cuatro, cuando bajó al salón visiblemente pálida.

George la observó preocupado, no tenía buen aspecto.

—¿Cómo se encuentra?

—Estoy mejor —dijo con debilidad.

—¿Está segura? Discúlpeme, pero no tiene buena cara.

Elizabeth sonrió ante su habitual sinceridad.

—De verdad que estoy bien, solo un poco mareada. Y después de estar todo el día acostada, me apetecía levantarme un rato.

—Tal vez le iría mejor volver a la cama.

—Tranquilo, George, estoy bien, solo quería caminar un poco por la casa… —No terminó la frase, su rostro perdió el poco color que le quedaba; se apoyó en el respaldo del sofá y se desvaneció.

George corrió hacia ella y la sujetó antes de que tocara el suelo. Reparó asustado en que se había desmayado, igual que el día que la encontró en la calle.

—¡Señora Pearson!

El ama de llaves apareció y soltó un grito al ver la escena. Rápidamente se acercó a ella.

—¡Señora, despierte! —exclamó perdiendo su habitual compostura.

George la levantó en brazos con cuidado.

—Voy a subirla a su habitación. Llame al médico para que venga cuanto antes.

La señora Pearson asintió y salió a toda prisa.

El muchacho la llevó escaleras arriba y la depositó con mucho cuidado en la cama. Tenía el rostro tan pálido que parecía de mármol.

—Señora Forster, ¿me oye? —la llamó con un susurro—. Vamos, despierte, por favor.

Nada, ninguna respuesta. Solo su respiración pausada daba señales de que continuaba allí.

Pasaron más de veinte minutos y continuaba sumergida en aquel sueño profundo, con el mismo tono de piel, sin ninguna mejoría. ¿Dónde diablos estaba el doctor? George empezó a dar vueltas por la habitación, de un lado a otro de la cama, sin dejar de mirarla.

—Señora Forster, ¡despierte, por favor! —le rogó de nuevo mientras se acercaba a ella—. Vamos, Elizabeth, usted es más fuerte que todo esto —le pidió mientras le sujetaba la mano—. Piense en su marido, en las ganas que tendrá de volver aquí para verla. Tiene que despertar por él, por su bebé, por usted misma.

Los ojos de Elizabeth se movieron bajo los párpados cerrados en una débil reacción.

En aquel momento, la señora Pearson entró en la estancia acompañada de un hombre con un maletín. El doctor se acercó a ella, le tomó el pulso e hizo que reaccionara con un compuesto de hierbas que puso bajo su nariz.

Elizabeth abrió la boca y respiró profundamente. George y la señora Pearson soltaron un hondo suspiro de alivio.

Pasaron varios minutos con el doctor, que la examinó al detalle.

—Necesita reposo y mucha calma. Creo que el embarazo podría complicarse si no mantiene un descanso más estricto.

El médico dejó unas recetas de unos reconstituyentes y explicó cómo estos la estimularían y le darían más vitalidad.

Cuando se hubo marchado, la señora Pearson bajó para hacerle una infusión caliente, mientras George se quedó en la habitación.

Elizabeth alzó la mano para que se acercara.

—Gracias… otra vez —susurró.

—No me dé las gracias. Ahora tiene que descansar. Avisaré al señor Forster…

—No, no le avises, no ha sido nada grave —le interrumpió a la vez que intentaba erguirse.

—¿Que no ha sido nada grave? Se ha desmayado en el salón. Tengo que avisarle.

—Por favor, no. No quiero que interrumpa su viaje por esto.

—Señora Forster, lo siento, pero debo avisarle. Le di mi palabra de que lo haría si sucedía algo, se lo prometí y voy a cumplirlo. Debe saber lo que ha pasado y que él mismo decida si quiere volver ya o esperar. Pero yo debo decírselo —indicó George firme.

Elizabeth volvió a estirarse y asintió con la cabeza.

Consiguió la dirección del hotel de Brighton y le escribió la carta; después se fue corriendo a toda prisa hacia las oficinas de correos para que el mensaje saliera en el transporte urgente de aquella misma tarde.

Esperaba que él lo recibiera cuanto antes. Ahora parecía que Elizabeth estaba mejor, pero no podían estar seguros de que no volviera a recaer en los próximos días; era mejor que él estuviera aquí con ella. Por lo que pudiera pasar.



Tal como George había previsto, la carta debió de llegar a Brighton a la mañana siguiente y el señor Forster se presentó a última hora de la tarde en la casa.

Apareció agotado por las horas del viaje que había realizado prácticamente sin descansar, más de cincuenta millas sin detenerse. Dejó su sombrero y su chaqueta en la entrada y corrió directamente escaleras arriba. Entró en la habitación con la respiración alterada y vio a George y a la

señora Pearson a ambos lados de la cama. Los dos se apartaron de inmediato para dejarle su espacio. El caballero se acercó a Elizabeth, se inclinó hacia ella y le cogió la mano.

—Liz, mi amor —murmuró mientras le apartaba un mechón de la frente.

Elizabeth reaccionó al escuchar su voz y le dedicó una dulce sonrisa.

—Charles…

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, no ha sido nada. No te preocupes.

George quiso intervenir para desmentirlo, pero la señora Pearson le cogió del brazo para que se mantuviera en su sitio y le susurró: «Después, ahora no». El muchacho obedeció y aceptó darles aquel momento de calma, aunque estaba dispuesto a explicarle más tarde al señor Forster lo que había sucedido. Abandonaron la habitación con discreción para dejarlos a solas y cerraron la puerta con cuidado.

Veinte minutos más tarde, Charles bajó al salón para servirse una copa y acomodarse en su butaca.

—¿Cómo se encuentra su esposa?

Charles levantó la vista y vio a George en la entrada con el rostro tenso.

—Está cansada y débil, pero espero que en estos días se recupere.

—Mire, no quiero inmiscuirme, pero lo que ha dicho su mujer no es cierto. No es verdad que haya sido algo sin importancia. Su esposa ya se levantó con molestias ayer, estuvo toda la mañana en cama casi sin poderse mover y cuando bajó por la tarde se desmayó aquí mismo y perdió el conocimiento. Sinceramente, pienso que esto es algo más grave de lo que ella cree.

Charles se tapó los ojos con las manos.

—Te agradezco tu sinceridad, George, y que me hayas avisado con tanta urgencia.

—Se lo prometí, señor.

El caballero mostró una ligera sonrisa.

—Sabía que no me equivocaba contigo. Lo supe desde el momento en que rechazaste mi dinero. Ahí pude ver que eras noble e íntegro.

Aquella afirmación descolocó a George y lo hizo sentirse extrañamente incómodo. Nadie lo había definido nunca así. Ni él mismo se tenía en tal alta consideración.

—No tiene que agradecerme nada. Es mi trabajo.

Charles volvió a sonreírle.

—Sé que no pensabas en tu trabajo cuando has estado tan pendiente de ella, así que no intentes justificarte.

El muchacho apartó la vista. Era cierto. Ni por un momento había pensado que aquello era parte de sus obligaciones. Lo había hecho por ella, por ellos dos, sin pensar en nada más. Porque debía reconocer que en apenas unos días les había cogido aprecio, por su manera de ser y por cómo le habían tratado desde el principio.

—George, ahora que ya estoy aquí, si prefieres no venir mañana, lo entenderé. No estás obligado y comprendería que quisieras volver a tu rutina. Yo puedo cuidar ya de ella, pero, tranquilo, que te seguiré pagando lo acordado. Así podrás volver a encargarte de tus asuntos y recuperar tu vida.

«Recuperar mi vida… ¿Qué vida?», se dijo.

—Preferiría venir, si no le importa. Me quedaría más tranquilo si supiera que está totalmente recuperada. Pero si usted prefiere que no venga…

—No, me gusta que estés aquí. Me agrada tu compañía. Así que, si quieres venir, puedes hacerlo cuando quieras.

—Gracias… Me gustaría hacerlo, pero no quiero que piense que lo hago por el dinero, porque no es así.

—Lo sé, tranquilo, por eso quiero que vengas, porque sé que lo haces solo por preocupación. —Se levantó como si el cuerpo le pesara y se encaminó hacia una puerta del fondo del salón—. Espérame un momento, ahora vuelvo.

Regresó al cabo de unos minutos portando una bolsa de terciopelo azul.

—Tu dinero —dijo y le entregó la bolsa.

—No tiene que pagarme ahora, ni siquiera ha pasado la semana convenida.

—Ya te he dicho que eso me da igual. Te has ganado el dinero y te lo pago con gusto.

George cogió la bolsa con la desagradable sensación de no merecer tal cantidad. No había sido un trabajo duro ni cansado ni peligroso. Al contrario, había sido agradable y entretenido, lo había disfrutado a pesar de haber sido tan pocos días. No creía que fuera merecedor de ese pago, no sentía que se lo hubiera ganado. Pero sabía que el señor Forster no dejaría que se lo devolviera y, además, se arriesgaba a ofenderlo si no lo aceptaba.

Al fin y al cabo, un trato siempre es un trato.



Llegó a la taberna absorto en sus pensamientos. Reflexionó sobre cómo habían transcurrido aquellos días y sobre qué era, según su conciencia, lo que debía hacer a partir de entonces.

Vio a Hunter y a Wild, sentados y riendo en un rincón, y se acercó a ellos.

—Me gustaría hablar con vosotros un momento —les indicó con una señal para que lo siguieran.

Los dos se levantaron y subieron las escaleras hasta su habitación. Una vez dentro, George sacó la bolsa de terciopelo y vació su contenido encima de la cama.

—¡Dios! —exclamaron los dos al unísono.

—¿Es el dinero del caballerete? —preguntó Hunter atónito.

—Sí, me ha pagado esta tarde.

—Creo que jamás he visto tanto dinero junto —dijo Wild con los ojos brillantes.

George se apartó de la cama.

—Es para vosotros. Cincuenta libras para cada uno.

Los dos arquearon una ceja, extrañados.

—¿Qué estás diciendo? Es tuyo, te lo has ganado —replicó Hunter.

—No me he ganado nada, Hunt. Ha sido un trabajo tan sencillo que hasta un niño podría haberse encargado.

—Pero lo has hecho tú, no un niño. ¡Tú! —espetó—. Has hecho lo que te pidieron y lo has hecho bien. Es tu dinero. No pienso cogerlo.

—Yo tampoco, George —indicó Wild—. Si dices que tú no te lo has ganado, nosotros menos, que no hemos hecho nada.

—Sí que os lo habéis ganado —contestó en voz baja.

Wild y Hunter se observaron sin comprender.

—Durante estas últimas semanas habéis estado conmigo, a mi lado. A pesar de mis gritos, de mis desprecios continuos, nunca os habéis alejado, siempre os he tenido ahí. Gracias a vosotros no acabé con todo. Habéis sido mi mayor apoyo. Y ahora puedo recompensaros y conseguir que me perdonéis por mi nefasta actitud.

—No tenemos que perdonarte nada, George. Era lógico cómo te sentías —respondió Hunter, que apoyó una mano en su hombro.

—Sí, era lógico cómo me sentía, pero no fue justo cómo os traté. En ningún momento os he agradecido todo lo que habéis hecho por mí, y ahora tengo esa oportunidad. Por favor, coged el dinero, es la única manera de que termine esta etapa con un poco de paz.

Los dos se cruzaron una mirada con la duda instalada en sus mentes.

George se acercó a Hunter.

—Hunt, monta tu granja. La que siempre has soñado con tus ovejas y tus pollos. Ahora podrías hacerlo.

Se giró hacia el otro.

—Wild, si de verdad quieres a Caroline, llévatela de aquí. Sácala de este mundo y de Londres, marchaos lejos los dos y empezad de cero.

Se separó de ambos y los miró.

—Gracias a los dos por todo, por lo de estas semanas y por los años anteriores, porque, a pesar de las cosas malas que hemos vivido, siempre he podido contar con vosotros. Y aunque no empezamos con muy buen pie —afirmó mirando de reojo a Wild, que sonrió recordando aquellos inicios—, me habéis demostrado lo que valéis. Necesito que cojáis este dinero. Hacedlo por mí, por favor.

Hunter se frotó el cuello con la mano sin saber qué contestar, mientras Wild bajaba el rostro meditabundo.

—Pensad que lo hacéis por mí —insistió George—, porque yo os lo pido. Os juro que necesito que cojáis este dinero y que podáis empezar de cero.

—Pero tú también podrías hacerlo, empezar en otro lugar —intervino Hunter—. Si no quieres todo el dinero, repartámoslo entre los tres, pero quédate una parte.

—No lo quiero Hunt —dijo con firmeza—. Y si lo dividimos en tres partes, no os dará para todos los proyectos y para poder estar tranquilos. Quiero que os lo quedéis.

—Pero, George…

—Mira, Hunt, no merezco este dinero, ni siquiera merecía la oportunidad y el trabajo que me han ofrecido. Por eso quiero que lo tengáis vosotros.

Wild dio un par de pasos para acercarse a él.

—¿Y por qué no lo mereces? —intervino con una mirada grave—. ¿Por ella? ¿Por lo que le pasó? —George apartó el rostro—. No fue culpa tuya.

Deja de culparte, deja de autocompadecerte. El único culpable fue Black. ¡Él la mató, no tú! —exclamó con un tono más elevado.

George se apoyó en la pared con las manos y les dio la espalda.

—Y si tú no mereces ese dinero por esa razón, que ni siquiera fue culpa tuya —continuó Wild—, ¿cómo vamos a merecerlo nosotros con la vida que hemos llevado? ¿No ves que no tiene sentido…?

George se giró hacia él.

—Me da igual la vida que hayáis llevado. Necesito terminar con esto, conseguir algo de paz y sentirme bien conmigo mismo. Necesito ver que he hecho algo realmente útil por alguien. Y esta es mi única oportunidad, no tendré otra. —Empezó a respirar de manera agitada; luego se tapó el rostro con fuerza—. Además…, sé que ella estaría orgullosa de esto. Si me está viendo, estará orgullosa de mí, lo sé. —Alzó los ojos vidriosos hacia ellos —. Por favor, concededme esta petición. Os lo suplico.

Ante aquel ruego cargado de dolor, no pudieron contestar. Se miraron y se quedaron en silencio varios minutos sopesándolo. Finalmente, tras aquellos instantes que parecieron horas, accedieron a su petición, con la condición inamovible de que él siempre acudiría a ellos en caso de necesitar algo, fuera lo que fuese. George aceptó y, por primera vez en muchas semanas, sintió un poco de serenidad entre tantas cicatrices marcadas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 26
Club de… ¿Caballeros?

Los dos se inclinaron sobre la mesa de centro, situada en mitad del salón y rodeada de sofás y butacas. Ambos en silencio, con expresión concentrada, analizaban todo al detalle, sabiendo que cualquier decisión podía ser crítica.

—Creo que pondré mi caballo aquí… —dijo George mientras movía una pieza.

Charles fijó la mirada en el tablero. Elizabeth empezó a reír tapándose la boca.

—Oh, Charles, creo que te ha ganado —exclamó ella sin poder aguantar la risa.

—¿He ganado? ¡Síííí! —exclamó George y alzó los brazos a modo de triunfo. Se levantó de un brinco.

—No, no, un momento. Esto hay que verlo bien, seguro que hay algún error… —protestó Charles a la vez que estudiaba cada una de las piezas.

—No hay ningún error. Mire: si usted mueve el rey aquí, mi larguirucho le ataca por este lado.

—Se llama alfil —rezongó y soltó un bufido—. ¿Cómo vas a ganarme si ni siquiera te has aprendido el nombre de las piezas?

—¿Qué quiere que le diga? ¡Soy buenísimo!

—No…, seguro que hay algo que no hemos hecho bien…

—Charles, te ha ganado, acéptalo, no tengas tan mal perder —insistió Elizabeth.

George seguía de pie haciendo un extraño baile de la victoria en mitad del salón.

—Tengo un don para la estrategia —señaló y continuó con sus estrafalarios movimientos—. Creo que podría liderar un ejército.

—¡Que Dios nos asista si lo haces! —gruñó Forster aún a la búsqueda del ansiado error en alguna jugada.

—Deje de revisar el tablero, he jugado mejor que usted y ya está —replicó sin dejar de bailotear.

Charles alzó la vista hacia él de manera amenazante.

—¿Sabes cuántos años llevo jugando al ajedrez? Diez. ¿Y tú? ¿Quince días?… No…, hay algún error, estoy convencido —insistió Forster con vehemencia.

—Vamos, no se lo tome así, le prometo que en la siguiente partida le dejaré ventaja, no me gusta abusar de mis adversarios —espetó George a la vez que soltaba una carcajada.

Charles le dedicó una mirada desafiante antes de levantarse.

—Muy seguro te veo… Esta tarde jugaremos la revancha, sin piedad ni compasión, y obtendré mi merecida victoria —sentenció con tanto ímpetu que en lugar de una partida de ajedrez parecía que se jugasen el destino de las colonias perdidas.

Salió del salón con largas zancadas y George estalló en otra carcajada.

—Elizabeth, que sepa que provocar a su marido se ha convertido oficialmente en mi afición preferida.

La señora Forster apretó los labios para no volver a reírse.

Tres semanas habían pasado desde el último incidente que había sufrido Elizabeth, y desde entonces se había establecido una rutina entre ellos casi sin darse cuenta. George aparecía por la casa los días que quería, que solían ser la gran mayoría, a la hora que le apetecía. Si el matrimonio estaba allí, compartía un rato con ellos, y, si no, les esperaba y mientras hacía compañía o desesperaba a la pobre señora Pearson.

Desde el último desmayo de Elizabeth, su salud había mejorado visiblemente. Seguía a rajatabla cualquier indicación del médico y aquello había aliviado sus molestias y hecho desaparecer por completo sus mareos.

Por su parte, Wild y Hunter habían abandonado Southwark, se habían instalado más al sur del condado de Surrey. Le habían insistido a George innumerables veces para que los acompañase, pero él había rechazado la oferta, ya que prefería vivir más cerca de Londres.

Supo por sus cartas que Hunter había comprado unas tierras para iniciar su proyecto de la granja, y Wild había convencido a Caroline para que se marchase con él. Ambos estaban, por fin, cumpliendo lo que siempre habían deseado. Aquellas noticias llenaron de satisfacción a George; se sentía tremendamente orgulloso de haber podido colaborar a que los dos lograsen sus objetivos.

Les prometió que iría a verlos más adelante, cuando ya estuvieran establecidos, y que mantendrían el contacto por carta para seguir informados de cualquier novedad.

Y de esta manera cada uno fue tomando su propio camino.



Una de las acostumbradas tardes que pasaban los tres juntos, Charles recibió una nota cuyo contenido le sorprendió.

—¡Vaya! *Sir* Edward Wilson ha vuelto a la ciudad y quiere que nos veamos esta tarde en el Majestic Club.

Elizabeth torció la boca con desagrado, algo que percibió George.

—¿Quién es ese Edward Wilson? —preguntó el muchacho.

—Es un barón de Sussex —explicó Charles—. Nos conocemos desde hace años y coincidimos durante varios meses en el ejército.

La expresión de Elizabeth se hizo más tensa.

—Es un buen estratega militar…

—Y un pedante, un mujeriego, un derrochador y un juerguista —añadió su mujer con desprecio—. Una joya.

—Vamos, Liz, a lo mejor ha cambiado.

—¿En serio, Charles? Estoy más al corriente que tú de los chismes y te aseguro que no ha cambiado en absoluto. La última noticia que me llegó es que había dejado embarazada a una de las sirvientas de sus padres y que se tuvo que ir de allí a toda prisa para que el escándalo no fuera mayor. Ahora entiendo por qué ha vuelto a Londres.

Charles observó la dura mirada de su esposa.

—Pues puedes estar tranquila porque no iré a verlo.

—Haz lo que quieras.

—Liz, no te enfades, no pienso ir.

George pasaba la vista de uno a otro sin intervenir; parecía que el tal Wilson era capaz de provocar una crisis en el matrimonio incluso sin estar presente.

Elizabeth se levantó dispuesta a salir del salón.

—Mira, Charles, casi prefiero que vayas esta tarde al club, porque, si no vas, es capaz de venir mañana aquí, y no quiero verlo. Sabes de sobra la opinión que tengo de él, así que mejor que no se presente porque no pienso ser educada.

—De acuerdo. Iré solo un rato, saludaré y me marcharé, te lo prometo. Así no tendrá excusa para presentarse en casa.

Elizabeth asintió sin disminuir ni un ápice su malestar y, sin decir palabra, salió del salón.

—Vaya…, se ha enfadado de verdad —apuntó George sorprendido—. Nunca la había visto así.

—*Sir* Edward es un tipo un tanto… peculiar, por llamarlo de alguna manera.

—Ya lo veo.

Al momento una idea cruzó la mente de Charles.

—Oye, George, ¿te apetece venir al club conmigo esta tarde?

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó atónito.

—Quiero presentarte a varias personas que sé que estarán allí.

—No sé, yo no me veo entre tanto barón y caballero.

—Por eso mismo deberías venir. Quiero que vayas conociendo el ambiente, será bueno para ti.

—¿Para mí? No lo entiendo.

—Todo son influencias en esta vida, George. Cuanta más gente conozcas más facilidades tendrás para conseguir lo que quieras.

George dudó de su propuesta, no estaba cómodo con tanto noble almidonado. Una cosa era estar con ellos dos, con el señor Forster y Elizabeth, con los que había congeniado de manera sorprendente; pero otra muy distinta era estar en una misma sala con varios hombres que se creían el ombligo del mundo. Se conocía y sabía que tenía poco aguante para soportar afirmaciones petulantes sin poder contestar.

—Mire, le recomiendo por su reputación y su buen nombre que no me lleve allí —dijo George con una elocuente expresión—. Me conozco y no me responsabilizo de mis actos ni de mis palabras. Sabe lo poco que me cuesta contestar, y no me veo capaz de escuchar según qué bobadas.

Charles sopesó la idea al imaginarse las escenas y al reconocerse las ganas que él mismo tenía de responder a más de uno.

—George, quiero que vengas, lo digo en serio. Sé que eres impulsivo, pero también muy inteligente. Estoy convencido de que sabrás controlarte y, si no lo haces, te servirá de lección, que también te irá bien.

El joven se encogió de hombros.

—Usted mismo, yo ya le he avisado. No quiero que después haya reproches.

—Ni uno solo. Confío en ti.



El Club Majestic estaba en la calle St. James, justo al lado del palacio de St. James, la residencia principal de la familia real. George ya había visto aquel palacio en alguno de los muchos paseos de aquellas semanas, pero seguía asombrándole el hecho de que ahí dentro estuviera el rey Jorge, a solo unos metros de él.

El club estaba dividido en varias salas; algunas con butacas de cuero y mesas bajas en las que los hombres charlaban y bebían; otras con mesas de juego, donde los caballeros apostaban y algunos perdían verdaderas fortunas en apenas unas horas; y otras salas donde se debatían soluciones para «salvar a la humanidad» y aumentar el honor de Inglaterra y del Imperio británico.

George entró detrás de Forster. A pesar de su elegante traje, se sentía más inseguro de lo habitual, y aquella sensación no le gustó lo más mínimo. Estaba tan acostumbrado a controlar las situaciones que verse rodeado de tanto caballero y *milord* le hizo estar incómodo desde el inicio.

—¡Charles!

Forster vio que Edward Wilson se acercaba sonriente.

—Edward —saludó de manera escueta y le estrechó la mano.

George le contempló: era moreno, con el pelo ligeramente rizado y unas patillas que enmarcaban su rostro. Sus labios mostraban una engreída sonrisa, y supo al instante que aquel hombre no le gustaba.

—Edward, quiero presentarte a George Crowley.

Wilson lo saludó con un fuerte apretón de manos.

—Un placer, señor Crowley.

George sonrió forzadamente; hasta el tono con el que había pronunciado su nombre era altivo. Una vez Wilson le hubo saludado, la atención de él pasó de nuevo a Forster.

—Bueno, Charles, cuéntame, ¿cómo estás? Te eché de menos en Brighton el año pasado.

—Me casé, ¿lo recuerdas?

—Cómo no recordarlo… Tu mujer es difícil de olvidar.

—No te pases, Edward —replicó Charles con firmeza.

—Tranquilo, no te enfades, es una broma —dijo riendo—. Aunque si yo estuviera casado con una mujer como la tuya, también me molestaría por los comentarios y mataría a más de uno si la mirase más de lo debido.

—Tendré en cuenta tu consejo —contestó Charles.

—Dale un afectuoso saludo de mi parte y dile que estoy deseando verla —añadió pronunciando la última palabra de manera sugerente.

George vio que Forster apretaba el puño con disimulo, sin contestar. Al joven le resultaron sorprendentes y bastante humillantes las apariencias que tenían que guardar todos delante del resto. Estaba claro que Forster no aguantaba a aquel tipo, pero se había sentido obligado a ir a verlo y hacer una auténtica pantomima con toda su educación y sus modales. George alzó las cejas al observar cómo hablaban tranquilamente; sabía que él sería incapaz de aguantar aquello.

Mientras ellos seguían con su conversación, pasó la vista por la sala. Debía de haber una docena de caballeros bebiendo y charlando, y en otra sala vio una gran mesa, con un tapete verde, que acogía a varios jugadores que maldecían o se felicitaban según el resultado de la mano de cartas.

Al cabo de unos minutos, Charles fue requerido por otro caballero, que le saludó desde la sala contigua. Indicó que volvía enseguida y se internó en la otra habitación.

—Bueno, George… ¿Puedo llamarle George? —preguntó Edward cuando estuvieron a solas.

Al muchacho le dieron ganas de responderle que no hacía falta ni que le hablase, pero decidió controlarse y asintió.

—Así que es amigo de Charles.

—Sí, desde hace poco.

—¿Y cómo se conocieron?

—Ayudé a su mujer en un incidente que tuvo.

—Ay, Elizabeth… —exclamó Edward con un suspiro que de inocente tenía bien poco—. Qué mujer más excepcional.

—Sí, es toda una dama.

—Cierto, una dama hermosa, demasiado hermosa, ya me entiende. Si ha pasado aunque solo hayan sido cinco minutos en un salón con ella, sabe a qué me refiero —afirmó con un guiño que hizo que la tensión de George aumentara—. Creo que iré a verla un día de estos.

—No creo que sea buena idea —replicó.

—Yo creo que sí. Estoy deseando verla, aunque sea un instante.

—El sentimiento no es mutuo, se lo aseguro —contestó George endureciendo el tono.

Edward empezó a reír.

—Las mujeres que se hacen de rogar son las mejores. Y Elizabeth es un ser superior. —George se obligó a respirar profundamente para no estamparle la cara contra la estantería que tenía detrás—. Y sé que su actitud solo es fachada —continuó Wilson con el mismo tono arrogante—, estoy convencido de que por dentro siente algo más intenso.

—Sí, un absoluto desprecio —soltó George sin darse cuenta.

Edward arqueó los labios lentamente en lo que parecía una sonrisa, pero el muchacho se percató de que era un aviso. Se notaba que no estaba acostumbrado a que le contestaran.

—Mire, George, no sé si tiene mucha experiencia con mujeres, pero yo soy un auténtico profesional: las comprendo y sé lo que quieren y cuándo lo quieren —añadió a la vez que se acercaba a él—. Y sé lo que desean aunque estén casadas —le susurró.

George sintió que aquel comentario le ardía por dentro. Tomó aire con fuerza para intentar controlarse; estaba a una sola palabra de hacerle tragar las ridículas patillas que llevaba.

—Le aseguro, George, que no hay un solo hombre en este salón que no desee poder estar con Elizabeth más… íntimamente. Usted ya me entiende —añadió con un guiño que al joven le dio arcadas.

—Le aconsejo que no diga nada más —siseó George mientras le clavaba la mirada.

Wilson empezó a reír.

—Vamos, estoy bromeando. Charles me conoce, por eso no le molestan mis comentarios.

—Eso es mucho suponer —espetó George—. Y tiene que saber que yo no tengo ni el aguante ni la educación del señor Forster; así que le aconsejo que me haga caso y se calle. Será lo mejor, se lo aseguro.

—¿Y a usted qué más le da? Ni siquiera es su esposa. ¿O es que le interesa más de lo que dice? Es eso, ¿verdad?

George acercó más su rostro al suyo y le soltó el aliento sobre su cara.

—Es mi último aviso, ¡cállese!

Wilson mostró una insolente sonrisa, la de alguien que sabe que es intocable y que puede hacer y decir lo que quiera.

—George, debería relajarse un poco —le aconsejó alargando cada palabra con mofa—. No hay maldad en lo que digo, solo soy sincero y expreso lo que pienso, no hay nada malo en ello. Y no es nada extraño que pueda encontrar atractiva y deseable a una mujer como ella —murmuró alzando la barbilla—. Y aunque esté casada, le aseguro que daría lo que fuera por poder estar a solas con ella bajo el mismo techo, aunque fueran unos minutos. Solo de pensarlo… —Dejó escapar un leve jadeo con los ojos cerrados.

Aquello ya fue demasiado. George agarró de las solapas a Edward y lo empujó contra la pared.

—Que conste que le he avisado —le dijo con la mirada encendida.

Después apretó el puño y le golpeó, lo que provocó que cayera al suelo con un fuerte estruendo. La sala quedó en silencio y todos los caballeros se giraron hacia ellos. George lo miró desde arriba, vio cómo se removía aturdido en el suelo y se arrodilló a su lado.

—¿Quiere compartir con toda la sala lo que me ha dicho? ¿Quiere compartirlo con su marido? —le preguntó George en voz baja—. Estoy convencido de que le encantará escucharlo; pero no se lo dirá porque es un cobarde y un miserable. Lo he sabido desde que le he visto.

Los ojos de Edward brillaban con furia por la humillación que estaba viviendo. George se agachó más y se acercó a su oído.

—Como le vuelva a escuchar decir algo más de la señora Forster no solo recibirá un puñetazo, se lo aseguro —le amenazó en un susurro—. Yo no me ando con tantas ceremonias como estos caballeros de aquí, no tengo tanta paciencia ni una reputación que defender, así que le recomiendo que no me provoque.

Se irguió despacio, disfrutando de la expresión de asombro y temor que veía en el rostro de su adversario. Estaba claro que era la primera vez que a aquel barón lo ponían en el sitio que le correspondía.

Y en aquel instante, George fue consciente del silencio tan abrumador que había en la sala. Los asistentes no hablaban, ni siquiera murmuraban, solo se mantenían quietos observándoles. Se giró despacio y comprobó que todos los caballeros tenían los ojos fijos en él. Tragó saliva y pensó en el señor Forster, en la reacción que iba a tener con él y en los posibles problemas que podría sufrir a consecuencia de sus actos. Maldijo mentalmente no tener más autocontrol. Debería haberse alejado de aquel

miserable para no escucharlo, en lugar de dejarse llevar por sus impulsos. Pero el daño ya estaba hecho.

Charles entró en la sala y vio a George de pie junto a un desconcertado Edward, en el suelo mientras se acariciaba la mejilla dolorida. Se acercó a ellos y los miró alternativamente. Edward se incorporó.

—Charles…

—¡Cállate, Edward! —le interrumpió Forster y le dedicó una dura mirada.

Agarró del brazo a George y se lo llevó hacia la salida. El joven lo observó de reojo, su expresión era tensa. Una vez en la calle lo soltó.

—Se lo merecía. —soltó George. No iba a pedir disculpas por algo que no lamentaba y que volvería a hacer.

—Lo sé —respondió Charles—. Lo conozco de sobra y todos hemos tenido el mismo deseo que tú en algún momento. La diferencia es que nosotros nos hemos controlado. Y no es una crítica hacia ti, ojalá pudiéramos comportarnos tan libremente como lo haces tú, pero no podemos.

—¿Está molesto? Entendería que estuviera enfadado conmigo, pero es que lo que dijo…

—No quiero saberlo —le interrumpió Charles grave—. Me lo puedo imaginar y no quiero saberlo, porque si lo sé… —apretó los dientes y tensó el brazo—, mis modales no serán suficientes para frenarme.

George se calló y no dijo nada más. La expresión de Forster era suficiente para saber que hubiera sido capaz de cualquier cosa por defender a Elizabeth.

Volvieron a casa en silencio, a medida que la tarde se apagaba poco a poco y dejaba una luz residual a cada paso que daban. El muchacho caminaba inquieto por aquel silencio y aquella tensión que se palpaba. Veía de reojo que Charles andaba con el ceño fruncido. Sabía que estaba molesto y seguramente no querría que volviera por allí. Aunque él pudiera entender sus motivos, no era una actitud propia de caballeros y era posible que no quisiera volver a verlo. Y podía comprenderlo, ya que al final la realidad era que él nunca había pertenecido a aquel mundo.

Llegaron a la puerta con aquel silencio que los había acompañado durante todo el trayecto. Al ver que no decía nada, George fue asumiendo lo que iba a suceder, sin que pudiera hacer nada para evitarlo. El hecho es que había cometido un error y en aquella sociedad era imperdonable.

Se acercó a él para despedirse, pero Charles intervino.

—Quédate a cenar, se ha hecho tarde.

Aquello descolocó a George.

—¿Qué?… Ah… De acuerdo —contestó en voz baja, confuso por aquella respuesta. Esperaba la reacción opuesta.

Antes de atravesar la puerta, Forster se giró hacia George.

—Gracias —dijo con un tono sereno.

El joven vio con alivio que su rostro se había relajado.

—No me lo agradezca, ha sido un placer —contestó con un movimiento de hombros—. Créame, lo ha sido.

Los labios de Forster mostraron una sutil sonrisa ante su expresión y su falta total de decoro.

—Me lo imagino, me hubiera gustado cambiarme por ti.

—Cuando quiera le hacemos una visita. Seguro que estará encantado de verme.

Charles empezó a reír a la vez que entraba en casa.

—Bueno, George, parece que tu primera visita a un club de caballeros no va a pasar desapercibida. Esta noticia va a correr como la pólvora. Ahora tenemos que ver qué consecuencias produce tu altercado —indicó—. Espero que quede en una mera anécdota.

George deseó lo mismo, pero no por él, ya que le importaba bien poco lo que aquellos caballeros pensasen, pero lo último que quería era perjudicar el buen nombre del señor Forster.

Esperaba que aquellas repercusiones solo recayeran sobre su persona; al fin y al cabo, Charles ni siquiera estaba presente en la sala cuando pasó el altercado, no era justo que se viera salpicado por su falta de autocontrol. Pero no sabía cómo funcionaba aquella sociedad ni cuáles eran sus reglas, así que solo le quedaba esperar a ver qué sucedía tras aquel incidente.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 27
Eventos y presentaciones

Al día siguiente, las repercusiones por el altercado de George se dieron a conocer, pero de una manera que Charles no esperaba. Durante la mañana empezaron a llegar notas y cartas a la casa, procedentes de todos los caballeros que habían estado presentes en el incidente del club.

A medida que iban llegando, Charles las recogió con preocupación por saber qué reacciones habría causado. Algunos de aquellos nobles eran conocidos por su rigidez y su intolerancia, y aquello era lo que más le inquietaba.

Comenzó a ojearlas y, para su sorpresa, pues se temía lo peor, los invitaban a varios eventos a él, a Elizabeth y también a George. Lo habían incluido en todas y cada una de las misivas. Forster leyó una a una cada nota sin salir de su asombro. Por supuesto, en las cartas los caballeros no hacían ningún comentario, ni mucho menos alabanza, por el suceso que había protagonizado George, eso sería algo impropio teniendo en cuenta que fue otro noble el golpeado; pero lo habían incluido en todas las celebraciones de los próximos meses, lo que daba a entender con claridad el beneplácito que sentían todos ellos por lo que había ocurrido.

—No me lo puedo creer… Esto es increíble. Estaba seguro de que nos despreciarían por lo sucedido.

—Ahí se nota el cariño que todos le tienen a *sir* Edward Wilson —afirmó Elizabeth sin poder disimular su satisfacción—. Estoy convencida de que más de uno hubiera querido estar en el lugar de George. Sabemos de sobra lo que la gente desprecia a Wilson a pesar de guardar las apariencias. Ha agraviado a tantas familias durante estos años que me sorprende que aún pueda entrar en Londres.

—Te alegrará saber que se ha marchado esta mañana de la ciudad.

—Más tranquilos estaremos —concluyó Elizabeth complacida—. Por cierto, aún no me has contado por qué George le pegó. No es que me

importen los motivos, me alegra tanto que lo haya hecho que me da igual lo que dijera.

—No lo sé, no quise saberlo, pero, siendo George, te aseguro que fue merecido.

—No me cabe la menor duda. Lo que hubiera dado por ver su cara…

—Pues quedó más guapo todavía.

Elizabeth empezó a reír con un absoluto deleite.

—Cuando llegue George no se va a creer todo lo que ha ocasionado —indicó Charles, que continuó con la lectura de las cartas, a cada cual más asombrosa.



En efecto, cuando a media mañana George llegó a la casa y le explicaron que se había convertido en la sensación de la temporada, no daba crédito.

—Sinceramente, me esperaba que ya hubieran pedido mi ejecución —afirmó atónito ante aquella reacción.

—Tendrás que aceptar estas invitaciones —comentó Charles mientras le cedía las cartas para que las leyera.

George las ojeó y encontró propuestas para cenas, reuniones de caballeros, bailes y ceremonias de lo más variopintas, como una recepción en un museo o un pícnic en las afueras.

—¿Es en serio? ¿Vamos a tener que ir a todo esto? Decidme que no… —suplicó.

Charles se sentó en una butaca con una expresión divertida.

—Haremos selección, pero a alguna tendrás que asistir.

—Está el baile de *lady* Middleton —intervino Elizabeth—, es muy popular entre la sociedad londinense. El del año pasado fue maravilloso. ¿Sabes bailar, George?

El joven vaciló en la respuesta. Solo había bailado una vez, en la feria de las flores con Emily. Había aprendido rápido aquellos pasos, pero no sabía si los bailes eran parecidos.

—No sé si lo que aprendí es adecuado para estas fiestas.

—Tranquilo, yo te enseñaré —se ofreció Elizabeth—. Aún quedan semanas, tenemos tiempo.

Charles se encargó de responder y aceptar las invitaciones que consideró más interesantes y beneficiosas para los intereses de George. No había

querido decirle nada para no meterle presión, pero él estaba decidido a aprovechar aquellos eventos para conseguir buenas relaciones para el joven. Quería que se labrase una buena carrera y un próspero futuro, y aquellas propuestas eran ideales para conseguir sus objetivos.

En aquellos bailes, comidas, almuerzos, cenas y reuniones podría presentarle a las personas más influyentes de la ciudad, y no le cabía la menor duda de que George conseguiría ganárselos sin esfuerzo.



Durante aquellas semanas acudieron a varios actos, mayoritariamente comidas y reuniones más informales, que Charles utilizó para presentar a George a los aristócratas ingleses que se reunían. A medida que iban transcurriendo los eventos y George coincidía con aquellos nobles, fue aumentando su propia confianza, al verse acogido entre ellos, en gran parte por ser introducido y acompañado por el señor Forster.

La facilidad en el habla y su personalidad extrovertida consiguieron que se ganase su simpatía. A ello se sumaba la anécdota con *sir* Edward Wilson, que se había extendido entre la clase alta. Todos le felicitaban, en voz baja por supuesto, por tal hazaña y agradecían que, gracias a ello, *sir* Wilson hubiera abandonado la ciudad. Aquello les daba más tranquilidad, para ellos mismos y para sus matrimonios, aunque nunca lo reconocerían en público.

Elizabeth, por su parte, se dedicó las siguientes semanas a adiestrar a George en los bailes básicos que debía aprender. Usó el propio salón de ceremonias que tenían en la casa para enseñarle los pasos indispensables y así poder participar en aquellas fiestas sin desentonar.

George estuvo días observando cómo Charles y Elizabeth bailaban frente a él, estudiando los pasos y la postura del cuerpo. Se asombró de la variedad de bailes que se daban en aquellos festejos, que podían durar horas.

—No sé si conseguiré aprendérmelos todos para esta próxima recepción —reconoció George desmoralizado.

—No tienes que aprendértelos todos —le tranquilizó Elizabeth—, con que sepas unos pocos será suficiente para poder participar, y solo debes salir a la pista de baile cuando toquen alguno que conozcas. No te arriesgues con ninguno más y ya verás cómo irá todo bien.

George se situó frente a Elizabeth y esta le indicó dónde debía colocar las manos alrededor de la mujer, cuándo debía alejarse y cuándo debía acercarse de nuevo, y así retomar el contacto.

—Ha de ser todo muy sutil, una leve caricia, nunca debes agarrar bruscamente a tu pareja —le explicaba Elizabeth mientras giraban y se cruzaban entre ellos—. Ha de parecer que casi no la tocas, que eche de menos tu contacto y que note la delicadeza en tus manos. Incluso en los bailes más juntos, el agarre por la espalda debe ser muy suave —dijo mientras le sujetaba la mano a George para colocársela en su espalda—. Y algo muy importante: la mirada —añadió y le levantó la barbilla, ya que este observaba el suelo y los distintos pasos—. Siempre debes mirar a tu pareja a los ojos. Siempre.

—Me equivocaré con los pasos si no miro al suelo.

—Pues observa a tu alrededor, pero nunca bajes la mirada. Si crees que te has perdido en algún momento, observa a las parejas que te rodean y sigue sus movimientos y su ritmo. Todos estaréis bailando lo mismo, así que, si surge algún instante de duda, los tendrás para guiarte.

George se separó para rascarse compulsivamente la barbilla. No lo veía nada claro: eran bailes tan formales y programados que cualquier despiste o fallo podía ser percibido por el resto del salón.

A pesar de la confianza y de los ánimos de Elizabeth, él no compartía aquella seguridad, y encima ella no iba a ir al baile porque en su estado no le recomendaban aquel esfuerzo físico ni estar tantas horas de pie. Por lo tanto, no la tendría como guía ni pareja y debería bailar con alguna desconocida.

Se obligó a tranquilizarse, aún tenía tiempo para practicar, solo debía emplearse a fondo y mantener la calma. Perder los nervios no era una opción.



Aquellos días llenos de eventos, reuniones, presentaciones y alabanzas dieron paso, por fin, al baile de *lady* Middleton, que llegó tras estas atareadas semanas.

Bajaron del carruaje y George observó el impresionante palacete que se alzaba frente a ellos. La mansión estaba situada a las afueras de Londres. La fachada era de piedra blanca y estaba rodeada de jardines por los cuatro

costados. Una preciosa escalera de piedra se alzaba hasta la puerta principal, donde un mayordomo aguardaba para dar la bienvenida a los invitados.

George sintió una punzada de temor. Hasta ahora los eventos a los que había asistido habían sido reuniones más discretas. Actos más íntimos en los que se había limitado a hablar y beber, en el mejor de los casos. Pero aquello era diferente, podía ver la cantidad de invitados que entraban y la elegancia y la distinción de todos ellos; y, aunque lucía un traje negro imponente que le había dejado el señor Forster, seguía sintiéndose como el pueblerino que venía de Southwark.

Aún se preguntaba cada día qué demonios estaba haciendo allí, conociendo a personas tan diferentes a él, situadas en una posición social tan opuesta a la suya. Debía dar gracias a que esta gente no conocía todo su pasado o, si no, aquella agradable simpatía se borraría de un plumazo. Forster se había encargado de no desvelar más datos de los fundamentales sobre George, para no arriesgarse a que fuera humillado antes de conocerlo. El desprecio era práctica habitual en ese prepotente y altanero carácter de la élite londinense.

Charles lo sabía de sobra y había decidido guardar ciertos detalles que no incumbían a nadie y que solo habrían perjudicado al muchacho.

Así que, allí estaba, frente a un palacete de piedra blanca, con un impecable traje negro, cuando hacía apenas dos meses estaba bebiendo sin control en la taberna de Joe. Era impresionante cómo te podía cambiar la vida en tan poco tiempo.

—¿Estás bien? —le preguntó Charles.

George asintió.

—Te noto bastante tenso.

—Estoy bien.

—George, tranquilo, piensa que es igual que los demás eventos a los que hemos acudido en estas últimas semanas.

—Esto no tiene nada que ver con lo que hemos hecho estos días —replicó y se observó el traje para darse más confianza.

—Vamos, relájate. Es lo mismo, te presentaré a gente influyente, hablaremos y beberemos con ellos; y si quieres bailar, baila, pero si no te apetece, no hace falta que lo hagas, ¿de acuerdo? —indicó con un ligero golpecito en su hombro—. Y, además, aquí estaré yo por si te da un ataque de histeria —añadió con sorna para relajar el ambiente.

—Muy gracioso —protestó George y aspiró profundamente.

Charles se percató de su inquietud. Le resultaba divertido verlo sin su aire de seguridad.

—Vamos, ya verás que no es para tanto… —le animó y se adelantó unos pasos.

George se ajustó la chaqueta, infló el pecho, alzó la barbilla y le siguió con el movimiento más sereno que pudo conseguir.

Una vez pasaron por delante del mayordomo de la entrada y accedieron a aquella espectacular mansión, sus nervios no dejaron de aumentar. El vestíbulo principal, engalanado de tapices, dio paso a un inmenso salón iluminado por centenares de velas repartidas en varias lámparas colgadas del techo y en candelabros que adornaban los laterales de la sala.

George miraba a ambos lados inquieto, sin dejar de mover la cabeza para no perderse detalle. Intentaba disimular su asombro, pero era imposible. A medida que avanzaban aparecía algo nuevo, más sorprendente que lo anterior, que hacía que su origen humilde se estremeciera.

Cuando ya habían pasado varios minutos y habían saludado de manera furtiva a varios invitados, Forster se detuvo y miró hacia su derecha.

—El coronel Graham —afirmó Charles mientras agarraba del brazo al muchacho—. Ven, quiero presentártelo.

Frente a ellos apareció un hombre alto con bigote, moreno, con el pelo ya teñido en canas y con un espectacular uniforme militar, con su casaca roja, los pantalones blancos, las botas negras y sus condecoraciones bien a la vista.

Charles se acercó y le hizo el saludo militar con una pose de absoluto respeto.

—Señor, no sabía que estaba en Londres.

—Llegué hace unos días —contestó el coronel.

—Siento mucho haberme ido tan de repente de Brighton hace unas semanas, pero fue un asunto urgente.

—Tranquilo, Forster, lo conozco y sé que, si se marchó de esa manera, debía ser algo realmente primordial.

—Lo era, señor.

El coronel miró por encima de él como buscando algo.

—¿No ha venido con Elizabeth?

—No, en su estado ha preferido quedarse en casa.

—Entiendo. Dele muchos recuerdos de mi parte.

—Lo haré, señor, gracias —contestó Charles y dio un paso atrás para que George fuera más visible—. Me gustaría presentarle a un amigo, George Crowley.

—Encantado, señor Crowley —saludó el militar extendiendo la mano.

—Igualmente, coronel —respondió George mientras le estrechaba la mano y notaba toda la fuerza de aquel hombre que, por lo menos, tenía treinta años más que él.

—¿Sigue haciendo admisiones para su regimiento, coronel? —preguntó Charles.

—Este año ya no. Hemos conseguido varios reemplazos, veremos si aguantan hasta el año que viene, aunque lo dudo… —explicó levantando el labio, lo que provocó que su bigote se curvara en una sonrisa altiva.

—Si volviera a reclutar el año que viene, avíseme, por favor.

—¡Santo cielo! ¿Quiere volver al ejército, Forster? ¿No tuvo suficiente con sus dos años? —replicó con una sonrisa.

—No sería para mí, señor. Ya sabe que, con mi mujer y mis negocios, no tengo más tiempo.

—Buena respuesta, eso ha de hacer, cuidar de su esposa, de su futuro bebé y de su fortuna. Pero ya que me dice que está interesado, le avisaré si volviera a hacer las pruebas.

—Gracias, señor.

George escuchaba toda aquella conversación al margen. Observó al detalle al coronel y pudo ver que era un hombre astuto y diligente, y prefirió no intervenir para que él no se percatara de que era mucho menos de lo que intentaba aparentar.

—¿No baila, señor Crowley? —La pregunta del coronel le sacó de sus pensamientos.

—Pues, no conozco a nadie…

—Eso da igual. Vaya a buscar a alguna joven bonita, estará encantada de que la saque a bailar.

George titubeó, había percibido que querían quedarse los dos a solas para charlar y que la propuesta del baile era solo una mera excusa para que se marchara. Hizo un movimiento de cabeza y se alejó hacia el final del salón. Miró a su alrededor, vio tal cantidad de jóvenes que se sintió incapaz de elegir a una, sin contar que estaba convencido de que había olvidado todos los pasos que Elizabeth le había enseñado. Lo mejor era no

arriesgarse y así evitar hacer un espantoso ridículo. Optó por ir a buscar una copa y quedarse discretamente en un rincón.

Al cabo de unos minutos, un joven se acercó y lo saludó con la mano.

—¡Crowley!

George lo observó mientras avanzaba hacia él. Sabía que lo había visto en alguna de las recepciones de aquellos días, pero no era capaz de ubicarlo con exactitud.

—Soy Matthew Evans, nos conocimos en la comida que organizó mi padre en Greenford.

—Sí, me acuerdo.

Los dos desviaron la vista hacia la sala.

—¿Se lo está pasando bien? —preguntó Evans.

—Sí, es un baile fantástico.

—Sí que lo es. *Lady* Middleton sabe cómo organizar fiestas. ¿Y no baila? —preguntó mirando su copa.

—De momento no. No conozco a ninguna señorita.

—Le puedo hacer un breve resumen para que vaya preparado cuando tenga que elegir —afirmó con una divertida mueca—. Mire, ¿ve ese grupo de cinco jóvenes en la esquina derecha?

—Sí.

—Ni se le ocurra acercarse, buscan marido desesperadamente. Si las saca a bailar, creerán que ya es de su propiedad.

—Es bueno saberlo.

—A no ser que quiera casarse, Crowley…

—¡Por Dios, no! ¡Qué espanto!

Evans soltó una carcajada.

—Bien, sigamos con el resumen. Más a la izquierda tiene a las dos hermanas Sheffield, que, como puede ver, no son muy agraciadas, aunque son dos jóvenes inteligentes con las que se puede charlar, sobre todo la menor.

George las miró. Ya se había fijado en ellas. Era cierto que no eran muy hermosas, pero tenían una expresión agradable. Las dos eran castañas, y una de ellas era muy bajita y de constitución gruesa. No obstante, algo en su semblante triste le hizo sentir empatía. Ni un solo hombre la había mirado en lo que llevaban de noche.

—Y luego tenemos a las joyas de la fiesta. —Matthew señaló el centro del salón—. Las mujeres más solicitadas y deseadas de Londres. Podría

intentarlo con ellas, aunque suelen tener todos los bailes comprometidos casi antes de llegar a la fiesta. Los caballeros ya se encargan de hablar con ellas días antes para asegurárselos.

George las miró. Eran hermosas, no podía negarse, pero todas tenían una permanente expresión de vanidad. Esas jóvenes sabían que eran deseadas por casi todos los hombres de aquella sala y lo mostraban abiertamente con su actitud altiva y su flirteo exagerado. Aquello le quitó todo el encanto. Si hubiera querido acostarse con ellas, sería una cosa, pero para solo bailar no le apetecía tener que aguantar aquella mirada de superioridad.

Un grupo de cuatro hombres se acercaron a ellos riendo.

—Evans, no te vas a creer lo que me ha pasado… —dijo uno de ellos—. La señorita Sheffield me ha pedido que baile con ella. Mira si está desesperada que me lo ha pedido ella a mí. ¿Puede haber algo más humillante para una mujer? Por supuesto, le he dicho que no —afirmó con una carcajada y provocó que los otros tres hombres volvieran a reír de manera escandalosa.

George volvió la mirada hacia la señorita Sheffield, que se mantenía apoyada en una columna con la intención de esconderse de la multitud. Se fijó en su semblante y le pareció que estaba a punto de llorar.

Los hombres seguían riéndose a pleno pulmón de la pobre joven y George sintió tanto asco hacia ellos y tanta pena por la muchacha que, sin mediar palabra, los dejó allí y atravesó todo el salón hasta llegar a ella. Si algo le repugnaba sobremanera era que se humillase así a una mujer.

—Disculpe, ¿señorita Sheffield?

La muchacha levantó la mirada y se irguió de golpe al ver los ojos azules de George que la contemplaban.

—Sí —dijo tímidamente.

—Me llamo George Crowley, soy amigo de Charles Forster —se presentó—. Me preguntaba si me concedería el siguiente baile.

Ella abrió la boca nerviosa, atónita de que un hombre tan atractivo se dirigiera a ella.

—Claro, será un placer —respondió con un leve temblor.

Se inclinó sutilmente hacia ella.

—Le aviso de que tal vez no sea tanto placer cuando me vea bailar —reconoció George con una sonrisa, lo que provocó que la joven empezara a reír.

George observó orgulloso que había conseguido borrar aquella pena de sus ojos.

—Se lo digo en serio, no me lo tenga en cuenta cuando olvide los pasos.

—No se preocupe, yo le guiaré si se pierde —dijo ella con un tono suave.

—Se lo agradecería mucho.

La señorita Sheffield volvió a sonreír con una encantadora expresión y George pensó que, si aquellos hombres que se burlaban de la joven perdieran aunque fuera un minuto hablando con ella, no se atreverían a volverse a reír.

El baile en curso terminó y las parejas abandonaron la pista. George extendió la mano hacia la señorita, que se la cogió con cierta timidez. La guio hasta el centro de la sala y comprobó que el rostro de ella se iluminaba con una sonrisa entre nerviosa y feliz. Para tranquilidad de George, el resto de las parejas se colocaron en una posición inicial que él conocía y rezó para que el resto de pasos también los hubiera ensayado con Elizabeth.

Y así fue. Cuando la música empezó a sonar y las parejas comenzaron a moverse, George reconoció aquellos movimientos. Todos los pasos practicados durante aquellos días acudieron a su mente. Logró realizar un aceptable baile y que la señorita Sheffield disfrutara de la danza y de su compañía.

Charles atravesó la sala en busca de George, al que encontró, para su sorpresa, en la pista de baile. Y si el hecho del baile en sí no le sorprendió, la pareja con la que estaba sí lo hizo. Se percató de que varios caballeros los miraban y murmuraban. Comentaban que, tal vez, el siguiente baile se lo iban a pedir a la joven Sheffield, que bailaba con elegancia y parecía agradable al trato.

Cuando el baile finalizó, George besó con delicadeza su mano enguantada en mitad de la sala para que todos pudieran verlo y le expresó que había sido un placer bailar con ella. La señorita Sheffield hizo una leve reverencia sonrojada y, al momento, un caballero apareció por detrás para pedirle el siguiente baile a la joven. La muchacha lo miró sorprendida y George se despidió de ella con una sonrisa y la dejó del brazo de su nueva pareja.

Charles se acercó a él.

—No sé si eres muy consciente del favor que le acabas de hacer a esa joven.

—Claro que sí —replicó George—, los hombres son igual de primitivos en Londres que en cualquier otra parte del mundo. Si algo es deseado por uno, al instante crea interés en los demás.

Charles empezó a reír.

—Esa muchacha lleva tres temporadas intentando casarse y es muy posible que, gracias a ti, lo consiga este año.

—Pues me alegraré. Es una joven muy agradable y no merece ningún desprecio por parte de nadie.

George pasó por delante del grupo de caballeros que se habían burlado de ella y les dedicó una mirada tan fría que no volvieron a reír en lo que quedaba de noche.

—Creo que te vas a adaptar muy rápido a esta sociedad, George. Más rápido de lo que creía —comentó Charles mientras lo agarraba de los hombros y salían de la fiesta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 28
Una prematura y deseada llegada

25 de octubre de 1790

Los siguientes meses siguieron su curso a un ritmo acelerado.

George se había trasladado a vivir a la casa de Londres. Charles se lo había pedido y él aceptó encantado. La sintonía entre los dos era cada vez mayor. Habían empezado a tutearse; el trato tan formal del inicio había quedado a un lado. Se comportaban simplemente como los dos amigos que ya eran, sin que ninguno estuviera por encima del otro.

—¿Sabes quién me preguntó por ti el otro día? —dijo Charles mientras dejaba el periódico para mirarlo—. La señorita Milton.

—No sé quién es —contestó George indiferente.

—Sí que lo sabes, es la hija de *lord* Milton de Kent. Estuvimos en su casa la semana pasada.

—¿Y qué quería?

—¿Que qué quería? Creo que es obvio —dejo caer Charles con una divertida sonrisa.

George cogió uno de los pastelitos de nata que había dejado la criada en la mesita.

—No me interesa —respondió y le dio un bocado.

Charles soltó un suspiro.

—George, llevas con nosotros casi cuatro meses y no has aceptado ninguna invitación de las señoritas que quieren conocerte. ¿Por qué? Hay algunas muy hermosas. Podrías al menos relacionarte con ellas…

—No me interesa —repitió a la vez que terminaba de comerse el pastelito.

—¿No vas a decirme el motivo?

—No.

—No lo entiendo. Sé que te gustan las mujeres, te gustan mucho, puedo ver cómo las miras y cómo las tratas, pero luego no quieres conocer a ninguna en profundidad, y tal vez haya alguna que te resulte más interesante y quién sabe si…

—No quiero conocer a ninguna —le interrumpió—. No pienso casarme con una de esas mujeres que se creen diosas.

—George, no todas son así, algunas son encantadoras, y no estoy hablando de matrimonio, aún eres muy joven. Tan solo te sugiero que quedes con ellas y las conozcas, nada más.

—No me apetece conocerlas, es así de simple.

—¿Vas a despreciar a la hija de *lord* Milton?

—No voy a despreciar a nadie. Esa muchacha tendrá docenas de pretendientes mejores que yo, no necesita que vaya a verla. Y a su padre le haré un favor, no tengo una libra que ofrecerle a su hija.

—Eso no parece que a ella le importe. Además, esa joven tiene libras de sobra para los dos.

—No pienso ir. Todas esas muchachas tienen los objetivos claros de casarse y formar una familia, y yo no tengo ninguna intención ni de una cosa ni de la otra. Es una pérdida de tiempo que vaya a verlas, les crearía unas falsas expectativas cuando no van a conseguir nada de mí.

Charles se reclinó en el sofá. Era imposible, no conseguía que se abriera en ese sentido. Siempre se mostraba muy seguro, pero cuando le tocaba el tema de las mujeres, se cerraba a cal y canto. Había rechazado, de manera elegante, cualquier intento de cortejo que le habían insinuado y no había querido estar más de dos tardes seguidas con la misma mujer. Era tan extraña su actitud que no conseguía entenderlo.

Era evidente que George gustaba a las mujeres. Podía apreciarlo en las miradas que ellas le dedicaban y sus disimuladas insinuaciones, a pesar de no poseer ni fortuna ni título. Pero, en cambio, él prefería mantener distancia con todas.

Por lo que había observado, él no quería ir más allá de aquel primer flechazo y evitaba cualquier otro sentimiento más serio. Las trataba con cortesía, e incluso con cierto galanteo en los primeros instantes, pero luego se cerraba y no quería volver a verlas.

Lo mejor era no insistirle más. George sabía de sobra el éxito que despertaba en las mujeres y, si no quería dar un paso más allá, sus motivos tendría, a pesar de que él los desconociera. «Supongo que esto durará hasta

que conozca a la adecuada. Cuando llegue la mujer de su vida su resistencia caerá», pensó.

La señora Pearson entró en el salón.

—Señor, le informo que la señora se quedará un poco más en la cama. Me ha dicho que ha dormido inquieta y que prefiere descansar un rato.

—De acuerdo, gracias.

—Tome un pastelito, señora Pearson, están deliciosos —le ofreció George levantando la bandeja hacia ella.

—Gracias, pero no debo.

—Vamos, rompa las reglas por una vez, muéstrenos su lado rebelde y coma un pastelito de nata, ¡usted puede hacerlo! ¡Hágalo por mí! —exclamó con una risita.

Charles desvió la mirada para esconder una traviesa sonrisa que le había provocado la cara contrariada de la señora Pearson.

El ama de llaves se armó de una infinita paciencia para no soltar un resoplido acompañado de algún improperio. Empezaba a acostumbrarse a aquel tira y afloja que mantenía con el muchacho desde que vivía con ellos. Era ya parte de su rutina diaria, aunque creía que no le pagaban lo suficiente para aguantar según qué cosas.

Con un movimiento de cabeza y sin decir nada más, salió del salón.

George empezó a reír.

—La adoro. Si alguna vez me caso, será con la señora Pearson.

—No creo que ella esté muy conforme —respondió Charles contagiado de su risa.

—Conseguiría conquistarla; me costaría años, pero lo lograría —aseguró con una sonora carcajada.

Cuando el reloj marcó las doce, la señora Pearson subió a la habitación para cerciorarse de que su señora no necesitaba nada. Encontró a Elizabeth estirada en la cama y respirando profundamente.

—Señora, ¿se encuentra bien?

—Algo pasa, siento unos dolores muy fuertes y seguidos.

La señora Pearson la destapó y comprobó con espanto que había roto aguas.

—¡Dios mío, señora! Creo que… el bebé viene en camino.

—¿Qué? No puede ser, es muy pronto… —exclamó alterada Elizabeth.

—Avisaré al doctor, no se mueva.

Salió corriendo, bajó las escaleras y encontró a Charles en la biblioteca.

—¡Señor, el bebé ya llega! —anunció con un deje de terror.

Charles se giró incrédulo.

—¿Qué está diciendo?

—La señora ha roto aguas, voy a buscar al doctor de inmediato.

—¡No puede ser, falta casi un mes!

—No lo sé, señor, voy a buscar al médico —dijo saliendo a toda prisa.

Charles subió las escaleras, entró en la habitación y vio que Elizabeth se retorcía de dolor.

—Liz, relájate, tranquila, no pasa nada —le susurró mientras le cogía la mano de inmediato.

—Es muy pronto, Charles. No puede nacer, es demasiado pronto —Rompió a llorar.

—No pasará nada, cálmate, todo irá bien. Yo estoy aquí y te aseguro que todo marchará bien.

George entró en la habitación.

—¿Es cierto lo que dicen los sirvientes? ¿Viene ya el bebé?

—No lo sé…

—Me dijiste que nacería en noviembre.

—Sí, eso nos dijeron —respondió Charles, que sentía que su esposa le apretaba con más fuerza la mano a cada lamento que soltaba.

George estaba inquieto al ver cómo Elizabeth se sujetaba el vientre con la otra mano y profería gritos de dolor a cada instante. Se quedó a los pies de la cama mientras ella cerraba los ojos con una respiración agitada.

—Elizabeth, cálmate, saldrá todo bien, ya lo verás —trató de tranquilizarla, pero sin ser muy consciente de la gravedad del asunto.

El médico llegó unos minutos después y la examinó.

Después se giró hacia ellos con expresión grave.

—Su mujer está de parto, señor Forster.

—¿Qué? Es imposible, aún faltan semanas para que nazca.

—Pues ha decidido adelantarse y debemos ir con mucho cuidado porque estos partos prematuros son más peligrosos de lo normal.

—¿Qué está diciendo? ¿Que mi mujer corre peligro?

—Aún no lo sé con seguridad. Debemos estar muy pendientes de su evolución y de si el bebé sale de cabeza o de nalgas, porque en ese caso…

—En ese caso, ¿qué?

El médico se aclaró la garganta.

—Los partos de nalgas son más complicados, tanto para la madre como para el bebé. Pero no sabremos cómo viene hasta dentro de unas horas.

—¿Unas horas? —inquirió Forster aterrado—. ¿Va a estar mi mujer con estos dolores unas horas? ¿No puede hacer algo para que sea menos tiempo?

—Lo siento, señor, haré lo que pueda, lo más rápido posible, pero no depende de mí. Todo ha de llevar su ritmo natural, sin forzar nada.

Charles miró a su mujer y vio cómo sudaba mientras se removía y agarraba las sábanas entre sus dedos.

—Quiero quedarme con ella.

—Lo siento, señor, pero no es recomendable…

—¡Quiero quedarme con ella! —gritó encarándose con el doctor.

George intervino y se colocó delante de Charles.

—Deja que haga su trabajo, sin interrupciones —le dijo con calma—. Él sabe lo que es mejor.

Forster bajó el rostro en un intento de infundirse algo de calma.

—Dadme solo un momento —pidió.

Se inclinó hacia su esposa, le apartó el pelo de la cara y la besó en la frente.

—Liz, mi amor, irá todo bien, tranquila, yo estaré aquí mismo, ¿de acuerdo? No me voy a ningún sitio, estoy aquí. Si me necesitas, llámame.

Elizabeth movió la cabeza en señal de que le escuchaba, pero cerró los ojos y apretó la mandíbula ante una nueva contracción.

La señora Pearson se quedó junto al doctor, y George y Charles salieron al pasillo.

Forster se sentó en un pequeño sofá y enterró su cabeza entre sus manos.

—Charles, tranquilo, ya verás como no surgirá ninguna complicación —le animó George.

El otro no contestó, toda su atención estaba fija en aquellos lamentos que resonaban y que él no podía aliviar por mucho que lo deseara.



Los gritos se fueron sucediendo en el interior de la sala a medida que el reloj avanzaba. Al cabo de media hora, unas mujeres aparecieron por la

escalera. Iban vestidas con unos trajes grises y unos delantales, y portaban trapos y cubetas con agua caliente. Entraron en la habitación sin decir palabra y cerraron tras de sí.

Charles miraba aquella puerta con el único deseo de echarla abajo para ver cómo estaba su esposa.

La señora Pearson salió y Charles fue directo hacia ella.

—¿Cómo está?

—Ahora un poco más tranquila; las matronas y el médico están pendientes de ella en todo momento. La han estado palpando y creen que el bebé viene bien, de cabeza. Si es así, el parto será más fácil.

—¿Y cuánto tardará? ¿Le han dicho algo?

—No… No lo saben, puede durar horas… —dijo el ama de llaves con nerviosismo—. Señor, venga conmigo abajo y le prepararé una infusión que le calmará.

—No me voy a mover de aquí. Si Elizabeth me llama, tengo que estar cerca.

—Pero, señor, pueden ser varias horas.

—No voy a moverme de aquí —repitió firme—. Me da lo mismo si son horas o días.

La señora Pearson suspiró. Sabía que nada lograría separarlo de aquella puerta ni de lo que estaba sucediendo al otro lado.



Las horas fueron pasando, tal como el doctor había predicho, y los nervios de Charles se fueron desquiciando a medida que los gritos de Elizabeth no cesaban y el tiempo se dilataba sin mostrar un final claro.

De estar sentado en el sofá, en silencio, pasó a dar vueltas por el pasillo, lo recorrió de arriba abajo, en unos paseos infinitos. George lo observaba sentado, con los brazos apoyados en sus rodillas.

—Podrían al menos decirnos algo —maldijo Charles en voz baja—. No nos dejan entrar, pero tampoco sale nadie a informarnos.

—Seguro que va todo bien, si no, ya nos hubieran avisado.

Charles seguía con sus largas zancadas sin escuchar otra cosa que los lamentos de su mujer. George se levantó y detuvo su paseo al colocarse frente a él.

—Relájate —le pidió y le sujetó el rostro para que lo mirase—. Todo va a salir bien.

—Eso no lo sabes. ¿Por qué no nos dicen nada?

—Porque están haciendo su trabajo, concentrados para que tengas un bebé sano y una mujer recuperada. Tranquilízate.

—Si le pasa algo…

—No pasará nada.

Charles se pasó las manos por el pelo, apretando sus mechones entre los dedos.

—Todo el embarazo ha sido un aviso. Desde el principio no ha ido como debería, ha habido complicaciones y al final va a nacer antes de tiempo —expresó Charles con impotencia—. Y no puedo hacer nada para ayudarla.

—Elizabeth es muy fuerte, esto no será nada, ya lo verás. Va a salir todo bien, estoy convencido.

No había terminado aún la frase cuando el llanto de un bebé les interrumpió.

Ambos se giraron hacia la puerta con un ligero temblor, esperando impacientes.

Una mujer salió de la habitación con una cálida sonrisa.

—Es una niña. Y su mujer está perfectamente.

Charles empezó a reír y a llorar.

—¿Puedo entrar a verlas?

—Sí —indicó la mujer, que le abrió la puerta.

Charles entró como una exhalación y se acercó a Elizabeth, que respiraba agotada.

—¡Mi amor! —exclamó y se arrodilló al lado de la cama.

—Es una niña, Charles, ya te lo dije… —susurró con una sonrisa.

—Al final siempre tienes razón —respondió y le besó la mano varias veces.

La matrona se acercó a él.

—¿Quiere cogerla, señor Forster?

Charles se levantó y vio que portaba al bebé, tapado con unas mantas. Era preciosa, tenía una mata de pelo negro y lloraba por el frío que debía de sentir. El labio de Charles tembló en una sonrisa emocionada. Y cuando la cogió en brazos, supo que estaba completo, que toda su vida estaba colmada con la llegada de aquel pequeño ángel.

—Mary… Mi Mary… —susurró a la vez que le daba un beso en la frente.

No podía dejar de mirarla, era perfecta. Movía sus piernecitas bajo la tela que la envolvía y emitía suaves gimoteos. Mientras su padre observaba sus rasgos, el diminuto perfil de su rostro, ella abrió los ojos y lo miró con su azulado iris. Los dos se unieron en ese instante, sabiendo que, a partir de aquel momento, ya no podrían vivir el uno sin el otro.

George esperó pacientemente fuera de la habitación unos minutos hasta que al final entró despacio. No quería molestar, pero la curiosidad por saber cómo estaban tanto Elizabeth como la pequeña era más fuerte que la discreción. Al entrar, observó a Charles, que sujetaba en brazos al bebé y besaba repetidamente su diminuta carita, que sobresalía de aquellas mantas.

George soltó un suspiro de alivio al ver que ambas estaban bien. Se giró un instante de espaldas para controlar su propia emoción. Había mantenido la calma frente a Charles para infundirle ánimos, pero por dentro había tenido tanto miedo que ahora sentía que empezaba a desmoronarse. Durante aquellas horas de incertidumbre había sido realmente consciente de lo importantes que eran todos ellos para él.

—George, acércate —le pidió Charles, que lo sacó de sus reflexiones.

Se aproximó con cuidado y Charles le enseñó al bebé.

—¡Qué pequeña es! —exclamó al ver su cabecita entre tanta tela.

—Se llama Mary.

—Hola, Mary —saludó con un dulce murmullo mientras le pasaba un dedo por su mejilla.

—¿Quieres cogerla?

—¿Qué? ¡No, no, no! —dijo espantado, y retrocedió instintivamente.

Elizabeth se rio al ver su reacción.

—George, no pasa nada, cógela —le alentó ella desde la cama.

—Ven, yo te la coloco —le indicó Charles, quien le mostró cómo tenía que poner los brazos.

Cuando los hubo colocado como debía, su amigo se la depositó encima con cuidado. George la miró con fascinación; fruncía ligeramente los labios y apretaba los ojitos, que tenía cerrados. La arrulló con mimo y dio varios pasos con ella. Era tan pequeña, tan vulnerable…

—Hola, Mary, yo soy George. Ya teníamos ganas de verte —dijo mientras seguía con su paseo y sin dejar de mirar aquella preciosa carita—. ¿Te cuento un secreto, Mary? Vas a ser mi mujercita favorita del mundo. Sí,

vas a serlo, la más especial para mí —murmuró con dulzura. Luego le dio un beso con delicadeza en la mejilla.

Charles lo observó mientras mecía a la pequeña entre sus brazos con aquella ternura y tuvo un presentimiento, un pálpito profundo de que jamás la abandonaría, de que ella siempre podría contar con él porque George siempre estaría a su lado, pasase lo que pasase.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 29
Integrarse en la familia

Diciembre de 1790

Se dice que un bebé viene con un pan bajo el brazo, refiriéndose a la suerte y fortuna que un recién nacido puede traer; pero, además, se deben añadir también la alegría y la felicidad que proporciona a todos los que le rodean y cómo logra llenar de luz cualquier instante de una familia.

Mary se había convertido en el centro del universo de todos los miembros de aquella casa, empezando por sus padres y terminando por cada uno de los sirvientes, que aprovechaban cualquier minuto libre para ir a verla a su habitación. Era una niña que, a sus dos meses, se había ganado el amor de todos y que disfrutaba con las atenciones que le daban, mientras ella regalaba adorables muecas que emocionaban a los habitantes de aquella residencia.

La señora Pearson estaba completamente enamorada de la pequeña. Había delegado funciones básicas en doncellas competentes para poder estar más ratos con la niña.

George pasaba más tiempo en su estancia, jugando con ella, que en el propio salón de la casa. Le fascinaba ver cómo sonreía y cómo le sujetaba el dedo entre sus diminutas manos.

Por su parte, Charles había reducido las reuniones para poder estar en casa más a menudo y disfrutar de sus dos amores. Elizabeth se mostraba encantada con aquellos cambios de horario y bromeaba a escondidas con él, de manera pícara, que, si estaba tanto tiempo en casa, no podrían resistirse a darle pronto un hermanito a Mary.

George se agachó para esconderse y escuchó un ligero puchero. Al cabo de unos segundos, reapareció de golpe por encima de los barrotes de la cuna, con una mueca graciosa, lo que provocó que la pequeña se moviera con frenesí y levantara los bracitos hacia él. Se apoyó en la cuna y observó encandilado cómo ella le miraba con aquellos preciosos ojos azules y abría y cerraba la boca sin parar.

—Mary, Mary, Mary… —comenzó a canturrear con una melodía improvisada y a bailar alrededor de la cuna. Daba saltos y subía y bajaba los brazos; la pequeña no le quitaba los ojos de encima y no dejaba de sonreír.

Elizabeth pasó por delante de la habitación y descubrió a George bailando. Se tapó la boca con fuerza para que no oyera su risa. La imagen era demasiado adorable y no quería interrumpirla por culpa de su entusiasmo. Cuando él hubo finalizado la danza, ella empezó a aplaudir. George se giró sorprendido y se sonrojó por completo al verse descubierto.

—¿Hace mucho que estás ahí?

—Lo suficiente para ver tu nueva habilidad.

—Pues a tu hija le encanta, que lo sepas.

—A mí también —dijo con una tierna sonrisa.

George hizo una mueca de fastidio.

Elizabeth se acercó hacia la cuna. Luego apreció cómo George miraba embobado a la pequeña y siguió sonriendo al ver su expresión.

—Sabes, creo que serías un padre estupendo —le susurró Elizabeth con un afectuoso gesto en el brazo.

—¿Yo? Qué va… No tendría nada que aportarle a un hijo.

—Vamos, George, no digas eso, eres un hombre fantástico. Si tuvieras un hijo, sería igual de fuerte y decidido que tú.

El joven se volvió hacia ella con una medio sonrisa.

—Tampoco haría falta que se pareciera mucho a mí —contestó con sorna.

—Pues yo me imagino un pequeño George y sería adorable.

—¡Uy, no, por favor! Con un solo George ya tenemos todos de sobra —soltó él con sarcasmo.

Elizabeth no le encontró la gracia y percibió un cierto tono de amargura en aquella contestación.

—Lo digo en serio —replicó seria—. Tienes muchísimas cualidades y tu hijo estaría muy orgulloso de ti.

George la miró solo un instante y desvió el rostro. Se acercó a una de las estanterías para coger un muñeco de trapo en forma de conejo y empezó a juguetear con las desproporcionadas orejas del monigote. Recordó a su propio padre y la educación que le había impartido, o más bien su total ausencia, y sintió un terror extremo a repetir el mismo patrón con un hijo suyo.

Se giró con los labios apretados en una forzada sonrisa y una falsa indiferencia.

—Te lo agradezco, Elizabeth, pero no comparto tu entusiasmo —afirmó —. Además, para tener un hijo debería casarme, y sabes de sobra que le tengo alergia a ese compromiso. Ya lo hemos hablado muchas veces. Así que me dedicaré a malcriar de una manera extrema a tu hija. Te aviso.

Volvió a la cuna y cogió a la pequeña para alzarla por encima de su cabeza.

—Así que malcriar, ¿eh? —repitió Charles entrando en la habitación.

George se giró hacia él con una traviesa expresión.

—Sí, malcriar. Y ninguno de los dos podrá evitarlo —replicó con una risita maliciosa.

Charles miró de reojo a Elizabeth, que sonrió.

—Vaya, vaya… —dijo Forster y se dio unos golpecitos en el mentón—. Así que el tío George te va a malcriar, Mary.

Se giró hacia ellos que lo observaban fijamente.

—¿Tío George? —repitió abriendo los ojos, sorprendido.

—Sí, el tío George. Si quieres serlo, claro —añadió Charles con entusiasmo.

El muchacho titubeó sin conseguir decir nada.

—¡Dios mío! ¡George se ha quedado sin palabras! —exclamó Charles—. Apunta este día, Liz, es histórico, no volverá a pasar.

Elizabeth empezó a reír.

—¿Lo estáis diciendo en serio? —preguntó George, aún atónito—. ¿Mary puede llamarme así?

—Puede llamarte así, y además vas a serlo con todos los honores —prosiguió Charles—. A no ser que no quieras.

—Sí… ¡Claro que quiero! —afirmó con la voz entrecortada.

Bajó la vista a Mary, que le sonrió como si supiera de qué estaban hablando. La abrazó pegándola a su pecho con una emoción que le erizó el vello.

—Tío George… —susurró bajito al oído de la pequeña—. Voy a ser tu tío George, Mary.

Charles y Elizabeth sonrieron al contemplar aquella ternura que le surgía con la niña y que contrastaba tanto con su habitual carácter desenfadado y atrevido.



Aquel diciembre estaba siendo extremadamente frío y las bajas temperaturas no invitaban a salir de casa por ningún motivo. Las calles estaban más desiertas de lo normal a consecuencia del desagradable viento gélido. Eran pocos los que se aventuraban a dar largos paseos.

Pero hubo alguien en aquella ciudad a quien el desapacible tiempo no le impidió hacer una visita.

Una de las tardes más frías de aquel diciembre, se presentó en la casa una gran dama acompañada de una jovencita de unos trece años. Nada más entrar en la vivienda, la dama entregó sus abrigos de terciopelo y sus sombreros y dio órdenes explícitas de cómo debían guardarlos y colocarlos para evitar que se arrugaran o estropearan.

Entraron en el salón y se encontraron a Elizabeth, que se asombró por aquella inesperada visita. Se levantó del sofá al instante con los brazos extendidos hacia ellas.

—¡Tía Evelyn! —exclamó con un caluroso abrazo—. No sabía que iba a venir.

—He decidido salir esta tarde, ya que, a este ritmo, si tenemos que depender de este condenado tiempo, no conoceré a mi nueva sobrina hasta el año que viene.

Elizabeth sonrió y siguió con los abrazos a ella y a la jovencita que le acompañaba.

—Qué mayor estás, Anne —afirmó con ternura mientras tocaba los bucles dorados que escapaban del semirrecogido de la niña.

Charles y George entraron en el salón riendo y se toparon de frente con las recién llegadas.

—*Lady* Hamilton —saludó Charles sorprendido—. No la esperábamos, ¡qué sorpresa!

—Lo sé, querido. Hoy he improvisado y he venido sin avisar, algo terrible y poco elegante, soy consciente de ello; evitaré que vuelva a pasar.

Pero también sé que mis visitas siempre son agradables, aunque no sean comunicadas de antemano.

Charles no respondió, se guardó su propia opinión, y simplemente asintió.

Lady Hamilton cruzó una mirada con el joven situado a la derecha de Charles, sin reconocerlo.

—Quiero presentarle a George Crowley, un amigo.

Lady Hamilton entornó los ojos y le extendió la mano.

—Encantada, señor Crowley.

—Igualmente —contestó George, que le sujetó la mano con gentileza.

—No he tenido el gusto de conocerle antes, señor Crowley. ¿Vive en Londres?

Antes de que pudiera contestar, intervino Charles.

—Si nos disculpa un momento, *lady* Hamilton —dijo y cogió del brazo a George para llevárselo fuera del salón.

Una vez a solas, sabiendo que no le escuchaban, Charles se inclinó hacia él y le habló en susurros.

—Escúchame atentamente, has de tener cuidado con ella. Contesta lo justo y necesario, sin detalles. Si le das más datos de los esenciales, averiguará todo sobre ti, hasta el más mínimo detalle escabroso de tu pasado que quieras esconder. No he conocido a nadie más escrupuloso que ella para conseguir información. Y lo logrará. Así que contesta con frases cortas y, si puedes con monosílabos, mejor.

George lo observó con una expresión de absoluto asombro.

—Pero ¿quién es esa mujer? ¿Una espía de la reina? —preguntó mientras se aguantaba la risa.

—Peor, mucho peor… Es la tía de Elizabeth, la hermana de su padre. Se casó con el vizconde Hamilton y conoce a prácticamente todos los nobles de Inglaterra. No estoy exagerando. Ándate con ojo.

George encontró aquello tremendamente divertido.

—¡No tiene gracia! —protestó Charles al ver su cara de mofa—. Te lo estoy diciendo en serio. Nada de información y… no la provoques.

—No prometo nada —soltó George—. Me lo estás vendiendo tan bien que es una opción demasiado tentadora.

—¡George!

—Vale, vale, relájate. Haré lo que pueda.

Volvieron ambos al salón, Charles disimulando su tensión y George aguantándose la risa.

El joven observó con disimulo a la dama. No debía llegar a la cuarentena y aún conservaba la belleza de su juventud. Tenía los mismos ojos azules que Elizabeth, pero el cabello de un tono ligeramente más castaño; lucía un impecable vestido de seda de un brillante verde esmeralda, con un encaje negro que adornaba sus mangas y su torso por encima de la seda verde.

Se percató de que ella le recorría con la mirada de arriba abajo y de una manera tan intensa que George pensó si no tenía alguna intención oculta y más pecaminosa. Aquel pensamiento solo hizo que sus ganas de reír fueran en aumento.

Desvió los ojos de la dama para no soltar una risotada y descubrió a la jovencita que se escondía tras ella. Miraba al suelo, callada y se cogía las manos con timidez. George le hizo un gesto con la mano, lo que provocó que la muchacha levantara la vista. Él le dedicó un guiño y una mueca que hicieron que la jovencita sonriera, tapándose la boca.

—George, ella es mi prima Anne —anunció Elizabeth.

—Un placer, Anne —saludó. Ella contestó con una graciosa reverencia como saludo.

Era rubia, con un hermoso pelo dorado y unos ojos claros, de un azul grisáceo. A pesar de tener solo trece años, se notaba cómo instruían desde pequeñas a aquellas jovencitas para ser unas señoritas de alta alcurnia, aunque fueran apenas unas niñas.

Se sentaron cómodamente en los sofás y no había pasado ni medio segundo cuando *lady* Hamilton empezó con el interrogatorio.

—¿De dónde es, señor Crowley?

—De Escocia.

—¿De dónde exactamente? ¿Edimburgo? ¿Glasgow?

—Langholm.

—No lo conozco —dijo ella a la vez que apoyaba un dedo en su barbilla.

—Es un pequeño pueblo del sur.

—Ya veo… ¿Cómo de pequeño?

—Muy pequeño.

—Ya… ¿Y qué hace aquí, en Londres, tan lejos de su casa?

—Me apetecía viajar.

—¿Algún motivo en especial? ¿Negocios, tal vez?

—Quería conocer la capital.

—¿Y hace mucho que está en Londres?

—No mucho.

—Me lo imaginaba porque no había oído hablar de usted.

—Ni yo de usted, estamos igual —soltó George mientras le dedicaba una encantadora sonrisa—. Pero es un auténtico placer conocerla.

Aquella respuesta contrarió a *lady* Hamilton.

Charles le dio un disimulado codazo para que se controlase, lo que consiguió el efecto contrario, ya que animó más el entretenimiento de George.

—Y dígame, *lady* Hamilton, ¿ha estado fuera de la ciudad hasta ahora? No la he visto en los últimos bailes que se han organizado. Si hubiéramos coincidido, hubiera tenido el placer de conocerla antes —preguntó George, que tomaba de este modo el control de aquel interrogatorio.

—Pues… sí, hemos estado en Bath unos meses, nos gusta ir allí por el clima. Hace solo unos días que hemos vuelto y me he enterado del nacimiento de mi sobrina.

—Comprendo… —contestó George con una expresión muy interesada —. Bath tiene que ser encantador. He oído que tiene muchos balnearios.

—Sí, los tiene.

—¿Y se baña usted, *lady* Hamilton?

Charles empezó a toser de manera exagerada, lo que provocó que George ampliara su sonrisa. *Lady* Hamilton quedó pasmada por aquella pregunta tan indiscreta, tanto que dudó un instante en la respuesta.

—Me baño… como todos los que van —contestó con un leve titubeo.

—Hace bien, yo también lo haría, pero no he tenido aún la suerte de visitarlo —replicó George, que se inclinó un poco hacia delante—. Si quiere darnos algún detalle…

—¿Sobre qué? —preguntó ella un tanto horrorizada al pensar que quería saber cómo se bañaban allí o la ropa que llevaban.

—Sobre lo que quiera —respondió él con una traviesa sonrisa.

Lady Hamilton empezó a abanicarse de golpe, a pesar de la temperatura existente, con lo primero que encontró, una revista. Desvió automáticamente la vista de George para centrarse en Elizabeth.

—Bueno, querida, ¿podré conocer a tu hija hoy? —preguntó visiblemente sofocada y siguió creando una desagradable brisa en la sala que molestaba a todos menos a ella.

—Claro. Ahora pediré que la bajen. Ya debe de estar despierta —respondió Elizabeth y al instante dio instrucciones a una doncella.

George se reclinó en su asiento, cruzó las piernas y miró de reojo a Charles con una expresión orgullosa al confirmar que ya no era la prioridad de aquella dama. Charles lo contempló atónito, había conseguido que *lady* Hamilton perdiera el interés en él o que simplemente no le compensase el batallar contra su descaro. Se intercambiaron una sonrisa con el convencimiento de que aquello quedaría como una verdadera hazaña en la familia.

Lady Hamilton quedó totalmente extasiada con la pequeña e indicó el increíble parecido que tenía con Elizabeth.

—¡Santo cielo! Es que cuanto más la miro, más me recuerda a cuando naciste tú —afirmó y la cogió en brazos—. Es una preciosidad. ¿Cuándo iréis a York para que la vean tus padres?

—Aún no lo tenemos pensado. Es muy pequeña para un viaje tan largo, queremos esperar un poco más.

—Podrían venir ellos aquí a veros, para variar. No se morirían por visitar Londres, aunque fuera una vez. ¡Qué barbaridad! No saldrían de Yorkshire aunque se quemara todo el condado —protestó *lady* Hamilton.

—No les gusta esto, ya lo sabe. No quiero obligarles a venir. En cuanto Mary crezca un poco más, volveremos a York.

Aquel comentario inquietó a George. ¿Volver a York o solo ir de visita? Eran conceptos muy distintos. Sabía que allí tenían la casa familiar, pero, ingenuamente, no se había planteado que quisieran volver para quedarse definitivamente. Siempre lo había ideado como una breve y fugaz visita.

No conocía Yorkshire, pero estaba convencido de que no tenía nada que ver con Londres. Y lo que más le preocupaba: si ellos se marchaban a York para vivir, ¿cuándo podría verlos?

Alzó la vista y los observó: Elizabeth inclinada hacia la pequeña que sujetaba *lady* Hamilton; Mary haciendo muecas ante las carantoñas; y Charles feliz por los sonidos que su hija emitía.

Se apoyó en el reposabrazos sin dejar de mirarlos. Ya hacía casi seis meses que los conocía. Seis meses con ellos, compartiendo cada día, cada hora, cada minuto. Podía no parecer mucho tiempo para alguien externo, pero para él ahora mismo lo era todo. Se había habituado tanto a su compañía que ya no se imaginaba sin ellos.

Y no era por la vida que le estaban ofreciendo, ni por las oportunidades, no… No era porque no pudiera volver a su vida anterior, podría hacerlo y sobreviviría como siempre. Podría adaptarse a lo que fuera, lo sabía. No era por nada de eso, sino porque no se veía viviendo sin ellos. Se había acostumbrado tanto a su compañía, a su cariño, a sus risas, que no quería desprenderse de todo aquello. Pero si al final decidían volver a York, él no tenía ningún derecho ni ningún poder para oponerse.

Movió la cabeza con la intención de alejar esas reflexiones. Decidió no pensar más en ello. Elizabeth había dicho que faltaban unos meses y no iba a angustiarse por algo que aún no había pasado. Cuando llegara el momento, si al final sucedía, ya lo afrontaría de la mejor manera posible.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 30
El resurgir de una llama

Mayo de 1791

Dejó las cartas muy lentamente sobre la mesa, lo que provocó una agobiante expectación en el resto de jugadores, deseosos de saber si habían ganado o perdido su dinero.

La sonrisa de George se ensanchó a medida que las cartas tocaban el tapete verde y mostraban un trío de jotas. Los otros tres contrincantes soltaron una maldición mientras golpeaban la mesa con impotencia.

Era la cuarta partida seguida que ganaba. George recogió con tranquilidad el dinero del centro de la mesa sin hacer más alardes que su expresión satisfecha. Sabía por experiencia que cuando se ganaban más de dos partidas seguidas, lo mejor era no decir nada para no provocar al resto de jugadores. Y él ya llevaba cuatro y, aunque eran caballeros y nobles, cuando se trataba de dinero la diferencia social dejaba de existir y podía surgir el mismo comportamiento rudo que había contemplado tantas veces en la taberna.

Agradeció el entretenimiento a todos, estrechó sus manos y los felicitó por sus habilidades. Y, con un movimiento de cabeza, se despidió.

—Menuda racha —se acercó Matthew Evans.

—He tenido suerte.

—En una partida se tiene suerte, en cuatro se tiene talento.

George sonrió sin corregirle. Desde siempre se le habían dado bien los juegos de cartas y algunos de sus ingresos de los últimos años se habían debido a ello; y algún que otro puñetazo también. Lo bueno es que sabía cuándo parar y eso le había reportado muchas más ganancias.

—Yo ya me marcho, Evans, se me ha hecho tarde. Nos vemos otro día —se despidió George y comprobó que el reloj marcaba ya las nueve.

—Quédate un poco más.

—No, se me ha hecho muy tarde, nunca me quedo hasta esta hora.

—Por eso te digo que te quedes —le susurró Evans al oído—. Hazme caso y quédate.

George lo miró sin comprender. Pasó la vista por la sala, la mayoría de los caballeros ya habían abandonado el club. Debían quedar poco más de ocho o diez, que bebían y comentaban en voz baja.

Al cabo de unos minutos, la puerta principal se abrió y entró en la sala un grupo de señoritas sonrientes, que se desperdigaron por el salón mientras saludaban cariñosamente a los caballeros.

—Que… —consiguió pronunciar George sorprendido.

Matthew soltó una risita.

—Te dije que te quedaras.

—Pensaba que el club solo era para hombres.

—Y lo es, pero de vez en cuando… a estas horas… vienen algunas… «amigas» —explicó Evans con un tono sugerente.

¿Amigas?… George las observó. Su aspecto, sus sonrisas, sus movimientos sensuales… Sabía perfectamente qué eran. Conocía de sobra su profesión, habían sido varios años conviviendo y disfrutando con ellas y, aunque estas fueran de barrio rico y vistieran más elegantes, eran inconfundibles.

Una de ellas se acercó a él con una tentadora sonrisa. Era morena, con el pelo rizado y los ojos marrones. Le recordó a Rose. Y en ese momento, todas las noches pasadas con ella volvieron a su mente. Noches interminables de pasión y deseo. Horas y horas que se deleitaron juntos entre las sábanas. La recordó debajo de él, encima de él, así como sus gemidos y cómo se estremecía a su lado; y toda su piel le empezó a arder.

Llevaba casi un año sin estar con una mujer y sintió que en aquel mismo instante su cuerpo empezaba a flaquear. La mujer se acercó a él y no tuvo ni las fuerzas ni el deseo de alejarse, así que se quedó quieto a la espera de que llegase hasta él. Ella le dedicó un guiño que solo hizo que el pulso de George se disparase.

—No le había visto nunca por aquí —soltó ella con un tono delicioso—. Si no, le recordaría, estoy segura.

—No suelo quedarme hasta tan tarde —respondió George.

—Pues me alegro de que hoy lo haya hecho —contestó ella a la vez que apoyaba la mano en su pecho.

George se tensó y observó cómo su mano subía y bajaba por encima de su camisa.

Volvió a contemplar su rostro. Era hermosa, demasiado hermosa para el poco aguante que tenía.

—Me llamo Claire —dijo sin dejar de mirarlo—. Si no quiere decirme su nombre, lo entenderé; hay muchos caballeros que prefieren no hacerlo.

—Me llamo George —respondió—. No me importa que lo sepa.

Ella volvió a sonreír y se alzó de puntillas para poder eliminar la diferencia de altura y aproximarse a su oído.

—¿Y quiere quedarse más rato, George? —le susurró tan cerca que su aliento rozó su mejilla.

Él cerró los ojos al sentir esa cálida respiración sobre su piel. Sí, quería quedarse, por supuesto que quería quedarse. Hubiera sido imposible negarse. Ahora mismo sabía que todo su cuerpo ya no le obedecería y, además no quería renunciar a aquello. La miró mientras asentía, lo que provocó que ella se mordiera el labio, satisfecha.

Aquel atrayente gesto hizo que George bajara la vista hacia su boca, para vislumbrar sus labios carnosos y cómo su lengua los lamía lentamente. Se obligó a respirar al darse cuenta de que había dejado de hacerlo, absorto en aquellos labios.

Ella le cogió de la mano y lo condujo fuera de aquella sala para atravesar un largo pasillo con varias puertas. Se dirigió a la última y la abrió. George entró y vio una estancia que parecía un despacho, con una mesa grande de roble a la derecha y un enorme sofá de varias plazas que ocupaba el centro.

—Aquí no nos molestará nadie —indicó ella.

George cerró la puerta a su espalda sin dejar de mirarla. Podía sentir los bombeos de su pulso que le atravesaban el pecho.

Claire pasó ambas manos por su cuello y, acercándose lentamente, le rozó los labios.

—Me alegro mucho de que haya venido hoy, George —volvió a decirle, esta vez con un susurro tan sensual que el joven tuvo que aspirar profundamente para intentar que la sangre llegara a más partes de su cuerpo.

Notó cómo ella acariciaba con suavidad su cuello, luego desabrochó su camisa y dejó parte de su pecho al descubierto. Acercó su boca a ese punto y le besó la piel desnuda de una manera tan erótica que George no pudo pensar más. Aquello ya fue demasiado. Quería más. Necesitaba más.

La sujetó de la nuca con desespero y la besó con tanta pasión que ella soltó un jadeo nada más sentirlo. La aferró por la espalda, bajando sus labios hasta su cuello para recorrerlo. Podía sentir su sabor y sus caderas pegadas a las suyas, y en aquel momento fue realmente consciente de lo que había echado de menos tener a una mujer cerca.

Volvió a besarla con ardor, devoró su boca como si pudiera desaparecer en cualquier momento. Todo su cuerpo le suplicaba que se dejara llevar ya, sabiendo que no podría aguantar más tiempo.

La llevó con ímpetu hasta el sofá. Estaba tan excitado y necesitaba tanto hacerlo que ni se molestó en quitarle el vestido. Le arremangó la falda, se desabrochó los pantalones y la embistió de una manera tan salvaje que ella soltó un grito de sorpresa y ardor al mismo tiempo.

Continuó con sus desenfrenados movimientos, recordando un placer que hacía tantos meses que no experimentaba. Ella se sujetó con firmeza a sus hombros para seguir sus ardientes arremetidas que no cesaban. Las manos de George se apoyaron con fuerza en su cintura para tener un agarre mayor y aumentó la velocidad, hasta que al final soltó un intenso jadeo, levantó el rostro con los ojos cerrados y se desplomó sobre ella respirando con dificultad.

Claire dejó escapar el aire.

—Vaya, *milord*, veo que tenía ganas.

—No soy ningún *milord* —contestó él con la voz entrecortada.

—Me lo he imaginado. No suelen ser tan… intensos.

George levantó el rostro y se quedó observándola. Tenía las mejillas sonrojadas y sonreía con una expresión divertida.

—Hacía tiempo que no tenía… compañía —explicó George en un intento de justificar aquel exagerado arranque.

—Ya lo veo.

—Pero puedo hacerlo mejor… mucho mejor —expresó George con una sonrisa de medio lado.

—Ah, ¿sí? ¿Está completamente seguro? —respondió ella juguetona.

—Sí, completamente. Me ha cogido por sorpresa vuestra visita, pero te aseguro que sé hacerlo mejor y, si me dejas… —se acercó un poco más—, puedo demostrártelo cuando quieras —afirmó mientras la besaba más despacio y pasaba con lentitud y sensualidad los dedos por su escote.

Ella soltó un suspiro cuando deslizó sus labios hasta su pecho para recorrerlo con tanta lentitud que hizo que se estremeciera.

—De acuerdo, acepto su propuesta. Puede demostrarme de qué es capaz —accedió a la vez que soltaba un gemido al notar sus manos subiendo por sus piernas.

George sonrió y volvió a besarla mientras comenzaba a desabrochar su vestido.



No sabía ni la hora que era cuando entró en casa. Debía dar gracias de que Charles le hubiera dado llaves y que pudiera entrar sin tener que llamar a la campanilla. Todos los sirvientes ya estarían durmiendo desde hacía horas y hubiera sido bochornoso que el propio Charles le hubiera tenido que abrir la puerta.

Atravesó la entrada de puntillas y subió la escalera intentando hacer el mínimo ruido posible. Cuando ya había alcanzado su habitación y se creía a salvo, la luz de una vela le hizo girarse.

Charles le observaba por detrás de la débil llama como si fuera una aparición fantasmagórica. Parecía que el bochorno iba a producirse igualmente.

—¿De dónde demonios sales a estas horas?

—Sinceramente, no sé ni la hora que es —contestó George con un ligero tono de mofa.

—Son más de las dos de la madrugada.

—¿Tan tarde?

—Sí, tan tarde —recalcó Charles.

—Me he entretenido un poco en el club.

—¿En el club? El club lleva horas cerrado…

—Cierto… La verdad es que primero he estado en el club y luego nos hemos ido a otra parte.

—¿Qué parte? ¿Con quién?

George dudó si contar la verdad o una mentira piadosa para salvar su propia integridad. Pero él no era de mentir, así que decidió arriesgarse.

—Con una mujer que he conocido en el club —soltó a bocajarro.

Charles no dijo nada, se quedó mirándolo sin moverse un ápice.

—Entiendo… —dijo tras unos segundos. Siguió quieto, hasta que al final se giró—. Bueno… Ya hablaremos mañana, ahora es muy tarde —indicó y se volvió a su habitación sin decir nada más.

George vio cómo se marchaba, sorprendido por aquella respuesta tan tibia. Esperaba que le soltara un sermón, aunque también era cierto que eran las dos de la madrugada y no eran horas para montar un espectáculo.

Entró en su cuarto y se tumbó en la cama. Fijó la vista en el techo y, sin darse cuenta, volvió a rememorar aquella noche.

Habían estado dos horas más en el club, hasta que les habían echado para cerrar el local. En principio iban a despedirse, pero ninguno de los dos quería terminar con aquello, así que decidieron ir hasta una pensión.

Si George había empezado aquella noche tremendamente excitado, luego había logrado que ella acabara igual que él. Le demostró que lo que había dicho era cierto y consiguió que los dos desearan alargar aquel encuentro.

Había perdido la cuenta de las veces que lo habían hecho y había sido extremadamente apasionado. Soltó un hondo suspiro.

Aún se estremecía al recordar su exuberante cuerpo al deslizarse encima de él. Cerró los ojos para poder revivirlo.

Volver a sentir a una mujer cerca después de tanto tiempo había sido sublime. Sus movimientos, su piel suave, sus curvas… Y verla también disfrutar. Aquello era lo más delicioso del mundo, conseguir que una mujer gozara tanto como él. Ver sus expresiones, sentir el temblor de su cuerpo con cada beso, escuchar sus gemidos al acariciarla… era una sensación inigualable.

Sonrió porque aquella noche lo había conseguido. Recordó cómo ella se había despedido con la promesa de volver a coincidir en otra ocasión, y cómo le había dado un último beso como regalo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 31
Mano de… cartas

George bajó a desayunar con la esperanza de encontrar el comedor vacío y poder retrasar un poco más la inevitable conversación con Charles. Pero sus deseos no se cumplieron, ya que cuando entró vio que él ya estaba sentado y que alzaba la mirada sin decir nada.

George tomó aire. Esperaba que no fuera un rapapolvo muy extenso, al fin y al cabo, los dos eran hombres adultos. Él ya tenía diecinueve años y en principio podía hacer lo que le diera la real gana, aunque era cierto que, al vivir en su casa, las normas no las ponía él.

Se sentó frente a él, le dio los buenos días y se sirvió un poco de beicon con la mayor tranquilidad del mundo, como si la noche anterior no hubiera existido. Charles dejó los cubiertos y se quedó mirando cómo devoraba el trozo de carne y se servía unas patatas.

—Veo que tienes hambre —apuntó Charles y cruzó las manos por encima de la mesa.

—Sí, la verdad es que sí.

—Es normal con tanto ejercicio —soltó Charles, lo que provocó una risotada del muchacho, que por poco le hizo escupir la comida.

George se limpió la boca con la servilleta y bebió un poco de agua para terminar de tragar.

—Charles, si tienes algo que decirme, dímelo, no te andes con rodeos.

—De acuerdo, ya que me das vía libre.

George levantó la mano hacia él para que se detuviera.

—No, espera, quiero empezar yo —le interrumpió —. ¿Tú sabías que llevaban mujeres al club? Creía que solo era para hombres.

—Claro que lo sabía —contestó Charles con calma—, ¿por qué crees que nunca me quedo hasta tarde? Porque sé lo que pasa.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Porque hablar de prostitutas no es mi tema favorito del día.

—Aunque no sea tu tema favorito, podía ser interesante saberlo.

Charles recostó el codo en el apoyabrazos de la silla.

—No te entiendo, George. Llevo meses intentando que conozcas a mujeres hermosas de buenas familias y las has rechazado una a una, y ¿prefieres acostarte con prostitutas? No te comprendo.

—Es muy fácil, ellas no me exigen matrimonio ni muchísimo menos amor. Simplemente es un momento de diversión, sin ataduras y sin problemas.

—¿Eso es lo único que te preocupa? ¿El matrimonio? Ni siquiera les has dado una oportunidad a esas jóvenes.

—Porque tengo claro que no me casaré con ninguna de ellas, ni con nadie, lo sabes de sobra. Así que para qué intentarlo.

Charles se frotó la frente sin dejar de mirarlo. Habían tenido esa misma conversación centenares de veces, no iba a volver a comenzar aquel debate en que los dos tenían opiniones tan opuestas y ninguno de los dos iba a ceder un ápice. Cogió los cubiertos para servirse unas tostadas.

—Espero que al menos valiera la pena.

—Uy, sí. Sí que la valió —respondió sonriendo.

—No hace falta que me des detalles.

—¿Estás seguro? —replicó George.

—Completamente, gracias —dijo con sarcasmo.

—Tú te lo pierdes.

—Estoy seguro de que no.

Unos pasos les interrumpieron.

—¿El qué valió la pena? —preguntó Elizabeth al entrar en el comedor.

Charles se atragantó con un trozo de pan y comenzó a toser sin poder respirar. Su tonalidad cambió a un preocupante tono morado. Al final consiguió tragar el despiadado obstáculo y así evitar una muerte prematura.

—Liz, creía que estabas aún en la cama —pronunció con una lamentable voz ahogada a consecuencia de la tos.

—Me he despertado antes y quería desayunar con vosotros —explicó sentándose con calma en la cabecera de la mesa—. ¿Qué valió la pena? —volvió a preguntar mientras miraba a ambos.

Charles y George se observaron un instante.

—Nada importante —contestó Charles sin un mínimo de credibilidad.

—¿Cómo qué nada? Si estabais hablando muy animados. Va, contádmelo —pidió con un mohín.

Charles titubeó en un intento de improvisar todo lo rápido que pudo, mientras George esbozaba una divertida sonrisa, sin colaborar lo más mínimo, a la espera de ver cómo su amigo iba a salir de aquel atolladero.

—Unas partidas de cartas que jugó George anoche —explicó por fin.

—¡Oh! ¿Y te lo pasaste bien? —preguntó Elizabeth, que en esos momentos cogía una pieza de fruta de una bandeja.

—¡De maravilla! Fue muy excitante, muchísimo, ni te lo imaginas —respondió George con un sugerente tono.

Charles le propinó tal patada por debajo de la mesa que el joven se inclinó sobre su plato maldiciendo.

—¡Dios! —renegó a medio camino entre las lágrimas por el dolor y la risa que no podía controlar.

Se irguió con los labios apretados para no soltar una carcajada mientras aún notaba el dolor en su espinilla. Después se giró hacia Elizabeth con la intención de mostrar una expresión lo más natural posible, algo, que, obviamente, no consiguió.

—Si las disfrutaste tanto es porque debiste ganar, ¿no? —volvió a retomar la conversación Elizabeth para desespero de Charles.

—La primera sí, pero el resto quedamos empatados. Digamos que ganamos los dos.

—¿Cómo? ¿Quedasteis empatados? Eso es imposible.

—No te creas, todo consiste en la habilidad de las manos. Si sabes cómo usarlas, es muy probable que los dos salgan beneficiados —explicó George a la vez que movía los dedos.

Charles intentó golpearlo de nuevo, pero el joven había retirado las piernas y lo miró con una mueca burlona.

—Vaya… no lo había oído nunca —dijo totalmente extrañada—. ¿Tú habías visto partidas así, Charles?

Su marido se volvió de golpe hacia ella.

—¿Qué?

—Partidas en que los dos salieran beneficiados, creía que solo ganaba uno en el póker. ¿Tú has jugado partidas así?

—¡Eso, Charles! ¡Cuéntanos tus partidas! —exclamó George, que dio un golpe en la mesa y estalló en una carcajada.

La boca del caballero se abrió y se cerró repetidamente como si fuera un pez fuera del agua.

—Yo no he jugado nunca partidas de esas.

—Seguro que alguna has jugado —insinuó George con una ceja levantada—, aunque fuera de más joven.

—¡No! ¡Nunca he jugado a eso! —replicó mordiendo cada palabra.

—No me lo creo, compártelo con nosotros, Charles, no seas tímido —susurró mientras se inclinaba hacia él y le dedicaba un guiño.

—No hay nada que contar —añadió con los dientes apretados.

—Estoy convencido de que algo hay, todos los hombres que conozco las han jugado alguna vez.

—Yo no, te lo aseguro.

—Pues estas partidas van bien para iniciarse en el juego y coger habilidades —insistió George tratando de evitar de nuevo la risa.

—Yo nunca he necesitado de estas partidas para tener habilidades, ni he necesitado practicar más de la cuenta para que la partida saliera «perfecta» —replicó Charles con énfasis en la última palabra, en una pose chulesca, que divirtió más a George.

—¡Vaya, eres todo un virtuoso! Estoy convencido de que tu oponente estará satisfecho.

—Mucho más de lo que crees, puedo asegurártelo —espetó Charles.

—Podríamos contrastar esa información con tu oponente más cercano —soltó George, que desvió los ojos hacia Elizabeth de manera discreta.

Charles agarró con fuerza el tenedor de la mesa y lo levantó unos centímetros hacia él en una muestra clara de sus intenciones homicidas, lo que provocó que la sonrisa de George se ensanchara más en su rostro.

Elizabeth pasó los ojos de uno a otro alternativamente. Los dos se habían apoyado en la mesa y se miraban fijamente a pocos centímetros.

—¡Madre mía! —intervino Elizabeth—. Pues deben de ser apasionantes esas partidas para crear este debate y hacer que volvieras a esas horas de la noche —añadió sorprendida.

Los dos se giraron hacia ella.

—Muchísimo, muy apasionantes y estimulantes —contestó George con descaro—. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con una mano de… cartas.

—Ya veo… —añadió Elizabeth pensativa—. Me producen curiosidad, creo que lo comentaré en el té de las cinco en casa de la señora Pattinson, a ver si el resto de las señoras conocen esas partidas.

George se recostó en la mesa aguantándose tanto la risa que se le saltaron las lágrimas. Imaginarse un salón lleno de respetadas damas hablando de eso era demasiado cómico.

Charles, por su parte, había cambiado su expresión a una de verdadero espanto.

—Liz, cielo, tampoco hace falta que lo comentes por ahí, es un tema de caballeros. No creo que al resto de señoras les interese mucho.

—Pero si a vosotros os ha divertido tantísimo, seguro que sus maridos también se lo han comentado a ellas.

—¡Yo me apunto a esa merienda! —exclamó George, que levantó un brazo y apretó los labios.

—¡Tú no te apuntas a nada! —espetó Charles.

George no podía más, estaba a un segundo de caerse de la silla.

Charles carraspeó visiblemente nervioso.

—Liz, de verdad, por favor, no lo comentes. Créeme, no es un tema para… señoras. Es un tema aburrido de unos simples juegos de cartas.

Elizabeth lo miró confusa.

—De acuerdo, no diré nada. No entiendo por qué, pero si prefieres que no lo comente…

—Gracias —respondió Charles con un hilo de voz y suplicando que se hubiera terminado por fin aquella conversación.

Pero Elizabeth no había terminado.

—Entonces, George, ¿volverás a jugar otra partida algún día?

—Eso espero. Cuando encuentras a alguien tan hábil con los movimientos vale la pena no perder el contacto.

—Eso es cierto, y se ve que te divertiste.

—Sí…, mucho…, disfrutamos mucho los dos…

—¡Y nos marchamos ya! —intervino Charles, quien se levantó de golpe con tanto ímpetu que a punto estuvo de tirar la silla.

—No he terminado de desayunar —dijo George con un inocente tono.

—Sí, ¡sí que has terminado! —exclamó y dio por zanjado aquel despropósito de conversación.

George se levantó con parsimonia sin dejar de sonreír.

Cogieron ambos las chaquetas y los sombreros y salieron de casa.

Aún estaban en la entrada cuando Charles se giró hacia George entrecerrando los ojos.

—Que sea la última vez que tienes una conversación obscena con mi mujer.

—¿Conversación obscena? Créeme, tú no me has oído en una conversación obscena de verdad —soltó y empezó a reír de nuevo.

—¡Se acabó! ¿Tú te crees que Elizabeth es tonta? Lo capta todo y no me extrañaría que hubiera entendido este desastre de metáfora absurda.

—Te la has inventado tú, yo no tenía ningún problema en contarle la verdad —dijo despreocupadamente.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo vas a contarle que anoche te acostaste con…? No pienso ni repetir la palabra.

—Con una prostituta, se llaman prostitutas. Y la de anoche era encantadora —afirmó con un suspiro.

—¡Quieres bajar el tono! —ordenó mientras miraba alrededor por si alguien los había oído.

Charles tomó aire profundamente para soportar la cara de guasa que George lucía en su rostro. Cerró los ojos un instante antes de ponerse a caminar calle abajo.

George dejó escapar una risita antes de seguirlo, era desternillante verle perder los nervios de aquella manera. Nunca se cansaría de verlo así.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 32
Un viaje y un futuro

Junio de 1791

Aquel mes de junio se produjo la tan temida conversación que George esperaba desde hacía meses.

Durante toda la mañana pudo observar cómo la señora Pearson daba instrucciones a cada una de las doncellas y sirvientas de la casa para que se afanaran por cumplir las órdenes que el ama de llaves les indicaba. Toda la casa bullía de actividad sin que al joven le hubieran dado ninguna explicación, aunque algo dentro de él ya presagiaba lo que iba a suceder.

Cuando el reloj anunció el mediodía, Charles le pidió que le acompañara a su despacho, y al entrar vio que también estaba Elizabeth.

Los observó inquieto, sabía lo que le iban a decir.

—George, vamos a volver a York —anunció él pausadamente—. Queremos ir a ver a los padres de Elizabeth para que conozcan a Mary y también a mi padre.

—De acuerdo —respondió George más tenso de lo que pretendía aparentar—. ¿Estaréis muchos días fuera?

Charles y Elizabeth intercambiaron una mirada.

—George, verás… De momento vamos a quedarnos allí todo lo que queda del año —indicó él.

—¿Qué? Eso son seis meses por lo menos… —respondió. Le traicionó el tono de voz, muestra de su nerviosismo.

—Sí, lo sabemos; la verdad es que no tenemos fecha exacta de regreso.

—Entiendo… —murmuró George—. ¿Y cuándo os marcháis?

—Mañana. Cuanto antes salgamos, mejor; queremos aprovechar el buen tiempo.

—¿Mañana? —susurró y desvió la mirada.

Se alejó unos pasos, hasta la estantería, y pasó los dedos por los tomos de los libros. Tragó saliva y se aclaró la garganta. Se giró de nuevo con una débil sonrisa.

—Espero que disfrutéis del viaje. Dadme la dirección y os mandaré alguna carta…

—George —le interrumpió Charles—, queríamos comentarte un asunto. Sé que te gusta estar en Londres, disfrutas con la actividad de aquí, y habíamos pensado que, si quieres, puedes usar esta casa como alojamiento. Algunos sirvientes se quedarán contigo y te ayudarán.

—No necesito sirvientes —contestó George—, puedo apañármelas solo, y no voy a quedarme aquí en vuestra casa si no estáis vosotros, me parece un abuso exagerado. Volveré a la taberna, puedo estar perfectamente allí.

Charles disimuló una sonrisa.

—Sabía que dirías eso —dijo acercándose a él—, por eso te queríamos proponer que vinieras con nosotros a York.

El joven alzó el rostro con la boca semiabierta.

—¿Qué? ¿A York? ¿Con vosotros? —preguntó con la mirada puesta en ambos.

—Sí, nos gustaría mucho que vinieras —intervino Elizabeth cogiéndole del brazo.

—A no ser que prefieras quedarte en la ciudad, que lo entenderíamos… —afirmó Charles—. Pero si quieres venir con nosotros, estaríamos encantados. Y así no te quedarías solo en Londres.

—¡Y Yorkshire es precioso, George! —exclamó Elizabeth con dulzura.

Aquello no se lo esperaba. Era cierto que había imaginado la remota posibilidad de que lo invitaran a ir con ellos, pero la había descartado casi al instante pues pensaba que era una idea descabellada. York era su tierra, su casa, su familia. Irse allí con ellos suponía adentrarse totalmente en su mundo, y no imaginaba que le ofrecerían algo tan serio.

—¿Qué contestas? —preguntó Charles al ver que no decía nada—. Piénsalo bien porque Mary te echaría mucho de menos si no vinieras.

El joven tardó unos segundos en reaccionar.

—Sí… Claro que sí —respondió en un murmullo.

Elizabeth dio unas palmaditas entusiasmada.

—¡Voy a decirle a la señora Pearson que te prepare el equipaje! —exclamó y salió de la habitación.

George, aún en *shock* por aquella propuesta, se quedó mirando cómo se marchaba.

—Me alegro de que hayas aceptado. De verdad, me alegro mucho —añadió Charles, lo que hizo que el muchacho se girara hacia él.

—No me lo imaginaba —contestó con una mezcla de sorpresa y agitación—. No me esperaba nada de esto.

—Sinceramente, me daba tanto terror dejarte solo en Londres que se me ocurrió esta idea —añadió con una expresión divertida.

—¿No será más bien que te resulta insoportable vivir sin mí? —replicó George, que le devolvió la mueca burlona.

—Mmm… No, seguro que no es eso, sobreviviría.

—Yo creo que no —espetó George, que empezó a reír.

—Créeme que lo haría, y ya me estoy arrepintiendo de la oferta de York.

—¡Tarde! Ya he aceptado, no podéis echarme —contestó mientras daba un salto entre risas y salía en busca de la señora Pearson para preparar su equipaje.



El viaje a York duró tres días. Lo habían organizado para hacerlo con calma y con las paradas justas para que Mary no se cansara de tantas horas en el carruaje.

Atravesaron el hermoso condado, con sus bosques, sus verdes campiñas y sus casas solariegas, propiedad de aristocráticos caballeros.

Cuando la tarde del tercer día se extinguía con el atardecer, apareció la mansión frente a ellos.

George sacó la cabeza y parte del cuerpo por la ventanilla al observar maravillado aquella edificación que se alzaba delante. El sol del ocaso se reflejaba en la piedra amarillenta de la fachada e iluminaba el jardín poblado de hermosas flores e imponentes árboles.

Era una construcción soberbia, con sus tres pisos de altura y con sus dos torreones laterales que se elevaban como una visión entre el inmenso prado verde.

En Londres había palacios y castillos, era cierto, pero aquella mansión rodeada por aquel impresionante jardín y con aquella luz casi rojiza del sol le pareció lo más majestuoso que había visto hasta el momento. Charles le había explicado que su nombre era Rosebush House, en honor a la rosa

blanca, símbolo del condado de York, y a la inmensa cantidad de rosales plantados en los jardines.

—¿Todo esto es tuyo? —preguntó George al volver a meter el cuerpo en el coche.

—De momento es de mi padre —replicó con un tono desenfadado, quitándole importancia.

—Bueno, pero será tuyo. En algún momento todo esto será tuyo —insistió el muchacho.

—Sí —contestó sin más.

—¿Y por qué no vivís siempre aquí? ¡Es impresionante!

Charles miró de reojo a Elizabeth, que le sujetó la mano con cariño.

—Nos gusta cambiar de aires de vez en cuando —contestó y miró despreocupado por la ventana—. Mi padre no es una persona fácil y, cuando llevas un tiempo viviendo con él, necesitas alejarte un poco. Así que vamos intercalando York con Londres y así salimos todos beneficiados.

—Ya… Entiendo bastante de padres ineptos, el mío era un auténtico profesional. Así que puedo comprender que necesitéis vuestro espacio. Yo recorrí trescientas millas para conseguir el mío —añadió con una mueca que escondía una melancolía que no iba a mostrar.

Bajaron del carruaje una vez que este se detuvo frente a la imponente escalera de piedra de la entrada.

Arriba de la escalinata, con los brazos a la espalda, un hombre les observaba, con un elegante traje gris y una sobria expresión. No hizo ningún movimiento al verlos, se mantuvo rígido mientras los seguía con la mirada hasta que subieron donde estaba él.

George le observó: tenía un parecido extraordinario con Charles, el mismo pelo castaño, pero ligeramente más canoso, los ojos marrones y la misma altura y elegancia; era como ver a Charles con treinta años más.

—Padre —saludó su amigo con la mano extendida.

El caballero se la estrechó sin más emoción que quien mira a un arbusto y automáticamente desvió la mirada hacia Elizabeth y el bebé que portaba. Se agachó hacia la pequeña y esbozó lo que pareció una sonrisa que duró apenas un segundo. Después ladeó la cabeza y su atención se clavó en George.

—Y usted es…

—Es George Crowley, padre, un amigo. Pasará una temporada aquí con nosotros —explicó.

El señor Forster lo estudió unos instantes antes de volver a hablar.

—¿Y quién es su padre? No conozco a ningún Crowley de Yorkshire ni de los alrededores.

—Mejor que no lo conozca, no habría mucho que destacar —apuntó George con un tono ocurrente que no hizo gracia al caballero.

—Un padre siempre merece un respeto —sentenció frunciendo el ceño —. Da igual cómo sea, da igual lo que haya hecho…, siempre ha de existir respeto por él.

—Se nota que no lo conoce, porque no opinaría lo mismo —replicó el muchacho con la mirada fija en él.

Charles intervino para poner punto y final a la breve conversación.

—Ven, quiero enseñarte la casa —propuso mientras atravesaba la enorme puerta de roble macizo.

Subieron una amplia escalera de mármol que se enroscaba sobre sí misma hasta alcanzar el primer piso.

—Escúchame, George —le dijo muy serio Charles cuando llegaron a la primera planta—, mi padre es un hombre que puede llegar a ser muy duro. No le provoques ni discutas con él porque saldrás perdiendo, te lo aseguro. Lo mejor para todos es que estemos tranquilos y que disfrute con Mary. Ya he tenido suficientes conflictos con él desde que mi madre murió y no quiero venir aquí para discutir.

—Claro, no te preocupes. No pienso provocar nada, te lo prometo.

George se quedó mirándolo y se percató de su tensión. Se notaba que su padre le imponía algo más que aquel respeto que le profesaba y lo último que quería era crear alguna disputa que aumentara la rigidez de Charles. Nunca lo había visto así y, desde luego, si para ayudarlo tenía que estar sumiso y obediente como un cachorrillo, iba a hacerlo. Ninguna palabra suya provocaría un enfrentamiento, lo tenía claro.

Durante los siguientes días se produjo un ligero cambio en el señor Forster. Toda aquella severidad del principio se fue suavizando, sutilmente, al pasar tantas horas con Mary. Mantenía su estricto carácter, pero le habían descubierto en momentos de intimidad con la pequeña hablando más relajado e incluso sonriendo más de lo normal. Le gustaba estar con Mary, todos se habían percatado, y le dejaban a solas con el bebé todo el tiempo

que quería. Aquello hizo que el ambiente en general se suavizara y que la convivencia no fuera tan tensa como en un inicio se esperaba.

Una de las tardes, al regresar de un paseo, encontraron al señor Forster en el salón principal acompañado por el coronel Graham.

El militar era amigo del señor Forster desde hacía años, esa era la razón por la que se había encargado personalmente de la instrucción militar de Charles durante los dos años que había estado en el ejército.

Compartieron aquella tarde con el coronel, debatiendo sobre la situación que se estaba desencadenando en Europa a raíz de la revolución que había estallado en Francia.

—Los franceses siempre tienen que crear problemas o incendiar los conflictos de los demás —renegó el señor Forster.

—Se está deliberando si intervenir o no, depende de lo que le suceda a Luis XVI —explicó el coronel.

—Si esos revolucionarios franceses se atreven a atacar a su propio monarca, ¡deberemos intervenir! —exclamó con vehemencia el señor Forster.

—Eso es lo que se está planteando —indicó el coronel—. Incluso se habla de crear una gran coalición en Europa contra Francia.

—¡Y ahí estaremos para luchar contra esos salvajes franceses!

George pasaba la vista de uno a otro; era evidente el odio visceral que destilaban ambos contra los franceses y pensó seriamente lo que debía suponer participar en una guerra semejante, donde miles y miles de soldados de cada país luchaban contra otros miles de otros países para conseguir algo que a ellos realmente no les afectaba. Sintió un escalofrío al imaginarse en una situación semejante, tener que matar para atacar o para defenderse.

—Pues yo espero no verme nunca en esa situación —opinó en voz alta sin darse cuenta.

El señor Forster y el coronel se giraron hacia él. George se dio cuenta de que lo había dicho más alto de lo esperado y sintió cómo sus miradas lo fulminaban.

—Mire, joven, el honor es lo único que importa en esta vida —sostuvo el señor Forster con un tono tan firme que George se enderezó en su asiento —. Y si hay que luchar por el país y por los principios, se debe hacer, cueste el sacrificio que cueste. No hay nada más magnífico que combatir y morir con honor.

Charles se recostó en la butaca y disimuló un suspiro. Había oído tantas veces aquel discurso que se lo sabía de memoria. Honor, honor y más honor. Según su padre era lo único que importaba. Si se perdía el honor, más valía morir, ya que una persona deshonrada y cobarde no merecía ni un segundo de existencia. Ese dogma es el que le había inculcado desde el mismo instante en que nació.

Para sorpresa de Charles, y también cierto pánico, George decidió seguir con ese debate, que estaba claro que jamás ganaría; aunque eso no parecía importarle.

—Respeto muchísimo el honor y que se defienda, pero no a cualquier precio.

—¿Y cuál es su precio, señor Crowley? —preguntó el señor Forster en un tono amenazante.

—¿Mi precio? Las víctimas inocentes de estos conflictos —sentenció George grave—. La cantidad de muertes inútiles y crueles de personas que ni siquiera han decidido participar, pero que se han encontrado en mitad de esas batallas. Unas guerras que han decidido otros por ellos, que seguramente ni están luchando allí. Ese es el precio que nunca se debería pagar.

El coronel Graham escuchaba su vehemente discurso y no pudo evitar sonreír. Le gustaba la gente con carácter. Se necesitaba tener agallas, y un poco de inconsciencia, para meterse a discutir con dos militares y echar por tierra los motivos de las guerras. No compartía para nada su opinión, pero aquel arrojo le gustó, tenía que reconocerlo. Un hombre capaz de defender así sus ideales, sin achantarse ni doblegarse, siempre le merecía respeto.

—Sabe una cosa, Crowley —intervino el coronel con una enigmática sonrisa—, ojalá mis hombres tuvieran la mitad de su empuje. Le aseguro que habríamos conservado todas las colonias.

Charles sonrió satisfecho al escuchar el comentario que el coronel le dedicó a George. Llevaba tiempo con una idea en la cabeza y pensaba llevarla a cabo aprovechando que el militar estaba en York. Y aquella declaración de Graham le daba más impulso para iniciar por fin su propósito.

A la mañana siguiente decidió empezar a tantear el terreno para saber con exactitud cómo podía lograr su objetivo.

Encontró a George en el jardín. Estaba hablando animadamente con una de las doncellas que recogía unas flores. Se acercó a él y, sin mediar palabra, lo agarró del brazo y lo alejó de la joven.

—Ni se te ocurra —le dijo sin más con una ceja levantada.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué. Ni te imaginas lo que te haría mi padre si te viera flirtear con alguien del servicio.

—¿Qué? ¡No! Solo estaba hablando con ella.

—Yo te aviso para que lo sepas. Para mi padre todos sus empleados son sagrados, son parte de la familia y merecen el mismo respeto. Ni se miran, ni muchísimo menos se tocan.

—Te juro que solo estaba hablando. Nada más.

—Te aviso por si acaso, no vaya a ser que las ganas de hablar den paso a otro tipo de «ganas» —añadió con un retintín que hizo reír a George.

—Charles, te juro que no iba con ninguna intención. Palabra —indicó y levantó el brazo derecho como haciendo un juramento.

—Más te vale, porque no podré defenderte si él saca su pistola.

—Estás bromeando, ¿no? —dijo mientras abría los ojos de manera exagerada.

—No. Lo digo en serio, creo que lo haría… Sí, muy probablemente lo haría —respondió Charles pensativo.

George ahogó una exclamación. La imagen del rígido señor Forster empuñando una pistola y apuntándole le hizo sentir verdadero pavor. Y el caso es que lo veía capaz de disparar. Movió varias veces la cabeza para deshacerse de esa espeluznante idea.

—¿Qué opinión tienes del coronel Graham? —preguntó Charles cuando ya se hubieron alejado.

—La misma que la del año pasado cuando lo conocí en el baile. Se le ve un hombre inteligente y también estricto.

—Es cierto, es severo y duro, y tal vez por esa razón es uno de los mejores oficiales de alto rango del ejército. Sus regimientos son conocidos por su eficiencia.

—¿Hace mucho que lo conoces? —preguntó George con curiosidad.

—Prácticamente toda la vida. Es amigo de mi padre desde antes de que yo naciera.

Continuaron caminando unos minutos, hasta que Charles volvió a intervenir.

—George, quería comentarte algo —indicó y se paró frente a él—. He estado pensando en tu futuro, y creo que el coronel Graham puede ser una gran opción.

—¿El coronel Graham? ¿Para qué?

—Hace tiempo que lo pienso: creo que sería una gran oportunidad para ti hacer carrera en el ejército.

George lo miró sorprendido.

—¿En el ejército? ¿Yo? —Soltó una risilla—. Creo que soy el candidato menos adecuado.

—Yo pienso lo contrario.

—¡Oh, vamos, Charles! No lo dirás en serio. ¿No recuerdas el debate que tuve con tu padre ayer?

—Por eso mismo creo que deberías intentarlo.

George entrecerró los ojos sin comprender.

—Precisamente porque no piensas como ellos eres perfecto —continuó Charles—. El ejército necesita gente como tú, con tus ideas. Que sepan distinguir qué está bien y qué está mal por encima de las órdenes recibidas. El ejército no es solo ir a un conflicto, tiene más funciones, es el cuerpo que debe defender al pueblo.

—Charles, te agradezco los cumplidos, pero me conoces, sabes cómo es mi carácter, cómo soy, y lo de cumplir órdenes lo llevo bastante regular, por no decir muy mal.

—George, eres un líder nato. Tienes ese tipo de personalidad que la gente seguiría.

—Ese es el problema —le interrumpió—, no es buena idea que la gente me siga. Soy impulsivo, irresponsable muchas veces, carezco de autocontrol cuando algo me molesta o algo me gusta… demasiado —dijo con una sonrisa maliciosa—. Soy el perfil más nefasto para ingresar en el ejército, créeme, y además el coronel Graham jamás me admitiría.

—¡Inténtalo! No pierdes nada. Y si te aceptaran, sería una carrera de por vida. Sueldo fijo y posibilidad de promoción para ascender.

George se pasó la mano por el pelo mientras se alejaba unos pasos.

—No sé, Charles…

—Solo te estoy diciendo que lo intentes. Déjame que hable con el coronel para saber su opinión. Es terriblemente sincero y, si no le gusta la

idea o no te considera apto, me lo dirá sin rodeos.

Charles insistió de una manera tan apasionada que George no pudo oponerse más. Le dejaría que hablara con el coronel si ese era su deseo, pero estaba completamente convencido de que este rechazaría aquella propuesta sin miramientos.



Tal como Charles había prometido, aquella tarde tuvo una larga reunión con el coronel. Se encerraron en el despacho y se mantuvieron allí durante más de dos horas.

El estupor de George fue máximo cuando Charles le explicó que la reunión había sido un éxito y que el coronel le esperaba dentro de un mes para las pruebas de admisión.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 33
Reclutamiento

Un mes. Solo cuatro semanas y podría hacer esas pruebas.

—El coronel Graham no acepta a cualquiera que se presente, de ahí que sus regimientos sean de los mejores entrenados. Él siempre hace su propia selección —le explicó Charles—. Son pruebas físicas…

—Perfecto.

—… y de puntería, esgrima y montar a caballo.

La confianza de George se desinfló de golpe.

—¿Puntería?

—Te darán un mosquete para que hagas unos disparos.

—¡No he disparado jamás un arma! —exclamó alterado.

—Para eso tenemos un mes, para entrenar.

—Y tampoco he empuñado nunca una espada. Cuchillos sí, pero espada no.

—Al menos eres buen jinete, ya tenemos algo —dijo Charles con un tono distendido.

—Sí, ríete, pero seguro que la mayoría de los que se presentan deben ser hijos de señoritos y saben hacer todo eso desde la cuna. Yo tengo que empezar desde cero.

—Más mérito tendrás cuando pases las pruebas.

—Estás convencido de que pasaré, tienes más confianza que yo.

—Sí, estoy totalmente seguro de que lo conseguirás —contestó Charles, quien lo guio a través de un pasillo de uno de los torreones laterales.

Subieron al segundo piso y entraron en una habitación cuadrada, decorada con dos inmensas cabezas de ciervo que se miraban una frente a la otra y, al fondo de la sala, un mueble de madera donde colgaban varias armas: mosquetes con sus respectivas bayonetas, pistolas y espadas de distintos tamaños.

George soltó un silbido al ver aquel despliegue.

—¡Menudo arsenal! Esta mansión nunca será invadida —dijo el muchacho con una risilla nerviosa.

—Mi padre también fue militar y además adora la caza —explicó Charles mientras inspeccionaba las armas.

Las observó una a una y eligió un mosquete, que revisó a fondo antes de decidirse. Sacó de un cajón un estuche de madera lleno de balas y salieron de nuevo al exterior.

Charles le explicó el uso y la limpieza del arma, así como la colocación de la bayoneta en el extremo del cañón.

—No entiendo que tenga que aprender a utilizar todo esto antes de entrar en el ejército. Se supone que ellos deberían enseñarme, ¿no?

—Y lo harán, pero es bueno que tengas las nociones básicas.

Charles cogió el mosquete con una habilidad y una rapidez que sorprendieron a George. Se lo colocó en la base del hombro, apuntó durante unos segundos muy concentrado, sin moverse un ápice, y disparó. George siguió la dirección y vio cómo caía algo del cielo. Soltó una exclamación por la sorpresa.

—¡Le has dado!

Charles sonrió.

—Mi padre me enseñó a cazar cuando cumplí los doce años y desde entonces cada año he ido con él. —Recargó el arma y se la cedió—. Prueba tú. Simplemente dispara, no hace falta que le des a nada, solo acostúmbrate al disparo y a la fuerza que ejerce. Tienes que estar cómodo con el arma.

George cogió el mosquete y se lo apoyó en el hombro, imitó su postura y disparó; como era lógico por su inexperiencia, sufrió el movimiento de retroceso, que lo tiró hacia atrás.

—Has de mantener el brazo firme para controlar la puntería y que el arma no se te mueva con la fuerza del disparo —le explicó Charles, y pasó a corregirle la postura del brazo y del cuerpo—. Tenemos tiempo, George, no te preocupes. Hay días de sobra para que llegues preparado.

El muchacho no compartía tanto entusiasmo, pero estaba dispuesto a esforzarse al máximo durante aquellas semanas. Cuando se proponía algo lo cumplía siempre hasta el final.

Durante aquellas semanas, George fue disciplinado en las clases que Charles le impuso, y los progresos pudieron observarse ya en los primeros días. Le sorprendió todo lo que había aprendido al término del período previo a las pruebas.

Y el día llegó y, tal como estaba previsto, se presentó en el edificio que ocupaba el regimiento a las afueras de York, al norte de la ciudad.

Graham salió a recibirle y, sin más preámbulos, lo dirigieron a la parte posterior, en la que se extendía una amplia planicie y donde varios jóvenes esperaban, algunos vestidos de uniforme y otros de paisano.

Los soldados uniformados les obligaron a situarse en una fila. George observó a sus compañeros y contó entre veinte y treinta hombres.

—Bienvenidos, caballeros —saludó el coronel, que se colocó delante de ellos con las manos cruzadas en la espalda, totalmente rígido—. Están aquí porque han decidido de manera voluntaria presentarse para formar parte del glorioso ejército de Inglaterra. Pero han de saber que no todos ustedes lo conseguirán. A los que no lo hagan les recomiendo que vuelvan a sus casas o, si lo prefieren, pueden presentarse en la selección de otro condado.

George volvió a mirar a sus compañeros y apreció la diferencia entre muchos de ellos. Había algunos con una impactante condición física, que se distinguían por sus espaldas anchas y sus brazos fuertes, mientras que otros eran más delgados y llevaban la inseguridad dibujada en el rostro. Además, los ropajes también los segregaban: en unos mostraban que provenían de familias más acomodadas mientras que otros eran señal de un origen más humilde, seguramente se trataba de hijos de granjeros.

—No quiero cobardes ni indignos —continuó el coronel en el mismo tono firme—, quiero hombres valientes, con iniciativa y empuje, con capacidad para soportar la dura vida militar; y si no se ven capaces de aguantarla, quiero que se marchen ahora mismo y no me hagan perder el tiempo. —Calló un instante a la espera de alguna reacción. Al no ver ninguna, continuó—: Mi reclutamiento es voluntario, no suelo hacerlo de manera obligatoria. No soy partidario de esa medida, ya que considero que es mejor un hombre decidido a luchar y morir por su país que cien hombres obligados. Así que, como ustedes han venido aquí de manera voluntaria, quiero que me demuestren de lo que son capaces. Quiero que den lo mejor de sí mismos y yo decidiré si están preparados y si son aptos.

Una vez terminado aquel vehemente discurso de bienvenida, se inició el proceso de selección. Las primeras pruebas fueron físicas y aquello

tranquilizó a George. Siempre había sido rápido y en los últimos años había adquirido fuerza y resistencia. Por tanto, aquello no le preocupó en exceso.

Todas las pruebas eran muy competidas. Se debía llegar entre los cinco primeros para que fuera positiva. Tuvieron algunas de velocidad, fuerza y resistencia que les dejaron agotados y en las que George logró llegar entre los primeros. Aquellas pruebas ocuparon toda la mañana de aquel primer día.

El coronel los observaba impávido tras cada prueba, con una sonrisa de medio lado y satisfecho de ver cómo se sentaban en el suelo para recuperar el aliento tras la última carrera.

Les dejaron solo veinte minutos para comer y descansar, y, una vez transcurrido ese tiempo, el coronel llamó a uno de sus soldados, que se acercó portando una bandera inglesa: la cruz de san Jorge sobre un fondo blanco.

—Señores, llega la última prueba de hoy —apuntó con una astuta expresión—. Deberán traerme esta bandera en el menor tiempo posible.

George vio que el soldado que llevaba la bandera montaba a caballo y se marchaba al galope. Lo siguió con la mirada a medida que atravesaba el amplio prado y se internaba en un espeso bosque de hayas que crecía al final de la ladera; allí lo perdieron de vista.

—¿Cómo vamos a saber dónde está? —susurró mientras miraba a uno de sus compañeros, que se encogió de hombros sin saber.

—¿Algo que objetar, Crowley? —le interrumpió el coronel.

—No, señor… —George se mordió la lengua y no dijo nada más.

El soldado de la bandera volvió transcurrido un largo rato.

George volvió a dirigir la mirada en la dirección por donde se había marchado el soldado. Era hacia el norte, pero había vuelto por el oeste, así que lo más probable era que la bandera estuviera en aquella dirección. Había tardado cuarenta minutos entre ir y volver; eso a caballo podía abarcar una gran extensión si iba a galope, pero dentro del bosque no habría podido ir a gran velocidad, así que no creía que estuviera muy lejos.

El mayor problema era que estaría escondida, no la habría puesto a plena vista.

Volvió a observar al soldado. Este se sacudía unas ramas de los pantalones. ¿Ramas de árbol?, ¿de arbusto? Se acercó donde el soldado se había limpiado los pantalones, se agachó y recogió algunas de las ramas que había tirado. Al examinarlas, comprobó que eran hojas de haya. La bandera

debía estar encima de algún árbol. No podía estar completamente seguro, pero era lo único que se le ocurría teniendo aquella pequeña pista. Miró hacia el bosque, hacia la inmensa extensión que abarcaba, y decidió qué dirección tomaría.

El coronel Graham estudió con disimulo sus movimientos. El resto de sus compañeros se mantenían sentados aprovechando aquel breve descanso, pero él estaba de pie con la mirada fija en el bosque.

—¡Señores! —gritó el oficial. Los hombres se pusieron de pie al instante —. El descanso ha terminado, ¡tráiganme esa bandera! ¡No vuelvan sin ella! ¡Es una orden!

Los hombres salieron corriendo en dirección al bosque. Graham los siguió con la mirada, la mayoría tomaba la misma dirección norte del soldado, pero un pequeño grupo liderado por Crowley se desvió hacia el oeste. Se cruzó de brazos, sin dejar de mirarlos, expectante por saber cómo terminaría aquello.



El bosque era más espeso de lo que imaginaba. Además, comprobó que le habían seguido seis hombres al ver que se había desviado del grupo principal.

George se detuvo y analizó el entorno. El sendero por donde caminaban era ridículamente estrecho, por ahí no podía pasar un caballo.

—Debemos buscar un camino más ancho —afirmó—. El soldado salió a caballo desde esta dirección, así que debemos encontrar un camino por donde pudiera atravesarlo con el animal.

Los otros seis hombres asintieron, se dividieron en grupos de a dos y se internaron por los matojos y arbustos en busca de senderos más amplios.

George observó al compañero que aún le seguía. Era pelirrojo, menos alto que él pero más robusto, y con una incipiente barba pelirroja.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Bruce O’Connor.

—¿O’Connor? ¿Eres irlandés?

—Sí —contestó con un deje orgulloso—. Nací en Irlanda, pero he vivido en Inglaterra desde que era un niño.

—Yo soy George Crowley y soy escocés.

—Dos parias del imperio, ¡qué bien! —respondió Bruce y soltó una carcajada.

Aquello hizo reír a George. Un irlandés y un escocés que intentaban encontrar una bandera inglesa en mitad de un bosque. Era una escena bastante pintoresca.

Después de atravesar arbustos y zarzas, hallaron un camino más ancho. Bruce se agachó en busca de huellas de caballo. Nada, no se veía ningún rastro.

—Vayamos más al sur —propuso George mientras miraba las copas de los árboles; esperaba no haberse equivocado.

Había transcurrido casi una hora. Podían escuchar débilmente voces de algunos compañeros, pero estaban lo bastante alejados como para no coincidir en la misma zona. Tomaron una senda estrecha que desembocaba en otro camino más amplio que el anterior, y para gran sorpresa de ambos encontraron las ansiadas huellas de caballo. Allí estaban las inconfundibles pisadas. Reprimieron una exclamación para no llamar la atención del resto y continuaron el camino atentos a su alrededor, en busca de la codiciada bandera.

—¿Por qué quieres alistarte? —preguntó Bruce mientras seguían.

—Un amigo me lo ha recomendado, cree que puedo ser bueno para esto. Yo no lo tengo tan claro…

—Pues yo opino como tu amigo. Eres el único que ha decidido tomar esta dirección y seguramente encontraremos la bandera antes que nadie.

George sonrió orgulloso.

—Y tú, ¿por qué has venido?

—Por necesidad. Mis padres son granjeros y el último año lo perdieron todo en un incendio: la cosecha calcinada y los animales muertos. Se han quedado sin nada, y pensé que alistarme podría ser una buena opción.

El joven dio un salto imitando la posición de combate y empezó a reír.

—Pienso llegar a general, ya lo verás —apuntó mientras alzaba la barbilla.

—Veo que apuntas alto —replicó George.

—¡Por supuesto! Siempre hay que apuntar alto en todo —afirmó y se puso a correr por el camino—. ¡Vayamos más rápido! Quiero encontrar esa condenada bandera y tomarme unas cervezas.

George caminó tras él sin dejar de mirar a las copas de los árboles. Cuando llevaba unos metros, Bruce soltó un grito que le sobresaltó. Corrió

más para alcanzarlo sin verlo por el camino.

—¡Bruce!

—¡Aquí! —Su tono se escuchaba con un débil lamento.

Siguió su voz hasta un foso. La tierra se había desprendido a un lado del camino. Se inclinó con cuidado; Bruce estaba en el fondo.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz alta.

—Sí, pero me duele muchísimo la pierna.

—Espera, voy a bajar.

Se deslizó con cuidado por la tierra hasta llegar a él. Se agachó a su lado; Bruce se sujetaba la rodilla con una mueca de dolor.

—¿Puedes caminar?

—No lo sé.

George le ayudó a incorporarse y lo agarró por la espalda. Bruce protestó con los dientes apretados.

—No puedo apoyar la pierna izquierda.

—Tendremos que bordear este sendero. No podemos subir hasta el camino con tu pierna así.

—Tú tienes que ir a buscar la bandera.

—No. Podría tardar horas en encontrarla y dentro de poco anochecerá. Si te dejo en este lugar, será imposible encontrarte en cuanto el sol se ponga —indicó—. Vamos a volver por la misma dirección por la que hemos venido y saldremos del bosque.

Bruce le obligó a parar.

—George, has superado las pruebas anteriores; eres uno de los primeros. Si encuentras la bandera, tendrás prácticamente asegurada la selección.

—No voy a marcharme y a dejarte aquí —respondió firme—. Si no consigo pasar, ya lo probaré en otra ocasión. ¡Vamos! —le animó y consiguió que Bruce le rodeara los hombros con el brazo. Ambos comenzaron a desandar el camino.

Tres horas habían pasado y el coronel Graham se mantenía con la vista fija en el bosque y en el sol del horizonte, que se iba ocultando lentamente y dejaba alargadas sombras a su paso. Esperaba que llegasen antes del anochecer o el retorno sería más complicado para todos.

En aquel momento, tres figuras empezaron a acercarse mientras ondeaban una bandera. Apoyó las manos en su cinturón y entrecerró los ojos a medida que se acercaban.

Llegaron exhaustos pero sonrientes con el trofeo. Graham disimuló su decepción al ver que ninguno de los tres era Crowley. Estaba convencido de que la encontraría él. Lo había visto tan confiado que estaba seguro de que lo lograría, y pocas veces su institución le engañaba. Pero esta vez había ocurrido, se había equivocado; al parecer, este muchacho no era tanto como parecía.

En el transcurso de la siguiente media hora fueron llegando el resto de los hombres, quienes, agotados, suplicaban algo de agua para saciar su sed. Crowley seguía sin estar entre ellos y aquello ya le extrañó. Avanzó unos pasos con la mirada puesta en la dirección hacia donde se había marchado.

Cuando la luz estaba a punto de extinguirse, el coronel llamó a dos de sus soldados para que salieran en busca de los hombres que faltaban, pero cuando ya habían ensillado sus caballos, dos siluetas aparecieron a lo lejos.

Graham fijó la vista y atisbó que uno de los dos parecía herido. Cogió él mismo uno de los caballos y, acompañado de un soldado, salió al galope hacia ellos.

Se detuvieron a su lado; George sujetaba a su compañero.

—Le debo una bandera, coronel —dijo el muchacho con una sonrisa y una expresión agotada.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Me caí por un foso, señor —explicó Bruce, que intentaba incorporarse —. Si no hubiera sido por George…

Graham miró al joven mientras ayudaba a su compañero a subir al caballo del soldado. En cuanto Bruce estuvo en el caballo, George se dejó caer en el suelo, exhausto.

El soldado se llevó al herido y el coronel se quedó con el muchacho, que se había tumbado en la hierba para recuperar el aliento. Graham bajó del caballo y le ofreció agua. George se la bebió toda con desesperación.

—¿Sabe que iba en la dirección correcta? —indicó Graham.

—Sí, sí que lo sé.

—Y aun así no fue a buscar la bandera…

—No, señor, no fui.

—Ha desobedecido una orden, Crowley.

George alzó el rostro hacia él.

—Lo sé, señor, pero no iba a dejarlo allí.

—Hubiera conseguido llegar el primero —insistió el coronel—, pero decidió no hacerlo.

—Señor, no podía dejarlo allí, estaba a punto de anochecer —repitió George con el ceño fruncido.

Por fin se levantó; se sentía pesado, con los músculos de las piernas agarrotados.

—Ahora ya puede echarme de su selección —dijo sereno—. Pero ha de saber que volvería a hacer lo mismo.

Empezó a caminar a trompicones hacia el edificio. Graham lo siguió con la mirada mientras subía a su caballo. Pasó por su lado a un trote lento y se giró hacia él.

—Quiero verle en mi despacho en diez minutos —le ordenó y espoleó al caballo dejándole que continuara el camino sin ayuda.



Al cabo de esos diez minutos, George estaba de pie en su despacho; seguía con el dolor en las piernas, pero se mantenía firme.

Al otro lado de la mesa, el coronel se encendió un cigarro y empezó a fumar con calma y sin prestarle atención.

George suplicaba para sus adentros poder sentarse.

—Dígame una cosa, Crowley —comenzó y dio una calada—, ¿suele tener como costumbre desobedecer las órdenes que le imponen? Porque si eso es habitual en usted, no está en el sitio correcto.

—Señor, con el debido respeto, hay órdenes que a veces se han de incumplir.

Aquella respuesta hizo que el coronel abriera más los ojos.

—¿Antepone su opinión a las órdenes recibidas? ¿Es eso?

—No, señor, no es eso —replicó George—, pero si debo elegir entre conseguir una bandera o ayudar a un compañero, que es posible que se haya roto la pierna, elijo a mi compañero —dijo con un tono elevado. Le dolían las piernas, estaba cansado y no tenía ánimos para escuchar más reprimendas.

—Por lo que veo, no le da la importancia que tiene nuestra bandera.

George se mantuvo firme, aunque cambió el peso de un pie al otro con disimulo; sentía que sus piernas no le sujetaban más.

—Señor, entiendo perfectamente que no me acepte, pero le vuelvo a decir que haría lo mismo, una y otra vez, sin pensarlo —declaró con ímpetu —. Mire, sé lo que es tener a compañeros que nunca te abandonarían ni cuando te mereces que lo hagan. He tenido amigos así, y yo nunca lo haré tampoco, por muchas órdenes que me den. Más vale que lo sepa.

Graham dejó el cigarro sobre un platillo sin dejar de mirarlo. Se levantó despacio, se ajustó la chaqueta sin ninguna prisa y bordeó la mesa hasta llegar a él.

—Le dije hace unas semanas que me gustaba su empuje, y esa opinión no ha variado. Alguien que antepone la vida de un compañero a su propio éxito merece mi admiración. —Apoyó la mano en su hombro—. Está dentro, Crowley.

George se quedó atónito.

—¿Qué? ¿Me acepta?

—Sí.

—Pero aún faltan algunas pruebas.

—Me da igual, le quiero en mi regimiento.

—No ha visto mi nefasta puntería con el mosquete, a lo mejor cambia de opinión.

—¡Por el amor de Dios, Crowley! No lo estropee. Le estoy diciendo que quiero un soldado como usted, acéptelo de una vez, y a ver si aprende a estar más callado —protestó con un resoplido.

—Sí, señor…

El coronel salió del despacho y George se desplomó en la butaca más cercana; aún sentía pinchazos por todo el cuerpo. Empezó a reír y alzó los brazos a modo de victoria. Lo había logrado. Sintió ganas de soltar un grito, pero no le pareció el sitio más adecuado, así que reprimió sus ansias.

Estaba deseando ver la expresión de Charles cuando se lo contase. Soldado, iba a ser soldado. Por un momento pensó en Wild y en Hunter y en la cara que pondrían si lo supieran, entre atónita y asqueada. Volvió a reír al imaginar aquello.

Él mismo estaba asombrado, no solo por haber sido aceptado, sino por haber accedido a alistarse. Jamás se hubiera figurado acabar de soldado de Su Majestad después de cómo había vivido aquellos truculentos años como ladrón. Definitivamente, la vida daba tantas vueltas que era mejor no descartar nunca nada.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 34
Soldados

George soltó una larga y grave exclamación cuando se vio reflejado en el espejo con el uniforme militar: una impresionante casaca roja con botones plateados, donde se cruzaban dos bandas blancas, una para sujetar el arma de cinto y la otra para llevar una bolsa de cuero donde guardar las balas, la pólvora o algún artículo personal. Camisa y pantalones blancos, botas negras y en la cabeza un tricornio negro con el borde blanco.

Hizo un giro, sonrió y ladeó la cabeza con una pose chulesca.

—Llevas más de media hora mirándote —afirmó Charles, que entraba en la habitación.

George comenzó a reír sin apartarse del espejo.

—No puedo evitarlo. Me queda bien, ¿eh? —indicó mientras le miraba con las manos en las caderas.

—Sí, estás muy bien, igual que las otras veinte veces que me lo has preguntado —replicó el otro y se cruzó de brazos—. No sé si ha sido buena idea lo del ejército…

—Claro que sí. Voy a ser el mejor soldado de esta compañía y Graham me adora.

—Yo no diría tanto. Te tolera porque ve que tienes potencial. Y no le llames Graham o te echará mañana mismo.

—Ya verás como acabaremos siendo amigos.

—Me conformo con que aguantes hasta el año que viene —soltó Charles con una sonrisa disimulada—. No tienes ni idea de lo que te espera.

—Fuiste tú el que me animó a que me alistara. Ahora no me deprimas.

—Sí, y estoy convencido de que puedes llegar muy lejos, pero el primer año es crucial, más te vale estar preparado.

—Lo estaré. Me da igual lo que me pida Graham, lo haré, porque puedo hacerlo, lo sé —contestó con seguridad y una amplia sonrisa.

Charles asintió, apoyándose en el marco de la puerta. Él también estaba convencido de que lo lograría, pero tampoco quería envalentonarlo. Prefería que mantuviera los pies en tierra y fuera realista con lo que se iba a encontrar. Sería duro, más de lo que se imaginaba. Lo sabía por experiencia propia.



Enseguida pudieron comprobar que la palabra compasión no existía en el vocabulario del coronel Graham. Era extremadamente duro en los entrenamientos e imponía castigos a quien no veía que se esforzaba por encima de sus posibilidades. Defendía siempre que los enemigos de Inglaterra nunca les concederían ni un segundo de tregua y él tampoco iba a otorgárselos. Y lo cumplía. Lo cumplía a rajatabla.

Dos meses llevaban con aquel extenuante entrenamiento y había momentos en que George deseaba arrancarse las extremidades para no sentir más aquellos pinchazos por el sobreesfuerzo. Tenía los brazos entumecidos por los ejercicios con los mosquetes y las piernas se le cargaban tanto que en algunos instantes apenas podía dar un paso.

Pero jamás lo demostraba. Iba el primero o, por lo menos, lo intentaba y nunca se quejaba a pesar de sentirse desfallecer prácticamente cada día.

El orgullo siempre ganaba al agotamiento.

Se levantaban a las cinco de la mañana, desayunaban un triste trozo de pan con agua y empezaban las carreras matutinas. Al cabo de dos horas regresaban, tomaban un desayuno un poco más completo a base de algo de carne seca y se iniciaban los ejercicios físicos con armas de filo; otras tres horas sin apenas parar. A las doce comían algo más contundente y a la una volvían a salir a montar a caballo, a hacer pruebas de tiro o, si el coronel estaba de mal humor, a correr durante millas. Todo sin ningún otro propósito que lograr que acabaran exhaustos y con ganas de renunciar.

El coronel Graham era conocido por su dureza y su facilidad para descartar candidatos. Por un lado, aquella actitud formaba regimientos con una calidad y una fortaleza envidiables, pero, por otro, le reportaba críticas de las altas esferas, ya que el ejército estaba necesitado de soldados y sus descartes comportaban bajar esas cifras.

Sin embargo, nunca le afectaban ni le importaban aquellas críticas. Él lideraba a sus hombres según sus propias reglas, y al final obtenía tan

buenos resultados que sus dirigentes le aceptaban esa libertad.

Los sábados por la tarde se les otorgaba un descanso y los soldados podían bajar a la ciudad para distraerse, pero sin excesos, ya que estaba completamente prohibido llegar borracho al cuartel, so pena de castigo.

George ansiaba cada semana que llegara aquel momento. Iban a York con el uniforme militar consiguiendo la admiración de todos los que les observaban y arrancando más de un suspiro a las mujeres con las que se cruzaban.

Él y algunos de sus compañeros se habían aficionado a ir a una taberna del centro de la ciudad y allí podían relajarse y hablar sin tapujos de cualquier tema que les apeteciera sin miedo a recibir una sanción.

George había hecho más amistad con tres soldados. Uno era Bruce O'Connor, el irlandés, que finalmente pudo recuperarse de su pierna y hacer a tiempo todas las pruebas de reclutamiento. Los otros dos eran Daniel Wells, un joven de familia acomodada, moreno, alto y fuerte, y siempre con una sonrisa petulante; y Elliot Brown, hijo de pescadores de un pequeño pueblo del mismo Yorkshire, castaño, de baja estatura y extremadamente tímido, pero muy amable; demasiado, quizá, para el ejército, pensó George cuando lo conoció.

Se sentaron los cuatro y pidieron unas cervezas, brindaron por disfrutar de aquella noche y tomaron largos sorbos entre risas.

—Hoy Graham ha estado más estricto de lo normal —protestó Bruce.

—Lo que necesita el coronel es una buena mujer que le quite toda esa rigidez —soltó Wells con chulería a la vez que se recostaba en la silla.

Los cuatro estallaron en una carcajada.

—Ni siquiera sé si una mujer lograría eso —apuntó George.

—Ahora en serio, ¿está casado? ¿Tiene alguna amiga? Nadie sabe nada de su vida personal —preguntó Wells, apoyado en la mesa.

—Estuvo casado, según me han dicho, pero no tuvieron hijos y su mujer murió hace unos años —explicó George.

—Pues podríamos presentarle a alguien —insistió Wells con sorna—. Apenas sale del cuartel. Eso no puede ser sano.

Una camarera, con su pelo color caoba recogido en una trenza y unos intuitivos ojos marrones, se acercó a ellos.

—¿Necesitan algo más, caballeros? —preguntó y pasó la mirada por los cuatro.

—Yo sí —saltó George, que le cogió la mano y posó un dulce beso en su dorso—. Que me concedas un paseo un día de estos.

La joven sonrió y se inclinó hacia él hasta casi rozar su rostro.

—Eso no pasará, soldado —murmuró a la vez que se deshacía de su mano y le dedicaba una última mirada antes de alejarse.

—Está loca por ti —dijo Bruce con una risilla.

—Lo sé —respondió George con una sonrisa de satisfacción y sin dejar de mirarla.

—Lily es preciosa; si no te lanzas tú, lo haré yo —le provocó Wells—. Y conseguiré que se olvide de ti, te lo aseguro.

—Eso me gustaría verlo —replicó George con confianza.

—Pero ¿tenéis intenciones serias con ella? —intervino de repente Elliot, que siempre se mostraba muy callado.

George y Wells se giraron hacia él.

—¿Intenciones serias? ¿Estás hablando de compromiso? —preguntó Wells, que torció el labio en una mueca.

—Eh… pues sí… ¿no? —añadió extrañado.

—¡No! ¡Claro que no! —protestó Wells—. ¿De qué estás hablando? ¿Quieres que me siente mal la cerveza?

—No, Elliot, no vamos a comprometernos con ella —intervino George más pausadamente—, y te aseguro que ella tampoco con nosotros. No se fía de los soldados, me lo dejó muy claro el primer día.

—Y hace bien —espetó Wells con una carcajada.

Daniel Wells era un mujeriego y un libertino de talla mayor. Criado en el seno de una acaudalada familia, había tenido tantas amantes a sus veinticinco años que había olvidado el nombre de la mayoría. Precisamente su desenfrenada vida era lo que había provocado que su familia lo mandara al ejército, con el deseo de que se reformase. George estaba convencido de que eso era imposible. Solo hacía unos meses que lo conocía y ya había sido testigo de varias conquistas.

—Pues no creo que sea correcto darle esperanzas si no queréis nada más —indicó Elliot con la mirada baja.

George sonrió, le gustaba aquel joven, tenía dieciocho años y su cortesía y su amabilidad compensaban el tono brusco que a veces usaban tanto Wells como él mismo.

—Tranquilo, Elliot, jamás haríamos nada que la molestase —dijo George.

—¿Qué ocurre, Elliot? ¿Te gusta Lily? —preguntó Wells con malicia—. Si te gusta, nos retiramos. Sería mucho más feliz contigo que con nosotros dos.

—Eso seguro —apuntó George y dio un sorbo a su cerveza.

—No… No me gusta —tartamudeó nervioso.

George noto cómo se sonrojaba. Claro que le gustaba. Lily era preciosa, les gustaba a todos los hombres que frecuentaban aquella taberna, por eso estaba siempre llena.

—Acércate y habla con ella —le propuso George en voz baja.

—¿Qué? No… no sabría qué decirle.

George suavizó su expresión. Aquella timidez le recordaba a él cuando tenía quince años y sin experiencia con las mujeres.

—Dile que es preciosa, que es inteligente y divertida, y que te gustaría conocerla más.

—¡Venga ya! ¿Eso te funciona? —dijo Wells—. Llévatela detrás de la barra y bésala.

—¡No seas burro! —protestó George.

—A mí me funciona —añadió Wells con una risotada.

—No voy a hacer ninguna de las dos cosas —murmuró Elliot, que dio también un sorbo a su cerveza con un ligero temblor—. Estoy muy bien aquí sin moverme.

—¡Lily! —llamó Wells con un grito.

—¡¿Qué haces?! —preguntó Elliot aterrado.

—Ayudarte.

Lily apareció con su habitual sonrisa.

—¿Queréis otra ronda?

—No, Elliot quería decirte algo —dijo Wells con una mirada expectante puesta en el joven.

Elliot vaciló al comprobar los ojos de ella clavados en él.

—Yo… pues… quería decirte que haces muy bien tu trabajo —susurró y agachó la mirada.

—¡Oh! Muchas gracias —contestó ella con una amplia sonrisa—. Eres un encanto.

Elliot alzó la mirada y pudo apreciar aquella preciosa sonrisa.

—De nada, es la verdad. Siempre eres muy amable con todos.

—Gracias —añadió ella con dulzura—. ¡Te invito a una cerveza! Te la has ganado. Tus amigos deberían aprender de ti. Así es como se trata a una

señorita, con delicadeza.

Se alejó hacia la barra y los tres jóvenes miraron a Elliot, que tenía una expresión bobalicona.

—¡Increíble!… Él ha conseguido más en un minuto que tú en todo un mes, George —exclamó Bruce y empezó a reír.

—Yo sigo insistiendo en que deberías besarla —continuó Wells.

—Lo has hecho perfecto, Elliot —indicó George satisfecho.

Bruce le golpeó el hombro con complicidad y Elliot se rio, tanto por sus nervios como por aquel acto que para él había sido una hazaña.

Aquellos tres soldados, tan distintos entre sí, se habían convertido en su mejor compañía cuando pernoctaban en el cuartel. Había semanas enteras en que no les dejaban ver a nadie de fuera del recinto, y tener unas buenas amistades dentro compensaba los momentos de soledad.

Echaba de menos las tardes compartidas con Charles, hablando, riendo o discutiendo de temas triviales en los que muchas veces no estaban de acuerdo. También poder estar con Mary y Elizabeth a diario. Incluso la señora Pearson estaba en sus pensamientos.

Lo bueno es que, al estar acuartelados en el mismo York, cuando les daban permiso se escapaba a la mansión para verlos y ponerse al día de las novedades.

—El otro día escuché cómo el coronel hablaba de ti con mi padre —le contó Charles una de esas tardes.

—¿Y debo preocuparme?

—De momento no, pero el coronel puede cambiar de opinión de un día para otro, así que pórtate bien.

George se puso en pie, se cogió de las solapas de la casaca y dio varios pasos por el comedor.

—Créeme, me estoy esforzando. Te dije que sería el mejor soldado del regimiento y pienso cumplirlo.

—No tengo ninguna duda —respondió el otro con orgullo al verle tan centrado.

—Y además… ¿sabes el efecto que causa este uniforme en las mujeres? ¡Es increíble!

Charles soltó un bufido abandonando aquel efímero orgullo.

—George, sabes que ese uniforme es más importante que eso, ¿verdad? Su misión es más vital que seducir a mujeres —replicó con las cejas alzadas.

George estalló en una carcajada

—Lo sé, Charles, pero necesitaba decírtelo y ver tu cara, y ha valido la pena —se burló al ver su mueca contrariada

Charles no pudo evitar reírse. Por mucho ejército, normas, entrenamientos y castigos que pudiera sufrir, George siempre sería George, de eso estaba convencido. No creía que existiera una fuerza suficientemente poderosa para cambiarlo. Y debía reconocer que era algo que agradecía.



Aunque había soltado aquel comentario solo para provocar a Charles, tenía gran parte de verdad y, aunque nunca había tenido problemas para conquistar a una mujer, desde que llevaba aquel uniforme las posibilidades se habían multiplicado. Aquella casaca roja hacía casi todo el trabajo. Podía apreciar cómo las mujeres se sentían atraídas simplemente al ver el uniforme, era algo asombroso y a él le encantaba aquella sensación.

Uno de los días que habían tenido descanso por la tarde, llegó al cuartel al día siguiente cuando aún no había amanecido. Había pasado toda la noche fuera. Rogaba por que no se hubieran dado cuenta de su falta y poder llegar hasta su barracón sin ser visto. Se le había hecho demasiado tarde, debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada, y esperaba poder dormir al menos una hora antes de iniciar los entrenamientos.

Si le descubrían entrando a aquellas horas podía suponer un castigo extremadamente desagradable. Pero había valido la pena, pensó y dejó escapar el aire al recordar a la exuberante bailarina de un club que había bailado solo para él… en privado… toda la noche.

Entró en el edificio. No había ni traspasado la puerta cuando un golpe en el suelo lo dejó helado.

—Crowley, buenos días. —La voz potente y grave del coronel resonó a sus espaldas.

«¡Maldita sea!», renegó mentalmente y se giró a la vez que se erguía todo lo firme que pudo para hacer el saludo militar.

—Veo que ha decidido madrugar hoy —siseó el coronel.

—Sí, señor.

—Muy bien, eso me gusta. Soldados entregados a su tarea, sin distracciones, solo pendientes de su deber —dijo con un ligero retintín y un absoluto sarcasmo.

—Claro, señor.

—Ya… —Se acercó a él despacio midiendo cada paso—. Bueno, como veo que tiene ganas de trabajar, le voy a poner una tarea extra para que no se aburra hasta que sus compañeros se levanten. Aún queda más de una hora hasta las cinco y no me gustaría que perdiera el tiempo, ya que ha decidido levantarse antes —añadió mordaz.

George mantuvo la mirada firme, pero no contestó. Era inútil intentar justificar lo injustificable, el coronel sabía perfectamente que acababa de llegar, así que una excusa solo empeoraría el castigo.

El coronel se paseó por delante de él con calma.

—Vamos a ver qué faltaría por hacer —comentó a medida que se golpeaba la barbilla con un dedo—. ¡Ah, ya sé! Tengo un trabajo ideal para usted —Se aproximó hasta que su aliento le rozó la cara—: las letrinas.

El rostro de George palideció.

—¿Qué?

—Sí, soldado, va a limpiar las letrinas, necesitan una buena mano y estoy seguro de que lo hará muy bien.

—Señor…

El coronel levantó la mano para frenarlo.

—Ni se le ocurra decir nada —pronunció con un tono más amenazante —. Si dice algo, lo que sea, incluso si respira más fuerte de lo normal, no solo limpiará las letrinas hoy, sino que lo hará toda la semana, ¿me ha entendido, soldado?

George asintió.

—Perfecto, ya puede empezar. Las quiero relucientes para las cinco o de lo contrario mañana continuará con la tarea.

El coronel se alejó de él sin despedirse y recorrió con paso firme el pasillo hacia el interior del edificio.

George se apoyó en la pared, se encogió sobre sí mismo y maldijo en voz baja. Tomó aire en una profunda aspiración y comenzó a caminar en dirección al edificio anexo donde estaban aquellos asquerosos depósitos de excrementos. Controló las ganas terribles de vomitar y entró para iniciar la tarea.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 35
Deber, muerte y ascenso

Marzo de 1793

Aunque Europa sufría una convulsa situación sociopolítica, aquello no evitó que el coronel ascendiera a George a cabo cuando no llevaba ni un año como soldado.

Y ahora, después de un año y medio y con veintiún años cumplidos, se había adaptado a la perfección al ritmo y al trabajo de su regimiento. Se había acostumbrado a tener bajo su mando a un pequeño número de soldados, y el coronel Graham le demostraba día a día que confiaba en él, pues le añadía tareas de liderazgo cada vez de más responsabilidad, observando cómo el resto de los soldados respondían bien a su mandato.

Pero en aquel año de 1793 la situación del continente se había hecho insostenible. En Francia se había ajusticiado en enero a su monarca, Luis XVI, en pro de su revolución, y prácticamente toda Europa se había unido para luchar contra ella. La movilización de ejércitos se estaba produciendo en masa y el coronel Graham fue uno de los requeridos para abandonar Inglaterra y unirse a aquella gran coalición contra los franceses.

—Señores —les dijo una mañana vestido con su uniforme de gala—, quiero que recuerden siempre por qué se alistaron, por qué vinieron aquí: para defender a su país y a su pueblo. Ha llegado el momento de luchar por esos ideales. Algunos de ustedes me acompañarán al otro lado del mar, mientras que otros se quedarán aquí, en Inglaterra, a la espera de ser requeridos o no. Pero, sea como fuere, deben defender este uniforme con la máxima dignidad y orgullo.

Se despidió de cada uno de ellos con un apretón de manos y les deseó la mejor de las suertes. Aquello le sonó a George como una despedida definitiva. Le daba la sensación de que el coronel lo hacía como si no fuera a regresar. No era posible. Si había un hombre capaz de ir a Francia y ganar

una guerra contra todo un país, ese era el coronel Graham. Estaba convencido de que volvería sano y salvo de aquel conflicto.

—Cabo Crowley, he estado hablando con mi general. Debemos llevarnos a la mayoría de los oficiales y eso le deja a usted como uno de los pocos suboficiales de este regimiento. Así que le informo que ha sido ascendido a sargento. Espero que me demuestre que es capaz de liderar a estos soldados y prepararlos por si llegasen órdenes del frente. El soldado Bruce O'Connor ocupará su puesto de cabo.

Aquel ascenso repentino dejó sin palabras a George.

—¿Me ha entendido, sargento? —insistió Graham al ver que no reaccionaba.

—¡Sí, señor!

—Demuéstreme de qué es capaz, Crowley —le retó antes de despedirse.

A los soldados que se quedaron en Inglaterra se les dieron órdenes de que regresaran a sus casas en espera de movilización. Siempre debían estar listos y disponibles para una posible llamada. Por ello, George volvió a Rosebush House para vivir de nuevo con Charles y Elizabeth.

Allí le esperó una nueva sorpresa: el señor Forster había decidido alistarse junto con el coronel para ir a la guerra, pese a las súplicas de Charles para que no fuera.

—Padre, no puede hablar en serio. Su sitio está aquí con su familia, con nosotros y con su nieta —le rogaba.

—Mi sitio está defendiendo a Inglaterra —sentenció firme.

—Padre, por favor, piénselo, ya hay miles de soldados jóvenes que van a ir para luchar y morir allí, no tiene ninguna obligación de marcharse.

—No es obligación, ¡es deber! Hay que luchar contra los que quieren derrocar los ideales que hace siglos que defendemos.

—Padre, se lo ruego, no vaya. Piense en Mary, si le pasara algo…

—Es por ella que voy, por mi nieta, para que pueda vivir en un mundo libre y justo.

Charles se pasó la mano por el pelo con desesperación mientras se apretaba los mechones entre sus dedos. Sabía que, sí iba allí, moriría, y no podía hacer nada para evitarlo.

Y, efectivamente, nada pudo impedir que el señor Forster se marchara, ni los ruegos de su hijo, ni las lágrimas de Elizabeth, ni los gimoteos de Mary. Nada pudo evitar que decidiera luchar con honor por sus principios. Así que

se marchó, desoyó cualquier consejo, cruzó el mar, pisó Francia y, tal como Charles temía, murió cuatro meses después, atravesado por una espada.

Nunca sabrían a ciencia cierta si estuvo realmente relacionado, pero el día que él murió, Mary estuvo llorando durante horas, sin consuelo posible, sin saber qué le pasaba, hasta que varios días después llegó la noticia de su muerte.

Charles la recibió con aquella tibia sensación de cuando sabes que algo va a pasar y llevas tiempo preparándote para el momento. Y el momento había llegado. Su padre había muerto y todos los recuerdos vividos con él se arremolinaron en su cabeza en una turbia nebulosa. Recuerdos agradables yendo a cazar y pescar, y recuerdos más tensos en que su severidad había marcado el carácter de Charles para siempre.

Dejó caer la cabeza entre las manos, sentado en una butaca sin saber qué sentir. El dolor era predominante, pero también la rabia. Una rabia profunda al ver que su padre había sido incapaz de hacerle caso por una vez en su vida y haberse quedado allí con ellos. Ni siquiera en aquel instante le había demostrado que confiaba en él. No, había preferido ir a morir por una guerra que ni le afectaba en lugar de mantenerse al lado de la gente que le quería y que le necesitaba de verdad.

Era frustrante aceptar, ahora que estaba muerto, que jamás sabría si en algún momento sintió verdadero orgullo por él. Y desconocía también si alguna vez él podría anteponer el honor a lo que quería de verdad, tal como había hecho su padre. No sabía si sería capaz de hacer algo parecido, pero si alguna vez lo lograba, estaba seguro de que él se hubiera sentido orgulloso.

Aquella pérdida, además de la tristeza latente, provocó que Charles heredara todas las propiedades de la familia, lo que lo convirtió, ahora sí, en el único *lord* Forster de York.



Abril de 1794

La compañía de George fue trasladada a un cuartel a las afueras de Londres. Aquella decisión, unida a la muerte del señor Forster, hizo que Charles, Elizabeth y la niña regresaran también a la capital por una temporada indefinida. Necesitaban cambiar de aires y querían aprovechar

que George había sido destinado a la ciudad para poder estar lo más próximos a él.

Los siguientes meses continuaron su curso de manera natural. George se encargó de manera diligente de la organización de sus soldados: mantenía el orden y los horarios, así como el entrenamiento establecido, pero sin la severidad del coronel al evitar los castigos y las sanciones, mostrando más empatía por sus hombres. Eso le hizo ganarse el apoyo y la complicidad del grupo. Recibía el respeto que su cargo merecía, tanto por los soldados como por oficiales de mayor rango.

Cuando la calma y el buen humor ya se habían establecido en aquel cuartel, llegó el requerimiento que creían que jamás recibirían. Se les ordenaba que se unieran al regimiento instalado en Dover, en el condado de Kent, para traspasar el canal de la Mancha y unirse a la guerra en tierras francesas.

Era abril de 1794.

Charles tuvo que apoyarse en la pared cuando recibió la noticia.

—¿Debe ir todo el regimiento? —preguntó angustiado.

—Sí, según nos han informado, va a regresar un batallón y necesitan que les reemplacemos.

Elizabeth se tapó la boca temblando de preocupación.

—Espero que no estemos muchos meses fuera —prosiguió George en un intento de quitarle tensión al asunto—. Y cuando vuelva lo celebraremos.

Charles le observó y comprobó cómo mantenía rígidos los brazos y apretados los puños para no mostrar su nerviosismo.

George les obsequió con una leve sonrisa para tranquilizarlos.

—No os preocupéis, en nada estaré de vuelta, os lo aseguro.

—George… —susurró Elizabeth mientras se acercaba a él—, ten mucho cuidado, por favor.

El joven le sujetó la mano con cariño y se la besó.

—Estaré deseando volver para estar con vosotros.

La señora Pearson le deseó lo mejor con los ojos vidriosos, algo que sorprendió a George. Al final había conseguido que el ama de llaves le cogiera algo de cariño.

Se despidió de Mary, que fue corriendo tras él para darle un tierno abrazo. Se agarró de su cuello y pronunció entre balbuceos «Tío George», lo que provocó que él cerrara los ojos y acariciara su suave pelo con mucha

dulzura. Quería memorizarla y así poder recordarla en cada instante de aquel viaje.

Y ya en la puerta de entrada se despidió de Charles.

—Como no vuelvas, vas a tener problemas conmigo. Te lo advierto —amenazó en un tono que intentó que fuera severo, pero que su garganta le traicionó al salirle tembloroso.

—Irá todo bien, Charles, ya lo verás. Además, tengo que volver, ¿quién te vigilaría si yo no estoy? —soltó y empezó a reír.

La risa fue interrumpida por el abrazo que Charles le dio y que a George le cogió desprevenido.

—Te lo digo en serio, más te vale volver. No me obligues a ir a Francia a buscarte —le susurró Charles, quien mantenía el abrazo.

George le agarró por la espalda para corresponder su muestra de afecto.

—Tienes mi palabra.

Y a finales de aquel mes de abril del año 1794, su regimiento salió del puerto de Dover y atravesó el mar hasta llegar a Calais.

George observó a su lado a Bruce, Wells y Elliot, que miraban fijamente el horizonte. Y allí, en tierras francesas, aguardaron a ver qué les deparaba el porvenir de aquella guerra.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 36
Regreso y recuerdos

Enero de 1795

Aún podía escuchar el eco de los disparos resonando en su cabeza, los gritos desgarradores de los caídos y el nauseabundo olor a sangre.

Todo retornaba a su mente cada vez que cerraba los ojos.

Cruzó los brazos con fuerza y se apoyó en la barandilla del barco. El aire helado le golpeaba el rostro como pequeñas cuchillas afiladas, pero, paradójicamente, aquel frío le relajaba. Le hacía olvidarse de los lúgubres y sofocantes momentos que había tenido que soportar en aquellos nueve meses.

Miró a su alrededor, no se veía tierra por ningún lado, pero sabía que la próxima costa que atisbaría sería la de Inglaterra. Levantó el rostro al cielo y percibió una suave llovizna caer sobre sus mejillas.

Antes de darse cuenta, estaría pisando suelo inglés de nuevo. Y no había nada que deseara más en aquel instante.

En aquella maldita guerra había perdido compañeros, amigos y oficiales, que habían muerto delante de él, y eso era algo que jamás olvidaría.

Notó en el brazo izquierdo una punzada y se lo apretó con la mano derecha. Le habían herido hacía unas semanas al defender a unos soldados que se habían quedado rezagados. Había conseguido protegerlos, sin que ninguno de ellos muriera o fuera hecho prisionero, pero una bala le alcanzó a él. Le había desgarrado la piel y sangraba de una manera exagerada, pero finalmente no había sido tan importante. La bala había salido por el otro lado, así que no había necesitado que le abriesen para extraérsela, aunque el cosido de emergencia que le habían realizado le dejaría una bonita cicatriz.

A pesar de no haber sido grave, el dolor que aún sentía no le permitía los mismos movimientos que antes. Esto hizo que el general al mando le obligara a volver a Inglaterra, ya que el ejército no permitía que un oficial

no estuviera al cien por cien. Lo mejor era que regresara, se recuperara y que así pudiera estar listo en caso de necesitarle de nuevo en la guerra.

—Capitán Crowley —le llamaron a su espalda.

George se giró con una sensación extraña, aún se estaba acostumbrando a su nuevo cargo.

Le habían ascendido en aquellos meses por méritos en el frente y, también, por la muerte de sus oficiales superiores. Eso le había catapultado de sargento a teniente y finalmente a capitán. Y al coronel Graham no le había temblado el pulso al ascenderle de manera tan vertiginosa. Había confiado plenamente en él desde su llegada y se lo demostró cuando tuvo que nombrar nuevos oficiales.

—Dígame, teniente O'Connor —respondió George al descubrir el familiar rostro del irlandés.

—Me han informado de que han avistado tierra, en una hora llegaremos a Dover.

—Una hora… —repitió George con una exhalación—. Gracias. Informe al resto de la tripulación.

—Sí, señor —respondió.

Una hora. Solo una hora y podría saborear la maravillosa paz que tanto había añorado.

Bruce se despidió con un movimiento de la cabeza y una sonrisa. Debían mantener aquel trato formal mientras se mantenían en activo. Algo que cambiaba cuando simplemente eran dos amigos que se tomaban una cerveza, o cuatro cuando Wells y Elliot se unían a la celebración.

Daba gracias de que a ninguno de los tres le hubiera pasado nada.

Bruce había sido ascendido a teniente por recomendación suya. George le había explicado al coronel Graham que necesitaba que su segundo al mando contara con su máxima confianza, y el otro había aceptado sin ningún impedimento al haber comprobado durante aquel tiempo la responsabilidad y la dedicación que Bruce había demostrado.

Habían vivido casi un año terrible. Habían tenido momentos de calma, por supuesto, pero los enfrentamientos habían sido atroces, llenos de ese odio visceral que tanto ingleses como franceses sentían entre ellos, arrastrado durante siglos.

Una de las máximas preocupaciones que habían tenido tanto él como Bruce y Wells había sido asegurar la integridad de Elliot. Se habían entregado los tres en cuerpo y alma a protegerlo, a alejarlo de las zonas de

tiro, incluso George había evitado que participara en algunas acciones de combate haciendo valer su rango militar.

Elliot tenía voluntad y ganas de participar, y se había ofendido con ellos cuando le habían sobreprotegido en exceso. Pero era muy joven aún y tenía un carácter que necesitaba endurecerse para sobrevivir en aquel mundo.

Los tres se decían que, seguramente, gracias a su esfuerzo, Elliot había regresado con vida.

Todos aquellos recuerdos le removían por dentro y le despertaban a la vez emociones distintas: dolor por las pérdidas, orgullo por su ascenso y alivio por haber sobrevivido y volver a casa.

Abrió la boca para dejar escapar el aire y observó cómo el vaho se difuminaba frente a él. Por fin iba a recuperar su vida anterior. Aquellos nueve meses le habían parecido una eternidad y le habían hecho comprender que todo podía desaparecer en un instante. Así que ahora volvía dispuesto a exprimir al máximo cualquier oportunidad que se le presentase, sin renunciar a nada de lo que quisiera.

Estaba sumido en aquellos pensamientos cuando una gaviota le sobresaltó. No sabía cuánto tiempo había estado absorto, pero dirigió la mirada hacia el norte y en el horizonte pudo ver la fina línea de la costa. Dover apareció frente a ellos unos minutos más tarde, exactamente igual que lo habían dejado, con su impresionante castillo amurallado que sobresalía y atemorizaba a los que quisieran entrar en Inglaterra sin ser invitados.

Bajaron del barco con la misma sensación de haber abandonado el infierno y estar pisando el paraíso.

Aspiró profundamente y llenó los pulmones de aquel aire puro, desprovisto del olor a pólvora que le había rasgado la garganta durante todo aquel tiempo.

Miró a Bruce, Wells y Elliot, y los cuatro esbozaron una sonrisa tan amplia que derivó en una risa contagiosa. Inglaterra les resultaba en ese momento la tierra más maravillosa del mundo.

Decidieron quedarse dos días en Dover para descansar y al tercer día se despidieron. Cada uno de los cuatro tomaba rumbo a casa para disfrutar de aquel merecido permiso que el ejército les otorgaba.



Cuando el carruaje atravesó el puente de Westminster y George reconoció las calles y los edificios, una sensación de impaciencia empezó a recorrerle. Estaba deseando reencontrarse con Charles, Elizabeth y Mary. Aquellos nueves meses era el tiempo máximo que habían estado separados desde que se conocían, y se le habían hecho eternos.

Llamó a la campanilla de la entrada y, cuando ya atravesaba el vestíbulo, la señora Pearson apareció. La mujer se tapó la boca por la sorpresa y no pudo articular palabra.

—¡Señora Pearson! —exclamó George, la agarró por la cintura y la alzó para darle varias vueltas.

El ama de llaves soltó un grito por la impresión y empezó a reír por aquel impulso.

Elizabeth apareció sobresaltada y no pudo evitar dar otro grito al verle.

—¡George! —exclamó corriendo hacia él.

El capitán dejó en el suelo a la ama de llaves para recibir su caluroso abrazo.

—¡Qué ganas tenía de veros a todos! —gritó George entusiasmado.

Detrás de ellos, por la puerta del salón, asomó una cabecita que miraba curiosa.

George la vio por encima del hombro de Elizabeth, se acercó a ella y se puso de cuclillas.

—Mary, ¿no te habrás olvidado de mí? —preguntó con un levantamiento de cejas.

La niña rio y se escondió por la vergüenza un momento, pero volvió a salir para correr hacia él.

George la alzó y comenzó a besarle el pelo.

—Mi mujercita favorita del mundo —le susurró con dulzura al oído.

A la pequeña le provocó una risita y le abrazó más fuerte si cabe.

Elizabeth le informó de que Charles estaba en una reunión con una empresa naviera que acababa de adquirir y que seguramente volvería tarde.

Se acomodaron en el salón, tomaron algo de té y George les explicó, sin entrar en detalles, lo que habían supuesto aquellos meses. No quería, y tampoco encontraba adecuado, explicarles las escenas escabrosas que había vivido durante aquel tiempo. Así que su resumen de la guerra fue un cúmulo de graciosas anécdotas de soldados y victorias en el campo de batalla.

Pasadas las siete de la tarde, Charles llegó. Le dejó el abrigo y el sombrero al mayordomo y, cuando ya iba a adentrarse en la casa, una voz le sorprendió.

—Reconoce que me has echado de menos —insinuó George apoyado en el marco de la puerta del salón y con los brazos cruzados.

Los ojos de Charles se agrandaron por la sorpresa.

—¡Santo cielo! ¿Cuándo has llegado? Pensaba que volverías en primavera —exclamó y corrió hacia él para saludarlo con un abrazo.

—Sí, esa era la idea, volver en primavera, pero me hirieron y me han enviado antes.

—¿Te hirieron? ¿Estás bien?

—Sí, fue en el brazo izquierdo. Nada grave. Insistí en que podía continuar, pero la verdad es que no estoy del todo bien y tanto el coronel Graham como el general al mando decidieron que lo mejor era que volviera y me recuperara.

Charles sonrió tan ampliamente que sus ojos se achinaron, reflejando toda su alegría.

—Pues me alegro de que estés de vuelta.

—Y hay más novedades: soy capitán —afirmó satisfecho.

—¡Capitán!

—Sí, me ascendieron en el campo de batalla.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Charles con un orgullo inmenso.

—Ya te dije que Graham me adoraba. Lo ha estado disimulando este tiempo, pero se le nota lo que siente por mí —dijo con guasa y comenzó a reír.

Charles se contagió de su risa mientras le sujetaba por los hombros y entraban en el salón. ¡Cómo lo había echado de menos!

La cena de aquel día estuvo repleta de risas, anécdotas por parte de todos y una alegría plena por poder estar de nuevo los cuatro juntos.

Pasadas las diez, dio las buenas noches deseoso de acostarse y dormir el máximo de horas posibles. Entró en su habitación. Estaba todo tal como lo había dejado: sus objetos personales, los libros que Charles le había regalado para que se aficionara a la lectura —algo que no había conseguido —, los regalos de Elizabeth, los dibujos de Mary… Todo igual. Como si supieran seguro que iba a volver y respetaran su espacio. Sintió una sensación de paz y de que por fin estaba en casa.

Se acercó al armario y sacó del fondo su vieja bolsa de tela. Casi nunca la cogía porque le recordaba momentos demasiado dolorosos, pero, en aquel instante, tuvo una necesidad apremiante de hacerlo.

Rebuscó en su interior y sacó el pañuelo de su madre. Lo besó y lo acarició con devoción.

—Madre, sé que hace mucho que no hablamos. Perdóname por estar tan ausente, pero aquí estoy. Quería contarte que soy capitán. Sí, capitán del ejército. ¡Oh, madre! Si pudieras verme con el uniforme y cuando estoy con mis hombres. Me respetan, madre; me respetan y me admiran. Ojalá pudieras verme, sé que te sentirías orgullosa de mí —dijo en voz tan baja que casi era un murmullo.

Volvió a besar el pañuelo y lo guardó en la bolsa. De nuevo la colocó al fondo del armario, escondida entre tanto traje y abrigo elegante.

Se quitó la ropa y se acostó. Había tanta calma, tanto silencio, que era tranquilizador a la vez que extraño. Cerró los ojos, pero antes de dormirse no pudo evitar rememorar momentos de aquella guerra: muerte, dolor, liderazgo, algunas risas en momentos de paz y, en el último instante antes de quedarse profundamente dormido, la imagen de su bolsa de tela, el pañuelo de su madre y el perfil borroso de una dulce sonrisa.



El crujido de las hojas bajo sus pies era lo único que lograba escuchar. Un silencio aterrador lo dominaba todo. Continuó caminando y atravesó aquel espeso bosque que apenas dejaba entrar la luz del sol. Bajó la mirada y rozó con los dedos su casaca roja. Todo se mantenía en calma, una calma que le erizaba la piel. Un sonido le hizo reaccionar. Se agachó instintivamente para protegerse tras un arbusto y entonces lo oyó:

—¡George!

Se levantó de golpe.

—¡George!

Aquella voz… Notó cómo todo su cuerpo se convulsionaba sin creerse lo que escuchaba, pero, sin pararse a pensar más, corrió en dirección al grito. Al cabo de unos minutos, salió a un amplio claro y en mitad de aquel espacio se encontró una figura arrodillada sobre la hierba.

Vio que se incorporaba despacio y se giraba hacia él, y George creyó que todo su mundo dejaba de girar.

Se acercó lentamente a ella, el viento mecía su dorado pelo.

No podía ser…

Sus pasos le aproximaron lo suficiente para que solo unos centímetros les separaran. Alargó una mano hasta tocar su mejilla.

—Emily…

Ella sonrió con una dulzura que le atravesó el pecho.

—George —susurró, y cuando se acercó a él, le rodeó la espalda con los brazos y apoyó su rostro en su pecho.

—No puede ser… —murmuró a la vez que la abrazaba tan fuerte que temió partirla en dos—. ¿Cómo puede ser? No puedes estar aquí.

—Yo siempre estoy aquí. Siempre estoy a tu lado.

George la abrazó más fuerte.

—Te he echado tanto de menos.

—Y yo a ti —susurró ella.

—No te vayas, esta vez no. Quédate conmigo, por favor —le suplicó el joven con un tono tan apremiante que la voz tembló en su garganta.

Emily acarició su rostro, acercó sus labios y lo besó. La ternura de sus labios le hizo temblar como hacía años. Solo deseaba poder estar con ella otra vez, pero ahora para siempre. Tomó su rostro entre sus manos con delicadeza y volvió a besarla, con el ansia de sentir esos labios de nuevo.

Y de repente una explosión a lo lejos, algo siseó en el aire y atravesó el espacio entre ellos. El grito de Emily ensordeció cualquier otro sonido, incluso el de su propio corazón.

George bajó la vista, aterrorizado al comprobar cómo ella se encogía y gritaba de dolor.

—¡No, No! —bramó mientras la sujetaba al desmayarse entre sus brazos.

—George…

—Otra vez no, por favor. Otra vez no —suplicaba desesperado.

Una risa lo inundó todo. Una risa inhumana, despiadada… Se giró hacia el sonido y vio a unos metros de ellos a un soldado con el uniforme del ejército francés. Aún sujetaba el mosquete humeante que había disparado y no dejaba de reír. Y en aquel momento se quitó el sombrero y lo miró fijamente.

George ahogó un grito.

Aquella asquerosa sonrisa de dientes grises y labios torcidos.

—Black… —consiguió pronunciar con un temblor movido por el pánico y el odio más profundo.

—Te dije que te destruiría, Georgi…, y lo he vuelto a hacer —soltó con una malévola carcajada.

No podía moverse, sentía su cuerpo y su mente totalmente bloqueados ante aquella visión, hasta que la voz de Emily lo devolvió al lugar. Bajó la mirada hacia ella, apoyada en su pecho, y vio que sonreía. Ella alargó la mano para acariciar el perfil de su rostro.

—Te quiero, George… solo a ti —murmuró con una débil sonrisa.

—Emily, esta vez voy a salvarte, quédate conmigo, por favor. Te salvaré.

Pero en ese instante, ella se fue desvaneciendo, igual que cuando se extingue una vela, lenta y agonizante, y volvió a quedar inerte sobre sus brazos.

—¡Emily! —vociferó con aquella misma desesperación que había sentido años atrás.

Acunó su cuerpo con ternura como lo había hecho antaño y volvió a gritar tan fuerte que sus cuerdas vocales le ardieron.

—¡Nooooo! —gritó mientras se incorporaba.

Sintió bajo él las suaves sábanas de seda de la cama y necesitó unos segundos para comprender dónde se encontraba. Se sentía paralizado y percibió el sudor frío recorriendo sus sienes. Movió solo unos centímetros la cabeza y reconoció su habitación. Las manos le temblaban y le costaba respirar.

¿Cuánto hacía que no soñaba con ella? ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué volvía aquel recuerdo a atormentarle de nuevo?

—Emily… —susurró y dejó caer la cabeza sobre sus rodillas a la vez que las lágrimas recorrían el borde de sus comisuras.

Las lágrimas dieron paso a unos profundos sollozos, que dejó salir sin control. Necesitaba deshacerse de aquel nudo que le oprimía la garganta, el pecho y las entrañas desde hacía tanto.

Y lloró como hacía años que no lo hacía. Sufriendo por alguien que se había marchado demasiado tiempo atrás y que jamás volvería. Un amor que nunca más volvería a sentir.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 37
Sentir para no sufrir

Aspiró profundamente y se otorgó aquellos minutos para sacar todo lo que tenía dentro; lloró y se lamentó hasta que no pudo más. La cabeza le martilleaba por la tensión de aquellas lágrimas, y la opresión del pecho le asfixiaba al respirar. Luego, cerró los ojos con fuerza y se infundió calma. Debía relajarse, no iba a dejar que aquel dolor volviera a dominarle.

No entendía por qué había vuelto a soñar con ella después de tanto tiempo. Tal vez, haber regresado de aquella experiencia en Francia le hubiera hecho estar más sensible, pero, fuera por lo que fuese, aquello terminaba ahora. No iba a permitir volver a sentir aquel dolor, aunque fuera en sueños. Apretó los puños con fuerza.

Tenía que despejarse, volver a su vida y disfrutarla como había hecho los años anteriores. Esa era la clave, mantener su cuerpo y su mente serenos, y de esta manera no pensar en recuerdos que podían torturarle, pues no podía hacer nada para recuperarla.

Se levantó, se aseó y se vistió con un traje azul de chaqueta larga. Vio en el reloj que ya eran las nueve y bajó al comedor. Saludó a Charles, que estaba desayunando, y se sentó frente a él.

—Dime que hay alguna fiesta o celebración a la que podamos acudir. Necesito distraerme —apuntó mientras cogía varios panecillos de una de las bandejas.

—Pues no lo sé. Ahora en invierno las alternativas son menores, pero seguro que encontramos algo.

—Sí, por favor, lo necesito —dijo con ímpetu.

Charles lo observó con los ojos entrecerrados.

—¿Va todo bien?

—¿Qué? Sí, de maravilla. Pero ahora que he vuelto quiero recuperar el tiempo perdido y disfrutar otra vez de la ciudad.

—¿Seguro que solo es eso? Sabes que puedes contarme lo que quieras. Es normal sentirse agobiado tras una guerra. Así que, si necesitas hablar conmigo de lo que sea…

—Charles, estoy bien —le interrumpió—. Solo quiero disfrutar y pasarlo bien. Nada más.

—George, escucha…

—Por favor, va todo bien —insistió frunciendo el ceño—. Solo necesito salir y divertirme.

Charles soltó un suspiro.

—De acuerdo… Si solo es eso…

—Solo es eso —replicó George firme.

—Está bien, ya preguntaré si hay algo planificado para los próximos días.

—Perfecto. Cuanto antes mejor —añadió George y dio un bocado a un dulce de hojaldre y crema.

Charles se apoyó en la mesa sin dejar de mirarlo. Estaba convencido de que la guerra le había afectado, era imposible que no lo hubiera hecho, pero George seguía en esa actitud de no exteriorizar nada que le afectase negativamente. Era sorprendente lo abierto que era para relacionarse con todo el mundo y lo cerrado que se mostraba para expresar algo que le dolía o le angustiaba. Nunca conseguía que se abriera en ese sentido y sabía de sobra, después de tantos años, que insistir era muchísimo peor. Siempre mostraba aquella sonrisa, aunque estuviera roto por dentro, para evitar cualquier pregunta o indagación sobre su estado.

Charles continuó observando cómo desayunaba con calma y evitaba mostrar cualquier mínima expresión que delatara cómo se sentía realmente. Era muy frustrante no haber logrado en tanto tiempo que confiara en él para desahogarse. Tenía claro que tras aquella fachada había algo más, pero no le presionó e hizo lo que le había pedido: buscar algún entretenimiento.

Solo tardó un día en averiguarlo, y fue gracias al club.

Le explicaron que *lord* Byrne de Winchester organizaba un baile para darle la bienvenida a una de sus sobrinas, que había vuelto de viaje. Se esperaba una fiesta de renombre y Charles escribió a *lord* Byrne aquella misma tarde para interesarse por su familia, recibiendo una invitación como respuesta.

Una semana más tarde traspasaban la fastuosa entrada de la mansión para deleitarse con aquel soberbio baile.

En cuanto llegaron, Elizabeth fue agasajada y admirada tanto por los caballeros como por las damas; y enseguida, tanto Charles como ella, fueron requeridos en pequeños corrillos en los que se comentaban todas las novedades ocurridas en la ciudad.

George aprovechó aquello para pasear por el salón, observar el baile y corresponder con atractivas sonrisas a las señoritas que lo miraban de reojo. Había decidido vestir el uniforme militar y se percataba de que algunos de los invitados se giraban al verle.

Salió a bailar dos veces con sendas jóvenes agradables y volvió a pasear por el salón con la intención de estudiar cada detalle.

Precisamente uno de esos detalles le llamó la atención.

Una joven que se encontraba en una esquina de la sala estaba más interesada en el tapiz de la pared que en los bailes que tocaban. Se quedó mirándola sin acercarse. Estaba de espaldas a él, lucía un impresionante vestido de varias capas de seda de un tono granate con detalles plateados, y desde su posición podía ver que el escote dejaba sus hombros al descubierto.

Al cabo de unos segundos se giró y George pudo contemplar su rostro. El pelo era castaño, pero la luz de las velas lo transformaba en un tono rojizo. Lo llevaba recogido en un precioso tocado con unos pasadores plateados a juego con el vestido, que dejaban escapar unos mechones rizados que encuadraban su expresión.

La joven pasó distraídamente la mirada por el salón hasta encontrar la de George, que seguía observándola sin disimular lo más mínimo. Ella sonrió y escondió su rostro en un pequeño abanico que abrió de manera sugerente sin dejar de mirarlo.

Aquello fue señal suficiente para que el joven se acercara a ella.

A medida que se acercaba, George pudo constatar que sus ojos eran verdes. Seguía jugando con el abanico, lo alejaba y lo acercaba en movimientos lentos que mostraban su sonrisa un instante para volver a esconderla al momento. George se colocó a su lado con aire distraído y, al cabo de unos segundos, se inclinó hacia ella.

—¿Disfruta del baile?

—Sí, es un salón precioso —contestó ella—. Y usted, ¿lo está disfrutando?

—Ahora mucho más —contestó George en un susurro y se quedó mirándola directamente.

La joven escondió su rostro con un evidente coqueteo en el que solo dejó entrever aquellos hermosos ojos verdes.

—Pues espero que siga pasándoselo bien, señor…

—George Crowley, capitán George Crowley —se presentó a la vez que se adelantaba un paso para sujetarle la mano y besarla.

Ella entornó los ojos al percibir la suavidad con la que él apoyaba los labios sobre su mano enguantada.

—¿Le apetece bailar? —le preguntó él.

—La verdad es que no. Tenía otros planes en mente —respondió con un tono de voz tan suave y a la vez tan sensual que George solo pudo parpadear sin dejar de mirarla.

La joven se giró sobre sí misma y se encaminó hacia una de las puertas del salón para alejarse del barullo del baile. George la siguió, interesado por saber a dónde iba. Se asomó fuera de la sala, un inmenso vestíbulo y un largo pasillo se encontraban a su derecha. La joven estaba de pie frente a una de las paredes del vestíbulo contemplando un cuadro.

George se acercó hasta ella.

—Un cuadro interesante —apuntó él y se situó a su lado.

—¿Le gusta el arte, capitán?

—Ni por asomo, ni lo más mínimo. Pero era lo que debía decir si quería acercarme a usted.

Ella lo observó atónita por aquella descarada sinceridad. Soltó una risilla que hizo que el joven también sonriera.

—Aún no me ha dicho su nombre —indicó George.

—Julia Brahms…, señora Julia Brahms.

—¿Señora?

George se giró para mirar el pasillo y la puerta entornada del salón principal.

—¿Busca a alguien, capitán?

—Sí, a su marido.

—No lo encontrará aquí,

—¿No ha venido a la fiesta?

—Está muerto —respondió ella.

—Oh… lo siento —dijo con un movimiento de cabeza.

—Yo no —respondió ella con calma y se volvió de nuevo hacia el cuadro—. No era un buen hombre —aclaró.

—Entiendo.

—Y usted, capitán Crowley, ¿es un buen hombre?

George mostró una provocadora sonrisa.

—Tengo mis momentos.

Julia se humedeció el labio al ver aquella sonrisa.

—Eso está bien. Hay momentos para todo. ¿No opina lo mismo? —indicó la señora Brahms.

—Totalmente —respondió el joven y se acercó más a ella.

Julia percibió aquel acercamiento, pero no realizó ningún movimiento para alejarse.

—Si me permite decirle…, se la ve muy joven para ser viuda.

—Tengo veintiséis años —explicó—, y estuve casada nueve con un hombre veinte años mayor que yo. Créame cuando le digo que no es el sueño de ninguna mujer.

—Me lo puedo imaginar…

Estuvieron en silencio unos breves segundos, en los que el capitán aprovechó para hacer desaparecer la poca distancia que los separaba. Aquel movimiento hizo sonreír a la señora Brahms.

—He estado viajando por Europa los últimos meses —explicó ella— y he aprendido que se han de aprovechar las oportunidades cuando aparecen. —Miró fijamente a George—. La gente siempre espera el momento perfecto, la persona perfecta, la situación perfecta…, pero yo creo que, si se presenta una oportunidad, se ha de aprovechar y disfrutarla —dijo alargando las palabras en un susurro.

George tragó saliva al ver sus labios semiabiertos.

—Opino exactamente igual que usted, *milady*.

Julia le dedicó una hermosa sonrisa.

—¿Le apetecería ver más cuadros, capitán?

Y antes de que él pudiera contestar, ella le cogió un breve instante la mano y luego se alejó lentamente hacia una de las puertas del pasillo. La abrió y se giró hacia él con una sonrisa, para entrar después en aquella habitación.

«Vale, George, no deberías hacerlo, ¿verdad que no? No… no deberías hacerlo…», se dijo para autoconvencerse. Pero antes de continuar con su reflexión personal ya estaba avanzando hacia la puerta. «Es cierto, no debería hacerlo… Debería darme la vuelta y volver al salón… Sí, eso es lo que debería hacer…», pensó acto seguido. Para cuando alcanzó la puerta, la reflexión se había esfumado en el aire y la decisión estaba tomada.

Se encontró con un despacho, casi en penumbra, solo iluminado por la luz de las farolas exteriores que se colaba por las ventanas. Julia estaba de pie en mitad de la sala mirando hacia la pared. George se colocó tras ella.

—Otro cuadro interesante —apuntó él a pesar de que prácticamente no distinguía nada con aquella luz.

—¿Le gustan los paisajes?

—Soy más de bustos.

Ella empezó a reír.

—¿Siempre es tan descarado, capitán?

—Como le he dicho antes…, tengo mis momentos —afirmó mientras se inclinaba hacia ella—. ¿Me podría describir ese cuadro? Tal vez cambien mis gustos.

—De acuerdo —respondió y volvió la vista hacia la pintura—. Hay una granja…

George apoyó la mano en su cintura, lo que provocó que ella se tensara, aunque no se movió.

—También hay un río…

Con cuidado George le apartó unos mechones de pelo y bajó el rostro para acariciar su cuello con los labios; dejó que su aliento le rozara la piel.

La respiración de ella se aceleró al notarlo.

—Y hay unas ovejas… —murmuró con la voz entrecortada y cerró los ojos al sentir las manos de él recorrer su cintura hasta sus caderas.

—Señora Brahms, en cuanto quiera irse, solo tiene que decírmelo y me detendré —le susurró George mientras subía por su cuello hasta el lóbulo de su oreja.

Ella no contestó, solo sonrió ante aquel comentario y como respuesta retrocedió un paso para que su cuerpo tocara el de él.

Ante aquel movimiento, el capitán le rodeó la cintura con el brazo para acercarla del todo. Podía percibir el sonido de su respiración. Continuó con su recorrido, subió las manos por su torso y bajó los labios por su cuello hasta los hombros.

En aquel instante, ella se giró hacia él, lo que provocó que George se detuviera de inmediato. Ella lo miró, le rodeó el cuello con las manos y lo besó apasionadamente.

Aquello era todo lo que George necesitaba. Él la correspondió, la agarró con una mano por la espalda y con la otra por el perfil de su rostro para profundizar en aquel fervoroso beso.

Julia puso las manos en su pecho y se apartó solo unos centímetros, sonrió y lo agarró de las solapas de la chaqueta para llevárselo hasta uno de los sofás. Le obligó a sentarse y ella se quedó de pie, mirándolo.

Para deleite de George, ella misma empezó a subirse el vestido hasta mostrar sus muslos. Deseó tocarlos, pero se mantuvo en su sitio. Poco a poco ella se deshizo de sus medias, con una lentitud que excitaba y atormentaba a partes iguales, y cuando hubo acabado con su ropa interior, se agachó para desabrochar los pantalones de George. La excitación del capitán era tal que ella sonrió satisfecha al observarlo.

Se sentó a horcajadas encima de él y comenzó a moverse, lo que volvió completamente loco a George. El joven se apoyó en el respaldo y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras ella continuaba llevando la batuta, con el control de los tiempos y la velocidad.

Los gemidos de Julia se intensificaron a la vez que aumentaba su ímpetu, y George supo que no aguantaría mucho más. La agarró con deseo por la cintura a la vez que escuchaba cómo los jadeos de ella aumentaban; hundió su rostro en su escote y adivinó la piel suave de sus pechos bajo sus labios.

Julia soltó un último gemido tembloroso y George se dejó llevar también con aquel último impulso, sintiendo todo el placer de aquel arrebato. Ella se apoyó en los hombros de él y lo abrazó extenuada.

—Vaya, señora Brahms…, creo que ha sido el baile más interesante al que he acudido en mi vida —murmuró George con una respiración entrecortada.

Julia empezó a reír aún apoyada sobre él.

—Lo mismo le digo, capitán —respondió y lo besó en los labios.

George sonrió al sujetarle el rostro para mirarla. Algunos mechones le caían por la frente. Notó en su piel el calor que desprendía.

—Ha sido todo un placer conocerla —aseguró mientras volvía a besarla en los labios y le mordisqueaba suavemente su labio inferior.

—Para mí también ha sido un placer, se lo aseguro —murmuró ella al sentir sus besos por el rostro para volver al cuello.

Julia soltó un leve suspiro.

—Deberíamos regresar, aunque me encantaría repetir —insinuó ella en un intento de controlar el deseo que él le volvía a despertar con sus caricias.

—Quedémonos más rato, aún falta para que termine el baile —respondió él con aquella pícara expresión que la había encendido nada más verle.

—Capitán… —murmuró, pero se vio incapaz de pronunciar nada más cuando él la tumbó en el sofá y se colocó encima de ella.

—Señora Brahms… —replicó y, antes de que pudiera contestar, la besó de nuevo, se acomodó sobre ella y retomó las caricias que sabía que la volverían a enloquecer.



Media hora más tarde, George volvió a entrar en el gran salón con una amplia sonrisa. Recorrió con la vista la sala y descubrió que en la pista de baile estaba Elizabeth danzando con un hombre que podría ser su padre y que se acercaba más de lo debido en cada movimiento.

George torció el labio, alguien debería salvarla de aquello.

Charles se acercó a él con paso rápido.

—¿Dónde estabas? Llevo un buen rato buscándote —le recriminó.

—En lugar de buscarme a mí, salva a tu mujer de esa espantosa compañía —espetó George señalando a Elizabeth con una mueca de desagrado.

—Es el duque de Cambridge, no he podido evitar que la sacara a bailar —contestó imitando la misma mueca repulsiva de George—. Pero no me cambies de tema, ¿dónde has estado?

—Pues… disfrutando de los cuadros de la casa.

—¿Qué? ¿Qué cuadros? —preguntó confundido mientras se fijaba en el horrible nudo de su camisa—. ¿Cómo llevas la camisa así? Vas hecho un desastre.

—¡Oh! No me he dado cuenta —dijo inocente e intentó arreglar aquel estropicio.

En aquel momento la señora Brahms pasó por su lado atusándose el pelo con disimulo, y dedicándole una mirada cómplice a George.

Charles se percató de aquello y su expresión primero palideció y luego se sonrojó tanto que le ardieron las mejillas.

—Dime que no has hecho lo que creo que has hecho.

George lo miró con una divertida expresión.

—¿Qué crees que he hecho?

—Ya lo sabes.

—No, ni idea.

—¡Claro que lo sabes!

—Pues no, si no me das más detalles de lo que piensas…

—¡George!

El capitán reprimió una risotada al ver la vena del cuello de su amigo a punto de explotar. Charles lo sujetó del codo y lo alejó hasta un rincón.

—¿Cómo se te ocurre? ¡Estamos en un baile con gente ilustre!

George se rascó la barbilla.

—En mi defensa diré que no estaba planeado.

—Pero ¿cómo ha podido pasar?

—No sé, Charles, estábamos mirando un cuadro y una cosa llevó a la otra…, lo normal

—¿Lo normal? Hay muchos pasos intermedios entre «mirar un cuadro» y «acabar desnudos en una habitación».

—No te creas, tampoco hay tantos —soltó con una carcajada.

Charles resopló de impotencia sin saber a dónde mirar e intentó esconder su avergonzado rostro. Se giró con disimulo para mirar a la joven.

—¿Quién es ella? Dime que no has deshonrado a nadie, por favor —suplicó con una expresión aterrorizada.

—Eh, eh, no he hecho tal cosa. Ya deberías conocerme un poco —protestó—. Es la señora Julia Brahms, viuda de un tal señor Brahms.

Charles respiró aliviado por un momento, hasta que cayó en la cuenta de que el hecho seguía estando mal, aunque fuera una viuda en lugar de una inocente virgen.

—Lo mejor es que nos vayamos ya. Iré a buscar a Elizabeth y nos marcharemos sin hablar con nadie más. Será lo mejor para…

—¡Forster! —le interrumpió una voz a su espalda.

Charles se quedó rígido, aunque intentó relajar el rostro antes de contestar. Se giró con una calurosa expresión y descubrió a *lord* Byrne delante de él y, a su lado, a la joven con la que George había intimado. Vio de reojo cómo George y la señora Brahms intercambiaban una sugerente mirada. Charles tragó saliva para aclararse la garganta. Aquello iba a terminar muy mal, estaba seguro.

—*Lord* Byrne —saludó con una forzada sonrisa y le estrechó la mano.

—Quería presentarle a mi sobrina, la señora Julia Brahms.

—¿Su sobrina? —murmuró George.

—La pobrecita perdió a su amado esposo el año pasado —continuó *lord* Byrne— y acaba de llegar de Viena de estar unos meses allí para recuperarse de su pena.

George abrió más los ojos y la miró; ella tuvo que esconder una sonrisa tras su mano.

—Pena, pena…Yo no diría tanto… —susurró George, que recibió un pisotón de su amigo.

—Encantado, señora Brahms —saludó Charles, que avanzó un paso.

—Y yo soy el capitán George Crowley, *milady* —intervino con todo el descaro que pudo acumular mientras le sujetaba la mano—. Es un placer conocerla —dijo con una amplia sonrisa—. Espero que coincidamos en alguna otra ocasión.

Ella apretó los labios para disimular una risilla.

—Me encantaría, capitán. Parece un hombre muy interesante.

—Lo soy, se lo aseguro —replicó a la vez que posaba un beso en su mano.

Charles los observaba sin intervenir para no ponerlos a los dos en un compromiso, pero percibió cómo su temperatura corporal iba en aumento al ver esa clara seducción en sus narices y sin ningún pudor por parte de George. Era increíble cómo podía tener tanta cara.

—Pueden salir a bailar si lo desean —ofreció *lord* Byrne con amabilidad, ajeno a todo aquel escandaloso flirteo.

—No, *milord* —intervino Charles—. Lo sentimos, pero ya nos marchábamos.

—¡Oh, una lástima! Pero les puedo invitar a pasar este fin de semana en nuestra casa de campo en Hampshire. Queremos que mi sobrina esté lo más arropada posible.

—¡Será un placer colaborar! —exclamó George a la vez que alzaba una de las cejas y provocaba que la señora Brahms reprimiera una risa.

—¡No! —volvió a intervenir Charles—. Le ruego que nos disculpe de nuevo, *lord* Byrne, pero nos será imposible. Le agradecemos muchísimo su invitación, pero tendrá que ser en otro momento. Gracias por esta maravillosa fiesta —dijo con cortesía mientras tiraba de George para que ni se le ocurriera quedarse.

Lo arrastró con el mayor disimulo posible y se alejaron de allí.

—Vas a conseguir que un día me dé un ataque. Moriré joven por tu culpa —soltó Charles apretando los dientes.

George aguantó estoicamente la risa antes de llegar a donde estaba Elizabeth para salir los tres juntos de la fiesta.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 38
Cambios de vida

Sin ninguna duda, lo mejor de su rango de capitán era el sueldo fijo que recibía y los ingresos por las campañas, que le permitían una emancipación económica desconocida hasta entonces. Había conseguido ahorrar y se podía conceder ciertos caprichos, así como sus distracciones, sin tener que depender de Charles para nada.

Aquella situación le hizo tomar una decisión que había meditado desde que llegó de la guerra. Había decidido alquilar un piso para vivir. Era ya el momento de tener su independencia. Quería vivir solo, aunque le aseguró a Charles que las visitas a su casa iban a seguir siendo diarias.

El piso era la típica habitación de soltero de Londres. Las casas en la ciudad se podían alquilar completas, posibilidad a la que solo podían acceder las grandes familias, o por habitaciones. En su caso, su piso estaba en la segunda planta de una pequeña pero elegante estructura. El edificio solo tenía dos viviendas, una en la primera planta, que estaba desocupada, y la suya, en el piso de arriba. Así que, al ser el único huésped de toda la casa, además de tener intimidad, podía utilizar algunas estancias de abajo para él solo y pasar desapercibido.

Su piso se componía de un salón y una habitación amueblados, con una chimenea propia. Por su parte, en la planta baja, en el comedor principal, podía desayunar o comer gracias al servicio que el casero pagaba para que atendiera a sus huéspedes.

A Charles le gustó el piso en cuanto lo visitó. Era amplio y con grandes ventanales que daban a unos jardines. Por su parte, George se mostraba entusiasmado con aquel nuevo rumbo.

Durante las siguientes semanas, se sucedieron las prometidas visitas diarias de George, como si nunca se hubiera marchado de allí. Se presentaba a media mañana y se marchaba después de cenar. Pero las noches eran para él y las aprovechaba al máximo. En aquellos años en

Londres había frecuentado clubs, cafés, teatros y óperas que le habían permitido conocer a un número considerable de mujeres con las que alternar y pasar buenos ratos. Y ahora, que tenía su propio espacio, estaba consiguiendo que aquellas amistades se hicieran más… profundas.

Una de las mujeres que le visitaba con frecuencia era la viuda Julia Brahms. La dama, desde que enviudó y heredó sus rentas, se dedicaba a vivir como deseaba, con discreción, pero haciendo lo que quería. Había vivido los últimos nueve años atrapada en un terrible matrimonio y ahora ansiaba la libertad que nunca había conocido.

Lo bueno de aquellos encuentros era que ambos tenían el mismo concepto y la misma necesidad con respecto a una relación, o sea, nada de compromiso, solo diversión. Esto les facilitaba verse las veces que quisieran sin correr el riesgo de sentir nada más y disfrutar al máximo cada vez que coincidían.

Una mañana de junio, George se despertó con el ya habitual cálido contacto de un brazo femenino que le rodeaba la cintura. Se enderezó solo un poco y se quedó mirando el pelo castaño de Julia esparcido por la almohada. Se agachó para darle un suave mordisco en el hombro.

Ella se quejó y hundió más la cara en la almohada.

—Es hora de despertarse, preciosa —le susurró George al oído.

—Es muy pronto —protestó ella a la vez que se acurrucaba más en su pecho.

Aunque era tremendamente excitante despertarse con alguien en la cama, debían arreglarse y marcharse antes de que la mañana avanzara más.

—Julia, despierta, tenemos que salir o se hará tarde —la apremió George acariciándole la espalda. Tenía la piel tan suave que aquello no ayudaba a querer apartarla o a evitar que su propio deseo creciera más.

La dama se apoyó sobre los brazos y la sábana se deslizó por su cuerpo, lo que propició la imagen de sus pechos desnudos.

George ahogó un jadeo al verla.

—Podemos levantarnos o… —dijo ella mientras se acercaba a él y lo besaba en los labios— podemos quedarnos aquí todo el día… sin salir —añadió sugerente al incorporarse para mostrar más partes de su cuerpo.

George dejó escapar todo el aire en un hondo suspiro.

—Sí…, creo que es la mejor opción —murmuró, cerrando los ojos cuando ella empezó a besarle el cuello—. Definitivamente es la mejor

opción —afirmó tajante. La sujetó de la cadera e hizo que se dejara caer en la cama. Se colocó sobre ella con una sonrisa pícara y triunfante.

—No se va a arrepentir de esta decisión, señora Brahms.

—Ni usted tampoco, capitán —contestó y se mordió el labio de manera tentadora.

La mañana transcurrió entre juegos de cama y risas, hasta que casi al mediodía unos golpes en la puerta les interrumpieron. George se levantó de un salto, sorprendido por aquella interrupción; no solían llamar a su habitación para evitar molestarle. Se puso la camisola y fue hacia la entrada. Al otro lado de la puerta, uno de los sirvientes le entregó una nota que había llegado para él. La abrió, la leyó y soltó una maldición.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia apareciendo en el salón.

—Tengo que volver al cuartel, el permiso ha terminado. Han regresado más tropas, incluido mi coronel, y nos ordenan que nos presentemos todos.

—Oh… ¿Así que ya no vivirás aquí?

—No. Ni viviré aquí ni dispondré de la libertad que tenía hasta ahora.

—¿Y hasta cuándo? —preguntó Julia con un tono de desilusión.

—No lo sé —contestó George consternado y se sentó en una butaca—. No sé cuándo volveré a tener permiso. Este ha sido más largo al haber vuelto de la guerra. Ahora pueden tardar meses en darme otro.

Julia no añadió nada, pero se acercó a él y se sentó en su regazo.

—Puedo ir yo a verte al cuartel —dijo con una sonrisa juguetona.

—Sí… y seguramente mi coronel me fusilaría.

—No lo permitiría. Usaría mis influencias para salvarte la vida —replicó mientras bajaba el dedo índice de su hombro hasta su marcada clavícula.

—Se nota que no conoces a mi coronel. Él está por encima de cualquier influencia —respondió George.

Julia lo miró durante unos segundos y le besó suave en los labios.

—Te echaré de menos —dijo con dulzura.

George le acarició el mentón.

—Señora Brahms, tenga cuidado no se vaya a enamorar de mí —apuntó con una risilla para destensar el ambiente.

—No tendrás esa suerte —replicó ella con una sonrisa altiva—. Pero, te voy a dar un consejo, no seas tan encantador o no podrás evitar que las mujeres se enamoren de ti. No todas son tan fuertes como yo.

—Lo tendré en cuenta —contestó y le sujetó el rostro para volver a besarla—. Y ahora creo que es el momento de volver a retomar las cosas

por donde las habíamos dejado.

La cogió en brazos, lo que provocó un pequeño gritito de ella, la llevó hasta el dormitorio y la dejó en la cama, dispuesto a disfrutar de su último día de permiso.



Volver a la rutina del cuartel después de haber saboreado aquellos meses de libertad hizo que el regreso fuera más duro. Lo único que realmente le alegró fue ver de nuevo a Bruce, Wells y Elliot, y descubrir con gran sorpresa que este último se había comprometido con Lily.

Elliot les explicó que, al volver a Yorkshire con su permiso, había pasado unas semanas en York antes de ir al pueblo de sus padres. Allí, a pesar de su timidez, o tal vez gracias a ella, había conseguido enamorar a la camarera.

George escuchó la historia con una alegría inmensa. Si había una persona que se mereciera aquella felicidad, ese era Elliot. Y estaba totalmente convencido de que Lily sería muy feliz a su lado.

El coronel Graham, por su parte, aprovechó las primeras semanas para darles explicaciones tácticas sobre los últimos meses que había pasado en la guerra y volvió a imponer su duro y estricto régimen militar.



Los siguientes meses de 1795 pasaron como una exhalación, ya casi se podía vislumbrar el final del año. Una de las mañanas de diciembre, después de regresar del entrenamiento matutino, uno de los soldados de la guardia le interceptó en el pasillo.

—Capitán Crowley —le avisó con su rígida postura—, tiene una visita en el vestíbulo.

—¿Una visita? ¿Quién es?

—El señor Charles Forster.

George salió corriendo hacia la entrada, entusiasmado por aquella sorpresa.

—¡Charles, qué alegría! Pensaba que no nos veríamos hasta la semana que viene.

Este le saludó con un leve movimiento de cabeza y él adivinó en su expresión que algo le preocupaba.

—¿Qué ocurre?

—Vamos a volver a York.

—¿Qué? ¿Por qué? Pensaba que ibais a celebrar el año nuevo aquí…

—Sí, esa era la idea, pero… Elizabeth no se encuentra bien y me ha pedido que volvamos a York. Está deseando regresar a casa.

—¿Cómo que no se encuentra bien? ¿Qué le pasa?

—No lo sé. Lleva varios días que apenas come. Tiene dolores en el costado y en el vientre.

—¿Y qué ha dicho el médico?

—Que no sabe qué puede ser, pero que lo más probable es que se trate de algo del estómago y que seguramente se le pasará en los próximos días —explicó no muy convencido—. Pero ella me ha pedido de manera urgente que quiere volver a York, desea ver a sus padres, y no puedo negárselo.

—Claro, es normal. Debéis ir si ella lo necesita. Seguro que le irá bien pasear por allí y el aire fresco. Eso la reconfortará.

—Sí, y además quiero que la visite el doctor Clayton. Es el médico de la familia desde hace años y un profesional muy reputado. Le tengo mucha confianza y quiero que me dé su opinión.

—Es muy buena idea. Estoy convencido de que tanto el doctor como volver a casa la ayudarán. En nada estará recuperada, ya lo verás.

Su amigo dio un par de pasos mientras se tocaba la frente.

—Charles, ¿hay algo más?

—Es que… la noto muy débil, nunca la había visto así, y ha sido en cuestión de las últimas semanas.

—No le pasará nada, Charles —aseguró George a la vez que se apoyaba en sus hombros—. Estate tranquilo, es muy fuerte. Esto también pasará, igual que con el embarazo. Elizabeth puede con todo.

Charles asintió sin mucho ánimo.

—Sí…, supongo que tienes razón —respondió sin cambiar la expresión seria—. Será mejor que vuelva a casa y preparemos el equipaje. Cuanto antes salgamos, mejor. Siento mucho irnos así, George.

—No tienes que disculparte. Lo único que importa ahora es Elizabeth y su recuperación. Yo, en cuanto tenga un permiso, iré a veros.

—Eso estaría muy bien, siempre estamos mejor si estás cerca.

Aquellas palabras le produjeron una punzada que le emocionó y le preocupó a partes iguales. Captó en la expresión de Charles y en su tono de voz que estaba más inquieto de lo que quería demostrar. Le dolía verlo así. Todo lo relacionado con Elizabeth le producía una angustia terrible y no sabía cómo ayudarle. Se acercó a él y le apretó el brazo con fuerza.

—Infórmame de todo, por favor —le pidió George.

—Por supuesto, te escribiré en cuanto haya novedades.

—Que serán buenas, ya lo verás. En cuanto Elizabeth pise York y pueda pasear por sus jardines, mejorará.

—Eso espero… —murmuró con un ligero temblor.

Charles se despidió y él se quedó fuera mientras su coche se alejaba. Un viento helado hizo que su chaqueta oscilara. Alzó el rostro y descubrió unas amenazantes nubes negras que pronosticaban que el clima sería desapacible.

Y en aquel momento, mientras observaba aquel inquietante cielo, sintió un escalofrío, una extraña sensación que le recorrió la columna de arriba abajo. Su último pensamiento antes de entrar fue un ruego, pidiendo por la recuperación de Elizabeth con el deseo de recibir pronto buenas noticias.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 39
Cuando un alma se desgarra

Febrero de 1796

Hacía más de un mes que no recibía ninguna carta. Habían llegado dos a principios de año que le informaban que, al llegar a York, habían comprobado una leve mejoría en Elizabeth, pero ahora hacía semanas que no tenía noticias.

Él había enviado varias desde entonces sin recibir respuesta y aquello le angustiaba más cada día que pasaba. ¿Por qué no le decían nada? Quería pensar que, si hubiera empeorado, ya le habrían avisado, así que lo más probable es que estuvieran bien, disfrutando de York, y que no creyeran necesario informarle de eso. Decidió pensar en positivo y apartar los pensamientos lúgubres. Seguro que en breve recibiría alguna notificación, solo debía tener paciencia.

Y así fue. Al cabo de diez días le entregaron una carta.

La abrió en la soledad de su habitación del cuartel. Se percató de que no ponía remitente; sin embargo, la carta llegaba de York, así que solo podían ser ellos.

Empezó a leerla y se sorprendió al descubrir que era de la señora Pearson, no de Charles, y aquello le dio un mal presentimiento.

20 de febrero de 1796

Apreciado capitán:

Le escribo yo esta carta porque mi señor apenas tiene fuerzas para sostener una pluma, y creo que es justo que esté informado de cómo están las cosas.

La señora ha empeorado mucho en los últimos días.

Al llegar a York, parecía que el aire de aquí y poder estar en su casa habían conseguido que su salud mejorara. Pero al pasar las semanas

volvió a resentirse y ahora ya casi no tiene fuerzas ni para levantarse de la cama.

El doctor Clayton ha utilizado todos los remedios que conoce, incluso alguno experimental, aunque nada parece surtir efecto. No sabe qué es lo que le está afectando, no puede darnos ningún diagnóstico claro, pero sea lo que sea, la está consumiendo poco a poco cada día.

El señor no se separa de su cama, no duerme, apenas come, y la mayor parte del día parece ido, sin hablar con nadie que no sea ella a pesar de que casi no le responde.

Capitán, le ruego que venga a York. Usted es el único capaz de ayudar al señor, el único que podría hacerle reaccionar. Le suplico que venga cuanto antes. No sé cuánto tiempo más aguantará la señora.

Con todo el aprecio,

Margaret Pearson

La carta se le deslizó de los dedos y cayó al suelo. Sintió un temblor que se extendió de las manos al resto del cuerpo. ¿Cómo que no sabían cuánto iba a aguantar? ¿De qué demonios estaba hablando? Cuando se fueron de Londres, el doctor no le había dado mayor importancia. ¿Cómo era posible que ahora el diagnóstico fuera este? Se pasó la mano por el cuello, sin acabarse de creer lo que había leído.

Aquello no podía estar pasando. Debían de estar equivocados. Tenía que haber un error en todo aquello. ¡Por el amor de Dios, era Elizabeth! No le podía pasar nada. Era inaudito. Era… Elizabeth.

Reaccionó, recogió la carta del suelo y salió corriendo de la habitación en dirección al despacho del coronel Graham.

George le enseñó la carta a su superior, conocedor del cariño que le unía a aquella familia, y pudo percibir cómo su rostro se ensombrecía al leer aquellas frases.

—Señor, pido permiso para marchar a York de manera inmediata —solicitó.

El coronel apoyó pesadamente la frente sobre su mano y cerró los ojos. Se mantuvo callado en esta postura hasta que se movió con lentitud.

—Tiene permiso, capitán —contestó en voz baja.

George respiró aliviado.

—Gracias, señor.

—Manténgame informado, capitán Crowley. Quiero que me avise de cualquier novedad, sea del tipo que sea —indicó en un tono grave.

—Lo haré, señor.

George se despidió y se dirigió a la puerta.

—Capitán —le llamó el coronel antes de que se marchara—. Deles todo el apoyo de mi parte y dígales que pueden contar conmigo para lo que necesiten.

—Sí, señor…, gracias.

George vio antes de salir que el coronel volvía a apoyar la frente entre sus manos y cerraba los ojos, sin poder esconder lo que aquella noticia le había afectado.

Fue directo a su habitación. Recogió sus cosas en un tiempo récord y en menos de una hora salió con el carruaje en dirección a York. Quería llegar cuanto antes, así que decidió dormir en el coche y hacer las paradas justas para cambiar los caballos y comer algo, pero sin otro descanso.

En poco más de un día llegó a Yorkshire. Atravesó el condado, agotado por el viaje y con un miedo en el cuerpo que fue aumentando a medida que iba acercándose. No sabía si estaba preparado para lo que estaba a punto de comprobar. No creía poder soportar la imagen de Charles destrozado y, además, sabía que no podría despedirse de Elizabeth.

Recordó cuando la vio por primera vez, desmayada, y cómo lo recibió en su casa, con aquel afectuoso cariño que siempre mostraba. Rememoró sus sonrisas, su alegría, las tardes con Mary bailando o tocando el piano y los besos a escondidas que se daba con Charles cuando creían que nadie los veía. Era un ser de luz, y no podía marcharse.

Y Charles… Sintió náuseas al pensar en él. ¿Cómo lo afrontaría? Si al final Elizabeth se marchaba, era imposible que lo superara. Aquello lo destrozaría para siempre.

Notó que se le encogía el estómago cuando el carruaje se detuvo delante de la mansión. Se obligó a respirar varias veces y a relajarse. Había ido allí para infundir ánimos y lo último que necesitaban era a alguien hundido. Tenía que ser fuerte, por Charles, por Elizabeth, por la señora Pearson y por… Mary. Apretó los ojos al pensar en la pequeña. Solo tenía cinco años. ¡Por Dios, no podía perder a su madre!

—Vamos, George, puedes hacerlo —se dijo en un susurro—. Ahora Charles me necesita. Él lo ha hecho todo por mí. Durante todos estos años

se ha desvivido por mí. Me salvó la vida. Ahora es el momento de demostrarle que estoy a su lado.

Aspiró profundamente y salió del coche. Alzó la vista hacia la enorme escalinata de piedra y empezó a subirla mientras acumulaba fuerzas en cada escalón.

El mayordomo le abrió la puerta y le hizo pasar. George miró alrededor sin ver a nadie más. Atravesó el enorme vestíbulo sin cruzarse con ningún sirviente. Se quedó quieto mirando a ambos lados. Parecía una casa fantasma. El mayordomo que le había abierto la puerta se mantenía a su espalda en completo silencio, pero no había nadie más. El recuerdo que tenía de aquella mansión era un ambiente concurrido de idas y venidas de doncellas, sirvientes, lacayos… Sin embargo, ahora nada. Solo silencio.

Unos pasos provenientes de la escalera le hicieron alzar la vista y comprobar que era la señora Pearson quien bajaba despacio la escalera. Aún no se había percatado de su presencia y caminaba con la cabeza gacha apoyada en la barandilla.

—¡Señora Pearson! —exclamó George de manera suave.

El ama de llaves levantó el rostro y, al reconocerlo de pie en mitad del vestíbulo, se tapó la boca y, al instante, comenzó a llorar.

Él corrió hacia ella, subió los escalones que les separaban y la acogió en un abrazo. Ella se sujetó a él, sin dejar de llorar de manera desconsolada.

George pudo apreciar cómo temblaba entre sus brazos con unos sollozos que no cesaban. Se sorprendió al descubrirla tan destrozada. Siempre había sido una mujer tan rígida en las formas que verla desplomarse así era como estar ante otra persona.

—Tranquilícese, ya verá como todo se solucionará —le dijo queriendo creer de verdad que pudiera ser cierto—. ¿Dónde está Charles?

La señora Pearson se secó las lágrimas y le indicó que el señor se hallaba en la habitación de matrimonio.

George se encaminó hacia allí sin esperar un segundo. Tenía que ver cómo estaba. Llamó a la puerta y, al no recibir respuesta, entró despacio.

Lo primero que notó fue el aire cargado. No sabía desde cuándo no ventilaban la habitación, pero se podía advertir el calor acumulado de varios días. Se acercó con cautela. Charles estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabezal de madera, al lado de Elizabeth, mientras le acariciaba el rostro en su regazo y le tarareaba una canción muy bajito.

La imagen hizo que todo el vello de George se erizara. Tragó saliva antes de acercarse más.

—Charles… —susurró a la vez que avanzaba unos pasos.

Este no reaccionó. Tenía la mirada perdida y continuaba tarareando la canción.

El capitán llegó hasta los pies de la cama.

—¡Charles! —repitió.

Este parpadeó y salió de aquel ensimismamiento, alzando los ojos solo un poco. Frunció el ceño extrañado y fijó la mirada en él.

—¿George?

—Sí… sí, soy yo, Charles —dijo y se acercó más a él.

—¿Qué haces aquí?

—La señora Pearson me escribió para que viniera a hacerte compañía.

—Gracias por venir —susurró con un intento de sonreír, pero no lo consiguió.

George se sentó a su lado y miró a Elizabeth. Estaba extremadamente delgada, los pómulos se le marcaban en el rostro y dormía con una respiración irregular.

—Charles, ¿por qué no salimos a dar un paseo? Un paseo los dos.

—No… Tengo que quedarme aquí por si me necesita.

—Charles, está durmiendo y tú necesitas despejarte un poco. ¿Cuánto hace que no sales de aquí?

—No voy a salir hasta que se recupere.

George aguantó la respiración y volvió a mirar a Elizabeth. No se necesitaba ser médico para saber que aquello no iba a suceder. Estaba tan pálida que parecía que ya no estaba entre ellos.

—Charles, tienes que salir de aquí —reiteró.

—No… Tengo que estar con ella. Pronto se encontrará mejor y quiero que cuando se despierte me vea a su lado.

George sintió un escalofrío y se secó el sudor frío de la frente.

—Te lo ruego, Charles, salgamos un poco.

—He dicho que no.

El capitán le sujetó del brazo con cuidado.

—Por favor…

—¡He dicho que no! —vociferó para sorpresa de George, que dio un paso atrás.

Jamás le había escuchado gritar así. Su mirada era de pura desesperación. Sujetaba más fuerte la cabeza de Elizabeth sobre él y comenzó a besarle el pelo.

—De acuerdo, lo que tú prefieras —concedió en un intento de que su voz sonara serena—. Voy a buscarte un té caliente y algo de comer. Te irá bien.

Charles no contestó, absorto de nuevo, con la mirada perdida.

George salió de la habitación, cerró la puerta y se apoyó en la pared del pasillo. Se dejó caer hasta el suelo y escondió su rostro entre sus manos; tomó aire con tanta fuerza que le dolieron los pulmones. No se veía capaz de ayudarlo. ¿Qué podía hacer? Comprendía totalmente aquel dolor y desesperación por no aceptar lo que estaba a punto de pasar. Sabía que nada podría consolarle; que llevaría aquel dolor dentro toda la vida.

Solo podía estar con él, a su lado, esperando que en algún momento lo necesitase. Por experiencia, sabía que nada más podría hacer para aliviar su tristeza.

Los siguientes tres días, George se dedicó a estar con Mary. Intentó distraerla todo lo que pudo; se pasaba horas con ella con el único propósito de que pensara lo menos posible en su madre. Pero la pequeña no tenía ánimos para jugar. Preguntaba por ella sin cesar, quería saber cuándo se pondría buena. Y George no tenía respuestas: primero, porque no quería mentirle, y segundo, porque no tenía el valor para decirle la verdad a una niña de cinco años.

Por su parte, Charles seguía encerrado en la habitación. No salía para nada. La señora Pearson le dejaba la comida y casi no la probaba. Solo se mantenía estirado en la cama junto a Elizabeth, hablándole o tarareándole entre susurros. Nada le hacía reaccionar.

George aprovechaba cuando Mary dormía para estar unas horas con él, haciéndole compañía en silencio o contándole historias triviales para intentar que su mente se despejara de aquel tormento. Pero Charles apenas le contestaba. Asentía y le daba las gracias por estar allí, aunque ni su cabeza ni su corazón estaban presentes.

George miraba a Elizabeth durante aquellas visitas sin poderse creer que fueran a perderla. Sin asimilar que ya no volverían a ver su sonrisa ni su

preciosa mirada de aquel azul intenso. Era algo tan impensable que, a pesar de que era obvio lo que iba a suceder, él se repetía que era posible algo de esperanza, un milagro que la mantuviera con ellos.

Sin embargo, aquel milagro no se producía, y los días iban pasando.

Una de las tardes los encontró a los dos dormidos en la cama. George se acercó al lateral y se arrodilló en el suelo para cogerle la mano a Elizabeth.

—Lucha, por favor —le susurró—. Inténtalo, te lo ruego, inténtalo. No nos dejes. No dejes a Charles. No sobrevivirá sin ti —murmuró mirándola. Le besó la mano y notó que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Te necesitamos con nosotros, Elizabeth. Por favor, inténtalo.

Pero Elizabeth no tuvo más fuerzas. Y aunque su espíritu lo intentó y luchó por seguir junto al amor de su vida y su familia, su cuerpo ya no resistió más.

Aquella misma tarde, el sol despidió el día con un hermoso atardecer. Un sol rojizo e inmenso que se alejó por el horizonte, lentamente, como si no tuviera ganas de irse o como si estuviera esperando algo.

Y Elizabeth se fue con aquel sol, con aquella luz, resquebrajando los corazones de todos los que la querían y desgarrando el alma de Charles para siempre.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 40
Renunciar a la vida

Desde el mismo instante que Elizabeth murió, Charles dejó de vivir. La sonrisa amable y alegre de su rostro desapareció y su expresión se tornó rígida como el mármol. Su carácter abierto se ensombreció y George no volvió a escuchar su risa en años. Se apartó de todo tipo de diversión. Evitó las fiestas y celebraciones; no volvió a bailar, no volvió a reír y no volvió a mirar a ninguna mujer. La alegría dejó de existir para él. Se centró en sus negocios y en cuidar de Mary. Estos eran los menesteres que lo mantenían ocupado.

Cuando habían transcurrido dos meses, Charles decidió volver a Londres. No soportaba vivir en la casa de York que tantos recuerdos le traía, y se trasladó a la capital por un tiempo indefinido.

Por su parte, George aprovechaba cualquier permiso para estar a su lado y alternaba las noches en su piso con la casa de Charles. Y era, precisamente, al anochecer cuando la desesperación se hacía más presente. George escuchaba los sollozos desgarradores de su amigo, que podían durar horas. Lloraba de una manera intensa, como si le apuñalaran el corazón una y otra vez, sin descanso.

George afrontaba aquellos lamentos con una angustia terrible, se sentía impotente por no poder consolar al que era su amigo…, su hermano. No soportaba verle así, aunque sabía que no podía hacer nada para evitarlo.

Los meses fueron pasando con esa extraña sensación de lentitud que produce el haber vivido un hecho traumático, con la impresión de que el mundo ya no gira a la misma velocidad que antes y los recuerdos dolorosos se mantienen tan presentes como el primer día.

George intentaba animar a Charles a cada momento, ya fuera amenizando sus tardes contándole anécdotas o preparando algún plan familiar para los tres.

Y tras largos meses, poco a poco…, muy poco a poco…, consiguió arrancarle alguna que otra sutil sonrisa, que duraba solo un instante. Pero George aquello ya lo consideraba un triunfo.

El joven entendía aquel dolor, era conocedor de lo que sufría porque él mismo lo había padecido, al igual que sabía que la única opción de consuelo era esperar que los días fueran pasando y curaran o, al menos, aliviaran, el desconsuelo que se había instalado en sus entrañas y que devoraba su interior.

El tiempo era la única clave para poder sobrevivir a algo así.



Julio de 1797

George entró en casa y percibió el suculento aroma de la comida. Se relamió los labios, olía de maravilla. Encontró a Charles en el salón, leyendo el periódico, y se sentó en el sofá a su lado.

—No sé qué están cocinando hoy, pero huele delicioso.

—Creo que es caldo —contestó su amigo sin levantar la vista del diario.

—¡Qué hambre! No he desayunado y estoy famélico.

—No quiero saber por qué no has desayunado —indicó Charles con un suspiro.

George soltó una risotada.

—No seas tan mal pensado. No todo es por lo mismo.

El otro asomó los ojos por encima del papel con una ceja levantada.

—Ah, ¿no? ¿Y desde cuándo no es todo por lo mismo?

—¡Vamos, Charles! Me he quedado dormido porque anoche quedé con unos amigos hasta tarde. Nada más.

—Te he dicho que no quiero saberlo.

—Me da igual, te lo contaré aunque no quieras. Me explicaron que el baile de este año de *lady* Middleton va a ser memorable. Su hijo mayor se ha comprometido, por fin, y quiere celebrarlo con media ciudad.

—Fantástico…, me alegro por ella —contestó sin ánimo.

—Y vamos a asistir.

Charles bajó el periódico y se quedó mirándolo.

—Yo no voy a ir a ningún sitio. Ve tú y pásalo bien.

—¡Claro que vas a ir! Vamos a ir los dos.

—No, no pienso ir.

—He confirmado nuestra asistencia —indicó George con parsimonia.

—¿Que has hecho qué? ¿Sin preguntarme antes?

—Sí.

—Sabes de sobra que no quiero ir.

—Lo sé, por eso he confirmado tu asistencia.

—¿Me puedes explicar dónde está el sentido de esa frase? —preguntó Charles con el ceño fruncido.

—Muy fácil. Llevas un año y medio prácticamente encerrado en casa. Solo sales para tus reuniones y para ir a buscar a Mary a la escuela. Nada más.

—Y así es como quiero estar, deberías haberlo entendido ya después de tanto tiempo.

—Pues ahora ya no. Vas a ir conmigo a ese baile y vas a salir al mundo exterior de una maldita vez.

—¡No quiero salir al mundo exterior! ¿En qué idioma quieres que te lo diga? —exclamó levantándose del sofá—. ¡Creo que no es muy difícil de entender!

—Charles, por favor…

—¡No! ¡No quiero que decidas por mí! Estoy teniendo la vida que quiero y no tienes ningún derecho a cambiarla sin mi consentimiento.

—¡Esta no es la vida que quieres! —espetó George, que se levantó también del sofá y se encaró con él—. ¡Es la vida que te has impuesto!

—Es como quiero vivir… —siseó Charles con la mandíbula apretaba—. Y tú no eres precisamente un modelo de vida ejemplar, así que no vengas a darme lecciones.

George aspiró profundamente para no soltar algo de lo que se arrepentiría.

—Charles —dijo en un tono más calmado—, no quiero cambiar tu forma de vivir. Es tu decisión y la respeto, te juro que la respeto. Solo te pido que vengas a este baile, solo a este baile. Ven conmigo y luego te dejaré en paz. Por favor.

Charles desvió la mirada. No podía hacerlo. No soportaba hacer algo sin ella. No soportaba poder disfrutar sin tenerla a su lado. Dio unos pasos, necesitaba recapacitar durante unos segundos. No quería ir, pero sabía que George lo hacía por su bien, lo sabía. Se preocupaba y se desvivía por

animarlo cada día. No era justo que fuera tan severo con él. De repente, lo miró y vio que seguía esperando otra respuesta, y relajó la expresión.

—De acuerdo, un baile. Solo este baile.

George mostró una amplia sonrisa.

—Solo este baile, te lo juro. Nada más.



Los bailes de *lady* Middleton nunca defraudaban. George aún recordaba el primero al que había acudido organizado por ella, siete años atrás.

Los nervios y la inseguridad de aquella primera fiesta hacía mucho tiempo que habían quedado atrás, totalmente superados y sustituidos, en muchos casos, por una exagerada confianza en sí mismo.

Charles y él atravesaron la entrada del gran salón, lo que provocó que muchos de los caballeros y de las damas se giraran al verlos, sorprendidos al reconocer a Charles Forster. Hacía tanto tiempo que no acudía a un evento que muchos de los invitados se acercaron, satisfechos de verlo allí, para ofrecerle grandes muestras de afecto.

George sonrió al ver el cariño que le mostraban todos.

Por mucho que Charles quisiera apartarse del mundo, el mundo no le había olvidado, y seguía siendo alguien muy querido en la alta sociedad.

La fiesta siguió su curso y Charles se acomodó cerca de la mesa de las bebidas, desde donde observaba cómo las parejas bailaban y donde hablaba con los conocidos que se acercaban a saludarlo.

Aprovechando que su amigo estaba conversando con un matrimonio, George se alejó para ir a buscar unos suculentos canapés que uno de los mayordomos ofrecía. Estaba aún paladeando el delicioso bocado cuando alguien le tocó muy suavemente en el brazo. Se giró y vio a una joven que le sonrió con cierta timidez.

George se limpió con rapidez los labios y correspondió a su sonrisa.

—Señorita —saludó mientras le sujetaba la mano—. ¿Puedo ayudarla en algo? Será todo un placer.

—Yo… Verá…

—¿Quiere bailar? —le ofreció con cortesía.

—No, solo quería hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

—He visto que ha venido con el señor Forster. ¿Son amigos? ¿Le conoce bien? —preguntó y bajó la mirada, ruborizada.

George ladeó el rostro con curiosidad ante aquel interés.

—Sí, somos muy amigos. ¿Quiere que le diga algo?

—Pues… si le pudiera dar un mensaje de mi parte…

—¿Por qué no se lo da usted misma?

—¿Qué? No, no quiero molestarle —respondió alarmada.

—Estoy convencido de que no le molestará en absoluto.

—¿Está seguro?

—Completamente —afirmó George ofreciéndole su brazo.

Ella lo cogió y George la guio hacia su amigo, que ya había terminado su charla y observaba el baile con una copa.

—¡Charles! —le llamó.

Este se giró hacia él, pero desvió la mirada hacia la joven que le sujetaba el brazo. Puso los ojos en blanco y ahogó un bufido. Apenas llevaban media hora allí y George ya se presentaba con otra conquista. Había superado su propio récord.

—Esta encantadora señorita quiere hablar contigo —explicó sorprendiendo a Charles.

—¿Conmigo? Disculpe, ¿nos conocemos?

La joven sonrió asintiendo.

—Me llamo Grace Turner, soy la hija de *lord* y *lady* Turner de Kent —indicó con vacilación.

—¿La pequeña Grace? —preguntó Charles asombrado.

—Sí.

—¡Santo cielo! ¿Cuántos años tienes?

—He cumplido dieciocho.

—Dieciocho ya. Hacía cuatro o cinco años que no te veía…

—Sí, aún era una niña.

Charles la contempló y recordó sus trenzas rubias sujetas con lazos, que ahora habían sido sustituidas por un elegante tocado. Era sorprendente lo que podían hacer unos pocos años en alguien tan joven. Las niñas pasaban a ser mujeres de un día para otro.

—¿Cómo están tus padres? ¿Has venido con ellos? —preguntó Charles.

—He venido con mi hermano. Está bailando en este momento —explicó señalando la pista de baile.

Charles se giró y reconoció al hermano mayor de Grace. La última vez que lo había visto era un muchacho de quince o dieciséis años y ahora ya era todo un hombre.

—Mis padres están bien —continuó ella a la vez que entrelazaba las manos de manera elegante, lo que impulsó a que él volviera a mirarla—. Podría venir un día a casa, estoy segura de que se alegrarán de verle.

—Sí, claro, iré a visitarles.

Grace esbozó una sonrisa satisfecha con la respuesta.

George les observaba sin perder detalle de cada uno: Charles estaba sorprendido por aquel encuentro, pero el rostro de ella mostraba mucho más. Le hablaba con una absoluta admiración y sin evitar una ligera agitación cuando él la miraba directamente. Aquellas expresiones no le pasaron desapercibidas al capitán. Conocía a las mujeres y en aquel momento podía afirmar que aquella jovencita estaba más que prendada por Charles, y a saber desde cuando arrastraba aquel interés por él. Era posible que ahora, al haber llegado a la edad de ser pretendida y él ser viudo, albergara alguna esperanza de captar su atención. Y no sería ninguna locura, aunque la joven tuviera dieciocho. Charles aún no había cumplido los treinta, así que podía ser una gran elección.

Decidió dejar que aquello siguiera su rumbo sin molestar ni interferir.

—Voy a dar una vuelta por el salón —indicó George.

—No hace falta que te vayas —dijo Charles.

—Sí, quiero saludar a unos amigos que he visto —replicó—. Disfrutad de la noche.

Y diciendo esto se alejó antes de que su amigo buscara alguna excusa para obligarle a quedarse.

Charles se quedó mirando cómo se marchaba a la vez que sintió los ojos de Grace clavados en él. Al momento, se sintió terriblemente incómodo.

—¿No baila, señor Forster? —preguntó ella con una pose recatada—. Recuerdo que era un excelente bailarín.

—No. Ya no lo hago.

—Oh… ¿por lo de su esposa? Siento muchísimo lo que sucedió, debió de ser tan terrible… —dijo Grace con una sincera preocupación.

—Sí que lo fue… —susurró en voz baja.

—No puedo ni llegar a imaginar lo que debió sufrir, pero tiene amigos, señor Forster, no lo olvide, amigos que le aprecian y que quieren verle feliz.

Estamos a su lado para lo que necesite —añadió con un sonrojo de las mejillas al pronunciar sus últimas palabras.

Charles la miró, se percató de que sus ojos marrones le observaban entre nerviosos y esperanzados, y un desagradable malestar en el estómago le hizo sentirse mareado.

—Gracias, te agradezco tu preocupación, pero…, si me disculpas, necesito tomar un poco el aire. Me alegro de haberte visto. Dales recuerdos a tus padres —indicó con un movimiento de cabeza antes de salir directo hacia la puerta.

George se dio cuenta, desde la otra punta de la sala, de cómo se marchaba con paso rápido y abandonaba el salón. Salió deprisa tras él y lo encontró en la terraza exterior apoyado en la barandilla de piedra con la cabeza gacha.

—¿Charles? ¿Estás bien?

—No lo hagas —susurró en un tono casi inaudible.

—¿Qué? ¿El qué?

—Te suplico que no lo hagas, George —repitió con la voz quebrada.

—Charles, si te refieres a la joven, ha sido ella la que quería hablar contigo, yo ni siquiera la conocía —se justificó—. Y pensé que, tal vez, podrías pasar un rato agradable.

Las manos de Charles apretaron más fuerte el mármol.

—Te lo pido por favor, no lo hagas —reclamó de nuevo y cerró los párpados con fuerza.

—Charles, solo era un poco de compañía, nada más.

Charles no contestó, manteniéndose unos segundos en silencio. Después de esos instantes, levantó un poco la cabeza y fijó la mirada en el jardín.

—George, yo no soy como tú, yo no puedo separar —murmuró en voz baja—. No puedo estar con una mujer por simple diversión, soy incapaz de hacerlo. Y, además, no quiero hacerlo. Así que te suplico que no lo intentes.

George se aclaró la garganta.

—Charles, te juro que solo tenía la intención de que pasaras un buen rato con una agradable conversación. Solo eso —indicó acercándose un paso—, pero, de acuerdo, no haré nada más.

—No va a existir nadie que reemplace a Elizabeth —se giró hacia él con los ojos vidriosos—. Nunca, jamás. ¿Me has oído?

—Pero, Charles, escucha…

—¡Nunca jamás! —repitió con ímpetu.

George dejó escapar un sonoro suspiro.

—Está bien, Charles, como tú quieras.

—Sí, es lo que quiero. Y vas a respetarlo.

—Por supuesto. No haré nada que pueda molestarte y respetaré tu decisión.

Charles se irguió y se masajeó los ojos con los dedos para relajarlos.

—Vuelvo a casa, tú quédate si quieres.

—No. Me voy contigo.

George vio que bajaba la escalinata de piedra hacia el jardín de la entrada sin ni siquiera volver a entrar en el salón para despedirse de los invitados. Le siguió con paso lento, reprochándose su actitud. No debería haberlo hecho. Tenía que haberse quedado al margen y respetar su decisión. Eso es lo que debería haber hecho. Pero tenía tantos deseos de volver a verlo bien y feliz que había actuado sin pensar… Estaba claro que Charles aún no estaba preparado para conocer a ninguna mujer y ni siquiera sabía si algún día lo estaría.

En aquel momento tomó la firme decisión de no presionarlo más. Charles debía elegir cómo vivir y el ritmo que deseaba llevar, y él no debía inmiscuirse. Le conocía y, al igual que se daba cuenta de que ahora no estaba preparado, también sabría captar el momento en el que Charles decidiera reaccionar. Pero hasta ese instante, no volvería a intervenir y le dejaría el espacio y el tiempo que necesitase.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 41
Mary

Marzo de 1799

Aunque pareciera impensable, ya habían pasado tres años desde la muerte de Elizabeth. Tres años en los que George había podido observar cómo Charles se había ido desdibujando poco a poco, dejando solo algún resquicio del hombre que él había conocido. Había creído que, con el paso del tiempo, conseguiría sobreponerse a aquella pérdida, pero la pena y la añoranza eran una losa demasiado pesada que difuminó por completo su carácter y su alegría. Ya no reían ni bromeaban como antaño, y George echaba de menos aquellos momentos con él.

Solo Mary lograba aflorar su lado más tierno.

Precisamente, aquella mañana la pequeña lo abordó agarrándolo de la cintura.

—Papá, ¿iremos hoy? Por favor, solo un rato.

—Mary, cielo, no puedo ir, tengo una reunión muy importante. Iremos otro día.

—Solo están hoy —dijo la pequeña con un mohín.

—Ya habrá más ferias en la ciudad, seguro que la semana que viene montan otra.

—¡Pero nunca vamos! —protestó a la vez que sorbía por la nariz y empezaba a llorar.

Charles se arrodilló junto a ella para secarle las lágrimas.

—Mary, por favor, tienes que entender esto. Mis negocios son importantes —le pidió mientras le acariciaba la mejilla—. Le diré a la señora Pearson que te lleve un rato esta tarde…

—¡Quiero ir contigo! —gritó con un gimoteo—. ¡Siempre estás fuera! ¡Quiero que estés aquí conmigo!

Charles dejó caer la cabeza incapaz de verla llorar. La estrechó contra su pecho.

—Mary, intentaré llegar pronto para que podamos ir juntos esta tarde.

—¿De verdad? —preguntó mirándolo con un brillo en los ojos.

—Sí, haré todo lo que pueda para llegar.

La pequeña dio un salto y lo abrazó tan fuerte que casi estuvo a punto de tirarlo de espaldas.

—Pero me tienes que prometer que te portarás bien —continuó Charles —. Nada de molestar a la señora Pearson.

—¡Prometido! —exclamó mientras levantaba los brazos y empezaba a dar vueltas.

Charles se marchó y, tal como temía, el día se complicó más de lo esperado, por lo que llegó a casa pasadas las nueve de la noche.

La señora Pearson lo recibió en el vestíbulo con expresión sombría.

—¿Está durmiendo? —preguntó Charles.

—Sí, señor. No ha querido cenar y se ha dormido llorando.

Él se apoyó en la pared y se frotó las sienes.

—Voy a subir a verla. Cenaré en cuanto baje.

—Como usted quiera, señor —dijo el ama de llaves y se encaminó hacia la cocina para informar a la cocinera.

Charles entró despacio en la habitación, haciendo el mínimo ruido posible. Vio que el cuerpecito de Mary se movía ligeramente bajo las sábanas y supo que no estaba dormida.

Se sentó en el borde de la cama y acarició su hombro por encima de la colcha.

—Mary, perdona. —La pequeña no se movió—. Perdóname, por favor. Te prometo que la próxima vez iremos…

Mary se giró de espaldas a él, se hizo un ovillo y se tapó la cara con la sábana.

—Mary, por favor… —susurró mientras se inclinaba para besarle la cabeza, pero sin lograr que su hija le contestara.

Se quedó sentado en la cama pasando la mano por su espalda. Estaba agotado de las reuniones de todo el día y no soportaba haberle fallado otra vez a su hija. Aquello tenía que cambiar. Debía darle prioridad a lo que realmente era importante. Le dio otro beso, le acarició el pelo y se levantó para dejarla dormir.

Al día siguiente, y en mitad de un copioso desayuno, George escuchó toda la explicación mientras Charles intentaba justificarse por aquello.

—No sé qué hacer para tener tiempo para todo. Muchos de los inversores quieren cerrar los tratos en el club y eso supone que se alarguen las reuniones hasta tarde.

—¿Y tan importantes son esas reuniones?

—Sí, necesito más fondos para la empresa de comercio exterior que creé hace unos años. Es importante, es un asunto personal y necesito que funcione —explicó Charles recalcando esas palabras.

—No sé por qué esa empresa es tan importante. Nunca me lo has contado, pero te ocupa mucho tiempo. Estás muy pendiente de esos negocios y Mary te necesita, Charles. Te echa mucho de menos.

—Lo sé… Debo hacer algo para organizarme mejor.

—Sí, porque ahora ya no es un bebé. Se da cuenta de todo, y además es muy lista —aclaró George.

—Sí…, tengo que hacerlo mejor.

Aquella misma tarde, Mary miraba la calle a través de la ventana de su habitación. Observaba cómo las personas paseaban, los carruajes atravesaban la calzada y algún perro abandonado corría calle abajo. Fijó la vista más allá y atisbó en una de las plazas a un hombre que hacía malabarismos. Apoyó la mano en el cristal y sonrió al comprobar cómo las pelotas de colores subían y bajaban. Miró el reloj de la pared y decidió bajar hasta la puerta de servicio sin que la vieran. Salió a la calle y cruzó la plaza con la esperanza de poder ver al malabarista.

Cuando el reloj marcó las cinco, la señora Pearson subió hasta la habitación de la niña con unos dulces que había hecho la cocinera. Al entrar y no hallarla, se sorprendió, ya que no la había visto por el piso inferior. Bajó de nuevo y buscó a la pequeña por todas las estancias, sin encontrarla. Preguntó inquieta a los criados, tanto los propios como los de las casas colindantes y finalmente una de las doncellas de una de ellas le indicó que había visto a la niña correr calle abajo hasta la plaza.

La señora Pearson soltó una exclamación atemorizada y salió a toda prisa por la calle mientras gritaba su nombre. No estaba en la plaza que le habían indicado y continuó más allá. Atravesó calles y avenidas, plazas y estrechos callejones… nada.

Temblando por el pánico y sin perder más tiempo retornó sobre sus pasos con la esperanza de que hubiera vuelto a casa. Al llegar y comprobar que no estaba, su pánico se convirtió en desesperación. Mandó una nota urgente a su señor esperando que él supiera lo que se debía hacer para encontrarla. Después volvió a salir a la calle gritando su nombre .



George recibió el aviso de lo sucedido y, cuando llegó a casa, la señora Pearson le explicó entre sollozos la desaparición de la pequeña.

—El señor ha salido y está recorriendo la ciudad.

El capitán partió también de inmediato y se adentró por la barriada a toda prisa.

Tres horas estuvieron dando vueltas sin ningún resultado. Charles recorría las calles vociferando con agonía su nombre, hasta que su garganta no pudo más y tuvo que parar para recuperarse.

—Descansa un poco —le indicó George, quien le obligó a sentarse.

—Tenemos que seguir, no podemos parar. Está en alguna parte, tenemos que encontrarla antes de que anochezca —imploró Charles con la voz entrecortada.

—La encontraremos —afirmó con toda la seguridad que pudo, en lugar de demostrar el pánico tan espantoso que sentía.

La tarde se fue apagando y la oscuridad penetró en todos los rincones de la ciudad. Varios hombres contratados por Charles recorrían las calles para buscar a la pequeña, pero las horas seguían pasando y la angustia crecía al no conseguir hallar ninguna información sobre su paradero.

Charles se dejó caer de rodillas, exhausto, y hundió el rostro entre sus manos.

—¡Mary…!

George le agarró de los hombros para que se levantara.

—Vamos, Charles, tienes que descansar. Los hombres que has contratado seguirán la búsqueda. Tienes que ir a casa por si Mary volviera allí.

Su amigo se resistió. Repetía con desesperación que tenía que seguir buscándola y que no iba a parar hasta dar con ella.

—Vuelve tú a casa. Yo me iré con los hombres.

—No, ni hablar, no pienso dejarte aquí solo. Me quedo contigo —replicó George.

—Ninguno de los dos se quedará aquí —indicó una voz grave a su derecha.

Ambos se giraron; un hombre fornido se acercaba a ellos.

—Mis hombres buscarán a la niña y ustedes se irán a casa y no obstaculizarán mi trabajo.

—¿Obstaculizar? ¡Es mi hija!

—Charles, relájate —intervino George con la mirada puesta en el hombre.

—Mire, señor, sé que está preocupado y muy angustiado, lo entiendo, yo también soy padre, pero mis hombres están acostumbrados a moverse de noche por la ciudad de manera silenciosa y sin llamar la atención. Si ustedes van con ellos, delatarán cualquier posición. Háganme caso.

George sujetó con fuerza a Charles, que estaba completamente tenso.

—Encuentre a mi hija y le juro que le pagaré el doble…, no…, el triple de lo que recibe normalmente por hacer su trabajo.

El hombre se rascó la incipiente barba de su mejilla y relajó la expresión.

—*Milord*, no debe preocuparse, usaré todos mis recursos para localizarla. Ahora váyanse a casa, les mantendré informados.

George obligó a Charles a moverse a pesar de su resistencia a abandonar aquel lugar.

—Vamos, les ayudaremos más si no estamos aquí —insistió.

Aquella noche se hizo eterna. Parecía que los minutos no avanzaban, y ninguno de los sirvientes de la casa había querido acostarse hasta enterarse de que la pequeña estaba bien.

Charles daba vueltas por el salón, mientras George le seguía con la mirada sentado en una butaca. Por su parte, la señora Pearson rezaba en voz baja intentando reprimir los sollozos para no angustiar más a su señor.

A la mañana siguiente, cuando el reloj marcó las ocho y ya estaban dispuestos a volver a salir, llegó uno de los lacayos con una nota que entregó a su señor. El sirviente le explicó que se la había dado un muchacho en la calle para él.

Charles desplegó el papel y su semblante palideció al momento.

—¿Qué ocurre, Charles? —preguntó George, que se mantenía rígido.

—Es una nota del hombre que se ha llevado a Mary. Me pide dos mil libras en tres días a cambio de devolvérmela. —Le alargó el papel para que lo leyera.

—¡Dos mil libras! ¿Cómo vas a reunir semejante cantidad en tres días?

—Tengo el dinero, eso no me preocupa. Ahora solo quiero recuperarla.

Transcurridos los tres días, una nueva nota apareció en la puerta, en la que se indicaba la dirección del intercambio: una calle del barrio de Whitechapel, al este de la ciudad.

George insistió en acompañarle, a lo que Charles no opuso resistencia, y los dos se encaminaron al lugar mencionado a la hora acordada.

Cuando llegaron comprobaron que era una callejuela estrecha que apestaba a pescado podrido y a excrementos. Se quedaron allí varios minutos esperando, hasta que el sonido de unos pasos al otro extremo del callejón les hizo ponerse en alerta. Cuatro hombres aparecieron frente a ellos. Llevaban los rostros tapados con unos pañuelos y uno de ellos cargaba con un bulto en los brazos.

—*Lord* Forster —exclamó una voz al fondo—. ¡Qué inmenso placer conocerle al fin! Sabía que era una persona de palabra y que cumpliría lo que le pedía.

Charles dio un par de pasos hacia ellos y levantó la bolsa de cuero que cargaba.

—Tengo el dinero, devuélvame a mi hija.

—¡Por supuesto! Nosotros también cumplimos lo que prometemos. Esto es una reunión civilizada, todos somos caballeros de honor —dijo, lo que provocó las carcajadas de sus compañeros.

Hizo una señal con el brazo y el hombre que llevaba el bulto lo dejó con cuidado en el suelo. Le quitó el saco de esparto de la cara y Charles pudo ver el rostro desorientado de Mary.

George dio un paso, con la mirada puesta en la pequeña.

—La hemos tratado como una princesa, no tiene de qué preocuparse —añadió con sorna—. Y ahora que ve que su hijita está sana y salva, quiero mi dinero, *lord* Forster.

—Aquí lo tiene —dijo este mientras dejaba la bolsa con cuidado en el suelo y se apartaba unos pasos—. Ahora devuélvame a mi hija.

El líder del grupo hizo otra señal y uno de sus compañeros salió corriendo hacia ellos, cogió la bolsa y retornó hacia su líder.

George agarró del brazo a Charles para que se mantuviera en su sitio.

Comprobaron el dinero y, al cabo de unos segundos, el cabecilla alzó la vista hacia ellos.

—Ha sido un placer hacer tratos con usted, *lord* Forster.

Empezaron a reír los cuatro y salieron corriendo en dirección contraria para alejarse del callejón. Dejaron allí a Mary, y Charles se lanzó hacia su hija. Recorrió los metros que los separaban con desesperación y agarró a la pequeña en brazos.

—¡Mary, Mary, Mary!… —repetía sin cesar mientras la abrazaba.

—¡Papá! —exclamó con la voz entrecortada por el hipo que le surgió de los nervios—. Perdona, papá…

—Tranquila, cariño, no pasa nada —afirmó y la estrechó más fuerte si cabe.

George se acercó, se arrodilló junto a ellos y pasó los dedos por el pelo de la niña. La observó con detenimiento: no había sufrido ningún daño, no se le veía ni un rasguño, solo se distinguía en su rostro el miedo que había pasado. Rodeó a la pequeña con el brazo y notó cómo todo su cuerpo se relajaba tras la tensión acumulada. Cerró los ojos y dio gracias una y otra vez por haberla recuperado.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 42
Una decisión

Abril de 1799

—He tomado esta decisión y es firme —aseguró Charles mientras rebuscaba en su armario.

—¿Estás completamente seguro?

—Totalmente. No voy a pasar ni un día más en esta ciudad.

—Pero… ¿Wiltshire? ¿Qué hay en Wiltshire? —preguntó George extrañado.

—Hay tranquilidad y nadie me conoce. Es lo único que necesito. He alquilado una casa en un pequeño pueblo y nos quedaremos allí de manera indefinida.

—¿Qué pueblo es?

—Se llama Downton.

—Es la primera vez que lo oigo —reconoció George arrugando la nariz.

—Porque es un pueblo pequeño, ya te lo he dicho. Pero está muy cerca de Salisbury y tendremos todo lo que necesitamos.

—¿Y tus negocios?

—Vendré a Londres cuando sea necesario y además existe el correo. Podré llevarlo todo desde allí.

—Parece que lo tienes todo pensado.

—No voy a quedarme en Londres con la angustia de que le pueda pasar otra vez algo a Mary. La decisión está tomada.

George se cruzó de brazos y se apoyó en la pared.

—¿Y qué harás con la casa de aquí?

—Pensaba alquilarla, a no ser que quieras quedarte tú a vivir en ella —indicó tras pararse un momento para mirarlo—. Si quieres venir y dejar tu piso, puedes hacerlo.

—No, no, mejor alquílala, te sacarás un beneficio. Yo estoy bien en mi piso y, además, la mayoría de los días tengo que estar en el cuartel.

—De acuerdo, pero si la necesitas, solo tienes que decírmelo.

George sonrió, incluso en los momentos más angustiosos continuaba preocupándose por él. Iba a echarlo mucho de menos una vez que se fuera, pero no quería decírselo para no condicionar su decisión. Sabía que, si Charles se quedaba en Londres, le produciría inquietud, y lo último que necesitaba era algo más que le atormentara.

Esperaba que le fuera bien vivir en un lugar diferente, con un ambiente distinto y personas que no tendrían ningún parecido con la élite londinense. Tal vez este cambio tan drástico era lo que justamente precisaba para intentar emerger por fin a la superficie.

—Escríbeme cuando te instales y me cuentas qué tal el campo. Será muy estimulante la vida social de allí —pronunció George con sorna.

—Precisamente es lo que no busco, así que me alegraré si puedo estar tranquilo en mi casa, solo, sin más distracciones que un buen libro o ver a mi hija volver locos a los sirvientes.

—¡Vaya, tú sí que sabes divertirte, Charles! —añadió George con una risa irónica—. Eres consciente de que aún eres un hombre joven y atractivo, ¿verdad? Te lo recuerdo por si se te olvida en algún momento y crees que eres un decrépito abuelo de ochenta.

Charles ladeó la cabeza para mirarlo y, sin contestarle, volvió a revisar su ropa.

—Bueno, aunque estés todo el día leyendo sin hacer nada más, espero que me escribas —continuó George—. Quiero que me cuentes todas las novedades. ¡Tiene que ser apasionante! Si te ha crecido alguna mala hierba en el jardín, si las vacas del vecino están embarazadas por un macho libertino de otra finca…, ¿te imaginas el escándalo en el pueblo? ¡Terrible! ¡Vacas deshonradas!… O peor aún…, si la señora Pearson se compromete con un granjero, eso no lo soportaría. ¡Dios mío! Imagínate que me engaña lejos de aquí, sería demasiado duro.

Charles no pudo evitar una sonrisa.

—¿Vas a seguir mucho más rato con la mofa?

—Sí, un rato más.

—Pues me da igual lo que pienses, me voy a ir igualmente al adorable, tranquilo y pequeño pueblo de Downton.

—Te has olvidado «aislado pueblo de Downton».

—No está aislado, tenemos Salisbury a siete millas.

—¡Oh, claro! Que es la segunda Londres, todo el mundo lo sabe —replicó George con ironía.

—Salisbury es una ciudad muy interesante. Ni siquiera la conoces.

—Eso es cierto. Pero cuando vaya a visitarte, ya te encargarás de hacerme de guía. Estaré deseando ir y que me enseñes ese condado. Nunca he estado en Wiltshire y, ¡quién sabe!, a lo mejor me aficiono a la vida de campo.

—Ya…, seguro que sí —soltó Charles sarcástico.

—Nunca se sabe, a lo mejor encuentro algo que me motive.

—Permíteme que lo dude, pero, al margen de ello, ya sabes que puedes venir cuando quieras.

—Eso haré.



Charles y Mary se fueron la semana siguiente. George observó alejarse el carruaje y deseó que aquel cambio de vida ayudara a que los dos recuperaran un poco de la felicidad perdida y que pudieran dejar atrás el dolor que les afligía, aunque no sabía si eso era posible.

Había visto cómo Charles había empaquetado todos los cuadros de Elizabeth, en especial el que decoraba el salón. Un precioso retrato suyo, en un jardín, en el que sujetaba un ramo de flores. Era su favorito y lo había embalado como si fuera la pieza de oro más valiosa del mundo. A George no le cabía la menor duda de que lo pondría también en el salón de la nueva casa. Suspiró, pensando que aquel ritual no ayudaría nada a que superase la añoranza, pero era algo en lo que no iba a intervenir. Cualquier tema relacionado con Elizabeth acababa siempre en discusión, y ahora que lo iba a ver mucho menos no le apetecía mantener ningún enfrentamiento con él.



Los días fueron pasando y, como Charles le había prometido, le escribió una carta en la que le informaba de su llegada y otra cuando ya llevaban diez días allí. Y tal como George había pronosticado, eran cartas breves, de apenas unas pocas líneas, sin mucho qué explicar aparte de alguna travesura de Mary.

La tercera carta llegó a las tres semanas y, para sorpresa de George, era más amplia y detallada que la anterior. Se estiró cómodamente en la cama de su habitación y empezó a leerla.

10 de mayo de 1799

Querido George:

Espero que estés bien y que sigas disfrutando de tu rutina londinense.

Aquí en Downton, Mary ha empezado a ir a la escuela y estamos conociendo, poco a poco, a los vecinos del pueblo. Están siendo muy atentos conmigo, aunque suelen abordarme casi cada día con interrogatorios sobre Londres. A pesar de ello, todos son amables y tremendamente espontáneos, y agradezco que me hayan integrado con tanta familiaridad en el pueblo.

Mary está muy contenta en la escuela y, en especial, con su profesora, la señorita Miller. Siente devoción por ella. Es una joven agradable y la trata con mucho cariño. Le estoy muy agradecido, porque hace que Mary esté cada día más feliz aquí. Nos está siendo de gran ayuda, a Mary en la escuela y a mí para ir presentándome a los vecinos. Además, a la señora Pearson también parece gustarle.

Por lo que veo, ha sido una gran decisión para todos.

Estoy feliz de ver a Mary tan contenta. Creo que, finalmente, venir a vivir aquí ha sido la mejor elección que podría haber tomado, sobre todo por Mary.

Parece que la vida de campo es más entretenida de lo que nos pensábamos.

Espero que estés bien.

Con todo el aprecio,

Charles Forster

George terminó de leer la carta con una sensación desconcertante. Volvió a releerla más despacio y se dio cuenta de que más de la mitad de la carta hablaba de esa profesora. Parecía que les había impresionado a todos: a Mary, a la señora Pearson, incluso al propio Charles. Sintió curiosidad por conocer a aquella joven que los había deslumbrado.



Cinco días después, Charles se presentó en Londres por un asunto importante de negocios, y lo primero que hizo fue ir a ver a George al cuartel.

—Podrías haberme avisado de que venías —saludó el capitán.

—Tuve que salir ayer urgentemente hacia aquí; al parecer, un barco de la naviera ha naufragado.

—¿Y hasta cuándo te quedas?

—Quiero solucionarlo cuanto antes y volver a Downton.

—Bueno, pero por lo menos una semana te quedarás, ¿no?

—No. No quiero dejar a Mary sola tantos días. Intentaré solucionarlo entre hoy y mañana y volver a casa lo antes posible.

—¿Tan pronto? ¿Por qué tanta prisa?

—Es por Mary, ya te lo he dicho. No quiero que esté sola tanto tiempo. Le prometí que volvería pronto.

—Pero, Charles, quédate al menos una semana. Mary estará bien.

Su amigo vaciló un instante, pero negó con la cabeza.

—Prefiero volver.

A George aquella urgencia le pareció desproporcionada. Hacía más de un mes que no estaba en la ciudad, no comprendía aquella ansia por marcharse de nuevo.

—Me apetecía estar más días contigo… —protestó George.

—Y a mí, pero se lo prometí a Mary.

George hizo una mueca infantil de desilusión, pero no dijo nada más.

Al cabo de unos segundos, Charles intervino:

—Oye, George, ¿por qué no te vienes a Downton? —le propuso—. Así disfrutarías de Mary, está deseando verte.

El rostro de George se iluminó con la idea.

—Sí, ¡sería fantástico! Tengo unos días libres y el regimiento se marcha pasado mañana a Brighton —explicó con entusiasmo—. Puedo ir contigo, saludar a Mary y acudir a Brighton directamente desde Downton. Seguro que al coronel Graham le parece bien. He tenido bastante trabajo en estas últimas semanas con los nuevos reclutas y no creo que le importe que me coja días de descanso.

Efectivamente, el coronel le concedió el permiso, pero le insistió en que le esperaba en Brighton la semana siguiente.

Al cabo de dos días, cuando Charles solucionó sus asuntos de negocios, juntos abandonaron Londres rumbo a Downton.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 43
Downton

A pesar de tardar más de un día en llegar, el trayecto fue ameno y agradable.

George aún no había estado en aquella parte del país y le resultó mucho más hermoso de lo que esperaba.

—Ya hemos entrado en Wiltshire —indicó Charles mientras miraba por la ventanilla.

El capitán pudo distinguir una casi imperceptible sonrisa en sus labios. Lo observaba con atención aprovechando que estaba distraído con el paisaje. Había algo distinto en él. Era muy sutil y, seguramente, nadie se habría percatado de ello, pero él sí. Él intuía algo. No sabía qué era, pero le notaba diferente. Quizá era su expresión, menos rígida que hacía unos meses, o su manera de hablar o, incluso, de moverse. No sabía qué era con exactitud, pero algo había cambiado.

—Por cierto, *lady* Hamilton y Anne se reunirán con nosotros mañana por la tarde —informó Charles—. Vienen de Bath y me pidieron dormir un par de noches en Downton antes de seguir el camino a Londres.

—Perfecto. Será un placer ver a Anne, y *lady* Hamilton siempre nos regala algún chisme.

Llegaron a Downton y atravesaron la calle principal, que mostraba un animado ambiente, con vendedores y corrillos de personas que charlaban; las pequeñas casas pareadas con sus jardines y sus huertos, y la bonita iglesia de piedra grisácea que contrastaba con el verde intenso de la hierba.

George lo encontró muy acogedor. Era cierto que resultaba apetecible pasear por allí e impregnarse de aquel entorno.

Manor Hall, la casa de Charles, sorprendió a George, que la encontró mucho más distinguida de lo que esperaba. Estaba situada a las afueras del pueblo, era una hermosa casa de ladrillo rojo y piedra blanca, con una preciosa entrada y unas columnas que flanqueaban la puerta principal.

—No me la imaginaba así —dijo George al bajar del coche.

—¿Qué creías, que había alquilado una granja?

—Pues sí, la verdad es que era la idea que tenía.

—Tuve que hacer algunos arreglos cuando llegué —le explicó Charles —. Llevaba bastantes años deshabitada, pero contraté una empresa de Salisbury y consiguieron realizar un buen trabajo en unas semanas, tanto en el interior como en el jardín.

—No sé cómo estaría la casa antes de llegar tú, pero, desde luego, ahora está muy elegante.

—Sí, la verdad es que estamos muy a gusto viviendo aquí —afirmó mientras la miraba orgulloso.

George dedujo que no solo se refería a la casa, sino al pueblo en general. Se notaba que le gustaba vivir en aquel pequeño lugar; estaba más relajado.

—Te dejo que te instales. Voy a ir a ver a Mary a la escuela —indicó Charles y llamó al mozo para que le preparase el caballo.

—¿Ahora? ¿No es muy pronto para ir? No es ni mediodía.

—Quiero ver cómo está. Iré un momento y volveré para comer —dijo cogiendo las riendas del caballo—. Mary se va a llevar una buena sorpresa cuando le diga que has venido. Nos vemos en un rato —se despidió.

Montó el caballo y se alejó por el camino. George le siguió con la mirada mientras desaparecía por la ladera, asombrado por aquellas prisas.



George empleó aquella mañana en recorrer la casa de punta a punta. Descubrió, como ya sospechaba, que Charles había colgado el cuadro de Elizabeth en el salón principal, encima de la chimenea.

Observó el lienzo con melancolía, como siempre que miraba aquel retrato. Si a él le creaba esa añoranza, no quería ni imaginar la pena que le podía generar a Charles. Pero, a pesar de torturarse con aquella imagen, insistía en colocarla en la zona más visible del hogar, como si ella aún estuviera entre ellos y siguiera siendo la señora de la casa, vigilante desde lo alto.

Cuando acabó de revisar el interior de la vivienda, atravesó los jardines que la rodeaban y comprobó el gran trabajo que había logrado Charles en poco tiempo. Había creado una pequeña réplica de los jardines de York. En

la parte de atrás, había plantado una cantidad inmensa de rosales blancos, igual que tenían en Rosebush House, como a Elizabeth le gustaba.

Al contemplar las hermosas rosas, le dio la sensación de que Charles había creado un mausoleo para Elizabeth y sintió un leve escalofrío. Se alejó de allí sin ganas de rememorar para no ponerse triste.

Rodeó la casa para volver dentro y, cuando giró en la última esquina, vio que Charles volvía con el caballo. Fue a acercarse hacia él, pero se detuvo, observándole. Vio que desmontaba y se dirigía a la puerta, pero antes de entrar en la casa se quedó parado mirándose la palma de la mano derecha y acariciándosela con la izquierda. Así estuvo unos segundos.

George frunció el ceño extrañado. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Charles! —le llamó doblando la esquina.

Forster se giró de golpe, sobresaltado por aquel grito, y recuperó su semblante rígido.

—George, no te había visto, creía que estabas dentro.

—Estaba dando una vuelta por el jardín —dijo a la vez que señalaba con el dedo el perímetro—. ¿Cómo está Mary?

—Muy bien. Estaban todos los niños entretenidos con los ensayos de una obra que están organizando, y se ha puesto loca de contenta cuando le he dicho que estabas aquí.

—Qué ganas tengo de verla.

—Y ella a ti.

Dieron unos pasos para entrar en la casa, pero Charles se detuvo un instante.

—Ah, George…, mañana vendrá a cenar la profesora de Mary.

—¡Oh, la famosa profesora! Ya tengo ganas de conocerla. Hablabas maravillas de ella en tu última carta.

—¿Maravillas? Solo te explicaba que Mary le ha cogido cariño —replicó incómodo por aquella insinuación.

—Y que a la señora Pearson también le gustaba. Y que era muy agradable…

—Dije «agradable», no «muy agradable» —le corrigió Charles.

—Mmm… Así que… ¿no es muy agradable?

—Eh… pues… es una joven normal —titubeó Charles.

—De acuerdo. Pues tengo ganas de conocer a esa «joven normal».

Charles torció la boca en una mueca de desconfianza.

—Espero que te comportes de manera correcta. Intenta evitar alguna de tus extravagancias, si no es mucho pedir.

George soltó una risotada.

—¿Alguna de mis extravagancias? Parece que te importa mucho la opinión de esa señorita.

—Es la profesora de Mary, claro que me importa.

—Prometo ser absolutamente encantador con ella.

—Tampoco hace falta que te excedas con tu encanto —le señaló Charles mientras le clavaba la mirada.

—¿En qué quedamos, soy encantador o extravagante? —preguntó el joven aguantándose la risa.

—Pues… ni una cosa ni la otra. Intenta pasar desapercibido, aunque eso es prácticamente imposible en ti.

George volvió a reír.

—Te aseguro que haré que se sienta lo más cómoda posible —indicó divertido.

—¿Sabes qué? Mejor no hagas nada. No es necesario —apuntó Charles.

—¿Por qué? Puedo ser un anfitrión perfecto.

—El anfitrión soy yo, no necesito que me ayudes. Puedo hacerlo solo. Tú limítate a… no sé… a cenar y a estar tranquilo.

—¿No confías en mis habilidades sociales?

—Precisamente son tus habilidades sociales las que me dan miedo.

—¡Vamos, Charles! Voy a ser el invitado perfecto, ¡confía en mí! —exclamó y le hizo una exagerada reverencia.

Charles vio cómo se inclinaba, no una, sino dos veces, en una ridícula pose y supo que algo, esa noche, no iba a ir como él deseaba.

Al día siguiente, por la tarde, sobre las seis, llegaron *lady* Hamilton y su hija, Anne. Después de los saludos de cortesía, las dos damas subieron directamente a sus habitaciones para cambiarse y arreglarse para la cena.

Pasadas las siete y media, la señora Pearson informaba a su señor y al capitán que la señorita Miller ya había llegado y que esperaba en el salón principal. Mary dio un gritito de alegría y cogió la mano de George para tirar de él hacia el pasillo.

—Quiero que la conozcas, tío George —dijo al entrar en el salón. Después corrió hacia la profesora, que esperaba de pie en mitad de la sala.

George y Charles se quedaron en la entrada observando cómo Mary saludaba a su maestra. El capitán, tras examinarla de arriba abajo, soltó un silbido. Era una preciosidad. «Esto no lo habías mencionado en la carta, Charles», pensó sin dejar de mirarla.

Llevaba un vestido de seda verde claro. Su pelo era castaño con tintes cobrizos, recogido con una cinta del mismo color que el vestido y un pasador plateado. Tenía unos grandes y expresivos ojos castaños, y los recibió con una hermosa sonrisa.

George miró de reojo a Charles. Este la observaba rígido, sin pestañear y con la boca entreabierta, que solo cerró un momento para aclararse la garganta. Aquello le sorprendió: la expresión de su rostro y aquella tensión en su cuerpo. Volvió la vista de nuevo hacia la joven y después otra vez a Charles. Era posible que… La idea recaló fugaz por su mente, pero era tan inesperada y a la vez tan maravillosa que necesitaba comprobarlo con más hechos antes de sacar conclusiones precipitadas.

Tomó aire, disimuló su creciente excitación y exclamó con picardía:

—¡Vaya, Charles, esto sí que es una sorpresa! Ahora entiendo por qué tenías tantas ganas de volver de Londres.

—No sé de qué hablas —respondió con un carraspeo.

—Ya, seguro que no —replicó con ironía y entró en la sala directo hacia la joven.

Se saludaron con una leve inclinación y Charles inició las presentaciones.

—Señorita Miller, quiero presentarle al capitán George Crowley —indicó—. George, ella es Kate Miller, la profesora de Mary.

—Un placer, señorita Kate —contestó el joven a la vez que le sujetaba la mano con suavidad.

—Encantada, señor Crowley.

—Oh, no. El señor Crowley era mi padre, llámeme George —le pidió con una encantadora sonrisa y sin soltarle la mano.

El capitán vio que ella le devolvía la sonrisa y aprovechó para apreciar sus atractivos rasgos. Aún le sujetaba la mano cuando escuchó que Charles tosía a su lado y le agarraba del brazo con disimulo para tirar de él.

—Pasemos al comedor, la cena ya debe estar lista —señaló Charles, que tiraba de su amigo con la intención de que le soltara la mano a Kate.

George estuvo a punto de echarse a reír por aquel acto tan descarado. Lo había apartado de ella sin ningún pudor. Se giró hacia este y pudo comprobar cómo apretaba la mandíbula. Tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para no soltar una carcajada. ¿Aquello era lo que creía? Suplicó mentalmente para que así fuera. Mientras se encaminaban al comedor, decidió que seguiría muy atento. Tenía que acabar de confirmar lo que estaba intuyendo.

Al entrar se encontraron con *lady* Hamilton y Anne, que las esperaban ya para la cena. Kate fue presentada a las damas y, tras los saludos de rigor, tomaron asiento en la mesa. George no perdió la oportunidad y se sentó al lado de Kate. Quería averiguar todo lo que pudiera de aquella joven que parecía que había impresionado a Charles.

Kate explicó durante la cena que era profesora, que tenía catorce alumnos, de los cuales solo cuatro eran niñas. Se explayó con pasión en su deseo de que la educación fuera igualitaria entre niños y niñas; ya que según opinaba, ambos merecían los mismos derechos y las mismas oportunidades. Aquella opinión escandalizó profundamente a *lady* Hamilton.

La dama, al no compartir aquella mentalidad progresista, sometió a Kate, durante toda la cena, a preguntas para averiguar más sobre ella. Pero la joven, de una manera inteligente, ingeniosa y un tanto atrevida, consiguió superar el interrogatorio al que fue sometida. *Lady* Hamilton no escondió en ningún momento su desacuerdo con su manera de pensar y su tono acabó siendo mordaz, algo que no pareció afectar a Kate, que continuó respondiendo con la misma actitud resuelta.

—Sinceramente le digo —continuó Kate—, que sigo aspirando a poder valerme por mí misma sin necesidad de un hombre, y de momento lo estoy consiguiendo.

—¡Válgame el cielo! ¿No quiere casarse? —preguntó alarmada *lady* Hamilton.

—Sí, por supuesto que sí…, si encuentro al hombre adecuado. Nunca me casaría por necesidad ni por un amor que no fuera tan ardiente como el de mis padres.

Aquella frase provocó un sofoco en la dama, que causó, a su vez, que Kate tuviera que disimular una sonrisa antes de continuar comiendo.

El capitán la estuvo observando durante toda la cena y la encontró encantadora en todos los aspectos.

Y en mitad de la conversación, Mary intervino.

—Tío George, ¿sabes que papá bailó ayer?

La expresión del joven se congeló.

—¿Es eso cierto? —preguntó asombrado—. ¡Cielos, Charles! ¿Cuánto hacía de la última vez?

—Mucho —respondió con cierta sequedad y cruzó una fugaz mirada con Kate, quien bajó la vista ruborizada.

George se percató de ese intercambio de miradas y de lo que significaba, y tuvo que controlarse para no dar un salto frenético. Se contuvo para no parecer un perturbado y, en su lugar, dijo:

—Veo que están habiendo cambios interesantes por aquí —indicó, complacido, dando un largo sorbo de vino.

Terminada la cena, pasaron al salón principal, y Kate se fue directa a un gran mueble lleno de libros. George se acercó a ella despacio y se situó a su espalda.

—Ha sido la cena más interesante que he tenido en los últimos meses. ¿Tiene la costumbre de decir siempre lo que piensa? —le preguntó George en un momento que quedaron a solas.

—Es uno de mis defectos, lo reconozco —respondió divertida—. Intento modificarlo y mi hermana es la encargada de corregirme.

—Oh, no, que no lo haga, por favor. Es refrescante ver a una mujer hablar libremente sin estar encorsetada en las costumbres ni pendiente de todo lo que piensen los demás.

Kate sonrió agradecida.

—Créame, lo que piensen los demás nunca me ha importado.

George vio de reojo cómo Charles entraba en el salón y se quedaba mirándolos. Tras solo un instante, apartó la vista y se sentó en el sofá de espaldas a ellos.

Cuando estuvieron todos en el salón, se organizaron unas partidas de cartas en las que participaron *lady* Hamilton, Mary, George y Kate, y en las que ganó todas Mary de manera totalmente sorprendente o, más bien, sospechosa. Charles se mantuvo en el sofá hablando tranquilamente con Anne mientras los juegos seguían su curso en la mesa.

Una vez terminadas las partidas, Kate decidió que ya era hora de retirarse.

—Gracias por la invitación, señor Forster —dijo con una dulce sonrisa.

—Ha sido un placer, señorita Miller —respondió Charles.

El capitán se despidió de ella con un delicado beso en su mano, lo que provocó una divertida mueca en la joven y un ligero carraspeo incómodo en Charles.

Se quedaron los dos de pie en la puerta mientras el coche se marchaba.

—Es deliciosa, Charles. ¿Dónde la tenías escondida? —preguntó George mientras observaba cómo se alejaba el carruaje.

Charles no contestó, ni siquiera se movió, pero el joven pudo percibir cómo se le tensaba el rostro.

Una vez el coche hubo desaparecido por el camino, Charles se giró para entrar en casa.

—Buenas noches —dijo con parquedad, sin esperar ninguna respuesta, y se dirigió hacia la puerta.



George entró en su habitación y empezó a recorrerla con largas zancadas de un extremo al otro; necesitaba ordenar sus pensamientos y todo lo que había visto aquella noche.

Empezó a reír y se sentó en el borde de la cama.

Sí…, lo había visto, lo había sentido. Estaba pasando.

Volvió a soltar una risotada.

Solo había necesitado aquella cena para convencerse de que Charles sentía algo por la adorable señorita Miller.

Lo conocía demasiado y durante aquellos nueve años que llevaban juntos había compartido con él todos los posibles estados de ánimo: alegría, enfado, preocupación, emoción, tranquilidad, tristeza y, sobre todo…, enamoramiento. Lo había visto años y años enamorado de Elizabeth y sabía cómo miraba, cómo hablaba, cómo se comportaba, y, aunque ahora era una persona distinta, su esencia estaba ahí, y él la había captado.

Cada mirada que le había dedicado a la señorita Miller disimuladamente, su esmerada cortesía al hablar con ella, incluso una leve vacilación en ciertos momentos: todo aquello se lo demostraba. Y además había otro asunto… George también se había percatado de cómo le había vigilado durante aquella noche. Había estado pendiente de cuándo y cómo se acercaba a ella; había medido sus pasos y sus palabras.

Se levantó de un salto, entusiasmado.

—¡A mí no puedes engañarme, Charles! —exclamó y soltó una exhalación.

Y luego estaba ella…, Kate Miller. Era cierto que apenas la conocía de unas horas, pero tenía claro cuándo una mujer observaba a un hombre de manera especial, y ella se había ruborizado cada vez que él la había mirado. Ni siquiera había necesitado que Charles le hablara, solo con una mirada ella ya se había sonrojado.

Se estiró en la cama y extendió los brazos.

¡Madre mía!…, estaba pasando.

Existía una posibilidad, después de tantos años, de que Charles se recuperara; solo necesitaba aceptar lo que estaba sintiendo y rendirse a ello.

Aquel pensamiento le hizo incorporarse: «Aceptar lo que estaba sintiendo». Eso no sería fácil. Durante aquellos tres años había jurado y perjurado que no iba a existir nadie que reemplazara a Elizabeth, y estaba convencido de que mantendría ese pensamiento hasta el final. Aunque pudiera albergar algún sentimiento por la señorita Miller, no sería tan sencillo hacerle cambiar de opinión.

Debía pensar cómo conseguirlo.

Sabía que, si se lo comentaba directamente, solo lograría que se cerrase en banda. Lo negaría todo y evitaría a partir de ahí cualquier acercamiento a Kate. No…, debía ser sutil y a la vez directo, sin que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo en realidad; y que de una forma natural aceptase lo que sentía.

¿Y qué era lo que más atormentaba a alguien cuando estaba enamorado? George sonrió de manera maliciosa… Los celos. El miedo a perder a alguien era lo que hacía reaccionar a una persona para luchar por otra. Si quería que Charles aceptara por sí mismo lo que sentía, debería hacerle explotar. Debía ser lo suficientemente insolente para que sus celos estallasen. Y podía hacerlo a la perfección, era un profesional a la hora de provocar a Charles, llevaba muchos años de práctica y podía lograr que acabase totalmente exasperado. Lo había hecho muchas veces con resultados excelentes.

Iba a sacar todas sus armas para llegar a buen puerto. Unas armas que sabía que Charles detestaba y que había visto en acción tantas veces con otras mujeres. Estaba convencido de que no soportaría ver cómo seducía a su preciosa señorita Miller.

Y con respecto a Kate, no había peligro. A él solo lo había mirado con cierta curiosidad y diversión, pero nada más. Todo su interés estaba puesto en Charles, no le cabía la menor duda.

Lo que faltaba era que su amigo diera ese primer paso; ese difícil y complicado paso, que él se iba a encargar de allanar para su consecución. «Oh, Charles, te aseguro que vas a acabar aceptando lo que sientes, yo me voy a encargar de ello», se dijo. Sintió que le invadía un arrebato y volvió a reír tan fuerte que le dolieron las costillas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 44
Estrategia

Bajó a desayunar pletórico y se encontró a Charles en la mesa, leyendo el periódico. Se sentó cómodamente frente a él y tomó unas tostadas de la bandeja.

—He pensado que voy a quedarme más días en Downton —soltó con una socarrona sonrisa y lo miró fijamente.

Charles alzó la vista del periódico.

—Creía que tenías que volver con tu regimiento.

—Sí, pero aún me quedan días libres y puedo pedir un permiso. Además, me he dado cuenta de que la vida del campo puede ser apasionante.

—Disculpa, pero no te veo viviendo en el campo lejos de la frenética vida londinense —replicó Charles.

—Claro que podría, con la motivación adecuada… —contestó George antes de darle un bocado a su tostada y alzar la ceja.

Charles dobló el periódico sin dejar de mirarlo.

—Y parece que has encontrado esa motivación…

—Sí, creo que sí —respondió con picardía, «ni te lo imaginas»

Charles entrecerró los ojos.

—George, no te andes con juegos, esto no es Londres.

—¿De qué juegos hablas? —preguntó con una inocente expresión.

—Mira, hemos venido aquí para vivir tranquilos. No vas a venir tú y por un capricho…

—¿Un capricho? ¿Cómo sabes que es un capricho?

—Porque te conozco, George, y siempre son caprichos. Caprichos que duran más o menos, pero de los que siempre te cansas y los dejas, y la señorita Miller no es una señorita de ciudad acostumbrada a galanteos y coqueterías, es distinta y no está preparada para tus jueguecitos de seducción.

George soltó un silbido ante aquella declaración. «Madre mía…». Verlo celoso iba a ser mucho más entretenido de lo que esperaba. Disimuló una sonrisa y volvió al ataque.

—Vaya, Charles, nunca te he visto defender así a ninguno de mis «caprichos», como tú los llamas.

Charles dejó escapar un resoplido.

—Te lo pido por favor, contrólate.

«Todo depende de ti, Charles. Todo lo que vaya a durar este juego solo depende de ti», pensó George apretando los labios.

—Está bien, te prometo que no haré nada que pueda molestarla, pero me parece que tu señorita Miller puede defenderse sola perfectamente —soltó George.

—Para empezar, no es «mi señorita Miller», es la profesora de Mary, y ni siquiera la conoces, así que no saques conclusiones sobre ella —replicó perdiendo la paciencia ante sus incesantes ocurrencias.

George intentó esconder una sonrisa al ver cómo su enfado iba en aumento. Definitivamente, aquello iba a ser memorable.



Después de desayunar, George planteó bajar al pueblo, y todos, menos *lady* Hamilton, aceptaron la propuesta.

Cuando atravesaban la plaza principal, el joven distinguió a Kate, que caminaba por la calle opuesta.

«Vamos allá, que empiece el espectáculo», pensó.

La saludó con la mano desde lejos para llamar su atención. Se aproximó a ella, lo que obligó a Charles y al resto del grupo a acercarse. Junto a Kate, una joven los observaba con las manos entrelazadas.

—Quiero presentarles a mi hermana, Alice —indicó la profesora.

George saludó galantemente y aprovechó aquel momento para mirarla con más atención. Se parecía a Kate, era más joven pero igual de hermosa, con los mismos ojos marrones, pero tenía el cabello más claro, de un tono miel, y su mirada mostraba tal dulzura que sintió un leve cosquilleo. Vio que ella se ruborizaba cuando él le besó la mano y que desviaba la mirada con timidez.

Aunque se hubiera quedado largo rato contemplando a la joven hermana, se obligó a centrar su atención en Kate. Debía seguir con su labor. Se

percató de que llevaba un cesto que debía pesar bastante y se ofreció a llevárselo.

—Una señorita no debería ir tan cargada —indicó el capitán, que enseguida se lo sujetó para liberarla del peso.

—Una señorita de ciudad tal vez no, pero una de campo que tiene que hacer la compra no tiene otro remedio —respondió Kate con una mueca divertida, aunque le agradeció el gesto.

El rostro de Charles se contrajo al ver aquel galanteo y se apartó de ellos para no demostrar lo que le incomodaba aquella escena. George, por su parte, escondió su contento.

Mientras caminaban, le explicaron al capitán que en cuatro semanas se celebraba en el pueblo el Festival de Primavera y que tanto Mary como el resto de los niños de la escuela estaban organizando una obra para las fiestas.

Aquella noticia entusiasmó a George, que aseguró que no se lo perdería por nada del mundo e indicó que pediría otro permiso a su coronel para quedarse más tiempo en Downton.

Además de la apasionante noticia sobre las fiestas del pueblo, también conocieron, durante aquel paseo, a unos amigos de Kate y Alice, los señores Stone, Rebecca y Robert Stone. Un simpático y jovial matrimonio que enseguida se ganó el agrado de George.



A la mañana siguiente, *lady* Hamilton y Anne abandonaron Downton después del desayuno, tal como tenían previsto. Una vez se hubieron marchado, George manifestó cómo deseaba pasar aquel día.

—Me gustaría acompañarte esta tarde para ir a buscar a Mary a la escuela.

Charles le dedicó una intensa mirada.

—No recuerdo que me acompañaras nunca a recogerla a la escuela en Londres.

—Eso es porque también tuvisteis institutriz, la señorita… No me acuerdo del nombre.

—Era la señorita Parker y solo estuvo con nosotros unos meses, el resto del tiempo fue a la escuela de la señora Morton.

—Sí, lo sé, pero yo estaba muchos días en el cuartel. Ahora quiero hacerlo. Me hace ilusión ir a buscar a mi sobrina.

Una mueca irónica asomó en el rostro de Charles.

—¿A tu sobrina? ¿Estás seguro de que eso es lo que te hace ilusión?

—Vamos, Charles, déjame acompañarte, seguro que se pondrá contenta al verme.

—¿Seguimos hablando de Mary? —inquirió sarcástico.

—Claro —contestó con una pícara sonrisa.

Charles dejó escapar un sonoro suspiro al ver su sugerente expresión.

—Haz lo que quieras. —Fue su única respuesta antes de abandonar el salón.



A las tres horas, George abrió de golpe la puerta del despacho y se quedó de pie, con las manos en las caderas.

—¿Qué te parece? ¿Estoy elegante?

Charles miró hacia la entrada y lo vio con el uniforme militar.

—¿Se puede saber para qué te has vestido así?

—Quiero acompañarte a buscar a Mary a la escuela, te lo he dicho esta mañana.

—¿Y tienes que ponerte tu uniforme de gala para ir a buscarla?

—Quiero que me vea elegante.

Charles frunció el ceño.

—Me parece ridículo que te vistas así para ir a la escuela —soltó con un tono grave.

George sonrió al ver su rostro contraído.

—Hay que dar buena impresión, Charles.

—Dar buena impresión, ¿a quién? Mary ya te ha visto muchas veces con el uniforme. No es necesario que te vistas así, y además es totalmente excesivo.

—Bueno, nunca se sabe quién está mirando. Siempre hay que ir impecable.

—¿Impecable? Parece que vayas a conquistar el condado, ¡por el amor de Dios! —le espetó Charles.

George soltó una carcajada, incapaz de aguantarse más.

—Vamos, reconoce que estoy impresionante con el uniforme.

—Es una exageración que vayas así.

—Pues a mí me parece tremendamente elegante.

—Es tremendamente ridículo —renegó Charles.

—Es la primera vez que voy a esta escuela, quiero que me vea con mis mejores galas.

—Tu sobrina, ¿no?

—Claro. ¿Quién si no? —respondió George maliciosamente y arqueando los labios en una sonrisa.

Charles se apoyó en la mesa sin dejar de mirarlo.

—Vas a hacer lo que quieras, te diga lo que te diga, y no me apetece discutir, así que tú mismo —dijo con una aspiración profunda y saliendo del despacho.

George se quedó pensando que precisamente una buena discusión es lo que hubiera podido aclarar todo, pero debía tener paciencia y continuar con la misma técnica hasta que consiguiera que fuera sincero.

Aquella tarde se presentaron los dos en la escuela. George lucía su uniforme y se convirtió en el centro de atención de todos los padres allí reunidos. Recibió miradas llenas de coquetería de las mujeres, que él devolvió con encantadoras sonrisas.

Kate se sorprendió de verlo allí y, después de explicarles cómo había ido el día con los niños, George no perdió la ocasión para preguntarle:

—¿Se va ya a su casa? Si quiere, la acompañamos —le propuso George, lo que provocó una fulminante mirada de Charles que él ignoró.

—No es necesario, gracias, no hace falta que se molesten —respondió Kate.

—No es molestia, será un placer acompañarla, y así paseamos juntos un rato y nos explica cómo van las clases.

Mary insistió también mientras le cogía de la mano, por lo que Kate no tuvo más remedio que aceptar la propuesta del paseo.

Durante el trayecto, fueron testigos de cómo una de las vecinas, la señora Williams, los abordaba para presentarle a su sobrino a Kate, lo que provocó una bochornosa escena.

La señora explicó que su sobrino, John, era marinero, e hizo todo tipo de insinuaciones directas sobre la que podría ser su futura mujer. Aquello causó que la incomodidad y la vergüenza, tanto de Kate como del sobrino, aumentaran con cada palabra que pronunciaba aquella mujer. Finalmente, el

joven zanjó la situación y se llevó a su tía de allí, no sin antes pedir disculpas por haberles interrumpido el paseo.

George explotó en una carcajada ante la descarada escena de emparejamiento que habían presenciado.



—Ha sido una tarde entretenida —indicó el capitán mientras se servía una copa—. Lo del sobrino de esa mujer ha sido todo un espectáculo. Las mujeres casamenteras son lo más terrorífico de la sociedad. Deberían estar prohibidas o llevar un cartel de «peligro». ¿Cómo puedes organizar un encuentro así? Ese joven me ha dado pena, no podía estar más incómodo. Se llamaba Williams, ¿no?

—Sí, su tía, la señora Williams, es muy conocida en el pueblo —indicó Charles.

—Pues ese muchacho estaba a punto de salir corriendo. Si hubiera sido por la tal señora Williams, hubiera casado a Kate y a su sobrino allí mismo. ¿Y la cara de Kate? Pobrecilla, qué manera de abordarla así en mitad de la calle. Verlos a los dos en esa incómoda situación ha sido lamentable. Aunque la reacción de ella demuestra que no está interesada en ese joven. Eso es una buena noticia —comentó. Luego dio un sorbo y miró a Charles por encima del vaso.

Este no dijo nada, se limitó a coger la botella y a rellenar su copa.

Al verlo tan callado, George decidió continuar.

—Aunque me extraña que el señor Williams no se haya fijado en Kate. Es encantadora —añadió mientras se recostaba en el sofá—. Hacía tiempo que no conocía una mujer tan interesante como ella.

Charles dio un sorbo sin mirarle. Se le notaba tenso y ciertamente molesto.

—Es hermosa, inteligente, divertida… —continuó volteando los ojos hacia él—. Y por lo que se ve no está comprometida con nadie.

—No, no lo está —respondió Charles, que fijó la vista en el whisky del vaso.

—¿Y sabes si hay alguien interesado en ella? ¿Alguien del pueblo? —preguntó George sin perder detalle de sus expresiones.

Charles se acabó de un trago la bebida.

—No lo sé —respondió con sequedad.

—Bueno, si no lo sabes, es buena señal. Si hubiera alguien, ya te habrías enterado. Y si no hay nadie, eso deja vía libre para los que estén realmente interesados en ella.

George apreció cómo Charles apretaba el vaso entre sus manos, descargando su impotencia en aquel trozo de cristal.

—Yo lo que espero es que, si alguien quiere cortejarla, lo haga con intenciones serias y honestas, y que no solo sea un juego —indicó Charles con la mirada fija en él.

—Opino igual —replicó George ignorando su grave expresión—. Es una mujer excepcional y merece a un hombre que la cuide y que le dé todo el amor posible.

Charles dejó el vaso en la mesita y se puso de pie de espaldas a George. Este pudo ver cómo abría y cerraba la mano en un intento por relajarse.

Le parecía sorprendente que aguantara sus comentarios e insinuaciones. Si él estuviera interesado de verdad en una mujer, no dejaría que ningún hombre se acercara, ni mucho menos que soltara alusiones sobre ella. Es más, conociéndose, ya le habría partido la cara. Pero Charles era diferente, poseía un autocontrol que él siempre había admirado, aunque en este caso estaba deseando que lo perdiera y que le dijera cuatro cosas.

Sin embargo, no dijo nada más. Se acabó la segunda copa y se marchó a dormir.



Al cabo de dos días, Charles anunció por sorpresa que debía ir a Londres. No dijo el motivo, solo aclaró que volvería lo antes posible y se marchó sin dar más explicaciones.

Y para desespero de George, si la marcha de Charles no era suficiente, llovió de manera torrencial los siguientes cuatro días. El no poder salir de casa en tantos días acabó con su paciencia, así que, cuando en el quinto día apareció un sol espléndido después de comer, no lo dudó y salió a dar un paseo.

Bajó por la ladera este y atravesó el bosque hasta llegar al río. El agua bajaba bastante revuelta por las lluvias, pero eso no le importó. Se quitó la camisa, se arremangó los pantalones hasta las rodillas y se metió en el agua.

Soltó un gruñido al notar lo fría que estaba, pero se mantuvo allí, a la espera de que sus piernas se habituaran a la temperatura. Pasados unos

minutos, cuando ya le resultó agradable, recogió agua con las manos y empezó a mojarse el pecho, se pasó los dedos por el torso y los brazos, y se acarició la cicatriz de su brazo izquierdo.

Levantó el rostro, sentía la calidez del sol en las mejillas y, a la vez, el frescor del agua en su piel.

Un sonido lo alertó y se giró rápidamente. Entornó los ojos y pudo ver la falda de un vestido que se alejaba. Salió del agua tan rápido como pudo.

—¿Kate? Kate, ¿es usted?

Ella se detuvo sin girarse.

—Disculpe, capitán, no sabía que estaba aquí —contestó inquieta.

George vio que se mantenía de espaldas, sin mirarlo.

—¿No va a girarse a saludarme? —le preguntó con una sonrisa pícara. Sabía que el motivo era su falta de ropa.

—Estoy bien así, gracias.

George se echó a reír, cogió su camisa y se la puso.

—Ya puede girarse, Kate, no hay peligro.

Ella se volvió hacia él y George sonrió divertido al comprobar su visible sofoco.

Se sentaron en la hierba y Kate le preguntó por Mary, a lo que George contestó que estaba bien, pero aburrida en casa al no haber podido salir hasta ahora.

Después le preguntó por Charles, si ya había vuelto del viaje. Aquella curiosidad por él le gustó y le contó que aún no había vuelto de Londres, pero que creía que no tardaría en hacerlo.

George se estiró en la hierba, pasó las manos por debajo de su cabeza y la miró de reojo. Era una oportunidad perfecta para indagar más sobre ella. Al estar a solas, podrían hablar de lo que fuera sin ser interrumpidos.

—Bueno, señorita Kate, háblame un poco más de usted —dijo de repente, sorprendiendo a la joven.

—¿De mí? No sé qué quiere que le cuente.

—Sé que vive con su hermana y que es profesora de Mary, pero ahí acaba mi recorrido. Cuénteme más. ¿Algún deseo oculto? —preguntó acercándose más a ella.

—No —respondió divertida por aquel interrogatorio—. Continuar con mi vida, supongo. Soy feliz así.

—Es usted poco ambiciosa, por lo que veo.

—Soy feliz con poco, lo reconozco, pero me encanta mi vida. Solo cambiaría el poder viajar más. Me gustaría visitar lugares nuevos.

—Eso tiene fácil solución, puede viajar con el marinero Williams —insinuó con picardía a la vez que comenzaba a reír.

Kate le dio un leve empujón, avergonzada al recordar aquel momento.

—No se burle, odio ese tipo de situaciones, ¡qué vergüenza! —exclamó a la vez que se tapaba la cara en un gesto de sofoco.

George se animó a continuar indagando.

—Bueno, pues si el marinero Williams no es el afortunado, ¿hay alguien que ocupe su mente? —se interesó con una sonrisa más afable.

Kate dudó al contestar, sorprendida por la pregunta.

—Qué preguntas hace, usted siempre está de broma —respondió con un tono desenfadado.

—Se lo pregunto en serio.

—¿Siempre es tan directo?

—Lo intento.

La seguridad del capitán hizo vacilar a la joven.

—Oh, pues… —dijo con un leve titubeo—. No hay nadie.

George vio que bajaba la vista y sus mejillas se sonrojaban. Era mentira. Por supuesto que era mentira.

—Pues mire a su alrededor, a lo mejor ve algo que le agrade.

Kate abrió la boca para contestar, pero no consiguió decir nada y centró la atención en el río.

El joven volvió a estirarse en la hierba y al momento escuchó que ella soltaba una risita. Extrañado, abrió los ojos.

—Dígame de qué se ríe para que nos riamos los dos.

—No es nada, solo estaba pensando lo diferentes que son usted y el señor Forster.

—Mucho… Por suerte no se parece a mí.

Aquella respuesta llamó la atención de Kate.

—¿Cómo se conocieron?

Ante aquella pregunta, George se incorporó y movió el cuello para desentumecerlo.

—¿De verdad quiere saberlo? Fue hace muchos años y es una larga historia, espero no aburrirla.

—No, por favor, querría saberla.

George le resumió lo que habían sido los últimos doce años de su vida, desde la llegada a Londres, su mala vida los primeros tres años, el encuentro con Elizabeth y Charles, su ingreso en el ejército, la muerte de Elizabeth y finalmente el secuestro de Mary.

Omitió varios detalles como que había sido ladrón y su historia con Emily. Lo primero, porque se avergonzaba de ello, y lo segundo, porque era algo que quería guardar solo para él en su corazón, sin compartirlo con nadie.

—Charles me salvó la vida y sé que nunca podré pagarle todo lo que hizo por mí. Es el mejor hombre que conozco —afirmó George con las manos apoyadas en sus rodillas—. Cuando Elizabeth murió, algo se rompió para siempre dentro de él. Ojalá vuelva a enamorarse algún día, pero ha sufrido tanto que se resiste a ello. Si aparece una mujer que lo ame de verdad, deberá ser fuerte y paciente para derrumbar el muro que ha construido a su alrededor.

Cuando pronunció estas últimas palabras, comprobó cómo Kate se estremecía. Esperaba que con esta explicación pudiera entender la actitud distante y a veces fría que tenía Charles, y que aquello no le hiciera desfallecer de lo que sentía por él. Al contrario, esperaba que luchara más ahora que sabía por todo lo que había pasado.

Al cabo de unos minutos, ella se incorporó y se arregló la falda.

—Me gustaría volver a casa ya, se ha hecho tarde.

—Claro, la acompaño —se ofreció George.

Subieron hasta el camino en dirección al pueblo. Kate se mantenía callada mientras daba golpecitos a una piedra y George observaba a ambos lados del camino las tierras de cultivo.

Cuando ya llevaban varios minutos caminando, escucharon que se acercaba un carruaje. George reconoció que era el coche de Charles. Sonrió con cierta malicia y con disimulo se desabrochó varios botones de la camisa.

El coche los adelantó y paró a unos metros de ellos.

Charles se asomó por la ventanilla para saludarlos. Los miró a ambos y George se percató de cómo había cambiado el gesto y de su semblante rígido al fijarse en su ropa mal abrochada.

—¿Cómo te ha ido el viaje a Londres? —preguntó George jovial.

—Bien —respondió secamente.

—¿Dónde te has alojado?

—En casa de *lady* Hamilton —contestó desviando la mirada—. Voy para casa, ¿te llevo o tenéis más cosas qué hacer? —preguntó en un tono mordaz.

—Ya habíamos acabado —respondió George con una amplia sonrisa que provocó que el rostro de su amigo se tensase más.

Ambos se despidieron de Kate, que indicó que prefería volver a casa andando, y George tomó asiento en el carruaje frente a Charles.

—Haz el favor de vestirte bien —exigió con una voz endurecida.

George bajó la mirada hacia su camisa desabotonada y empezó a abrocharla con una inocente expresión.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 45
Un libro y flores

La tensión que se estaba acumulando en el carruaje era tan densa que George habría jurado que podía tocarla con los dedos. Charles evitaba mirarlo, había centrado la vista en el paisaje, con el rostro tan contraído que la vena de la frente palpitaba sin cesar.

«Tal vez me he pasado con la camisa. Debería aclararle que no ha sucedido nada entre nosotros antes de que esto derive en algo peor», pensó George, que no paraba de analizar su expresión.

—Me he encontrado con Kate de casualidad en el bosque —explicó George.

Los músculos de Charles no podían estar más tensos. No contestó; continuaba con la mirada fija en la ventanilla.

—Hemos estado hablando un rato y luego ya hemos vuelto hacia el pueblo —continuó George—. Nada más.

Charles se giró hacia él muy despacio… tan despacio y con una mirada tan grave que George tuvo ganas de saltar del coche en marcha y huir en dirección contraria.

—No te he preguntado —dijo en un siseo.

—Ya, pero quería explicarme, porque como me has visto con la ropa así… Es que me estaba dando un baño cuando Kate ha aparecido… —Al momento se arrepintió de haber mencionado el hecho.

Los ojos de Charles se abrieron desmesuradamente.

—Quiero decir…, un baño no, solo estaba refrescándome un poco —intentó justificarse con torpeza.

—No quiero saberlo —le interrumpió Charles.

—Solo estábamos hablando… No ha pasado nada más.

—Que no quiero saberlo —repitió—. ¿Te pregunto alguna vez por lo que haces cuando no estás conmigo? No, ¿verdad? Pues no quiero saber nada.

—¡Es que no ha pasado nada! —exclamó George. Se le estaba yendo de las manos la situación, debía aclararlo cuanto antes—. Charles, escúchame, solo hemos hablado.

Charles soltó una risilla irónica llena de una rabia contenida.

—Sé perfectamente que no eres capaz «solo de hablar» —le espetó con la cara enfurecida—. Es la profesora de Mary, creo que no es mucho pedir que respetes al menos eso.

George estuvo tentado de decir que el hecho de que fuera la profesora de Mary era lo menos importante, pero se contuvo porque solo habría empeorado muchísimo la situación. Tenía que conseguir que le creyese. Le agarró con fuerza del brazo para obligarlo a que le mirase.

—¡Te juro que solo hemos hablado! —aclaró subiendo el tono.

Charles observó la mirada casi suplicante de George. Aquel ímpetu le sorprendió, no solía defenderse tanto cuando hablaban de una mujer. Aspiró profundamente y su rostro se fue relajando poco a poco al ver su firme expresión.

Si algo sabía de George desde que lo conocía es que a él no le mentiría; si le juraba que no había pasado nada, era cierto. Podía ser despreocupado, irresponsable y totalmente impulsivo, pero nunca le había mentido en todos aquellos años. El joven se caracterizaba porque le importaba tan poco la opinión de los demás que era descaradamente sincero con todos.

Charles se percató de que había retenido el aire sin ser consciente y abrió la boca para dejarlo salir. George seguía mirándole con el ceño fruncido y él movió la cabeza en un gesto de aceptación, a pesar de seguir convencido del interés que tenía por Kate.

George sonrió aliviado al ver aquel movimiento. Al menos había conseguido salvar aquella situación y que su amigo le creyera.

Llegaron más tranquilos. George había cambiado de tema, había relegado el asunto de Kate a otro momento y le había comentado anécdotas que habían pasado en los días en los que él había estado fuera, como que Mary había cazado un topillo que se había colado en la casa.

El mayordomo les recibió en la puerta para descargar el equipaje, pero Charles se le adelantó, cogió él mismo una de las bolsas y entró en la vivienda.

George lo siguió y vio que iba directo a su despacho y se encerraba allí.

Al cabo de media hora, George se preocupó al pensar que, tal vez, podía seguir furioso con él por lo de Kate. Decidió disculparse. No soportaba

discutir con él.

Abrió solo un poco la puerta y vio que estaba inclinado mirando un libro cerrado encima del escritorio. Vio que acariciaba la tapa, se apartaba y de nuevo pasaba los dedos por la portada.

Extrañado por aquel comportamiento, George llamó a la puerta antes de entrar.

Charles se irguió e impulsivamente se apartó de la mesa.

—Solo venía para decirte que cenaremos en veinte minutos —le notificó George acercándose al escritorio.

—Gracias, ahora iré.

El joven desvió la mirada al libro. Tenía la portada de cuero rojo, con una bella encuadernación.

Leyó el título: *Diario de a bordo por James Cook.*

—¿Es un libro de viajes? —preguntó George.

—¿Qué?

—El libro de la mesa —le indicó señalándolo.

—Ah, sí.

—¿Lo has comprado en Londres?

—Sí…

—Pero si tienes miles de libros de viajes, no sé para qué te compras más.

George lo cogió y pasó despreocupadamente las páginas, descubriendo algunas ilustraciones y mapas.

Charles se lo arrebató al instante con un rápido movimiento que lo sorprendió.

—No quiero que lo estropees —dijo mientras volvía a pasar la mano por la tapa con cuidado.

—¡Caray! Ni que fuera un regalo.

—¿Qué? No… es para mí, pero no quiero que se estropee.

George se percató de que cogía el libro con un cuidado exquisito, casi acunándolo como si fuera un bebé.

—No habrás ido a Londres solo para comprar este libro, ¿verdad?

—No…, claro que no…, qué tontería… Tenía otros asuntos… asuntos importantes… muy importantes…, pero… he aprovechado que estaba allí para… comprarme el libro —se escudó con un leve tartamudeo.

George alzó la barbilla y entornó los ojos hacia él. ¡Qué mal se le daba mentir! Era desastroso cuando lo intentaba, se le notaba a la legua cuando no decía la verdad. Le cambiaba hasta el tono de voz.

Se le veía nervioso. Sujetaba el libro entre sus manos y cambiaba de postura continuamente. De repente lo volvió a dejar en la mesa como si le quemase y se apartó de él.

—Pues es muy bonito —dijo George.

—¿Te lo parece? —preguntó con interés.

—Sí, la verdad es que sí. Yo no soy mucho de libros, ya lo sabes, pero este es bonito y elegante.

Los labios de Charles se arquearon levemente en lo que parecía una sonrisa.

—Busqué la mejor edición. Anne me acompañó a buscarlo. Me costó encontrar el que quería. Tuvimos que recorrer Londres, pero al final lo encontré.

—Cuántas molestias solo para comprarte un libro.

—Quería tener el mejor —contestó bajando la voz y con la mirada puesta en el libro.

—Y parece que lo has conseguido… —añadió George mientras observaba su concentrada expresión.

—Sí, y si te ha gustado a ti, que no eres aficionado a los libros, a alguien que sí que lo sea… le gustará más.

—¿Como a quién? —preguntó George con curiosidad. Aquella conversación se estaba poniendo interesante.

Charles titubeó ante aquella pregunta.

—Nadie en particular… Cualquiera que lo vea o… yo mismo, que para eso me lo he comprado.

George levantó una ceja. ¿Cuántas veces iba a repetir que se había comprado el libro para sí mismo?

Insistió un poco más.

—O también podría ser para alguien que le guste viajar o que quiera viajar en el futuro —indicó a la vez que se cruzaba de brazos.

—Sí…, también podría ser —murmuró.

—En ese caso le entusiasmaría este libro, estoy convencido —dijo George, al tanto de cómo Charles apretaba los labios y no contestaba.

Se mantuvo con esa expresión unos instantes.

—Será mejor que vayamos a cenar antes de que la señora Pearson venga a buscarnos —dijo al fin. Se acercó al escritorio y guardó el libro en el cajón de la mesa, evitando así más preguntas sobre este y dando por zanjada aquella conversación.

Los días estaban resultando de lo más entretenidos y, para mejorarlos aún más, había recibido la confirmación del coronel Graham alargando el permiso.[1] Eso le permitiría acudir al Festival de Primavera, que era en unos días.

Decidió bajar al pueblo para pasar la mañana. Charles se había marchado a ver a unos terratenientes y Mary estaba en la escuela, así que pasear por el pueblo le pareció la mejor opción.

Estaba pletórico al saber que aún disponía de días de descanso y quería aprovecharlos. El ambiente de las calles era lo que más le fascinaba del pueblo. En Londres se respiraba una atmósfera más seria, más recatada; en cambio, aquel entorno, tan desenfadado lleno de risas y voces en grito, le transmitía una alegría natural y sincera.

No le extrañaba que Charles estuviera feliz viviendo allí. Él mismo se sorprendía de lo a gusto que se encontraba, sobre todo teniendo en cuenta lo diferente que era de Londres.

Continuó caminando y, de repente, creyó reconocer [2]a la joven que iba por la acera de enfrente. La miró con atención y comprobó que era Alice, la hermana menor de Kate. Llevaba un sencillo vestido de verano de un tono amarillo claro y sujetaba un cesto de mimbre lleno de flores que hacía balancear sobre su codo.

George avanzó por la calle sin perderla de vista. No había hablado con ella desde que se la habían presentado y aquella parecía una gran oportunidad para conocerla más. Cruzó la calle para alcanzarla, pero, antes de llegar a ella, otro hombre se le adelantó y se detuvo a su lado. Era el sobrino de aquella pesada mujer, al que había intentado emparejar con Kate. Al observar cómo la miraba, supo al instante que aquel hombre en quien estaba interesado era en Alice.

Pensó que lo mejor era marcharse y dejarlos solos, pero en aquel instante sus miradas se encontraron. Alice abrió ligeramente la boca como si fuera a saludar, pero no dijo nada. George sonrió y la saludó con la mano, lo que provocó que ella levantara la mano solo un poco para corresponder su saludo.

Dudó si acercarse o no. No quería molestar; sin embargo, ella seguía mirándole, aunque con timidez. Aquello le hizo sentir deseos de ir a su

encuentro. Finalmente se aproximó, no quería perder la oportunidad de hablar con ella y le dio igual que el tal señor Williams estuviera allí.

—Buenos días, señorita Alice —saludó con cortesía.

—Buenos días, capitán —respondió ella con una suave sonrisa.

—Hoy está animado el pueblo.

—Sí, la semana que viene ya son las fiestas y ha venido gente de fuera.

George se inclinó un poco hacia ella.

—Estoy deseando que llegue el festival, ya verá qué bien lo pasamos —dijo con una mueca divertida.

Alice dejó escapar una risita.

Un carraspeo les interrumpió y ambos se giraron.

—¡Oh, disculpe! Señor Williams, él es el capitán George Crowley, está viviendo con el señor Forster en Manor Hall.

—Ya nos conocemos —intervino George mientras le estrechaba la mano —, del día que su tía nos presentó. Íbamos con la señorita Kate.

Las mejillas de Williams se encendieron al rememorar tan ridícula escena.

—Sí, mi tía… puede ser… muy persistente… —respondió con un balbuceo.

—No se preocupe, no fue tan vergonzoso como cree. Debería acudir a un salón de Londres, lleno de madres deseosas por casar a sus hijas. Entonces sí que es buen momento para correr.

—Nunca he estado en Londres, pero el problema de los pueblos es que todo el mundo te conoce. En la ciudad es más fácil pasar desapercibido.

—No se crea, se sorprendería de los cotilleos de la alta sociedad. Hay damas que emplean todo su tiempo en ello y es imposible huir de ellas, son implacables —señaló en un siseo para dar emoción a la explicación.

Alice empezó a reír y George le dedicó una simpática sonrisa. Williams miró a ambos y torció la boca, incómodo ante aquellos gestos de complicidad. En aquel instante, las campanas de la iglesia empezaron a resonar, eran las doce.

Williams miró hacia su espalda, a la torre de la iglesia.

—Tengo que marcharme —dijo con indecisión—, debo ayudar a mi tía. —Pero no se movió del sitio.

—Pues que pase un buen día, señor Williams —contestó George volviendo a extender la mano a modo de despedida.

Williams bajó la mirada a la mano sin hacer ningún movimiento, estaba absorto. De nuevo los miró y siguió inmóvil.

El capitán retiró la mano al ver que no se la estrechaba y que tampoco se marchaba. Comprobó cómo movía inquieto la cabeza y entendió enseguida que aquel hombre no quería dejarlo a solas con Alice. Se estaba resistiendo a irse. Evitó una sonrisa a punto de asomar ya por sus labios. Los arrebatos de celos por una mujer le parecían tremendamente entretenidos, pero se contuvo y no dijo nada para no provocarlo más. El pobre se debatía entre continuar con Alice o el deber con su tía. Al cabo de unos incómodos segundos, los tres de pie sin decir palabra, Williams volvió a despedirse de manera más fría de George y de un modo dulce y encantador de Alice.

El capitán giró la cabeza para ofrecerles un poco de intimidad y también para que no vieran su divertida expresión. Debía reconocer que, cuando él era el causante de los celos, le resultaba mucho más gracioso.

El señor Williams se fue, por fin, después de otra tanda de incómodos segundos en silencio.

—Alice, ¿a dónde iba? —le preguntó George cuando quedaron a solas —. ¿La puedo acompañar?

—Oh… No hace falta, no querría molestarle —contestó turbada.

—No es molestia, al contrario, sería un placer.

Alice lo miró primero con sorpresa y luego curvó los hombros en un gesto de vacilación.

—Pues… iba para casa. He recogido estas flores y quería ponerlas a secar —explicó a la vez que señalaba su cesto de mimbre.

—¿Y para qué son las flores? —inquirió George mientras iniciaba la marcha.

—Son para la obra de teatro que está preparando Kate con sus niños.

—La obra de Mary, ¿no?

—Sí, la estrenarán para el festival.

—Mary está entusiasmada con esa obra, cada día nos habla de ello.

—La verdad es que no sé quién lo está disfrutando más, si los niños o Kate —contestó con una expresión de alegría.

Alice le guio por el camino; atravesaron el puente de piedra y se detuvieron frente a una pequeña pero bonita casa. Era de ladrillo rojo, decorada con una enredadera enroscada por la fachada; varios escalones daban a la entrada principal y un reducido tramo de hierba cubría la parte delantera y la bordeaba hasta la parte de atrás. Allí se sentó Alice cuando

llegaron, sacó con cuidado las flores del cesto y las colocó una al lado de la otra.

George se sentó frente a ella y disfrutó de sus colores vivos, que destacaban sobre el verde del prado.

—Las quiero separar por tipos y colores, y luego dejaré que se sequen en el desván —explicó ella—. Cuando ya estén secas, servirán para decorar el escenario y los disfraces de los niños.

—Ha tenido una buena idea, quedará muy bien —comentó George y colocó una flor en la fila—. Todas las mujeres tienen una habilidad innata para hacer este tipo de cosas, además de que son mucho más sensibles que nosotros.

—Muchas veces no es habilidad ni sensibilidad, es obligación. Nos enseñan desde pequeñas a hacerlo, queramos o no —indicó en un tono suave—. A mí me gusta, por ejemplo, bordar, disfruto haciéndolo, pero no a todas las mujeres les agrada, simplemente deben hacerlo. Creo que estaría bien poder elegir —dijo casi en un susurro.

El capitán la escuchó y pudo evidenciar que tenía el mismo discurso progresista que Kate, pero con un tono más moderado. Alice era más joven, tímida y comedida en la forma de hablar, pero la educación que habían recibido las dos era la misma, y eso se percibía. Aquello le gustó.

Alice levantó el rostro y descubrió que George la miraba serio.

—Discúlpeme si le he molestado —dijo nerviosa.

—No… no me ha molestado, al contrario, me gusta su manera de pensar y me ha recordado a su hermana. La noche que la conocí, cuando vino a cenar a Manor Hall, hizo todo un discurso delante de *lady* Hamilton. Kate es muy entusiasta cuando habla —recordó George.

Alice se percató de cómo hablaba de Kate con aquella sonrisa y las atenciones que le había prodigado la última vez que los había visto juntos. Kate era muy especial y nunca pasaba desapercibida, ya fuera por su belleza o por su carácter apasionado, siempre llamaba la atención. Era posible que a él le gustara su hermana y no sería extraño; lo normal es que así fuera.

Sintió un malestar en el estómago ante aquella idea. Intentó ignorarlo y volver a su tarea con las flores.

—La semana que viene es su cumpleaños —dijo Alice.

—¿De quién?

—De Kate. Cumple veintiún años el veinte de junio.

—¿La semana que viene es el cumpleaños de Kate? —repitió George y, casi de manera instintiva visualizó el libro comprado por Charles, y todo cobró sentido.

El libro… Recordó el cuidado con que Charles lo trataba, las molestias por conseguirlo en Londres y los nervios por ratificar si era bonito. Charles había comprado ese libro para Kate, no le cabía duda. Estaba claro. Ahora entendía aquella absurda conversación y la inquietud que mostraba al hablar.

Alice entornó los ojos hacia él, que sonreía ampliamente. Estaba estirado de lado en la hierba, apoyado en el codo con el brazo flexionado y el cabello rubio le caía sobre la frente. Era tan apuesto… Volvió la vista hacia las flores para que no pudiera notar su sonrojo.

Al cabo de unos breves segundos, George se incorporó.

—¿Qué le parece? ¿Cómo estoy?

Alice levantó el rostro y vio que se había puesto una flor azul con forma de campanita en la oreja y ladeaba la cabeza con coquetería.

—No me negará que me queda muy bien —señaló George mientras alzaba las cejas.

Ella empezó a reír y se tapó la boca con ambas manos. El capitán se fijó en aquel simple gesto: ella riendo con las dos manos cubriéndose la boca, y un vago recuerdo le alcanzó, lo que le provocó un hormigueo. Movió la cabeza para despejarlo.

—Le queda bien —confirmó Alice entre risas.

—¿Verdad que sí? Creo que voy a llevarla con el uniforme militar, tal vez mi coronel siga mi ejemplo. —Al momento se imaginó a Graham con una corona de flores en la cabeza y estalló en una carcajada que le hizo caerse de espaldas.

Alice se contagió y rio de nuevo sin poder parar.

George se estiró en la hierba y miró al cielo. Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se reía con tantas ganas. Giró la cabeza de lado y comprobó que Alice continuaba riendo. Sonrió al mirarla; era un encanto.

La campana de la iglesia sonó una sola vez.

—Ya es la una. ¿Quiere quedarse a comer? —preguntó Alice.

—Me encantaría, pero no puedo. Le prometí a Charles que comeríamos juntos en Salisbury. Pero queda pendiente para otro día.

George dejó la flor de su oreja en la hierba y se levantó.

—Creo que debería llevarse esto —propuso Alice, que recogió su flor y se la dio—. Ahora es suya.

—¿Una flor para mí? Es la primera vez que me regalan flores —respondió divertido mientras apoyaba una mano en el pecho y cogía la flor de entre sus dedos—. Gracias por el presente, *milady*. —Con una reverencia le sujetó la mano y se la besó.

Alice se tensó al sentir el contacto de sus labios y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Nos veremos en breve en el festival —aseguró George risueño.

—Sí… —murmuró ella.

El capitán se despidió alargando la mano donde llevaba la flor y se alejó camino arriba.

Alice se quedó mirando cómo se marchaba y luego se acarició la mano que él había besado. Se sentó de nuevo en la hierba, cerró los ojos y se obligó a relajarse.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 46
Inseguridades y miedos

Mary estaba completamente entusiasmada con la obra que estaban organizando en la escuela. Según les había contado, estaba basada en un cuento popular sobre un granjero que, acompañado de un lobo y una garza, se marchaba para buscar al espíritu del bosque y conseguir un cuenco mágico que le concediera buenas cosechas durante años.

Mary era la garza y cada día, sin fallar uno, les recitaba tanto el fragmento que iba a interpretar ella como los del resto de sus compañeros. Se sabía la obra de memoria, de principio a fin.

Era tal la pasión que desprendía con aquella actividad que ni Charles ni George recordaban haberla visto nunca tan entregada con alguna tarea de la escuela de Londres.

Una de las noches, en mitad de la cena, la niña hizo una declaración que los dejó pasmados.

—He decidido que de mayor seré actriz —dijo con un movimiento de barbilla en una pose orgullosa.

Charles la miró atónito, a la vez que George se atragantaba con una uva al no poder evitar reírse ante la ocurrencia de la pequeña.

—Por supuesto que no —sentenció su padre—. Nadie de la familia se dedicará al mundo del espectáculo si puedo evitarlo, y mucho menos mi hija.

—¿Por qué no?

—Porque no es un mundo bueno.

—Hombre…, bueno sí que es —intervino George, que apretaba los labios para no volver a reírse.

—George, no me ayudas —indicó fulminándole con la mirada.

—Pero, papá, la señorita Kate dice que podemos ser cualquier cosa…

—La señorita Miller es tu profesora, no es tu madre para darte semejantes consejos —la interrumpió—. Y no hay más que discutir, eso no

pasará nunca, Mary, ve quitándote esa ridícula idea de la cabeza. Una cosa es hacer una obra de teatro en el colegio y otra muy distinta dedicarte a ello de mayor. ¡Ni hablar!

—Pero papá…

—He dicho que no —impuso con firmeza.

Mary se levantó de golpe, salió corriendo del comedor y subió las escaleras hasta su habitación.

George la siguió con la mirada y sintió lástima por la pequeña. No había necesidad de ser tan tajante con la niña, solo era un entretenimiento.

Charles soltó un suspiro mientras apoyaba la frente sobre la mano.

—Es lo último que necesitaba ahora.

—Relájate, no le des más importancia, solo tiene ocho años. Seguro que es una niñería, no seas tan duro —indicó George a la vez que cogía otra fruta—. Se le ha ocurrido al hacer la obra en el colegio, pero se le pasará.

—No deberían meterle ideas raras en la cabeza: «Puedes ser lo que quieras ser». El mundo, por desgracia, no funciona así, y cuanto antes lo aprenda mejor.

—Kate lo hace con la mejor intención. No te molestes con ella —señaló George de manera despreocupada.

Charles lo miró y su amigo le respondió metiéndose otro trozo de fruta en la boca.

—Claro, tranquilo, no voy a enfadarme con tu Kate —dijo sarcástico—. Mira, sé que la señorita Miller es tu entretenimiento de ahora y no me pienso ni molestar en volverte a decir cómo deberías comportarte con ella, pero con respecto a mi hija déjame que haga yo solo el trabajo.

—Sí, porque sabes perfectamente cómo hacerlo —replicó George en el mismo tono irónico.

—¿Estás insinuando que no lo hago bien?

—Estoy afirmando que no lo haces bien.

Ante aquella respuesta, Charles dejó la servilleta con un golpe encima de la mesa con una mirada desafiante.

—Ni lo intentes, George. Es mi hija.

—Sí, lo sé, y tal vez deberías dejarla vivir un poco.

—Esta conversación ha terminado —sentenció levantándose.

—Tú has decidido no vivir, ¡de acuerdo, Charles! Pero no le cortes las alas a tu hija de ocho años porque tú hayas tomado esa decisión y estés muerto de miedo.

—¿Cómo dices?

—Tienes miedo a volver a sentir —dijo mientras lo miraba fijamente—, y tienes tanto miedo a sufrir y de que ella sufra que no te permites vivir tú ni tampoco la dejas vivir a ella —afirmó con un tono elevado—. Pero hay una vida ahí fuera, Charles, esperándote a ti y esperándola a ella, y como has decidido negártela a ti, quieres negársela también a Mary. —Bajó la cabeza un instante antes de mirarlo de nuevo—. Elizabeth no querría esto.

Al escuchar su nombre, Charles se tensó y apretó el puño.

—No nombres a Elizabeth en esto.

—Pero piénsalo, Charles. Por favor, piénsalo, ¿ella qué haría con Mary? ¿Cómo la trataría? Acuérdate cómo era, su alegría y sus ganas de vivir. Sé que es duro recordarla, pero es necesario cuando te sientas perdido o…

—¡Cállate!

George se frenó, sabía cuándo Charles estaba llegando al límite, lo conocía demasiado y aquel momento era el idóneo para terminar la conversación y dejar que sus palabras hicieran un poco de mella durante la noche. Así que, con un leve movimiento de cabeza, se despidió y se marchó a su habitación.

Subió las escaleras hasta el primer piso con la esperanza de que recapacitara durante aquellas horas sobre lo que le había dicho. Esperaba que lo reconsiderara ya no solo por Mary, sino por él mismo. Debía darse cuenta de lo que podía perder si no cambiaba su manera de pensar y de actuar. Kate no le esperaría eternamente, era una mujer hermosa e inteligente, y si no empezaba a luchar por ella en serio, se arriesgaba a que acabase eligiendo a otro hombre. Y aquello sería una desgracia. Era la primera vez en tres años que Charles sentía algo por alguien y la posibilidad de que pudiera renunciar a lo que sentía por ella hacía que le hirviera la sangre. No podía permitir que aquello sucediera y más sabiendo que ella le correspondía sin ninguna duda.

Entró en la habitación con una desagradable sensación de impotencia. No sabía qué más hacer. Era frustrante ver a Charles enamorado y, sin embargo, no conseguir hacer nada al respecto para que avanzara la situación.

Se masajeó las sienes con los dedos, pensando alguna otra estrategia. Debía ocurrírsele algo pronto.

Se concedió unos minutos para recapacitar con calma, caminó por la habitación y se ayudó del relajante balanceo de los pies para enumerar sus

opciones.

Apoyó la espalda en la cómoda de madera pulida e imaginó posibles escenarios donde él pudiera actuar para ayudarlo.

Se mantuvo allí quieto varios minutos, hasta que sus ojos recayeron en la flor que Alice le había regalado hacía unos días. La señora Pearson le había explicado cómo secarla y, aunque ahora ya no tenía perfume, había conseguido mantener su color azul intenso.

Recordó su dulce sonrisa y su suave tono de voz al hablar.

Habían quedado que se volverían a ver en el festival y ya faltaban muy pocos días.

El festival…

De golpe, se puso a pensar en aquellas fiestas: bailes, música, diversión… Ahí tendría otra ocasión para ver a Charles junto a Kate, fijarse en cómo se trataban y, tal vez, si fuera necesario, plantearse alguna maniobra para forzar la situación. Si algo sabía, después de tantas temporadas en Londres, es que no había nada que un buen baile no pudiera solucionar.



La siguiente semana pasó sin más contratiempos hasta que uno de los días Charles llegó a casa pasadas las diez de la noche. Fue directo al salón, ignoró a George, que estaba sentado en una butaca, y se sirvió una copa.

El joven se percató de que estaba sofocado y de que bebía largos tragos a una velocidad nada recomendable.

—¿Has cenado?

—Todavía no.

—Pues deberías cenar algo antes de beber de esa manera. Eso es lo que siempre me has dicho tú.

—Sí, ahora cenaré —dijo y tomó asiento.

Charles se secó el sudor de la frente ante la atenta mirada de su amigo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí…, estoy bien, un día intenso.

—¿Ha pasado algo? ¿Algún problema de trabajo?

—No…, el trabajo va bien.

—Entonces, ¿qué pasa, Charles?

—No pasa nada, todo bien —dijo serio.

George cruzó una de las piernas sobre la otra y se acomodó en la butaca sin dejar de mirarlo. ¿De dónde podía venir a aquellas horas y tan afectado? Estaba nervioso, inquieto, acalorado… A lo mejor venía de ver a Kate. Si fuera así, sería demasiado perfecto.

El tictac del reloj le hizo alzar la vista hacia la pared para comprobar lo tarde que era. Observó cómo avanzaba la manecilla del reloj y cayó en la cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo. Ya llevaba un mes en Downton. Aquellas últimas semanas habían transcurrido como una exhalación, era veinte de junio.

Veinte de junio… ¿De qué le sonaba aquella fecha?

Abrió la boca sorprendido: era el cumpleaños de Kate. Se enderezó en su asiento. Alice se lo había dicho el día que se vieron, hoy era su cumpleaños.

Se giró hacia Charles, que seguía dando pequeños sorbos a su copa. ¿Y si había ido a verla? ¿Y si había pasado algo entre ellos? Una corriente nerviosa le hizo estremecerse por la emoción, pero antes de sacar conclusiones, tenía que confirmar algo. Se levantó de la butaca como un resorte, y sin decir nada salió del salón y atravesó el pasillo hasta llegar a su despacho. Entró y fue directo al escritorio. Abrió el cajón y… vacío. No estaba el libro. Lo buscó en las estanterías por si lo hubiera guardado allí, pero nada.

El libro no estaba.

El libro no estaba y era el cumpleaños de Kate.

Era el cumpleaños de Kate y Charles había llegado sofocado y nervioso.

Se dejó caer en la silla de cuero con una expresión cargada de satisfacción. Habían tenido un encuentro, estaba convencido. Pero ¿cómo habría ido?

La curiosidad lo mataba por dentro. Lo que hubiera dado por poder preguntarle directamente. Aquello de mantenerse al margen no iba con él, necesitaba saberlo.

Volvió al salón. Charles se mantenía en la misma posición; no se había movido ni un centímetro, incluso era posible que ni se hubiera percatado de que él había abandonado la sala.

—Cuéntame, ¿cómo ha ido el día? ¿De dónde has venido tan tarde? —preguntó George en un intento de mantener la calma, aunque sus palabras salían atropelladamente.

—He tenido que atender un asunto.

—¿Un asunto importante?

Charles dudó un momento.

—Sí, un asunto importante.

—¿Y lo has solucionado bien?

—Creo que sí… No lo sé… Ni siquiera sé si debería haberlo hecho así.

—¿Así cómo?

—Tal vez no debería haberme involucrado tanto.

George vio que su semblante cambiaba y que negaba con la cabeza.

—Bueno, si te has involucrado es porque era importante —sostuvo George—. Y si has creído que debías hacer lo que has hecho, pues… bien hecho está.

Se escuchó decir aquella última frase y ahogó un bufido. Qué conversación más ridícula al no poder expresar claramente las cosas.

—O tal vez no está bien hecho —añadió Charles—. Tal vez debería alejarme un poco…

—¡No! —exclamó George.

Charles lo miró sorprendido.

—Quiero decir, que si es importante para ti —continuó el joven—, no deberías renunciar ni alejarte.

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es. Es sencillísimo —espetó George impaciente—. Te has de mantener ahí, cerca, dando lo mejor de ti y ya se verá qué pasa.

Charles se recostó en el apoyabrazos del sofá y lo miró extrañado.

—George, ni siquiera sabes de qué estoy hablando, no entiendo tus consejos.

—Es cierto, no lo sé. Y lo mejor sería que me lo contases todo para poder ayudarte —solicitó con una mínima esperanza de que le hiciera caso.

Charles desvió la mirada.

—No hay nada que contar…, nunca habrá nada que contar —susurró a la vez que se levantaba—. Será mejor que me acueste, estoy cansado.

—Charles, ¡vamos!, habla conmigo —le pidió George con un tono que era casi suplicante.

—Dile a la señora Pearson que no cenaré hoy —le indicó, ignorando su ruego.

Y salió del salón sin añadir nada más.

George se levantó, agarró un cojín y lo lanzó con rabia aterrizando en la otra punta de la sala.

—¡Maldita sea! Qué difícil me lo estás poniendo —exclamó furioso—. Se acabó, si tú no quieres reaccionar, lo seguiré haciendo a mi manera. Tú te lo has buscado.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 47
Festival de… celos

Empezaba el Festival de Primavera, o lo que era lo mismo, su última oportunidad.

Estaba dispuesto a aprovechar aquellos días y a hacer lo que fuera necesario para que Charles reaccionase de una vez. Después del festival debía marcharse rápidamente a Brighton con el regimiento, así que estos tres días suponían el tiempo que le quedaba para ayudarlo a asumir lo que estaba pasando.

Se arregló y bajó a desayunar, pero Charles no apareció por el comedor y, cuando el reloj marcó las nueve, subió hasta su habitación.

—¡Vamos, Charles, son más de las nueve! —gritó George aporreando su puerta.

Escuchó pasos al otro lado y al final Forster se asomó con el rostro demacrado. Seguro que no había dormido nada.

—¿Qué pasa? —preguntó sin una pizca de humor.

—¿Cómo que qué pasa? Tenemos que bajar al pueblo y ni siquiera te has vestido ni has desayunado. ¿A qué esperas? —solicitó George impaciente —. Hoy empiezan las fiestas. Llevamos semanas esperándolas.

El rostro de Charles se contrajo en una mueca de sorpresa.

—¿El festival? ¿Empieza hoy?

—¡Claro que empieza hoy! No sabes ni en qué día estamos. Además, tienes mala cara, ¿no has dormido bien?

Charles volvió a entrar en su cuarto y George le siguió. Se quedó mirando cómo arrastraba los pies. Definitivamente, había pasado mala noche, a lo mejor pensando en el encuentro del día anterior con Kate. Fuera como fuese, él no iba a dejar pasar la oportunidad en los días que le quedaban.

—Le prometiste a Mary que iríamos, así que nada de excusas. ¡Vístete y bajamos! —ordenó mientras le abría el armario—. A no ser que quieras ir

en batín —dijo con sorna.

Charles se acercó al armario y sacó la ropa impolutamente doblada.

—Estoy deseando disfrutar de estos días —continuó George—. Y la compañía no podrá ser mejor —dijo con un exagerado suspiro para provocarlo.

Con aquel comentario, Charles se quedó rígido de espaldas a él. No se movió, pero George se percató de cómo los músculos de sus antebrazos se tensaban.

—Intenta comportarte como un caballero, si no es mucho pedir —le exigió Charles a la vez que se giraba hacia él.

—Yo siempre soy un caballero, Charles —respondió con una pícara sonrisa.

—Te lo digo en serio, no montes ningún espectáculo ni bebas más de la cuenta, que nos conocemos cuando te excedes.

George sonrió sin contestar alzando ambas cejas, atento al efecto que causaba su provocación en él; Charles resopló.

—Es imposible hablar en serio contigo —soltó Forster mientras se quitaba la camisola y empezaba a vestirse.



La música fue lo primero que escucharon cuando se aproximaron al centro del pueblo. Desmontaron de los caballos, los dejaron a buen recaudo y continuaron el camino a pie.

—¡Qué bien huele! —exclamó Mary—. Papá, ¿me compras unos bollos?

—Claro, voy a buscarlos. Ahora vuelvo.

George cogió a Mary de la mano, se la llevó hasta un músico que tocaba un violín y comenzó a bailar con ella.

Cuando ya llevaban varias vueltas alrededor del violinista, una voz les llamó:

—¡Capitán!

George se volvió y vio a Rebecca Stone, o Becky, como la llamaban sus amigos, que lo saludaba con efusividad con la mano. Iba acompañada de su marido Robert, de Kate y de Alice.

Observó sin ningún disimulo a las dos hermanas Miller. Estaban preciosas con unos vestidos de manga corta, el de Kate de un suave tono anaranjado y el de Alice, azul claro con unas diminutas florecitas blancas.

Kate le saludó de manera espontánea y Alice, aunque sonreía de manera más tranquila, se mantuvo en segundo plano.

Eran encantadoras, y sabía que iba a disfrutar de aquellas fiestas en su compañía. Se prometió que bailaría con las dos en algún momento.

—¿Han venido solos? —preguntó Becky rompiendo los pensamientos de George—. ¿Dónde está nuestro querido señor Forster?

—Ha ido a comprar unos dulces para Mary, llegará enseguida.

Al momento, Charles apareció, saludó de manera cortés, pero con un tono extremadamente frío e ignorando la preciosa sonrisa que Kate le dedicaba. Cogió la mano de Mary y se giró en dirección a la fiesta.

«¿Qué ha sido esto?», recapacitó George al ver alarmado su reacción mientras se alejaba.

Miró a Kate, que no pudo disimular su sorpresa por aquel recibimiento tan distante, y lo maldijo mentalmente por aquella inexplicable actitud.

Pasearon por varias calles y bailaron en cada rincón donde encontraban un músico, incluido un tradicional baile llamado «Morris Dance» con el que Kate, Alice y Becky se acompañaron de unos palos, lo que fascinó a todos.

La actitud de Charles seguía alterando a George, que observaba cómo evitaba a Kate o cortaba la conversación de manera tajante si ella se acercaba. Sintió deseos de agarrarlo por la pechera de la chaqueta y zarandearlo varios minutos. En lugar de eso, decidió tomar cartas en el asunto. Escuchó una música que reconoció y sujetó de la mano a Kate.

—Baile conmigo —le demandó George estirándola del brazo hasta el músico.

La sujetó por la cintura y, siguiendo el ritmo de la música, se acercaba o se alejaba de ella, fijándose de reojo en que Charles los observaba sin perder detalle.

«¡En serio, Charles! ¿Esto es lo que quieres ver?», murmuraba George para sí.

Se acercó más a Kate y le susurró algo al oído, lo que provocó que la joven empezara a reír y que Charles apartara la mirada y se alejara con Mary al otro extremo de la plaza.

«¿Te duele ver esto? ¡Pues haz algo, maldita sea!», renegó George para sus adentros.

Acabaron el baile y buscaron a Charles. Lo encontraron con Mary delante de un titiritero. La subía en brazos a ella y a varios niños que querían ver la función; estaba compartiendo risas con los pequeños que

gritaban a su alrededor. Kate lo observó con una sonrisa tan dulce que la frustración de George aumentó al comprobar que su amigo no era capaz de luchar por una mujer que lo miraba con aquella devoción.

Aquel primer día terminaron agotados de los bailes y de corretear detrás de Mary durante horas. Finalmente, se sentaron en unos bancos para descansar y comentar aquella primera jornada.

Charles se mantenía con la misma actitud distante que había tenido durante el día y aquello hizo que la paciencia de George se agotase por completo. Fue a buscar varias cervezas para relajar su carácter, ya abierto de por sí, lo que propició que se explayara en galanterías y piropos que divirtieron a las damas, aunque no tanto a Charles y Robert, que le dedicaron miradas cargadas de hastío.

Notaba cómo el alcohol le desinhibía y se aprovechó de ello.

—¿Podría estar rodeado de damas más hermosas? —indicó de manera teatral—. Debo de ser el hombre más afortunado del mundo —afirmó con un sugerente tono y besó las manos de las tres jóvenes, lo que provocó que las muchachas empezaran a reír.

En un momento dado, obligó a levantarse a Kate para que bailara de nuevo con él. Ella se resistió al darse cuenta de que el estado del capitán no era el más recomendable. Pero George insistió, la sujetó por la cintura y se acercó más a ella de manera insinuante. Aprovechó aquel momento para mirar de soslayo a Charles, que no les quitaba ojo.

Este, por su parte, observaba cómo Kate intentaba apartar las manos de George sin éxito, y aquello ya hizo que todo el aguante que había acumulado durante el día se desvaneciera.

—Vamos, baile conmigo —insistió George de manera juguetona.

—Será mejor que no —respondió Kate en un intento de separarse, pero sin lograrlo.

—¿No la has oído, George? —intervino Charles, que se levantó tirante —. ¿Por qué no te sientas un rato y descansas?

El capitán se giró hacia él y le sonrió. Por fin una reacción. Soltó a Kate y se acercó a Charles.

—No te enfades, no estaba haciendo nada malo —dijo con tono altivo, fortalecido por la abundante cantidad de alcohol que había bebido—. Pero… ya sé qué pasa…

—Lo único que pasa aquí es que estás borracho y es hora de irse.

—No, lo que pasa es que quieres bailar tú con ella, ¿me equivoco? Baila con ella, Charles, ¡vamos! —exclamó riendo mientras los señalaba a ambos —. Estoy seguro de que lo estás deseando.

Los ojos de Charles se encendieron al escucharle, a la vez que un silencio sepulcral se instalaba entre ellos. Kate se mantenía de pie, rígida, observándolos a ambos sin atreverse a moverse. Y George apreció satisfecho cómo su amigo le desafiaba con la mirada, y suplicó que hiciera o dijera algo más, lo que fuera.

Charles se acercó a él despacio, lo agarró fuerte del brazo y se aproximó a su oído.

—No voy a permitir que montes un espectáculo delante de mi hija, ¿me oyes? —le susurró en voz baja pero amenazante.

George estuvo tentado de contestarle, pero se reprimió y solo asintió con la cabeza.

—Nosotros nos marchamos ya —afirmó Charles con un movimiento que obligó a George a moverse. Después llamó a Mary para que se despidiera.

—¿Necesitan ayuda? —se ofreció Kate.

—No, va a subirse a su caballo y va a llegar a casa solo. Ya que es tan hombre para beber, lo será igual para cabalgar. Buenas noches, señorita Miller, y… disculpe —dijo bajando la mirada, incómodo.

George no supo cómo había conseguido subirse al caballo, pero el caso es que estaba montado, y el trote del animal solo hizo que se marease más y que las ganas de vomitar aumentasen.

Charles avanzaba delante suyo, manteniendo la distancia con su caballo y sin dirigirle la palabra en todo lo que duró el trayecto.

Llegaron a casa y George bajó a trompicones del caballo. Se cayó al suelo y se arrastró de manera lastimera hasta que consiguió levantarse sujetándose en la fachada. Sin saber cómo, se mantuvo en pie mientras Charles pasaba por su lado sin detenerse, ignorándolo por completo, y entrando en casa sin decirle palabra.

George atravesó la entrada y se apoyó en la pared, totalmente mareado.

La señora Pearson salió al encuentro de ambos y observó su lamentable estado; dejó escapar un potente suspiro de desagrado.

—Le voy a preparar un té, le irá bien —dijo el ama de llaves.

—No…, un té no, por favor —suplicó George, que notaba unas potentes arcadas.

—Se va a tomar un té. No era una pregunta ni una opción. Se lo va a tomar quiera o no —indicó y se dirigió hacia la cocina.

George consiguió llegar a una butaca y echó la cabeza hacia atrás para evitar vomitar encima de la cara alfombra del salón. La señora Pearson llegó con la humeante bebida y solo el olor hizo que George se encogiera del asco.

—¿Quiere que vomite encima del sofá y la alfombra? Porque eso es lo que pasará si bebo esa cosa —soltó George.

—Ya se encargará de no vomitar porque le aseguro que lo limpiará usted —le amenazó.

George abrió los ojos solo un poco para mirarla.

—Es usted despiadada, ¿lo sabe? Estoy al borde de la muerte.

La señora Pearson ahogó una risilla.

—No sea tan dramático. Si usted está al borde de la muerte, yo tengo veinte años. No sea crío y bébase la infusión. No me obligue a forzarlo.

—Qué poca compasión demuestra.

—Ninguna —respondió sin más, de pie delante de él.

Aquella mujer era incluso más rígida que el coronel Graham. Por un momento pensó que harían buena pareja.

Dio un sorbo al té y sintió una repulsión tan horrible que tuvo que apretar la boca y obligarse a tragar.

—¡No puedo tomarme esto! —imploró y aspiró profundamente para no vomitar—. Solo quiero irme a dormir —suplicó y dejó la bebida encima de la mesita—. No es la primera vez que me emborracho, sé perfectamente qué debo hacer, y es dormir, no tomarme este mejunje.

—Haga lo que quiera, no soy su madre —señaló el ama de llaves a la vez que recogía la taza—. Que pase buena noche, lo necesitará —indicó con un ligero retintín.

Vio que la señora Pearson abandonaba el salón sin un atisbo de compasión. Pero aquel era el menor de sus problemas. Estaba tan mareado que no conseguía enfocar bien la puerta y se veía incapaz de subir las escaleras sin desplomarse de cara sobre los peldaños. Pero debía intentarlo; debía subir y llegar a su habitación con un mínimo de dignidad. Ahora ya era lo único que le quedaba.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 48
Una obra, un baile y consecuencias

A la mañana siguiente, el insoportable dolor de cabeza le hizo recordar los motivos por los que había dejado de beber de aquella manera. Hacía mucho tiempo que no bebía tanto. Las cervezas de la tarde, unidas al vino de la comida, habían provocado una desastrosa combinación que le estaba pasando factura. Había conseguido dormirse después de un largo rato luchando contra el mareo y, aunque ahora ya no sentía náuseas, notaba que la cabeza le iba a explotar de un momento a otro.

Pero lo peor no era el malestar, sino que debería enfrentarse a las consecuencias del penoso comportamiento que había tenido el día anterior. Era cierto que ya estaba muy bebido cuando inició el juego, pero lo había hecho con una idea clara que al final no sirvió de nada. No consiguió que Charles reaccionase con la vehemencia que esperaba. Sí que se había levantado para defenderla, pero de una manera mucho más templada de lo que esperaba, así que al final no logró su objetivo, y ahora debía enfrentarse a Charles y pedir disculpas a Kate.

Menudo desastre de estrategia. No había logrado lo que pretendía y al final era él el perjudicado. Lo mejor era afrontar las consecuencias cuanto antes y quitarse ese peso de encima.

Bajó las escaleras y el olor a comida hizo que se le revolviera el estómago. Respiró y entró en el comedor con la expresión más serena que podía ofrecer. Cuando entró, Charles ya estaba sentado y le dedicó una mirada tan fría que supo al instante que aquello no iba a resultar fácil. Vio que se levantaba y pasaba por su lado sin pararse.

—¡Charles! —le llamó, pero este lo ignoró—. Charles, lo siento.

Su amigo se giró hacia él apretando los dientes.

—No me mires, así. Bebí un poco más de la cuenta, pero fue solo una broma —se escudó George.

—Para ti todo es una broma, ese es el problema —replicó con el rostro tenso.

—Vamos, ni siquiera Kate se molestó, vio que solo era un juego.

Charles lo miró haciendo un gran esfuerzo por controlarse.

—No hagas que hable de ella y de tu comportamiento, no me obligues a hablar de ello, George, porque la conversación puede acabar peor —dijo señalándole.

—De acuerdo, no tuve la mejor conducta al final, lo reconozco, pero le pediré disculpas a Kate en cuanto la vea.

—Podrías hacer otra cosa y dejarla en paz, para variar —soltó Charles en un tono mucho más elevado.

George sonrió. Vaya…, un ataque directo. La mañana se ponía interesante. Esto merecía una buena respuesta.

—Si ella quiere, la dejaré en paz, pero mientras mi compañía no la incomode no pienso alejarme.

—Tal vez ella es demasiado educada para decirte la verdad.

—O tal vez a quien le molesta esa cercanía no es a ella —respondió George cambiando el semblante por uno más serio. Ya empezaba a estar cansado de hablar de manera indirecta. Tal vez lo que realmente necesitaba era un buen golpe de realidad que le hiciera recapacitar de una maldita vez.

Charles sonrió de manera irónica.

—No me apetece discutir contigo, es demasiado pronto.

—¿Discutir o hablar con sinceridad? ¿Cuál de las dos cosas no te apetece hacer? —inquirió en tono apremiante.

—No me provoques, George, no voy a entrar en tu juego, sea el que sea.

—Claro, Charles, mantente en tu sitio, estás muy protegido ahí dentro.

—No sé de qué estás hablando.

—¡Lo sabes perfectamente! —exclamó George acercándose a él.

Se miraron unos segundos en silencio, frente a frente, a pocos centímetros de distancia y evaluando cada uno la expresión del otro.

«Por Dios, Charles, reacciona de una vez», pensó George con el rostro endurecido.

Mary entró de repente en el salón mientras daba gritos de alegría e interrumpió la conversación.

—¡Hoy es la obra!

Los dos se separaron y Charles se agachó hacia Mary para darle ánimos.

George tomó un vaso de agua, esperaba que un largo sorbo lo despejara.

Observó a Charles cómo hablaba con Mary y la abrazaba, y se arrepintió del tono que había empleado con él. Todo aquel embrollo había sido culpa suya. Aunque fuera por una causa noble, la conclusión es que había sido un desastre y no era justo que encima machacara más a Charles.

Antes de salir, le retuvo un momento para pedirle disculpas.

—¡Charles!

—No tengo tiempo para más numeritos.

—Perdóname, por favor. No tenía que haberte hablado así. Lo lamento. —Juntó las manos a modo de súplica—. Odio enfadarme contigo.

Charles vaciló un instante antes de contestar.

—Compórtate como debes o no respondo —le exigió.

—Te lo prometo.



Cuando Charles y George llegaron a la explanada donde estaba el escenario de la obra, comprobaron el despliegue de gente que se afanaba por ayudar a terminar los últimos detalles. Los dos se ofrecieron a llevar unas maderas para rematar unos escalones mientras los niños correteaban a su alrededor entusiasmados con sus disfraces. George aprovechó para buscar con la mirada a Kate, con la esperanza de poder disculparse.

Vio a Alice en uno de los laterales del escenario y se acercó a ella. Sonrió divertido viendo que ayudaba a un niño a ponerse un sombrero y que este le daba un beso en la mejilla y le decía que era muy guapa.

—Le ha salido un admirador —señaló George, que apoyó un hombro en una de las maderas.

Alice se giró sobresaltada al escuchar su voz y se levantó del suelo con una espontánea sonrisa.

—Me casaré con la señorita Alice cuando sea mayor —afirmó el niño.

—¿En serio? —preguntó George con simpatía—. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo diez, pero pronto cumpliré once.

—¡Casi once años! Eres todo un hombre. Estoy seguro de que la señorita Alice será muy feliz contigo.

Ella lo miró de reojo, divertida.

—No lo dude, lo seré —apuntó la joven con dulzura mientras le ajustaba más el sombrero al niño—. Billy Joe es el niño más bueno que existe.

El pequeño abrió la boca, satisfecho, enseñando un hueco entre los dientes que le daba un aspecto más entrañable. Le dio otro beso en la mejilla a Alice y se marchó corriendo para mostrar el disfraz a sus padres.

—No debería romperle el corazón al pequeño —dijo George.

—¿Y quién dice que se lo vaya a romper? Me casaré con él, ya estamos comprometidos —contestó Alice con una risita.

—No me diga eso, me romperá el corazón a mí —replicó él a la vez que ponía su mano en el pecho.

Alice dejó de reír, lo contempló rígida durante unos segundos y se giró de espaldas, nerviosa. Se agachó y empezó a recoger atropelladamente los restos de tela.

—¿Quiere que la ayude?

—No se preocupe, puedo sola —respondió ella sin dejar que le viera el rostro sofocado.

—¿Sabe dónde está Kate?

Aquella pregunta la hizo detenerse. Buscaba a Kate, claro… por supuesto…, por eso se había acercado a ella.

—Creo que está en el otro lado del escenario —respondió en voz baja.

—¿Y sabe si está enfadada por lo de ayer?

—No lo creo, a Kate no le duran los enfados. Seguro que estará bien.

—Gracias, Alice, voy a hablar con ella. —Le dio un toque en el hombro y se alejó de allí.

Alice se arrodilló en la hierba notando cómo se desmoronaba al instante aquel segundo de ilusión.

George encontró a Kate haciéndole una trenza a una niña. Se sentó a su lado y se disculpó por lo sucedido la tarde anterior.

—No se preocupe, lo mejor será olvidarlo —indicó ella.

—No volverá a suceder, se lo aseguro.

—Más le vale —replicó entornando los ojos, aunque suavizó enseguida la expresión.

En aquel momento, Charles atravesaba el campo cargado con una madera y se detuvo al verlos juntos.

George le saludó con la mano y Kate se levantó con rapidez en un intento de apartarse del capitán y saludarlo con un ademán de la cabeza.

George observó aquel gesto y cómo miraba a Charles, sabiendo que tenía la irresistible necesidad de captar su atención. Sintió lástima por ambos. Por

Charles, al ser incapaz de abrazar aquel sentimiento, y por Kate, porque no recibía lo que su corazón esperaba.

Y él, en medio, dándose cuenta de cada detalle y sin conseguir nada al respecto.

La hora de la representación llegó. Los niños, emocionados y nerviosos, ofrecieron todo un recital que apasionó a los padres y vecinos del pueblo. Mary no podía estar más feliz, agitaba sus brazos sobre el escenario para que todos la vieran y correteó con su disfraz de garza de un lado a otro.

Se escucharon vítores y aplausos al final y, mientras todos los padres felicitaban a Kate por la preciosa obra, Alice y Becky se la llevaron a rastras para alejarla en dirección al pueblo.

—¿A dónde se la llevan? —preguntó extrañado George.

—Parece que Kate tiene una función esta noche —explicó Charles.

—¿Una función ella?

—Sí, eso me explicó la señora Stone un día que la encontré en Salisbury.

—¿Y qué va a hacer?

—No lo sé, no quiso contármelo. Pero es como un ritual, por pasar a la mayoría de edad, y debe ser secreto hasta el final.

—¡Cuánto misterio! Eso hace que tenga más ganas de verlo —exclamó George.

Y la espera mereció la pena.

Cuando el sol se ocultó, encendieron unas antorchas y unos tambores empezaron a resonar. Varias mujeres aparecieron y se colocaron en el perímetro de las antorchas.

En ese momento, apareció Kate y se hizo un silencio sepulcral. Iba vestida con un precioso vestido blanco, llevaba el pelo suelto adornado con unas flores e iba descalza. Sujetaba en sus manos unas cintas y, en cuanto la música de unas flautas se inició, empezó a moverlas en un baile rítmico que la hacía danzar de un lado al otro. Giraba sobre sí misma, lo que provocó que su pelo flotara en el aire y otorgara a todo el conjunto una mayor belleza.

George no pudo evitar soltar un silbido, después se giró hacia Charles con disimulo y comprobó que estaba tan rígido que habría jurado que se había olvidado de respirar.

—Dime que no es de lo más hermoso que has visto… —le provocó George.

Vio que no le contestaba y estuvo seguro de que ni siquiera le había oído.

El baile continuó con una sensualidad y un misticismo que hizo estremecer al capitán.

En un momento del baile, Kate se detuvo, miró en su dirección, y George captó que observaba a Charles. Se había detenido en el baile solo para mirarlo a él. Le estaba dedicando cada movimiento, cada mirada, cada gesto… solo a él.

Aquello era lo más erótico que había visto en los últimos meses entre un hombre y una mujer, y ellos ni siquiera iban a rozarse.

Cuando el baile terminó, Charles desapareció alejándose hacia un lugar menos concurrido. George lo dejó solo, sabía que necesitaba relajarse, recuperarse de la impresión y el acaloramiento. Le parecía increíble el dominio que conseguía tener.

Empezó a reír al pensar que él, por muchísimo menos, ya habría terminado en la cama.

—¿De qué se ríe?

George se giró y descubrió a Alice a su lado. Titubeó ante la mirada inocente de ella y se sintió un depravado por tener esos pensamientos.

—Nada… nada importante —contestó desviando la vista—. Ha sido un espectáculo impresionante —indicó en un intento de cambiar de tema.

—Sí, ha sido precioso —contestó orgullosa.

—¿Y cuándo le tocará hacerlo a usted?

—¿A mí? Aún me quedan tres años para los veintiuno. Este año cumpliré los dieciocho —explicó.

—Seguro que será asombroso cuando lo haga —le murmuró George mientras se inclinaba hacia ella con una seductora sonrisa que hizo que Alice diera un paso atrás. Le resultaba imposible quedarse serena cuando la miraba así.

Al cabo de unos instantes apareció Kate, y Alice la recibió con un efusivo abrazo que casi la hizo caer de espaldas.

Charles volvió junto a ellos y George se dio cuenta de que estaba sudando; sonrió al saber la causa de aquel calor repentino.

Kate se acercó a él ilusionada.

—¿Qué le ha parecido? —le preguntó aún con el rostro encendido por el esfuerzo.

—Ha estado bien —respondió y carraspeó para aclararse la garganta.

La boca de George se abrió estupefacta ante aquella parca, fría y distante respuesta. ¿En serio? ¡Venga ya! ¿Se había alejado del grupo por el sofoco que había sentido al verla bailar y su única respuesta era esa? Se giró hacia Kate captando la decepción en su rostro y a punto estuvo de soltar un bramido.

—¿Solo bien? ¡Vamos, Charles, ha sido increíble! —exclamó George.

Aquello hizo reaccionar a su amigo, que la miró y, al comprobar su desengaño, suavizó su mirada.

—Lo ha hecho muy bien, nos ha sorprendido —añadió con una sutil sonrisa.

Esa simple frase hizo que Kate sonriera de una manera tan encantadora que Charles tuvo que tragar para aclararse la boca seca.

—Deberíamos marcharnos ya.

—¿Ya? Pero si aún es pronto… —protestó George.

—Quiero saber cómo está Mary.

—Mary está perfectamente en casa y nosotros debemos celebrar el éxito de esta noche —replicó George con entusiasmo.

—Mejor que tú no celebres nada, que nos conocemos —espetó Charles.

El capitán amplió la sonrisa, dio un paso atrás y se colocó al lado de Kate.

—Vete tú si quieres, Charles, ya me quedo yo celebrándolo —indicó con un guiño.

Charles ladeó el rostro, entrecerró los ojos y apretó la mandíbula, lo que hizo que George cambiara de opinión ante aquella fiera expresión y decidiera que era mejor marcharse.

Se despidieron de las dos jóvenes, que se quedaron de pie observándolos, y George soltó un largo y sonoro suspiro al alejarse de las dos preciosas hermanas Miller.

—Esto tendrás que compensármelo algún día —susurró para sí sin esconder su fastidio.

—¿Decías algo? —preguntó Charles con indiferencia.

—Pues sí, decía algo —soltó mientras caminaban—. A lo mejor a ti no te afecta dejar a dos preciosas jóvenes solas en una noche como esta, pero a mí sí. Me parece grotesco, maleducado y totalmente irracional. Es que me parece increíble que no nos hayamos quedado con ellas.

—Lo superarás… como siempre —soltó Charles, quien puso los ojos en blanco ante aquel dramatismo.

—Sí, yo tal vez lo supere… y tú, Charles, ¿lo superarás? —señaló con un tono mordaz que hizo que este se detuviera a mirarlo.

Se quedó un instante observándolo en silencio.

—Yo estoy perfectamente. El único que está renegando eres tú.

—¿Perfectamente? Sí…, estás perfectamente, se nota —replicó con ironía.

—No sé qué esperas de mí, pero estás muy equivocado.

George se acercó un paso hacia él y, sin dejar de mirarlo, señaló en la dirección de las dos jóvenes.

—Míralas un instante y dime que no te quedarías con ellas —le instó firme.

Charles no se movió ni se giró hacia ellas sabiendo que aún les observaban desde su posición.

—Solo quiero volver a casa —respondió con un tono de voz bajo y desvió la mirada—. Es lo único que quiero.

—Charles…

Pero él se giró, interrumpiéndolo, y retomó los pasos hacia el carruaje.

George apretó ambos puños y tensó los brazos viendo cómo se alejaba. Se pasó las manos por el pelo. Sabía que no solo no avanzaba con él, sino que retrocedía más y más cada vez que lo intentaba. Aquel sensual baile de Kate hubiera sido perfecto para un acercamiento, pero él no lo había aprovechado. Cada vez que surgía una oportunidad la ignoraba. Aquello ya era desesperante.

Avanzó hacia él machacando la hierba con las botas, producto de la misma rabia, y subió al carruaje sin añadir nada más.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 49
Una florecilla herida

—Hoy no bajaré al pueblo —anunció Charles durante el desayuno—. Tengo asuntos que resolver y estoy cansado. Id vosotros y disfrutad.

George no le discutió la decisión porque sabía que no conseguiría nada. Tenía claro que aquello era una excusa para evitar a Kate, así que, en lugar de intentar disuadirlo, le propuso un plan alternativo.

—¿Qué te parece si solo vamos por la noche? He oído que hay un baile al que acude todo el pueblo como cierre de fiesta.

—No me apetece —respondió.

—Escucha, Charles, en nada me marcharé a Brighton y seguramente estaré unos meses fuera. Quiero disfrutar contigo aquí lo que me quede. Por favor, vayamos esta noche y pasémoslo bien —le pidió con el semblante serio.

Charles se apoyó en el respaldo. George le miraba con una expresión tan lastimera que se sentía incapaz de decirle que no. Además, el hecho de que se fuera a Brighton le disgustaba, como siempre que se marchaba. Daba igual si discutían o si su comportamiento a veces le sacaba de quicio, seguía siendo George, lo quería así y siempre sería su hermano, pasase lo que pasase.

—De acuerdo, iremos esta noche, pero solo un rato.

George alzó los brazos, incrédulo; no pensaba que le convencería. Soltó una exclamación tan potente que el mayordomo que entraba en aquel momento por la puerta desparramó por el suelo la bandeja que llevaba.



El baile de aquella noche se llevaría a cabo en un antiguo almacén, muy amplio, que había sido reconvertido, arreglado y decorado para atender los

eventuales bailes que se organizaban allí y que permitía la agrupación de un número considerable de gente por su tamaño y su distribución rectangular.

Nada más entrar, George divisó a Kate, que estaba charlando con Alice y con Rebecca y Robert Stone. Tanto Kate como Alice estaban preciosas, y al verlas se prometió que bailaría por lo menos una vez con cada una de ellas.

Después de que el alcalde dijera unas palabras para inaugurar la fiesta, se inició el baile. Para desespero de George, en aquel momento Charles fue requerido por unos terratenientes, que se lo llevaron a una esquina para comentarle unos negocios. Vio que se alejaba del grupo y esperó que esa improvisada reunión fuera breve, porque, aunque estaba convencido de que no bailaría, al menos quería que estuviera cerca de Kate el mayor tiempo posible.

Cuando iba a solicitarle precisamente el primer baile, una jovencita, a la que no conocía, le pidió bailar. No pudo negarse y aceptó, mientras las dos hermanas Miller se quedaban a un lado aplaudiendo a las parejas que empezaban la danza.

En cuanto terminó con la joven, fue directo hacia Kate, a quien le sujetó de la mano y le pidió el siguiente baile. Ella se giró preocupada hacia Alice, no quería dejarla sola, pero esta insistió en que accediera. Tras esas primeras dudas, George consiguió arrastrarla hacia el centro de la pista.

—No quiero dejarla sola mucho rato, no se encontraba muy bien esta tarde —le comentó mirando a Alice a la vez que comenzaba a bailar con George.

—Luego la sacaré, también me apetece bailar con ella —respondió George con la intención de distraerla.

Mientras daban giros y reían con el baile, George vio que Charles se acercaba a Alice, se inclinaba para decirle algo y extendía su mano. Alice se la sujetó y, sorprendentemente, salieron a bailar para unirse al grupo.

¡Increíble!… Charles estaba bailando y, aunque hubiera preferido que lo hiciera con la hermana mayor, verlo disfrutar ya era un logro.

Kate los observaba sin poder disimular su asombro, pero al momento sonrió con dulzura al distinguir la expresión radiante de Alice.

El baile finalizó y, cuando se retiraban de la pista , Alice perdió el equilibrio y se desplomó en el suelo. Charles la sujetó con delicadeza a la vez que Kate corría hacia ellos. Se acercaron y comprobaron que la joven estaba desmayada.

George se quedó mirándola, inconsciente sobre el regazo de Charles, y al momento el sonido de la sala desapareció para él, todo quedó en silencio. Oía el eco de la voz de Kate llamar a su hermana; sin embargo, no podía apartar la vista de aquel cuerpo que parecía inerte en el suelo. Un miedo atroz le recorrió la columna, y la pesadilla de un recuerdo volvió a su mente.

—¡George, ve a buscar el coche ya! —le ordenó Charles.

Aquel grito le hizo volver de su ensoñación y salió corriendo del salón. Corrió tan rápido como sus piernas le permitieron, sintiendo latigazos en los músculos cada vez que extendía y encogía las piernas. Llegó hasta el carruaje, le dio órdenes al cochero y se acercaron hasta la puerta.

Volvió a entrar, empujando a todos los asistentes que se habían agolpado alrededor de Charles, y le gritó que ya estaba listo el coche. Charles levantó en brazos a Alice, salieron de la fiesta y la colocó con cuidado dentro del carruaje. Kate tomó asiento también en el coche y George se sentó delante con el cochero.

Cuando aún no habían salido del pueblo, una fina lluvia empezó a caer para convertirse casi al instante en una colosal tormenta. Los caballos avanzaban lo más rápido que podían. La lluvia iba embarrando el camino y les costaba más atravesar la tierra húmeda.

Llegaron a Manor Hall y sorprendieron al mayordomo de la entrada y a la señora Pearson, que vio con horror que Charles sacaba a Alice del carruaje y la subía en brazos por la escalera hasta una de las habitaciones.

La señora Pearson intentó reanimarla sin éxito; estaba ardiendo de fiebre y no conseguía despertarla. Al ver los infructuosos intentos del ama de llaves, Charles decidió marcharse en plena tormenta a buscar al doctor Clayton, el médico que atendió a Elizabeth cuando enfermó. Ahora vivía en Southampton, a unas veinticinco millas de allí. Salió sin pensarlo, montó su caballo y se fue con la intención de traerlo y que ayudara a la joven.

Kate se mantenía sentada en la cama junto a su hermana mientras le sujetaba la mano y le susurraba frases suplicantes llenas de ternura, pidiéndole que despertase.

George las miraba sentado en una silla, escrutaba el rostro pálido de Alice, que respiraba con dificultad. Sin darse cuenta, cruzó las manos sobre su regazo, como si rezase, a la vez que su rodilla se movía con un ritmo frenético. Al cabo de unos minutos, se levantó y comenzó a moverse por la habitación de un lado a otro.

—Capitán, puede irse abajo si quiere —dijo Kate secándose las lágrimas de las mejillas—. No es necesario que se quede aquí con nosotras. Yo cuidaré de Alice.

—No, prefiero quedarme si no la molesto.

—No me molesta, al contrario, le agradezco la compañía —respondió intentando sonreír sin lograrlo.

Se quedaron unos instantes en silencio hasta que Kate volvió a hablar.

—Es culpa mía —susurró y empezó a llorar de nuevo—. Esta mañana se ha despertado con fiebre y no debería haberle dejado ir al baile, pero tenía tanta ilusión que no he podido negarme, y debería haberlo hecho…

George se arrodilló junto a ella.

—No es culpa suya. No se atormente así. No es culpa de nadie.

—Sí que lo es, yo debería haberla cuidado —espetó y dejó caer el rostro sobre la sábana.

—Kate, tranquilícese, todo irá bien.

Ella no contestó y se secó las lágrimas sin dejar de mirar a su hermana.

—¿Quiere que le suba algo para comer o una bebida caliente? —le ofreció George.

Kate dudó, pero al final asintió.

—Gracias, sí, me apetecería un té.

—Perfecto, ahora mismo se lo subo —dijo de inmediato. Salió de la habitación y bajó de dos en dos los escalones.

Entró en la cocina sin encontrar a nadie y tomó un poco de agua. Al fondo descubrió el brasero donde se calentaba la comida. Fue hasta allí dispuesto a colocar la madera para encenderla.

—¿Se puede saber qué hace?

Se giró y vio a la señora Pearson de pie en la entrada.

—Quería calentar algo de agua. La señorita Miller quiere tomar un té.

—¿Y por qué no me ha avisado?

—No sabía dónde estaba, y el resto de los sirvientes están durmiendo.

—Estaba con la señorita Mary. Se ha despertado por el ruido y he conseguido que vuelva a dormirse.

—Tranquila, no se preocupe, vuelva con Mary, puedo hacerlo yo mismo.

—Usted no tiene que hacer estas cosas —dijo y lo apartó con cuidado—. Siéntese en ese taburete y espere a que yo lo prepare. Además, corremos el riesgo de que incendie toda la casa —le insinuó con una tierna sonrisa.

George le correspondió con el gesto.

—¿Cree que Alice se recuperará? —preguntó George.

—Eso espero; es muy joven, no debería pasarle nada, no sería justo.

—La vida a veces no es justa —susurró el capitán.

La señora Pearson lo miró y percibió la preocupación en su voz. Se acercó a él y le sujetó la mano.

—Se recuperará, ya lo verá. El señor traerá al doctor Clayton y todo saldrá bien.

George subió el té hasta la habitación y Kate lo aceptó, agradecida. El rostro de Alice no mostraba ninguna mejoría desde que la habían traído, seguía pálida, empapada en sudor y con la respiración entrecortada.

Las siguientes horas pasaron extremadamente lentas. Kate no se movió de su posición; o le agarraba la mano a su hermana o le limpiaba la frente y el rostro con paños húmedos.

La ventana crujió de repente y los sobresaltó, la tormenta no se mitigaba. Las gotas de lluvias impactaban contra el cristal y los relámpagos y los truenos mantenían su violenta batalla sin dar muestras de querer apaciguarse. Y en medio de ese caos, Charles aún no había vuelto. Estaba preocupado por él. Era cierto que era un jinete excepcional, el mejor que había visto, pero la zona no la conocía, era de noche y aquella condenada lluvia no cesaba.

Kate también se mostraba inquieta. Había preguntado varias veces si ya había regresado y George veía cómo sufría tanto por su hermana como por el temor de que le pudiese pasar algo a Charles.

Finalmente, Kate se quedó dormida, sin soltar ni por un instante la mano de su hermana. George la dejó descansar, había estado llorando gran parte de la noche y debía de estar agotada. Observó una vez más el rostro de Alice y recordó su encantadora risa y su dulce mirada.

—Por favor, que se recupere… Por favor… —murmuró con la mandíbula tensa por la fuerza.

Cuando el sol del amanecer empezó a despuntar, el sonido de la grava de la entrada lo alertó. Se asomó a una de las ventanas y reconoció a Charles, que desmontaba de su caballo. A su lado un carruaje se detenía también en la entrada. Volvió a entrar en la habitación de Alice.

—¡Ya están aquí! —avisó excitado.

Kate suspiró con alivio.

En breves instantes, el doctor Clayton entró en la habitación y pidió que todos salieran para poder examinar a la enferma con calma.

George vio, desde un rincón del pasillo, como Kate se acercaba a Charles para darle las gracias y como él la reconfortaba pasando los brazos por sus hombros. Aquel suave gesto era el máximo contacto que su amigo había tenido con una mujer en años y deseó poder desaparecer para darles intimidad.

A los pocos minutos, el doctor salió, rompiendo aquel instante de candor y explicó que, a pesar de que la joven estaba débil, lo peor había pasado. Le había suministrado unos compuestos para la fiebre y para aliviar los pulmones, y decidió quedarse para ver su evolución en las siguientes horas.

El día continuó su curso y el doctor fue inspeccionando a la enferma. Confirmó satisfecho que la fiebre había disminuido y a media tarde se marchó con la promesa de que volvería al día siguiente.

Las dos jornadas sucesivas fueron prácticamente idénticas al día anterior. El doctor venía a visitar a Alice y Kate se mantenía a su lado a todas horas. Solo hubo una tarde que la joven se marchó a casa para ir a buscar ropa de recambio.

George aprovechó aquel momento para visitar a Alice. Se acercó al lado de la cama y se sintió extraño al estar a solas con ella en la habitación. Aunque la fiebre iba remitiendo, todavía no había despertado. Le apartó el pelo de la frente, húmedo por el sudor, y cogió el paño de la mesita para secarle el rostro con cuidado. La miró un instante y se inclinó hacia ella, hasta casi rozar su oído.

—Alice —le susurró.

Solo mencionó su nombre, nada más, solo para que escuchara su voz y su reclamo de que volviera con ellos.



Al cuarto día, Alice por fin abrió los ojos, aunque fue solo un instante, pero la alegría de Kate se desbordó. El doctor se mostraba satisfecho por la evolución de la muchacha, pero había ordenado su reposo absoluto y el mantenimiento del tratamiento hasta que su rehabilitación fuera total.

Al día siguiente, el quinto desde que enfermó, ya se percibieron síntomas claros de su mejoría. El color de sus mejillas se fue recuperando y se mantenía más tiempo despierta.

George seguía de cerca aquel proceso comprobando con alivio cómo Alice iba recobrando poco a poco su ánimo.

Pero, además de Alice, había otro asunto que lo tenía inquieto. Había recibido una carta del coronel Graham en la que le decía, o más bien le ordenaba, que se presentase en Brighton con el regimiento de manera inmediata. Hacía ya dos días que había recibido aquel aviso y hacía cuatro que debería haberse marchado, pero la preocupación por Alice le había hecho alargar aquel permiso sin tener autorización; y, al parecer, al coronel Graham se le había agotado la paciencia.

Debía marcharse aunque le doliera irse en aquellas circunstancias, pero no podía demorar más su partida a riesgo de recibir una sanción. El hecho de ser capitán no le excluía de las represalias de Graham.

Tenía que informar a todos de la noticia de su marcha, pero antes quiso comprobar cómo se había despertado Alice. Fue hasta su habitación y se asomó aprovechando que la puerta estaba entreabierta. Con cuidado se acercó unos pasos a la cama. Vio que estaba dormida boca arriba, pero con el rostro un poco ladeado hacia la izquierda; el pelo suelto ocupaba prácticamente toda la almohada.

Decidió alejarse despacio para dejarla descansar.

—Capitán… —le llamó en un susurro.

George se giró y comprobó que tenía los ojos abiertos y una débil sonrisa despuntaba en su boca.

—No quería despertarla, disculpe.

—No se disculpe, me gusta su compañía.

Aquello hizo que soltara un suspiro y se acercara a ella. Verla así, tan desvalida y débil, y pensar en marcharse le provocaban un dolor agudo en el pecho.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó mientras cogía una silla y se sentaba a su lado.

—Mejor. En nada ya podré volver a pasear —respondió.

—Claro que sí. En pocos días estará como siempre y podrá volver a disfrutar.

—Estoy deseando salir y tomar aire fresco.

—Lo hará muy pronto, estoy convencido. Nos ha tenido muy preocupados estos días, pero es usted muy fuerte y dentro de nada se habrá sobrepuesto, ya lo verá.

—Eso espero… —murmuró, a la vez que se incorporaba—. Y cuando esté recuperada me tendrá que llevar a bailar. Me tiene que enseñar esos bailes tan elegantes de Londres —dijo con una risilla que le provocó tos.

George sonrió ante aquella perspectiva. Había querido bailar con ella en el festival y estaba decidido a no desaprovechar la próxima oportunidad.

—Yo la llevaré a bailar, pero antes prométame que se pondrá bien.

Alice asintió bajando la mirada.

—Me lo ha prometido, deberá cumplirlo —dijo y le sujetó la mano con delicadeza.

La joven sonrió y se ruborizó al sentir cómo se la estrechaba.

George percibió aquel sonrojo y acarició con suavidad su dorso con los dedos. No quería marcharse, pero debía hacerlo, y tener que decírselo le estaba costando más de lo que pensaba.

Vaciló un instante antes de continuar.

—Debo marcharme hoy mismo —dijo, lo que provocó que la expresión de ella se contrajera.

—¿Hoy?

—Sí, mi coronel me requiere de vuelta. Pero intentaré volver cuanto antes y, cuando lo haga, le enseñaré esos bailes y me deberá una de sus preciosas sonrisas —continuó y consiguió que la joven forzara una, pero sin poder esconder la pena que aquella marcha le provocaba.

—De acuerdo…, pero no tarde en volver, le estaremos esperando —respondió Alice en un tono bajito.

—Se lo prometo, volveré en cuanto pueda.

Alice asintió y se quedó mirando cómo se incorporaba y le soltaba la mano, añorando su contacto desde ese mismo instante.

—Descanse todo lo que pueda, yo estaré deseando ver cuanto antes esa sonrisa que me ha prometido.

Se despidió y salió de la habitación; sabía que, si demoraba aquel instante, le costaría mucho más marcharse.

Ahora debía informar a Charles y a Kate de su partida.

Fue en busca de ella para contárselo y sorprendió a la joven con aquella noticia.

—Siento mucho tener que irme así, con su hermana en este estado.

—No se preocupe, se está recuperando muy bien. Le agradezco todos sus cuidados y sé que Alice también. Ha sido una gran compañía para ella.

George bajó el rostro antes de mirarla de nuevo.

—Su hermana me recuerda a alguien que conocí hace tiempo —comentó en un tono melancólico y se quedó pensativo.

Confesarlo en voz alta le hizo ser realmente consciente de que la presencia de Alice había removido antiguos recuerdos. Recuerdos que nunca se habían marchado, pero que él intentaba mantener ocultos por su propia supervivencia.

La despedida de Mary no fue tan tranquila, ya que empezó a llorar nada más decírselo. George le secó las lágrimas con los dedos y le dio un fuerte abrazo.

La señora Pearson le deseó lo mejor, esperando poder verlo pronto.

Y, finalmente, se giró hacia Charles, que se mantenía serio mirándolo. Daba igual si discutían o se enfadaban, ninguno de los dos soportaba las despedidas.

Le hizo una mueca graciosa para destensar el ambiente.

—Bueno, Charles, ahora que no estaré aquí para vigilarte, pórtate bien, que todos saben que, de los dos, el responsable soy yo —bromeó y consiguió que Charles sonriera.

—Más te vale volver pronto, es una orden de tu superior.

El capitán hizo el saludo militar, se aproximó a él y le agarró del hombro.

—Cuídate mucho, Charles —dijo mientras se acercaba a su oído—. Y haz caso a tu instinto y no tanto a tu cabeza —le susurró dándole un leve golpecito.

Se inclinó en una exagerada reverencia que provocó risas en los presentes y se subió al carruaje que le debía llevar directo a Brighton.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 50
Brighton

Brighton le fascinó desde el mismo instante que el carruaje tomó la calle principal. Tenía esa esencia única que desprenden las ciudades de reciente renovación. Aquella localidad había pasado en las últimas décadas de ser un pueblo de pescadores a convertirse en uno de los principales destinos turísticos de Inglaterra, y su caluroso ambiente se veía reflejado en sus nuevas y elegantes casas georgianas, de ladrillo rojo o fachadas blancas; sus teatros, sus balnearios y sus salones, y la opulencia que mostraban los visitantes que llegaban a ella para disfrutar de cada rincón.

El edificio del cuartel estaba a las afueras de la ciudad. Era una edificación de ladrillo rojo de nueva construcción, levantado para su uso militar.

Al traspasar la verja principal, se encontró con un amplio patio interior. Allí ya pudo percibir los conocidos sonidos con los que llevaba conviviendo los últimos años: órdenes provenientes del oficial al mando, el agudo sonido del choque de espadas y murmullos entre los soldados que esperaban su turno.

Se acercó al numeroso grupo y pudo reconocer a Bruce que daba instrucciones a voz en grito mientras los soldados ocupaban sus posiciones.

—Teniente O’Connor —llamó George.

Bruce se giró, sorprendido.

—¡George!… ¡Capitán! —rectificó mirando a los soldados, que se cuadraron cuando este llegó hasta ellos.

George se acercó con la barbilla alzada, con un gesto de superioridad, y se colocó frente a la hilera de soldados que lo observaban firmes, algunos casi sin respirar.

Wells y Elliot aparecieron por uno de los laterales del patio; iban charlando animadamente y se pararon en seco al reconocerlo.

—¡Capitán! —gritaron al unísono. Aceleraron el paso y se presentaron delante de él con el saludo preceptivo.

George sonrió y les devolvió el gesto.

—Soldado Wells, soldado Brown, me alegro de verlos.

Wells y Elliot disimularon una sonrisa ante aquel trato tan formal.

Después les hizo una señal con la cabeza a los tres compañeros para que se acercaran a él y poder hablar sin ser escuchados.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Elliot.

—Hace apenas unos minutos.

—¿Ya has visto a Graham? —inquirió Bruce.

—Todavía no. Ahora iba a avisarle de mi llegada.

—Olvídate de Graham. Brighton te va a encantar —dijo Wells arqueando los labios en una mueca pícara—. El ambiente, los espectáculos y las mujeres… ¡Oh, George, las mujeres! —soltó con un teatral suspiro.

Bruce empezó a reír mientras Elliot negaba con la cabeza con reprobación.

—Te voy a llevar a los mejores clubs y cafés de la ciudad, me los he recorrido todos —continuó Wells.

—Doy fe, no se ha dejado ni uno —añadió Bruce.

George sonrió divertido.

—Mmm… Me parece una idea excelente esa ruta por la ciudad —contestó insinuante.

—¡Capitán Crowley!

La sonrisa de George desapareció. Se giró inmediatamente con cierta inquietud, a la vez que Bruce, Wells y Elliot se apartaban hacia atrás con disimulo para colocarse con el resto de la compañía.

El coronel Graham se acercó a él con paso tan firme que el capitán creyó sentir que la hierba se sacudía bajo sus pies.

—Coronel —saludó con la mirada al frente.

Graham lo observó en silencio hasta que el bigote de su labio empezó a temblar por la tensión que estaba acumulando.

—Lo quiero en mi despacho en medio minuto —le murmuró en tono autoritario—. Ni se le ocurra llegar un segundo tarde.

El oficial se dio la vuelta y entró en el edificio. Bruce le dedicó una mirada compasiva, y George se adentró en el cuartel con la máxima urgencia.

Cuando accedió al despacho, Graham estaba de pie mirando por la ventana, dándole la espalda.

—¡Señor!

Graham no se movió, aspiró profundo y al momento se giró hacia él. La tensión de su rostro no había disminuido y sus ojos destilaban un brillo que George conocía muy bien, y nunca era positivo.

Caminó delante de él de derecha a izquierda, y viceversa, hasta detenerse a pocos centímetros.

—Respóndame a una pregunta, capitán. ¿Mis órdenes tienen algún valor para usted?

—Por supuesto que sí, señor.

—¿Sí? ¿Está usted completamente seguro, capitán?

—Sí, señor.

—Ya… Pues contésteme a otra pregunta: ¿qué día es hoy?

George disimuló una mueca.

—Es veintinueve de junio, señor.

—Oh, veintinueve de junio… ¿Y qué día debía presentarse aquí, capitán?

—El veinticuatro, señor.

—Ya veo, ¿nota alguna diferencia entre esos dos días?

George abrió la boca para contestar, pero el coronel levantó la mano para que se callase.

—Cinco días, capitán. Llega cinco días tarde después de que le alargase el permiso un mes.

—Lo sé, señor, y déjeme que le explique…

—¡No quiero que me explique nada! Me dan exactamente igual sus motivos. Me da igual lo que le haya pasado, si ha estado enfermo, si se le ha muerto su abuela o si simplemente no le ha dado la gana de volver. ¡No quiero explicaciones ni excusas!

—Sí, señor.

—Pero como ha decidido tener más descanso que el resto de sus soldados y sus oficiales, a partir de hoy mismo se va a encargar de las tareas del teniente O’Connor, incluyendo la instrucción de los nuevos soldados.

—Me parece justo, señor.

—¡Me importa bien poco lo que a usted le parezca! —le gritó tan cerca que George notó gotas de saliva.

—Sí, señor.

Graham se alejó unos pasos para tomar aire.

—Le quiero en el patio de entrenamiento esta misma tarde para comenzar sus nuevas tareas.

—Allí estaré, señor.

—Y más le vale que no haya ni un solo problema con los nuevos reclutas.

—No los habrá, señor, se lo aseguro.

—No me asegure nada y… ¡demuéstremelo!

George se quedó quieto sin saber si ya podía irse o debía quedarse para continuar con el rapapolvo. Era realmente acogedor volver al hogar, pensó con sarcasmo. El coronel levantó la mano señalando la entrada y, sin despedirse, le indicó que se fuera.

George le saludó y salió del despacho.

Graham se quedó mirando la puerta cerrada y pensó en lo frustrante que era que uno de sus mejores hombres fuera tan insubordinado. Era la primera vez en toda su carrera que tenía un oficial tan prometedor y tan rebelde al mismo tiempo. Dejó salir el aire con un resoplido. Era posible que aquel carácter fuera lo que le hacía conectar tan bien con sus soldados, pero no iba a permitir jamás que actuase por encima de él por muy excelente capitán que fuera.

George fue directo a la habitación que le habían asignado. Era un espacio pequeño al final de uno de los pasillos, solo provisto de una cama, un armario y un pequeño escritorio. Los muebles eran sencillos, sin ornamentos ni ningún tipo de lujo, pero no necesitaba más, aquello era suficiente para el poco tiempo que iba a pasar allí dentro. Además, debía dar gracias de que, al ser oficial, tenía un cuarto individual. Los soldados rasos debían compartir habitáculos en los que se agrupaban más de ocho hombres.

Abrió la maleta con sus pertenencias y sonrió al encontrar encima de su ropa la flor de Alice. La sacó con cuidado y la puso encima de su escritorio. Había dudado si llevársela o no de Downton, pero al final había decidido cogerla como recuerdo de aquellas semanas y de las amistades que había hecho allí. Deseaba que Alice estuviera mejor. Charles le había prometido que le escribiría para informarle de su estado y esperaba recibir noticias pronto.

A primera hora de la tarde se presentó en el patio interior del cuartel, donde le esperaban Bruce y una fila de soldados, compuesta por una docena de hombres.

El teniente les obligó a cuadrarse cuando George apareció.

—Soldados, les presento al capitán George Crowley —anunció Bruce con un tono elevado para que todos le oyeran—. A partir de hoy, él será el encargado de su entrenamiento.

Los nuevos reclutas se miraron disimuladamente de reojo, extrañados de que esa tarea hubiera pasado del teniente al capitán.

George se paseó delante de ellos, los observó con detenimiento uno a uno y comprobó que algunos eran extremadamente jóvenes.

Se paró frente a un muchacho que le llamó la atención. Era alto, muy delgado y desgarbado, con el pelo castaño. Lo que más le extrañó es que no tenía ni rastro de vello en el rostro, ni una ligera sombra de barba ni bigote.

—Soldado, ¿cómo se llama?

—Samuel, señor. Samuel Davis.

—¿Y qué edad tiene, soldado Davis?

Dudó un instante en la respuesta.

—Diecisiete años, señor.

El capitán vio que desviaba la vista hacia el suelo un instante y supo que mentía. Ese chico no tenía más de catorce o quince años, aunque su altura le hiciera aparentar más.

—¿De dónde viene, soldado?

—Soy de Newport, en Gales.

—¿Y qué hace tan lejos de casa?

El joven volvió a dudar antes de contestar.

—Quería alistarme, señor.

—¿Ha venido desde Gales a Brighton para alistarse? —preguntó George con desconfianza.

—Sí, señor.

Bruce se mantenía al lado de George observando en silencio el interrogatorio sin intervenir.

—¿Ha venido con su familia?

—No, señor, estoy solo.

—¿No está con sus padres?

—Están muertos, señor —respondió con un leve tartamudeo.

El capitán suspiró. Aquel chico estaba completamente solo y se había alistado en el ejército por pura desesperación; y era apenas un crío.

Le hizo una señal a Bruce para que se acercara y se apartara de los soldados.

—No lo quiero aquí —le susurró al oído.

—¿Qué? Pero, George, ya ha sido aceptado por el coronel. Todos estos hombres han sido ya admitidos.

—Me da igual, yo hablaré con Graham, pero quiero que se vaya hoy mismo. Es un crío, Bruce, dudo que llegue a los quince. No lo quiero aquí.

—George, por lo que sabemos, este muchacho no tiene a nadie más, está solo y no tiene a dónde ir.

—Con más razón para que su vida no sea esto. Ya le buscaremos otra ocupación, pero no quiero soldados menores de diecisiete años, lo dejé muy claro. Si cuando tenga esa edad quiere regresar, entonces le volveremos a evaluar, pero de momento se marcha —resolvió George tajante—. Es una orden, teniente.

Bruce no se movió a pesar de la orden recibida.

—George, escucha, el coronel es conocedor de la edad del muchacho.

—¿Cómo? ¿Y lo ha aceptado?

—No es tan sencillo. Esto está sucediendo en todos los regimientos del país: jóvenes que no cumplen la edad mínima, pero no tienen nada más ni a nadie.

—No quiero esto, Bruce.

—Lo sé…, sé lo que piensas, pero no te enfrentes a Graham por ello. Entrénalo, George. Prepárale para que esté listo, tal como el coronel te ha ordenado.

El capitán soltó un improperio. Volvió a mirar al muchacho, que se mantenía con la cabeza gacha en la fila.

—No quiero cargar con el cadáver de un crío.

—Y no lo harás. Eres el mejor oficial que conozco y puedes convertirlo en un gran soldado. Entrénalo, George, y no tendrás que lamentar nada —repitió Bruce con decisión.

El capitán apoyó las manos en las caderas mientras se daba unos instantes para pensar. De nuevo observó al muchacho y, al hacerlo, se vio reflejado en él. Recordó sus duros inicios en Southwark, sabía lo que era estar completamente solo, sin ayuda. A saber dónde podría acabar aquel chico si lo abandonaba a su suerte.

Finalmente asintió y volvió hacia la fila de soldados, que se irguieron otra vez frente a él.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 51
Rosalind

La noche siguiente, Wells cumplió lo prometido y los llevó a uno de los mejores locales de la ciudad.

El club ocupaba dos plantas de un elegante edificio en pleno centro de Brighton. Caballeros y militares se repartían por sus salones de juego y espectáculos, e incluso damas de la alta sociedad disfrutaban de los conciertos de música y canto que se organizaban en la sala principal: un amplio salón que mostraba un hermoso pianoforte y una impresionante arpa de madera con ribetes dorados.

Disfrutaron de unas partidas de cartas y de un recital de dos jóvenes que deleitaron a todos con sus habilidades musicales.

Cuando el concierto estaba a punto de finalizar, una mujer que entró en la sala provocó murmullos y que varios caballeros se levantaran para atenderla.

George la observó y se quedó boquiabierto ante su belleza y su provocativa elegancia. Era pelirroja, con una larga melena ondulada que le llegaba a la mitad de la espalda. Lucía un impresionante vestido azul oscuro, adornado con unos bordados plateados, que se ceñía a su cuerpo y que le resaltaba un exuberante escote que dejó sin respiración a más de un caballero allí presente.

—¿Quién es? —preguntó George a Wells en un susurro.

Este fijó su atención, reconoció a la mujer y comenzó a reír.

—Ni se te ocurra, es inalcanzable.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Es la señorita Rosalind Labelle, una de las actrices más cotizadas del país. Solo se codea con la alta aristocracia, incluso con príncipes. Ni te molestes en saludarla, no pierde el tiempo con simples oficiales.

—¿Simples oficiales? Eso es porque aún no me conoce —replicó George con altanería.

—Te lo digo en serio, no hagas el ridículo. Es demasiado hasta para ti.

—Me gustan los retos, y si no lo intento, nunca lo sabré.

—George, espera… —le llamó al ver que se levantaba e iba directo hacia ella.

Bruce y Wells intercambiaron una mirada convencidos de que aquello no iba a salir bien.

La dama conversaba con un caballero de mediana edad, que asentía con ridículas risillas ante todo lo que ella decía.

George se apoyó en una columna con los brazos cruzados, a unos metros de ella, y la estudió con interés.

Al cabo de unos minutos, la señorita Labelle desvió la atención de la conversación del caballero, que obviamente le aburría, y paseó la vista por la sala hasta recaer en George, que no dejaba de mirarla. La dama lo observó sorprendida por aquella falta de recato y pudor al ver que no apartaba los ojos de ella. El capitán esbozó una sonrisa de medio lado que provocó que apartase la vista al instante con desaprobación.

George no se amilanó ni se movió del sitio, se mantuvo allí, en la misma posición, mientras ella entornaba los ojos hacia él, asombrada por aquella actitud insolente.

En medio de la conversación, la dama sacó un abanico, que agitó con tanta gracia y elegancia que hizo que su atractivo aumentase. Se giró para ajustarse uno de los guantes y volvió a cruzar la mirada con George, que le sonrió de nuevo. Ella estiró el cuello, altiva, y se inclinó para decirle unas palabras al caballero, quien asintió varias veces y luego se apartó. La dama se acercó hacia George y utilizó el abanico para taparse el escote del vestido.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —preguntó con suficiencia.

—Ahora sí. Capitán George Crowley, un auténtico placer, señorita Labelle —respondió a la vez que le sujetaba la mano y posaba un beso sobre su guante de seda.

La dama retiró la mano, atónita.

—No le he permitido estas confianzas, capitán. Y no vuelva a mirarme con semejante descaro.

—Estará de acuerdo conmigo en que le he hecho un favor.

—No le entiendo —dijo extrañada.

—La he liberado de la conversación insulsa de ese caballero.

—Ese caballero es *lord* William Cavendish, duque de Devonshire. Refiérase a él con más respeto.

—No me malinterprete, no tengo nada en su contra, sobre todo ahora que soy yo el que disfruta de su compañía y él no —indicó con una amplia sonrisa en una atrayente expresión.

Rosalind no pudo evitar entornar los ojos hacia sus labios arqueados, que apartó al instante. Cerró el abanico con un golpe seco y dejó ver su vestido en todo su esplendor.

—No vuelva a molestarme, capitán.

George se inclinó hacia ella al ver que no se movía.

—Si eso es lo que desea… Haré todo lo que me pida —le susurró al oído —. Absolutamente todo —murmuró con suavidad.

Ella alzó el rostro hacia él con firmeza.

—Se lo repito, no vuelva a importunarme —añadió y se retiró para aproximarse al duque, quien ya la esperaba impaciente.

El capitán vio cómo volvía a abrir el abanico y lo agitaba más deprisa mientras el caballero retomaba la «interesante» conversación dejada a medias.

Se alejó de aquel lugar para tomar posición en la otra parte del salón, sin perder la perspectiva de la dama. Desde aquel punto, observó satisfecho cómo ella miraba hacia la columna y, al no encontrarle, recorría con disimulo la sala. George sonrió satisfecho y se acercó donde estaban sus compañeros.

—¿Nos vamos ya? —propuso el capitán.

Wells le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Demasiado para ti, Crowley? Te lo advertí.

—Todo lo contrario, pero hay veces que hay que dejar pasar el tiempo adecuado para recoger el fruto maduro.

—Usa las metáforas que quieras, no vas a conseguir nada de ella.

—Eso ya lo veremos —indicó George y se encaminó hacia la salida.

Para los siguientes días, Wells les informó de que había conseguido invitaciones para diferentes eventos, como bailes, convites y conciertos, gracias a las amistades que había consolidado durante aquellas semanas en Brighton.

En la fiesta a la que acudieron dos días después coincidieron con la señorita Rosalind, pero George ni la saludó ni se acercó, simplemente se paseó por el salón hasta que ella se percató de su presencia. En ese instante, el capitán le sonrió, pero luego desvió su atención hacia la fiesta, sin dirigirle ni media palabra.

En el tercer evento en el que coincidieron, Rosalind lo estudió con una mezcla de desconfianza y curiosidad, y, cuando George fijó sus ojos en ella a la vez que cortejaba a otra dama, la paciencia de la actriz se agotó y se acercó a él con paso firme y seguro.

—¿Me está siguiendo, capitán? —le preguntó, colocada a su espalda.

George sonrió con picardía antes de girarse con una pose de fingida sorpresa.

—Oh, señorita Rosalind, no la había visto.

—Sí que me había visto y conteste a mi pregunta.

—¿Por qué lo dice? —inquirió divertido al ver su expresión.

—Ha coincidido conmigo en todas las fiestas donde me he presentado.

—Igual que la mayoría de los caballeros aquí presentes, y no veo que le rinda cuentas a ninguno. Parece que mi presencia le perturba más —contestó bajando el tono a uno más íntimo—. Podría preguntarle yo lo mismo… ¿Me está siguiendo, señorita?

—¿Qué está diciendo? Por supuesto que no, me es indiferente su presencia —replicó contrariada—. Ya le dije que no me molestara.

—No soy yo quien se ha acercado a hablar, ha sido usted quien ha venido a mí. No le molestaré tanto como dice si ha decidido hacerlo.

Ante aquella insolente respuesta, los ojos de Rosalind se abrieron de par en par; jamás un hombre le había hablado en ese tono.

Se giró ofendida, dispuesta a marcharse, pero George la sujetó con delicadeza del brazo.

—¿Le apetece bailar?

Rosalind bajó la mirada a la mano que le sujetaba y se deshizo de su agarre.

—Sí, me apetece bailar…, pero no con usted —objetó y se alejó de él.

George disimuló una sonrisa. Aquello estaba siendo más entretenido de lo que esperaba.

El adiestramiento de los nuevos reclutas le ocupaba gran parte de las horas del día. Les exigía a todos resistencia, tanto física como mental. Con cada jornada podía percibir quiénes evolucionaban satisfactoriamente y quiénes iban a un ritmo mucho menor del deseado.

El soldado Samuel Davis era uno de los que requería más trabajo. Su dedicación era máxima y su motivación no podía ser mayor, pero estaba tan delgado que apenas tenía fuerzas para sujetar el mosquete sin desequilibrarse. Además, George no podía olvidar que apenas tenía catorce años y aquello no ayudaba a que fuera objetivo.

Entendía las razones del coronel Graham para admitirlo y podía comprender la decisión del chico de alistarse, pero él seguía sin estar cómodo al tener a sus órdenes a un muchacho que casi era un crío.

Aquella mañana, el coronel convocó a los oficiales para contarles que el nuevo destino del regimiento sería Irlanda. El año anterior, en 1798, esta isla se había alzado contra el dominio británico, lo que había provocado una dura revuelta con miles de muertos en ambos bandos.

Los nacionalistas irlandeses habían sido derrotados por los ingleses, y ahora, en aquel momento, se respiraba en el aire esa calma tensa que podía desembocar en otra revolución o en un acuerdo de paz.

—Aunque la situación en Irlanda es más tranquila que el año pasado, es posible que nos necesiten para relevar a las compañías que llevan más tiempo destinadas allí —explicó Graham—. Si finalmente vamos, nuestra misión será mantener la calma y sofocar cualquier rebelión que se pueda iniciar. Se pretende que Irlanda entre a formar parte del imperio de Su Majestad, pero para eso se debe firmar el acta de unión, y es nuestra misión que nada entorpezca ese tratado.

Cuando salieron de la reunión, George alcanzó a Bruce en el pasillo.

—¿Estarás cómodo con esta misión? Es tu país y tu gente —le inquirió el capitán.

—No tengo opción, da igual cómo me sienta o lo que piense, debo hacerlo.

—Podría pedirle a Graham que asignara a otro teniente y tú mantenerte aquí.

—¿Y quedar como un cobarde? ¡Ni hablar! —exclamó—. Prefiero ir y ver qué está pasando realmente allí. Además, no puedes ir sin mí, ¿quién te protegería la retaguardia? —dijo mientras le golpeaba el hombro amistosamente.

George les resumió la reunión a Wells y a Elliot y les informó del próximo destino.

—Mejor que aprovechemos y nos divirtamos, porque en unas semanas ya estaremos en tierras irlandesas —indicó Wells—. ¿Vendréis esta noche?

—¿Tú nunca descansas? —inquirió Bruce con mofa.

—Lo mínimo que puedo.

—Ya sabéis que yo no voy a ir —informó Elliot.

—¡Ay, Elliot! ¡Relájate un poco! —exclamó Wells con exasperación—. Si ya eras responsable antes, desde que te casaste estás inaguantable. Por eso yo no me casaré nunca.

—No te casarás porque no habrá ninguna mujer que te aguante dos noches seguidas —espetó Bruce y empezó a reír.

—¿Y tú, George? ¿Vienes esta noche? —preguntó Wells.

—No, prefiero quedarme en el cuartel, mañana tengo que levantarme temprano.

—Eso y que por fin te has dado por vencido con Rosalind, ¿no?

—Ni por asomo, ya te dije que lo conseguiría, pero hay veces que es mejor hacerse desear —murmuró con un guiño.

Estaba decidido a seguir con el juego que había iniciado con la actriz. Le gustaba ese tira y afloja que había establecido con ella, pero ahora había otro asunto que le ocupaba más su mente: hacía ya una semana que estaba en Brighton y Charles aún no le había escrito para informarle sobre el estado de Alice. Cuando se marchó de Downton parecía que su recuperación iba bien, pero, con este tipo de enfermedades, siempre existe el peligro de alguna recaída.

Fue hasta el despacho de la entrada, lo que provocó que el soldado que estaba de guardia se levantara de un salto y se pusiera firme frente a él.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—No, señor, hoy tampoco tiene cartas.

George chasqueó la lengua, inquieto.

—Capitán, si espera algo urgente, yo mismo se lo entregaré en mano en cuanto llegue, no se preocupe. No hace falta que venga cada día a preguntar.

—Gracias, pero prefiero venir —indicó antes de salir del despacho.

Los primeros días desde su llegada no le había dado importancia a la falta de noticias, pero ahora, que ya había transcurrido una semana, empezaba a impacientarse. Eso hacía que fuera dos veces al día, por la

mañana y por la tarde, para averiguar si había llegado alguna notificación para él; aunque recibía siempre una respuesta negativa.

Se sentó en un banco de piedra del patio y apoyó los brazos en las rodillas. Más le valía a Charles tener una buena excusa para no informarle. Le había prometido que lo haría, que le explicaría los progresos que tuviera, y no recibir ningún mensaje solo hacía que se preocupara más.

Les había cogido cariño a las dos hermanas Miller en esas pocas semanas, pero Alice, en particular, despertaba en él una ternura que ya no recordaba.



A los dos días, Wells apareció con unas entradas para la ópera.

—No sabía que eras aficionado —dijo George.

—A la ópera no, a las cantantes de ópera sí —respondió Wells alzando las cejas—. Por cierto, Graham también va a ir.

—¿Graham va a ir a la ópera? —inquirió Bruce asombrado—. No sabía que el coronel se divirtiera.

—Ni yo —espetó Wells con una risotada—. Ah, George, y he oído que Rosalind también asistirá. Puedes volver a intentar lo que sea que estés pretendiendo con ella y que no te da ningún resultado.

—Se llama «seducir» y, cuando quieras, te doy algún consejo —añadió George a modo de reto.

El teatro donde se representaba la ópera estaba en pleno centro de la ciudad, en una calle repleta de comercios y cafés. Las damas paseaban mostrando sus mejores atuendos, con sus elegantes vestidos de seda y sus tocados; y los caballeros hablaban entre ellos con esos aires de grandeza propios de su estatus social.

Dentro del edificio, había una zona central de butacas y un anfiteatro, donde los nobles más pudientes se afanaban por ocupar sus asientos.

George alzó la vista y se fijó en aquellos sitios elevados sobre el resto, que resaltaban la superioridad que ostentaban los que allí se sentaban. Los recorrió uno a uno con la mirada, hasta que divisó en el lado izquierdo a Rosalind, que tomaba asiento y examinaba el teatro desde su privilegiada posición. Sus ojos acabaron por recaer en George, quien la saludó desde abajo con un movimiento de cabeza y le dedicó una sonrisa. Ella apartó la

mirada al instante y volvió la atención hacia su acompañante, un caballero con un pomposo traje de terciopelo granate.

Cuando la función estaba a punto de iniciarse, Rosalind desvió solo unos centímetros la mirada, lo justo para ver cómo George seguía observándola con aquella seguridad que a ella tanto le disgustaba.

La obra continuó su curso y, al llegar el primer descanso, el capitán subió por las escaleras hasta el primer piso. Localizó el palco donde había visto a Rosalind y apartó con cautela la cortina de la entrada; comprobó que en aquel momento la actriz estaba sola. Se sentó en el asiento de detrás y se inclinó hacia ella.

—Reconozca que me ha echado de menos estos días —le susurró muy cerca de su espalda.

Rosalind se tensó, sorprendida, pero ni se giró ni se movió.

—Es muy presuntuoso, capitán, al creer que he pensado en usted ni un solo segundo.

—No solo lo creo, estoy convencido.

Rosalind soltó una risita irónica.

—Y yo le aconsejo que no esté tan seguro de sí mismo, porque hasta hoy ni me había percatado de su ausencia.

George se inclinó más hacia ella.

—No me mienta, sé claramente lo que piensa.

—¿Y qué se supone que estoy pensando, capitán?

—Que se alegra de verme. Que se alegra de que haya venido esta noche y que estaba deseando que subiera a verla.

Rosalind se giró levemente.

—Me parece sorprendente su vanidad, sobre todo porque no le he dado pie a imaginar nada semejante.

George se acercó todavía más para que su respiración le rozase el cuello y contemplar cómo la piel de su hombro se erizaba.

—Relájese, no quiero ponerla nerviosa.

—No crea que su presencia me afecta lo más mínimo —replicó firme—. Haga el favor de volver a su asiento antes de que mi acompañante regrese y lo descubra aquí.

—¿De verdad quiere que me vaya o es que se preocupa por mí?

—Me da igual lo que le pase, pero no quiero una ridícula escena de celos en mi presencia.

George arqueó los labios, divertido. Después, aproximó tanto su rostro al de ella que casi rozó su mejilla. Ella continuó sin moverse ni apartarse.

—Señorita Rosalind… —le susurró tan suavemente al oído que a ella se le escapó una exhalación que no consiguió disimular—. Solo déjeme demostrarle de lo que es capaz este humilde capitán.

Rosalind se volteó hacia él y se quedó mirándole fijo

—Usted es de todo menos humilde, capitán —dijo mientras esbozaba una sutil sonrisa.

—¿Y eso le desagrada? —preguntó a la vez que alzaba la mano y le acariciaba un mechón de pelo.

—Aún estoy sopesando lo que opino de usted.

—Déjeme que le ayude a mejorar esa opinión.

Rosalind volvió a ladear el rostro y pudo ver cómo le sonreía con una mezcla de descaro y cortesía, y empezó a sentirse peligrosamente incómoda.

George captó la duda en su expresión, le tomó la mano y la besó con dulzura.

—La esperaré a la salida de la obra —afirmó antes de levantarse y salir del palco.

Rosalind se acomodó de nuevo en su asiento y percibió los efectos de aquella insolente actitud. Normalmente era ella la que controlaba y dirigía a los hombres. Ella regía los tiempos y los pasos a seguir. Siempre era la que manejaba la situación y elegía a su siguiente pretendiente. Y nunca se dejaba cortejar por ningún hombre que no estuviera a su altura. Pero aquel insolente capitán la desconcertaba, con su atractivo, su descaro y a la vez con ese punto de delicadeza al hablar o al rozarle levemente.

Tomó aire; tenía que reconocer que sentía más curiosidad por él de la que estaba dispuesta a admitir.

Al finalizar la obra, George comprobó en la puerta del teatro cómo Rosalind se despedía de su acompañante. Cuando el caballero hubo desaparecido, ella se giró hacia él con disimulo, se subió a su carruaje y dejó la puerta abierta.

George se despidió de Bruce y del resto, y fue directo hacia el coche, que seguía con la portezuela abierta.

—No es seguro que una mujer hermosa viaje sola.

Rosalind no lo miró, pero curvó los labios.

—¿Y qué propone que haga?

Aquel juego estaba siendo tremendamente excitante.

—Podría hacerle el favor y acompañarla hasta su destino, solo por precaución.

—¿Hacerme el favor? —inquirió girándose de inmediato con las cejas alzadas—. Tal vez el favor se lo haga yo a usted al dejar que me acompañe.

—Estoy seguro de eso —murmuró George.

Se observaron unos instantes hasta que Rosalind apartó su capa y dejó el asiento de al lado libre en un gesto que lo invitaba a subir. George entró y cerró la portezuela tras de sí. Rosalind golpeó el lateral y el carruaje se puso en marcha.

—¿Siempre es tan insistente, capitán?

—Cuando algo me interesa, sí.

—¿Y le suele funcionar?

—No he tenido quejas hasta el momento.

—Tal vez reciba la primera —replicó ella con arrogancia.

—Me arriesgaré —le susurró acercándose unos centímetros.

Rosalind vio que se aproximaba despacio con sus ojos azules que brillaban de deseo, y se lamió el labio inferior sin ningún pudor, con una clara intención de provocarlo. George bajó la mirada ante aquel sensual gesto y, pasando la mano por el cuello, la besó con empuje, aprisionando sus labios con osadía y percibiendo cómo ella le devolvía el beso con más ansia.

La dama se separó para tomar aire y lo miró fijamente.

—No le he dado permiso para besarme —dijo con una simulada inocencia.

—Sí que lo ha hecho —respondió George con una sonrisa de medio lado —. Pero si cree que no he actuado de manera correcta, puede parar el carruaje y me bajaré, no querría incomodarla —añadió en un murmullo.

Rosalind levantó la barbilla al frente, sin hacer ni decir nada, en una pose de fingido enfado.

—Tendrá que compensarme por su atrevimiento.

—Estoy dispuesto a compensarle lo que sea necesario —susurró George mientras cruzaba con su dedo índice el perfil de su cuello.

Rosalind dejó escapar un suspiro y tiró la cabeza para atrás con la intención de dejarle más recorrido a medida que George bajaba lentamente hacia su escote.



Varias horas más tarde aún disfrutaba del cuerpo de ella bajo el suyo. Cada movimiento, cada mirada, cada gesto era pura tentación, y George se dejó tentar y se abandonó al placer que ella le provocaba.

Sus piernas seguían enredadas en las de ella y acariciaba su pecho subiendo y bajando los labios peligrosamente por su piel. La actriz no pudo evitar unos gemidos, sin dejarle de sujetar el pelo para que no parase.

—Espero estar compensando mi «atrevido» comportamiento de antes —dijo a la vez que la acariciaba por el interior de los muslos, lo que propició que Rosalind soltara un grito.

Ella no consiguió responder, echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de sus caricias.

George volvió a colocarse entre sus piernas, apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo y con un jadeo ronco volvió a introducirse, lo que provocó que ella le acompañara con más gemidos. Entraba una y otra vez, aumentando el ímpetu con cada movimiento y se deleitaba al escuchar los gritos de ella, que le excitaban más con cada embestida. Finalmente, volvió a sacudirse en un espasmo final que le hizo soltar un rudo bramido, a la vez que sintió el cuerpo de ella estremecerse de placer.

—Necesito… descansar… —dijo Rosalind con la voz entrecortada, y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Deme unos minutos, *milady*, y seguimos —replicó George mientras se estiraba de espaldas y aspiraba profundamente.

Rosalind empezó a reír.

—¡Santo cielo! No puedes hablar en serio, llevamos horas.

George se giró hacia su lado con una pícara expresión.

—¿Quieres que pare?

Rosalind le recorrió con la mirada y sintió cómo aquella endiablada sonrisa volvía a excitarle.

—No… no quiero que pares, pero necesito descansar, me has dejado exhausta.

—Me lo tomaré como un cumplido —respondió George.

—¡Serás descarado! —exclamó en un intento de mantenerse seria con los labios apretados.

—Y eso es lo que más te gusta de mí —aseguró colocándose encima de nuevo. Le sujetó las manos por encima de la cabeza y la besó con urgencia

en los labios.

Al momento, notó con satisfacción cómo ella volvía a subir las caderas hacia él, pidiéndole más, y todo su cuerpo volvió a encenderse.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 52
Noticias esperadas

Los siguientes días los alternó entre sus responsabilidades en el cuartel y las visitas a Rosalind, que se alargaban horas cada vez que se producían.

Wells no daba crédito a aquella situación y, en cuanto tenía ocasión, interrogaba a George sobre aquel triunfo que le parecía inaudito.

—¡Cuéntamelo! Vamos, ¿qué te cuesta? Algún detalle —suplicó de manera lastimera.

—No pienso contarte nada, soy un caballero.

—¡Venga ya! Ni tú eres un caballero, ni yo tampoco, así que ¡cuéntamelo!

—Lo sabes de sobra, Wells, nunca, jamás, hablo de las mujeres con las que estoy, así que no pierdas el tiempo.

—Pero ¿por qué? Yo te lo cuento todo.

—Sí, lo sé, y es terrible. He tenido pesadillas con ello —replicó George malhumorado—. Yo no soy como tú, yo guardo un respeto. No voy a explicarte nada, ni siquiera cómo huele su perfume.

—Oh…, su perfume… —suspiró Wells a la vez que se dejaba caer en la hierba—. Sigo sin entender qué hace contigo, ella es perfecta y tú… eres tú.

—Gracias por el halago —exclamó con ironía.

—Es la verdad, yo soy más atractivo.

—Y yo infinitamente más encantador —impugnó George con una reverencia burlona.

Bruce se acercó a ellos mientras escuchaba aquella penosa conversación.

—¿Ya habéis decidido quién es el macho dominante de la manada? —soltó con sarcasmo.

—Sí, soy yo —espetó George y miró de reojo a Wells, que seguía lamentándose encima de la hierba.

—Bueno, pues, «macho dominante», ha llegado una carta para ti. Me la ha dado el soldado de guardia.

—¿Una carta? —El rostro de George cambió y le arrancó con ansiedad el papel de las manos.

Se alejó, rompió el sello lacrado y abrió rápidamente el papel doblado. Sonrió al ver que era de Charles. La leyó con cierto nerviosismo, que se fue apaciguando al comprobar que le informaba de la rápida mejoría de Alice. Su amigo le explicaba que ya hacía días que se levantaba de la cama y daba paseos por el jardín, además de ir recuperando poco a poco su ánimo habitual. Le mandaba recuerdos de su parte y de todos los habitantes de Manor Hall y se despedía con el deseo de verlo pronto de nuevo por allí.

Acarició el papel y suspiró con alivio.

—Alice…

Levantó los brazos y soltó una exclamación al aire que dejó mudos a Wells y a Bruce.



Pasó los brazos por detrás de la cabeza mientras sentía cómo Rosalind trazaba círculos sobre su vientre con los dedos.

—Hoy estás muy contento —insinuó ella mientras apoyaba la barbilla en su pecho y lo miraba con curiosidad.

—He recibido noticias que esperaba.

—Han tenido que ser muy buenas para que estés así.

—Mucho. Una amiga estaba enferma y hoy me han informado de que se está recuperando bien.

—¿Una amiga? —preguntó exagerando el tono al pronunciarlo.

—Sí, una amiga. La conocí el mes pasado en Downton, el pueblo donde estuve durante mi último permiso.

—Pues debe de ser una amiga muy especial, no se te ha borrado la sonrisa en toda la tarde.

George la observó, confuso.

—Solo es una amiga, pero le cogí afecto, es cierto. Es una muchacha muy agradable. Es joven, solo tiene diecisiete años, pero a la vez es muy fuerte. Vive sola con su hermana y trabajan las dos para subsistir. Es tímida —sonrió al recordarlo— y puede parecer callada, pero cuando explica algo que le importa lo hace con decisión. Le gusta bordar y secar flores y jugar con los niños del pueblo. Es muy amable con todos y siempre está dispuesta a ayudar.

Rosalind notó que se había quedado absorto al hablar de aquella joven, como si ya no estuviera en la habitación, y sintió una punzada de celos que atravesó su enorme ego.

—Y ahora me dirás que además es bonita.

—Sí, la verdad es que es muy guapa —susurró ensimismado y recordó su cabello color miel y sus ojos marrones.

—Parece que te importa mucho esa jovencita… —dijo en un tono cortante.

George parpadeó volviendo en sí.

—¿Qué? No, solo somos amigos.

Rosalind puso los ojos en blanco.

—Oh, George…, conozco a los hombres y no os podéis resistir a una florecilla tierna y virgen de diecisiete años.

El capitán frunció el ceño ante aquella insinuación.

—Es solo una amiga, no hay nada más —repitió—. Es como si fuera… —intentó buscar la palabra más adecuada— una hermana. Una hermana pequeña.

—¿Una hermana? No he oído en toda mi vida a un hombre hablar así de su hermana, y he conocido a muchos.

—Pues es así, es como una hermana. Así la veo, por eso me preocupo y quiero que esté bien. Nada más.

—¿Estás intentando autoconvencerte de algo?

—No, es la verdad.

Rosalind se incorporó, se colocó encima suyo con una mirada juguetona y pasó las manos por sus fuertes músculos. Acostumbrada a hombres de edad más avanzada, estar con George, con aquel físico y aquel empuje, era delicioso.

Sonrió con descaro.

—Voy a despejar tus dudas sobre a quién prefieres —le susurró y comenzó a mover las caderas, lo que provocó un profundo jadeo de George, que la sujetó de la cintura para que no parase.

Permaneció de pie, frente al escritorio, mirando la carta de Charles y, al lado, la flor seca en forma de campanita. Volvió a sentir alivio al recordar las palabras escritas por Charles. Podía imaginarla paseando por los jardines

y riendo como si nada hubiera ocurrido, con aquella adorable expresión que creaban sus labios al curvarse con timidez y dulzura.

Se descubrió pensando en ella y, al momento, le vino a la mente la insinuación de Rosalind, lo que le hizo sentirse tremendamente incómodo.

—¡Es absurdo! Ni se me ocurriría acercarme a ella —se dijo y se alejó de la mesa—. Tengo muy claro con quién debo relacionarme y Alice es lo opuesto a lo que busco. Solo es una amiga, no es tan difícil de entender. Y no hay nada extraño en que me preocupe por una amiga a la que aprecio. Además, ni siquiera me atrae en ese sentido, la veo como una hermana pequeña. Sería incapaz de pensar de otra manera —reflexionó en voz alta por unos instantes.

Continuaba con el debate interno sin percatarse de que Bruce había abierto unos milímetros la puerta y lo observaba desde la entrada. El teniente se quedó escuchando, interesado en aquel discurso con el que parecía que George intentaba autoconvencerse de algo. Pasados unos segundos, decidió que era impropio oír lo que decía a escondidas y llamó a la puerta como si acabara de llegar.

George se giró sobresaltado.

—Elliot y yo vamos a la playa, ¿te apuntas? —le propuso.

Los baños en el mar se habían hecho muy populares, en parte por ser recetados por la mayoría de los médicos del país como remedio a diversos y variados males y enfermedades.

A George le importaban bien poco los consejos médicos, él solo quería sentir aquella agua salada sobre su piel desnuda.

Las playas dedicadas al baño se dividían entre hombres y mujeres para evitar posibles escándalos. Y aunque hubiera deseado compartir aquel chapuzón con una hermosa mujer, se conformó con la compañía de Bruce y Elliot.

Sentir el agua que rozaba su piel con el vaivén de las olas, lo relajó al instante de cualquier preocupación. Elliot empezó a chapotear como si fuera un niño pequeño, hasta que se salpicó los ojos y el agua salada le hizo soltar una maldición.

—Lily está embarazada —soltó de repente con una risilla tonta.

—¿Qué? —Los dos se giraron hacia él.

—¡Voy a ser padre! —exclamó Elliot.

George y Bruce se tiraron sobre él a la vez que lo felicitaban y lo hundían en el agua. Hacía un año que Elliot se había casado con Lily y sabían que aquella noticia era lo que más esperaba. Su amigo les contó que nacería aproximadamente en primavera y que, aunque a Lily le daba igual que fuera niño o niña, él prefería tener un hijo.

Y entre risas y confidencias pasaron gran parte de aquella tarde.

—¿Por qué no ha venido Wells? —preguntó Elliot, que miraba el reflejo del sol en el agua.

—¿Te acuerdas de las bailarinas de la ópera de la semana pasada? —indicó Bruce.

Elliot asintió.

—Pues no ha venido porque tenía que «atender» a la de la melena rubia.

—¿La italiana?

—Esa misma.

Elliot arrugó la nariz con aquel característico gesto suyo que hacía cuando algo le desagradaba.

—Debería empezar a centrarse, ya no es un chiquillo.

George empezó a reír.

—No veo a Wells centrándose aunque tenga sesenta años.

—Eso también va por ti —añadió Elliot serio.

—¡Eh! No empieces otra vez. A mí déjame tranquilo —protestó el capitán.

—Es que es cierto, George, deberías buscar algo más que simples entretenimientos.

—Sé muy bien lo que busco.

—¿Estás seguro? Yo creo que estás muy perdido.

—¡Ya está bien! No he venido aquí a escuchar sermones, y menos de alguien más joven que yo —le recriminó—. Me alegro de que hayas encontrado al amor de tu vida con Lily y de que tengáis una vida perfecta, pero no todos somos así ni queremos lo mismo.

—Pues no sabes lo que te pierdes —añadió Elliot—. Espero, George, que cuando encuentres a una mujer especial sepas valorarla. No hay nada más hermoso que el amor de verdad. Y me gustaría que pudieras sentirlo.

George lo miró con seriedad.

—No tienes ni idea de lo que yo he sentido, así que, te repito, no quiero sermones.

Bruce se colocó entre ellos.

—¡El agua está estupenda! —exclamó para cortar radicalmente aquella tensa conversación—. Deberíamos hacer esto cada día.

El capitán se sumergió y se alejó de ellos unos metros.

—George, no se lo tengas en cuenta —le murmuró Bruce a medida que se acercaba a él—. Elliot te tiene mucho aprecio, lo sabes, y se preocupa por ti.

—Pues no es necesario que lo haga; soy muy feliz con mi vida, no necesito nada más, y mucho menos lo que él tiene.

Bruce calló y fijó su atención en la fina línea del horizonte.

—¿Qué sientes por Rosalind? —le preguntó de repente. George se sorprendió. Normalmente Bruce nunca le preguntaba por su vida privada, ya que sabía que era bastante hermético al respecto.

—Pues… no sé… me divierto con ella.

—Menudo entusiasmo —soltó Bruce irónico.

—¿A qué viene todo esto? ¿Os habéis puesto los dos de acuerdo? No sé qué queréis de mí, ya sabéis cómo soy.

—Sí, sé cómo eres, te conozco, y sé que no eres como Wells. Él es totalmente distante con las mujeres, se divierte y luego, sin ningún tipo de remordimiento ni culpa, las deja sin preocuparse lo más mínimo. Pero tú eres distinto, las cuidas, a tu manera las proteges, aunque no estés mucho tiempo con ellas.

—Soy amable con ellas, ¿y qué? ¿Eso significa que debo casarme con cualquiera?

—No, ni muchísimo menos. Pero lo que te ha dicho Elliot es verdad. Si en algún momento conoces a alguien especial, vale la pena luchar por conseguirla.

—¡Vamos, Bruce! Tú tampoco estás comprometido con nadie, no me des consejos.

El teniente pasó las manos por la superficie del agua y sintió el cosquilleo del movimiento en su palma.

—He conocido a alguien —dijo con una medio sonrisa dibujada en su rostro.

George se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué? ¿Cuándo? Si estamos todo el día juntos.

—¿Recuerdas que tuve que llevar el uniforme a que me lo arreglaran? Pues es la hija de la modista —explicó con una risita nerviosa—. Apenas nos hemos visto unas dos o tres veces, pero es como un pálpito. No sé si lo

has sentido alguna vez, esa sensación de ver a alguien y saber que es ella. Que todo lo demás deja de importar y solo puedas pensar en ella. Te parecerá una tontería y me llamarás bobo, pero no me había pasado nunca con nadie, y con ella… Es que solo necesito mirarla, no necesito nada más.

George lo escuchaba atento, sabía perfectamente lo que era sentir aquello; lo que era perderse en una simple mirada o una sonrisa y no necesitar nada más que tenerla cerca. Se aclaró la garganta.

—Si es especial para ti, haz lo que sea por conquistarla —dijo en un tono suave.

Bruce sonrió ante su respuesta.

—Es maravillosa, George.

Lo dijo en un murmullo entre nervioso y apasionado que hizo que su amigo lo observara con ternura.

—Seguro que lo es. Si te ha enamorado de esta manera, tiene que serlo —respondió con afecto—. Pero no se la presentes a Wells hasta que no te hayas casado con ella, o mejor… no se la presentes nunca —espetó cambiando el tono a uno burlón.

Bruce empezó a reír y asintió.

—Y tú, George, haznos caso. Lo decimos por tu bien.

El capitán no respondió, pensando que ninguno de ellos conocía su vida como para juzgarle o darle consejos, aunque apreciaba su afecto y su preocupación, él tenía muy claro lo que buscaba. No necesitaba segundas opiniones al respecto.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 53
Una visita imprevista

Desenvainó su espada lentamente, señaló a su oponente y frunció el ceño al ver que el soldado sujetaba su arma con un leve temblor.

—¡La espada en alto, soldado Davis! —le ordenó para que el joven subiera más el brazo.

George avanzó un paso con el arma por delante, en una pose amenazante, pero sin velocidad para que el soldado tuviera tiempo de interceptarla.

—Puede hacerlo mejor, soldado. Estoy convencido. Y le sugiero que me lo demuestre a mí o tendrá que vérselas con el coronel Graham, y, créame, no le aconsejo esta segunda opción.

Volvió a lanzar su espada y el soldado reaccionó más rápido, le paró el golpe y se echó a un lado para protegerse.

El capitán sonrió ante aquel movimiento. Sin embargo, enfiló de nuevo un ataque para obligar al muchacho a moverse cada vez más rápido y así aprender a evitar las embestidas. Después de varias arremetidas, George lo desarmó, lanzó su espada al suelo y le apuntó con la afilada punta directamente al pecho.

—Ahora mismo estaría muerto, soldado —le indicó George con expresión seria.

Samuel bajó la mirada, visiblemente agotado por los duros entrenamientos de aquellas semanas, y contuvo una expresión de rabia y decepción.

—Me esforzaré más, capitán.

—Más le vale, Davis, o le aseguro que, aunque el coronel haya aceptado su admisión, no formará parte de mi compañía. Le doy dos semanas para mejorar su técnica.

Samuel asintió, después recogió su espada del suelo.

—Le aseguro que no le defraudaré, capitán —contestó firme.

George lo observó y captó la ansiedad en su mirada. Sabía que aquel muchacho quería quedarse más que cualquier cosa, pero él no estaba dispuesto a arrastrar a un joven inexperto a un conflicto armado. No iba a cargar con el cuerpo de un crío de apenas catorce años, así que, si llegado el momento no estaba preparado, hablaría con Graham para intentar evitar aquel error.

—Vaya a descansar, Davis, continuaremos esta tarde —le ordenó.

El joven lo saludó con respeto, envainó el arma y se alejó por el patio.

George se apoyó en la empuñadura de su espada y se entretuvo mirando cómo se marchaba. Se secó el sudor de la frente y fue hacia su habitación para refrescarse. En el pasillo, uno de los soldados de la entrada le entregó una nota. La abrió y se quedó atónito al comprobar que era de Charles y que le informaba que estaba en Brighton.

Sin dudarlo, le dijo al soldado el lugar donde se encontraría en caso de necesitarle y montó rápidamente uno de los caballos, lo espoleó y salió al galope hacia la ciudad.

El hotel donde se alojaban era uno de los más lujosos de la ciudad, con sus cuatro pisos de altura y sus remates blancos en las ventanas que le conferían un aire imponente.

Entró en el *hall* y preguntó por Charles Forster; le indicaron que se encontraba en el comedor. El salón era magnífico, con ventanas en todo su lateral y un hermoso papel pintado que adornaba las paredes. En una parte de la sala se preparaban mesas para la comida y, en la otra, un conjunto de sofás, butacas y mesitas estaban agrupadas cerca de una enorme chimenea de piedra, ahora apagada.

En uno de aquellos sofás vio a su amigo.

—¡Charles! —exclamó y se acercó a él con los brazos extendidos.

Este sonrió al verlo y salió a su encuentro.

—¡Tío George! —gritó Mary corriendo hacia él.

El capitán la cogió en brazos.

—¿Cómo está mi mujercita favorita del mundo?

Mary sonrió como siempre al escuchar aquellas palabras y le dio un fuerte abrazo.

Se sentaron en uno de los sofás y pidieron que les sirvieran unas copas a ellos y un zumo a la pequeña.

—Cuando he recibido el aviso no me lo podía creer. ¿Por qué no me avisaste de que ibais a venir?

—Ha sido un poco precipitado. Mary tenía muchas ganas de verte —contestó con una forzada sonrisa y le dio un sorbo a su copa.

George estudió su rostro con atención, pues le extrañó aquella breve explicación. Tenía una expresión tensa que intentaba disimular con aquellas fingidas sonrisas.

—¿Y por Downton todo bien? Recibí tu carta donde me explicabas la mejoría de Alice. ¡Menos mal! Me fui muy preocupado de allí.

—Sí, se recuperó del todo y volvieron las dos a su casa.

—¿Y Kate está bien? —preguntó con cautela mientras se fijaba en su semblante.

Charles dio otro trago antes de contestar.

—Sí, está bien, contenta por la recuperación de su hermana —dijo sin mirarle.

George se reclinó en el sofá sin quitarle el ojo de encima. Podía captar toda su rigidez en cada uno de sus gestos. Decidió abordarle un poco para ver su reacción.

—Echo de menos Downton. Aunque, más que al pueblo, a su gente —añadió y le guiñó un ojo a Charles.

—Ya, pero seguro que aquí no te faltan distracciones, que nos conocemos.

El capitán empezó a reír.

—Te engañaría si te dijera que no he hecho nada más que entrenarme estos días.

—Me lo imagino —replicó Charles con un tono condescendiente.

La conversación fue interrumpida cuando los pasos firmes del coronel Graham resonaron en el salón. George se levantó al instante, saludó y se mantuvo de pie.

—Me alegro de verle, señor —saludó Charles.

—Y yo, hijo —contestó el coronel en un intento de suavizar su expresión—. Cuando fui informado del aviso a nuestro flamante capitán no pude evitar venir aquí a saludarle. Aunque no fue él el que me avisó… —indicó entrecerrando los ojos hacia George, que bajó levemente la mirada sin decir palabra.

Graham le dedicó unos cariñosos piropos a Mary y volvió a centrar su atención en George, que seguía firme sin moverse.

—Y bien, capitán Crowley, ¿vendrá hoy a dormir con su regimiento o le tenemos que esperar por la mañana, como de costumbre?

—No, señor, me tendrá allí.

—¡Menuda novedad! —exclamó con ironía—. Si no fuera porque luego es uno de los hombres que más rinde, ya le habría quitado esos privilegios que se coge.

Aquel rapapolvo delante de Charles le molestó sobremanera. Tampoco había ninguna necesidad de tratarlo como si fuera un niño.

Tomaron asiento mientras George se mantenía de pie. La conversación del coronel se desvió enseguida hacia el pasado, en el recuerdo de Elizabeth y en tiempos mejores, lo que incomodó profundamente a Charles.

En cuanto pudo, George medió para detener la desafortunada conversación.

—Señor, si me permite intervenir, he pensado que para las maniobras de mañana podríamos ir hasta el páramo oeste. El terreno es más irregular y puede ser un buen entrenamiento.

Graham aceptó entusiasmado y se olvidó del interrogatorio a Charles.

—Mañana, en cuanto termine las maniobras, vendré y os enseñaré la ciudad —indicó George al despedirse de Charles, y corrió para alcanzar al coronel en la salida.

El sol lucía en lo más alto cuando los gritos del coronel resonaron en mitad del valle.

Si existía un infierno únicamente para los soldados, estaría gobernado por Graham, no le cabía la menor duda. El coronel observaba, encima de una loma y con una sonrisa orgullosa, cómo sus soldados y oficiales realizaban maniobras durante horas, prácticamente sin descanso. Subían y bajaban aquel terreno y ensayaban simulacros de combate que los dejó exhaustos y, a algunos de los más jóvenes, al borde de la renuncia.

—La próxima vez que tengas una idea genial de entrenamiento, me gustaría que me la consultaras antes a mí —gruñó Bruce con la respiración entrecortada—. La mayoría de mis hombres están al límite del colapso.

—Lo siento, no creí que Graham se motivaría tanto con mi propuesta.

—Pero si ya le conoces, es capaz de iniciar una guerra si el pollo no está suficientemente asado. ¿Qué esperabas que hiciera hoy? ¿Qué diéramos un tranquilo paseo a recoger arándanos por el bosque?

—Ha sido una mala idea, una espantosa idea, lo reconozco, pero tuve que improvisar para ayudar a un amigo.

—Pues, aunque seas mi capitán, antes de improvisar me avisas. Tendré suerte si mantengo la mitad de la compañía después de esta mañana. Estoy convencido de que voy a tener desertores antes de mediodía.

Después de cinco horas agotadoras, Graham decidió, desde su cómoda y relajada posición, que ya había sido suficiente y les permitió un descanso.

La mayoría de los soldados se desplomaron en el suelo. Intentaban respirar con normalidad, mientras los oficiales, George y Bruce a la cabeza, se mantenían en pie para dar ejemplo de fortaleza, aunque por dentro estuvieran deseando una muerte rápida.

—No voy a poder moverme en un mes —farfulló Wells, que se arrastraba lastimosamente hacia ellos.

Elliot ni se molestó en acercarse, se mantuvo estirado con el deseo de recuperar su pulso habitual.

—Os compensaré por esto —indicó George al ver el penoso espectáculo de la ladera, llena de soldados moribundos.

—¿Compensarnos? ¡No tienes vida suficiente para compensarnos por esto! —espetó Wells tosiendo al intentar levantar la voz.

Muchos de los soldados no se sentían capaces ni de subir al caballo, así que decidieron pasar allí el resto del día para descansar y recuperarse.

George sí se marchó, ya que había quedado con Charles en que, después del entrenamiento, iría a verlos, y así lo hizo. Llegó al hotel, pidió que avisaran a *lord* Forster y esperó en el *hall.*

—¿Cómo han ido las maniobras? —le preguntó Charles al llegar.

—Muy bien. Me duelen hasta las pestañas —soltó George, lo que provocó que Mary empezara a reír—. ¡Menuda idea tuve ayer! Además, nuestro querido coronel se lo ha tomado muy en serio, demasiado en serio diría yo, y creo que tengo algún soldado traumatizado. La parte positiva es que seguramente nos darán varios días libres, y los voy a aprovechar desde hoy mismo.

Aquel día los llevó hasta uno de los novedosos balnearios que habían construido en la ciudad. Se encontraba en una ubicación idílica al borde de la costa y George aprovechó para explicar lo placenteros que eran los baños en el mar.

Cuando estaban recorriendo uno de los salones, una voz femenina los interrumpió.

—¿Capitán?

George descubrió que era Rosalind. Estaba espectacular con un vestido rojo. Se acercó a ella y le presentó a Charles y a Mary. El capitán les contó que Rosalind era actriz y Mary saltó emocionada al conocerla.

—¡Yo también quiero ser actriz!

—De eso nada —intervino Charles—. Dijimos que ya lo hablaríamos, Mary. —Miró a Rosalind, que lo observaba—. Disculpe, no es nada personal es solo que…

—¿No es lo suficientemente bueno para su hija? —le interrogó ella terminando su frase.

—No he querido decir eso.

—Por supuesto que sí —replicó ella con una sonrisa mordaz.

Rosalind advirtió la incomodidad del caballero y se despidió de George de manera más que sugerente, apoyando la mano en su pecho y con el deseo de que se vieran más tarde.

Charles arqueó una ceja al percatarse del intercambio de miradas entre ambos.

—Dime que no has tenido un escarceo con esa actriz de teatro —le susurró.

George empezó a reír.

—Si eso te hace sentirte mejor, te lo digo… «No he tenido un escarceo con esa actriz de teatro» —repitió con sorna y una pícara expresión.

—Por favor… —suspiró Charles.

—¿Qué? En algo tenía que ocupar el tiempo libre —se defendió sin evitar reírse.

—Oh, vamos, George, ¿cuánto llevas aquí? ¿Dos semanas?

—Sí, dos interminables semanas con la única compañía de mis soldados del regimiento. Algo tenía que hacer para entretenerme.

—¿Me lo estás vendiendo como si fueras una víctima? Eres increíble.

—No veo el problema, ni que fuera la primera actriz con la que estoy —dijo escondiendo una sonrisa.

—Me da igual lo que hagas con ella o con el resto de mujeres del condado, pero no quiero que tengas problemas con el coronel por tus devaneos. Ya viste cómo estaba ayer. Debes centrarte únicamente en tu instrucción y en tu entrenamiento que para eso estás aquí.

—Y ya lo hago, soy el mejor de mi grupo, ya oíste a Graham ayer; así que merezco un poco de distracción.

—¿Un poco? Esa mujer es mucho más que «un poco».

George rio con una expresión juguetona.

—Sí, eso es cierto.

Charles soltó un resoplido, vigilante de que Mary no estuviera pendiente de la conversación.

Aquella tarde a última hora, después de despedirse de ellos, fue a ver a Rosalind y, a pesar de sentir aún el agotamiento de la mañana, pudo disfrutar de un placentero encuentro que se alargó hasta bien entrada la noche. El cuerpo de aquella mujer le hacía olvidarse del resto de sus males y su mejor terapia en aquel momento era acariciar su piel suave y escuchar sus jadeos en su oído. Y así continuaron, dándose placer mutuo hasta que ambos se quedaron dormidos.



George se desperezó estirando los brazos y vio la larga cabellera pelirroja encima de su pecho. Apartó, atrevido, la sábana y dejó al descubierto el cuerpo desnudo de ella; no pudo evitar un suspiro de deseo. Le sujetó el cuello para alzar su rostro y la besó con tanta pasión que la despertó. Sin ni siquiera preguntar saltó sobre ella, lo que provocó una carcajada en la dama.

—Capitán, deje que al menos me despierte —dijo mordiéndose el labio.

—No, no perdamos el tiempo en minucias —contestó y la besó de nuevo a la vez que se introducía entre sus piernas para iniciar los movimientos que a ambos les hacían gozar.

Llegó al hotel sudando; era agobiante el calor de aquel día. Decidió subir directamente a la habitación de Charles con la esperanza de poder refrescarse.

Entró sin llamar.

—¡Buenos días!

—Pensaba que habíamos quedado abajo.

—Sí, pero tenía la esperanza de que tuvieras una camisa de repuesto para dejarme. Hace muchísimo calor y he tenido que ponerme la de ayer.

—¿Por qué?

George se aclaró la garganta y desvió la mirada.

—Digamos que no he dormido en mi alojamiento y llevo la misma ropa de ayer.

Charles lo miró sin querer saber nada más.

—Busca en el armario y coge lo que quieras.

Rebuscó y sacó una camisa que lanzó a la cama. Empezó a desnudarse al notar el sudor de su pecho.

—¿No tendrás una toalla o un paño?

—No.

George recorrió la habitación con la mirada y encontró un pañuelo en la mesa.

—Esto me servirá. Me lo prestas, ¿no? —dijo a la vez que lo cogía.

Charles se giró y, al verlo, se lanzó hacia él.

—¡No! —exclamó y le arrebató el pañuelo de las manos de un empujón.

George lo miró boquiabierto y dirigió la mirada hacia el pañuelo.

—Lo siento, es… es un regalo —se disculpó Charles mientras lo sujetaba con fuerza en su mano.

—Perdona —contestó, y su mirada fue de la mano que apretaba aquel pañuelo al rostro de Charles, que se mantenía de pie sin mirarlo.

George acabó de vestirse en silencio, observando de reojo cómo su amigo guardaba aquel pañuelo en el cajón de la mesita. Cuando le indicó que ya estaba listo, Charles salió de la habitación para buscar a Mary. ¿A qué había venido aquello? Aquella reacción había sido desproporcionada.

George se quedó sentado unos segundos mientras recorría la habitación con la mirada. Todo era muy extraño: su inesperada visita a Brighton, su actitud y ahora aquella exagerada respuesta por un simple pañuelo…, si es que era un simple pañuelo.

Volvió la vista hacia el cajón donde lo había guardado, lo abrió y lo sacó de allí. Era un pañuelo blanco de bolsillo con un bordado en un extremo: «CF». Sus iniciales. Era un bordado delicado, muy bonito, y por la respuesta de Charles debía de haberlo realizado alguien especial. Barajó varias posibilidades, pero la que más le convencía, y deseaba a la vez, era que fuera un regalo de Kate.

Volvió a guardar el pañuelo y se quedó pensando de nuevo en su actitud y en aquel inesperado viaje. Todo su comportamiento, desde que había llegado, era extraño y esquivo. En primer lugar, aún no le había aclarado el motivo real de aquella visita, seguía sin creerse que solo fuera por Mary; además, apenas le había contado nada de Downton. Cada vez que había intentado sacar el tema, le respondía con monosílabos o frases cortas sin

querer profundizar en el asunto, y él ardía en deseos de saber más de las dos hermanas Miller.

Estaba dispuesto a indagar durante aquel día y decidió que se trasladaran con el carruaje hasta una de las playas que era accesible con el coche.

Mary estaba entusiasmada, correteaba por los alrededores y jugaba con la arena.

George le reveló a su amigo los detalles de su próximo destino en Irlanda, y le indicó que, si al final eran convocados, se marcharían a finales de verano.

Y, por su parte, Charles le explicó que iba a pagarle los estudios a una de las alumnas de Kate que no había podido acceder a una plaza de un colegio de Salisbury. George no pudo disimular su asombro ante aquella noticia; Kate debía de haber quedado impresionada con aquel increíble gesto.

«Muy bien, Charles», pensó absolutamente orgulloso de su amigo.

Si con aquello Kate no había caído rendida a sus pies es que no entendía de mujeres. Pero entonces algo no cuadraba: ¿aquel generoso acto significaba que ya había aceptado lo que sentía por ella? Pero, si así era, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Por qué no se había quedado con ella? ¿Por qué estaba tan taciturno si todo parecía ir bien? Necesitaba saber la verdad. La curiosidad lo mataba por dentro. Y entonces recordó el pañuelo, su desproporcionada reacción y se propuso averiguar más.

—¿De quién era el regalo? —preguntó de repente.

—¿Qué?

—El pañuelo, ¿quién te lo regaló?

Charles titubeó en la respuesta.

—¿No te acuerdas? —insistió George mirándolo fijamente—. Debía de ser importante por tu reacción.

—La señora Pearson me lo dio antes de marcharnos.

La expresión de George mostró extrañeza e incredulidad a partes iguales.

—¿La señora Pearson? ¿Por poco me atizas un golpe por un pañuelo de la señora Pearson?

—No te iba a dar ningún golpe. Y ya sabes que es como una madre para mí y ella…

—Charles, para —le interrumpió grave—. Si no me lo quieres contar, no me lo cuentes, pero no me tomes por estúpido.

Charles calló y fijó la atención en la arena.

—Mira, no sé qué te pasa o lo que te ha pasado —continuó George—. No sé por qué habéis venido a Brighton…

—Ya te lo dije, Mary tenía ganas de verte —intervino.

—Te he dicho que no me tomes por tonto —espetó serio—. Sé que Mary tenía ganas de verme, pero es la primera vez en años que venís a visitarme estando recluido por el ejército, así que sé que pasa algo más. Si no me lo quieres contar, lo respeto, pero no me mientas ni me trates como si no me enterara de nada.

George soltó aquella frase sin pensar, cargada de toda la frustración que ya sentía con todo el asunto.

Charles lo miró un instante antes de volver a desviar la vista.

—Estoy bien, no tienes que preocuparte. Necesitaba salir de Downton. Han sido unos días muy intensos con la enfermedad de Alice y… otros asuntos, y necesitaba despejarme. Nada más, solo es eso.

George frunció el ceño. ¿Que estaba bien? ¡Y un cuerno! Uno no se marcha del pueblo donde está la mujer que ama si está bien con ella.

«Oh, Charles, lo tienes tan fácil y lo estás complicando tanto…», pensó con impotencia.

Rosalind sonrió traviesa. Bajaba los labios por su vientre haciendo que George se tensara al poner a prueba su resistencia.

—Preciosa…, tengo que irme ya… —dijo de manera entrecortada.

—¿Estás seguro? —preguntó provocativa mientras bajaba más y lentamente por su cuerpo.

—Sí… —contestó con los ojos cerrados y con la sensación de que se desvanecía su fuerza de voluntad.

Aspiró profundamente para conseguir despejar su mente y la agarró de los hombros para enderezarla antes de que continuara.

—Debo irme, de verdad. Hace más de media hora que tenía que haberlo hecho y, si continuas, no podré marcharme.

Rosalind frunció los labios en un mohín seductor que hizo sonreír a George. La besó con suavidad y se incorporó para vestirse.

—Esta noche estreno mi obra —apuntó ella a la vez que se estiraba boca abajo.

—¿Es esta noche?

—Sí, pero aún no sé si podré conseguirte entradas. Es un estreno muy exclusivo, con invitados muy selectos, pero lo intentaré.

—Tranquila, si no puedo ir hoy, iré a verte otro día. No te preocupes.

Rosalind atravesó la cama a gatas, lo sujetó de la casaca y lo obligó a que se inclinara.

—Quiero que vengas hoy —musitó sensual—. Quiero que estés allí y que me veas en el estreno. Actuaré solo para ti —le susurró al oído.

George retuvo el aire y sintió que volvía a excitarse. Era evidente que aquella mujer era una experta en volver locos a los hombres. Podía lograrlo con un simple pestañeo. Tragó saliva, se aclaró la garganta y la besó en la frente para no tentar más a la suerte y a su cuerpo, que le exigía que la poseyera de nuevo.

—Nos vemos pronto —le dijo con suavidad.

Se despidió y salió de allí antes de volver a sucumbir a sus encantos.



Aquella tarde su paciencia sobrepasó los límites. Más de media hora llevaba Wells detrás de él como si fuera su fiel esclavo y no creía que pudiera soportarlo más.

—Vamos, George, qué te cuesta, solo esta tarde.

—¡No voy a dejarte mi chaqueta! ¿Estás loco?

—Solo unas horas —le suplicó Wells.

George se giró hacia él con el puño apretado.

—Me da igual que le hayas dicho a esa mujer que eres oficial, es tu problema.

—Solo la necesito un rato.

—Pídesela a Bruce.

—Es que… le dije que era capitán, y… conoce los galones del ejército porque su tío es teniente en…

—¡Me da igual! —le interrumpió en un tono alto—. No me importa la vida de esa pobre chica a la que quieres embaucar, y no pienso contribuir a ello.

—Venga, siempre me decís que debo centrarme; a lo mejor esta es la mujer de mi vida y no estáis colaborando —añadió con una desfachatez pasmosa.

George se debatía entre ignorarlo o directamente partirle la cara. La segunda opción era muy tentadora.

—Sabes que aborrezco las mentiras y mucho más si es para engañar a una mujer, así que ni se te ocurra volver a pedírmelo. Si crees que puede ser la mujer de tu vida, hazte un favor a ti y a ella, ¡y sé sincero por una maldita vez!

Atravesó el pasillo escuchando aún sus súplicas a lo lejos. Era alucinante como podía ser tan egoísta y tan cínico. Entró en su habitación y dio un portazo; no soportaba a Wells cuando adoptaba aquella actitud.

Unos golpes en la puerta le hicieron soltar una maldición.

—No voy a dejarte mi chaqueta, ya te lo he dicho, ¡no insistas, Wells!… —pronunció alzando la voz. Abrió la puerta con desgana y se quedó mudo al instante al ver al coronel—. Disculpe, señor, pensaba que era otra persona…

—No se preocupe, Crowley, no quiero su chaqueta ni nada que se haya puesto usted. A saber por dónde ha ido con ella.

George bajó la vista, se mordió la lengua y le ofreció pasar.

—¿Necesita algo, señor?

Graham lo observó y soltó un hondo suspiro.

—Me han dado esto para usted —indicó mientras le acercaba un sobre.

El capitán lo abrió; había unas entradas en el interior.

—Son para el estreno de esta noche en el teatro principal —explicó el coronel.

Se le iluminó el rostro al sacar las invitaciones.

—Un estreno al que solo van invitados los altos mandos del ejército y las personalidades más influyentes de la ciudad y del país —explicó Graham entrecerrando los ojos—. No sé cómo ha conseguido esas entradas y no quiero saberlo, pero haga el favor de comportarse correctamente porque está invitado hasta el príncipe.

La boca de George se curvó en una sonrisa, lo que propició que el coronel se acercara a él con la mandíbula apretada.

—¡No sonría, Crowley! Le juro que como me avergüence esta noche lo degrado mañana mismo a cabo. ¿Lo ha entendido, capitán?

George asintió e hizo el saludo militar mientras el coronel abandonaba la habitación, no sin antes repetirle la amenaza.

Sacó las invitaciones de nuevo y comprobó que había tres. Pensó al momento en Rosalind y en la conversación de aquella misma mañana.

Finalmente las había conseguido. Se golpeó con ellas la palma de la mano y salió directo para organizar aquella velada.



George le enseñó a Charles las tres invitaciones y le dijo que podían ir ellos dos con Mary. Después de un debate sobre lo apropiado o no de llevar a una niña de ocho años al teatro por la noche, y tras explicarle el argumento de la obra, el capitán lo convenció. Quedaron a las siete para salir hacia allí.

El teatro se encontraba en Duke Street. Nada más llegar, pudieron comprobar la categoría y elegancia de los asistentes. Damas con vestidos de seda e impecables tocados y joyas de incalculable valor, y caballeros y altos mandatarios del ejército con sus trajes y uniformes de gala.

Mary estaba fuera de sí, era la primera vez que iba al teatro y no podía controlar la emoción. Quería ver y tocar todo y se escapaba de las manos de su padre cada vez que él la sujetaba.

—Tenemos entradas para un palco —explicó George.

—Qué detalle por parte de Rosalind… —apuntó Charles mirándole fijamente.

—Sí, ya se lo agradeceré cuando la vea —respondió y soltó una carcajada.

La representación era la adaptación de una obra de un escritor novel en ascenso, y Rosalind estuvo fabulosa recreando el personaje de una pobre campesina que conquistaba el amor de un duque.

Al finalizar, los aplausos hicieron vibrar toda la sala, y a la salida la actriz apareció para saludar a los invitados.

Mientras George hablaba con un teniente de la marina, observó cómo Rosalind se acercaba a Charles y charlaban durante unos minutos, tras lo cual ella se despedía de él de manera fría y altiva.



—No sé qué problema tiene tu amigo, pero más le vale que lo solucione —le soltó Rosalind aquella noche.

George se incorporó y apoyó la espalda en el cabezal de la cama.

—Lo único que le pasa es que está enamorado y no sabe qué debe hacer.

—¿Está casado?

—Es viudo.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Es complicado.

—Me parece que se lo está complicando él mismo —replicó ella endureciendo la voz—. Y no estoy dispuesta a que me vuelva a menospreciar.

—No te ha menospreciado, está un poco… confundido, pero nunca haría nada para molestarte.

—Sí que me ha menospreciado, desde que me conoció, y yo no tengo la culpa de que no sepa gestionar sus asuntos.

—Rosalind…

—No quiero volver a verle —afirmó tajante.

George frunció el ceño ante aquel tono tan autoritario.

—Voy a estar con él todo el tiempo que esté en Brighton. No tienes que coincidir con él si no quieres, pero no me hagas elegir entre tú y él.

—¿Eso significa que salgo perdiendo?

—Hace nueve años que lo conozco, me salvó la vida y ha cuidado de mí desde entonces. Es mi hermano. —La miró fijamente—. No me hagas elegir.

Los ojos de Rosalind se abrieron con una expresión desconcertada y atónita; eran los ojos de una mujer demasiado acostumbrada a conseguir siempre lo que deseaba.

Salió de la cama indignada y se puso una bata.

—¡Márchate!

George soltó un bufido.

—Rosalind…

—¡Márchate! —repitió señalando la puerta.

—Creo que estás exagerando, pero tú misma… —sostuvo. Se puso los pantalones y cogió su camisa y su chaqueta—. Si quieres verme, ya sabes dónde encontrarme —indicó antes de salir de su habitación.

Tras escuchar como algo se estrellaba contra la puerta cerrada, bajó las escaleras abrochándose la camisa y luego se colocó la casaca.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 54
Una pequeña confidente y una difícil decisión

Charles aún se quedó otra semana en Brighton, lo que le supuso permanecer más de quince días en la ciudad. George estaba perplejo ante aquella huida en toda regla que estaba haciendo de Downton y de Kate. Porque ya no le cabía la menor duda de que estaba huyendo de ella.

A pesar de las contestaciones tan escuetas que le daba, George seguía con sus interrogatorios. Quería averiguar el motivo real de aquella escapada, pero, también, que le contara noticias de las hermanas Miller.

Por otro lado, el contacto con Rosalind se había suspendido de manera indefinida. Ella se había mantenido orgullosa sin mostrar interés por verle, y George no había insistido. Sabía que había retomado relaciones con el duque de Devonshire porque Wells le había informado en cuanto se enteró. Pero, a pesar de echar de menos una mujer en la cama, no iba a ir a buscarla, ni muchísimo menos a suplicarle que volviera. Era ella la que le había echado, así que le correspondía a ella volver si lo deseaba. Ahora lo que más le importaba era estar pendiente de Charles y de ayudarle.

Una de las mañanas decidió cambiar de estrategia. Ya que su amigo se mantenía en aquel hermetismo desesperante, decidió utilizar a Mary para conseguir información. La pequeña era una fuente inagotable de anécdotas y curiosidades, y estaba seguro de que algo podría deducir de lo que le contara.

Organizó un encuentro entre Charles y el vizconde Hereford, que ardía en deseos de conocer a *lord* Forster de York, y aprovechó para llevarse a Mary de paseo por la playa.

—Echarás de menos Downton, ¿no? —le preguntó George mientras la pequeña correteaba por la arena.

—Sí, les quiero llevar un regalo a la señorita Kate y a Alice.

—¿Estuvisteis bien en casa con ellas?

—¡Mucho! Papá estaba contento de que estuvieran allí. Les pidió que se quedaran hasta que Alice estuviera buena.

—Muy bien… ¿Y pasó algo con ellas? ¿Hay alguna historia que quieras contarme?

Mary se quedó pensativa unos segundos.

—Pues muchas cosas…

—¿En serio? ¿Qué cosas? —El entusiasmo de George fue en aumento, su pequeña Mary nunca le defraudaba.

La niña se sentó en la arena y él la imitó; esperaba con ansia que le hablase.

—Un día, la señorita Kate se cayó en el jardín, en un charco de la pradera, estaba llena de barro —explicó y empezó a reír—, y papá salió corriendo a ayudarla. Aquel mismo día bajó a cenar muy guapa, con un vestido blanco, y papá se puso colorado —dijo tapándose la boca con un poco de pillería.

George sonrió al escucharla. Sí que había habido un acercamiento entre ellos, lo sabía.

—¿Y qué más?

—Otro de los días, la señorita Kate vino muy triste y llorando. Era por Beth, una niña del colegio, y papá la ayudó a arreglarlo y volvió a estar contenta.

Lo de los estudios de Beth que Charles le había contado.

—Y una mañana, escuché cómo la señorita Kate y Alice hablaban de papá. Estaban las dos en la habitación, decían lo bueno que era y la señorita Kate quería hacerle un regalo.

«¡El pañuelo! Aquel pañuelo era regalo de Kate y por eso Charles lo guardaba con tanto celo», dedujo George convencido.

Mary continuó relatando pequeños detalles de ellos dos juntos, que para la niña solo eran anécdotas divertidas, pero que para él eran el modo de captar lo que habían supuesto aquellos días en la casa. Aquella convivencia los había unido más, y ahora veía claro que Charles se había marchado de Downton porque estaba muerto de miedo. Miedo a aceptar lo que realmente sentía por ella y a saber que ya nada podría borrarlo. Se había alejado para intentar olvidar, pero la distancia de unas semanas jamás eliminaría aquel sentimiento.

Acarició la arena mientras escuchaba a la pequeña. Tenía que aprovechar que Charles seguía en Brighton para ayudarle, debía calmarlo y hacerle reflexionar para que se decidiera. Quizá ahora, que tenía más información, podría hablar más claramente con él y… tal vez…

—Y Alice me preguntó por ti —añadió Mary interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué… qué? —titubeó George volviendo su atención a ella.

—Estaba preocupada por ti. Y me preguntó varias veces si habíamos recibido alguna carta tuya o si teníamos noticias del ejército.

Aquello le provocó una extraña y desconocida sacudida en el estómago.

—¿Alice te preguntó por mí?

—Sí, varias veces —repitió sonriendo.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues que estarías bien, que tú siempre estabas bien porque tenías muchas amigas.

—¡¿Qué…?! —Sintió que se le desencajaba la mandíbula—. ¿Le dijiste que tenía muchas amigas?

—Sí, es la verdad —dijo Mary con toda la naturalidad—. Os oigo muchas veces hablar a ti y a papá sobre esas amigas.

George notó que la arena desaparecía bajo sus pies. No entendía por qué, pero aquello le produjo un malestar terriblemente desagradable.

—Mary, no tengo tantas amigas. No tienes que contar eso.

—¡Claro que sí, las tienes! —protestó—. Papá muchas veces te regaña porque tienes muchas, yo eso lo he oído.

El capitán renegó en voz baja. No podía culpar a la pequeña, él prácticamente vivía con ellos, era bastante normal que hubiera escuchado alguna conversación. Y aún debía dar gracias de que con su inocencia solo entendía una pequeñísima parte de todo.

El estómago se le encogió más si cabe. No era el hecho de que Mary lo contara, nunca le había importado su reputación de mujeriego, pero inexplicablemente sí que le afectaba que Alice lo supiera. No hacía ninguna falta que ella conociera sus devaneos. ¿Qué debía pensar ahora de él? Que era un libertino. ¡Fantástico!

—Escúchame Mary, escúchame con atención. Cuando vuelvas a Downton, quiero que le digas a Alice que me has visto bien, pero que solo he estado con el ejército y con vosotros…

—Y con la señorita Rosalind.

—¡No! ¡Solo con el ejército y con vosotros! ¡Nada de la señorita Rosalind!

—¿Por qué? Si es muy guapa y simpática.

George soltó un suspiro de desesperación. Era imposible, no podría controlar a Mary sin estar presente, contaría todo lo que había visto, como hacía siempre. Ya la imaginaba explicando cada detalle de Rosalind, desde su aspecto, sus vestidos, su obra de teatro y, por supuesto, su amistad con ella.

—¿Se enfadaría Alice si hablo de la señorita Rosalind? —preguntó Mary con ingenuidad.

George vaciló. Buena pregunta: ¿le molestaría? No tenía ni idea. Lo más probable es que le diera igual; no entendía por qué le estaba dando tantas vueltas. Realmente, el hecho de que Alice se preocupara por él no significaba nada más allá. Y, por otra parte, él no estaba interesado en ella, solo era una amistad, así que tampoco había necesidad de esconder nada. Daba igual si ella sabía lo que hacía o no, qué más daba.

Empezó a dolerle la cabeza. ¿Por qué le estaba dando tanta importancia?

—Podrías escribirle una carta —volvió a intervenir Mary—. Seguro que le gustaría y se pondría contenta.

George se quedó con la boca abierta y comenzó a sopesar si aquello era buena idea.

—Ya veré qué hago —respondió con un carraspeo con intención de zanjar el asunto. No estaban allí para hablar de él, tenía temas más importantes.

Debía centrarse en lo principal y no despistarse con asuntos triviales que no llevaban a ningún sitio. Y la amistad con Alice no era algo que necesitase debate; estaba todo muy claro. Él lo tenía todo claro, no era preciso hablar de ello y menos con su sobrina de ocho años que tendía a exagerarlo todo hasta el extremo.



La táctica de volver a interrogar a Charles, ahora que disponía de más datos, se vio truncada cuando le informó de que debía ir a Londres.

—Quiero asegurarme de que la empresa de comercio exterior sigue funcionando sin ningún problema —explicó a la mañana siguiente.

—Esa empresa te ocupa casi todo tu tiempo. Tienes negocios más rentables.

—Es cierto, pero tengo un interés personal en esa operación, ya te lo dije —comentó con una enigmática sonrisa.

George se apoyó en un rincón de la habitación mientras Charles daba instrucciones a la doncella sobre el equipaje de Mary.

—Te avisaré cuando nos vayamos a Irlanda.

Charles levantó la vista hacia él.

—Intentaré venir antes de que te vayas.

—Tranquilo. Sé que estás ocupado y lo de Irlanda no será nada, en unos meses estaré de vuelta y lo celebraremos —dijo sin darle importancia.

—Quiero venir a despedirme —insistió Charles—. Haré todo lo que pueda para llegar antes de que os vayáis —aseguró y apoyó la mano en su hombro.

George asintió, agradecido.

—Estaré alojado en casa de *lady* Hamilton —continuó Charles—. Avísame de cualquier noticia o imprevisto y vendré de inmediato.

Charles y Mary se marcharon a la mañana siguiente, y George volvió a su rutina y a sus horarios de siempre. Las mañanas las dedicaba a los nuevos reclutas y las tardes, a su propia preparación.

Había decidido evitar las fiestas y los eventos, y sobre todo a las mujeres, para no distraerse durante aquellas semanas. Debía centrarse para llegar preparado a Irlanda y, ante todo, para que sus hombres llegasen adiestrados.

El soldado Davis iba mejorando, pero seguía sin estar listo para participar en una posible revuelta. Así que, cuando el coronel Graham le informó de que todos sus hombres iban a partir hacia Irlanda, el corazón de George se encogió por el pánico.

—Señor, con todo el respeto, tengo reclutas muy jóvenes que no están preparados.

—Esa era su misión durante estos dos meses, capitán Crowley, prepararlos. No me culpe a mí por no haber hecho bien su trabajo.

—Señor, se lo suplico, déjeme que decida qué soldados están listos para partir y cuáles no —le rogó.

—Van a ir todos, capitán. Es competencia mía, no suya. Yo tuve que ir a Francia y a Prusia cuando apenas tenía dieciocho años, así es nuestra vida.

Y esos muchachos deben aprender para qué se han alistado —espetó a la vez que levantaba la barbilla con orgullo y prepotencia.

George no replicó, sabía que era inútil razonar con Graham cuando había tomado una decisión. Aún quedaban tres semanas para partir, debía emplearse a fondo con esos muchachos para evitar que cayeran en el primer asalto.



Los días fueron pasando y finalmente se decidió que el día de partida sería el veintiocho de agosto. En diez días estarían ya de camino.

Escribió a Charles para informarle de las nuevas noticias, tal como le había prometido. Y su amigo, cumpliendo su palabra, le mandó una carta en la que le indicaba que en breve iría a Brighton para despedirse.

Aquel reencuentro fue lo único que le animó después de tantas jornadas de entrenamientos y preocupaciones. George intentó disimular al máximo su inquietud por aquel viaje con sus habituales bromas y sarcasmos y en un momento de la conversación, Mary intervino:

—¡Vimos a la señorita Kate! —exclamó, lo que sorprendió a George y alarmó a Charles.

—¿Kate estaba en Londres?

—Ah…, sí, la vi de casualidad en una fiesta —indicó Charles.

—¿Y qué hacía en Londres?

—Había ido con Robert y Rebecca Stone.

—¿Y cómo está? —preguntó sin disimular su entusiasmo por aquel encuentro entre ambos.

—Está bien —respondió con sequedad con la intención de evitar aquella conversación.

George advirtió su seria expresión y temió que algo hubiera pasado; por su actitud no sería nada bueno.

—¿Ha pasado algo?

—No. ¿Qué iba a pasar? Ella fue de visita y nos encontramos de casualidad, nada más. Tampoco volvimos a coincidir porque ella se fue al día siguiente —explicó Charles de manera precipitada.

—¿Y ya está? ¿No hablasteis de nada? ¿No te explicó nada? ¿Qué tal todo por Downton? —preguntó con impaciencia.

—No lo sé, te digo que la vi solo un instante y al día siguiente se marchó de Londres. No tuve ocasión de preguntarle.

Aquello era un desastre. Charles había desperdiciado totalmente un encuentro con ella. ¿Qué posibilidades había de que se encontraran los dos en Londres, en el mismo lugar y día? Pero él no solo no lo había aprovechado, sino que se veía más serio y abatido que la última vez que estuvo con él. Ahora percibía que la situación entre ellos era peor de lo que pensaba.

Llegó al cuartel sin quitarse aquello de la cabeza. En una semana se marchaba del país, a saber por cuánto tiempo, y no había conseguido dejar a Charles feliz en Inglaterra.

Se sentó en el borde de la cama y se masajeó las sienes para relajar la mente. «Vamos, piensa. Algo más podrás hacer», se decía con los ojos cerrados. Escuchó desde su habitación como unos soldados reían en el pasillo al felicitar a un compañero por su próxima boda.

Boda… Compromiso… Declaración…

Alzó el rostro a la vez que una idea se materializaba en su mente. Negó con la cabeza varias veces; no podía hacerlo, era demasiado, era cruzar una línea que era posible que no tuviera camino de retorno. Debía hacer otra cosa. Pero nada más se le ocurría. Y aquella idea le seguía rondando. Sabía que debía actuar con contundencia, con la mayor fuerza y dureza para que Charles, finalmente, tomase una decisión.

Apretó los ojos pensando con rapidez. Si lo hacía, se arriesgaba a tener un conflicto terrible con él, incluso a perder su amistad, y sin Charles no era nada. Podía soportar las pérdidas que había sufrido hasta ahora e intentar olvidar el dolor del pasado, pero perder la amistad de Charles le destruiría. Jamás le había mentido en aquellos años y le angustiaba que aquello pudiera repercutir en su confianza, aunque pudiera aclararlo más adelante.

Por otro lado, quería que fuera feliz, y sabía que con Kate lo sería.

Apoyó la barbilla en las manos. Debía arriesgarse. Era su última baza, no le quedaba nada más. Era lo único que podía hacer por él antes de marcharse.

Aquella noche apenas durmió, intentaba visualizar las posibles reacciones de Charles ante lo que iba a hacer. Enfado, ira, decepción o… sorpresa, contrariedad, flaqueza… o todo a la vez, mezclado en una dura situación que no sabía si podría controlar.

Se levantó temprano a la mañana siguiente y se ejercitó antes de las seis. Terminó agotado, pero afrontó acto seguido el entrenamiento de sus soldados con ímpetu.

Por la tarde, decidió que no podía demorarlo más y salió hacia el hotel de Charles. Se detuvo frente a la puerta cerrada de su habitación. Abrió y cerró el puño varias veces para intentar relajarse… y llamó.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 55
Declaración de intenciones

Entró en la habitación con indecisión y encontró a Charles organizando una infinidad de papeles.

—¿Estás ocupado? ¿Quieres que vuelva más tarde?

—No, tranquilo, solo estaba guardando los últimos contratos que he firmado en Londres.

George se paseó por la habitación repitiéndose que aquello no era buena idea. Era una medida demasiado drástica y, si Charles no lo encaraba como él esperaba, podía salir muy mal. Las dudas permanecieron durante varios minutos, en los que se mantuvo en silencio. Finalmente concluyó que debía intentarlo. Prefería arriesgarse en lugar de no hacer nada antes de marcharse a Irlanda. Tomó aire y, sin pensar más, para no arrepentirse, intervino:

—Charles, quería hablar contigo de un asunto.

Este levantó los ojos hacia él, sorprendido por el tono solemne de su voz.

—Verás…, con respecto a Kate…, quería comentarte algo.

Antes de continuar, George pasó la mano por la mesa dando pequeños golpes con los dedos de manera rítmica sobre la madera, que denotaban claramente su inquietud.

Charles lo miró a la expectativa, sin entender tanto misterio.

—He estado pensando mucho en ella en estas últimas semanas —indicó, y luego hizo una pausa con la duda aún de si continuar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charles, que intentaba analizar su extraño comportamiento.

George se volvió para enfrentar su mirada.

—Lo he pensado mucho y he analizado lo que sentía…

—¿Lo que sentías? —repitió Charles cambiando su expresión.

George carraspeó antes de continuar.

—Estoy enamorado de ella —declaró atento a su reacción.

Charles se aclaró la garganta, atónito ante aquella revelación.

—¿Qué?… ¿Es una broma?… ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó levantando el tono—. ¿Enamorado tú?

—Sí, sé que parece una locura, pero me he dado cuenta durante estas semanas.

Charles se pasó la mano por el pelo incrédulo ante lo que escuchaba, y le clavó una incisiva mirada.

George tragó saliva al ver cómo su rostro se iba endureciendo.

—No… no estás enamorado… —siseó Charles mientras se acercaba a él —. Lo que te pasa es que no llegaste a conquistarla del todo y te revienta dejar estas cosas a medias, pero no juegues con esto, George, te lo advierto.

—No es un juego, lo digo en serio —dijo irguiéndose frente a él—. La amo, Charles, y… —se detuvo sopesando lo que iba a decir— voy a pedirle que se case conmigo.

Ya estaba, lo había dicho. Ahora solo cabía esperar su reacción. Notó cómo se aceleraba el bombeo en su pecho y se quedó callado, a la expectativa.

Charles abrió la boca sin dar crédito a lo que había escuchado. Se quedó completamente rígido durante varios segundos, sin mover un músculo, hasta que, de repente, sonrió y después empezó a reír, lo que sorprendió a George.

—Vale, por un momento me lo he creído, muy gracioso —afirmó con indiferencia.

George lo miró con el ceño fruncido, aquella no era la reacción que esperaba. Debía creerle, si no, todo aquel teatro no tenía sentido.

—No es una broma, lo digo muy en serio —indicó firme.

—Por supuesto que es una broma, sin ninguna gracia, pero una broma — replicó y volvió la atención hacia sus papeles.

—Charles —le llamó haciendo que levantara la vista—, es cierto, es lo que siento.

Y en aquel momento George vio cómo su rostro palidecía y supo que le había creído. Solo faltaba un paso más.

—¿Qué…? —susurró Charles cambiando su expresión de la sorpresa a la indignación en fracción de segundos.

—Sé que puede sorprenderte…

—¡¿Pero de qué estás hablando?! ¡Venga ya, George! ¡¿Tú casándote?! Hace cuatro días estabas con esa actriz. ¡Hablemos en serio por una vez!

—Ella no significó nada.

—¡Pues como todas! —le gritó a pocos centímetros de su rostro.

George aspiró profundamente, mientras Charles empezaba a dar vueltas por la habitación como un león enjaulado.

—Charles, sé que le tienes aprecio a Kate, te preocupas por ella, pero yo nunca le haría sufrir…

—¡No es solo aprecio, es…! —Se calló, respirando agitadamente.

George lo observó con atención. «Sí, dilo, vamos, dilo», le animó mentalmente.

—¿Es qué, Charles?

Este se alejó y comenzó a desabrocharse el nudo de la camisa para poder respirar mejor. George apretó el puño, se sentía tremendamente culpable al verle tan agobiado.

—Ni siquiera sabes si te corresponde… —espetó Charles conteniendo su arrebato.

—Es cierto. Lo sabré cuando se lo pregunte. Si puedo, iré a verla antes de marcharme a Irlanda. Al menos sé que me tiene estima y, si aún no me ama, tengo recursos de sobra para que se enamore de mí.

Se arrepintió al momento de aquella última frase. Era innecesaria y solo consiguió que los ojos de Charles brillaran con una decepción que se le clavó dentro.

—Ella no es para ti… —declaró Charles con la voz ahogada.

George alzó la barbilla con la intención de mantener una pose orgullosa.

—Jamás le haría daño.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —indicó con la mirada encendida—. ¿Cómo puedes asegurar que no te cansarás y la dejarás en cuanto te aburras? Como te pasa siempre… ¡¿Cómo puedes asegurarme de que eso no sucederá?!

George bajó la vista un instante.

—¿Y qué crees que debería hacer? —preguntó levantando de nuevo el rostro hacia él—. ¿Renunciar a ella?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó tajante Charles.

—¿Sin ni siquiera intentarlo? —replicó George—. No. Yo no soy así, y lo sabes. Tal vez tú seas diferente, pero sabes cómo soy yo, me conoces. Sabes que cuando quiero algo, peleo por ello. Y es lo que voy a hacer —dijo firme—. No hacerlo sería de cobardes —sentenció dándole énfasis a aquella última frase.

«Vamos, Charles, sé sincero conmigo, por favor».

Este se giró hacia él con una expresión inundada de despecho.

—Esto no es una competición ni un reto. Estamos hablando de sentimientos. ¡Estamos hablando de Kate!

—Te repito que jamás le haría daño.

—¡Y yo te repito que no te creo! —exclamó con una gran tensión.

Se hizo un silencio abrumador, y George decidió dar la última estocada y terminar con aquella desagradable situación.

—Lo voy a intentar, Charles —dijo grave—. Si me rechaza, me retiraré elegantemente. Pero si me acepta… —pronunció dando seguridad a sus palabras aunque no las sintiera.

Charles desvió la mirada para evitar ver su resuelta actitud.

—Eres un egoísta —murmuró.

—¿Perdona? —saltó George con los ojos muy abiertos, sorprendido ante aquella ofensa.

—Lo que has oído —replicó mirándole de nuevo—. Haces todo esto solo para saciar tu ego, ella te da igual.

La expresión de George se endureció al escucharle, sentía que eran injustas sus palabras. Y, sin darse cuenta, se dejó llevar por los nervios y la inseguridad que sentía en aquel momento, y se le encaró.

—Contéstame a una pregunta —dijo George acercándose a él—. ¿Qué te molesta más, que sea yo quién la pretenda o que Kate sea la mujer?

Ante la pregunta, Charles quedó callado, así que George decidió insistir.

—Si fuera otro hombre el que quisiera conquistarla, ¿reaccionarías del mismo modo o solo es porque soy yo? —preguntó mucho más enojado.

—No te la mereces —declaró rotundo.

El rostro de George mostró el dolor que aquellas palabras le estaban produciendo. ¿Era lo que realmente pensaba de él? ¿Que no era digno de ella? Una ráfaga de decepción y rabia le sobrecogió y estuvo tentado de decirle la verdad, de gritarle que era un cobarde por aferrarse a un recuerdo en lugar de luchar por lo que realmente quería. Pero no lo hizo y sintió cómo algo se le rompía dentro. Se recompuso y endureció la expresión.

—Voy a hacerlo, Charles. Me da igual lo que pienses o lo que opines. Te lo he comentado por educación y por respeto, pero no pienso cambiar de idea sea cual sea tu pensamiento o tu opinión sobre mí —indicó contundente—. A partir de aquí, haz lo que tengas que hacer o lo que creas que es más conveniente.

Después de aquel enfrentamiento, George abandonó la habitación dando un sonoro portazo, incapaz de permanecer allí más tiempo.

Ya en el pasillo, se apoyó en la pared, bajó la cabeza y fue consciente del peso que todas aquellas palabras le habían producido. Había discutido más veces con Charles durante aquellos años, pero jamás en aquel tono ni de manera tan hiriente. Saber, claramente, qué imagen tenía de él, cuál era la penosa opinión que albergaba sobre su persona, le dolía más que todas las palizas que había recibido en su vida.

Se enderezó, recuperó su semblante y, con paso firme, se alejó de la habitación.



Llegó al cuartel cuando ya había anochecido. Un arrebato mezcla de indignación y culpabilidad le ahogaba las entrañas. Indignación porque se sentía injustamente tratado, tanto por las crudas palabras de Charles como por su actitud. Y culpabilidad por haber sido el responsable de provocar aquella dura situación. Pateó con rabia una piedra que golpeó contra la fachada.

El patio estaba prácticamente desierto a esas horas y quiso aprovechar aquella soledad; se sentó en uno de los bancos y apoyó los brazos en las rodillas.

Sabía a lo que se arriesgaba con aquella maniobra, podía haber consecuencias que no iban a ser agradables, pero Charles había sido mucho más brusco de lo que imaginaba. Pero lo peor era que le había decepcionado con aquella declaración, lo había comprobado en su mirada y en sus palabras. Y sentir aquella decepción era lo que más le dolía.

Charles siempre se había mantenido a su lado. Le había ayudado y apoyado a pesar de no estar de acuerdo con muchos de sus comportamientos. Pero al final siempre había estado ahí, desde el principio: cuando lo buscó en Southwark y lo sacó de su repugnante vida, cuando confió en él para cuidar a Elizabeth, cuando lo acogió en su casa, cuando lo integró en la familia con el nacimiento de Mary, cuando lo llevó a York como uno más y le ayudó a entrar en el ejército…

Pero ahora, en esta discusión, se habían dicho demasiadas verdades y todas dañinas, y tenía miedo de que se hubiera traspasado una línea en la que, aunque consiguiese aclarar la situación, su amistad se resintiera y ya

no volviera a ser como antes, no hubiera retorno. Aquello era lo que de verdad le angustiaba.

Se levantó sin ánimos de pensar más en ello. Fue hasta su dormitorio, se estiró en la cama y, escondiendo la cabeza entre los brazos, se quedó dormido.



La tristeza de la noche anterior dio paso por la mañana a un creciente orgullo. Se sentía herido por las palabras pronunciadas por su amigo, pues pensaba que eran injustas y desproporcionadas. Podía entender que gran parte de la reacción hubiera sido motivada por los celos, y que, por esa razón, no hubiera medido lo que decía, pero igualmente veía desmedida su actitud.

Charles había dejado muy claro que lo consideraba egoísta y egocéntrico, y que solo pensaba en su propia satisfacción. Y eso era algo que no podía olvidar. Movido por ese orgullo, decidió que aquel día no iría a verlo. Necesitaba despejar la cabeza de todo lo ocurrido la tarde anterior y no pensar en lo que se habían dicho. Así que se dedicó a sus principales tareas.

A primera hora fue a buscar al soldado Davis y continuó con el duro entrenamiento que le imponía a diario. Ahora su máxima prioridad debía ser preparar a aquel muchacho para el próximo viaje.

Y por la tarde se reunió con el coronel Graham para terminar de ultimar los detalles de la estrategia a seguir en Irlanda. El coronel no los acompañaría en aquella ocasión, dejaba a George como oficial al mando de la compañía. Examinaron mapas de la zona que ocuparían, el condado de Wexford, al sureste del país, y Graham le dio toda la información de la que disponía, desde la geográfica: ciudades, pueblos, ríos, llanuras y colinas estratégicas para evitar algún asalto; hasta la de maniobras, utilizada ya por otros regimientos en el país. Y como indicación final volvió a advertirle de que no bajaran la guardia frente a nadie.



Al día siguiente, para sorpresa de George, Charles apareció por el cuartel acompañado de Mary. La pequeña salió corriendo hacia él para darle un

fuerte abrazo, que el capitán alargó todo lo que pudo. Hundió el rostro en su espesa mata de pelo y su adorada princesa se aferró a su cuello sin querer soltarse.

Tras dejar a la pequeña en el suelo, alzó la vista hacia Charles, que lo observaba serio, en silencio. Con aquel mutismo dejaba claro que no quería hablar de lo que había sucedido entre ellos, y George tampoco deseaba rememorarlo. Se mantuvieron callados unos segundos, hasta que su amigo intervino:

—Ten cuidado.

George asintió y le extendió la mano, que Charles estrechó acercándose un poco más a él.

—Vuelve cuanto antes y bien —dijo en un tono más suave. George asintió de nuevo, con una forzada sonrisa, aunque con cierto alivio.

Vio cómo se alejaban en el carruaje y deseó que aquel destino a Irlanda durara lo menos posible. Cuando regresara a Inglaterra arreglaría la situación con Charles. Hablaría con él y lo aclararía todo. Esperaba que, para entonces, él y Kate ya estuvieran juntos, o eso es lo que anhelaba, así que podría ser sincero y solucionar aquel desagradable malentendido.

«Espero que todo esto haya servido para algo», se dijo mientras el coche se convertía poco a poco en una pequeña silueta oscura en la distancia.



El día de la partida, el cuartel amaneció sumido ya en su propia guerra. Decenas de soldados se movían sin orden ni control por los pasillos. Recogían sus cosas y comprobaban sus armas, entre gritos y órdenes de los oficiales que se cruzaban en su camino.

George se mantenía en su habitación, con la mirada puesta en su uniforme, que esperaba impecable encima de la cama, dispuesto para ser lucido. Cogió ropa cómoda del armario y la colocó en su bolsa. No debían llevar muchas pertenencias para no ir exageradamente cargados. Solo lo imprescindible para el día a día. Si una vez en Irlanda necesitaban algo más, ya lo adquirirían allí.

Echó un último vistazo al cuarto y centró su atención en el escritorio. Se acercó y sujetó la flor de Alice entre sus dedos. Al cabo de unos segundos, la dejó con brusquedad encima de la mesa. No iba a llevársela ni por asomo, ¿qué iba a hacer con ella en plena revuelta? Era una idea absurda.

Pero con aquel impulso, recordó la conversación de Mary en la playa: «Podrías escribirle una carta. Seguro que le gustaría y se pondría contenta». Esbozó una sonrisa. La verdad es que le apetecía escribirles a las hermanas Miller antes de marcharse. Y eso hizo: cogió papel y les informó de que partía de Brighton hacia Irlanda y que hubiese deseado verlas antes de irse.

A Kate le pidió, con la esperanza de que para cuando recibiera la carta ya estuviera feliz junto a Charles, que cuidase de Mary en el nuevo curso que comenzaba, y que estaría ansioso por escuchar sus divertidas historias.

Y cuando fue a escribir algo para Alice, se quedó en blanco. Era extraño, no sabía qué poner. En persona le hubiera dicho muchas cosas: que estaba feliz de que estuviera recuperada, que su flor le había servido de amuleto en aquellas semanas, que tenían un baile pendiente… Pero mirando el trozo de papel solo pudo escribir: *Alice, recuerde que me debe una sonrisa*. Y no quiso añadir nada más. Ya tendría tiempo de hablar con ella cuando regresara.

Terminó la carta despidiéndose afectuosamente de las dos y con deseos de verlas pronto. Dobló el papel, lo lacró y lo entregó con urgencia al primer soldado con el que se cruzó para que fuera enviado con el correo de aquella misma mañana.

Continuó recogiendo sus cosas y echó una última mirada de reojo hacia su escritorio. Se rascó el mentón sin dejar de mirar la mesa y acabó de guardar todo lo que era importante para él

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 56
Irlanda

Septiembre de 1799

Apoyó los brazos en la borda del barco. La delgada línea del horizonte comenzaba a divisarse y dejaba intuir su próximo destino. La embarcación se zarandeaba a través de las corrientes en su intento por alcanzar la costa lo más pronto posible. Al mismo tiempo, los soldados se afanaban en cubierta por estar listos con sus armas y su equipaje para desembarcar en cuanto llegaran a tierra.

George afrontaba la misión como líder de aquellos hombres, más de doscientos soldados a su mando, y, aunque debía ser una misión pacífica, el coronel le había advertido de los posibles peligros.

El lugar al que estaban a punto de llegar era Wexford, al sureste del país, capital del condado del mismo nombre y una de las zonas de Irlanda donde se había vivido con mayor crudeza la revolución el año anterior.

Cuando el barco arribó al puerto, el batallón bajó ordenadamente y se dispuso en filas observando la ciudad que se extendía frente a ellos.

El silencio fue lo único que les dio la bienvenida. Nadie apareció por allí, no se veía un alma en varias calles a la redonda. Aquella perturbadora calma inquietó a George.

—¡Soldados! —gritó antes de dar las órdenes oportunas—. Estableceremos los campamentos en el centro de la ciudad y en el norte, a las afueras. Quiero dos grupos para ocupar ambas zonas.

Uno de los sargentos movilizó a sus hombres y empezaron a internarse en la ciudad.

—¡Soldado Davis, conmigo! —llamó George a Samuel, que apareció abriéndose paso entre los compañeros, corriendo hacia él.

George lo miró tan solo un instante, se percató de que sujetaba de manera torpe el mosquete y disimuló un suspiro.

—No se separe de mí, ¿de acuerdo, soldado? —le susurró George.

Samuel asintió y comenzó a caminar detrás de él.

Atravesaron la vía principal, totalmente desierta. Pequeñas casas de uno y dos pisos flanqueaban las calles. El capitán miraba a ambos lados, asombrado por aquel angustioso silencio, solo roto por el viento, que arrastraba hojas, ramas o algún trozo de papel.

—Es como si hubieran abandonado la ciudad al saber que veníamos —dijo Bruce.

—No… no la han abandonado…, siguen aquí —susurró George e inclinó levemente la cabeza hacia su derecha.

Bruce siguió la dirección y vio que una mujer corría una cortina y desaparecía tras ella.

—Lo mejor es mantenernos tranquilos, sin provocarlos —añadió—. Hemos venido a mantener la paz, debemos evitar cualquier enfrentamiento.

Continuaron avanzando hasta un cruce, donde un muchacho, en la puerta de su casa, al verlos se metió rápidamente y cerró con fuerza.

En aquel momento, tres hombres salieron de sus viviendas sujetando unos gruesos palos y se mantuvieron en la entrada, mientras sus mujeres les suplicaban que volvieran a entrar.

George los observó uno a uno. No parecía que tuvieran intención de atacarles, además de que sería una auténtica locura, ya que solo eran tres frente a todo su batallón.

—No quiero que ningún soldado abandone la posición, hagan lo que hagan esos hombres —le indicó a Bruce.

El teniente se retrasó para dar las órdenes recibidas mientras los tres fornidos irlandeses les seguían con la mirada sin moverse del sitio.

El grupo más numeroso, liderado por George, se mantuvo en la ciudad. Se instaló en una de las plazas, que limitaba con un amplio descampado, perfecto para la cantidad de hombres que eran.

El segundo grupo, dirigido por Bruce, se dirigió al norte, a las afueras, siguiendo sus instrucciones, y acordaron que se informarían diariamente de cualquier novedad.

Durante las siguientes jornadas, se mantuvo la calma. Los habitantes de la ciudad empezaron a salir con cautela de sus casas para poder ir a comprar

y a faenar, pero evitaban cualquier emplazamiento donde se hubieran ubicado los soldados británicos.

George organizaba expediciones por el interior y los alrededores, desde el sur hasta el norte, pasando por el río Slaney, que desembocaba por el mismo Wexford.

Los soldados emplazados en el centro comenzaron a relajarse, en parte por la tranquilidad que se respiraba y también por la superioridad numérica y de armamento que poseían. Aquello les daba un aire de prepotencia que George intentaba aplacar con duras amenazas. Lo último que quería es que se creyeran con el poder suficiente para subyugar a esa gente.

Cuando ya llevaban dos semanas allí, el regimiento tuvo una visita inesperada. Un niño y una niña, que debían rondar los diez y los cinco años, respectivamente, se presentaron en el campamento de la plaza central. Iban cubiertos de polvo y barro, con su pelo pelirrojo pegado a sus mejillas debido a la suciedad. Y para sorpresa de todos los soldados, se quedaron de pie, mirándolos en silencio.

Los militares encontraron aquello entretenido y comenzaron a divertirse a costa de los niños, que se mantenían impasibles frente a ellos. Les lanzaban trozos de comida y se reían al ver que no movían ni un músculo.

—¡Largaos de aquí, sucios irlandeses! —gritó uno de los soldados, que les lanzó un trozo de pan y golpeó la cabeza de la niña.

La pequeña se tocó la cara con un leve gimoteo y el niño lo miró con tanta rabia que el soldado torció el gesto.

—¡Asesinos! —bramó de repente el niño—. ¡Asesinos! ¡Malditos ingleses! ¡Iréis al infierno! ¡Todos al infierno!

Los soldados se pusieron en pie con el semblante endurecido y se encararon con el pequeño, que se colocó delante de la niña para protegerla.

—Sois todos unas ratas —pronunció el soldado mientras se acercaba al niño—. Os merecéis todo lo que os pase, asquerosos irlandeses.

Le escupió al niño en la cara y el rostro del pequeño enrojeció hasta la punta de las orejas, presa de una furia que no podía dominar. Se lanzó contra el soldado con los puños apretados, pero este lo interceptó, lo sujetó de los brazos y lo levantó del suelo.

—¿Qué querías hacer? —preguntó con mofa.

El niño pateó con rabia con las piernas en el aire para intentar alcanzarlo. Con uno de los movimientos consiguió golpearlo en el lateral. El soldado soltó una maldición y apretó más fuerte los brazos del niño.

—O te estás quieto o lo lamentarás, mocoso —le amenazó el soldado tensando la mandíbula.

—¡Suéltale! —Una profunda voz resonó entre las calles.

Los soldados dirigieron la vista hacia una decena de hombres armados con palos y cuchillos que se encontraban a pocos metros de ellos.

—¡Suéltale! —repitió el hombre que estaba a la cabeza y que levantó el palo a modo de advertencia.

El soldado agarró por el costado al niño, lo inmovilizó más y se encaró desafiante al grupo de irlandeses.

—¿Y qué haréis si no lo suelto? ¿Nos vais a atacar con esas ridículas armas? —se burló.

Los irlandeses dieron unos pasos hacia delante y los soldados les imitaron, por lo que quedaron enfrentados a pocos metros.

—¡Soltad al niño u os arrepentiréis! —le amenazó apretando el palo entre sus dedos.

Los soldados empezaron a reír y varios de ellos cogieron los mosquetes con prepotencia.

Se escudriñaron durante unos interminables minutos, en los que la tensión fue en aumento.

—¡¿Qué está pasando aquí?!

Los soldados se giraron y sus expresiones cambiaron al ver a su capitán acercarse con paso firme hacia ellos. Varios dejaron caer sus armas y dieron un paso atrás.

George se quedó mirando al niño, que seguía revolviéndose en el brazo fuerte del soldado.

—¡Suelte al niño! —le ordenó.

—Pero, señor…

—¡¡Que lo suelte!! —vociferó a pocos centímetros del soldado.

El militar obedeció, dejó en el suelo al pequeño y este salió corriendo hacia sus compatriotas, que lo abrazaron aliviados.

El capitán le dedicó una mirada llena de desprecio al soldado, a la par que este bajaba el rostro sin atreverse a decir palabra.

George se dirigió hacia los irlandeses, que se mantenían en su rígida posición. Se fijó en el hombre al frente de ellos. Era corpulento, con el pelo castaño largo hasta los hombros y una poblada barba. El capitán se acercó más a ellos con las manos levantadas y una expresión pacífica para relajar la situación.

—Soy el capitán George Crowley y lo lamento, ha sido un malentendido, no volverá a suceder —se disculpó—. Mantengamos la calma.

—¿Que mantengamos la calma? ¿Nosotros? —replicó el líder con una mezcla de rabia y mofa—. Es su ejército el que está ocupando nuestro país. ¡No nos pida que mantengamos la calma!

—Escuche, hemos venido aquí para evitar más revueltas y mantener la paz.

El irlandés dio varios pasos hacia George, lo que provocó que los soldados británicos se pusieran en guardia.

—¿Quiere mantener la paz, capitán? ¡Pues lárguese de aquí!

Se observaron durante unos instantes y George notó que su mirada estaba impregnada del más descomunal y absoluto odio.

Tras esto, el irlandés se giró y retrocedió hacia sus hombres. George le imitó dando por terminada aquella tensa situación.

Luego se acercó al soldado que había sujetado al niño y que se mantenía firme. George entrecerró los ojos.

—Como le vea acercarse a un irlandés sin que haya un motivo de defensa, lo mando de vuelta a Inglaterra con el mayor deshonor posible. ¿He sido suficientemente claro, soldado?

El militar tragó saliva y asintió.

George miró a las decenas de hombres que estaban pendientes de él.

—¡Estamos aquí para evitar otra revolución, no para iniciar una nueva! —exclamó alzando la voz—. ¡Quién no esté dispuesto a cumplir mis órdenes volverá a Inglaterra para enfrentarse a nuestros altos mandos! ¡¿Ha quedado claro?!

Todos los soldados se cuadraron y respondieron al unísono: «Sí, señor».

George se estiró en la hierba. Las estrellas titilaban en el cielo como un inmenso enjambre de luciérnagas. Observó la media luna suspendida que los iluminaba a todos en la oscuridad, sin distinguir bandos ni ejércitos, solo ofreciendo su luz sin excepción.

Metió la mano dentro de su casaca y palpó en el bolsillo con los dedos la forma de los pétalos secos. Al final se la había llevado. Sonrió al pensar lo absurdo que era mantener aquella flor como amuleto. Seguro que Alice se

hubiera reído de él por ser tan bobo. Pero el caso es que le daba suerte o necesitaba creerlo, así que se la había vuelto a llevar de viaje, al igual que hizo al marcharse de Downton.

Oyó unos pasos detrás de él y se incorporó; era Bruce, que se sentó a su lado.

—Espero poder controlarlos yo solo, sin la presencia de Graham —apuntó George después de unos segundos en silencio.

—Claro que lo harás —le contestó el oficial—. Esos soldados te tienen el mayor de los respetos. Muchos de ellos ya estuvieron con nosotros en Francia, saben de qué eres capaz y no osarían desobedecerte.

—Yo no estoy tan seguro. Llevamos ya unas semanas, pero es posible que se alargue meses. No es igual que en Francia. Allí estábamos en conflicto continuo, no había ocasión de replantearse nada. Sin embargo, aquí no hemos venido a enfrentarnos a los irlandeses, sino a mantener la paz. Eso hace que estén ociosos, y no hay nada peor que un soldado sin nada que hacer.

Bruce meditó esta reflexión, tenía que admitir que era cierto. La euforia les corría por la sangre, estaban deseos de actuar y desfogarse continuamente, y varios meses allí sin distracciones podían ser demasiados.

—¿Cómo lo estás llevando? —le preguntó George.

Bruce se quedó pensativo.

—Puedes ser sincero conmigo, Bruce, ya lo sabes —insistió.

—La verdad…, siento lástima y compasión. No puedo evitarlo. A veces pienso que, si no me hubiera marchado de aquí, podría ser cualquiera de ellos.

—Pero eres uno de nosotros —matizó el capitán para despejar cualquier duda en su amigo—. Eres un oficial británico y estamos aquí para conseguirles un futuro mejor, aunque ellos no lo crean. Todo este país será más próspero y feliz si se une a Inglaterra.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó Bruce mirándolo fijamente—. Esta gente no quiere más prosperidad ni promesas de un futuro mejor, solo quiere conservar su país. No se les puede juzgar por ello.

—No quieren escuchar promesas porque no saben todo lo que podrían conseguir con esta unión. Pero en cuanto se unan a Inglaterra y a Escocia, las cosas mejorarán para ellos. Hemos venido a ayudarles, no lo olvides, Bruce. Cuando te vengan las dudas recuerda que somos los buenos.

El teniente calló sin estar convencido de esa afirmación tan tajante. «Los buenos…». Desde su experiencia en Francia, sabía que en una guerra no se podía calificar a ningún bando con aquel adjetivo.

Una voz cantarina interrumpió aquella conversación. Wells apareció sosteniendo una jarra en la mano.

—Mi capitán, mi teniente, les he traído un refrigerio —dijo con una sonrisa y les acercó la jarra.

George dio un trago y soltó una exclamación.

—¿Es whisky? —preguntó asombrado.

—Whisky irlandés.

—¿De dónde lo has sacado? —inquirió con cierto temor—. Dime que no lo has robado… —Si alguien era capaz de iniciar una guerra, ese era Wells.

—Tranquilo, capitán. Se lo compré a una adorable ancianita de una de las destilerías de las afueras. Estoy convencido de que me cobró cinco veces más de lo que vale, pero ha merecido la pena.

Bruce dio un lento y largo trago y después soltó un suspiro de placer. Llevaban semanas bebiendo agua y cerveza, y volver a probar algo tan delicioso era un regalo divino.

Elliot se acercó a ellos con un mapa.

—George, creo que deberías ver esto —indicó y lo extendió en la hierba —. En las patrullas que hemos hecho durante estos días hemos visto algo un tanto sospechoso. Hemos estado caminando hacia el norte, más allá de Enniscorthy, y hemos visto que se están agrupando bastantes hombres en esta zona de aquí. —Señaló en el mapa—. Cerca de las montañas Blackstairs.

Elliot se pasó la mano por el mentón y continuó:

—Tal vez no signifique nada, es posible que solo sean pastores o agricultores, pero…, si fuera otra cosa, es una buena zona para reagruparse y prepararse.

—Debemos comprobarlo —indicó George—. Lo haremos con discreción. Les vigilaremos, pero sin mostrar nuestra posición. Lo último que quiero es que se sientan espiados. Pero, si al final descubrimos que se están rearmando, entonces actuaremos antes de que ellos tengan la oportunidad de atacar.

Los tres asintieron.

—Bruce, organiza un grupo reducido que no llame mucho la atención y controla esa zona durante los próximos días. Si ves algo sospechoso, vuelve

para avisarme. No os enfrentéis a nadie hasta que no me hayas informado. Elliot irá contigo, conoce ya la zona.

—De acuerdo —contestaron ambos.

—Y recordad: informadme de todo lo que veáis.



Durante las siguientes jornadas, George fue recibiendo los informes periódicos de Bruce, en los que le indicaba que el grupo de irlandeses iba aumentando. Día tras día, llegaban más hombres sin dar muestras de que se reunieran para recoger la próxima cosecha. Estaban preparando algo y ellos debían actuar de manera inmediata.

—¡Capitán! —La voz de Elliot resonó en el campamento.

—Elliot, ¿no estabas con Bruce?

—Sí, pero me ha enviado a buscarte. El grupo de irlandeses se está movilizando hacia el sur. Están bajando hacia aquí, hacia Wexford.

George meditó un instante.

—Es posible que quieran sorprendernos con la guardia baja.

—Bruce se ha quedado para averiguar qué ruta van a trazar —explicó Elliot.

—Lo mejor será interceptarlos antes de que lleguen a la ciudad y evitar así un enfrentamiento. No quiero que los habitantes de aquí sufran las consecuencias si finalmente no atienden a razones.

George organizó un amplio grupo para que se trasladase al norte, más allá del río, y allí se uniera al de Bruce.

—Han reclutado hombres en todas las villas y aldeas de la zona. Deben de ser cerca de un centenar —explicó Bruce.

—¿Armamento? —se interesó George.

—Básicamente cuchillos, palos y picas. No he identificado armas de fuego. Supongo que se las confiscamos el año pasado para evitar que volvieran a sublevarse.

—Eso nos da ventaja.

—No te confíes, se mueven con tal decisión y fuerza que más nos vale estar preparados —indicó Bruce.

—Pues vamos a sorprenderlos nosotros a ellos antes de que avancen más. Eso no se lo esperan.

El capitán dividió el regimiento en varias secciones con la intención de rodear al grupo y darle la opción de retroceder y olvidar aquel intento de asedio. Si se negaban, no les quedaría otra que pelear y arriesgarse frente a los soldados.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 57
Enfrentamiento

Octubre de 1799

George atravesó el improvisado campamento para comprobar cómo los soldados limpiaban y preparaban su armamento y su equipo. Esperaba no tener que cargar contra los irlandeses, pero debían estar preparados para cualquier respuesta enemiga.

Llegó hasta un rincón, donde Samuel se afanaba por dejar listas sus armas.

—¡Soldado Davis!

Samuel se levantó de inmediato y saludó a su capitán.

—Escúcheme soldado, quiero que se mantenga detrás de mí pase lo que pase y oiga lo que oiga; no deje su posición.

—Sí, señor.

—Quiero tenerle localizado en todo momento.

—Sí, señor —respondió con la vista gacha, avergonzado. Sabía que aquella orden se debía a la poca confianza que el capitán tenía en él.

—No creo que lleguemos a entrar en combate, pero, si sucediera, quiero…

—Me esforzaré al máximo, señor —le interrumpió con ímpetu.

George dejó escapar un resoplido.

—Sé que se esforzará, soldado, pero, si de verdad quiere ayudar, no se arriesgue, no abandone su posición, ni comprometa al resto de sus compañeros. No haga nada a no ser que yo se lo ordene.

Samuel asintió mientras apretaba con disimulo el puño y todo su orgullo quedaba herido en lo más profundo.

A la mañana siguiente, George optó por interceptar directamente a los irlandeses para parlamentar, sin demora. Estaban ya cerca de ellos y quería terminar con aquello antes de que empezase. Decidió llevarse consigo un

numeroso grupo de soldados para que los irlandeses comprobasen la autoridad del ejército británico. De esta manera, esperaba que aceptaran una rendición antes incluso de iniciarse el enfrentamiento. Además de esa maniobra, organizó dos grupos más que vigilarían los flancos a distancia en caso de que la situación se descontrolase. Su máxima premisa era evitar el mayor número de bajas posibles, tanto de un bando como del otro.

Avanzaron por las llanuras para adentrarse poco a poco en el interior del condado, con la niebla como acompañante permanente. Esta apenas les permitía ver a pocos pasos a su alrededor. Todo había enmudecido, incluido el canto de los pájaros, como si estos supieran lo que iba a suceder. El paisaje se reducía a aquel tupido y húmedo velo blanco que les dificultaba la travesía.

Sus pasos se hicieron más lentos. No conocían el terreno ni lo que podrían encontrarse: un bosque, un río o un barranco; debían ir con precaución, pisar con cuidado cada brizna de hierba o cada piedra.

George alzó el rostro hacia el cielo oculto suplicando para que el sol deshiciera aquella maldita niebla.

Y entonces algo sacudió el aire, un sonido que se hizo más cercano, como si avanzara hacia ellos. Un silbido cortante, un choque brusco y el grito agonizante de un soldado fue lo último que escucharon antes de los bramidos de los hombres frente a ellos.

A su derecha, uno de sus soldados acababa de morir ensartado por una larga lanza, y, en cuestión de segundos, decenas de hombres se precipitaron sobre ellos, sin darles opción de armar los mosquetes.

Tras esa niebla, los soldados recibían rápidos golpes que herían de gravedad o muerte.

—¡Bayonetas! —ordenó George ante la inutilidad de tratar de cargar los mosquetes.

En aquel momento, la lucha se hizo más igual. Empezaron a escucharse gritos agónicos por el otro bando cayendo cuerpos inertes sobre la pradera.

George intentaba defenderse de los golpes que recibía; recordaba las instrucciones que Graham le había dado antes de partir: «Capitán, vaya con cuidado con la guerra de guerrillas; es su territorio, lo conocen y saben emboscar».

Claro…, ahora lo entendía…, les habían engañado. Habían conseguido que se movilizasen, que abandonasen Wexford y llegaran justo al punto que ellos habían querido. Era una sucia trampa, una provocación para tenerlos

donde siempre habían querido: en su terreno, sus praderas, sus montañas; lejos de la ciudad, lejos de vidas inocentes.

George descargó la espada sobre una sombra que se acercó por su derecha y sintió que caía sobre él el cuerpo atravesado de un muchacho pelirrojo. Lo apartó sin querer mirarle el rostro y se limpió la sangre en los pantalones.

—¡Capitán!

La inconfundible voz del soldado Davis le hizo reaccionar y volver a su posición inicial.

—¡Soldado Davis! ¡Samuel!

Corrió atravesando el campo con la vista al frente, pero controlando también los lados con desesperación.

—¡Samuel! —bramó con toda la fuerza que le permitieron los pulmones.

Miró a su alrededor, giró sobre sí mismo sin ver apenas nada por aquella asfixiante atmósfera que lo rodeaba.

«¡Maldita sea! ¿Dónde está?». No podía perderlo, había jurado que protegería a aquel muchacho. Volvió a escuchar su voz, a su izquierda. Corrió hacia allí, apartando a empujones a todo el que se cruzaba en su camino, y vio cómo se defendía con la bayoneta de un hombre el doble de grande que él, que le propinaba golpes con una enorme estaca. El irlandés sacó un cuchillo, que brilló con los débiles rayos de sol que cruzaban la densa bruma, y se abalanzó hacia el muchacho.

George saltó hacia ellos y golpeó al enorme irlandés, que cayó al suelo. Se miraron durante unos breves segundos y el fornido hombre se lanzó con furia contra él con la intención de hundirle su cuchillo con un movimiento rápido. No obstante, el capitán consiguió interceptarlo al agarrarle del brazo.

—¡Davis, corra! —gritó George mientras intentaba esquivar los embistes del enemigo.

Forcejearon durante unos minutos, hasta que, en uno de los ataques, George notó que la afilada hoja del irlandés le desgarraba la piel. Sintió un dolor tan intenso en la cabeza que creía que le abrasaría. Al momento, la vista se le nubló. Un líquido caliente y pegajoso caía sobre su ojo derecho, lo que le impedía ver.

Antes de que pudiera reaccionar y ser consciente de lo que pasaba, unas manos le sujetaron de los brazos y lo arrastraron por la hierba, a la vez que él se retorcía para soltarse. Supo que no eran sus hombres porque no se

identificaron. Lo trasladaban con fuerza por la pradera, alejándolo de los ruidos de la batalla. Se lo llevaron a varios metros de distancia, mientras George se sacudía con violencia para intentar soltarse.

—¡Soltadme! ¡Soltadme o lo lamentaréis! ¡Os juro que os arrepentiréis! ¡Soy capitán del ejército de Su Majestad! —amenazó mientras se agitaba con ímpetu.

Sus atacantes se detuvieron de repente y lo dejaron caer con un golpe seco en el suelo. George se limpió la sangre que le resbalaba por la mejilla hasta el cuello. Se pasó los dedos por la profunda herida, aliviado al comprobar que el ojo seguía intacto, que la estocada no le había alcanzado.

—Bienvenido, capitán.

Reconoció aquella voz. Alzó el rostro y vislumbró al irlandés de la ciudad con el que había hablado hacía unas semanas.

—¡Maldita sea, intenté conversar con vosotros! —exclamó George en un intento de levantarse.

—Y yo ya le dije, capitán, que lo único que tenían que hacer era marcharse de mi país.

—¡Estamos intentando ayudar!

Una risa bronca y grave surgió de la garganta del irlandés.

—¿Ayudarnos? —inquirió acercándose a él—. ¿Después de años y años de dominio?

—Queremos una convivencia pacífica. Inglaterra solo quiere lo mejor para vosotros.

—No es posible que se crea eso, capitán. Pensaba que era usted más listo.

George le miró sin comprender.

—No sabe lo que ha pasado aquí, ¿verdad? —le dijo el irlandés mientras lo agarraba del cuello y lo estampaba contra un árbol—. ¿No le han explicado lo que sus compatriotas llevan años haciéndole a mi pueblo? Las muertes, las vejaciones, las torturas, las violaciones… ¿Eso no se lo han explicado, capitán?

George intentó deshacerse de su agarre, pero el dolor de la herida le mareaba con cada movimiento. El irlandés se acercó a su oído hasta casi rozarlo.

—Mi mujer y mi hija de trece años murieron a manos de soldados británicos, violadas y torturadas —le susurró—. Me lo arrebataron todo. No me pida una convivencia pacífica.

El capitán sintió que se le revolvía el estómago.

—Quiero que mueran todos, hasta el último soldado británico que entre en Irlanda —continuó mordiendo con furia cada palabra—. Es nuestro país, y antes o después lo recuperaremos.

Le soltó del cuello y George cayó de rodillas al suelo tosiendo e intentando respirar.

—Lleváoslo, nos servirá —indicó a sus hombres.

—¿Cómo… se llama…? —intervino George con la voz entrecortada.

El irlandés torció la boca, extrañado.

—¿Qué? ¿Para qué quiere saber mi nombre? ¿Para poder identificarme mejor cuando me busque? No le pienso dar ese gusto.

—No… ¡Maldita sea! Solo quiero hablar, igual que quería en Wexford. Hemos venido aquí para intentar negociar una tregua, no queríamos atacarles.

—¿Y quiere que me lo crea, sucio asqueroso inglés?

—¡Soy escocés! —gritó George.

El hombre entrecerró los ojos.

—Tanto me da de dónde sea, está combatiendo en el bando equivocado y sigue siendo mi enemigo.

—Escúcheme, puedo parar esto. No tiene por qué morir ningún hombre más, ni suyo ni mío. Déjeme que vuelva y lo pare.

—¿Y por qué iba a desear que lo parase? Esto es precisamente lo que quiero.

—¿Quiere que mueran más irlandeses? ¡Porque eso es precisamente lo que va a pasar! Sus hombres están armados con palos y cuchillos, mis hombres tienen mosquetes y pistolas, y tengo a dos grupos en los flancos que no tardarán en llegar y masacrarles. ¿Esto es lo que quiere?, ¿una ladera llena de irlandeses muertos? —George gritó con tal fuerza que le ardió la garganta.

Los hombres se miraron entre ellos y hacia la zona del enfrentamiento, donde se seguían escuchando gritos y algún que otro disparo.

El líder dudó unos segundos y se fijó en las miradas de sus compañeros, que se tiñeron de temor. Muchos de ellos habían mandado a sus hijos a pelear y la mayoría ya había perdido suficiente. Maldijo por lo bajo. Tendría que haber sido una escaramuza rápida y por sorpresa, acabar con los soldados y desaparecer, pero no contaba con que los británicos hubieran organizado varios grupos de ataque.

Ladeó la cabeza con un leve movimiento y dos hombres sujetaron a George de los brazos para arrastrarlo de nuevo. Volvieron sobre sus pasos a medida que la espesa niebla iba deshaciéndose, dándoles un respiro.

—Haga lo que tenga que hacer, capitán —le espetó sujetándole de la casaca—. Pero si no funciona, yo mismo le mataré.

Lo empujaron hacia la refriega y George se incorporó, tomó aire con todas sus fuerzas y gritó todo lo fuerte que pudo.

—¡Teniente O'Connor, detenga el ataque, es una orden!

Al momento, los sonidos de espadas y disparos se aplacaron y tanto los soldados británicos como los irlandeses se detuvieron.

—¡George! —La voz de Wells sonó en su espalda.

Se giró hacia él y notó cómo le sujetaba antes de caer de rodillas.

—¡Eh, vamos, arriba! —le pidió en un intento de incorporarlo, pero vio la abundante sangre que empapaba su cabeza.

—Samuel…, el soldado Davis… —susurró George con voz ronca—. Wells…, el soldado Davis…

—Está bien, George, tranquilo, lo mandé fuera de la zona en cuanto te apresaron.

Bruce llegó hasta ellos empuñando la espada y se colocó frente a los irlandeses que los observaban.

El líder alzó un brazo y gritó una orden, lo que provocó una señal en cadena en sus hombres que detuvo definitivamente el ataque.

—Esto no acaba aquí, capitán —pronunció en tono desafiante—. Le advierto que esto solo terminará cuando abandonen nuestra isla.

Dicho esto, salió de la llanura con todo su grupo.

George se desplomó sin fuerzas. La herida seguía sangrando y lo trasladaron con urgencia hacia el campamento más cercano.



Abrió los ojos y notó enseguida el aparatoso vendaje que le cubría media cabeza. Le apretaba y era molesto, pero al menos no sentía el desagradable olor y sabor de su sangre.

Intentó incorporarse, pero unos brazos se lo impidieron.

—No se levante aún, es pronto.

George vio al sanitario guardar unas vendas en su bolsa de cuero y a Bruce en la puerta de la improvisada tienda.

—¿Cuánto llevo aquí? —preguntó tocándose el vendaje.

—Desde ayer. Te quedaste inconsciente.

Dejó escapar una exhalación.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Bruce preocupado.

—Estoy bien, solo es un rasguño.

—¿Un rasguño? Un poco más y te arrancan el ojo.

—Pero no lo han hecho —replicó George con una forzada sonrisa.

Wells entró apartando la lona de un manotazo.

—¡Santo cielo! ¡Estás hecho un asco!

—Gracias, siempre es agradable escuchar tus cumplidos.

—Te va a quedar una buena cicatriz —intervino Bruce—. El corte es profundo.

—A las mujeres les encantan las cicatrices de guerra —indicó Wells con picardía—, ya verás el éxito que tienes cuando vuelvas a Londres.

Bruce le dio un manotazo y George soltó una carcajada.

—¡Por Dios! ¡¿Existe algo más en el mundo aparte de las mujeres, Wells?! —protestó Bruce con exasperación.

—Es posible, pero dime algo que sea más interesante —espetó con una maliciosa expresión.

El capitán se dejó caer en la camilla, había dejado de reír por el dolor de cabeza que le producía. Agradeció aquel momento de relax, aunque solo fuera unos minutos.

—Ah, George, sabemos quién es el hombre que lideraba ayer a los irlandeses —explicó Bruce—. Se llama Sean Farrell. Es agricultor… o, más bien, era agricultor antes de que su familia fuera asesinada. Desde que sufrió esa pérdida, se ha encargado de organizar revueltas contra el ejército. Es conocido en las aldeas de la zona por su implicación en la revolución.

George asintió mientras clavaba la vista en el techo de lona raída.

Un débil carraspeo hizo girar la vista a los tres. En la entrada, con el cuerpo encorvado, estaba el soldado Davis.

—Solo quería saber cómo se encontraba, capitán.

George se incorporó sobre los codos.

—Estoy bien, Davis, tranquilo, no ha sido nada. ¿Cómo está usted, soldado? ¿Alguna herida?

—Ninguna, señor, estoy en perfectas condiciones y listo para el próximo combate…

—Eh, eh, relájese, soldado… No va a haber próximo combate, de momento.

Samuel bajó la mirada.

—Siento mucho que por mi culpa haya sido herido. No volverá a pasar, señor, se lo aseguro.

El capitán lo observó con aquel punto de lástima y ternura que ese muchacho siempre le inspiraba.

—No tiene que demostrarme nada. Solo asegúrese de que no correrá ningún riesgo.

El soldado asintió, lo saludó con respeto y salió de la tienda.

—Ese chico te tiene en un pedestal —apuntó Wells.

—Yo solo espero devolverlo a Inglaterra de una pieza.

Le dejaron a solas para que descansara y su cabeza volvió de nuevo al encuentro del día anterior con el líder Farrell. Recordó todo lo que aquel hombre le había contado y sintió un escalofrío que le erizó la piel. Era espeluznante por lo que había pasado y, seguramente, el resto de sus hombres habían sufrido algo igual o similar.

¿Cómo se lucha contra hombres que no tienen nada que perder? Hombres a los que no les importa morir. Hombres que lo han perdido todo. Hasta ahora habían luchado contra ejércitos. Soldados contra soldados. Hombres entrenados para defender a su país contra el enemigo. Pero ahora luchaban contra campesinos; hombres y muchachos que defendían su tierra, su país, de unos soldados que consideraban unos viles conquistadores sin escrúpulos ni honor.

Su cabeza empezó a replantearse seriamente qué estaban haciendo allí.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 58
Honor de capitán

1 de enero de 1800

Las hogueras resplandecían aquella noche mientras los soldados entrechocaban las botellas y las jarras al brindar con risas y chanzas por la llegada del año nuevo.

George los observó y dio un largo trago directamente de una de las botellas. Había conseguido un cargamento de vino, suficiente para hacer una pequeña celebración, pero no tan abundante como para emborracharlos. Los necesitaba a todos lúcidos y dispuestos al día siguiente. Los soldados levantaron las botellas y las jarras y brindaron en su honor. Querían agradecer a su capitán aquella pequeña distracción. George sonrió antes de alzar también su botella hacia ellos.

Nuevo año, nuevo siglo. Aquel cambio, que parecía tan prometedor, George lo vivía con la incertidumbre de no saber cuánto tiempo más estaría alejado de Inglaterra. Pensó en Downton, en cómo su gente estaría celebrando aquel nuevo año. ¿Estarían en casa de Kate o tal vez Charles habría organizado una cena en Manor Hall?

Los imaginó a todos juntos cenando y riendo y sintió una terrible añoranza. Le hubiera gustado poder celebrarlo con ellos. Ahora solo cabía esperar que aquel destino no se alargase muchos meses más.



Febrero de 1800

Se observó en el pequeño espejo que utilizaba para afeitarse. Pasó la navaja con cuidado por el mentón para eliminar los restos de vello y se

refrescó la cara con agua templada. Fijó la vista en el reflejo y en la cicatriz de su frente. Finalmente, había quedado una buena señal que atravesaba toda su sien y acababa casi en su mejilla.

Se encogió de hombros, sinceramente su aspecto era lo último que le importaba en aquellos momentos. Tenía asuntos más urgentes que tratar, como intentar controlar a sus propios hombres.

Habían pasado más de tres meses desde el enfrentamiento y no habían vuelto a tener contacto con el grupo de irlandeses revolucionarios. Aquel periodo de calma producía unos efectos adversos en los soldados. A pesar de que George imponía unos horarios estrictos y unos entrenamientos severos para que no estuvieran ociosos, el hecho de no tener ningún tipo de divertimento ni nada que les produjera entusiasmo hacía que los ánimos entre la tropa estuviesen cada vez más irritados.

Llevaban semanas al norte del condado, en mitad del campo, sin más distracción que ver de vez en cuando una ardilla corretear por el campamento. Los habitantes de las aldeas les evitaban y el desánimo empezaba a hacer mella entre los hombres. Salir de caza se había convertido en lo más excitante del día, y los soldados se peleaban, literalmente, por poder formar parte de las expediciones en busca de presas. George empezaba a temer que aquel ambiente se fuera enrareciendo cada vez más hasta hacerse insostenible.

Había tomado una firme decisión en aquellos meses: no buscaría el conflicto gratuito con los irlandeses. Si fueran atacados, se defenderían, pero no permitiría ningún tipo de provocación por parte de sus hombres.

De esta manera, las semanas pasaban y sus soldados empezaron a cuestionarse qué hacían en aquella tierra en la que ni los querían ni los necesitaban. Se sentían más hastiados cada día que avanzaba. La situación ponía a prueba la paciencia y el autocontrol de cada uno de ellos.



En una de sus expediciones, llegaron hasta Gorey, un pueblo que, gracias al comercio local, tenía más ambiente que las pequeñas villas que habían dejado atrás. George decidió quedarse allí durante varios días para estudiar el comportamiento de los habitantes.

Los soldados agradecieron un ligero cambio en la rutina y decidieron salir a pasear por el pueblo, con órdenes muy estrictas de no generar ningún

conflicto.

Una de las mañanas, George se fue con Bruce y un pequeño grupo para inspeccionar las planicies ubicadas al oeste. Hasta donde alcanzaba la vista, se extendían verdes colinas en las que distinguían granjas y pequeñas edificaciones con huertos y animales, la mayoría cuidados por mujeres que observaban con miedo a los soldados, por lo que se escondían dentro de casa cuando pasaban cerca. George recordó el terrible episodio que le había contado Farrell sobre su esposa y su hija, y pudo entender aquel miedo que mostraban las mujeres frente a los soldados.

Después de comer decidieron volver al campamento. No habían visto nada sospechoso en aquellas millas que habían recorrido. Todo estaba en calma, no habían advertido ningún intento de alzamiento en los pueblos que habían visitado, algo que era de agradecer.

Cuando ya se disponían a marcharse, un grito agudo resonó en la colina. George se inquietó y miró desde su posición hacia las diversas granjas y humildes casas. Otro grito les hizo ponerse en alerta.

—Parece una mujer o, tal vez, un niño —afirmó Bruce mirando hacia el oeste.

Salieron corriendo en aquella dirección y volvieron a oír otro chillido más desesperado que el anterior. Se dividieron para poder revisar una zona más amplia. George recorrió caminos y saltó zanjas, siguiendo el rastro al escuchar cada vez más próxima aquella llamada de auxilio.

Cuando llegó a una pequeña casa, reconoció en la distancia el uniforme rojo de varios de sus hombres en la parte trasera del jardín. Se acercó sin hacer ruido y bordeó la casa, extrañado por aquella reunión. Al momento, el grito se volvió a escuchar y se lanzó con rapidez sin perder tiempo.

La sangre de George se heló durante una fracción de segundo. Uno de sus soldados estaba encima de una mujer. Le estaba desgarrando el vestido con violencia, mientras la joven lloraba y gritaba. El resto de los soldados observaban el espectáculo impasibles y sonrientes.

Una ira sobrehumana lo dominó al ver aquel nauseabundo acto. El capitán se abalanzó hacia el soldado, lo agarró de la casaca militar y lo lanzó con tanta fuerza que cayó al suelo de espaldas.

—¡¿Qué está haciendo, soldado?!

Sus compañeros palidecieron al ver a su capitán.

El soldado se mantuvo en el suelo al reconocer a George y el temor se dibujó en su rostro.

—Capitán…, yo… nosotros… solo estábamos pasando un buen rato con la muchacha, nada más —balbuceó.

—¡Cállese! —le ordenó George señalándole con el dedo.

—Señor…, ella se nos insinuó. Le juro que ha sido culpa de ella, que…

—¡Que se calle! —bramó y le propinó un puñetazo con toda la furia que en aquellos momentos albergaba.

El soldado gimió mientras se tocaba la mandíbula golpeada, sin atreverse a mirar a su superior.

El capitán se giró hacia la joven, que se mantenía en posición fetal, llorando, y que intentaba subirse los restos del vestido para tapar su cuerpo desnudo. George se quitó la casaca y se la colocó encima para taparla. La joven reaccionó con un grito y se apartó de él mientras movía las manos con terror.

—Tranquila, no voy a hacerle daño.

La cubrió con delicadeza y observó su rostro. Vio consternado que era muy joven, no debía de tener más de catorce o quince años. Un odio salvaje lo invadió, como un veneno que nublaba su sentido común, su raciocinio, y que quemaba sus entrañas.

Sacó su pistola del cinto y apuntó a sus hombres.

Los soldados retrocedieron atemorizados.

El capitán movió el arma apuntando a cada uno de ellos, hasta terminar en el infame que estaba forzando a la chica.

—Si alguno de mis hombres vuelve a cometer un acto semejante, ¡YO MISMO LE DISPARARÉ!

Los soldados se miraron de reojo atónitos ante aquella reacción.

—Pero, señor…, tenemos el derecho… Nos pertenecen…, ellos nos pertenecen —tartamudeó el agresor.

George lo observó mientras apretaba la mandíbula tan fuerte que le dolieron los dientes.

—El derecho… —murmuró George mirándole con tanta repugnancia que el soldado se arrastró hacia atrás—. ¿Quiere ver cuál es mi derecho, soldado? —siseó a la vez que cargaba su arma y le apuntaba directamente.

El soldado empezó a temblar y levantó las manos.

—Por favor, capitán…

Bruce llegó en aquel momento y pudo hacerse una idea de la espeluznante escena.

—¡Capitán! —le llamó con calma mientras se acercaba lentamente a él —. ¡Capitán, baje el arma!

George se mantuvo rígido sin escuchar nada más que el eco de los sollozos de la joven que aún estaba en el suelo. El recuerdo de las palabras de Farrell volvió a su mente. Una parte de él no quería creer que fuera verdad, no podía asumir que era real lo que el irlandés le había contado, pero ahora comprobaba que era cierto, le había sucedido a él y a más familias, a más mujeres y niñas. Ese pensamiento lo aniquiló por dentro. Sentía cómo le consumía la ira y se acercó al soldado sin dejar de apuntarlo. Le agarró de la solapa de la chaqueta y apoyó el cañón de la pistola justo debajo de su mandíbula, lo que provocó que este se retorciera en un espasmo.

Bruce dio otro paso hacia él, aterrorizado.

—¡Capitán…, George! —le murmuró—. Por favor, deja el arma —le rogó agachándose al lado de él—. George, escúchame, tomaremos las medidas que sean necesarias, pero ahora baja la pistola.

El capitán parpadeó al reconocer la voz de Bruce, aspiró profundamente y deslizó el dedo del gatillo apartando el arma del soldado. Este se permitió respirar un instante hasta que George se acercó a su rostro hasta casi tocarlo.

—Queda expulsado de mi compañía. No quiero volver a verle y va a regresar hoy mismo a Inglaterra con la mayor degradación posible.

—Capitán, se lo suplico, escúcheme…

—Como diga una sola palabra más, le disparo aquí mismo.

El soldado calló al ver en sus ojos que sería muy capaz de hacerlo.

George se levantó y se volvió hacia la muchacha, que lo observaba entre temerosa y asombrada.

Se acercó a ella, que sujetaba con fuerza su chaqueta para taparse. Tenía moratones en el rostro y el cuello. Era tan joven, apenas una niña… Sintió deseos de gritar y de golpear uno a uno a todos lo que habían estado presentes en aquella barbarie.

—Déjeme que la ayude. No le haré daño, se lo juro —le susurró con dulzura.

La muchacha empezó a llorar de nuevo por el pánico y el ultraje sufrido.

George la rodeó muy despacio y percibió que se calmaba un poco. La levantó en brazos y ella apoyó la cabeza en su pecho, totalmente agotada.

Volvió a mirar a sus soldados, que se mantenían con la cabeza baja, y se juró que aquello no iba a quedar impune, todos recibirían su castigo.

Rodeó la casa, entró y depositó a la muchacha encima de un destartalado sillón. La tapó con una manta de lana y recuperó su chaqueta.

—¿Necesita algo? Dígame con quién vive.

—Con mi padre —musitó muy bajito.

Antes de que terminara la frase, unos pasos irrumpieron en la vivienda.

—Apártese de ella o le juro que lo mato ahora mismo.

George se giró muy despacio y vio a un hombre que lo apuntaba con una escopeta de caza. De repente, Bruce apareció en aquel momento, agarró del cuello al hombre por detrás y le obligó a soltar el arma.

—¡Bruce, no! ¡Suéltale! —le ordenó George.

El teniente obedeció a regañadientes.

—Tranquilícese, ya nos íbamos —aseguró el capitán levantando las manos.

El hombre corrió hacia su hija y la besó y abrazó entre lágrimas.

Bruce le hizo una señal de urgencia a George para que saliera de la casa de inmediato.

—No tienen suficiente con arrebatarnos la tierra… —dijo el hombre a su espalda—. No tienen suficiente con quitarnos la dignidad y la vida de nuestros hijos, que también quieren destruir la honra de nuestras mujeres, dejarlas marcadas e indefensas de por vida. ¡Malditos sean todos! ¡Les deseo el peor de los infiernos! ¡Eso es lo que les espera! ¡Malditos!

Aquellas frases se clavaron en el pecho de George. Se giró y vio cómo la muchacha temblaba en brazos de su padre.

—Padre, no ha sido él —susurró la joven casi sin fuerzas.

El hombre volvió a mirar al capitán, que bajó la cabeza.

—Lo siento… Lo siento mucho. —Fue lo único que consiguió pronunciar George.

Ella lo miró un instante sin poder articular más palabras y, al momento, bajó los ojos. Unos ojos llenos de lágrimas, de terror y de vergüenza por un acto del que no era responsable; ella era la víctima, pero aquello le acompañaría siempre como una pesadilla oscura y terrible.

Todos los soldados implicados en el acto fueron castigados, tanto el que había llevado a cabo el asalto a la joven como todos los demás que observaban y que, al parecer, esperaban su turno. El suceso era tan repugnante que George no tuvo ninguna compasión y todos fueron devueltos a Inglaterra con explicaciones muy claras para el coronel Graham, a la espera de que este tomara la mejor decisión.

De esta manera y con aquel castigo ejemplar, George se aseguraba de que ningún otro soldado de su compañía se atreviera a cometer semejante barbarie. No podía controlar a todo el ejército británico y era incapaz de saber cómo estaban actuando el resto de los regimientos repartidos por Irlanda, pero sus hombres no volverían a actuar así, so pena de ser expulsados de manera inmediata, sin posibilidad alguna de regreso.



Descargó toda su furia lanzando al aire las maderas mohosas que le servían de mesa. Apretó el puño y las golpeó una y otra vez. Hundió la mano en la madera hasta que le sangraron los nudillos. Soltó un gruñido y se agarró la mano para ver los cortes en los dedos.

—¿Ya has terminado de redecorar tu tienda? ¿Quieres seguir con la mía?

George levantó la vista para comprobar que era Bruce el que estaba de pie con los brazos cruzados en la entrada.

—Soy un maldito fraude.

—George, no digas eso…

—¡Es la verdad! ¿Cuántos años llevo de capitán? Y después de todo este tiempo no he conseguido que mis hombres se comporten con honor. ¡Soy un maldito fraude! ¡No merezco mi cargo ni el respeto que conlleva!

Bruce se acercó a él a la vez que apartaba los restos de madera del suelo.

—Vaya… ¿algo más? —dijo con calma—. ¿Ya has terminado de lamentarte? Porque no me apetece seguir escuchando cómo te autocompadeces.

—¿Qué? ¡Lo estoy diciendo en serio! —protestó George.

—¡Y yo también! ¡Deja de gimotear por algo que no ha sido culpa tuya!

—¡Claro que ha sido culpa mía! Soy su superior, son mis soldados.

—¿Y qué? Son hombres adultos, George, ellos deciden lo que quieren hacer, incluso sabiendo que no es correcto. Tú no puedes evitar todas sus malas acciones. Estás al mando de más de doscientos soldados, y una

docena de ellos ha decidido hacer algo despreciable. Solo doce hombres, George, de más de doscientos.

—Eso no tranquiliza mi conciencia después de lo que han hecho —susurró el capitán mientras bajaba los hombros en un gesto de abatimiento.

—Es terrible lo que ha pasado, no le estoy quitando importancia, pero tienes que aceptar que no puedes controlar los actos de todos ellos.

George introdujo los dedos entre su pelo.

—Si no puedo evitar sucesos como estos, ¿qué hago aquí? ¿Qué hago en el ejército? Si no puedo evitar que gente inocente sufra o muera, soy el mismo de siempre. El mismo chico de dieciocho años que no pudo evitarlo. ¡No soy nada más!

Bruce frunció el ceño sin entender a qué se refería.

—Escúchame, George, no sé qué pretendes demostrar, pero eres el oficial más cualificado que conozco, y esos hombres de ahí fuera te respetan y te admiran.

—No deberían hacerlo…

Bruce le sujetó el rostro para que le mirase.

—¡Escúchame! Yo no estaría aquí si no fuera por ti —le dijo firme—. No me digas que no tengo razón cuando eres mi ejemplo a seguir.

George lo miró sorprendido, ¿cómo podía ser el ejemplo de nadie?

—Eres el mejor capitán y líder que conozco —continuó Bruce—. No dejes que este hecho te quite mérito. Esos hombres darían su vida por ti, puedo verlo cada vez que les das una orden, cada vez que les felicitas por algo. El orgullo que sienten cuando te acercas a ellos. No dejes que nada oscurezca ese honor. Porque eres un hombre de honor, George. Uno de los mejores hombres que conozco.

El capitán notó cómo se le empañaba la vista y se giró de espaldas para evitar que Bruce viera su emoción. Aspiró profundamente y se pasó el dorso de la mano por los ojos para secar cualquier resto.

—Gracias, teniente —dijo sin girarse—. Puede retirarse.

Bruce curvó los labios en una medio sonrisa y, sin decir nada más, salió de la tienda, conocedor de lo poco que le gustaba a su amigo exteriorizar sus sentimientos cuando algo le conmovía.

Al quedarse solo, George se sentó en el suelo, encorvó la espalda y pensó en las palabras de Bruce y en la verdad que guardaban. Él era el capitán, el responsable de aquellos hombres, y no podía permitir que nada

ni nadie le hiciese dudar de su puesto. Debía mantenerse firme y cumplir su deber, pasase lo que pasase.

El coronel Graham había confiado en él para liderar aquella misión y la llevaría hasta el final; se sobrepondría a cualquier obstáculo que surgiera. Se demostraría a sí mismo y al coronel que era totalmente capaz de finalizarla con éxito.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 59
Acta de unión y regreso

Abril de 1800

Los siguientes meses se fueron intercalando entre momentos de calma y de revueltas esporádicas organizadas por el mismo hombre que había jurado expulsar hasta el último británico de la isla. Sean Farrell preparaba y consumaba emboscadas impulsado por aquel odio visceral hacia todo lo que representaba Inglaterra.

A la guerra de guerrillas era a lo que se enfrentaban George y sus hombres cada vez que atravesaban una zona inhóspita, lo que provocaba bajas en su compañía y un número más elevado entre los irlandeses. Pero aquellos hombres, a pesar de perder gran cantidad de compañeros en cada enfrentamiento, no cesaban en sus intentos, motivados por un deseo de independencia y de amor a su patria que ninguna bala conseguía apaciguar.

George ya acumulaba varios soldados heridos, algunos con golpes leves o lesiones superficiales; sin embargo, otros tenían fracturas o heridas profundas que retrasaban el avance del grupo.

Finalmente, el veinte de abril llegó una carta del coronel Graham en la que les informaba de que su regreso era inminente. Indicaba que su presencia en Irlanda ya no era necesaria y que el Acta de Unión había sido aprobada el mes anterior. Irlanda se uniría a Inglaterra y a Escocia en los próximos meses.

Aquella noticia llenó de alegría y entusiasmo a los soldados, que lo celebraron por todo lo alto vaciando todos los barriles de cerveza que tenían almacenados. George recibió aquel comunicado con sentimientos encontrados. Por una parte, tenía tantas ansias de regresar a casa que el alivio fue inmenso al saber que podría hacerlo. Pero, por otro lado, no creía que aquella Acta de Unión pudiera erradicar los sentimientos que toda aquella gente sentía por su tierra. Estaba convencido de que seguirían

luchando por sus principios y por su ansiada libertad. Ningún papel eliminaría esa pasión. La misma que él había vivido y sufrido en sus propias carnes durante aquellos meses y que, al final se había ganado su respeto. Dentro de él sabía que aquello no había terminado. No renunciarían a su país y aquel conflicto no terminaría hasta que fueran completamente libres.

El día de la partida, George atisbó, desde la cubierta del barco, a Farrell montado a caballo, atento a su marcha. El irlandés hizo un ademán con la mano a modo de despedida, con una sonrisa enigmática en los labios. Una sonrisa de satisfacción al ver la marcha de los soldados, y, por otro lado, una sonrisa implacable de los que no dejan de luchar. Porque habían sido derrotados. Su amada Irlanda formaría parte del Imperio británico a pesar de sus esfuerzos. Pero George supo, leyendo su expresión, que no se rendiría y, moviendo ligeramente la cabeza con respeto, se despidió del irlandés.



Mayo de 1800

Ver la costa de Inglaterra le produjo tanto placer que soltó un gemido ronco, como si estuviera en brazos de una hermosa mujer.

Los soldados se desperdigaron por el puerto y saludaban a los conocidos y familiares que habían ido a recibirles. George no esperaba a nadie, así que fue directamente hacia el cuartel. Quería descansar, recoger sus cosas y pedirle a Graham que le dejara ir a Downton. Necesitaba hablar con Charles y aclarar las cosas después de tantos meses.

—Quiero felicitarle, capitán, por su gran trabajo en Irlanda —dijo el coronel nada más verle y le extendió la mano.

George se la estrechó, sorprendido por aquel trato cercano, lejos de la rigidez que siempre mostraba.

—Gracias, señor. No fue fácil —respondió mientras se señalaba la cicatriz del rostro.

—Me lo imagino, por eso le felicito por su excelente labor.

—Señor, quería pedirle permiso para ir a Downton. Me gustaría reunirme allí con Charles y…

—Forster no está en Downton, capitán —le interrumpió el coronel—. Se marchó a York hace unos meses.

—¿Qué? ¿A York? ¿Cómo lo sabe? —preguntó extrañado.

—Me lo dijeron *lord* y *lady* Middleton. Vinieron desde Londres a pasar unas semanas en Brighton —explicó tranquilamente su superior—. Ya sabe que ellos son amigos y tienen algún negocio en común, así que Forster les informó de su marcha.

—¿Y por qué se fue a York?

—No lo sé. No supieron darme detalles.

—¿Y cuándo se fue?

—Pues hará ya ocho o nueve meses, según me contaron.

—¿Qué? ¿Tanto tiempo? ¿Y no ha regresado?

—Según sus conocidos, no. Sigue allí desde entonces.

Aquella información era lo último que esperaba. ¿Qué estaba haciendo en York? Debería estar en Downton con Kate. Tal vez se había marchado allí con ella y estaban juntos. Aquella hipótesis era lo único que le podía dar sentido a aquel viaje.

—Tiene permiso para ir a York, capitán, o donde le apetezca —le comunicó el coronel sacándolo de sus pensamientos—, se lo ha ganado —añadió y su bigote se arqueó en una sonrisa de orgullo.

—Muchas gracias, señor —contestó George sintiéndose turbado ante aquella amabilidad tan poco habitual en el coronel.



A pesar de tener permiso del coronel, aún tuvo que quedarse unas semanas en Brighton para rellenar informes y dar todo tipo de explicaciones a sus superiores sobre su misión en Irlanda. Los altos mandos del ejército necesitaban saber cuál era la situación real allí para poder encarar la futura convivencia con los irlandeses. Fue felicitado de nuevo por su labor y su gran gestión de aquella crisis. Además, de agradecerle toda la información táctica que había aportado.

Una vez terminados aquellos trámites, pudo, por fin, marcharse a York.

Deseaba llegar y despejar sus dudas. Esperaba encontrar allí a Kate, pero aquel viaje de Charles había sido tan inesperado que algo le decía que no todo era tan prometedor. Al final, iba a comprobar si sus esfuerzos habían servido para algo o si, por el contrario, habían sido en vano.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 60
Revelar la verdad

Junio de 1800

El carruaje, al entrar en la ciudad, rebajó la velocidad para evitar el atropello de algún peatón distraído. George se asomó a la ventanilla. Habían pasado años desde su última visita a York, pero la ciudad se mostraba exactamente igual que como la recordaba.

El cochero giró de manera brusca en una calle, lo que provocó que cayera sobre la mujer que tenía sentada a su derecha. Se incorporó, le pidió disculpas, y la dama le sonrió con una mezcla de picardía y diversión.

George alzó una ceja, al parecer no había perdido su atractivo a pesar de los tormentosos meses que había vivido. O, tal vez, fuera cierto lo que dijo Wells y la cicatriz ayudaba. Se apoyó en el respaldo y, mientras sonreía, negó con la cabeza. No estaba allí para eso, por muy tentador que fuera. Había ido para hablar con Charles y comprobar cuál era la situación real.

El carruaje paró en una plaza y la mujer bajó dedicándole una última mirada de reojo. «Sí que es tentador, sí… Y más después de tantos meses», pensó con resignación. Apartó la mirada rápidamente para borrar los pensamientos indecorosos que se acumulaban en su mente y se centró en el paisaje que ofrecía la ciudad.

Cuando el coche volvió a ponerse en camino, George reconoció a la señora Pearson, que cruzaba una de las calles. Golpeó con fuerza el techo de la cabina para que se detuviera y salió del carruaje aún en marcha.

—¡Señora Pearson! —gritó a la vez que corría hacia ella.

El ama de llaves soltó una exclamación al verle acercarse.

—¡Capitán! —exclamó ampliando su sonrisa.

George la sujetó en un abrazo y la alzó con ímpetu. La gente de alrededor los miró con cierto desdén e incomodidad ante tanta efusividad, y todo el color de la señora Pearson se concentró en sus mejillas.

—¿Qué hace? ¡Suélteme! —exigió turbada y se liberó de inmediato de aquel afectuoso abrazo.

George empezó a reír al verla tan sonrojada.

—Ni que fuera el primer abrazo que le doy.

—Pero no en mitad de la calle, ¡descarado! —dijo mientras bajaba el rostro al notar las miradas de los transeúntes sobre ella—. Veo que no ha cambiado ni un ápice.

—Tenía ganas de verme, ¿eh? Reconózcalo.

La señora Pearson endulzó la expresión. Sí que le había echado de menos, mucho más de lo que imaginaba, y varias veces se había preguntado cómo se habrían desarrollado las cosas de haber estado él allí presente.

—¿Cuándo ha regresado? No sabíamos que ya estaba en Inglaterra.

—Hace unas semanas.

El ama de llaves se fijó en la cicatriz de su rostro con preocupación.

—¿Cómo le ha ido por Irlanda? ¿Está bien?

—Ahora sí… —respondió con suavidad y le cogió la mano.

La señora Pearson le acarició la mejilla. Estaba feliz de tenerle de vuelta, con su alegría y aquella naturalidad innata en él que ahora era más necesaria que nunca.

—Dígame, ¿por qué han venido a York? —preguntó George con el semblante cambiado.

El ama de llaves desvió el rostro.

—Señora Pearson, ¿qué sucede?

—El señor así lo decidió.

—¿Por qué?

Ella negó con la cabeza.

—¿Han venido solos o con Kate? —insistió con impaciencia.

—No…, la señorita Miller no ha venido… Por ella el señor decidió marcharse. No me lo dijo directamente, pero sé que ha sido por ella.

George se acarició el cuello, rendido ante la evidencia. Charles se había marchado a York solo, sin ella, y todo lo que él había intentado durante aquellos meses no había servido de nada. Era momento de aclarar las cosas de una vez por todas.

—Señora Pearson, dígale a Charles que iré hoy a verlo.

—Se va a alegrar mucho —dijo con cariño.

—Eso espero —susurró George para sí.

—Y haré que le preparen ese postre con nata que tanto le gusta.

—¡Oh! ¿Le he dicho alguna vez que la amo? Se lo juro, es la mujer de mi vida —exclamó con una genuflexión.

La señora Pearson se rio de manera discreta.

—Le hemos echado mucho de menos, capitán… No se imagina cuánto —afirmó con cariño.

—Pues ya estoy aquí y no quiero que se preocupe por nada. Voy a encargarme de todo, pero necesito que me ayude con un asunto —respondió entornando los ojos con decisión.



Desmontó del caballo de un salto y alzó el rostro para contemplar la majestuosa fachada de la mansión. Daba igual las veces que la viera, siempre le impresionaba. Se ajustó la chaqueta y subió la escalera de piedra hasta la puerta principal. Eran pasadas las tres y suponía que Charles ya habría comido.

Había dedicado toda la mañana para meditar y analizar la mejor manera de abordarlo. No sabía cómo lo encontraría, si aún le guardaría rencor o si ya le habría perdonado. Pero de lo que estaba convencido es del estado de ánimo que tendría si había venido solo hasta York. Debía de estar triste y decaído porque al ver la preocupación de la señora Pearson, tenía que ser algo muy evidente y que Charles no se molestaba en ocultar.

Debería ir con precaución, pero no iba a marcharse de allí sin lograr que fuese totalmente sincero con él.

Saludó al mayordomo en la entrada, que le dedicó una sonrisa cómplice, y se adentró para anunciar su visita. A los pocos segundos, entró en el salón donde Charles le esperaba de pie. Se miraron unos instantes y su amigo no pudo disimular su sorpresa ante la cicatriz de su rostro.

—Regalito de los irlandeses —explicó George con su habitual despreocupación señalando la herida—. Tengo que reconocer que son duros. Se han ganado mi respeto.

Charles le extendió la mano contento de que estuviera bien y al instante levantó la vista para mirar por encima de su hombro.

—¿Has venido solo?

George alzó las cejas, sorprendido.

—Sí, ¿con quién iba a venir?

Charles carraspeó y fue directo al mueble de las bebidas para servirle una copa de whisky. George se la bebió de un trago y le pidió otra. Aquella segunda ronda la saboreó más despacio, incluso apreció el color anaranjado de la bebida.

George le resumió su experiencia en Irlanda mientras Charles lo escuchaba interesado. Se terminó la copa y la dejó con calma en la mesa. No había ido hasta allí para hablar de él ni de aquellos meses. Aspiró profundamente y miró fijo a su amigo, iba a sacarle de una maldita vez todo lo que tenía dentro.

—¿Qué haces aquí, Charles?

Este titubeó un segundo antes de contestar.

—Pues… vinimos con la idea de pasar unos meses —dijo sin mirarlo—y al final nos quedamos. Llegó el invierno… Ya sabes lo que me gusta el invierno de York…

—Odias el invierno de York —le interrumpió George grave.

Sus miradas se encontraron, hasta que Charles giró la cara en otra dirección sin poder aguantarle aquella firme expresión.

«No, esta vez no vas a quedarte callado. Vas a hablar conmigo quieras o no», pensó George tajante.

—¿Qué haces aquí, Charles? —le repitió mientras se acercaba a él unos pasos.

Forster se giró con la mandíbula apretada.

—¿Cómo fue la proposición?

Los ojos de George se abrieron ante aquella pregunta.

—¿La proposición?

—La proposición a Kate, ¿cómo fue?

—¿Estás aquí por eso?

—Contéstame. ¿Cómo fue? —exigió apremiante.

George se pasó la mano por la frente, acarició su cicatriz y dejó escapar todo el aire en un amplio suspiro.

—Oh, Charles…, nunca ha habido ninguna proposición —indicó para sorpresa de Forster.

—¿Qué? Pero si me dijiste que ibas a pedírselo… ¿Ya no sientes nada por ella?

El capitán se encogió de hombros con una inocente expresión. Era el momento de aclararlo todo e intentar salir de aquel callejón en el que se había metido.

—Charles, nunca tuve la intención de declararme a Kate.

—¿Qué estás diciendo? Pero si me lo dijiste tú mismo…

—Porque era mi último recurso. Fue lo último que se me ocurrió antes de marcharme a Irlanda.

—Pero ¿de qué estás hablando?

George apoyó la espalda en la mesa y se cruzó de brazos.

—Era mi último recurso para hacerte reaccionar.

La expresión de Charles mostró su confusión ante aquella confesión.

—Charles, sé que estás enamorado de Kate desde la primera noche que nos presentaste.

—¿Qué?

—¿Por qué crees que me quedé en Downton? Porque lo vi clarísimo. Al igual que vi desde el principio que no lo ibas a aceptar ni a reconocer. Era necesario una acción contundente, así que hice lo que mejor sé hacer… provocar —dijo con una sonrisa de medio lado.

Charles se removió incómodo sin acabar de encajar lo que le estaba diciendo.

George le explicó paso a paso lo que había hecho durante aquellas semanas en Downton. Todo lo que había intentado para hacerle estallar de celos, cada uno de los momentos que habían vivido, y cómo, finalmente, al no conseguir su objetivo, había optado por la acción drástica de la ficticia proposición de matrimonio.

Charles se mantenía de pie, en un silencio hermético y totalmente rígido, con una expresión de estupefacción que no era capaz de disimular. Si la situación no fuera tan triste, George hubiera estallado en una carcajada al ver aquella mueca de perplejidad. Pero no era el momento ni el lugar para chanzas, aquello estaba fuera de control y él iba a enderezarlo costase lo que costase.

Vio que Charles se servía una copa, más por necesidad que por gusto, y que lo observaba de reojo aún con la sorpresa pintada en sus ojos.

—¿Todo lo que hiciste fue falso? No me puedo creer que todo este tiempo… —murmuró Charles.

—Lo sé… Soy bueno… soy muy bueno en lo mío —indicó guiñando un ojo.

Y cuando George empezaba a ver la luz al final del túnel tras aquella reveladora conversación y ya estaba convencido de que no habría más obstáculos, Charles declaró algo que no se esperaba.

—No puedo volver a Downton con Kate… Hice una promesa… Le hice la promesa a Elizabeth cuando murió de que jamás estaría con otra mujer.

La extrañeza de George se dibujó claramente en su rostro.

—¿Una promesa? —repitió desconcertado—. Pero no puedes renunciar a tu vida por una promesa.

—George, una promesa es una promesa porque no se puede romper. Hice un juramento, puse mi honor y mi palabra en manos de la mujer que amaba. ¡Eso no se puede romper!

Al capitán empezó a darle vueltas la cabeza. No podía ser. Iba a desechar su futuro por una promesa en un lecho de muerte. Por muy sagrada que fuera dicha promesa, era una barbaridad lo que se proponía. No iba a permitirlo, de ninguna de las maneras.

—Aclárame algo, ¿a quién dices que le hiciste esa promesa?

—¿Qué? ¡A Elizabeth! Te lo estoy diciendo.

—No, que va… Esa promesa no se la hiciste a Elizabeth porque ella no estaba presente cuando la pronunciaste. Ella no estaba allí para aceptarla —dijo firme—. Esa promesa te la hiciste a ti mismo, usándola a ella de excusa para no seguir adelante y no vivir. Usaste su recuerdo y su memoria para no sentirte culpable por seguir vivo y ella no. Si Elizabeth hubiera escuchado esa promesa, jamás…, ¿me oyes?, ¡jamás la hubiera aceptado!

Charles desvió la mirada con un ligero temblor y George continuó.

—Mira, he respetado tu forma de vida y tus ideas durante estos años sin presionarte, ni juzgarte, ni cuestionarte nada… hasta ahora. ¡Ahora se acabó! No voy a permitir que renuncies a lo más hermoso que has sentido desde que Elizabeth se fue por una promesa sin sentido.

—¿Sin sentido?

—¡Sí, Charles, sin sentido! —exclamó alzando la voz y sorprendiéndolo —. Tienes una mujer increíble en la otra punta del país, enamorada de ti, sufriendo por ti, y aquí estás tú, sufriendo igual o más que ella. ¿Le ves algún sentido a todo esto? —dijo con un tono aún más elevado—. Y ahora te pregunto, ¿si Elizabeth estuviera aquí estaría satisfecha?, ¿se alegraría de verte sufrir? Ya te lo contesto yo… ¡NO! —Respiró hondo un par de veces antes de continuar—. Vas a marcharte a Downton, Charles. Vas a marcharte hoy, o mañana como muy tarde, y vas a recuperar lo que dejaste allí. No te lo estoy proponiendo, ni siquiera te lo estoy dando como opción…, ¡te lo estoy ordenando! Por una vez en tu vida vas a hacerme caso.

Su esencia de capitán surgió de sus entrañas sin querer darle tregua, sin proporcionarle ninguna alternativa. Era una orden y, si no se marchaba, pensaba llevarlo él mismo hasta allí. George vio el rostro contraído de Charles y, dejando escapar el aire, se obligó a relajarse. Se acercó a él y apoyó la mano en su hombro.

—Sé lo que Elizabeth significaba para ti y jamás te pediría que la olvidaras, pero recuerda que yo también la conocí. Pude ver sus ganas de vivir, su alegría y, sobre todo, pude comprobar el increíble amor que te tenía. Toda su vida giraba en torno a hacerte feliz, a verte feliz. —Le sujetó el rostro para obligarle a mirarlo—. Ella no querría esto, Charles. Ella no hubiera permitido que sufrieras, y sabes que es verdad porque la conocías como nadie la conoció. Aunque no quieras reconocerlo, dentro de ti sabes que ella nunca te hubiera pedido nada semejante.

Y al escuchar aquello, Charles se derrumbó por completo. Se tapó el rostro mientras George le sujetaba de la nuca para acercarlo.

—Por favor, hazme caso, Charles —le susurró al oído.

Su amigo comenzó a llorar con un lamento ahogado, como hacía años que no lloraba. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de George y de paso toda aquella angustia que llevaba meses aguantando en silencio, solo. El capitán lo sujetó más fuerte y lo dejó llorar, lo abrazó para que no se desmoronase, para que le sintiera cerca. ¡Le dolía tanto verlo así! Ver que toda la fortaleza de aquel noble y honorable caballero se deshacía entre el recuerdo de un amor pasado y el de su presente.

Al cabo de unos minutos, la respiración de Charles se fue acompasando y George aspiró aliviado al ver que se calmaba.

—Tal vez… tengas razón… —susurró en un tono casi inaudible.

George cerró los ojos y suspiró agradecido de que, por fin, hubiera recapacitado y aceptara lo que sentía.

Se sentaron en las butacas y la señora Pearson apareció por el salón para indicar que ya tenía el equipaje preparado.

Charles la miró extrañado y George le explicó que le había dado instrucciones al ama de llaves convirtiéndola en su cómplice. Charles les agradeció a ambos su apoyo y, después de unos últimos ánimos, decidió que se marcharía a Downton a la mañana siguiente.

George atravesó el pasillo y bajó las escaleras frotándose las manos, satisfecho y totalmente descansado. Hacía un día esplendoroso y había dormido más de ocho horas con una calma que no recordaba desde hacía mucho tiempo. La comodidad de la cama y las sábanas de seda habían ayudado, pero el hecho de haberse reconciliado con Charles le proporcionaba una inmensa paz. Golpeó con los nudillos el marco de la puerta antes de entrar en el despacho.

—¿Estás listo?

—Sí, recojo un par de cosas y me marcho.

—¡Fantástico! —exclamó con entusiasmo.

Charles se levantó y fue hacia él.

—George, quería decirte algo.

—No me digas que te estás arrepintiendo porque ya no me quedan más argumentos. Te juro que no sabría qué más hacer —replicó con espanto.

Charles rio al ver su expresión.

—No, no es nada de eso. Quiero a Kate y deseo estar con ella.

George suspiró aliviado.

—Menos mal, porque de verdad que se me habían acabado los recursos —dijo sonriendo—. Cada vez que me acuerdo de todo lo que he tenido que hacer para que…

Charles le interrumpió dándole un abrazo que sorprendió a George.

—Perdóname —le susurró.

—¿Qué? No tienes que pedirme perdón por nada.

—Sí, sí tengo que hacerlo. Fui injusto contigo. Perdóname, por favor —murmuró a la vez que le apretaba los hombros.

—Charles, de verdad, está todo olvidado. Es normal que te molestase mi actitud, puedo llegar a ser muy convincente —dijo con un punto de arrogancia.

Charles sonrió ante su tono. Se apartó y lo miró a los ojos.

—Lo sé. Eres muy convincente, demasiado. Pero jamás me harías daño y no debí reaccionar de una manera tan dura —respondió con el ceño fruncido—. No pienso nada de lo que te dije. Absolutamente nada, créeme.

—Charles ya está, de verdad. No le des más vueltas, fue un momento un tanto… intenso y nos dijimos cosas que no sentíamos. No tienes que disculparte.

—Quiero hacerlo —afirmó con la voz rasgada—. George, siempre dices que yo te salvé la vida, pero tú me la has salvado a mí incontables veces en

estos últimos años. Si no hubiera sido por ti, yo habría acabado con todo después de la muerte de Elizabeth. Pero ahí estabas tú, a mi lado, sin desfallecer, sin apartarte. —Calló un instante—. Y nunca te he dado las gracias como merecías.

George intentó contestar, pero las palabras que almacenaba en su cabeza murieron en sus labios. Gestionar los momentos emotivos no era una de sus mejores habilidades. Alzó una de las cejas y le dedicó una desenvuelta expresión.

—Definitivamente, no puedes vivir sin mí —añadió.

Ante aquello, su amigo estalló en una carcajada.

Charles se marchó aquella mañana. Se despidieron de él, le desearon la mejor de las suertes y, al ver que el carruaje se alejaba por el camino, George sintió una indescriptible serenidad de cuerpo y espíritu.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 61
Una boda

Pasaron casi quince días hasta que recibieron carta de Charles. Y no podían ser mejores noticias. Les informaba de que iba a casarse con Kate, en el mismo Downton, y que les esperaba lo antes posible allí.

La expresión de Mary al escucharlo no pudo ser más adorable. Sus ojos se abrieron tanto que el azul de su iris brilló como si el sol estuviera iluminando todo el océano. Gritó fuera de sí y empezó a saltar por todo el salón, sin acabarse de creer que su amada profesora fuera a casarse con su papá.

La carta continuaba con una petición para el ama de llaves: *Por favor, señora Pearson, traiga el velo que perteneció a mi madre. Quiero ofrecérselo a Kate para la boda.* El ama de llaves se enjugó las lágrimas al leer aquella solicitud. El velo familiar volvería a lucirse en una boda después de tantos años.

George releyó la carta y fue consciente de que, por fin, se habían cumplidos sus deseos. Había costado, pero el esfuerzo y los sinsabores habían merecido la pena.

Agarró a Mary por la cintura, la levantó y empezó a bailar con ella por toda la sala, lo que provocó sus carcajadas y que varios sirvientes se asomaran por la puerta con curiosidad.

Contestaron la carta de Charles con urgencia y le comunicaron su inmediata llegada; tras ello se afanaron en prepararse para el viaje.

A la mañana siguiente salieron para Downton. Debido a las ansias de reencontrarse con los recién comprometidos, el viaje se les hizo largo. Mary quería llegar cuando antes, así que hicieron las paradas justas para descansar, dormir y comer.

Por fin, la mañana del tercer día, entraron en Wiltshire. Dejaron atrás Salisbury y, transcurridos varios minutos, las primeras casas de Downton hicieron su aparición.

La emoción que se respiraba en el carruaje era patente en cada esquina de su interior. Mary no podía controlar su entusiasmo al atravesar las conocidas calles. Sacó la cabeza por la ventanilla y saludó con la mano a todos los vecinos que adelantaban con el coche. La señora Pearson dejaba escapar disimulados suspiros tras el pañuelo que ocultaba su nariz. Y George sintió que se le aceleraba el corazón al recordar los momentos vividos en aquel pueblo.

Era media mañana cuando el carruaje se detuvo en la plaza principal y pudieron ver allí a Charles acompañado por las dos hermanas Miller. Antes incluso de que el coche se detuviera, Mary dio un brinco y salió corriendo hacia su padre con ímpetu. La señora Pearson la siguió. Saludó a la pareja con lágrimas en los ojos, sin poder controlar la inmensa alegría que sentía.

George observó la escena desde el interior del coche y se fijó en la expresión reluciente de Charles. Aquello era lo que estaba esperando desde hacía ya cuatro años.

—¡Apártense todos! —exclamó para llamar la atención de los presentes y que se giraran hacia él. Bajó del carruaje saltando los dos peldaños y se acercó a ellos—. ¡Tengo que felicitar a la pareja!

Abrazó efusivamente a Charles.

—Sabía que lo conseguirías —le dijo al oído mientras le daba unas palmadas en la espalda—. Estoy muy orgulloso de ti, veo que te he enseñado algo en estos años —se mofó. Charles alzó una ceja en un gesto divertido.

El capitán se giró hacia Kate, que lo observaba sonriente.

—Kate… —la saludó con entusiasmo—. Al final la ha convencido, ¿eh? —Aquellas palabras provocaron que ella comenzara a reír—. Seguramente será feliz con este señor de al lado, pero en caso de no serlo, avíseme.

—¡George! —protestó Charles.

El capitán estalló en una carcajada. Qué fácil era provocarle. Se giró y vio detrás de ellos a Alice, que se mantenía en silencio.

—Alice —pronunció su nombre a la vez que se aproximaba a ella.

La muchacha se tensó y lo saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Me alegro de verla —le dijo mientras la saludaba con un dulce beso en sus nudillos.

—Igualmente…, capitán —respondió con un titubeo al notar que no soltaba su mano.

—Ya me informó Charles de su mejoría, pero ahora ya puedo comprobar que está totalmente recuperada.

—Sí, no he vuelto a tener ningún episodio de fiebre desde lo que me sucedió en Manor Hall.

—Me alegro mucho de verla tan bien —afirmó con suavidad acercándose a ella—. Ah…, y no se me olvida que me debe una sonrisa —murmuró a la vez que le guiñaba un ojo.

Alice mostró una hermosa sonrisa ante sus palabras, lo que incitó a George a levantar la barbilla, satisfecho.

Aprovechó aquel momento para contemplarla. Hacía casi un año que no la veía. Le pareció que estaba más alta, su expresión era igual de dulce a como la recordaba, pero ahora tanto su rostro como su cuerpo eran más de mujer. Ya debía de haber cumplido los dieciocho. Su temple era más adulto y podía percibir sutiles cambios en ella que aumentaban aún más su atractivo.

Charles interrumpió sus pensamientos al pasarle el brazo por sus hombros para preguntarle qué tal todo por York. George desvió su atención de la joven, muy a su pesar, y le explicó todas las novedades que habían surgido en aquellos días.



La ceremonia tuvo lugar al día siguiente y Charles estaba tan inquieto que el mayordomo se veía incapaz de hacerle bien la lazada del cuello.

—Relájate, Charles, ni que fuera tu primera boda —espetó George de manera burlona.

—Muy gracioso. Me gustaría verte a ti en mi situación.

—No me verás nunca, ya te lo aseguro.

Charles le dedicó una mirada de reojo.

—Torres más altas han caído.

—Mi torre es enorme, descomunal. Dudo mucho que puedan derribarla —soltó mientras se apoyaba con despreocupación en la pared.

—No sabes lo que me gustaría que te comieras esas palabras algún día. Lo estoy deseando.

George se cruzó de brazos.

—Eso no pasará. Pero míralo por el lado positivo: como nunca me casaré, me tendrás siempre en tu casa, continuamente, toda la vida.

—¿Ese es el lado bueno? —replicó divertido—. ¿Y cuál es el malo?

—No te hagas el duro conmigo, Charles, sé que adoras tenerme por aquí.

Mary apareció en la habitación con un precioso vestido blanco de varias capas de seda y unos zapatos a juego.

Los dos la miraron con ternura. Parecía una señorita.

—¿Estoy guapa?

—Estás preciosa, cielo —afirmó Charles y la besó en la mejilla.

Mary se puso a danzar y su vestido se alzó con cada giro.

—¿Está creciendo muy rápido o es solo mi impresión? —murmuró Charles con un punto de nostalgia.

—Está hecha toda una mujercita —afirmó George mirando a la niña—. Dentro de poco tendremos que vigilar a los pretendientes.

Charles lo miró con espanto.

—Solo tiene nueve años. No me digas eso, por favor.

—Sí, pero mejor estar preparados. Será una mujer preciosa cuando crezca y habrá mucho buitre que querrá acercarse —insinuó George con el semblante ceñudo.

—No estoy listo, ni creo que llegue a estarlo nunca. Menos mal que aún faltan unos años.

—Tranquilo, yo no dejaré que ningún hombre se acerque a menos de veinte metros de ella. Soy especialista en cazar a sinvergüenzas y ninguno rozará a mi sobrina, te lo aseguro.

Los dos continuaron observando cómo la niña se deslizaba por la estancia, imaginando posibles escenarios futuros de su adorada pequeña, sin que ninguno les satisficiera.



Cuando llegaron a la iglesia, prácticamente todo el pueblo estaba presente e incluso curiosos de los pueblos vecinos se habían congregado para asistir a aquella boda que había fascinado a todos. Los asistentes abarrotaron el interior y el exterior de la parroquia, con el deseo de poder ver a los novios, aunque fuera un instante.

Los allí presentes querían a Kate. Al ser la profesora de la escuela, todos los vecinos la conocían y le tenían una gran estima, y aquella boda, con un prometido tan acaudalado como el señor Forster, no habría podido alegrarles más. Sin dudarlo, iba a ser el evento más memorable del año.

Charles se colocó frente al altar con las manos entrelazadas mientras dedicaba fugaces miradas a la puerta con gran nerviosismo.

—¿Has visto a la joven de la tercera fila? Aún estás a tiempo de cambiar —le susurró George maliciosamente.

Charles le dio un disimulado codazo.

—No me ayudas, George.

—Claro que sí, con esto consigo que te distraigas y no te arranques el resto de las uñas.

Forster bajó la mirada a sus manos y comprobó que, efectivamente, se había destrozado uno de los dedos sin darse cuenta.

—Mira, Robert y Rebecca Stone —indicó el capitán antes de saludarlos con la mano—. ¡Madre mía! ¡Ella está muy embarazada!

—Sí, creo que no tardarán en tener al bebé —confirmó Charles con una expresión de cariño. Ambos le habían ayudado en su reconquista de Kate y no podía tenerles más aprecio.

El repique de las campanas anunció que ya eran las doce y en aquel momento el murmullo de la iglesia se fue apagando. Se giraron todos hacia la entrada y el recinto quedó en un expectante silencio.

La luz del sol entraba por las vidrieras que adornaban los laterales y el frontal de la iglesia, iluminaba el altar y arrancaba las sombras de las columnas, además de ofrecer cobijo y calor a todos los presentes.

Mary entró en la iglesia, atravesó el pasillo central con un paso distinguido, como si fuera ya una damita de la sociedad. Saludó a su padre con la mano y él le respondió con una sonrisa cuando tomó asiento.

Acto seguido entró Kate, acompañada del brazo de Alice, y Charles se quedó sin aliento al contemplarla. Lucía el collar de esmeraldas que él le había regalado hacía unos días y un vestido ajustado de seda color marfil. Del tocado se desprendía el precioso velo largo hasta el suelo, decorado con unos bordados de flores. Charles sonrió conmovido al ver que era el que le había pedido a la señora Pearson que trajera: el velo de su madre.

George se mantenía a su lado, y pasó la mirada de Kate a Alice. Observó a la joven con detalle de arriba abajo con lentitud, aprovechando que ella no podía percatarse de aquella atrevida mirada. Portaba un vestido azul claro que lucía con elegancia y el recogido del pelo iba adornado con flores del mismo color. Siempre había sido hermosa, con esa belleza delicada, serena y dulce; como si el encanto de una chiquilla se hubiera quedado refugiado

en el cuerpo de una mujer. Dejó escapar un suspiro inaudible y se aclaró la garganta antes de apartar la vista.

La ceremonia avanzó según los protocolos establecidos y, cuando por fin llegó el momento en el que el párroco pronunció las palabras «Yo les declaro marido y mujer», la iglesia estalló en vítores. Los cánticos se propagaron por el exterior del edificio y se escucharon flautas y tambores cuando los recién casados salieron y recorrieron las calles.

Cuando la marabunta de gente se fue disolviendo a su alrededor, Charles les explicó a Mary y a George que tenían pensado ir de viaje de novios hasta el condado de Devon, visitar Exeter, la capital, y, si les daba tiempo, bajar hasta Cornualles.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó la pequeña ilusionada.

Charles y Kate intercambiaron una mirada. Ella sonrió divertida y él se rascó el mentón incómodo.

—Verás, Mary…

—No, no, Mary… —intervino el capitán mientras la sujetaba de los brazos y la giraba hacia él—. Tú te quedas aquí con el tío George. Tu padre y Kate tienen que viajar solos porque tienen que conocerse a fondo —dijo con un absoluto descaro.

—¡George! —exclamó Charles fulminándolo con la mirada.

—¿Qué? ¿Acaso he dicho una mentira? —preguntó con una dramática pose inocente y escondiendo la risa.

Kate bajó la mirada totalmente acalorada por aquella insinuación tan directa y aprovechó para acercarse a Alice.

—¿Estarás bien? Solo serán un par de semanas, tal vez tres.

—Sí, no te preocupes.

—Tranquila, Kate, yo cuidaré de ella —indicó George a la vez que pasaba su mano por los hombros de Alice con total naturalidad, lo que provocó que la joven bajara la cabeza con un leve temblor.

La expresión de Charles mostró cierta preocupación.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le pidió mientras le agarraba del brazo y le obligaba a soltar a Alice antes de llevárselo aparte.

Se colocó frente a él y lo miró fijamente.

—Ni se te ocurra intentarlo.

—¿Qué? ¿El qué?

Charles desvió la cabeza lo justo para señalar donde estaban Kate y Alice.

—¿Alice? ¡No! ¿Qué dices? Es como una hermana… una hermana pequeña.

—Dudo mucho que la veas como una hermana —respondió Charles alzando una ceja.

Tenía razón, aquella hipótesis la había descartado hacía un tiempo.

—Vale…, tal vez como una hermana no…, como una prima segunda —soltó aguantándose la risa tras aquella provocación que no había podido evitar. Solo por ver la cara de Charles ya valía la pena.

—¡Por favor! —replicó con un gesto de agotamiento.

—Tranquilo, Charles, no intentaré nada.

—Más te vale, ahora es mi cuñada.

—¡Uf! Eso ha sonado siniestro.

—Más siniestro sonará como intentes algo —le amenazó.

—Te prometo que no haré nada que pueda molestarla.

Charles se acercó un paso más y le clavó una dura mirada.

—Ni un juego, George, ni uno solo, ni uno pequeño, ni un roce, ni una insinuación… ¡Nada! ¿Me has entendido?

—Tienes mi palabra —dijo levantando la mano derecha como en un juramento, aunque con una sonrisa divertida en el rostro.

—No sé ni para qué me molesto, vas a hacer lo que quieras, como siempre.

—Charles, márchate tranquilo, aquí todo estará bien.

—Eso es precisamente lo que me preocupa, que estés demasiado bien.

El capitán no pudo aguantar más y estalló en una carcajada, lo que provocó que Charles maldijera en voz alta.

—Charles, confía en mí. Tú márchate tranquilo y disfruta de tu luna de miel —le instó en un tono insinuante—. Por cierto, ¿quieres algún consejo sobre algo? Hace mucho que tú no… Ya me entiendes.

Charles frunció el ceño interrumpiendo su verborrea, mientras George juntaba los labios con fuerza para no soltar otra carcajada.

Cuando el carruaje estuvo listo, los recién casados abandonaron el pueblo despidiéndose desde la ventanilla hasta perderse más allá del camino.

Cuando ya no eran visibles, George se giró a su derecha y vio a Mary y a la señora Pearson que aún tenían los brazos extendidos haciendo volar unos pañuelos a modo de despedida; luego se volvió hacia su izquierda, donde Alice no apartaba la vista del camino, erguida y quieta, con una expresión

emocionada en el rostro y con los ojos todavía empañados por aquella despedida.

—Ha sido una boda preciosa —afirmó George, lo que llamó la atención de la muchacha.

—Sí que lo ha sido —murmuró mientras apartaba la mirada del horizonte.

George la observó con ternura. Tenía curiosidad por conocerla más a fondo. El año anterior estuvo tan centrado en Kate y Charles que apenas pudo prestarle atención. Pero ahora se le presentaban aquellas semanas para profundizar un poco más, y estaba seguro de que pasarían unos días muy agradables.

El capitán siguió absorto en sus pensamientos sin percatarse de la mirada que la señora Pearson les estaba dedicando a ambos y de cómo esta arqueaba los labios en una astuta sonrisa.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 62
Un río y una sirena

—¡Tío George! —La voz aguda de Mary recorrió todos los pasillos y rincones de la casa.

El taconeo de sus zapatos sobre el mármol del suelo era el sonido habitual cuando la pequeña estaba en casa. A pesar de que la señora Pearson le había dicho, en infinidad de ocasiones, que una señorita no debía correr, la pequeña ignoraba esos consejos y atravesaba siempre cada una de las estancias a toda prisa, lo que provocaba que los sirvientes tuvieran que esquivarla para no arrollarla.

Encontró a George en el jardín mientras acariciaba a un precioso semental negro. Corrió hacia él y lo agarró por sorpresa. Él bajó la vista y la vio amarrada a su cintura.

—¡Demos un paseo! —exclamó la pequeña con su tradicional entusiasmo.

—Vale, ¿dónde quieres ir?

—¡Al río!

—Oh… Magnífica idea, señorita —dijo George galantemente—. ¿Querrá pescar truchas?

—No —contestó Mary divertida.

—Mmm… ¿cangrejos?

—No me gustan.

—Interesante… Tal vez podríamos buscar una sirena —sugirió George a la vez que se daba unos golpecitos en la barbilla.

—Las sirenas no existen —declaró Mary con suficiencia.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo.

George hincó una rodilla a su lado.

—Pues todo el mundo miente —le susurró al oído—. Yo he estado en el mar y las he visto.

Mary abrió los ojos.

—¿De verdad?

—Sí…

—¿Y cómo son?

—Muy hermosas, algunas con el pelo dorado y otras brillante y azabache como tú. Tienen una larga y esbelta cola de pez. Y todas cantan para atraer a los barcos hacia la orilla.

Mary lo miraba deslumbrada y su tío sonrió al ver cómo iba ganándose su maravillosa ingenuidad.

—¿Y qué hacen con los barcos? —preguntó con fascinación.

—Les ofrecen regalos.

—¿Se hacen amigos de los marineros?

George ladeó el rostro pensando que la palabra «amistad» no era precisamente el término que lo definía. Ignoró todas las leyendas de seducción que hablaban de aquellos seres mitológicos y decidió seguir con la historia.

—Sí, se hacen muy amigos.

—¡Yo quiero ver una! ¿En el río encontraríamos alguna?

—Es complicado porque viven en el mar, pero podríamos intentarlo, aunque están muy escondidas —murmuró George con un aire de misterio.

—¡Busquémosla! —exclamó.

El capitán se enderezó satisfecho del poder que ejercía sobre su sobrina.

—¡Y avisemos a Alice! —añadió Mary—. Que venga con nosotros. Será divertido.

George asintió con una reverencia y aceptó la agradable propuesta de pasar una mañana con ambas señoritas en la ribera del río.

Alice recogió la aguja y el hilo y lo guardó todo en la caja de costura. Había estado adornando unos manteles y pensaba ofrecerlos a la mercería la próxima semana. Seguro que le daban una buena cantidad por ellos. Dobló y guardó las telas en el cajón y se sentó al lado de la ventana.

Cerró los ojos al recordar el día anterior. No dejaba de sonreír al pensar en la preciosa boda de Kate y en lo enamorada y feliz que estaba. Apoyó la frente en el cristal y notó el frescor en su piel. ¿Ya habrían llegado a Exeter?

¿Estarían dando un paseo? ¿O tal vez comiendo cerca del mar? Solo hacía un día que se había marchado y ya estaba deseando tener noticias de ella.

El golpeteo de la puerta la hizo incorporarse.

Al abrir descubrió los seductores ojos azules de George que la miraban directamente. Aquello le provocó tal sobresalto que le hizo dar un traspiés hacia atrás.

—¡Capitán!… —murmuró al recuperarse de aquel poco elegante movimiento.

—Buenos días, Alice —saludó con una amplia sonrisa.

La joven le devolvió la sonrisa, aunque se ruborizó al descubrir, avergonzada, que aún llevaba el delantal puesto.

—¡Vamos a buscar una sirena! —manifestó Mary irrumpiendo como un huracán entre ellos.

—¿Qué?

—¡Una sirena! —repitió entusiasmada.

—¿Una sirena?

—Sí, la famosa sirena de Downton —intervino George manteniendo una seria expresión—. ¿No ha oído hablar de ella?

—No sé de qué me está hablando.

—El tío George dice que vio sirenas cuando estuvo en el mar —explicó Mary—. Y dice que podemos encontrar una en el río.

—He dicho que podíamos intentarlo —matizó George.

Alice los miró alternativamente sin entender nada de lo que decían.

George se inclinó hacia ella.

—Sígame el juego —le susurró al oído.

La joven sonrió ante aquella simpática ocurrencia.

—Ah… la sirena de Downton, ¡claro! Recuerdo la historia —dijo Alice, lo que atrajo sobre ella la mirada deslumbrada de Mary.

—¿La has visto?

—No, muy poca gente la ha visto. Es una leyenda antigua —improvisó la muchacha.

—¡Cuéntamela!

—Mejor vamos al río ya —intervino George para salvar a Alice del asedio.

—Deme un momento y nos vamos —pidió la joven.

Fue rápidamente hasta el comedor, se deshizo del delantal y se observó en un pequeño espejo de la pared. Llevaba el pelo horrible, varios

mechones escapaban del recogido, pero ya no tenía tiempo de arreglarlo. Hizo lo que pudo con un par de horquillas, se alisó el vestido y volvió a la entrada.



George guardaba muy buenos recuerdos de aquel río. El encuentro con Kate era de sus favoritos, la manera en que se había sincerado con ella y como le había dejado pequeñas migajas para que no desfalleciera en su amor por Charles.

Se sentaron en la hierba, a la orilla, en un claro rodeado de árboles.

—¡Cuéntame la leyenda de la sirena, Alice! —suplicó la niña.

—Mary, no insistas —replicó George, sabiendo que no pararía de preguntar.

—¿Quieres conocerla de verdad? —inquirió Alice.

—Sí.

La joven tomó aire, subió el rostro hacia los rayos del sol y luego miró a la pequeña.

—Cuenta la leyenda que la diosa del mar se enamoró de un marinero, pero él tuvo que volver a tierra firme y separarse de ella. La diosa lloró durante meses su desconsuelo y sus lágrimas crearon tormentas y olas llenas de melancolía. Finalmente, en su desesperación por verlo, decidió subir por el río convertida en una hermosa mujer con medio cuerpo de pez. Aunque no podría abandonar el agua, al menos sí ver y tocar a su enamorado.

Hizo una pausa y comprobó que George y Mary la observaban embelesados, no supo cuál de los dos estaba más fascinado. Ambos miraban a la joven sin pestañear y Alice se ruborizó al ver aquella atención sobre ella.

—¿Y qué pasó? —preguntó Mary con ansia.

—Sí, ¿qué pasó? —insistió George totalmente atraído por aquella historia.

Alice sonrió con orgullo y continuó:

—Estuvieron juntos mucho tiempo, disfrutaron de aquella inmensa felicidad, hasta que los años hicieron mella en el marinero, blanquearon su pelo y arrugaron su morena piel, y entonces la sirena se lo llevó junto a ella, río abajo. Y vivieron juntos en el mar para siempre.

Los dos se mantuvieron un par de segundos en silencio hasta que Mary soltó una exagerada exclamación con aquel romanticismo innato que solían tener las niñas.

George seguía mirando a Alice cautivado, tanto por la historia en sí como por la forma en que la había contado. Tenía un tono de voz que embriagaba.

Mary se levantó para acercarse hasta el agua y jugueteó con los dedos, deseosa de ver a la sirena, aunque fuera un instante.

—¿Esa leyenda existe? —preguntó George asombrado.

Alice sonrió abiertamente.

—No, me la he inventado.

—¿En serio? Vaya…, ha sido asombroso. Ahora Mary estará soñando con sirenas hasta que cumpla los veinte.

—Tendremos los dos la culpa —mantuvo Alice divertida.

—Sí, deberemos asumir las consecuencias de su nueva obsesión —replicó alzando una ceja.

Se acomodaron en aquel paraje mientras el sol no les daba tregua. George se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa más allá de los codos. Hacía muchísimo calor.

Alice lo miró de reojo a medida que se subía las mangas y dejaba ver sus musculosos brazos. Apartó los ojos avergonzada, se agarró con fuerza las rodillas y centró su atención en el agua.

—¡Qué calor! —exclamó Mary, que miraba el inclemente sol.

—Date un baño —le invitó George.

La pequeña se giró hacia él con una expresión de duda.

—Papá no me deja nunca mojarme, dice que me puedo resfriar.

—Pero tu padre no está aquí, estás conmigo y será nuestro secreto —sostuvo George en voz baja y poniendo el dedo índice en sus labios.

Alice sonrió ante su infantil gesto.

—¡Vale! ¡Y buscaré la sirena!

—No, no. No te alejes, solo los pies —le advirtió George.

Mary asintió, se quitó los zapatos rápidamente y metió las puntitas de los dedos en el agua. Soltó un gritito al notarla muy fría y empezó a reír mientras daba saltos y chapoteaba.

—¡Alice, ven conmigo! —gritó la niña.

—No…, mejor que no.

—Por favor, ven conmigo, solo un poco.

Mary salió del agua y la sujetó de la muñeca para tirar de ella.

George observaba entretenido aquella escena con los brazos apoyados en sus piernas.

—Hace mucho calor, Alice. ¡Vamos! —suplicó Mary.

—Solo un momento, ¿de acuerdo? —Alice suspiró.

Mary volvió al agua satisfecha por su triunfo y esperó a que Alice se acercara a ella.

—Cuidado no resbale —le advirtió George, que miraba con atención aquel espectáculo.

Alice se quitó los zapatos y se levantó solo unos centímetros el vestido para que no se mojasen los bajos de la falda.

George entornó los ojos y no pudo evitar dirigir la mirada hacia aquella minúscula porción de piel de sus tobillos. Apenas se veía nada, pero sus medias eran tan finas que podía percibir una piel blanca y tersa. Su mente le traicionó e imaginó lo que sería tocarla, acariciarla…

Apartó la vista al instante, alarmado, avergonzado por aquel pensamiento. Se levantó de un salto, se apartó unos pasos y se colocó de espaldas a ellas. Alice alzó el rostro, extrañada.

—Voy a dar una vuelta —dijo sin mirarlas.

Se internó en el bosque y apoyó la espalda en un inmenso roble. Se secó el sudor de la frente y dio una patada a una rama del suelo con rabia.

—Soy un cerdo. No me extraña que Charles no confíe en mí. Solo hace un día que se han marchado, ¡por Dios! —Se inclinó hacia delante y apoyó sus manos en sus muslos.

A pesar de haber sido solo un instante, se sentía sucio por haber tenido aquella fugaz imagen.

«Ella, tan dulce, contando leyendas, y yo… pensando indecencias», se recriminó. «Llevo demasiados meses sin estar con una mujer, esa es la explicación. Pero no volverá a pasar», se ordenó.

Se concedió unos minutos más a la sombra; notaba cómo la suave brisa iba rebajando el calor que sentía. Después retornó sobre sus pasos y comprobó que Alice se había vuelto a sentar en la hierba con la atención puesta en Mary, que seguía chapoteando en el agua. La observó en la distancia, aún con vergüenza por aquel indecoroso pensamiento que le había asaltado. «No volverá a pasar», se repitió. Aunque eso no aplacaba el bochorno que le afligía. Se fijó en cómo reía ante las ocurrencias de Mary y pensó en su adorable candidez.

«Y yo soy un libertino», renegó.

Se acercó despacio hasta que Alice se volvió hacia él al percibir su presencia.

—¿Se encuentra bien? —preguntó inquieta.

—Sí, estoy bien, solo quería dar un paseo.

—Al marcharse así, creía que estaba indispuesto.

—No, me encuentro perfectamente, solo me apetecía pasear.

—Menos mal, nos había preocupado —dijo con una sonrisa.

Aquel gesto y su preocupación le hicieron sentirse más culpable. Si supiera por qué se había marchado, querría tenerlo lejos, a varias millas de distancia.

—¡Tío George!

Al girarse, fue sorprendido por un chorro de agua helada que cayó en su cara y en su camisa.

—¡Mary! —gritó furioso, mientras la pequeña reía triunfal y le tiraba más agua.

George se quitó las botas y salió corriendo detrás de la niña, que se metió más adentro del río y le salpicaba sin cesar. Mary empezó a gritar al verle acercarse e intentó huir de él.

—¡Ven aquí ahora mismo! —bramaba George.

Alice reía al ver a los dos completamente empapados mientras se perseguían río arriba, río abajo.

George al final la alcanzó y la levantó por encima de su hombro.

—Esto no va a quedar sin castigo, señorita —amenazó.

Mary pataleó entre risas, en un intento de liberarse.

Salió del agua sin soltar a la niña. Estaban calados hasta los huesos. Sus ropas y su pelo chorreaban. Dejó a Mary en la hierba y ella se revolvió en una voltereta sin dejar de reír.

—Parece que ha ganado esta batalla —dijo Alice con ternura.

—No se crea, con Mary nunca se está seguro.

La pequeña le sacó la lengua en una mueca divertida.

—Se le dan bien los niños, Mary le adora.

—Y yo a ella.

Al escuchar la conversación, la pequeña se acercó a ellos.

—Tío George, ¿cuando tú tengas hijos serán mis primos? —preguntó a bocajarro.

Este comenzó a toser y la miró sin comprender.

—¿Qué?… ¿A qué viene eso ahora? —preguntó atónito.

—Me lo dijo la señora Pearson un día. Me explicó que, como eres mi tío, tus hijos serán como primos míos —sentenció con entusiasmo.

—Oh, ¿la señora Pearson te dijo eso? ¡Fantástico! —replicó con sarcasmo.

El ama de llaves tenía un curioso sentido del humor, porque estaba claro que aquello era una mofa en toda regla.

—¡Tendré muchos primos! —exclamó la niña eufórica.

El capitán carraspeó nervioso mientras miraba de soslayo a Alice, que escondía una sonrisa.

—Mary, cielo, escúchame…, no sé si tendré hijos —respondió para apaciguar aquel extraño y repentino frenesí, y volvió disimuladamente los ojos hacia Alice.

Y entonces un perturbador pensamiento le sacudió.

«Al menos hijos conocidos», reflexionó. Un escalofrío le sobrevino al imaginarse que llegaran todas las mujeres con las que se había acostado con bebés suyos y le reclamaran la paternidad. «¡Qué espanto! ¿Cuántos hijos tendría?». Negó con la cabeza sin saber la respuesta. Hacía mucho que había perdido la cuenta de las mujeres con las que había estado. Esperaba que eso no llegase a pasar o Mary tendría una cantidad inmensa de primos.

Se tapó la boca frenando una corriente nerviosa. La imagen de él con quince o veinte chiquillos le produjo un espasmo. Pensó en la cara de Charles al presentarle a veinte hijos ilegítimos. Esa cara desfigurada por el asombro, la confusión y las ganas de matarlo lentamente. Conocía esa expresión de sobra, la había visto infinidad de veces.

Apoyó la frente en las rodillas para frenar una risa nerviosa al imaginarse aquella escena. «Qué desastre. Definitivamente no tengo remedio. Me lo merecería por mi trayectoria», meditó sin saber si reír o maldecir por su debilidad masculina. Decidió reír…, con su flaqueza ya no podía hacer nada.

Volvió a pensar en Charles y en su mansión llena de críos con su misma cara, varios niños rubios correteando por la casa; y de golpe la escena le pareció tan cómica que soltó una carcajada que por poco le hizo caer de espaldas. Se estiró en la hierba, aspiró profundamente y se dejó acariciar por la mullida alfombra verde bajo su cuerpo.

Mary gateó hasta él, se acurrucó como un ovillo a su lado y apoyó la cabeza en su vientre. George le pasó los dedos por el pelo suavemente

mientras la pequeña se acomodaba más y lo rodeaba con los brazos.

La imagen era tan tierna que Alice reprimió una exhalación. Dos o tres semanas, esa era la previsión para poder disfrutar de su compañía. Y su corazón dio un vuelco solo de pensarlo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 63
Una tela de encargo

Lo recibió aquella mañana con los brazos en jarras, mirada penetrante y barbilla en alto, y George supo que algo no iba bien. La señora Pearson avanzó hacia él lentamente, como un cazador hacia su presa. Aunque el capitán había vivido bastantes escenarios desagradables en aquellos últimos años, el ama de llaves conseguía intimidarlo de una manera sobrecogedora.

—La señorita Mary está enferma —declaró en un tono elevado—. ¿Dejó que la niña se bañase ayer?

No era una pregunta, era una acusación en toda regla.

—Hacía mucho calor, no pensé que se resfriaría por un poco de agua —se defendió George.

—¿Por qué cree que su padre no deja que se moje? Porque siempre acaba resfriada.

—¿Está muy mal?

—Solo tiene algo de fiebre, pero se quedará unos días en la cama.

George se recostó en el respaldo de la silla.

—Lo siento. De verdad que no pensé que le pudiera afectar.

—No me pida disculpas, me lo va a compensar.

—¿Que le voy a compensar qué?

—Va a ir a Salisbury a hacerme unos encargos —indicó mientras sacaba un papel del bolsillo de su uniforme y se lo daba—. Tenía que ir yo, pero ahora debo cuidar a la señorita.

George leyó el contenido y frunció el ceño.

—¿Qué es esto? Solo distingo tres o cuatro palabras.

—Son tipos de tela.

—¿Tipos de tela? ¿Qué piensa hacer con tantas, vestir a toda la familia real?

—Eso no le importa, las necesito y punto —dijo firme—, y usted me las va a traer todas.

—¿Yo? No tengo ni idea de lo que pone aquí. ¿No puede ir una doncella a buscarlas?

—Todas las doncellas tienen sus ocupaciones. Ya le he dicho que iba a ir yo, pero ahora debo atender a la señorita por culpa de su irresponsabilidad.

—Yo cuidaré de Mary, vaya usted a buscar esto a Salisbury —pidió George.

—Y si le sube la fiebre a la niña, ¿sabrá cómo atenderla?

—Esto es absurdo, no tengo ni idea de telas, no le traeré bien el encargo. Seguro que me confundo con algo. Además, si me hacen elegir, no sabré qué hacer.

—Pues busque ayuda —dijo con una astuta expresión—, pero tráigamelas o le contaré al señor que dejó que la niña se bañara.

—¿Qué? No, no, no… no le diga nada a Charles. Es la primera vez que me deja al cargo de Mary; si sabe que ha enfermado por mi culpa, me matará.

—Pues vaya a comprarme lo que le pido.

George bajó la vista de nuevo al papel. Ni siquiera entendía lo que estaba escrito.

—Si no se ve capaz de hacerlo solo, busque ayuda —repitió el ama de llaves a la vez que le dedicaba una última mirada y disimulaba una avispada sonrisa.

Era capitán del ejército de Su Majestad y estaba siendo chantajeado por una mujer de sesenta años que media la mitad que él. Había batallado en Francia y en Irlanda, había comandado compañías enteras por todo el país, y ahora era vencido por un ama de llaves que quería comprar cuatro trapos. Aquello era humillante.

Volvió a leer aquella lista de palabras que no había oído en la vida. ¿Era posible que hubiera tantos tipos de telas? ¿Para qué demonios las necesitaba?

Pensó rápidamente en todas las posibilidades: podía darle el papel a la mujer de la tienda y que ella le entregara lo que ponía, pero se arriesgaba a que se lo diera de mala calidad; aunque si tenía que elegir el tejido él mismo, aún sería muchísimo peor.

Después de pensar varios minutos, al final encontró la única solución viable.

Bajó del carruaje, se dirigió a la puerta y llamó con ímpetu.

Alice, al abrir, se encontró con el capitán apoyado con un brazo en el marco de la puerta y una irresistible sonrisa en los labios.

—La necesito desesperadamente.

—¿Qué…? —Alice contuvo la respiración mientras se aguantaba con disimulo en el pomo de la puerta.

—Es por un encargo que me ha hecho la señora Pearson.

Alice volvió a respirar en un intento de retomar el ritmo normal.

—Usted dirá.

—La señora Pearson me ha encargado que le compre unas telas en Salisbury. Me ha dado una lista, pero soy incapaz de distinguirlas. Y tengo que llevárselas sí o sí.

—¿No sería mejor que fuera ella misma?

—Eso mismo le he dicho yo, pero… está cuidando de Mary.

—¿Qué le pasa? —preguntó inquieta.

—Se ha resfriado por culpa del baño de ayer. Solo tiene un poco de fiebre, pero prefiere quedarse ella a cuidarla. Así que me ha dado este papel y me ha dicho que le compre lo que hay escrito —le explicó y le enseñó la lista que llevaba en el bolsillo.

Alice lo leyó y esbozó una sonrisa.

—No hay problema, puedo indicarle una tienda de Salisbury que tiene muy buen género. Diga que va de mi parte y le entregará lo mejor…

—Venga conmigo —le interrumpió George.

La boca de Alice se abrió y se cerró casi al instante.

—Por favor, acompáñeme y me ayuda —insistió—. Le juro que no tengo ni la más remota idea de lo que pone en ese papel.

Alice intentó disimular su risa al ver su desesperación.

—De acuerdo, le acompañaré.

—Gracias. Me ha salvado la vida, es mi ángel de la guarda —dijo con un hondo suspiro.

—Tal vez exagera un poco, ¿no cree? Son solo unas telas.

—No, no exagero. ¿Sabe que me ha amenazado con contarle a Charles lo de Mary? ¡El ama de llaves me ha amenazado! ¿Se puede ser más despiadada?

Alice rio abiertamente, después cogió una chaqueta fina y salió de la casa.

El carruaje se adentró en Salisbury y les dejó en la plaza de la catedral, tal como Alice indicó. De ahí tomaron la vía que discurría paralela a la impresionante iglesia.

El mercado y las distintas tiendas se extendían por las calles, acompañados por los gritos de los tenderos, el traqueteo de las ruedas de los coches, así como el tañido de las campanas de la catedral como telón de fondo.

Varios niños se acercaron para venderles baratijas y así sacar unos peniques. Una enigmática mujer, que tenía más de loca que de cuerda, les ofreció laurel y les pronosticó un hermoso y duradero futuro juntos.

—Menudo ambiente tiene Salisbury —espetó George con guasa cuando la mujer se alejó.

Alice olió el laurel y lo guardó en su chaqueta con cuidado. Quería mantener una mínima esperanza en la predicción de esa extravagante desconocida.

Caminaron varios metros hasta que el capitán se paró frente a un escaparate y se quedó atónito mirando el interior.

—¡Santo cielo! ¿Ha visto el tamaño de ese sombrero? Jamás había visto uno tan inmenso, ni siquiera en Londres.

Alice se asomó y dejó escapar una exclamación. Era enorme. De color paja, adornado con lo que parecía medio millar de plumas larguísimas, con hojas y flores silvestres que sobresalían sin control ni orden y un ala que abarcaba gran parte de la repisa donde se apoyaba.

—¡Parece un nido de pavos! —exclamó George—. Estoy convencido de que cabríamos juntos ahí dentro. Nos serviría para los días de lluvia. O incluso podrían salir varias mujeres de la iglesia bajo ese sombrero.

Alice no pudo evitar reír ante las ocurrencias del capitán imaginándose una a una, cada escena.

—¡Vamos a probarlo! —declaró George con una sonrisa divertida.

—¿Qué? ¡No!

—¡Sí, vamos! —exclamó.

Sujetó la mano de Alice, para sorpresa de ella, y tiró hacia la tienda sin darle tiempo a negarse.

Entraron y el rostro de George cambió, eliminó su expresión de mofa y mostró otra seria y concentrada. Alice lo contempló asombrada por aquel rotundo cambio.

La dependienta se acercó a ellos, complacida.

—¿Puedo ayudarles?

—Sí, querríamos probarnos ese sombrero —indicó George con calma, muy formal y con el cuerpo erguido para mostrar mejor su porte.

La señorita se lo acercó.

—¿Es para su esposa? —preguntó refiriéndose a Alice.

La joven retuvo el aire y sus mejillas se sonrojaron de tal manera que notó que le ardían.

—Sí, es para ella —contestó el capitán con una tranquilidad pasmosa.

Alice tomó el sombrero con un ligero temblor de manos y se lo colocó. Se miró en el espejo y comprobó que, efectivamente, era gigantesco. Apretó los labios para no echarse a reír mientras George la observaba con atención. La joven entornó los ojos hacia él al notar aquella intensa mirada clavada en ella, sin poder evitar un cierto sofoco.

George se pasó la mano por el mentón sin dejar de mirarla. El sombrero era espantoso, de lo más horrible que había visto, pero ella estaba hermosa incluso con aquello en la cabeza. Era sorprendente que ni siquiera eso le restase encanto.

Apartó la atención de ella cuando la dependienta les interrumpió.

—¿Qué les parece? ¿Les gusta?

Ambos se miraron sin saber qué decir y finalmente George intervino.

—¿Nos deja un minuto para que lo hablemos?

—Por supuesto —dijo la señorita, que se marchó dentro de la trastienda.

George se inclinó hacia Alice, y los dos observaron su reflejo en el espejo.

—¿Qué le parece? ¿Nos lo quedamos? Yo creo que sería la sensación de Londres.

—De eso no me cabe la menor duda —contestó la muchacha intentando reprimir la risa.

—Hagamos otra prueba —susurró George con una expresión maliciosa.

Cogió el sombrero de la cabeza de Alice y se lo colocó él. Los ojos de ella se abrieron de una manera desmesurada al verle con el inmenso sombrero de plumas.

—¿Qué opina? Yo creo que me queda bastante bien —murmuró insinuante.

Ella ya no pudo reprimirse más y empezó a reír sin control, se encogió sobre sí misma y se tapó la boca con ambas manos.

El capitán dejó escapar un suspiro… Ese gesto otra vez…, como el día que le dio la flor…, igual que el gesto que guardaba escondido en sus recuerdos… Notó que se le secaba la boca.

La dependienta apareció al escuchar las risas. Endureció el rostro al ver a George con el sombrero, que se lo sacó de inmediato y volvió a su pose seria y formal.

—Es un sombrero extraordinario. No hemos visto nada igual, se lo aseguro. Pero lo hemos pensado bien y creemos que no es exactamente lo que buscamos. De todos modos, le agradecemos mucho su atención —dijo George con una amabilidad exquisita y un encanto que relajó de nuevo a la dependienta.

Salieron de la tienda y caminaron muy formales hasta alejarse del comercio. Cuando lo perdieron de vista empezaron a reír apoyados en la pared.

—Deberíamos haberlo comprado —insinuó George mientras tomaba aire entre carcajadas y se secaba las lágrimas de los ojos.

—Le quedaba muy bien —contestó Alice.

George apoyó la cabeza en la pared y por un momento cerró los ojos.

—Hacía mucho tiempo que no me reía así —murmuró.

Alice se giró hacia él percibiendo una nota de melancolía en su voz. Imaginó por lo que debía haber pasado en los últimos meses y le dieron ganas de abrazarlo. Al instante, sintió un estremecimiento por el solo hecho de pensarlo y borró la idea de su mente.

Se dieron unos minutos para recuperar su estado normal y retomaron la misión de conseguir el encargo del ama de llaves. Encontraron todas las telas de la lista de la señora Pearson gracias a la pericia y los conocimientos de Alice, que supo elegir y descartar para quedarse solo con las mejores. George estaba asombrado, había telas que no había visto en su vida, con unos bordados y unas texturas difíciles de definir.

De vuelta, en el carruaje, fueron comentando la anécdota del insólito sombrero, con la promesa mutua de que lo comprarían algún día. Cuando llegaron a Downton, George ayudó a Alice a bajar de manera galante y ella le correspondió con un delicado movimiento de cabeza.

—Muchísimas gracias por su ayuda, Alice.

—De nada, ha sido divertido.

—Sí que lo ha sido.

—Y que sepa, capitán, que, si la señora Pearson le cuenta algo de Mary al señor Forster, yo le cubriré.

—¡Oh! Vaya, señorita Miller, ¿haría eso por mí? ¿Se convertiría en mi cómplice? —preguntó insinuante mientras se inclinaba hacia ella.

—Si eso le ayuda de algún modo, sí —contestó con dulzura.

—Pues entonces tendríamos un secreto los dos —susurró George.

Alice bajó el rostro con una tímida pero hermosa sonrisa.

El capitán contempló aquel gesto y una ráfaga cálida atravesó su cuerpo.

—Será mejor que me marche o la señora Pearson me hará dormir en las caballerizas —bromeó recuperando el tono informal de siempre—. Gracias por todo, Alice.

—De nada.

George montó en el carruaje y la miró por última vez desde dentro, antes de que los caballos se pusieran en marcha.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 64
Devolver un favor

Cruzó los brazos por detrás de la cabeza y se quedó mirando el techo de su habitación. Sonrió al recordar el día anterior: su ridícula imagen con el inmenso sombrero y la expresión divertida de ella. Aquello le había alegrado la jornada, se había sentido como si volviera a ser un crío entre bromas y risas. Había sido una puesta en escena un tanto infantil, pero aquello era lo que lo había hecho tan divertido; el apuro de Alice reflejado en sus ojos y su descaro al pedir sin complejos el horroroso sombrero.

Estiró los brazos para desperezarse. Quería agradecerle a Alice su ayuda. Sin ella no hubiera podido llevar a cabo aquel encargo. Iría a verla aquella misma mañana e intentaría compensarla de alguna manera.

En cuanto llegó a su casa, supo que no había nadie. Llamó a la puerta y se asomó a la ventana de la entrada sin percibir ningún movimiento en el interior.

Chasqueó la lengua con decepción. Al descender los escalones del porche para marcharse, algo se clavó en sus botas. Bajó la mirada y descubrió a una osada gallina que intentaba devorar el cuero de sus botas clavando indiscriminadamente su pico en el calzado.

—¿Y tú qué haces aquí?

Cogió a la gallina con cuidado y rodeó la casa. En la parte trasera, tres gallinas más disfrutaban de su libertad, correteaban por todo el jardín trasero. Reparó en una caseta al fondo y dedujo que debía de ser el gallinero, pero el estado era lamentable. Los tablones estaban podridos y la puerta, medio arrancada. Por ahí debían escaparse las aves. El tejado no estaba mucho mejor. Había ranuras entre las maderas, lo que debía permitir que el agua de la lluvia se colara a borbotones.

Dejó la gallina dentro y ajustó la puerta. Fue a buscar al resto de aves, que corrieron con desesperación al verle acercarse. Después de varios intentos, consiguió meter todas en el interior de la caseta. Volvió a mirarla a

la vez que tocaba los tablones. Aquello no aguantaría mucho más en pie. Necesitaba una reparación urgente.



Se mordió la uña del dedo pulgar. No podía evitar esbozar una boba sonrisa cuando recordaba la salida del día anterior y al capitán con aquel sombrero. Lo habían pasado muy bien. A pesar de los nervios que él siempre le generaba, se había encontrado cómoda y tan a gusto que hubiera alargado aquel momento durante horas. «¿Qué estaría haciendo hoy? ¿Se habría quedado en Manor Hall o habría salido a dar un paseo?», cavilaba.

—¡Alice! ¿Me estás escuchando?

La muchacha levantó el rostro y vio la expresión disgustada de Becky y la mirada impaciente de la tendera.

—Lo siento, ¿qué me decías?

—Que si prefieres los tomates más verdes o maduros —replicó Becky con el ceño fruncido.

—Señorita, no tengo todo el día y hay más clientas que atender —intervino molesta la dependienta.

—Discúlpeme, póngamelos maduros —contestó Alice avergonzada al ver que el resto de mujeres de la cola la miraban con desaprobación.

Becky la estudió extrañada mientras recogía los tomates y los colocaba en su cesto.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó—. Desde que se fue Kate estás ausente. Ya sé que la echas de menos, pero solo serán unas pocas semanas.

Alice asintió sin saber qué contestar. Claro que echaba de menos a Kate, siempre lo hacía cuando se separaban, pero su estado de ánimo no se debía a eso y no podía decírselo. A la única persona que le había confesado lo que sentía había sido a Kate. Ella sabía lo que realmente sentía por George y prefería que quedase así. Era muy consciente de que era algo totalmente platónico y que no iba a suceder nada entre ellos, así que lo mejor era que no lo supiera nadie más y lo guardara para sí misma.

Becky dio un respingo y se acarició el vientre.

—¡Menuda patada! —protestó mientras pasaba la mano por su barriga —. Va a tener mucho carácter sea niño o niña.

—Qué ganas tengo de que nazca.

—Y yo. No puedo más con este peso. —Entrelazó su brazo con el de Alice y avanzaron juntas por la calle.

Recorrieron el mercado, hicieron las últimas compras y regresaron por el camino hasta cruzar el puente.

—¿Quieres que comamos juntas? —propuso Becky—. Robert se ha marchado a ver el ganado de una finca en Redlynch y creo que estará todo el día allí.

—¡Claro! Quédate en casa y te prepararé algo delicioso. Tú solo tendrás que estar en el sofá descansando.

Becky apoyó la cabeza en su hombro a modo de agradecimiento.

Llegaron a la casa y al instante escucharon unos golpes que provenían de la parte de atrás.

—¿Tienes a alguien trabajando?

—No, no debería haber nadie —respondió Alice confusa.

Se acercaron con precaución y lo que encontraron las dejó atónitas. El capitán, encima del gallinero, clavaba unos tablones con la camisa empapada en sudor y las mangas arremangadas. El pelo estaba adherido a su frente por aquel asfixiante calor. De repente, se secó la humedad del rostro con los antebrazos desnudos. Alice se quedó paralizada, sin poder apartar la vista a pesar de lo indecoroso que eso podía resultar.

—¡Vaya!… Qué agradable es llegar a casa —soltó Becky de manera pícara.

—¡Becky! —le recriminó Alice para que bajase la voz.

Esta apretó el brazo de Alice y la obligó a avanzar hacia él.

—¡Capitán! —le llamó sin ningún recato, lo que provocó el rubor más extremo en las mejillas de Alice. El descaro de Becky era parte intrínseca de su extrovertida personalidad.

George se giró y vio a las dos jóvenes que le observaban con atención.

Alice apartó al instante la mirada, mientras la otra se mantenía en la misma posición, sin amedrentarse lo más mínimo.

El capitán bajó de la caseta y se acercó a ellas.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Becky.

—He pasado hace un rato, no había nadie en casa y he visto el estado del gallinero —explicó George con naturalidad—. Espero que no le importe que lo haya hecho, Alice.

La joven alzó el rostro que aún mantenía inclinado y negó con la cabeza.

—Al contrario, se lo agradezco muchísimo, aunque no tenía por qué hacerlo.

—Se lo debía por su inestimable ayuda de ayer —dijo con delicadeza.

—Eso no fue nada —contestó con timidez.

—Para mí supuso mucho, créame. Debería haber visto la cara complaciente de la señora Pearson. Así que, después de nuestro éxito, quería compensarla por su favor y, al ver las gallinas sueltas, pensé que esto la ayudaría.

—Gracias… —susurró.

Becky pasó la mirada de uno al otro y se dio cuenta de que se había vuelto invisible a pesar de su voluminosa barriga.

—¿Qué favor? —intervino, lo que hizo que George se girara hacia ella.

—Alice me acompañó ayer a Salisbury para realizar un encargo. Sin ella no lo hubiera logrado.

El brillo en los ojos de Alice hizo que Becky esbozara una sonrisa.

—¿En serio? Es que Alice es tan amable siempre… —añadió—. Y usted también lo es, capitán, a la vista está. Ha sido un detalle lo del gallinero.

—No ha sido nada. Por cierto, me alegro de verla, Rebecca. No pudimos hablar mucho en la boda de Kate y Charles, pero la felicito por su embarazo.

—Gracias, ya falta menos, ¡gracias a Dios! —dijo ilusionada—. ¿Quiere comer con nosotras?

—Oh… pues, si no les molesto, me encantaría.

—No molesta —dijo de repente Alice, que se percató enseguida del ímpetu de su voz.

George sonrió y, sin más, aceptó aquella invitación.

Alice les preparó unas codornices que había comprado aquella misma mañana en el mercado acompañadas con un salteado de verduras.

—¡Está delicioso! —exclamó George tras dar un bocado.

—Alice es la mejor cocinera del condado —dijo Becky con orgullo.

—Eso no es verdad —respondió Alice cogiendo unas judías.

—Sí que es verdad, y el hombre que se case contigo será el más afortunado.

Alice dejó caer el tenedor en el plato sin atreverse a mirar a George después de aquella exagerada afirmación de su amiga.

—Estoy totalmente de acuerdo —susurró George.

Los ojos de la muchacha seguían fijos en su servilleta, que había pasado de estar encima de la mesa a ser estrujada sin compasión entre sus manos.

George la observó mientras saboreaba la deliciosa carne. Sí que era cierto: quien se casase con ella sería afortunado. Frunció el ceño al sentir un pequeño calambre en su vientre y lo atribuyó a la cantidad de comida que había ingerido.

—¿Y qué nos cuenta, capitán? —preguntó Becky al coger un trozo de pan—. ¿Cómo le ha ido este último año?

—Estuve nueve meses en Irlanda. —Se quedó callado al retornar allí mentalmente durante un instante.

Alice vio que se quedaba absorto. Aún no le había preguntado de manera directa por aquella experiencia, debía de haber sido muy dura. Sintió compasión por él, por todo lo que habría pasado. Aquella cicatriz de su sien mostraba el dolor vivido.

George volvió en sí y sonrió a las dos jóvenes.

—Y no hay mucho más que decir, aburridas historias —añadió recuperando el tono jovial.

Becky miró de reojo a Alice y, con una expresión traviesa, decidió continuar.

—¿Y nada más? Vamos, capitán, hace un año que no nos vemos, alguna novedad tendrá que contarnos, como por ejemplo… ¿No está comprometido con nadie? ¿Alguna futura y afortunada señora Crowley?

Alice la miró atónita por aquella indiscreta pregunta, pero con mucho más temor por la posible respuesta de él.

—No, no hay nadie —respondió con calma, ajeno a que Alice había aguantado la respiración.

—¿Cómo puede ser? Es usted encantador, capitán —insistió Becky.

Alice tiró de la falda de su amiga por debajo de la mesa, en una súplica para que detuviese el interrogatorio. La conocía y aquellas preguntas podían extenderse toda la tarde. Era incansable cuando quería averiguar algo.

Becky ignoró por completo la señal desesperada de Alice y se mantuvo con la atención fija en el capitán.

—Le agradezco el cumplido —dijo George riendo—, pero dudo mucho que haya alguna mujer que me soportase toda la vida.

—No diga eso. Estoy segura de que más de una estaría encantada. Solo tiene que estar atento.

Alice quiso, literalmente, desvanecerse; tornarse tan pequeña que fuera imperceptible o que le tragase la tierra sin volver a salir. Becky era terrible cuando se lo proponía. Intentó disimular su incomodidad, ya que le aterraba que él pudiera percibir su inquietud.

George alzó la copa de vino hacia ellas y dio un sorbo sin querer adentrarse en aquella conversación. Hubiese o no hubiese candidatas, a él le era indiferente. Hacía muchos años que había decidido lo que quería, sin importarle el lugar donde estuviese. Ya podía ser Downton o el mismísimo Londres, nada cambiaba. Pero no iba a darles detalles sobre su vida sentimental, a riesgo de escandalizarlas. Tomó otro bocado sin contestar a esa última insinuación ni dar pie a más preguntas.

Después de la comida y de la deliciosa tarta de manzana del postre, Becky se despidió. Indicó que estaba agotada y, aunque Alice le había insistido en que descansara un poco en el sofá, prefirió marcharse; deseaba acostarse en su cama y esperar a que Robert regresara a casa.

—¿Quiere que la acompañe? —se ofreció George con amabilidad.

—No es necesario, aunque le agradezco su cortesía —contestó en un intento de colocarse la chaqueta con más esfuerzo que habilidad—. Qué ganas tengo de deshacerme de esta barriga —protestó hasta que consiguió meter los brazos correctamente en las mangas—. Ha sido un placer volver a verle, capitán.

—Lo mismo le digo, Rebecca. Dele recuerdos a Robert.

—Se los daré.

Alice la acompañó a la puerta y, en el porche, Becky le dedicó una juguetona expresión.

—Qué agradable es el capitán, ¿no crees? —dijo con un suspiro—. Lo noto más centrado que el año pasado, es posible que ahora por fin busque algo más de estabilidad —indicó mirando fijamente a Alice.

La joven balbuceó algo ininteligible antes de poder hablar.

—No lo sé… no ha dicho nada al respecto, pero tampoco es algo que me incumba.

—Ya…, claro, no te afecta —replicó con una clara ironía.

Se despidió de Alice con un cariñoso beso en la mejilla y tomó el camino hacia su casa.

Antes de entrar, Alice volvió al patio trasero. Miró la caseta, dio una vuelta a su alrededor y pasó las manos por los tablones nuevos.

—¿Le parece bien cómo ha quedado? —preguntó George a su espalda.

Alice se giró afirmando varias veces con la cabeza.

—Está perfecta.

—No. Perfecta no está. Necesitaría más madera para afianzar la parte de atrás, pero he hecho lo que he podido con lo que había. Otro día iré a comprar tablones y la terminaré bien.

—¡Oh, no, por favor! Ya ha hecho suficiente —exclamó y en un gesto instintivo lo cogió del brazo, aunque lo soltó al instante, avergonzada.

George bajó la mirada al brazo que ella había sujetado y soltado casi en el mismo segundo. Sonrió ante la prudencia que siempre mostraba. Las mujeres con las que solía relacionarse eran completamente distintas. Estaba acostumbrado a tratar con algunas muy impulsivas, mujeres que saciaban tanto sus propios deseos como los de él. Era lo que le gustaba y lo que buscaba. Pero debía reconocer que se sentía a gusto en compañía de Alice, aquella dulzura que desprendía le provocaba ternura y unas irresistibles ganas de protegerla.

—Le aseguro que lo terminaré —añadió—. No sé cuándo, pero lo acabaré y sus gallinas tendrán un palacio digno de las gallinas reales.

Alice se echó a reír ante aquella ocurrencia.

—Estoy segura de que será el mejor gallinero del condado.

—¿Del condado? No, *milady*, ¡del país! ¡De toda Inglaterra! Vendrán gallinas desde los confines del mundo solo para visitarlo. Se lo aseguro —bromeó George con pose concentrada y tocándose el mentón.

Alice volvió a reír con más ganas al ver aquella exagerada mueca.

El capitán entornó los ojos. Le gustaba verla reír. Le gustaba hacerle reír. Se quedó unos segundos mirándola hasta que apartó la vista y se volvió a centrar en su obra. No había quedado mal del todo teniendo en cuenta que su única formación en carpintería habían sido unas semanas con el señor Anderson.

Se sorprendió al acordarse de él. Rara vez pensaba en el padre de Emily. ¿Cómo debía de estar después de tantos años? Deseaba que se encontrara bien, que hubiera vuelto a retomar su vida. Era uno de los mejores hombres que había conocido, no se merecía lo que le ocurrió… Ninguno lo merecía…

Dejó escapar una profunda exhalación y Alice lo miró preocupada.

—¿Se encuentra bien?

George parpadeó y volvió en sí. La miró directamente. Desde que había regresado a Downton, sentía una sensación vaga de familiaridad. No sabía a

qué se debía, pero le venían constantemente recuerdos a su cabeza, una y otra vez. Se pasó la mano por el cuello para destensarlo y forzó una amable sonrisa.

—Estoy bien. Tan solo estoy admirado de mi obra de arte. Me deja sin palabras —dijo divertido.

—Totalmente de acuerdo, ahora mis paseos por el jardín serán más especiales.

—Y se acordará de mí —añadió George sin percatarse de su tono sugerente. Le salía tan natural que muchas veces ni era consciente de ello.

Pero Alice sí… Ella sí que captaba cada palabra, cada gesto, cada tono de voz, lo que hizo que se sonrojara hasta la nuca. Cerró la boca y bajó el rostro al notar aquella intensa corriente que la invadía siempre que estaba a su lado.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 65
Una inesperada rivalidad

Alice seguía sin salir de su asombro ante aquella cotidianidad que se había establecido entre ellos. Ya hacía cinco días que Kate se había marchado y todos los días, sin faltar uno, había recibido la visita del capitán. Se presentaba sin previo aviso, aparecía a media mañana, ya fuera por un motivo u otro. Y, sinceramente, para Alice la razón era lo de menos. Después de que George le arreglara el gallinero, habían pasado los dos días siguientes entre paseos por el pueblo y curioseando los preparativos para las próximas fiestas. Caminaban sin parar de hablar y se reían de cualquier cosa que veían.

En el pueblo habían empezado los murmullos respecto a ellos dos, Alice era consciente. Sabía cómo la gente cotilleaba de todo y hacía elucubraciones, pero no le importaba. Dentro de ella, mantenía una mínima esperanza de que aquellas visitas significasen algo más y no iba a detenerlas. Cada nuevo día se despertaba con la ilusión de verlo y no quería renunciar a ello.



George rebuscó en el armario y al final eligió un traje gris de chaqueta larga. Se estudió en el reflejo del espejo y se ajustó la chaqueta. Se arregló el pelo con esmero y, tras mirarse una última vez, decidió que le gustaba el resultado. Pensó en lo que podrían hacer hoy. Tal vez otro paseo por Salisbury o quedarse en Downton y ver la organización del festival. Le dejaría elegir a Alice, lo que ella prefiriera.

Antes de bajar a desayunar, pasó por la habitación de Mary. La encontró adormilada. Se sentó en el borde de la cama y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Buenos días, princesa.

Mary apretó los ojos antes de abrirlos.

—¡Tío George!

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor, ya puedo salir.

—Eso lo tiene que decidir la señora Pearson y creo que ella no opina lo mismo.

—Me encuentro bien y me aburro en la cama.

—Seguro que pronto te dejará levantarte.

—Y me llevarás a dar un paseo.

—Claro que sí, donde tú quieras —contestó George y la besó en la frente —. Pero ahora haz caso a todo lo que te diga la señora Pearson.

—Vale —murmuró antes de cerrar los ojos de nuevo.

Cuando entró en el comedor, el ama de llaves le indicó que había llegado carta del señor desde Exeter. Hacía ya casi una semana que se habían marchado.

George leyó minuciosamente la carta de Charles, atento a los detalles. Encontró mínimas descripciones de los lugares que visitaban y vio que aún no habían abandonado Exeter. Eso sí, transmitía en cada palabra lo felices que eran. Su mente retorcida dedujo que estaban saliendo más bien poco de la habitación. Este pensamiento provocó una sonrisa en su semblante.

—Parece que están disfrutando del viaje.

—Me alegro mucho por ambos —murmuró el ama de llaves con cariño.

—Por cierto, aún no me ha felicitado por mi hazaña con Charles. Gracias a mí está disfrutando de esta luna de miel. Soy un maestro del amor —apuntó George mientras colocaba las manos en la cadera y miraba al horizonte en una pose teatral.

La señora Pearson le dedicó un gesto indulgente.

—¿Un maestro del amor? ¿Y por qué no usa su maestría consigo mismo? Le iría muy bien —replicó mordaz.

—Porque yo no lo necesito. El romántico es Charles, yo prefiero… otra cosa —dijo y arqueó los labios en una medio sonrisa.

—¿Que no lo necesita? Es precisamente lo que necesita, aunque no quiera reconocerlo.

—Déjelo, eso no va conmigo, ya lo sabe. Nunca he aspirado a tal cosa —espetó junto a una carcajada.

El ama de llaves lo contempló acostumbrada a aquel sarcasmo que siempre utilizaba cuando no quería profundizar en algo.

—Algún día, capitán, conocerá a una mujer especial, y entonces sabrá a lo que me refiero.

—Todas las mujeres son especiales para mí —afirmó.

—Se arrepentirá de esta actitud, se lo aseguro —le reprochó—. Llegará un momento en que querrá tener a su lado a una buena mujer que le haga compañía y, quizá, sea tarde.

—Ya la tengo a usted, no necesito a nadie más. Usted me quiere, me cuida…, ¿qué más podría pedir?

—Claro que le cuido, pero yo no puedo darle lo mismo que una esposa.

—¡Porque usted no quiere! —soltó con una carcajada.

—¡No diga barbaridades! —exclamó colorada hasta las orejas y miró hacia la puerta con pavor por si alguien le había oído.

El ama de llaves aspiró profundamente con los ojos cerrados para calmarse. A veces era exasperante, podía pasar de comportarse como un hombre cabal a ser como un crío pequeño. Tras unos segundos, los abrió y los clavó en George, que seguía con aquella mueca burlona.

—Capitán, sabe que no solo me refería a eso —dijo bajando el tono—, sino a una mujer que lo quiera de verdad. Que lo valore, lo admire y lo respete. Y que quiera estar con usted de manera incondicional, pase lo que pase.

—Para empezar, mi querida señora Pearson, esa mujer no existe. Y segundo…, yo no quiero encontrarla. Así que todos felices y tranquilos.

—¡Claro que existe! Ahí fuera hay una mujer dispuesta a enamorarse de usted de verdad, de corazón. Solo tiene que buscarla.

—Créame, si esa mujer llegase a existir, en cuanto me conociera de verdad saldría corriendo —soltó con una sonrisa fingida.

—Eso no es cierto —negó ella con rotundidad—. Solo tiene que mostrar todo lo que tiene dentro.

—No hay nada más —replicó grave—. Yo sé que a usted le gustaría que tuviera un fondo profundo, un sentimiento romántico, pero no lo hay. No existe, esto que ve es lo que soy.

—Es mucho más —insistió ella a la vez que posaba la mano en su brazo.

—Yo no soy Charles, señora Pearson. No nos compare ni busque en mí algo de él, porque no lo hay. Yo jamás saldría corriendo detrás de una mujer para ganarme su amor, se lo aseguro —indicó tajante.

—Si fuera la mujer adecuada, lo haría.

—Y yo le digo que no. Puedo ponerlo por escrito —sentenció firme.

—Algún día, capitán, conseguiré que se rinda ante sus palabras.

George se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa chulesca.

—Ya le he dicho que no existe la mujer que pueda conseguirlo. A no ser que usted, por fin, acepte mi proposición y se case conmigo —dijo volviendo al tono insolente.

La señora Pearson dejó salir un resoplido. Era imposible hablar en serio con él cuando estaba tan cerrado en banda.

George se levantó, guardó la carta en la chaqueta y le dijo:

—Voy a bajar al pueblo y se la llevaré a Alice. Se alegrará de tener noticias de su hermana.

El ama de llaves lo estudió disimuladamente. No sabía si él era consciente de que había ido cada día a ver a Alice desde que los señores se habían marchado de luna de miel. Y no le recordaba tanto interés por una mujer con la que no tuviera una aventura.

Tal vez, más pronto que tarde, conseguiría que se arrepintiese de las frases tan tajantes que acababa de pronunciar. Contuvo un creciente entusiasmo; no quería ilusionarse. Alice era una de las criaturas más adorables que había conocido, pero también era conocedora de la trayectoria del capitán y, tal como él no se cansaba en repetir, no era de los que se comprometían.



Cuando llegó a la casa ya eran más de las doce, se había entretenido con la charla del ama de llaves y se le había hecho tarde. Traspasó la entrada de la parcela, pero se detuvo al instante, extrañado. Un hombre acompañaba a Alice. Estaban los dos sentados en un pequeño banco de madera del jardín, charlando. Lo reconoció: era el marinero, el sobrino de aquella pesada mujer.

Alice se levantó de golpe al verle.

—¡Capitán! —exclamó; de inmediato se separó unos pasos de su acompañante.

—No quiero molestarla si está ocupada, solo venía a traerle una carta que hemos recibido de Charles. Pensé que querría leerla para saber cómo está su hermana.

—Muchas gracias —dijo agradecida. Se giró para señalar a su acompañante—. ¿Recuerda al señor Williams?

—Sí, nos presentaron el año pasado —indicó George.

Williams se incorporó sin apartar la vista de él.

—Capitán —saludó sin mucho ánimo.

George le estrechó la mano y percibió cómo él la apretaba con fuerza y se erguía para parecer más alto que él, sin conseguirlo. Intentó reprimir una sonrisa burlona, aquella muestra de hombría le resultaba de lo más divertida. Aún recordaba como el año anterior aquel hombre ya se había mostrado interesado en Alice y, por su actitud, parecía que aún seguía a la caza.

Se miraron unos segundos hasta que Alice intervino.

—¿Quiere tomar algo, capitán?

—No se preocupe, no quiero interrumpirles.

—No interrumpe. Iré a buscar un poco de limonada —dijo y entró apresuradamente en casa.

Cuando Alice desapareció en el interior, Williams volvió a centrar su atención en George.

—No creí que le volvería a ver por aquí —comentó.

George sonrió ante el tono cortante que había utilizado.

—Pues ya lo ve, aquí me tiene de nuevo. Yo tampoco le esperaba a usted, la verdad —replicó.

—Llegué ayer por la noche de mi último viaje —explicó manteniendo el mismo tono grave.

Williams continuó con su escrutinio, con sus ojos clavados en él, y George empezó a impacientarse ante aquel desaire que gastaba.

—Capitán, ¿para qué ha venido? —le dijo de repente.

—Ya lo he dicho, para traerle una carta a Alice.

Williams dio un paso hacia él.

—¿Solo para eso?

George se colocó una de sus manos en su cintura sin dejar de mirarlo.

—Sí, solo eso —contestó. No le gustaba la actitud de aquel hombre.

—Pues… yo creo que ha venido para algo más. Ya sabe, la gente habla, comenta…

—Mire, no sé qué se piensa, pero solo he venido a visitar a una amiga.

—¿Una amiga?

—Sí, una amiga —repitió George expectante.

Williams se quedó en silencio unos segundos hasta que volvió a intervenir.

—No me lo creo, capitán.

George dejó escapar una risita sarcástica.

—¿No me cree? Pues es su problema —contestó con chulería.

—¿Qué intenciones tiene con Alice?

—¿Perdone? —inquirió George sorprendido ante aquella pregunta.

—Ya me ha oído. ¿Qué intenciones tiene?

Aquello ya rozaba el ridículo.

—Le he dejado muy claro el motivo de mi visita.

—No ha respondido a mi pregunta —insistió Williams.

George soltó un resoplido. Aquel hombre no era nadie para inmiscuirse en su vida.

—Mis intenciones no son asunto suyo —espetó solo por el gusto de provocarle.

—Creo que sí lo son, porque, si tiene alguna intención con ella, ha de saber que…

—¿Qué? —preguntó exasperado ante aquel interrogatorio sin sentido—. ¿Qué debo saber, Williams?

—Pues que…

Alice apareció de nuevo con una jarra e interrumpió aquel tenso momento. Los dos hombres se separaron sin dejar de mirarse.

—La he hecho esta misma mañana —dijo alegre. Después sirvió un vaso y se lo ofreció a George.

Él lo cogió y dio un sorbo.

—Está muy buena, gracias —le agradeció. Vio que ella le sonreía.

George volvió la vista hacia Williams, que estudiaba cada uno de sus movimientos y de sus gestos hacia la muchacha. No sabía qué le molestaba más, si la absurda insinuación que había hecho o aquel escrutinio al que le sometía.

—¿Se quedará un poco más? —preguntó Alice.

—Pues no pensaba hacerlo, pero ahora no puedo resistirme a su limonada —contestó George dedicándole una insolente mirada a Williams.

Una de las cosas que más detestaba es que lo desafiaran, y aquel hombre lo había hecho desde que había traspasado la entrada del jardín. Le resultaba indiferente si Williams creía que tenía interés en Alice, ese era su problema, pero no soportaba que intentaran intimidarlo.

Se volvió hacia la joven y sacó la carta del interior de su chaqueta.

—Tenga. Puede quedársela si quiere después de que la haya leído —dijo con gentileza a la vez que se la entregaba—. Ya verá que están disfrutando del viaje.

Alice acarició el papel y le agradeció el detalle de que se la hubiera llevado.

George se quedó un rato más, por el simple goce de ver a Williams revolviéndose cada vez que Alice se dirigía a él. Aún recordaba la actitud del marinero el año anterior, aquella desconfianza que había mostrado hacia él; pero ahora todo era más intenso. Se notaba que, durante aquel año, Alice y Williams habían estrechado lazos. Se les veía con más confianza entre ellos, más unidos, pero no alcanzaba a saber hasta qué punto.

«No es asunto mío», pensó George, intentando ignorar el evidente galanteo que Williams mostraba con Alice.



Llegó a Manor Hall con un manifiesto cambio de humor. Aquel tipo había conseguido fastidiarle el día. De pensar que iba a poder estar por la mañana comentando con Alice la carta de Charles había pasado a tener que aguantar las insinuaciones absurdas del marinero.

El año anterior, le había entretenido su actitud, incluso se había divertido con los claros celos que había mostrado. Le habían parecido ridículos y fuera de lugar, pero había tenido su lado cómico verlo tan tenso por su culpa. Pero ahora era distinto, ya le estaba irritando con aquellas sospechas sin sentido y aquel aire de posesión que parecía que destilaba sobre Alice.

—Ni que fuera de su propiedad… —espetó crispado, atravesando el vestíbulo.

Subió las escaleras hacia el primer piso para ver cómo estaba Mary.

—Se acaba de quedar dormida —le indicó el ama de llaves y con un gesto le hizo salir de la habitación—. Pero está mucho mejor. Ya no tiene fiebre. Ahora lo recomendable es que descanse unos días más y en nada volveremos a tener a nuestra Mary correteando por aquí.

George asintió, satisfecho con la noticia.

—¿Le ha entregado la carta a Alice? —preguntó la señora Pearson.

—Sí, ya se la he dado.

—Se habrá puesto contenta de tener noticias de ellos.

—Sí, pero tampoco la hemos podido comentar, tenía compañía cuando he llegado a su casa.

Lo pronunció en una entonación molesta que no pasó desapercibida para el ama de llaves.

—¿No habrán discutido?

—¿Qué? ¿Con Alice? ¡Por Dios, no! —exclamó como si aquella insinuación fuera algo inadmisible—. Con ella no. Con su acompañante ya es otro cantar.

Se quedó en silencio un momento hasta que preguntó:

—Oiga, ¿usted llegó a conocer al señor Williams? Es marinero, sobrino de la señora Williams, la vendedora de verduras.

—Sí, lo recuerdo vagamente. Me preguntó en varias ocasiones por Alice cuando estuvo enferma el año pasado. Se le veía realmente preocupado por ella.

Lo sabía. Aquel tipo había estrechado lazos durante aquel último año. No había perdido el tiempo.

—¿Ha ocurrido algo con él? —indagó la mujer.

—Solo que he tenido que aguantar una prepotencia por su parte que no me ha gustado nada.

—¿Qué tiene él en su contra? Si casi no se conocen.

—Insinuaciones absurdas, señora Pearson. Solo tiene insinuaciones absurdas y sin sentido. Es un hombre inseguro que ve peligro por todas partes. Eso es lo que pasa —dijo con hastío—. Pero tanto me da, que haga lo que quiera y a mí que me deje en paz. No tengo más ganas de escuchar bobadas y menos de un hombre que he visto, si cabe, dos veces en mi vida.

Soltó toda aquella retahíla alzando voz para sorpresa del ama de llaves, que le escuchaba en silencio dejando que se desahogara y sin comprender por qué aquel hombre le había molestado tanto.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 66
Sobre un capitán, un marinero y sus intenciones

Las calles se iban vistiendo de fiesta a cada día que pasaba. El festival sería la siguiente semana y todo el pueblo bullía de excitación, como cada año en esas fechas.

La cantidad de tenderos y comerciantes se multiplicaba en aquellos días y George decidió aprovechar aquella coyuntura para buscarle un regalo a Mary. Ya estaba prácticamente recuperada de su resfriado, pero él se seguía sintiendo culpable por su negligencia. Por su irresponsabilidad la pequeña había estado varios días en cama y quería enmendar aquel error y su mala cabeza.

Observó un puesto de juguetes. Eran bonitos, de madera, pero no acabó de convencerle ninguno. Mary ya era una señorita. A pesar de tener todavía comportamientos infantiles, lo que deseaba era ser una dama de la sociedad, y él quería comprarle algo más adulto.

El brillo de un tenderete llamó su atención. Collares, pulseras y pendientes se exhibían ante la mirada atenta de la dependienta, una mujer entrada en carnes que exhibía una sonrisa mellada.

Revisó con detalle los objetos expuestos, hasta que vio un collar dorado, que dedujo que debía de ser de latón o de alguna aleación parecida; la cadena era bonita: se enroscaban varios hilos de metal que se cruzaban entre ellos y del extremo colgaba una estrella. Esta se hallaba decorada con pequeños cristales que chispeaban cuando el sol incidía en ellos. Le gustó para ella. A Mary le fascinaba quedarse mirando el cielo estrellado en las noches claras y siempre decía que algún día conseguiría una estrella. Pues ese día había llegado. Él se la proporcionaría.

Le pagó a la mujer el precio convenido y, cuando ya iba a marcharse, una pulsera en una esquina apartada le hizo detenerse. Parecía de cobre, era

un fino brazalete que simulaba un entramado de ramas y hojas que se entrelazaban entre sí formando una preciosa cenefa. Era muy bonito y delicado. Observó durante varios segundos la pulsera, la cogió, la examinó, y comprobó el detalle de cada elemento. Estaba muy bien hecha, con un punto refinado que le gustó.

Dudó unos segundos, pero finalmente descartó la pulsera; para Mary prefería comprarle el collar. Se la devolvió a la dependiente y continuó con su paseo. Cuando ya había atravesado la plaza e iba a internarse por una de las calles, una voz llamó su atención.

—¡Capitán Crowley!

George se giró, era el señor Williams que se acercaba con el paso acelerado hasta quedarse frente a él. El semblante de George cambió. Aquel hombre conseguía ponerle de mal humor y eso que apenas le conocía.

—Señor Williams —saludó disimulando su fastidio.

—Necesito hablar con usted.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito aclarar algo con urgencia.

George se cruzó de brazos en una pose impaciente.

—Pues ya me dirá qué quiere aclarar conmigo. Que yo sepa no tenemos nada en común.

—¿Qué intenciones tiene con Alice?

George soltó un bufido de pura exasperación.

—¡Por Dios! ¿Otra vez? ¿Va a preguntarme lo mismo cada vez que me vea?

—Sí, hasta que me responda.

—Y yo le vuelvo a decir que mis asuntos no le incumben.

Williams se tensó y se aproximó un paso.

—Ha de saber que la señorita Alice y yo tenemos una relación.

George ladeó el rostro sorprendido ante aquella confesión. Aquello no se lo esperaba, no tenía ninguna noticia al respecto. Nadie había insinuado ni comentado nada, ni la propia Alice, ni sus conocidos.

—¿En serio? ¿Están comprometidos?

—Bueno…, le he pedido que se case conmigo.

George alzó las cejas y notó un pinchazo en el estómago, pero al momento recuperó la seriedad en el semblante para no mostrarle ni una pizca de lo que sentía. Pensó en Alice, en que no había hablado de aquel

hombre ni un solo instante en aquella última semana; si estuvieran comprometidos, alguien lo hubiera mencionado.

Decidió insistir para salir de dudas.

—No le he preguntado eso, señor Williams. Le he preguntado si están comprometidos.

Williams titubeó, lo que hizo que George sonriera y se relajara ante su vacilante expresión.

—¿Qué le contestó ella a su propuesta? —insistió George.

—Eso es privado de la señorita, no tengo derecho a darle explicaciones.

—Ha dejado de ser privado desde que ha venido a contármelo, señor Williams —replicó firme—. Así que, dígame, ¿ella ha aceptado y están comprometidos?

—Pues… está pensándolo.

George sonrió más ampliamente.

—Ya veo… —dijo con un tono punzante—. En ese caso, que pase un buen día —se despidió y lo dejó allí plantado.

—¿No va a contestarme? —insistió mientras lo perseguía y se colocaba de nuevo frente a él—. ¿Está interesado en ella?

—Mire, se lo diré una vez más y no se lo volveré a repetir: mis asuntos no le incumben. De lo que yo esté interesado no es asunto suyo y deje de insistir. Si tan seguro está de que la señorita acabará aceptando su propuesta, no debería preocuparse tanto, y si no está seguro… —esbozó una sonrisa de medio lado—, entonces todos podemos participar en el juego, ¿no? —soltó para provocarlo.

Williams cerró el puño con fuerza.

—¿Va a intentarlo?

George se pasó la mano por la frente perdiendo la paciencia.

—Haré lo que me venga en gana.

—Sé la reputación que tienen los oficiales como usted —espetó Williams.

Aquello estaba colmando el vaso de su aguante.

—¿Y qué reputación es esa, señor Williams?

—Mujeriegos y lujuriosos.

George empezó a reír en una sonora carcajada.

—¡Vaya, qué interesante!… No sé quién le ha informado, pero tendría que saber que…

—Ella es demasiado buena para usted —le interrumpió—. Un hombre como usted nunca la haría feliz.

El capitán dejó de reír. Aquella afirmación le dolió como si una daga le atravesara el pecho. Apretó la mandíbula.

—¿Un hombre como yo…? —siseó acercándose a él—. Vamos a dejar las cosas claras, señor Williams. Usted no me conoce de nada, así que le advierto que no vuelva a insultarme o la próxima vez lo lamentará. Y sobre la señorita Alice…, déjeme decirle que, si estuviese interesado en ella, ni usted ni cien hombres como usted conseguirían que me apartase. Así que ahórrese el esfuerzo.

Williams lo miró intentando mantenerse firme ante su seguridad.

—Sí que está interesado —murmuró.

—¿Cómo dice?

—Que está interesado en ella. Lo veo en su mirada. No sé si para algo formal o para un simple entretenimiento, pero estoy convencido de que ha puesto sus miras en ella.

George frunció el ceño y se acercó a unos pocos centímetros de él.

—Deje de molestarme con sus sandeces. Le vuelvo a repetir que lo que yo haga o deje de hacer, no es asunto suyo —le increpó casi rozando su rostro, lo que provocó que Williams diera un paso atrás.

—No permitiré que nadie le haga daño, y menos usted.

¿Daño? ¿Cómo iba a hacerle daño? La sola mención de aquella posibilidad hizo que toda su sangre hirviera. Se acercó hasta que sus frentes casi se tocaron.

—Déjeme en paz, se lo advierto por última vez —le amenazó.

Y, sin decir nada más, volvió a girarse. Williams se quedó rígido en mitad de la calle observando cómo se alejaba.

—Qué tipo más pesado —masculló entre dientes mientras retomaba su camino. Aquel hombre conseguía sacarlo de sus casillas con cada palabra que pronunciaba.

«Que se case con Alice si ambos quieren, a mí tanto me da, pero que no me moleste con sus bobadas», se dijo mientras clavaba en el suelo la bota con cada zancada.

Sentía un amargo sabor. Como si algo se inflamara dentro de él y le ardiera desde el estómago hasta la garganta. Apretó el puño y se detuvo para tomar aire.

Vio que había llegado hasta el puente y se apoyó en la barandilla de piedra, luego centró su atención en el vaivén del agua que chocaba y esquivaba las rocas a la vez.

«Ella es demasiado buena para usted. Un hombre como usted nunca la haría feliz», rememoró en silencio.

Aquellas palabras se repetían como un eco en su interior. Por supuesto que él no era un hombre para Alice, eso lo tenía claro, pero el tal señor Williams no era nadie para espetárselo a la cara, con esa crudeza y esa desagradable sinceridad.

Cogió una piedra y la tiró con rabia al río. Después cogió otra y luego otra, con las consecuentes salpicaduras del agua y que los peces, que nadaban tranquilos, escaparan temerosos ante aquel imprevisto ataque.

—¡Capitán!

George, al volverse, vislumbró a Alice al otro lado del puente y, de manera sorprendente, toda su furia se desvaneció al instante. Ella le dedicó una sonrisa y una extraordinaria calma penetró en él, haciendo desaparecer cualquier resquicio de malestar.

—¿Ha ido a pasear por el mercado? —preguntó la joven.

—Sí…, quería comprarle un regalo a Mary para compensarla un poco por el resfriado.

—¿Y lo ha encontrado?

—Pues sí, espero que le guste.

—Seguro que sí —dijo ella con convicción.

—¿Iba para casa? —preguntó al cabo de unos segundos—. La acompaño.

Alice sonrió más ampliamente y retomaron el camino para cruzar el puente.

—Me he encontrado con su amigo en el mercado —dijo George con los ojos fijos en el suelo.

—¿Mi amigo?

—El señor Williams —contestó alzando la mirada hacia ella.

Alice se mostró extrañada.

—¿Y qué quería?

—Parece ser que necesitaba aclararme unos asuntos y me ha explicado amablemente que ustedes dos tienen una relación —dijo sin disimular un ápice el sarcasmo.

—¿Qué? ¡No! Eso no es cierto.

—Pues debería hablar con él, porque le aseguro que está mucho más entusiasmado con la idea que usted —añadió mientras apartaba una rama con la punta de la bota.

Alice se agarró los dedos y se apretó las uñas.

—El señor Williams y yo solo somos amigos…

—A mí no tiene que explicarme nada —le interrumpió—. Hable con él y aclárelo por su bien.

—Pero es que es así, solo somos amigos. El señor Williams me ayudó mucho el año pasado, estuvo conmigo y se preocupó por mí, pero eso es todo.

—¿Le ha pedido matrimonio? —le preguntó George a bocajarro.

Ella titubeó y apartó la vista.

—Sí… Me lo propuso el año pasado, pero no acepté… —susurró.

—Pues al parecer él aún está esperando una respuesta que le satisfaga más.

—Pero ya le di una respuesta.

—Aclárelo con él —repitió—, a no ser que haya cambiado de opinión en este año.

—No… Pienso lo mismo.

—Pues me alegro por usted. Seguro que encuentra un partido mejor.

Alice se detuvo y lo observó sin saber si molestarse o no por aquel comentario. Algo dentro de ella le decía que no se refería a él, que hacía referencia a otros hombres en general, y aquello le dolió demasiado.

—El señor Williams es muy buen hombre —dijo firme. George se asombró de la afirmación—. Es un hombre bueno, atento y considerado. Siempre me ha tratado con afecto y amabilidad. Me ayudó cuando estuve sola, pendiente de todo lo que necesitaba, y le estaré agradecida por todo lo que ha hecho por mí. No merece que se le desprecie. Y es un gran partido, como usted lo llama.

George frunció el ceño, incómodo ante aquella defensa.

—¿Me está diciendo que le gusta ese hombre? —preguntó sintiendo que el malestar de antes volvía a aparecer.

—No…, no me gusta. No en ese sentido. Pero es un hombre muy bueno.

—Seguro que pronto encontrará a alguien que le interese de verdad. No tiene que quedarse con el primer hombre que se le declara.

Alice se mordió el labio con impotencia. Ya había alguien que le interesaba de verdad. ¿Por qué no se daba cuenta? ¿Por qué?… ¿Qué más

podía hacer? Sintió unos deseos terribles de llorar, pero se contuvo. Apretó los labios con fuerza para evitarlo.

—No es tan fácil como cree… —susurró a la vez que desviaba el rostro.

—Claro que lo es. No tiene que preocuparse, el día menos pensado encontrará lo que busca. Pero no se conforme con cualquier cosa, usted merece mucho más.

Ella dejó caer los párpados para evitar mirarlo.

—Yo no soy como las mujeres que ha conocido —pronunció con un leve murmullo.

George alzó una ceja, extrañado.

—¿Qué quiere decir?

—Sé que habrá conocido mujeres muy elegantes y sofisticadas en Londres, con grandes opciones y mucho encanto, pero aquí, en un pueblo pequeño, la vida es distinta y las oportunidades también.

—Usted no tiene nada que envidiar a las mujeres que haya podido conocer —dijo con un gesto de acercamiento hacia ella—. Por eso estoy convencido de que conseguirá lo que se proponga.

«¿Aquellas palabras eran un halago o una condena? ». No estaba segura. Pero sí sabía que aquella conversación no era lo que deseaba escuchar y ya estaba durando más de lo que ella era capaz de aguantar.

—No siempre conseguimos lo que queremos —sentenció. Lo miró un instante y retomó el paso.

George aceleró para alcanzarla y comprobó que su expresión había adquirido un aire abatido.

Llegaron a la casa en silencio.

—Tendrá que disculparme, pero… tengo cosas qué hacer —dijo Alice antes de entrar.

Ella hizo una leve inclinación con la cabeza y George captó a la perfección que quería que se marchase.

Se mantuvo un instante delante de ella mirándola, sin saber qué había dicho para que su ánimo se tornase tan triste.

—Alice, si he dicho algo que la haya molestado, lo siento mucho.

Ella sonrió débilmente.

—No tiene que disculparse, solo ha sido sincero y ha dicho lo que piensa. No debe pedir disculpas por ello.

A George aquella respuesta no le convenció lo más mínimo. Ella se mantenía sin mirarlo a la espera de que se marchase. En todos aquellos días

que llevaban juntos nunca le había visto esa expresión, y había sido por su culpa, por mucho que lo negase.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 67
Recuperar una sonrisa

Se dejó caer en una de las butacas, apoyó la barbilla en la mano y pensó en el encuentro de hacía un rato. Había vuelto de casa de Alice sin saber qué era lo que había dicho o hecho para que ella pasase de estar sonriente a decaída. Solo había intentado animarla para darle confianza en sí misma. Y seguía pensando que Williams no era para ella. No sabía el porqué, realmente apenas conocía a aquel hombre, pero no le gustaba verlo cerca de ella. Alice sería feliz con alguien más desenvuelto, más seguro de sí mismo, alguien que la protegiera… alguien que la hiciera reír. Porque eso era lo fundamental, que no perdiera aquella sonrisa. Por eso odiaba haberla dejado así. Tenía que disculparse aunque no supiera cuál era el motivo de su disgusto.

«¿Debía ir esa misma tarde o esperar a mañana?», se preguntó al levantarse y comenzó a dar vueltas por el salón. «Mejor esperar a mañana, estará más tranquila», se dijo.

Sí, era lo mejor, aunque no le agradaba que pasasen tantas horas sin arreglar aquel malentendido. Si al menos pudiera saber cuál de todas sus afirmaciones le había molestado. Le había dado muchas vueltas y no veía nada incorrecto en sus palabras.

Él pecaba de impulsivo e indecoroso en muchos momentos, lo sabía. Pero con ella era totalmente distinto. Le surgía un lado más tranquilo, más cortés, más delicado. Y no porque se esforzara en ser diferente, no…, le salía de un modo natural. No tenía que aparentar nada, era tal cual. La verdad es que resultaba tan fácil estar a su lado que le dolía que alguna de sus expresiones le hubiera hecho daño. Jamás haría nada que la molestase.

Volvió a tomar asiento y se reclinó sobre el apoyabrazos de la butaca.

Se le iba a hacer largo hasta el día siguiente. Lo único bueno de eso es que al menos tendría unas horas para seguir analizando aquella

conversación y conseguir averiguar cuál era el error que, obviamente, la había disgustado.



Dejó el libro en la mesa, incapaz de concentrarse. Hacía ya varios minutos que recorría el mismo párrafo sin saber qué estaba leyendo. Se recostó en el sofá y volvió a rememorar la conversación. Su diálogo demostraba, una vez más, que él no sentía nada por ella y que la animaba a buscar a otro hombre. Solo la veía como una amiga, una a la que apreciaba, pero que no significaba nada más.

Y no podía culparle por ello, sabía que había conocido a mujeres espectaculares, y era lógico que a ella no la viera con la misma admiración que a esas damas elegantes de Londres o de cualquier otra parte de Inglaterra. Lo imaginó en los grandes salones, vestido impecable y bailando con mujeres hermosas y distinguidas. ¿Cómo podía competir con ellas?

Siempre se había mantenido serena y había intentado no albergar muchas esperanzas. Pero aquellos últimos días, con sus atenciones y el acercamiento que habían tenido, algo en su corazón se había abierto a la posibilidad de que tal vez…

Tal vez…

Tal vez…

Cerró los ojos intentando no pensar en ello.

No existía ese «tal vez».

«Si él supiera lo feliz que me hace cada vez que abro la puerta y lo veo en la entrada. Si él supiera que es la razón por la que sonrío cada día», suspiró.

Pero no lo sabía y tampoco había logrado transmitírselo. Su timidez siempre la traicionaba y, cuando deseaba decirle algo más personal, aquella misma timidez la detenía, la paralizaba, sin encontrar el valor para mostrar realmente lo que pensaba o sentía. Así que no podía culparle por no haber adivinado sus sentimientos.

Ahora solo le quedaba mantener aquella amistad que, al menos, le permitía estar un poquito más cerca de él, aunque su corazón desease mucho más.



Sabía que era bastante temprano, pero le daba igual. Había pasado una noche inquieta y quería solucionar aquello cuanto antes. No eran ni las ocho cuando bajó al comedor y sorprendió a uno de los sirvientes, que colocaba el desayuno en la mesa. Cogió un par de bollos, uno se lo metió en la boca y el otro lo guardó en la mano, y salió con prisa del salón.

—¿Se puede saber a dónde va a estas horas?

George se giró todavía con el bollo en la boca y se encontró a la señora Pearson de pie en el vestíbulo.

Dio un mordisco, lo masticó y tragó antes de contestarle.

—Tengo que solucionar un asunto.

—¿A las ocho de la mañana?

—Este tipo de asuntos cuanto antes mejor.

El ama de llaves levantó la barbilla con desconfianza.

—¿No habrá cometido alguna indecencia?

—¿Qué? ¡No! ¿Por quién me toma? No se trata de nada de eso.

—Más le vale, porque es un pueblo pequeño y todo el mundo se conoce, así que ándese con ojo y controle sus impulsos.

—Que le digo que no tiene nada que ver —protestó ante aquellos reproches—. No soy un animal salvaje, ¿sabe? Sé controlarme.

La señora Pearson ni afirmó ni negó, simplemente lo miró con suspicacia.

—De acuerdo…, aceptaré lo que me dice. Pero tiene que ser un asunto importante para marcharse tan temprano.

—Lo es. Y si me disculpa, tengo prisa.

Se despidió, subió a su caballo y se alejó hacia el pueblo.



El vapor que emanaba de la tetera la reconfortó al instante. Rodeó la taza con ambas manos y sintió que el calor casi le quemaba las palmas, pero no las apartó, era agradable sentir aquella calidez.

Tomó uno de los pastelitos que había comprado el día anterior y lo mordió manchándose los labios y la nariz de azúcar. Iba a coger otro cuando la puerta retumbó con varios golpes. Se levantó extrañada.

Miró la hora y vio que eran las ocho y veinte. No esperaba a nadie, y menos a esas horas. La única capaz de presentarse tan temprano era Becky,

y no le extrañaría, ya que desde que estaba embarazada se había acostumbrado a hacer esas visitas intempestivas. Decía que no dormía bien y había decidido compartir con ella su insomnio.

Se ajustó la fina bata para tapar su camisón y se arregló un poco el pelo, lo llevaba recogido en una larga trenza que le caía por el hombro.

Abrió la puerta y su rostro se desencajó.

—Alice, sé que es temprano…

La muchacha cerró de golpe y le dio en toda la cara a George, que soltó varias blasfemas mientras se palpaba el rostro.

—¡Pero que…! —George se acuclilló por el dolor y se frotó la nariz.

—¡Lo siento! —gritó Alice desde dentro.

—¿Sigue molesta?

—¡No! Es que no estoy visible —reveló a la vez que se cerraba la bata con ambas manos.

Corrió escaleras arriba, se deshizo del camisón y buscó un vestido. Intentó hacer algo con el pelo, pero las manos le temblaban tanto que se vio incapaz. Arregló un poco la trenza y lo dio por bueno.

Bajó intentando mostrar una calmada expresión, aun sabiendo que no era así. ¿Qué estaba haciendo tan temprano allí? Tomó aire y abrió la puerta. George todavía estaba inclinado, maldiciendo por el golpe.

—Lo siento… —susurró acercándose a él.

—No pasa nada. Me lo merezco por venir a estas horas.

—¿Le duele mucho?

—Se me pasará enseguida.

—Espere, le pondré algo fresco.

George se sentó en uno de los escalones del porche mientras Alice mojaba un paño en agua fría y se lo pasaba con cuidado por la nariz.

—De verdad que lo siento mucho. No le esperaba a estas horas y… Perdóneme.

—Olvídelo, es culpa mía, tengo el don de la inoportunidad.

George apoyó la espalda en la barandilla y dejó que Alice le pasara con delicadeza el paño. Cerró los ojos. A pesar del golpe siempre era placentero que lo cuidaran así.

—¿Le sigue doliendo? —preguntó preocupada.

—Ya no tanto, pero aún necesitaré algunas atenciones más —dijo, escondiendo una sonrisa.

George abrió los ojos y los entornó hacia ella. Aquel contacto era el más cercano que ella se había atrevido a mantener en todos aquellos días, y no podía negar que tenerla tan cerca era embriagador.

Se fijó en la larga trenza que le caía por el hombro y pensó en aquella melena suelta. Aquellos reflejos rubios cayendo como una cascada por su espalda. Volvió la atención a su rostro y apreció una pequeña mancha de azúcar que coronaba el puente de su nariz. Se incorporó y le pasó el dedo índice suavemente por el perfil. Ella se apartó de manera instintiva.

George le enseñó el dedo con inocencia.

—Tenía azúcar —apuntó tan solo.

Alice se limpió avergonzada para retirar cualquier resto del desayuno.

—Dígame que ya no está enfadada —murmuró en modo de súplica—. Dígamelo, por favor.

Alice negó con la cabeza.

George soltó un hondo resoplido.

—Menos mal, no querría que se enfadase nunca conmigo.

—No estaba enfadada.

—Pero se disgustó, lo noté. Y estaba preocupado.

—No debería, no fue nada.

George se irguió y se rebuscó en la chaqueta.

—Le he traído esto para sellar nuestra paz.

Le acercó una cajita de madera.

El primer impulso de Alice fue encoger las manos por la misma sorpresa.

—Acéptelo, por favor. Y si no le gusta, no tiene que ponérselo.

Alice abrió la caja. Era un brazalete de cobre con la forma de ramas entrelazadas entre sí.

—¿Le gusta? Lo vi expuesto ayer y la verdad es que me gustó mucho, pero si a usted no, le pediré a la tendera que me lo cambie por otra cosa.

—¡Me encanta! ¡Es precioso! —exclamó emocionada.

Extendió un poco los brazos y George estuvo convencido de que iba a abrazarlo. Se tensó, inesperadamente nervioso, mientras esperaba aquel contacto, pero Alice se mantuvo en su sitio y bajó la mirada sin perder la sonrisa.

—Gracias —murmuró y acarició la pulsera que ya lucía en su muñeca.

—Me alegro de que le guste y, por favor, perdóneme por lo que le molestara ayer.

—Usted me trae un regalo y yo le he dado con la puerta en la cara.

—El universo me ha castigado por ser tan bobo.

Alice se echó a reír, encogida sobre sí misma. Los labios de George esbozaron una sonrisa sin dejar de mirarla. Así quería verla siempre, con aquella deliciosa risa que sabía que jamás se cansaría de escuchar.

Dejó caer la cabeza hacia atrás mientras ella seguía deslizando los dedos por el relieve de la pulsera. Vio que hacía el amago de levantarse y soltó un quejido un tanto exagerado. Ella se giró hacia él, preocupada.

—¿Aún le duele?

—Un poco —dijo y se señaló la frente.

Era mentira. Hacía ya un rato que no sentía nada, pero aquella era la manera de retenerla allí. Si le decía que ya estaba bien, se alejaría. Y no quería que se fuera. Le gustaba tenerla cerca.

Alice mojó el trapo, se volvió a inclinar hacia él y le refrescó las mejillas subiendo hasta su frente. Con cierta vacilación le apartó los mechones del rostro.

George cerró los ojos, sentía sus finos dedos enroscarse en su pelo. Lo hacía con tanta delicadeza que notó cómo se le erizaba toda la piel. Definitivamente, iba a alargar aquel momento todo lo que pudiera, aunque tuviera que gimotear como un niño la mañana entera. Al inclinarse ella un poco más, George pudo deleitarse con su olor, una mezcla de flores y pan recién hecho. Quiso hundir su rostro en su cuello y empaparse de su perfume natural, pero se controló y no se movió ni un centímetro.

—¿Cómo se la hizo? —preguntó ella.

George abrió los ojos.

—¿Qué?

—La cicatriz, ¿cómo se la hizo?

—Defendiendo a un soldado joven de un ataque de los irlandeses.

—¿El soldado joven está bien?

—Sí…, no le pasó nada.

—Eso es porque es un buen capitán —le halagó con orgullo.

—Hago lo que puedo, pero también tengo grandes hombres y amigos que están a mi lado y me ayudan. Por suerte no estoy solo en mi cargo.

—Pero eso no le quita mérito, solo lo aumenta.

—No entiendo —dijo George extrañado.

—Mi madre me decía que, si conseguimos tener a nuestro alrededor buenas personas y mantenerlas cerca, debemos estar orgullosos de nosotros

mismos porque hemos sabido conservarlas. Si tiene buenos amigos en el ejército y soldados leales es porque ha sabido ganárselos, ha sido mérito suyo.

George se sorprendió de que apreciara tanta valía en él en algo a lo que ni él mismo había dado mayor importancia, al creer que era la progresión normal de las cosas. Vio que las comisuras de sus labios se arqueaban en una atractiva expresión y deseó atraerla hacia él para agradecerle aquel cumplido.

—¿Fue muy duro su viaje a Irlanda? —preguntó ella interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí…, fue duro, pero a la vez aprendí mucho —contestó mirándola directamente—. Un conflicto así hace que te plantees muchas cosas y que cambies la manera de pensar y tus prioridades. Vas con una idea clara del bien y del mal y, cuando llegas, te das cuenta de lo equivocado que estás. Créame, lo más espantoso que vi allí no fue por parte de los irlandeses —explicó al recordar la abominable violación de aquella joven por sus hombres.

Alice hizo un mohín de lástima al escuchar su triste tono de voz. Levantó la mano hacia la herida, pero la apartó de inmediato.

—Puede tocarla si quiere.

—¿Qué? No… —dijo alarmada.

George se incorporó un poco y le tomó la mano con cuidado, hecho que la sorprendió.

—No pasa nada, Alice.

Acercó sus dedos, lentamente, hasta posarlos encima de su cicatriz. La joven la recorrió suavemente y notó los relieves irregulares que bajaban por su sien, leyendo en su textura lo que aquella herida significaba.

George clavó la mirada en ella mientras comenzaba a trazar aquel suave recorrido. Sus dedos tanteaban su piel con cuidado, aunque con cierta vacilación. Luego cerró los ojos para empaparse de aquella sensación, de sus delicadas caricias. Apenas le rozaba con un par de dedos, pero era extraordinariamente placentero. Su pulso se disparó. Estaba asombrado de cómo con algo tan sutil podía sentir tanto.

Cuando ella apartó la mano tuvo una sensación de vacío. Quería que continuase, seguir apreciando aquel dulce contacto sobre él. Pero no dijo ni hizo nada. No quería incomodarla. Y enterró aquel deseo antes de que aumentase dentro de él.

Se mantuvieron en silencio unos segundos hasta que George lo rompió.

—¿Sabe que su flor me sirvió de amuleto?

Alice se giró hacia él sin comprender.

—¿Mi flor?

—La flor que me dio el año pasado, ¿la recuerda?

—¿La campanita?

—Esa misma. La señora Pearson me enseñó cómo secarla para que no sufriera ningún daño y me sirvió de amuleto en Irlanda.

La boca de Alice se abrió presa del asombro.

—No pensé que la guardaría.

—Claro que sí, era un regalo suyo. Quería conservarla. Y le aseguro que me dio suerte. Es posible que sin su flor esta cicatriz hubiera sido mucho peor. A saber si estaría aquí ahora mismo.

—No diga eso.

George soltó una risa despreocupada.

—Lo importante es que todo salió bien. Y, mírenos, aquí estamos los dos, a punto de disfrutar del festival de este año.

Alice aprovechó que miraba de lado para fijarse en su perfil, su marcada mandíbula y su nariz recta, y aquellos ojos azules siempre vigilantes. Sonrió al pensar que esa mañana iniciada con un golpe había terminado con aquella cercanía. La pulsera…, la flor…, el tacto de su cicatriz…, y en dos días el festival.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 68
Intento de persuasión

A la mañana siguiente, Alice recibió una visita que no esperaba. La señora Williams apareció pasadas las diez para indicarle que debían abordar un asunto de extrema urgencia y que no podía esperar.

Alice le preparó un té, inquieta por aquella emergencia que mostraba la señora.

—Mira, querida, he venido yo a hablar contigo antes de que lo haga alguna otra vecina, porque ya sabes lo que aborrezco los chismes. —Alice evitó contestar a aquella afirmación. En todo el pueblo era sabido que, si algún chisme surgía, había sido iniciado por ella—. Alice, cariño, sabes que te quiero como a una hija y deseo lo mejor para ti. Siempre he intentado cuidar de ti y de Kate desde que vuestros padres murieron, por eso creo que es mi deber intentar llevaros por el buen camino.

—Señora Williams, siempre le hemos agradecido su afecto y todos sus cuidados.

—Lo sé, cielo, por eso espero que me hagas caso en este asunto.

—Usted dirá, aún no sé el motivo de su visita.

La señora Williams tomó aire e infló su enorme pechera, que se alzaba por encima de la fina tela que cubría su escote.

—¿Qué relación tienes con el capitán Crowley?

—¿Cómo? —Las mejillas de Alice se tornaron de un rojo intenso—. No sé a qué se refiere.

—Sí que lo sabes. Lleváis más de una semana exhibiéndoos juntos en paseos y tertulias por todo el pueblo.

—Señora Williams, está confundida, el capitán y yo solo somos amigos.

—Pues no es esa la sensación —dijo con un tono cortante.

—Es la verdad. No hay nada más —contestó Alice avergonzada.

La mujer se inclinó y le sujetó la mano.

—Querida, voy a ser muy sincera contigo, ya que te lo mereces y porque es mi deber —dijo mientras le apretaba más su mano—. Alice, debes buscarte a un buen hombre. Alguien que te quiera, te respete y te cuide.

La joven adivinó que se refería a su sobrino. Sabía la decepción que había sentido cuando lo había rechazado el año anterior, y también que seguía con la esperanza de que se arrepintiese y lo aceptara.

—El capitán se marchará —continuó la mujer—. Antes o después se marchará. Nunca se quedará aquí, Alice, y tú lo sabes porque eres una muchacha inteligente. El capitán no es para ti y solo conseguirás que tu honor quede en entredicho.

Alice bajó la vista hacia su taza y removió el té, sin atreverse a volver a mirarla. Notaba cómo le sujetaba la mano y cómo las palabras de ella eran como heridas que volvían a abrirse. Ya sabía que la relación con el capitán no era posible, pero escucharlo de una voz externa lo hacía más real y doloroso. Pero a pesar de aquella verdad, no quería renunciar a la compañía de él, deseaba aprovechar el máximo tiempo posible a su lado, aunque llegase el momento de que se fuera.

Se levantó con cuidado de la silla con el propósito de deshacerse del agarre de la mujer.

—Le agradezco la visita, señora Williams, sé que lo hace con todo su aprecio y su preocupación, pero no debe estar tan angustiada. Le aseguro que entre el capitán y yo solo existe una gran amistad, movida también por la boda entre mi hermana y el señor Forster. Le confirmo que no hay nada más, así que no debe preocuparse, ni usted ni ningún otro vecino. Y si nos ven pasear o charlar, simplemente es por esa amistad que nos ha unido por la boda de Kate. No han de imaginar erróneas conjeturas porque no hay nada más… ni lo habrá. —Terminó la frase con un ligero temblor en la voz.

La señora Williams se alzó con una expresión mucho más serena. Parecía que la explicación de Alice la había convencido o, al menos, la había tranquilizado.

—Pues me alegro mucho, querida. De verdad que me alegro. Puedo entender que un hombre tan apuesto llame la atención de las jovencitas, pero debes mirar por tu futuro. Y te aseguro que no lo tendrías con él.

Alice apartó la mirada rogando para que se callase de una vez. Si Kate hubiera estado allí, ya le habría ordenado silencio, pero ella no tenía su empuje.

—Le repito que no debe preocuparse por nada.

—Excelente —respondió esbozando una amplia sonrisa—. Solo me queda avisarte de la conveniencia de los bailes.

—¿Los bailes?

—El festival, querida. Recuerda que no es recomendable bailar más de dos veces con el mismo acompañante.

—Lo sé —replicó con impaciencia.

—Sé que lo sabes y sé que sabes comportarte. Por ti estoy tranquila, pero estos oficiales muchas veces no conocen las normas de conducta. Y me da igual que haya vivido en Londres, esa ciudad es una perdición. Tenemos más saber estar en un pueblo pequeño que en muchos de los barrios de la capital donde el libertinaje está a la orden del día.

—Señora Williams, usted no ha estado nunca en Londres… —replicó Alice, asombrada por aquella crítica tan dura.

—Pero oigo cosas —susurró a la vez que se inclinaba hacia ella—, y créeme, esa ciudad es una fuente de depravación y salvajismo.

«¡Santo cielo, qué exageración!», pensó Alice. Empezaba a estar cansada de aquella conversación y de que siguiera criticando al capitán, aunque fuera de forma velada.

—Señora Williams, le vuelvo a dar las gracias por su atención y sus cuidados. Es usted una mujer muy entregada a todas sus causas —aseguró la joven con cierta ironía mientras la cogía del brazo para llevarla educadamente y con sutileza hacia la puerta.

La mujer se alzó como un pavo real al escucharla. No había nada que la hiciera más feliz que los halagos y las felicitaciones.

—De nada, querida, ya sabes que me tienes para lo que quieras —indicó dejándose llevar por Alice hasta la salida.

Cuando ya parecía que iba a marcharse, se giró sobre sus pasos para desesperación de la muchacha.

—Se me olvidaba decirte que mi John se quedará en Downton todas las fiestas. Seguro que lo pasaréis muy bien juntos. El año pasado no pudo estar. ¡Pobrecito!, qué disgusto se llevó. Pero este año sí, y estoy convencida de que disfrutaréis mucho del festival.

Alice abrió la boca para replicar, pero la mujer ya bajaba a buen ritmo los escalones del porche. No se daría por vencida con su sobrino, lo sabía; aquella mujer era incansable cuando se le metía algo en la cabeza.

La señora Williams se marchó de allí satisfecha y dispuesta a continuar con sus tareas de predicar y sermonear a todo aquel que se le pusiera por

delante. Se mantenía en su cruzada personal de controlar todo lo que sucedía en el pueblo, algo con lo que disfrutaba enormemente.

Cuando apenas se había alejado tres calles, pudo ver al capitán, que se acercaba en su dirección y dedujo que iba hacia casa de Alice como cada día. Había seguido con detenimiento aquel acercamiento de las últimas semanas y le molestaba sobremanera que esos encuentros se produjeran delante de su sobrino, el cual ya había manifestado lo que sentía por Alice. Le dolía que tuviera que presenciar cómo el capitán galanteaba a la joven sin ningún pudor ni mesura en su comportamiento. Era inaudito y escandaloso que, sin tener un compromiso formal, aquel oficial se dedicara a visitar y acaparar a la jovencita a diario. Decidió que era su misión poner orden y moral en aquel comportamiento y se acercó con paso firme hacia él.

—Capitán Crowley —saludó con la voz más melosa que pudo conseguir.

George se detuvo a unos metros de ella. Había desviado el rostro para intentar fingir que no la había visto y ahorrarse la soporífera conversación con aquella mujer, pero la señora Williams había acelerado la marcha para evitar aquella huida y en pocas zancadas lo alcanzó.

—Me alegro de verle, capitán.

—Lo mismo le digo, señora —contestó George aguantándose las ganas de resoplar.

—Hace un día estupendo, ¿me acompañaría a dar un paseo?

—Verá, es que ya tengo un compromiso y…

—¡Muchas gracias! —exclamó ignorando por completo sus explicaciones y le sujetó del brazo para enhebrar su mano en él.

En un instante, George se encontró totalmente aprisionado por aquella mujer, que le agarraba del brazo y le tiraba en la dirección contraria a la que quería tomar.

—Oiga, me va a tener que disculpar, pero se lo digo en serio, ya tenía un compromiso…

—Si era con Alice, ha salido con mi sobrino —mintió sin miramientos —. Precisamente les acababa de dejar a solas cuando me he encontrado con usted.

—Oh… No lo sabía… —titubeó incómodo.

Sus pensamientos se desbocaron: «¿Estaban a solas? Tal vez Williams intentara un nuevo acercamiento. ¿Tal vez otra pedida de mano?».

—Hacen una pareja excelente. Estoy convencida de que al final Alice aceptará el compromiso. No descarto que en breve escuchemos campanas

de boda. Y yo seré la mujer más feliz del pueblo. Quiero a Alice como a una hija y que mi sobrino y ella se casaran sería la noticia más dichosa para mí.

A George se le estaban atragantando aquellas palabras. Se paró en seco y se deshizo del brazo de la mujer.

—La veo muy segura —dijo George.

—Pues sí, lo estoy. Los jóvenes son impetuosos y a veces indecisos, pero Alice es una muchacha muy inteligente y mi John es el mejor candidato a varias millas a la redonda. Es responsable, cariñoso, atento, y la trataría como a una reina.

La imagen de Williams arrodillado delante de Alice hizo que empezara a sudar. Tomó aire para apaciguar el desagradable calor que sentía.

Durante los siguientes minutos, George intentó despistar con mil excusas a aquella mujer sin lograrlo. Y aquel improvisado paseo se alargó mucho más de lo que podía soportar. La señora Williams había decidido compartir con él aquella mañana y no lo soltaba ni para alejarse unos metros.

«Tengo que conseguir largarme de aquí, esta mujer es insoportable», pensaba desesperado mientras miraba a ambos lados y buscaba la mejor excusa para huir.

De repente, divisó a Alice, que caminaba por la acera opuesta con su habitual cesta de mimbre. Sonrió sin darse cuenta, un acto reflejo que surgía en su boca cada vez que la veía.

Ahora sí que tenía que deshacerse de aquella mujer, tenía cosas muchísimo más interesantes que hacer.

Continuaba con la mirada fija en la joven para no perderla de vista, cuando Alice reparó también en él. Le sonrió con dulzura y levantó solo un poco la muñeca para mostrarle el brazalete que lo adornaba. George suspiró al reconocer su pulsera. Le devolvió la sonrisa a distancia comprobando que ella lo miraba de reojo y escondía el rostro.

Notó que la señora Williams tiraba de su brazo en dirección contraria y toda su paz se convirtió en ansiedad. Sintió unas ganas irrefrenables de agarrar a aquella mujer de los hombros y zarandearla hasta desmoronar el ultimo rizo de su pelo.

Cuando volvió la vista hacia Alice, su expresión se congeló. Williams estaba junto a ella y charlaban los dos exageradamente juntos, o esa fue la impresión que le dio. Vio que el marinero se inclinaba hacia ella y le sujetaba el cesto para llevárselo. George sintió que un nido de culebras lo

devoraba por dentro. Tenía que ir allí, aquel tipo era muy pesado, que la dejase en paz de una vez.

Se deshizo de malas maneras del brazo de la señora Williams, sin preocuparse de las protestas en voz alta de la señora, y avanzó hacia la pareja.

Williams lo vio acercarse y su rostro se contrajo.

—¡Buenos días! —saludó George jovial, mirando fijamente a Williams.

El marinero solo lo saludó con un movimiento de cabeza.

—Buenos días —dijo Alice, y se acarició con discreción la muñeca.

—Mañana empieza el festival, seguro que lo disfrutaremos —declaró el capitán.

—Estoy convencido de que usted más que nadie, todos sabemos lo bien que se lo pasan los oficiales —soltó Williams mordaz.

George alzó el rostro hacia él con una sonrisa de medio lado.

—No crea todo lo que le cuentan, Williams, porque, si fuera así, yo tengo anécdotas de marineros que harían sonrojar a cualquier capitán del ejército. ¿Quiere que le cuente alguna? A lo mejor estaba presente… —espetó desafiándole.

—Ya le aseguro que no —respondió Williams.

—No me asegure nada, he visto de todo.

—Me lo imagino con su historial —sentenció Williams.

Alice dio un paso atrás sin dejar de mirar a ambos, visiblemente incómoda por aquel intercambio de desagradables insinuaciones. Miró a un lado y a otro y se retiró con discreción aprovechando que los dos estaban ocupados en aquel absurdo desafío.

George observó que Alice se alejaba.

—Alice… —susurró.

Dio un paso para seguirla, pero Williams se colocó delante de él y apoyó la mano en su pecho. El capitán bajó la mirada hacia la mano que lo detenía y luego la clavó en el rostro del marinero.

—Apártese —siseó George.

—Déjela en paz —dijo Williams firme—. Si de verdad le tiene aprecio, déjela en paz. Usted sabe que no es para ella. Si es sincero consigo mismo, lo reconocerá.

Se le había agotado la paciencia. Entre la conversación con la señora Williams y ahora soportarlo a él, ya no tenía más aguante para aquella familia.

—Que se aparte —repitió George tras acercarse a su rostro—. Apártese o le aparto.

Williams retiró la mano, pero no se movió. George lo rodeó dejándole atrás. Estaba muy harto de las provocaciones de aquel hombre. Se creía mejor que él en todos los aspectos y ya estaba llegando a su límite. Y lo que no iba a permitir es que lo humillase delante de ella.

Llegó hasta la muchacha, que le rehuyó la mirada.

—Alice, no dé importancia a la conversación —murmuró George para tranquilizarla—. El señor Williams y yo tenemos posiciones encontradas sobre algún asunto, nada más. Él opina una cosa y yo pienso otra muy distinta. Pero no debe preocuparse, no estábamos discutiendo, simplemente tenemos intereses enfrentados.

Alice respiró aliviada ante aquella explicación.

—Por cierto, le queda muy bien la pulsera —le susurró.

—¿Sí? Pues ha de saber que me la ha regalado un buen amigo —contestó con un punto de picardía que George encontró delicioso.

—¿Un buen amigo? Pues ese amigo tiene un gusto excelente, felicítele de mi parte —respondió con un gesto de seguridad.

Alice se echó a reír.

—¿Y mañana irá al festival con ese buen amigo o tenía pensado otra compañía? —preguntó George con la ceja levantada.

—Mmm… Aún no lo he decidido —contestó Alice a la vez que se tocaba el mentón como si estuviera pensando.

—Pues… si me permite dar mi opinión, estoy seguro de que ese amigo estará encantado de acompañarla —murmuró suave.

Alice lo miró y, sin darse cuenta, se mordió el labio en una sonrisa nerviosa.

—Tal vez nos veamos allí —dijo bajito mientras le dedicaba una última mirada antes de alejarse hacia una de las tenderas.

George inspiró sin apartar la vista de ella. Era encantadora en todos los aspectos. Movió la cabeza varias veces en un intento de despejarse y se fue a buscar algo fresco de beber para compensar el asfixiante calor del ambiente.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 69
Presagios del corazón

Y por fin llegaron aquellos anhelados días.

Sujetó a Mary por la cintura y la subió al caballo. Al momento, montó él con un ágil movimiento, se colocó detrás de la niña y agarró las riendas con firmeza.

—No lleguen muy tarde —indicó la señora Pearson.

—Pasaremos todo el día fuera, pero quédese tranquila, irá todo bien. Confíe en mí.

—No haga que le responda. La última vez que confié en usted la niña acabó enferma una semana —replicó el ama de llaves.

—Si eso pasase, se lo volvería a compensar con lo que quisiera —respondió George dedicándole un guiño insolente que provocó en ella un resoplido.

Espoleó al caballo en dirección al pueblo.

—¡Vayan con cuidado! —exclamó la señora Pearson a medida que se alejaban.

Cuando se adentraron en el ruidoso ambiente, a George le sobrevinieron recuerdos de las fiestas del año anterior: bailando con Kate y la cara desfigurada de Charles, que los vigilaba con aquella mirada amenazante que no desapareció en todas aquellas semanas. Sonrió al rememorar cada uno de los momentos vividos. Este año sería muy distinto, lo compartiría con Mary y con Alice. Al pensar en la joven notó que se le agitaban las manos. Sujetó las riendas con fuerza y azuzó al caballo para acelerar el paso.

Nada más descabalgar, Mary corrió hacia la plaza. George salió tras ella y vio que se reunía con un grupo de niños que comían unos dulces. Estos saludaron a Mary, contentos de verla, y le ofrecieron algunos caramelos. El capitán examinó al grupo y reconoció a varios niños de la escuela. Estaban más altos que el año anterior, pero la cara de la mayoría era inconfundible, al igual que el aspecto desaliñado de algunos.

Mary reía y bromeaba con ellos, y George decidió dejar a la niña un rato con sus amigos mientras paseaba por la calle sin perderla de vista. Dio un par de vueltas y saludó a alguna vecina que se le acercó para preguntarle, en tono coqueto, si tenía noticias de Kate y del señor Forster. Respondió amablemente que estaban muy bien, pero fue parco en palabras, sin muchas ganas de alargar la charla. Antes de que la mujer volviera a asediarle con más preguntas, vio por encima de su hombro a Rebecca Stone, a unos metros de él, que cogía un pañuelo de una tendera y lo examinaba con los dedos. Iba acompañada de Alice y ambas reían de algo que les decía la vendedora.

Se acercó a ellas con decisión.

—Las dos damas más hermosas del condado —saludó con una reverencia.

Las jóvenes rieron ante su caballerosidad.

—Capitán, siempre es un gusto verle —respondió Becky mientras le ofrecía su mano, que George besó con elegancia.

—Estoy a su entera disposición —declaró—. ¿Cuál es el plan de hoy?

—Pues debemos recorrer cada calle y cada rincón, como el año pasado. Es obligado no dejarse nada.

—¿Ha venido solo, capitán? —intervino Alice.

George palideció y, al momento, soltó una maldición.

—¡Oh, no! ¡Mary! —exclamó, se giró y se fue corriendo.

Alice y Becky intercambiaron una mirada de sorpresa.

Se había olvidado de la niña. Acostumbrado siempre a que Charles estuviera pendiente de ella, se había distraído. Estaba tan relajado en aquel pueblo que perdía la noción de todo. Daba gracias de que en el ejército mantenía la concentración y la disciplina, porque, si no, menuda desgracia para todos.

Volvió al centro de la plaza y descubrió, para su tranquilidad, que Mary seguía allí, jugando con el resto de los niños.

Soltó un hondo suspiro de alivio. Solo habían sido unos minutos y la pequeña ni se había percatado de su ausencia. Protestó por lo bajo, enfadado consigo mismo. Menos mal que nunca sería padre. Seguro que dejaría desperdigados a sus vástagos por cada pueblo donde fuera.

Sujetó a Mary de la mano y se la llevó de vuelta donde las dos jóvenes le esperaban.

—No me diga que se había olvidado de la niña —soltó estupefacta Becky cuando los vio llegar.

George apretó los labios, intentaba buscar una excusa coherente pero no encontró ninguna, así que simplemente se encogió de hombros con una pose inocente.

Becky se echó a reír mientras Alice lo miraba atónita.

—Es usted único, capitán —dijo Becky sin dejar de reír.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Créame, lo es —replicó la mujer.

Una música procedente de la calle mayor les hizo girarse. George reconoció la melodía y la disposición de los bailarines.

—Es el *Morris Dance*, ¿verdad?

—Sí —contestó Alice.

—¡Vayamos! Este año quiero probarlo —dijo mientras agarraba de la mano a la muchacha y tiraba de ella.

Becky se quedó con Mary mientras la pareja se adentraba en el grupo.

—¿Ya sabe bailarlo? El año pasado ni siquiera lo conocía —preguntó Alice a la vez que cogía un palo.

—He practicado un poco para esta ocasión —respondió George con una atractiva sonrisa.

Se colocaron uno frente al otro con el resto de congregados. Alice disimuló una risita al ver cómo sujetaba con fuerza el palo con ambas manos, como si fuera a agredir a alguien.

—Relájese, capitán, no queremos salir heridos de aquí —insinuó la joven divertida.

George le dedicó una burlona expresión y dio un paso hacia ella.

—No me provoque, señorita Miller, no sabe de qué soy capaz —le susurró casi al oído.

Alice se mantuvo firme, aguantándose la risa.

La música sonó y los bailarines chocaron los palos e iniciaron los pasos. Alice se movía con una asombrosa agilidad, lo que forzaba a que George tuviera que aumentar su ritmo para adecuarse a ella.

Estaba atento a cómo saltaba y reía, se acercaba y se alejaba de una manera que él encontró extremadamente sugerente. Pensó en lo estimulante que se había convertido aquel baile rural.

Cuando la música terminó, chocaron los palos y él la retuvo cerca al agarrar el suyo y no dejar que se marchara. Tan solo fueron unos breves

segundos, pero suficientes para que las mejillas de ella se sonrojaran y le hiciera retroceder unos pasos después de soltar su palo. Adoraba ver cómo se ruborizaba.

El resto del día disfrutaron de las amenas actividades que se llevaban a cabo por todo el pueblo: desde partidas de cartas en las que George ganó las suficientes manos para granjearse enemigos de por vida; la venta de varias camadas de perritos, en la que Alice compró un cachorro que le robó el corazón; y la sorprendente escena de un niño de doce años que intentó cortejar a Mary, con la susodicha interrupción de un atónito George que mandó al niño a paseo. Alice se echó a reír ante la mirada de odio que el capitán le dedicó al chico, que salió corriendo despavorido.

—Creo que ese joven no volverá a acercarse a una niña en la vida —consideró Alice entre risas.

—Pues saldrán ganando todas las mujeres del país. Ese niño en dos o tres años sería un peligro —declaró mordaz George.

—¿Lo dice por experiencia, Crowley?

El capitán apretó la mandíbula y se volvió hacia la conocida voz que ya aborrecía. A su espalda, con una expresión petulante, estaba su «querido» marinero.

—Williams, siempre es un placer coincidir con usted.

—No puedo decir lo mismo.

—Estaba siendo sarcástico, por si no lo ha entendido.

Aquel hombre era como un sarpullido que aparecía por todas partes y a todas horas. ¿Ni un día iba a dejarlo en paz? ¡Qué pesadilla!

Williams ignoró su comentario y su expresión de hastío, y fue directo hacia la muchacha.

—Alice, me gustaría presentarle a alguien.

—¿A quién?

—Ha venido mi madre desde Sussex, y me gustaría que la conociera.

La expresión de George se ensombreció por un instante. ¿Su madre? Aquello era una jugada digna de jaque mate. Las madres eran sagradas. Y todo el mundo sabía que la presentación a una madre era media pedida de mano.

Empezó a retorcerse con el mismo malestar que siempre sentía cuando aquel hombre se acercaba a Alice. Malestar que él justificaba porque consideraba que ella merecía algo mejor.

George la miró de reojo y pudo apreciar que ella dudaba ante aquella propuesta. Eso le relajó.

Pero quien realmente salvó la situación fue su adorada Mary.

La pequeña apareció en escena como un huracán, abrazó a la muchacha y le pidió que le acompañase a ver a una mujer que echaba las cartas y adivinaba el futuro.

Al parecer, un grupo de gitanos se había instalado en uno de los descampados de las afueras. Habían colocado sus carromatos y ofrecían sus servicios de adivinación y buenaventura, además de vender piedras y colgantes con, supuestamente, poderes ocultos, y también elixires con los que seducir al ser amado.

Mary se mantenía firme, tirando de Alice con tal insistencia que, al final, ella se disculpó con Williams y se marchó con la niña.

Una sonrisa satisfecha apareció en los labios de George. Su Mary nunca fallaba.

—No sonría, Crowley —le espetó Williams—. Habrá más oportunidades, se lo aseguro.

Aquello sonó como una amenaza.

George le siguió con la mirada mientras se alejaba. Nunca entendería a los hombres que no se daban por vencidos cuando una mujer ya les había rechazado. Un poco de dignidad no les iría mal.

«Es patético que siga insistiendo así», se dijo.

Cuando el capitán llegó a la improvisada caseta de la gitana, la mujer empezaba a leerle el porvenir a Alice. Tendría unos cincuenta años, cabello oscuro y mirada de un verde tan intenso que parecía que podía adentrarse en tu alma. Sujetaba la mano derecha de la joven mientras pasaba los dedos por las finas líneas de su palma. Tras esto, cogió una baraja de cartas y las depositó una a una encima de la mesa.

—¡Vaya!… Qué interesante… Es usted afortunada en el amor.

—Pues no sabría decirle —murmuró Alice.

—No era una pregunta, querida. Era una afirmación. Es usted afortunada en el amor —indicó la mujer—. Hay un hombre muy enamorado de usted, y lo tiene muy cerca.

George reprimió un resoplido. Ese debía ser Williams.

—Aunque parece que aún no se le ha declarado —añadió la gitana.

El capitán ladeó la cabeza extrañado. Pues no debía de ser Williams. ¿Había otro hombre cortejando a Alice? No tenía noticias de ningún

pretendiente más.

—Ese hombre está un poco confundido, pero lo que siente por usted es muy real y profundo —dijo a la vez que giraba otra carta—. Oh…

La cara de la gitana se contrajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alice.

—Veo mucho dolor y mucho miedo.

—¿Por mi parte?

—No, por parte del hombre que la ama. Ese hombre tiene una carga muy pesada en sus espaldas.

—¡Debe ser cargador del muelle! —soltó George entre risas, en voz más alta de lo esperado.

La gitana levantó la vista hacia él al percatarse de su presencia. Entrecerró los ojos.

—¿Y usted quién es?

—Disculpe, no quería interrumpir. Perdóneme.

—Es un amigo —explicó Alice.

La mujer lo examinó detenidamente y extendió su brazo hacia él.

—Deme su mano.

—¿Mi mano? No, no. Se lo agradezco, pero yo no creo en estas cosas. Siga con las dos señoritas, que lo estaba haciendo muy bien.

—Me ha interrumpido mi sesión y mi concentración. Deme su mano —exigió malhumorada.

George se acercó. No tuvo más remedio que aceptar aquel castigo por ser a veces tan impertinente.

La mujer observó su mano, se mantuvo en silencio varios segundos y murmuró frases inconexas. George empezó a impacientarse. ¿Qué estaba leyendo en su mano, la Biblia?

—Vaya… Es un hombre complejo —dijo la gitana al fin.

—¿Yo? ¡Qué va! Soy más simple que el mecanismo de una vela —replicó insolente.

La mujer esbozó una sonrisa tan enigmática que el capitán sintió un escalofrío.

—Por lo que veo no ha tenido una vida fácil. Veo sufrimiento y temor —musitó—, un dolor y un miedo que no le dejan avanzar.

—Todos hemos pasado por circunstancias en la vida, no hay que dramatizar —contestó con indiferencia.

—Es cierto…, pero a veces es complicado sobreponerse a lo que nos sucede.

George se tensó, incómodo.

—No es mi caso —replicó.

—¿Está seguro? —susurró—. Porque podría superar todo eso, solo debe aceptar lo que le llegue. —La mirada esmeralda de la mujer se le clavó dentro.

George tragó saliva ante aquella penetrante mirada. Quería salir de allí.

—Ya…, de acuerdo…, seguiré sus consejos… Se lo agradezco mucho —añadió con un ligero titubeo.

Intentó recuperar su mano, pero ella la apretó más fuerte.

—No permita que el pasado malogre su futuro —señaló la gitana—. El pasado no se puede cambiar, pero el futuro es todo nuestro. Y si elige bien, le auguro un esplendoroso porvenir. —Entornó los ojos—. Y su elección está muy cerca de usted.

George se estremeció.

Alice y Mary se mantenían en un silencio sepulcral, pendientes del más mínimo detalle que pronunciaba sobre él.

El dedo de la gitana se desplazó por las señales de la palma.

—Veo que ha sufrido pérdidas importantes en su vida cuando era muy joven —continuó la mujer—. Pérdidas que le han marcado y que siguen haciéndolo, le acompañan, lo guían y deciden sus pasos…

George estiró con brusquedad y se soltó de su agarre.

—Vale, suficiente por hoy —espetó apretando los dientes—. Le agradezco esta interesante sesión, pero, como le he dicho, no creo en estas cosas. No es nada personal, simplemente me parece una patochada. Y como no quiero molestarla más, será mejor que me marche y así no la interrumpiré.

Salió de la caseta apartando con ímpetu la lona de la entrada. ¿Quién se creía que era esa mujer para darle lecciones? Ella no le conocía de nada.

Alice salió tras él hasta alcanzarlo.

—Capitán, ¿está bien?

—Perfectamente… —dijo con un carraspeo nervioso.

—¿Es cierto lo que ha dicho la gitana?

—¿Qué? ¡No! Ni muchísimo menos, ni una palabra —masculló con rabia—. Son unos farsantes, Alice, no puede creer nada de lo que le digan.

—Pues parecía muy real.

—¡Pues no lo es! —exclamó en un tono elevado—. Intentan que lo parezca para vender su espectáculo, pero no es real. Todo es una invención… ¡Nada es real!

Se pasó los dedos por el cuello de la camisa con una sensación de ahogo.

Alice lo observó preocupada. Fuera verdad o no, parecía que le había afectado. Se acercó a él y lo sujetó con delicadeza del brazo. George se agitó como un resorte al sentir su contacto.

—Pues vamos a olvidarlo, como si no hubiera pasado —dijo ella alegre —. Debemos seguir disfrutando de las fiestas.

George asintió y se percató de que no le había soltado el brazo. Aquel gesto, hace una semana, hubiera sido impensable. Parecía que poco a poco conseguía traspasar aquella barrera invisible que ella tenía, y ver que podía ganarse su confianza le provocó una cálida sensación de euforia.

Mary llegó corriendo hacia ellos, moviendo en el aire algo que sujetaba en la mano.

—La gitana me ha dado esto, Alice —le dijo cuando le entregó una carta.

En ella aparecía una mujer con cabellos rubios, sentada sobre unos cojines rojos, en un trono en mitad de la naturaleza.

—Me ha dicho que te traerá suerte. Es la carta de la Emperatriz.

Alice la contempló, a la vez que George fruncía el ceño al recordar las predicciones de la mujer. Una elección… ¿qué elección? No necesitaba nada más en su vida. Negó con la cabeza. Aquella mujer seguramente era una loca. Lo mejor era no darle más vueltas. Aunque no pudo evitar estremecerse al pensar en la similitud de lo que había pronunciado y su propia realidad.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 70
Bailes, cercanía, celos

Estaba deseando que llegara esa noche desde que habían comenzado las fiestas.

George se observó en el espejo. Su uniforme de gala lucía perfecto. La casaca roja ajustada con los botones dorados, la camisa y los pantalones blancos impecables y las botas negras brillantes y pulidas, sin una mota de polvo ni un ligero rasguño.

Levantó el mentón en un aire varonil y esbozó una sonrisa ladeada. Una sacudida estimulante le hizo agitarse inquieto. Estaba extrañamente nervioso. Soltó una risa.

«Como si fuera mi primer baile», se dijo entre risas.

Había quedado con Alice que la recogería en su casa e irían juntos hasta el salón. Miró el reloj, aún quedaba media hora. Renegó en voz baja.

«Quiero ir ya», pensó impaciente.

Bajó al comedor y se adueñó de las porciones de fruta que habían sobrado de la cena.

—Qué elegante está.

George se giró y vio a la señora Pearson en la puerta.

—¿Le gusta?

—Mucho.

—Alice y yo seremos la sensación de esta temporada. Los diamantes de la temporada de Downton —dijo divertido.

El ama de llaves entornó el rostro y lo miró con dulzura.

—No podría tener mejor compañía que la señorita Alice.

—Estoy de acuerdo —respondió él mientras se comía una cereza.

—Y ella no podría tener mejor compañía que usted.

George apreció su tierna expresión.

—Usted me quiere, señora Pearson, lo sé. Me quiere. Ya no puede esconderlo —dijo acercándose a ella—. Y yo la quiero a usted —le susurró

y le dio un suave beso en la mejilla.

La mujer se la acarició, emocionada por aquel dulce gesto. Sí que le quería. Había aprendido a querer su espontaneidad, su alegría y también, incluso, sus locuras. Le agarró de la mano con cariño.

—Disfrute mucho esta noche. Y haga que sea una velada especial para ella.

—Eso se lo aseguro. Voy a hacer que sea inolvidable —murmuró con una decidida expresión.



Cuando la puerta de la casa se abrió y la vio, su corazón se aceleró de tal manera que sintió un leve mareo. No podía estar más preciosa. Portaba un vestido de muselina de un tono rosa pálido con unos bordados en las mangas y en la zona del escote. El pelo estaba sujeto con un recogido, que dejaba libres varios mechones que enmarcaban su rostro y caían en ondas hasta rozar sus hombros. La recorrió con la mirada en silencio, sin importarle si era decoroso o no. Quería contemplarla. Hubiera estado horas solo mirándola.

Alice alzó los párpados hacia él con nerviosismo al verle tan callado, sin saber si le gustaba su aspecto. Lo observó con discreción. Se había vestido con el uniforme militar de gala y estaba increíblemente elegante.

—Está preciosa, Alice —dijo él con una voz tan aterciopelada que la joven se sacudió bajo su vestido.

Solo bajó el rostro y apretó los labios a modo de respuesta. George le ofreció el brazo y ella entrelazó su mano para dirigirse al baile.

Cuando llegaron, las parejas ya colmaban la sala. Entraron y varios pares de ojos se clavaron en ellos sin ningún disimulo. Algunos murmullos resonaron en la sala mientras eran observados.

George sonrió ante aquel panorama. Le divertía ser el centro de atención, no podía evitarlo. Miró de reojo a Alice y comprobó que ella, al contrario que él, no disfrutaba de aquel exceso de interés. Le apretó la mano que sujetaba su brazo para darle confianza y la joven le correspondió en un intento de relajar su expresión.

—Cuando nos vean bailar se les quitarán las ganas de seguir cuchicheando —le susurró George al oído—. Vamos a ser las estrellas del baile.

Alice se rio al ver cómo alzaba una ceja en una pose provocadora.

Varias muchachas se acercaron a saludar a Alice y comentaban con entusiasmo los detalles de las fiestas de aquellos días, y de paso miraban de soslayo a George entre risitas.

Los músicos avisaron con unas notas de que el primer baile se iba a iniciar y las parejas se colocaron raudas en sus posiciones.

George le ofreció su mano a Alice, que aceptó al instante, y la guio hasta el centro para ocupar su sitio en la fila.

La música empezó a sonar y la coreografía se inició. Todas las parejas se movían en idénticos pasos al son de la melodía, como una marea guiada por el viento. Pero para George todo lo de alrededor dejó de existir cuando Alice posó sus ojos castaños en él y se acercó debido a la danza. Se aproximó lenta, para volver a alejarse al son del ritmo, lo que aumentó por momentos su ansia. Cuando por fin se rozaron, ambos se miraron, al notar el leve contacto del otro. La avidez del capitán se elevó a medida que la acariciaba. Poder rodearle la cintura con la mano mientras ella le miraba al girar hizo que toda su piel se estremeciera. Deslizaba con suavidad sus manos sobre ella, casi sin tocarla, pero lo suficiente como para percibir bajo sus dedos su figura. No quería soltarla, quería tenerla cerca, sentir su esbelto cuerpo rozar el suyo en aquel vaivén de movimientos. La sujetaba con delicadeza, pero con firmeza a la vez, sin querer que se alejase. Y cuando la danza le obligaba a separarse, su cuerpo le exigía volver a atraerla. Volver a intuir su contorno entre las manos.

Cuando la música terminó y se separaron, el anhelo que sentía creció dentro de él. Quería más.

—Baile conmigo el siguiente —le pidió en un impulso.

Alice lo miró asombrada por la petición. No era habitual repetir con la misma pareja en dos bailes seguidos. Normalmente se intercalaban los acompañantes. Titubeó en la respuesta sin saber qué decir. Deseaba bailar con él de nuevo, lo deseaba más que nada, pero sabía que no era correcto.

George se acercó más.

—Baile conmigo —le susurró de nuevo mientras se inclinaba hacia ella.

Alice, finalmente, asintió, incapaz de resistirse a él, a su petición y a sus propios deseos.

George sonrió, le sujetó la mano y la guio de nuevo hacia el centro de la sala. Varias miradas curiosas y sorprendidas se posaron en ellos, pero al

capitán le daba exactamente igual lo que pensaran o dijeran. Hubiera vuelto a bailar con ella aunque hubiera sido delito de cárcel.

La siguiente danza era más alegre que la anterior y los dos disfrutaron de un agitado baile que les hizo reír. George aprovechaba cualquier instante que ella se acercaba para envolver su cintura y pasar la mano con cuidado por su espalda. Era lo más delicioso que había sentido en años y hubiera dado lo que fuera por alargar aquel momento. Su hermosa sonrisa, unida al tacto de su vestido, hizo que su pulso se disparara en una excitante reacción que acaloró todo su cuerpo.

Los músicos terminaron la melodía con unos repiques de tambores y toda la sala estalló en aplausos hacia ellos.

George se separó a regañadientes de ella. Maldita sea, no quería que aquello terminara. Se envalentonó y, sin pararse a pensar, le sujetó la mano, lo que hizo que ella se sorprendiera.

—Bailemos de nuevo.

Los ojos de Alice se abrieron desmesuradamente a la vez que su boca. Bajó el rostro, sofocada.

—¿Qué ocurre?

Alice titubeó sin contestar.

—¿No lo está pasando bien? —preguntó George con recelo. No quería obligarla, ni muchísimo menos, pero el deseo de sentirla de nuevo nublaba su temple.

—Claro que sí. Lo estoy pasando muy bien —murmuró Alice sin atreverse a mirarlo—, pero no es correcto bailar más de dos bailes con una pareja, a no ser que…

—¿A no ser que qué?

Alice desvió el rostro para que no viera su sonrojo.

—A no ser que haya una relación o un compromiso —explicó ella en un hilo de voz.

George la miró extrañado. ¿Qué? ¿Qué clase de precepto era ese? Nunca le había dado importancia a este tipo de reglas porque jamás había repetido pareja en ningún baile donde había asistido. Se removió incómodo. Sinceramente, le importaban bien poco las normas escritas por, quizá, algún parroquiano de culto diario. Quería estar con ella, disfrutar con ella.

—Alice… —insistió—. Es un baile, lo estamos pasando bien. Disfrutémoslo.

La muchacha dudó. Claro que deseaba estar con él, pero no quería ser la comidilla de todo el pueblo. Y su reputación… No tenía una relación formal con el capitán, eso lo sabían todos, y si los veían en esa actitud, podían pensar cualquier cosa. Su cabeza daba vueltas. No sabía qué hacer. Si Kate estuviera allí, seguro que le daría el mejor consejo, pero estaba sola y jamás se había encontrado en una situación semejante. Se agitaba entre la razón de su mente y el deseo de su corazón, sin saber qué camino tomar.

En aquel momento, una figura se acercó a ellos. Alice alzó el rostro y vio al señor Williams, que miraba con el ceño fruncido a George. Al mirarla a ella, suavizó la expresión.

—¿Le gustaría bailar? —pidió con cortesía extendiendo su mano.

Aquella petición se le atragantó a George. Estuvo tentado de interponerse, apartar esa mano y decir que la señorita ya estaba comprometida para el resto de la noche, pero se contuvo. Aspiró profundamente con la esperanza de que la respuesta de Alice fuera negativa.

Pero no fue así…

Para sorpresa de George, Alice alzó su mano, la colocó encima de la de Williams y asintió.

Ese gesto se le grabó dolorosamente.

Sin atreverse a mirarlo, Alice avanzó de la mano de Williams y lo dejó atrás.

—Busque otra pareja, Crowley —murmuró el marinero al pasar a su lado.

George cerró el puño con fuerza al ver que se alejaban.

¿Otra pareja? No quería bailar con nadie más. Observó cómo se iniciaba la danza y cómo Williams rozaba la espalda de Alice. Se alejó sin ninguna gana de ver aquella escena. Se acercó a una mesa donde servían bebidas. Le ofrecieron una copa de vino que se bebió de un trago. Apretó la copa entre sus dedos a la vez que sentía una desagradable ansiedad que le subía hasta la garganta. No recordaba haberse sentido jamás así. El enojo era tal que un intenso dolor se acumuló en sus sienes. Se las masajeó para relajarlas. No entendía el porqué de su irritación. Alzó la vista… Sí, sí que lo sabía. Era Williams. Él siempre conseguía exasperar su ánimo con aquella actitud de infinita prepotencia. Era el culpable de aquel malestar. Siempre él.

Captó las miradas y las sonrisas coquetas de tres jóvenes en una de las esquinas. Sin embargo, las ignoró y volvió la atención a la pista de baile.

Pudo apreciar cómo Williams le besaba la mano a Alice y se le acercaba para hablarle al oído. Apretó la mandíbula y supo que necesitaba tomar el aire.

Salió para respirar y optó por resguardarse en un rincón de la fachada de piedra. El aire fresco le devolvió algo de serenidad. Tenía que calmarse, aquello era ridículo. Ella era una mujer libre que podía bailar con quien quisiera, él no tenía ningún derecho a acaparar su atención toda la noche. Él no era nadie.

Aquel pensamiento le hirió… No era nadie.

Cerró los ojos para buscar algo de sentido a su absurdo comportamiento. Nunca había sido posesivo con las mujeres. Es más, aborrecía aquel tipo de actitud, le parecía deleznable que un hombre pudiera subyugar a una mujer. Debía eliminar estos pensamientos de manera inmediata. Se avergonzaba de tenerlos, aunque fuera un instante. No tenía derecho a pensar eso. Si de verdad apreciaba a Alice, debía acatar las normas establecidas y sus propias elecciones, sin interponerse ni condicionarla.

Eran amigos, y debía respetarla. Sí…, eran amigos.

Aquella afirmación no le calmó, al contrario, hizo que su ánimo se ensombreciera más. Se echó el pelo hacia atrás con los dedos. Se sentía tan extraño, tan incómodo.

Se quedó fuera un buen rato. Escuchó varias melodías que se fueron sucediendo, una tras otra, lo que provocó tanto la delicia de los bailarines como la de los asistentes que acompañaban con palmas el ritmo de la música.

No sabía cuánto tiempo llevaba fuera cuando un leve golpe en su brazo le hizo girarse. Alice, a su lado, lo miraba inquieta.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó con zozobra—. Le estaba buscando. No le encontraba por ningún sitio.

Escuchó su dulce tono de voz y quiso abrazarla. Pero no un abrazo de amistad, quería abrazarla y recorrer con sus manos su espalda y su pelo, y percibir su aroma… Se asustó de aquel pensamiento y se apartó un paso.

—Estoy bien. Tenía calor —dijo a la vez que se apartaba más.

—¿Seguro que está bien? Está sudando.

—Sí. Perfectamente —respondió—. Por cierto, quería pedirle disculpas si antes la he agobiado al pedirle otro baile. No era mi intención incomodarla.

—No me ha incomodado —contestó ella de inmediato.

Se produjo un denso silencio entre ambos que a George le pareció una eternidad.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —murmuró Alice con intención de romper la tensión.

George vio aquella tímida mirada que le desarmaba por completo.

—Y yo también —contestó en voz baja.

Los labios de ella se curvaron y George ahogó un suspiro.

—¡Oh, Alice! Aquí estás.

Ambos se ladearon al ver a la señora Williams que avanzaba hacia ellos.

—Te he buscado por todas partes. Querida, no debes desaparecer así. Mi John estaba preocupado por ti —dijo sin dejar de mirar a George con el semblante endurecido—. Hola, capitán, ¿ha disfrutado del baile? Todos hemos visto que sí. Por cierto, hay varias señoritas dentro que están deseando bailar con usted. No dejan de preguntar dónde está el oficial. No las deje solas, es muy poco educado por su parte.

—No sé de qué señoritas habla —replicó George grave.

—Pues parece que ellas sí que lo conocen a usted. Es posible que hayan coincidido en alguna otra ocasión, porque están deseando verle.

Alice bajó la mirada y George se percató de su reacción.

—Le aseguro que no sé de quién me habla y no tengo ninguna intención de bailar más, así que esas señoritas deberán buscar a otros acompañantes.

—Qué poco caballeroso, eso no está bien. No se desprecia a una dama.

—No estoy despreciando a nadie. Estoy seguro de que esas señoritas tendrán opciones de sobra para elegir a un caballero.

—Pero ellas parece que le esperan a usted —añadió con malicia—. No debería hacerlas esperar.

—Ya le he dicho que no voy a bailar más. Y, con todo el respeto, no es de su incumbencia con quién bailo o dejo de bailar —respondió en un tono más grosero del que hubiera pretendido.

La señora Williams apretó los labios para evitar responderle con alguna vulgaridad y tomó el brazo de Alice.

—Querida, ¿te acompaño a casa?

Alice vaciló.

—No es necesario, pensaba quedarme un rato más.

—Es muy tarde, y una señorita de tu edad no debe quedarse nunca hasta el final de la fiesta. No es adecuado ni correcto. Además…, a saber con

quién podrías cruzarte en mitad de la noche —indicó mirando de reojo a George.

El capitán ladeó el rostro conteniendo las ganas de responderle. Su paciencia con aquella mujer hacía mucho que estaba totalmente agotada. Por respeto a Alice guardó silencio.

La señora Williams apretó más fuerte el brazo de Alice y tiró de ella.

—¡Vamos, querida! —exigió tirando de ella.

Alice miró a George, que le dedicó un leve movimiento de cabeza como despedida. Quería quedarse con él. No quería marcharse.

Se deshizo de la mano de la señora Williams.

—Quiero quedarme un poco más. Ya me marcharé después —declaró firme.

La mujer la observó atónita.

—Querida, no me hagas repetirte lo que es correcto y decente. Si Kate estuviera aquí…

—Kate no está aquí —la interrumpió Alice—. Y si estuviera, le parecía bien que me quedase el tiempo que quisiera.

—Eso no es verdad y lo sabes.

La joven se mantuvo de pie con las manos entrelazadas y sin ningún atisbo de querer moverse.

George observaba aquella discusión y algo dentro de él le hizo intervenir, sin entender por qué lo hacía.

—Alice, será mejor que se marche con la señora Williams.

Alice se giró hacia él, extrañada.

—¿Qué? ¿Por qué?

—La señora Williams tiene razón. No debería quedarse hasta tan tarde. Es mejor que se marche con ella.

—Pero… quiero quedarme… un poco más —titubeó mientras lo miraba.

George se acercó con una suave sonrisa.

—Mañana nos vemos —le susurró tras cogerle la mano y besarle los nudillos—. Que descanse.

Ante aquello, Alice cedió, muy a su pesar, y se dejó arrastrar por la señora Williams, que tiraba de ella con fuerza para alejarla de allí.

El capitán se pasó la mano por la frente a la vez que recostaba la espalda en la pared. Notaba un tremendo cansancio, como si el coronel Graham le hubiera sometido a una de sus intensas sesiones de entrenamiento. Decidió que ya era hora de volver a casa. Quería echarse en la cama y dormir hasta

que se le agarrotasen los músculos. Se incorporó para irse, pero algo le agarró del brazo y le obligó a girarse.

—¡Crowley!

Frente a él, Williams lo miraba con los ojos inyectados en sangre, una mirada de furia que hizo que se pusiera en guardia, en un acto reflejo aprendido en el ejército.

Williams se tambaleó y George comprobó que estaba completamente borracho. Aquello le relajó. Vio sus reflejos y se dio cuenta de que casi no podía aguantarse en pie.

—Váyase a dormir, Williams. Lo necesita —le aconsejó mientras se alejaba de él.

—¡Déjela en paz! —gritó. Aquella exclamación provocó que varios asistentes se giraran hacia ellos.

George soltó un suspiro.

—Váyase a casa, Williams —repitió alzando el tono.

El marinero se le acercó, aunque con algún traspiés, hasta colocarse a pocos centímetros de él. El capitán estaba convencido de que iba a pegarle, pero su estado era tan penoso que sabía que podría esquivarlo sin problemas. Así que se quedó de pie, sin moverse. Para su sorpresa, Williams le agarró de la casaca y apoyó la frente en su pecho. Un gimoteo surgió de la garganta de aquel hombre.

—La quiero. Yo la quiero, Crowley —sollozó—. Estoy enamorado de ella desde hace más de un año. No me la arrebate. La quiero más que a mi vida…

George bajó el rostro hacia él mientras escuchaba aquel lamento y sintió, por primera vez, una cierta empatía por él, así como un poco de lástima al ver aquel sufrimiento real. Le agarró de los hombros y le obligó a erguirse.

—Váyase a casa, Williams —repitió de nuevo en un tono más calmado.

—No puedo vivir sin ella. No me la arrebate… —volvió a decir en un balbuceo.

—Yo no voy a arrebatarle nada. Ella es la última en decidir. La única con poder para hacerle feliz. No debe preocuparse por mí… Yo… yo no soy nadie… —Por segunda vez en esa noche, aquella frase le alcanzó. Le costó pronunciar aquellas palabras, como si no quisieran surgir de su garganta, como si no deseara asumir esa realidad.

Se apartó de él y retomó el camino para abandonar aquel lugar. Necesitaba dormir y relajarse. Una vez hubiera descansado, desaparecería la

angustia que había ido creciendo en su interior. Estaba convencido de ello.

Mañana volvería a estar bien. Seguramente la exuberante mezcla del baile, el contacto con una mujer y una dosis de alcohol le había nublado durante aquella velada. Pero al día siguiente todo volvería a la normalidad.

Y eso es lo que más deseaba en aquellos momentos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 71
Una tormenta de vida y deseo

Abrió los ojos y el sol lo deslumbró. Soltó un gruñido y miró el reloj: eran casi las once.

Se incorporó estirando los brazos y sintió el reparador descanso de aquellas horas de sueño. Estaba más tranquilo y aquello le animó. Había llegado bastante afectado la noche anterior con todo lo acontecido en el baile, pero ahora se sentía bien. Volvía a ser el de siempre. La angustia había desaparecido, así que lo atribuyó, simplemente, a la fiesta.

Suspiró aliviado y le quitó importancia al malestar de la jornada anterior. Le apetecía salir y disfrutar de aquel hermoso día. Algo le decía que iba a ser especial.

Cuando terminó de asearse y vestirse ya era casi mediodía y decidió comer en casa y salir por la tarde.

Durante toda la comida, Mary estuvo interrogándolo sobre el baile. La pequeña deseaba tener la edad suficiente para ser presentada en sociedad y poder asistir a todos los bailes que se convocaran.

—Aún te queda mucho para eso —apuntó George antes de probar el delicioso salmón—. Tu padre y yo aún tenemos que decidir a qué edad te dejaremos salir.

—¿Qué? Eso no es justo. Yo creo que a los catorce ya podría asistir.

—¿A los catorce? ¡Ni hablar! Mínimo dieciséis… o dieciocho si fuera por mí.

—¿Dieciocho? —exclamó la niña horrorizada—. No lo dices en serio…

—¿Quieres apostar? —espetó George burlonamente.

—Tío George… —gimoteó.

Él se echó a reír ante aquel ruego tan lastimero. Si dependiera solo de él, su niña no saldría de casa hasta los veinte.

La señora Pearson se mantenía en un rincón discreto, tranquilizada al comprobar que el ánimo del capitán volvía a ser el habitual. Se había

preocupado al verle aparecer la noche anterior decaído y angustiado. Tenía miedo de que la señorita Alice estuviera involucrada en su estado de ánimo y había intentado sonsacarle información, sin ningún éxito. No había conseguido que le contase nada de lo que había sucedido, pero al verle ahora con su carácter natural, se relajó al suponer que no debía de haber sido nada inquietante. Igualmente, ya tenía planeado cómo quería que se desarrollara aquel día, así que, cuando Mary le preguntó al capitán si podían bajar juntos al pueblo, el ama de llaves intervino.

—Señorita, necesito que se quede conmigo esta tarde.

—¿Para qué?

—He encargado unos vestidos nuevos para usted y tiene que probárselos para que las medidas queden exactas.

Los vestidos nuevos apasionaban a la niña y aquella propuesta fue suficiente para que su deseo de bajar al pueblo se desvaneciera por completo.

George sí que quería bajar. En parte no estaba satisfecho por su actitud de la noche anterior. Seguía martilleándole en la cabeza su conducta de querer acaparar a Alice, algo que ahora le parecía absurdo si lo analizaba con calma. No sabía por qué se había comportado así, pero quería ver a Alice y comprobar que ella no le había dado importancia. Y en el caso de habérsela dado, disculparse por su actitud infantil.



Llegó al pueblo, tranquilo y sonriente, saludó a los vecinos con los que se cruzó y soportó alguna mirada de recelo de un grupo de señoras entradas en años, que no aprobaban muchas de sus actitudes. Incluso a estas señoras les dedicó una encantadora sonrisa, que hizo que se removieran incómodas.

Cuando llegó al jardín, vio a Alice sentada en la hierba acariciando al cachorro que había comprado durante las fiestas. Era muy pequeño y George era incapaz de adivinar la raza por la cantidad de mezcla que tenía. Vio que Alice reía divertida cuando el perrillo le lamió la cara. Intentaba apartar el rostro entre risas para evitar los lametones, pero el perro seguía en su empeño y saltaba para alcanzarla. La observó y toda su tranquilidad se desvaneció al instante. Su cuerpo se quedó rígido al mirar cómo se reía, y la

misma angustia de la noche anterior volvió a surgirle muy adentro, en una lucha por salir para dominarlo por completo.

Alice levantó el rostro y lo vio medio escondido en uno de los setos del muro.

—Capitán —le saludó al levantarse mientras se sacudía la falda.

George reaccionó, dio un paso al frente y entró en el jardín.

—Ya veo que está muy bien acompañada —afirmó George en un intento de ignorar aquel nerviosismo.

—Es un perro muy bueno y cariñoso —explicó Alice alegre.

—Sí, pero es un poco feo, ¿no? Tiene como cuatro tonos distintos en el lomo y una oreja de cada color. Es raro.

—No diga eso. Es precioso —dijo al cogerlo en brazos y apretarlo contra su pecho.

George deseó ardientemente ser aquel perro. «¡Por Dios!». Se giró de espaldas, avergonzado. Se tapó el rostro, necesitaba eliminar por completo aquel pensamiento. «¡Maldita sea! Tengo un problema de autocontrol importante», renegó.

—Disfruté mucho el baile de anoche —apuntó Alice a medida que se acercaba a él.

George se volvió hacia ella.

—Y yo… mucho.

Ella le sonrió, satisfecha con la respuesta.

—Me hubiera gustado quedarme más rato —murmuró ella.

El capitán se quedó quieto al ver que avanzaba hacia él y pensó que aquella adorable sonrisa podría arrasar continentes enteros. Sintió una punzada tal que retrocedió varios pasos. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Desde cuándo se apartaba de una mujer? Aquello era ridículo.

Una señora que apareció de repente les interrumpió agitada y moviendo los brazos en el aire.

—¡Alice, cariño! ¡Rebecca se ha puesto de parto!

—¡¿Qué?!

—Estábamos con Robert y su criada le ha avisado. Ha salido corriendo.

Alice entró deprisa en casa, nerviosa. Dejó al cachorro dentro y cogió una chaquetilla, dispuesta a marcharse hacia allí cuanto antes.

—La acompaño —se ofreció George.

Llegaron a casa de los Stone y encontraron a Robert dando vueltas por el salón y mordisqueando lo que parecía el resto de sus dedos.

—Está dejando un buen surco en el suelo —afirmó George, lo que provocó que Robert se girara hacia ellos.

Su rostro se relajó momentáneamente al verlos. Alice corrió hacia él y le dio un abrazo.

—¿Cómo está Becky? —preguntó inquieta.

—No lo sé, no me dejan entrar a verla.

Un grito agudo procedente del piso superior hizo que Robert se tensara y se dejase caer en una butaca.

—Es lo único que oigo, sus gritos. Como no tenga pronto al bebé, voy a volverme loco.

Alice se arrodilló frente a él y le sujetó la mano.

—Irá todo bien. Es Becky.

—No puedo oírla gritar. No soporto pensar que está sufriendo.

—Robert, tranquilo, no pasará nada. No existe en el mundo ningún fenómeno que pueda derrotar a Becky, y mucho menos tener un bebé vuestro —dijo Alice para calmarlo.

Robert sonrió débilmente.

George recordó cuando nació Mary. La angustia que sintió Charles por Elizabeth. Veía esa misma preocupación y ese mismo amor en los ojos de Robert.

—Robert, acompáñeme a dar un paseo —propuso George.

—No… no quiero moverme de aquí.

—Mire, le aseguro que esto tardará horas, lo he comprobado en alguna otra ocasión, y no ayuda en nada permanecer aquí angustiado.

—Aterrado, más bien —matizó Robert.

—Pues aterrado. Más motivos a mi favor para que venga conmigo y tome el aire.

Alice le animó para que aceptara y le prometió que le avisaría de inmediato si había alguna novedad. Al final, Robert accedió, más por agotamiento que por convicción.

Caminaron por el prado trasero que se extendía más allá de los límites de la finca. La casa de los Stone era una de las casas más formidables del pueblo. Situada en una de las últimas calles, se alzaba rodeada de un amplio jardín y varias hectáreas donde pastaban caballos, vacas y ovejas. Según sabía George, la familia de Robert tenía cierta fortuna y vivía al completo en Londres, a excepción de su padre, que fue quien se instaló en Downton hacía ya más de veinte años.

Robert se dejó caer pesadamente sobre la raíz de un inmenso roble.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó George mientras apoyaba la espalda en el árbol y cruzaba los brazos.

—¿Qué?

—Usted y Rebecca, ¿cómo se conocieron? Cuéntemelo y así estará distraído.

—Pues… nos conocemos de toda la vida. Hemos crecido juntos. No recuerdo una etapa en que no estuviera con Becky, con Kate y con Alice. Siempre hemos estado los cuatro juntos —explicó con una sutil sonrisa.

—¿Y cuándo se dio cuenta de que la amaba?

Robert bajó el rostro, sonriendo.

—Creo que estoy enamorado de Becky desde que tengo uso de razón. Pero en realidad pienso que todo empezó cuando tenía cinco años.

—¿Cinco años? —repitió George pasmado.

—Una tarde yo le tiré barro y tierra al pelo, y ella se enfadó tanto que me dio un puntapié que estuve tres días sin poder caminar. Creo que ese día supe que la quería. Esa fuerza y esa vitalidad eran incomparables. Jamás he conocido una mujer con su carácter.

—Y lo logró y se casaron.

—Me costó lo mío, tardé años en conseguirlo. Cada vez que lo intentaba ella me rechazaba, pero yo continué sin descanso, sabía que no quería estar con nadie más que no fuera ella. Al final, la conquisté —dijo Robert satisfecho y le dedicó a George una sonrisa triunfal.

—Vaya, qué perseverante. Yo no tendría tanta paciencia.

—Cuando conoces a la persona adecuada se ha de luchar por ella. Y Becky es extraordinaria —explicó con un suspiro—. Tiene tanto empuje, tanta personalidad y…, tal vez no debería decirlo porque es mi esposa, pero… es tremendamente apasionada.

George se echó a reír.

—Eso está bien. Eso está muy bien, Robert.

—Sí que lo está. Es posible que sea indecoroso decirlo, pero le aseguro que es como un volcán en erupción para lo bueno y para lo malo.

El capitán se rio con más ganas.

—No se aburrirá nunca con ella.

—Eso se lo aseguro.

Robert suspiró.

—Es mi otra mitad —murmuró.

George dirigió la vista hacia él y vislumbró la preocupación en su semblante.

—Va a estar bien, Robert. No le pasará nada.

Este asintió en silencio.

—Bueno, ¿y usted, capitán? Cuénteme algo. ¿No tiene a nadie especial?

—No… Yo no soy tan romántico como usted. No aspiro a un amor tan perfecto.

—Pues debería.

—Estoy bien así. Me gusta mi libertad y mi vida. No necesito nada más.

—La libertad está bien hasta que llega la persona con la que quieres compartirla —afirmó Robert—. Porque cuando estás con alguien no pierdes nada, solo ganas.

George se separó del árbol.

—Sinceramente, pienso que estoy mejor solo. Es mejor para mí y sobre todo para la desdichada mujer que se enamorase de mí —dijo con una risilla que a Robert le sonó muy triste.

Se mantuvieron en silencio hasta que Robert lo rompió.

—Les tengo mucho aprecio a las dos hermanas Miller. Estoy muy feliz por Kate y por su boda con el señor Forster. Se merecía ese amor —indicó mirando de reojo a George—. Y Alice es muy especial.

El capitán se removió sin contestar.

—Es como la hermana pequeña que nunca tuve —continuó Robert—. No conozco a nadie en el pueblo, ni en los alrededores, que no la quiera. Tiene una dulzura y una bondad que conquistan a cualquiera.

George esbozó una sonrisa al recordar los momentos compartidos con ella durante aquellos días. Robert entornó los ojos hacia él y se percató de aquella sonrisa. A nadie en el pueblo le había pasado desapercibida la amistad que se había fraguado entre el capitán y Alice. Eran *vox populi*, en todos los corrillos, los encuentros entre ellos dos, y había quien se aventuraba a pronosticar un posible compromiso.

Robert observó la expresión de George, aquella tenue, pero a la vez risueña sonrisa cuando había nombrado a Alice. No sabía si él sentía algo suficientemente profundo como para comprometerse, pero sí que había detectado la felicidad de ella durante aquellos días. Cómo se le iluminaba el rostro cuando se hablaba del capitán. Conocía a la joven desde siempre y jamás le había visto esa ilusión por un hombre.

—Alice es todo alegría, tiene luz propia —prosiguió Robert—. Se merece un amor profundo y generoso. Y espero que jamás le hagan daño. Deseo que encuentre un hombre que la haga feliz.

Se levantó y avanzó unos pasos.

—Estos últimos días ha estado resplandeciente —aseguró y miró fijamente a George—. Nunca la había visto tan radiante.

El capitán lo miró extrañado, analizando las palabras de Robert. De repente, un grito interrumpió sus pensamientos.

Los dos se giraron hacia la casa y vieron a Alice que se acercaba hacia ellos con los brazos levantados.

—¡Ya ha nacido! —gritaba.

Robert salió corriendo seguido de George.

Cuando atravesaron el umbral de la habitación, vieron a Becky, que sostenía al bebé en brazos, del que solo se veía una porción de su cabecita.

Robert se acercó al lado de la cama, pasó un dedo por la pequeña mejilla que sobresalía de la manta y al momento besó a su mujer con devoción; le sujetó el rostro con ambas manos, lo que provocó el sonrojo de las comadronas que aún estaban presentes.

—Te amo —susurró Robert.

—Te amo —dijo Becky, que le devolvió el beso.

Era una niña y se llamaría Helen, como la abuela de Becky.

—Alice, cógela —indicó la madre.

La joven se acercó un tanto temblorosa y Robert le colocó la niña entre sus brazos. La emoción se apoderó de Alice, que empezó a llorar y a reír al ver cómo la pequeña movía los labios en un puchero. Se acercó a George para que la viera y el capitán le cogió una de las manitas y le acarició aquellos diminutos dedos. Rememoró el nacimiento de Mary, la euforia tan extraordinaria que había sentido en aquel momento. Contempló a Alice cómo sujetaba al bebé, su ternura al mirarlo y tocarlo, y la imaginó como madre, mimando a sus propios hijos, abrazándolos y besándolos. Y George se preguntó qué se debía sentir ante aquella felicidad.

Observó a Robert y Becky, que se miraban abrazados, y, por un instante, por un breve instante…, deseó aquello. Deseó poseer todo aquello.

Pasaron la tarde los cuatro juntos admirando a la recién llegada, que dormía plácidamente en brazos de su madre. Cuando el reloj resonó para anunciar las siete, el día se oscureció de golpe. Se asomaron a la ventana y

descubrieron cómo unas amenazantes nubes cruzaban el cielo, pronóstico de lo que estaba por llegar.

—Va a caer una buena tormenta —indicó Robert—. Será mejor que os marchéis ya para que no os alcance.

Alice y George estuvieron de acuerdo y se despidieron del matrimonio y de la pequeña. Pero la tormenta tenía iniciativa propia y, cuando no llevaban ni un tercio del camino, las nubes descargaron con tanta virulencia que la cortina de agua apenas les dejaba ver.

George cogió de la mano a Alice y empezaron a correr. Saltaron sobre los charcos que se iban creando a medida que la lluvia lo anegaba todo.

Llegaron a casa riendo y totalmente empapados. Se resguardaron en el porche de la entrada y presenciaron la intensidad de aquella tormenta que había convertido el día en noche.

—¡Qué manera de llover! —exclamó George apartándose el pelo mojado de la frente.

Alice seguía riendo apoyada en la pared.

El capitán se giró hacia ella. El cabello mojado se había liberado de su recogido y sus mechones caían sueltos. Los extremos goteaban, dejaban caminos húmedos que recorrían sus mejillas, llegaban hasta su cuello y coronaban la cúspide de su escote. Su rostro estaba sonrosado por el esfuerzo de la carrera. Y su vestido, que no podía estar más empapado, se adhería a su cuerpo, como una segunda piel, mostrando el contorno de sus curvas. Esas curvas siempre escondidas tras el corte recto de los vestidos, y que ahora se insinuaban frente a él, redondeadas y sugerentes.

Tragó saliva mientras la miraba sin pudor, de arriba abajo, para memorizar cada línea de su cuerpo. Un deseo atroz lo aniquiló por dentro, y quiso recorrer cada curva que se dibujaba, de manera lenta pero ansiosa. El bombeo de su corazón se descontroló y un calor asfixiante le sofocó cada poro de su piel. Se acercó más a ella, lo que provocó que Alice se volviera a mirarlo.

George apoyó una mano en la pared, al lado del rostro de ella y se inclinó solo un poco. Su mente dejó de controlar la situación.

Alice se tensó, sin ser capaz de moverse un centímetro. Solo pendiente de sus movimientos. Lo tenía tan cerca que casi podía percibir su aliento. La respiración de ella se desató, haciendo que su pecho subiera y bajara, y George solo pudo fijarse en aquella oscilación, en cómo su escote se movía

frenético delante de él, haciendo que su deseo aumentara. Apreció un ligero temblor en ella y deseó sentir ese mismo temblor debajo de él.

George le apartó un mechón por detrás de la oreja, para luego dejar su palma contra su mejilla. Se la acarició con cuidado. Contempló su hermoso rostro y su boca entreabierta. Y la necesidad se adueñó de él. Necesitaba probar aquellos sonrosados labios, al menos una vez.

«Un beso… solo un beso… nada más… solo eso», se repetía en su interior.

Se inclinó unos centímetros más, distinguió su cálido aroma… Y entonces lo vio… lo notó… Fue como una revelación frente a él. Vio el deseo de ella, el anhelo en su mirada, su ansia en aquellos labios entreabiertos, sus sentimientos reflejados en el brillo de sus ojos al mirarle. Y en ese preciso instante lo supo. Fue consciente de lo que ella sentía. De lo que sentía por él.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Desde cuándo existía aquel sentimiento? ¿Por qué había estado tan ciego? La deseaba como no había deseado nada en su vida. Pero había algo más, algo que le comprimía el corazón y le dolía tanto el pecho al mirarla que tenía ganas de gritar.

Se apartó de repente. Notó cómo todo su cuerpo temblaba y cómo el miedo se adueñaba de su alma.

La expresión de Alice mostró a la vez la sorpresa y la decepción ante su reacción.

—Capitán… —susurró Alice, que le extendió una mano que tiritaba por la misma pasión que sentía.

George se apartó más para evitar que su mano le rozase. Si notaba su piel, perdería el poco control que le quedaba.

—Tengo que marcharme —masculló con voz ronca.

—Capitán, por favor… —pidió ella mientras se acercaba a él.

George la miró una última vez y se marchó. Bajó a toda prisa los escalones y se hundió en la lluvia que no cesaba. Agarró las riendas de su caballo y lo montó. Todo su cuerpo se estremecía por la excitación que lo devoraba. Era incapaz de pensar con claridad. Tenía que calmarse, debía relajarse. Tornó los ojos en dirección a Manor Hall y, girando el caballo, lo espoleó en dirección contraria y salió al galope para atravesar la lluvia y el viento en busca de un alivio que creía que le salvaría de sus propios fantasmas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 72
Miedos que llevan al vacío

Cuando llegó a Salisbury, la tormenta había amainado y las calles estaban prácticamente desiertas. Solo algún borracho deambulaba, sumido en su propio mundo borroso y turbio, sin atender a nada más que no fuera su botella medio vacía.

George recorrió las calles hasta llegar a un lúgubre callejón. Desmontó y continuó a pie hasta detenerse frente a un edificio. Observó la marca en su entrada, las disimuladas farolas que iluminaban la fachada y los hombres que salían de allí, y supo que había llegado al lugar adecuado. Reconocería un burdel a millas de distancia, daba igual la ciudad donde estuviera.

Entró y la tenue luz de algunas velas le dio la bienvenida. Vio a varios hombres que disfrutaban del goce de mujeres sobre su regazo. Aquello es lo que necesitaba, desahogarse y olvidarse del resto. Una vez lo hiciera todo desaparecía.

Una mujer se acercó a él, vestida con un provocativo vestido rojo.

—Buenas noches, *milord* —saludó ella con un sugerente tono—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Yo… —murmuró—, necesitaba…

—¿… compañía? —dijo la mujer terminando su frase.

George desvió el rostro.

—Sí…

—Venga conmigo.

Subieron una escalera hasta llegar a un pasillo donde varias jóvenes charlaban entre ellas. Se callaron al ver llegar a la *madame* y al siguiente cliente.

Las muchachas sonrieron coquetas al ver a George y se mordieron el labio en una postura mucho más tentadora.

—Puede elegir a la muchacha que quiera, *milord*.

El capitán paseó la mirada por las jóvenes hasta llegar a una con el pelo más claro.

—Ella —afirmó en un susurro. La agarró de la mano y se la llevó rápidamente hacia una de las habitaciones que le indicó la dueña.

La muchacha vio que George se despojaba de su camisa con una prisa desmesurada.

—¿Qué le gusta, *milord*? —preguntó ella insinuante.

George no contestó. La sujetó con ansia de la cintura, empezó a desabrochar su corsé hasta tirarlo al suelo y, tras bajarle la falda, la dejó desnuda. La estiró en la cama y se quitó los pantalones. Se colocó entre sus piernas y la sujetó por las caderas, la embistió con tanta fuerza que la mujer soltó un gemido. El capitán se movía de manera desenfrenada, sin atender a nada más que no fuera conseguir aquel alivio y eliminar aquello que lo atormentaba. Solo era deseo. Lo que sentía solo era deseo; si lo apaciguaba, todo terminaría.

—¡Oh, *milord*!

—Llámame capitán —pidió George sin parar de moverse.

—Capitán… —pronunció ella.

Se detuvo un instante. Algo iba mal… algo iba muy mal. No era su voz. Hundió con desesperación el rostro en su cuello, quería empaparse de su olor, pero tampoco era su aroma. Abrió los ojos para centrarse en el color de su pelo, muy parecido al de ella…, pero no era el suyo.

Aumentó la velocidad de los movimientos, cerró los ojos con fuerza y la imaginó. Imaginó que quien temblaba en aquella cama era su cuerpo, que gemía por él. Necesitaba saciar aquel deseo que lo devoraba. Saciarse y calmarse, solo eso. Como había hecho infinidad de veces. Continuó con las embestidas con una ferocidad inaudita, ya que su ansia no se apaciguaba. La excitación nublaba su mente, pero no reaccionaba ante la mujer que tenía debajo de él. Continuó moviéndose de manera embravecida intentando poseer a quien no deseaba.

Era incapaz de concentrarse.

Su mente solo viajaba hacia aquella pequeña casa, hacia sus reflejos dorados cayendo por su rostro, su dulce mirada castaña, su sonrisa y su deliciosa risa.

Soltó una maldición, golpeó el colchón varias veces y se incorporó. Se sentó en el borde de la cama y escondió el rostro entre sus manos.

La mujer se acercó, lo abrazó por detrás y besó su cuello.

—No se preocupe, capitán, es algo más habitual de lo cree. Déjeme que yo me encargue —le susurró mientras le mordía la oreja y bajaba la mano hacia su entrepierna.

George se levantó alejándose de ella. Cogió su chaqueta, sacó unas monedas y las lanzó a la cama.

—Tengo que irme.

Se vistió y salió de la habitación. Abandonó aquel antro, impulsado por la incertidumbre, la incomprensión y un terrible pánico que se extendió sobre él como un manto oscuro y diabólico.

Montó en su caballo y salió al galope para abandonar la ciudad.

Notó el aire fresco y las gotas de lluvia clavarse en el rostro, y entonces gritó con todas sus fuerzas mientras el caballo aumentaba la velocidad. Gritó para ahuyentar lo que estaba poseyendo a su corazón. Gritó para no aceptarlo. Gritó para huir de aquel miedo que comenzaba a dominarlo y de aquello que llevaba toda la vida evitando.

Llegó a Manor Hall, atravesó el vestíbulo ignorando al mayordomo, entró en su habitación y se desplomó en el suelo. Se encogió encima de la alfombra y apretó entre sus dedos los flecos de los extremos.

Era la primera vez que no había podido estar con una mujer. Jamás le había sucedido algo parecido. Su cuerpo no había reaccionado. Era como si estuviera paralizado, como si su mente y su alma estuvieran en distinto lugar, deseando diferentes cosas… deseando a otra mujer… Solo a una mujer.

Ocultó la cabeza entre sus brazos. ¿Cuándo había sucedido? ¿Desde cuándo estaba así?

Ni siquiera era capaz de responderse. No lo sabía. Había sido tan natural, tan sutil. Cada momento, cada instante que había pasado con ella se había ido grabando en su corazón, poco a poco, hasta sellarlo por completo.

Empezó a temblar con una mezcla de rabia y angustia. Llevaba diez años huyendo de cualquier sentimiento. Controlando su vida hasta el extremo para no caer en el mismo abismo en el que se había hundido con Emily.

Sabía que volvería a sufrir. Él no era un hombre para Alice. Ella merecía más… mucho más que él.

Estaba convencido de que, cuando ella le conociera de verdad, descubriría que estaba vacío por dentro y le abandonaría. Y él volvería a sumirse en las mismas tinieblas que antaño. Y no lo soportaría. Otra vez no.

Ella debía estar con alguien mejor que él. Un hombre que de verdad se ganase su amor y fuera digno de estar con ella.

Y él no era aquel hombre.

Sin darse cuenta, empezó a llorar al aceptar lo que estaba sintiendo. Se había enamorado de ella. De cada uno de sus minúsculos detalles. De las cosas obvias: su belleza, su dulzura, su alegría…, pero también de aquellas más imperceptibles que se habían grabado a fuego en su interior: la manera cómo apretaba los dedos cuando estaba nerviosa, cómo le miraba al entornar los ojos, cómo se encogía de hombros cuando algo le daba vergüenza y quería hacerse pequeña, cómo reía y se tapaba la boca, la sonrisa que le dedicaba cada vez que se veían.

Soltó un sollozo de impotencia, deseaba estar con ella, poder abrazarla y prometerle el mundo. Cerró los ojos, agotado, y rogó que por la mañana se hubieran borrado todas aquellas sensaciones que lo atormentaban.



Ni el sol ni la mañana siguiente borraron un ápice de todo lo que sentía. Y cuando el resplandor del alba lo despertó, supo que seguía en el mismo infierno que la noche anterior.

Se arrastró por la alfombra hasta la pared, donde apoyó la espalda con los brazos en las rodillas. ¿Qué podía hacer? Debía superarlo. En algún momento se le pasaría, era cuestión de tiempo.

Se secó el sudor que le resbalaba por el cuello. Sí…, solo debía esperar y todo se desvanecería. Debía tener paciencia para lograr olvidarlo y volver de nuevo a su vida.

Pero ella… ella le amaba. Lo sabía. Lo había visto la noche anterior. Lo increíble es que no lo hubiera captado antes. Él siempre se había enorgullecido de conocer a las mujeres, de entenderlas y de saber lo que deseaban, y ahora se daba cuenta de que era un absoluto inútil, pagado de sí mismo y de su orgullo, que se creía un experto y no sabía nada.

Delante de él se había enamorado una mujer y ni siquiera se había percatado. Y ahora debía hacerle daño. Debía apartarse de ella por el bien de los dos. La mujer más buena y dulce que había conocido y debía partirle el corazón.

Sintió náuseas. Quiso vomitar del asco que se daba a sí mismo.

Esta situación no debía haber llegado hasta aquel extremo. Si lo hubiera descubierto antes, habría roto toda la relación entre ellos. Pero el caso es que se le había escapado de las manos y ahora solo existía un camino posible.

Apoyó la frente en las rodillas y dejó pasar los minutos y las horas en busca del valor suficiente para encarar aquel amargo momento con ella.



La señora Pearson enfocó la vista hacia el reloj, que marcaba más de la una del mediodía. La comida ya estaba servida y el capitán no había dado señales de vida en toda la mañana.

Suspiró con resignación. Seguro que había bebido más de la cuenta la noche anterior y estaba indispuesto. Sabía en qué estado llegaba cuando se sobrepasaba y lo mejor era dejarle dormir y que se levantara cuando quisiera. Ordenó que le sirvieran la comida a Mary y volvió a ocuparse de sus tareas.

Cuando tampoco se presentó en la cena, la preocupación había invadido su ánimo. Aquello ya no era normal. Subió a su habitación y llamó con discreción, sin obtener ninguna respuesta.

—¿Capitán? —Nada al otro lado, ni un simple murmullo—. Capitán, no quiero molestarle, pero ¿necesita algo?

El más absoluto silencio como respuesta. La inquietud del ama de llaves comenzó a aumentar.

—Capitán, voy a entrar, así que le rogaría que se vistiese si no está visible —advirtió.

Al no recibir más respuesta, abrió la puerta solo una rendija.

—Capitán, soy la señora Pearson —dijo a la vez que entraba en la habitación.

El cuarto estaba en penumbra. Las cortinas corridas no dejaban pasar la luz del exterior y un ambiente cargado inundaba toda la sala.

El ama de llaves fue directa a los cortinajes y los abrió de par en par.

Una protesta se escuchó a su izquierda. Bajó la vista y encontró al capitán, sentado en el suelo, tapándose los ojos por la luz recién entrada.

—¡Válgame el cielo! Pero ¿qué hace ahí en el suelo?

—Meditar —replicó George sin una pizca de ánimo.

—¿Meditar? Son más de las siete de la tarde. ¿Me puede explicar que ha hecho todo el día aquí metido? Podría tener un poco de consideración con los demás y no pensar solo en usted, estábamos preocupados. Al menos podría haber dado señales de vida, no sabíamos qué le pasaba ni si necesitaba algo. La próxima vez que decida meditar, podría tener la deferencia de avisarnos y así sabríamos que no está muerto, aquí, en su habitación…

George alzó la mano para que se callase.

—Por favor…, pare…, ya está… —le interrumpió en un murmullo—. Estoy vivo…, estoy aquí…, y siento haberla preocupado.

La señora Pearson frunció el ceño ante su tono de voz. Se arrodilló a su lado y vio que estaba sudando a mares.

—¿Seguro que está bien? —preguntó mientras le tocaba la frente para ver si tenía fiebre.

—Estoy bien, ya se lo he dicho. Solo quiero estar tranquilo. Así que, por favor, márchese.

El ama de llaves no se movió y George resopló.

—Se lo ruego, váyase. Siempre está deseando perderme de vista y, ahora que le pido que se marche, no me hace caso.

—¿Quiere que le suba algo de comer? —le ofreció ella ignorando sus desplantes—. No ha comido nada en todo el día.

—No quiero nada. Solo que se marche y me deje solo.

Ella se quedó quieta, sin dejar de mirarlo. ¿Qué le había pasado para que estuviera así? Nunca le había visto tan abatido. Debía de ser un asunto grave o importante para que le afectara tanto.

—Cuénteme, ¿qué le sucede? —preguntó inquieta.

—Por favor…, márchese.

El rostro del ama de llaves se contrajo. Jamás, en los diez años que hacía que lo conocía, le había visto tan derrumbado. Se quedó unos instantes más a su lado, a la espera por si necesitaba algo. Pero George no dijo nada más. Se levantó, convencida de que no hablaría, y se dirigió a la puerta. Antes de salir de la habitación, se giró hacia él.

—Voy a pedir que le suban algo de comer.

—Señora Pearson, por favor… —protestó George con hastío.

—No se lo estoy consultando. Va a subir una doncella y ni se le ocurra ser brusco con ella.

La cabeza de George se desplomó encima de sus rodillas. Era imposible discutir con ella; siempre, absolutamente siempre, salía ganando.

—Haga lo que quiera —replicó George.

—Eso mismo pienso hacer —sentenció antes de cerrar la puerta de la habitación.



Tres días llevaba encerrado en la mansión. Empleaba las horas en mirar por la ventana sentado en una butaca del salón. Tras la primera jornada metido en su habitación, ahora se paseaba por la casa sin apenas dirigirle la palabra a nadie, sumido en sus propios pensamientos. Ni siquiera Mary había conseguido que saliera de la casa.

La señora Pearson seguía sus pasos, asombrada y preocupada a partes iguales por aquel inexplicable comportamiento. No había logrado averiguar qué le pasaba. Se mantenía en un impenetrable silencio, que aún la inquietaba más.

George apoyó el hombro en la ventana, y desde allí vio cómo Mary montaba a su potrillo. Pensaba que al quedarse en casa se le aclararían las ideas y sabría cómo afrontar mejor la situación, pero nada más lejos de la realidad. No solo no había aclarado nada, sino que echaba tanto de menos ver a Alice que se pasaba horas enteras pensando en ella, en lo que estaría haciendo. Y seguía sin saber cuál era la mejor forma de actuar.

—Capitán, ¿le apetece una taza de té? —le ofreció el ama de llaves, que entraba con una bandeja.

—No.

—Debería probarlo, es una variedad nueva que ha comprado la cocinera y está realmente delicioso.

—No, gracias —contestó sin mirarla.

La señora Pearson se sujetó las manos y se acercó a él con cautela.

—La señorita Alice me ha preguntado por usted.

El rostro de George palideció y se volvió hacia ella.

—¿Y qué le ha dicho?

—Estaba preocupada después de tantos días sin saber de usted, creía que tal vez estaba enfermo. Le he dicho que se encontraba bien, pero que estaba ocupado con unos asuntos. Me ha dicho que quería venir a verle…

—No —dijo George de inmediato—. Mejor… que no venga… —titubeó.

—Eso es lo que yo le he dicho.

Otra vez el mismo silencio. El ama de llaves inspiró profundamente, temía que Alice fuera la causa de su desazón.

—Capitán, no quiero presionarle y no voy a preguntarle qué le sucede. Solo quiero decirle que, sea lo que sea, tiene solución. Todo en esta vida la tiene menos la muerte, sea el problema que sea.

George la miró con una mueca sarcástica.

—¿Y quién le dice que la muerte es lo más horrible que podría suceder? —espetó en un tono tan lúgubre que la expresión del ama de llaves se contrajo con cierto temor.

—¡No piense en cosas tan funestas! Es usted joven, atractivo y tiene una carrera de éxito. Lo que sea que le esté atormentando haga el favor de enfrentarlo y lo superará.

George la observó en silencio unos largos segundos.

—Tiene razón… —susurró—. Debo afrontarlo e intentar superarlo.

Aunque eran sus mismas palabras, la señora Pearson sintió un escalofrío al escucharlas de su boca.

—Capitán…

—Gracias por su ayuda —dijo y, a continuación, pasó por su lado y salió del salón.

El ama de llaves miró la puerta que había traspasado sin saber a qué atenerse.

El capitán subió a su habitación y registró su escritorio; encontró papel en uno de sus cajones. Sacó varios pliegos y buscó una pluma y el tintero. Abrió otro de los cajones y se quedó rígido. Alargó los dedos y extrajo aquella flor seca. Se la llevó a la nariz a pesar de saber que no tenía aroma.

—Soy un cobarde —musitó—. Tengo que terminar con esto de una maldita vez. No puedo seguir escondiéndome. Es mejor que zanje el tema y pueda seguir con mi vida… y ella también.

Guardó de nuevo la flor y se marchó. Ensilló su caballo y salió en dirección al pueblo, dispuesto a poner fin a aquella angustia.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 73
Mentir al corazón

Cuando llegó a la entrada, un miedo irracional le hizo detenerse. Cerró los ojos, tomó aire y llamó a la puerta. Tenía que hacerlo, era lo mejor para ambos. Durante todo el trayecto se había repetido aquella frase para infundirse fuerzas y convencerse de que era la manera más apropiada de actuar.

Alice abrió la puerta y una inmensa, adorable y hermosa sonrisa surgió en sus labios. George sintió que se mareaba. Tragó saliva e intentó controlar su corazón, que se había disparado al verla.

—¡Capitán! —exclamó ella dando un paso hacia él—. Estaba preocupada.

George se apartó.

—No quería preocuparla. Discúlpeme.

—No tiene que disculparse, ya me dijo la señora Pearson que estaba ocupado.

—Sí…, tenía muchas cosas en qué pensar.

—Espero que haya solucionado sus asuntos.

—Estoy en ello…, pero espero que pronto queden zanjados.

—Me alegro —dijo ella animada.

George la miró un instante y desvió la vista.

—¿Quiere tomar algo?

—No quiero nada —respondió cortante.

Alice calló ante aquel tono tan tajante. George recorrió el porche. Cuando ya lo había atravesado por completo, se giró hacia ella.

—Alice…, he venido a despedirme.

—¿Cómo?

—Me marcho a Londres.

—¿A Londres? ¿Ha sucedido algo? ¿Le ha reclamado el ejército?

—No, no tiene que ver con el ejército. Me voy porque quiero irme.

Alice lo miró sin comprender.

—¿Quiere irse? No le comprendo. ¿Por qué? Pensaba que estaba a gusto en Downton.

—Sí, lo estaba, pero al final me he cansado de la vida de campo. Es muy monótona y no encuentro alicientes para quedarme. Prefiero volver a Londres y retomar mi vida.

Alice se quedó muda, sin saber qué contestar. ¿No tenía alicientes para quedarse?

—Han sido unos días agradables y le agradezco su compañía, pero es hora de que vuelva a mi vida.

—Creía que de verdad estaba feliz aquí…

—Y lo estaba, pero solo para un tiempo. No voy a quedarme aquí para siempre.

En ese momento, Alice recordó las palabras de la señora Williams que le advertían sobre el capitán, y al escucharlo vio que ella tenía razón.

—Por cierto, quería comentarle otro asunto antes de marcharme… —añadió George y aspiró profundamente.

—Usted dirá —susurró Alice con un hilo de voz.

—Quería decirle que tenía razón: el señor Williams es un buen hombre.

Alice alzó el rostro, extrañada.

—¿El señor Williams?

—Sí, me equivoqué con él. Es un buen hombre y… la quiere de verdad. Está muy enamorado de usted. Tal vez… podría… —George sintió que le faltaba el aire— darle una oportunidad.

—¿Una oportunidad?

—Sí, creo de verdad que podría ser feliz con él.

—¿Qué está diciendo?

George clavó los ojos en ella.

—Cásese con él, Alice.

La muchacha tuvo que apoyarse en la pared, totalmente descolocada.

—¿De qué está hablando? No quiero casarme con el señor Williams.

—Ahora lo ve así, pero es posible que, con el tiempo, cambie de opinión…

—No, lo tengo muy claro.

—Solo piénselo, tal vez cuando lo trate más a fondo descubra que…

—¡No es a él a quien quiero! —exclamó interrumpiéndolo con lágrimas que comenzaban a asomar por sus ojos.

George se quedó inmóvil, atónito ante aquella declaración. Sintió cómo todo su vello se erizaba. No esperaba que ella insinuara nada, pero ahí estaba. Se sintió un miserable y quiso abrazarla, quiso besarla, quiso amarla… Se giró de espaldas para recobrar la entereza. Cuando creyó que estaba más calmado se volvió hacia ella. Estaba llorando y George creyó morir.

—Alice…, yo no le convengo.

—¿Qué?

—Usted merece algo mejor.

—Deje que eso lo decida yo —contestó con ímpetu a la vez que se acercaba a él.

Alargó la mano para acariciarle, pero él la detuvo sujetando su muñeca.

—No…

—Capitán, escúcheme, por favor… —suplicó.

—Alice, yo no siento nada por usted —declaró, y algo dentro de él murió en aquel instante.

La joven se apartó de inmediato con la turbación dibujada en sus ojos.

—Yo… creía que… Pensaba que…, tal vez…

—No. Lo siento, no hay nada. Perdóneme si mi comportamiento le ha hecho pensar lo contrario. No he querido en ningún momento infundirle falsas esperanzas. Siento muchísimo que se haya creado una idea equivocada de mi amistad.

A cada frase que pronunciaba algo se pudría en su corazón. Podía notar aquel agonizante dolor en el pecho al ser testigo de las lágrimas de ella y escuchar sus asquerosas palabras.

Alice se secó las lágrimas con el dorso de la mano, incapaz de mirarle.

—Por un momento pensé que era posible —murmuró ella—. A pesar de estar convencida en un principio de que jamás sucedería, los últimos días creí que podía suceder. Pero a pesar de esa ilusión, en realidad lo he sabido siempre. Y me decía que era una simple quimera. Cuando me ilusionaba, cuando creía ver algún gesto suyo o alguna palabra especial, me lo negaba. Pero al final me dejé llevar y quise creer que existía una posibilidad. Que tal vez un hombre como usted podía enamorarse de una mujer como yo. Pensaba que, aunque hubiera conocido a damas increíbles, podría ver en mí algo especial. —Alzó el rostro hacia él y unas lágrimas volvieron a surcar sus mejillas—. Pero me equivocaba.

—Alice, eso no es así —respondió George con desesperación—. Usted es la mujer más increíble que he conocido en mi vida.

La joven lo miró con una desolada expresión.

—Pero no lo suficiente para que me quiera… —calló ahogando un sollozo.

—Alice…

—Me enamoré de usted el primer día que lo conocí —dijo infundiendo valor a su voz.

La respiración de George se detuvo por completo. ¿Qué estaba diciendo?

—Desde aquella primera sonrisa, le empecé a querer —continuó ella—. Y desde entonces solo ha existido usted. Solo usted. Nadie más.

Los ojos de George se abrieron perplejos ante aquella nueva declaración. Alice llevaba más de un año enamorada y él había sido tan imbécil de no darse cuenta hasta ahora. ¿Cómo había estado tan ciego? ¿Y cómo había permitido hacer crecer sus esperanzas día a día? Si ella estaba sufriendo tanto ahora, era por su culpa, por su actitud despreocupada y cercana que había tenido con ella, sin medir consecuencias ni controlar sus impulsos, solo pensando en él. Como un maldito egoísta.

—Así que no me pida que me case con el señor Williams ni con ningún otro hombre —prosiguió ella con la voz rota—. Yo decidiré qué hacer con mi vida, no tiene que ocuparse usted.

—Lo siento. Lo siento mucho, no creí que tuviera esos sentimientos… Perdóneme. Pero es mejor así. Créame, usted merece algo mejor…

—¡Deje de repetir eso! —gritó con dolor y rabia—. Si usted no me quiere, lo acepto, pero no me diga que merezco algo mejor cuando yo sé qué es lo único que quiero.

Alice volvió a llorar, había desnudado su alma ante él. Ahora ya no le importaba, no tenía nada que perder, y su timidez había quedado sepultada bajo toneladas de tristeza y desilusión. Necesitaba decirle al menos todo lo que sentía.

George apoyó el antebrazo en la pared, necesitaba recuperar algo de cordura.

—No me conoce, Alice —murmuró sin mirarla—. Cree que sí, pero no me conoce. Dice que me quiere, pero no sabe nada de mí. —Se volvió lentamente hacia ella. Era el momento de terminar con aquello—. Soy un libertino, Alice. Un mujeriego y un juerguista. Adoro a las mujeres. Me acuesto continuamente con diferentes, y es eso lo que me gusta. No estoy

hecho para el matrimonio ni el compromiso, y no lo quiero. Siento de verdad que se haya enamorado de una ilusión, porque eso es lo que soy, una maldita fachada, no hay nada más. —Aspiró antes de continuar—. Yo nunca la haría feliz y jamás sentiría por usted nada más profundo que una simple amistad. Hágame caso y olvídese de mí. Será mucho más feliz con cualquier otro hombre.

Alice lo miró, con la humedad de las lágrimas en sus mejillas, pero con los ojos ya secos. Sin fuerzas ni para llorar. Se movió despacio hacia la puerta, en un intento de asimilar todas sus palabras.

La agonía oprimía el corazón de George de tal manera que casi no podía respirar. Iba a volverse loco al ver su tristeza. Si existía un ser que no merecía sufrir era ella.

—Alice…

—Que sea muy feliz en Londres —respondió, abrió la puerta y la cerró a su espalda.

Se quedó solo en el porche, mirando aquel pedazo de madera que los separaba. La escasa energía que conservaba se desvaneció en aquella soledad. Quería entrar y abrazarla, decirle que todo era mentira. Que la amaba…

Sí, la amaba… Y la había hecho sufrir como nadie.

Notó que se quedaba sin aire. Se alejó de aquella puerta y de su deseo, y salió a toda prisa del jardín para perder de vista aquella casa. Se adentró en el bosque y vomitó. Las náuseas consecuencia del odio que sentía hacia sí mismo. Tenía impregnadas sus lágrimas y sus súplicas, y solo podía aborrecerse por haberlas provocado. Era insoportable pensar que ella sufría por su culpa. Jamás debían haber llegado a aquella situación. Hundió el rostro entre sus brazos y unas lágrimas desesperadas humedecieron su piel y destrozaron la poca alma que le quedaba.



Llegó a Manor Hall y fue directo al despacho. Cogió papel, hundió la pluma en el tintero y, con un leve temblor, empezó a escribir.

Charles, me marcho a Londres.
Espero que disfrutéis del viaje.
Ya nos veremos a la vuelta.

George

Leyó las frases y dobló el papel, sin fuerzas para escribir nada más. Iba a marcharse a Londres, ya estaba decidido. Debía alejarse de allí e intentar olvidarla como fuera. Golpeó la mesa con rabia. Se sentía estúpido, cobarde y egoísta. Ella merecía a alguien digno de verdad, alguien merecedor de aquella adorable candidez. Y ese no era él. Maldijo por lo bajo. ¿Por qué siempre actuaba mal y tarde?

Además, un pánico terrible lo consumía desde hacía días, desde que había aceptado lo que sentía por ella. No quería volver a sufrir. Había estado muy cómodo en su mundo, sin miedo a que pudieran hacerle daño, y no iba a renunciar a esa paz por unos sentimientos que en algún instante desaparecerían. Porque lo sabía, se esfumarían, ella dejaría de amarlo en algún momento o, simplemente, lo abandonaría para siempre, sumiéndole a él otra vez en la oscuridad.

No iba a volver a pasar por lo mismo. Otra vez no…

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 74
Despedida

—¿No va a contestarme? ¿Ni siquiera va a dignarse a decirme nada?

La señora Pearson caminaba detrás de George y aceleraba el paso para seguir su ritmo a través del largo pasillo del primer piso. Cuatro palabras: «Me marcho a Londres». Eso es lo único que había pronunciado desde que había vuelto del pueblo. Varios minutos llevaba el ama de llaves detrás de él. Lo perseguía como si fuera un niño pequeño que hubiera hecho alguna travesura.

—¡Por el amor de Dios, dígame algo! —suplicó la mujer.

Él se mantenía en silencio, iba de una habitación a otra para recoger sus cosas desperdigadas por aquella enorme casa y empaquetarlas en baúles.

—Pare —pidió—. Por favor, pare un instante.

El capitán seguía sin prestar atención a sus ruegos, como si estuviera solo entre aquellas cuatro paredes.

Finalmente, la señora Pearson no pudo más y la preocupación le ganó el terreno a su estricto decoro. Se acercó a él y lo rodeó con los brazos por detrás, con suavidad.

George se detuvo rígido al notar su abrazo.

—Por favor, hable conmigo. Dígame qué le sucede…, por favor.

George apretó los párpados, casi a punto de desmoronarse al sentir aquel cálido contacto, un abrazo casi de madre. Le sujetó las manos y las separó de él. Se giró hacia ella y se percató en aquel preciso momento de la inquietud que transmitían sus ojos.

—No debe preocuparse por mí. Estaré bien —susurró y besó sus manos; primero una, luego la otra, para, finalmente, dejarlas caer.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —dijo angustiada—. Sé que le sucede algo importante, lo sé desde hace días. Hable conmigo, seguro que le puedo ayudar.

—Nadie puede ayudarme.

—Inténtelo. Tal vez le sorprenda. Confíe en mí. Explíqueme lo que le angustia.

—Le agradezco su cariño y su preocupación, pero créame, estaré bien. Solo es cuestión de tiempo, nada más. El tiempo lo cura todo… o eso dicen…, y es lo que espero —afirmó con la voz rota.

Volvió su atención hacia los baúles abiertos. Dobló varias camisas y las colocó ordenadamente una encima de la otra.

—¿No hay marcha atrás? ¿No hay manera de que reconsidere la idea de irse a Londres?

—No.

—¿Por qué no espera a que vuelva el señor de su viaje? Le irá bien hablar con él, tal vez él pueda aconsejarle.

—La decisión está tomada, señora Pearson, da igual que Charles vuelva. No voy a cambiar de opinión.

—Pero hablar con él le ayudará. Espere que al menos regrese de su viaje, por favor.

—No. No tengo que esperar a nada ni a nadie. Quiero marcharme. Necesito marcharme, y voy a hacerlo —replicó firme.

Un hondo suspiro cargado de tristeza surgió del ama de llaves.

George fue al armario y sacó las chaquetas colgadas e impecables en sus perchas. Intentó doblarlas, pero sus nervios se habían alterado al nombrar a Charles y su próximo regreso. ¿Qué opinaría él de todo esto?

—¿No quiere que una doncella le ayude con la ropa? —preguntó la señora Pearson.

—No necesito ayuda para hacer mi equipaje, estoy acostumbrado a hacerlo solo.

Ignorando su comentario, el ama de llaves fue hasta su cómoda para ayudarle a empaquetar sus prendas. Estaba claro que iba a marcharse, conocía su obstinado carácter. Nada le haría desistir, así que solo le quedaba mostrarle su apoyo. Era lo único que podía hacer por él en ese momento. Sacó unos pantalones del cajón y algo se cayó al suelo. Se agachó y descubrió que era una flor seca, una campanita azul. La reconoció, era aquella flor que habían secado juntos el año pasado. Se giró hacia él.

—¿Quiere que tire esto o va a llevárselo?

George se movió solo un poco. Sus ojos le delataron al ver que sujetaba la flor. Tragó saliva mientras la observaba y se volvió para darle la espalda de nuevo.

—Puede tirarla —murmuró cerrando los ojos.

—De acuerdo.

Escuchó al ama de llaves desplazarse hacia la puerta de la habitación y se giró de golpe para interceptarla.

—¡No! ¡No la tire! —exclamó.

La señora Pearson vio asombrada que le arrebataba la flor de las manos y la colocaba con exquisito cuidado en uno de los baúles, encima de las camisas almidonadas.

—Es un regalo —se justificó George.

—De alguien que le aprecia. ¿Me equivoco?

—Eso da igual.

—No da igual, capitán. El cariño es lo único que importa.

—Hay veces que es mejor olvidarlo por el bien de todos.

El ama de llaves insistió al verlo un poco más comunicativo. Tal vez, si le hacía reflexionar, consiguiera que al menos retrasara el viaje lo suficiente para que el señor llegase.

—¿Sabe que la campanita representa la esperanza y la perseverancia?

George se giró hacia ella.

—¿Cómo sabe eso?

—Lo busqué el año pasado cuando me pidió ayuda para secar la flor. Me di cuenta de que era especial para usted e indagué. ¿A que es bonito? Esperanza, perseverancia…, palabras cargadas de significado, ¿no cree?

—Son solo palabras puestas por alguien a una flor. Nada más.

—Alguien que pensó en dichas palabras al ver la flor. Y ahora esa flor es de usted. Yo creo que es poético.

—Es una tontería y una casualidad.

—Ay, capitán, pues precisamente es una bonita casualidad. Creo que esas palabras le definen muy bien.

George enarcó las cejas, extrañado.

—Pues yo opino totalmente lo contrario.

—Para eso estoy yo aquí, para hacerle ver la realidad —dijo ella más animada al comprobar que había logrado que se abriese un poco.

El capitán la sujetó de los hombros y se inclinó hacia ella.

—Sé lo que está intentando, hablar conmigo para distraerme. Y de verdad que se lo agradezco, pero no voy a quedarme ni a retrasar mi viaje. Me voy a marchar hoy mismo, y no hay vuelta atrás.

Tras decir esto, la besó en la frente con tanta suavidad y afecto que unas lágrimas afloraron en los ojos del ama de llaves.

—Capitán, se lo ruego… —musitó.

—Por favor, dígale al cochero que prepare el carruaje.

La señora Pearson bajó el rostro ante su firmeza y asintió en silencio. Tomó aire y salió de la habitación, mientras se limpiaba los restos húmedos de las mejillas.

George cerró uno de los baúles y apoyó las manos encima. Estaba tan cansado… Era como si todo su cuerpo estuviera vacío, sin fuerzas ni ánimo para moverse. La cabeza le palpitaba en un doloroso malestar y sentía deseos de golpeársela para hacer desaparecer aquel desagradable martilleo.

Si quería volver a recuperar su ansiada paz, debía marcharse lo antes posible. En cuanto pisara Londres, todo pasaría. Su actividad y su esencia le devolverían el alma que estaba perdiendo.

Solo tenía que marcharse.

Cogió el resto de ropa tirada en la cama y la colocó en el último baúl, junto con su uniforme. Pasó la mano por la casaca roja, palpó su tacto y rememoró tantos momentos durante aquellos años: su admisión en el ejército, sus ascensos, todo lo vivido con Bruce, Wells y Elliot, las batallas de Francia, el orgullo de Charles cuando lo vio convertido en capitán, los duros entrenamientos, Irlanda…, el baile de Downton…, el tacto de su cintura bajo su mano.

Se tapó los ojos con los dedos y se apretó fuerte las cuencas para evitar derramar las lágrimas que luchaban por salir. No iba a llorar. Las secaría antes de que surgieran. Aspiró ampliamente e hinchó el pecho para calmarse. Abrió los ojos, miró el uniforme una vez más y cerró la caja con un golpe seco.



Apoyó la cabeza en la ventanilla a medida que el carruaje avanzaba por las conocidas calles del pueblo.

La despedida en Manor Hall no había sido agradable. Mary no entendía que se fuera y le había dado una pataleta mientras le pedía entre pucheros que no se marchara. George la había abrazado tan fuerte que temió partirla en dos.

—Nos veremos muy pronto cuando vengáis de viaje a Londres —intentó calmarla.

Pero la niña negó con la cabeza y le dijo que ahora que vivían en Downton tardarían más en ir a la ciudad y que le echaría mucho de menos. Era cierto. Seguramente sus visitas se espaciarían más en el tiempo ahora que Charles y Kate estaban casados.

Intentó quitarle importancia para evitar el disgusto a la pequeña y le volvió a prometer que se verían muy pronto.

Con la señora Pearson no había ido mucho mejor. Apenas se había atrevido a mirarlo y él sabía que era por la pena. Quería a aquella mujer, la quería de todo corazón. Le dio un abrazo y le susurró al oído: «Gracias», y se despidió. Subió rápidamente al carruaje para no alargar más aquel momento tan doloroso para todos.

Suspiró y miró a través del cristal. Pudo ver a varios vecinos apostados en una esquina mientras charlaban animadamente, al párroco que cargaba con un cesto lleno de comida y mantas, a un grupo de niños que se perseguían y se tiraban piedras entre risas, incluso pudo ver a la señora Williams por última vez, que paseaba su oronda figura por la calle con aquel aire de mesías predicador con intención de iluminarlos a todos.

«No la echaré de menos», renegó.

Cerró la cortinilla de la ventana para evitar que lo viera y se recostó en el asiento. Podía escuchar desde dentro del carruaje los sonidos que ya se habían convertido en habituales para él: esas voces en alto y esas risas tan genuinas, tan difíciles de encontrar en la rigidez de los barrios ricos de Londres.

Sabía que en pocos minutos abandonaría el pueblo y se alejaría de allí. De ella. De todo lo que significaba. De todo lo que había sembrado en su interior. Y aunque seguía convencido de que era lo mejor y lo que debía hacer, algo tiraba de él en dirección contraria. Lo ignoró, conocedor de que era su debilidad la que le instaba a quedarse. Pero eso no iba a suceder.

Lograría olvidar, aunque tardase, pero lo conseguiría. Pondría todo su empeño en ello, y para eso debía poner distancia, toda la posible, y tiempo… mucho tiempo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 75
Hermanos

Julio de 1800

Los caballos se detuvieron al lado de la casa y soltaron unos sonoros relinchos de alivio. Kate se asomó por la ventanilla. Estudió cada detalle de la construcción, como si esas tres semanas de viaje hubieran podido cambiar algo. Y sí que había algo diferente: un pequeño cachorro desconocido correteaba persiguiendo a las gallinas.

Charles le sujetó la barbilla. La miró con aquella sonrisa que a Kate le parecía tan sugerente y la besó antes de que saliera del carruaje.

—Señora Forster —pronunció y saboreó sus labios despacio—. Adoro como suena… Señora Forster.

—Charles —susurró acercándose más.

—Ahora mismo tengo unas irresistibles ganas de marcharme contigo de nuevo —murmuró con una traviesa expresión—. Se me ha hecho extremadamente corto.

—Suena tentador, muy tentador.

—Hagámoslo. A una orden mía, el cochero se volverá a poner en marcha. Tengo el poder para hacerlo, solo pídemelo y tus deseos se verán cumplidos.

Kate se echó a reír. Lo adoraba y aquellas semanas con él habían sido las más apasionantes de toda su vida.

—Te recuerdo que tienes una hija y yo una hermana que tal vez… solo tal vez… quieran vernos.

—Mmm… Supongo que tienes razón… De acuerdo, saludemos educadamente y marchémonos.

—¡Charles! —exclamó Kate entre risas—. Señor Forster, no se haga el duro conmigo; por mucho que me quiera, está deseando ver a su niña.

Charles soltó un suspiro de derrota. Era cierto. Estaba deseando ver a Mary. Aquellas tres semanas eran lo máximo que había estado separado de ella en toda su vida. Pero, por otro lado, hubiera alargado el viaje con Kate otras tres semanas más. Protestó en voz alta, ahora se sentía partido en dos.

Ella le aprisionó los labios en un suave beso y salió del carruaje antes de que él encontrara alguna otra excusa para mantenerla allí dentro. El perrito del jardín les dio la bienvenida con unos ladridos agudos, bastante estridentes y un poco desagradables.

Kate miró alrededor y se extrañó de que Alice no hubiera salido a recibirlos. Estaba segura de que tenía que haber escuchado llegar el carruaje. Entraron en casa, atravesaron el pasillo y llegaron al comedor.

Kate sonrió al ver a Alice dormida en el sofá. Por eso no había salido. Se arrodilló a su lado y la tocó con la mano para despertarla. La joven movió los párpados antes de abrirlos. Se frotó la cara y se incorporó enfocando la vista. Los ojos se abrieron del todo al reconocer a su hermana.

—¡Kate! ¡Kate! —gritó abrazándola con tanto ímpetu que la dejó sin aliento.

Kate la apretó fuerte, feliz de volver a verla. Tras unos segundos, se percató de que Alice no la soltaba. Se había agarrado con vigor a su cuello y hundido el rostro en su hombro. Estaba en silencio, aferrada con tanta intensidad que su hermana empezó a inquietarse.

—¿Alice?

No contestó, solo se mantenía sujeta. Kate se apoyó en sus hombros para obligarla a separarse. La joven se enjugó unas lágrimas rápidamente, pero su hermana las vio.

—Alice, ¿qué sucede?

—Nada, es que estoy muy contenta de verte… mucho —dijo con una sonrisa forzada, aunque los restos de lágrimas seguían allí, delatándola.

Aquella no era la sonrisa de Alice. Ni su expresión. Ni siquiera su voz. Kate la observó inquieta, estaba muy delgada y con unas ojeras preocupantes.

—Alice, ¿qué te pasa?

—Nada, de verdad, nada. Que estoy muy contenta de verte —repitió ampliando la sonrisa que delataba mucho más su fingimiento—. De veros a los dos. Hola, señor Forster.

—Hola, Alice. —La expresión de Charles mostró la misma preocupación que la de su esposa. La muchacha mostraba un aspecto muy

desmejorado.

—¿No te habrás resentido de las fiebres del año pasado? —preguntó Kate agitada mientras le tocaba la frente.

—No, no, estoy bien. Kate, no te preocupes, estoy bien, y ahora que ya estás aquí no podría estar mejor.

Hablaba rápido y su voz temblaba mientras mostraba esa rígida sonrisa. Kate sintió un escalofrío, nunca la había visto así.

—¿Queréis tomar algo? Tengo limonada.

—Alice, siéntate —le pidió Kate.

—No, voy a traer primero la limonada. Seguro que tenéis sed después del viaje.

—¡Alice, siéntate! —suplicó Kate, que la agarró de la mano y la volvió a abrazar—. ¿Qué te pasa? Te sucede algo, dímelo, por favor.

La joven se abandonó en ese abrazo, cerró los ojos y notó el cálido aliento de su hermana en la mejilla.

Charles observaba la escena, intranquilo, sin saber si intervenir o no. Pasó la mirada por el salón y vio encima de la mesa una pulsera de cobre con la forma de un entramado de ramas y al lado lo que parecía un botón. Se acercó. Le pareció extrañamente familiar, lo cogió entre sus dedos, era un botón dorado. Al momento lo reconoció: era un botón militar, de los que se lucían en las casacas rojas.

George…

Miró de nuevo a Alice, que seguía abrazada a Kate, y la expresión de Charles se desfiguró.

—Alice, ¿George se ha ido ya a Londres? —le preguntó—. Recibimos una nota suya hace unos días para informarnos de que se marchaba.

La muchacha alzó el rostro y asintió.

—Sí…, hace ya una semana que se fue —dijo en un murmullo. De repente su voz sonó débil.

Charles se arrodilló frente a ella y le mostró el botón.

—¿Este botón es suyo?

—Sí —respondió a la vez que inclinaba el rostro—. Se le cayó el día que me vino a buscar para el baile. Se puso el uniforme de gala.

—¿Os habéis visto mucho en estos días?

Kate lo miró, extrañada ante aquellas preguntas.

—Sí, cada día. Bajaba al pueblo y dábamos paseos. Fue muy agradable. Y luego llegó el festival y el bebé de Becky —explicó bajando el tono,

ensimismada en sus pensamientos—. Oh, Kate, ¿sabías que ya ha nacido?

—Sí, me escribieron una carta.

—Es preciosa, Kate, ya verás cuando la veas.

—Alice, ¿por qué se marchó George? —le interrumpió Charles para que la conversación no se desviase—. ¿Algún asunto del ejército?

—No…, simplemente decidió irse. Me dijo que ya no le apetecía estar en Downton. Quería volver a Londres, a su vida. Eso es lo que me dijo…

La joven tenía la mirada perdida cuando hablaba de él, como si ni siquiera escuchara sus propias palabras, y Charles se estremeció al contemplarla. Se incorporó sin dejar de mirarla.

«George, ¿qué has hecho? Por Dios, ¿qué has hecho?», se dijo.

Kate pasaba los ojos de su hermana a su esposo, como interrogándolos.

Charles salió del salón, directo hacia la puerta. Kate fue tras él.

—¿Qué sucede, Charles?

—Me marcho a Londres.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Qué estás pensando? ¿Crees que ha pasado algo entre George y Alice?

—Prefiero no pensar nada hasta que hable con él. Pero tu hermana no está bien. Algo ha pasado y voy a averiguarlo.

La besó en los labios.

—Dile a Mary que lo siento, que en unos días volveré, pero necesito aclarar esto con urgencia. Cuida de tu hermana.

Kate asintió.

—Charles —le llamó sujetándole del brazo—. No creo que George haya hecho nada malo. Le tiene aprecio a Alice, se le nota.

—Yo también lo espero, lo conozco, pero necesito que me lo diga él. Necesito que sea sincero conmigo. Que me explique qué ha pasado con ella, porque algo ha sucedido, de eso no me cabe la menor duda. Ahora hay que averiguar el qué.

Se despidió de Kate con otro beso, este más intenso, y le prometió que volvería cuanto antes. Subió al carruaje y dio orden al cochero para que se pusiera en marcha.

Kate vio el coche alejarse y volvió a entrar en casa. Alice estaba sentada en el sofá. Acariciaba con cuidado la pulsera de cobre que antes descansaba encima de la mesa y que ahora apretaba entre sus dedos.



George apuró la última gota de whisky y lanzó con rabia la botella vacía al suelo. Cada vez le duraban menos. Se tiró al sofá y se tapó la cara con uno de los cojines. Por primera vez, deseó recibir carta del coronel Graham en la que le exigiera su vuelta. Eso le permitiría tener los días ocupados. No como ahora, que se pasaba las horas muertas dentro de su piso, sin nada que hacer y, sobre todo, sin ganas de hacer nada.

Aquella semana en Londres no había resultado como esperaba. Y no era por falta de planes. Al llegar, le habían llovido las ofertas a reuniones, bailes y fiestas; sin embargo, no le habían motivado a salir. Y de esta manera había pasado los días, las horas, los minutos, solo, en su piso, compadeciéndose y repitiéndose lo imbécil que era.

Dejó salir el aire para intentar aliviar la opresión que sentía en el pecho. Era como si una inmensa piedra se hubiera instalado en su garganta, sin dejarle respirar. Los días eran penosos. Embotaba su cabeza con todo tipo de alcohol, ya fuera caro o barato, para evitar pensar. Pero las noches eran lo peor, con aquella intimidad que solo la oscuridad conseguía. Se había pasado muchas en vela rememorando cada parte de su rostro, cavilando sobre qué estaría haciendo o recordando el tacto de su cuerpo al bailar, lo que le provocaba que un terrible deseo le desgarrase pedazo a pedazo al no poder tocarla.

No había vuelto a estar con una mujer. Ni siquiera lo había intentado. Sabía que no saldría bien. No las deseaba, a ninguna de ellas, ni su cuerpo ni su mente; ahora le parecían totalmente extrañas, ajenas a él.

Enredó su pelo entre los dedos y lo apretó. Solo la deseaba a ella. Solo quería estar con ella, mirar sus hermosos ojos, ver sus mejillas sonrojarse, volver a hacerle reír…, y sabía que estos pensamientos le destruirían poco a poco si no conseguía superarlos.

Se levantó del sofá decidido a tomar las riendas. Escribiría él mismo a Graham pidiendo de nuevo su reincorporación al regimiento. Estaba convencido de que el coronel le daría de inmediato alguna tarea que le ocuparía todo el día o, al menos, gran parte de él.

Fue directo al escritorio cuando alguien llamó a su puerta.

«¡Maldita sea! Debe de ser el casero otra vez para quejarse de los ruidos». Estaba harto, al final le estamparía la botella en la cara.

Abrió la puerta con desgana y dio dos pasos atrás, atónito.

—Charles…

Su amigo ojeó el piso, perplejo al descubrir el horroroso caos que reinaba. Había ropa esparcida por todas partes, camisas y pantalones descansaban sobre el suelo; botellas y vasos vacíos; y manchas oscuras en la alfombra y en las paredes de algún mejunje que, dedujo, provenía de las mismas botellas vacías. Subió la vista hacia George y su expresión se contrajo más. Su aspecto era deplorable: tenía el pelo alborotado, sin peinar, iba descalzo, sin afeitar y vestía solo una camisa suelta y unos pantalones.

—George…

—¡Cómo me alegro de verte, Charles! —exclamó y le dio un sentido abrazo—. Perdona el desorden, no esperaba visitas, y menos la tuya.

Empezó a recoger. Al final, formó una masa gigante de ropa sucia que colocó dentro de la habitación, cuya puerta cerró, como si eso la hiciera desaparecer.

—¿Te apetece tomar algo?

—No quiero nada, gracias.

—Seguro que algo me queda, aunque sea vino del barato —apuntó George, que ignoró su comentario.

—No quiero nada, de verdad.

El capitán dejó de buscar y se quedó quieto en mitad del salón.

—Bueno, pues siéntate y cuéntame cómo ha ido esa luna de miel. La habéis disfrutado, ¿eh? —le espetó con una sonrisa que quiso parecer sugerente, sin conseguirlo.

—¿Por qué no mejor me cuentas tú cómo te ha ido por Downton?

La sonrisa de George se congeló.

—¿Por eso has venido? Pues… por Downton bien, hemos pasado unos días muy agradables. Las fiestas fueron muy entretenidas, había una gitana que…

—Hemos visto a Alice —le interrumpió.

George se quedó rígido. Tragó para humedecerse la boca seca.

—¿Y cómo está? —preguntó con precaución.

—Eso me gustaría preguntártelo a ti. ¿Cómo crees que está?

—Pues espero que bien —respondió intentando dar un aire de indiferencia.

—No lo está —indicó Charles grave.

Aquello destrozó el poco ánimo que le quedaba.

—Dime qué ha pasado, George.

El capitán se apoyó en el mueble con los brazos extendidos y le dio la espalda, sin tener valor para mirarle.

—George, dime qué ha pasado en Downton, por favor —insistió al ver que no le contestaba.

Este cerró los ojos con fuerza, con el único deseo de desaparecer.

—George, ¡por el amor de Dios!, dime qué ha pasado.

Charles se movió inquieto hacia él ante su mutismo y pensando en los peores escenarios posibles.

—Te pedí una cosa, George. Una sola cosa cuando me fui de viaje. ¡Que no te acercaras a ella! ¡Fue lo único que te pedí! ¡Dime qué ha pasado!

—¡QUE ME HE ENAMORADO DE ELLA! —gritó y le dedicó una mirada desencajada llena de terror.

La boca de Charles se abrió por el pasmo. De todas las posibles explicaciones y respuestas que había imaginado que podía darle, y había imaginado muchísimas durante el trayecto hasta Londres, esa en ningún momento, jamás, le había pasado por la mente. Ni siquiera se había planteado que existiera aquella posibilidad.

—¿Qué? ¿Te has enamorado…?

George empezó a caminar en círculos.

—¿Eso es todo? ¿No ha pasado nada más? —inquirió Charles.

—¿Te parece poco? —espetó.

—Quiero decir, algo entre vosotros, algo más íntimo.

—¡Claro que no! Jamás le haría eso.

Charles respiró más aliviado.

—Pues que te hayas enamorado es espléndido. Creía que sería otra cosa, pero, si es lo que sientes, es maravilloso…

—¡No! —replicó mientras le clavaba la mirada.

—Claro que sí. Es algo muy bueno, George.

—¡Que no! —gritó y lo señaló con el dedo índice.

Charles seguía sus movimientos sin entender aquella incomprensible reacción. Todo era demasiado visceral.

—George, ¿qué sucede? ¿Ella no te corresponde, es eso? ¿No te ama?

El joven se detuvo.

—Sí, sí que me corresponde.

—¡Pues eso es fantástico!

—¡QUE NO!

Charles vio que reanudaba aquel inquieto paseo por toda la sala.

—No está bien. Nada de esto está bien. No puedo quitármela de la cabeza, Charles. Está aquí todo el día —dijo a la vez que se tocaba la sien con los dedos—. Solo puedo pensar en ella, en cómo se encontrará, en lo que estará haciendo, en si pensará en mí. ¡Y necesito que esto pare!

—George, escúchame, entiendo que estés un poco confuso. La primera vez todo es demasiado intenso y puedo comprender que estés preocupado, pero, créeme, es maravilloso.

Su amigo lo observó fijamente.

—¿Crees que es la primera vez? ¿Piensas que no me he enamorado nunca?

—Pues… sí…, pensaba que nunca…

—Te equivocas —afirmó y luego calló un instante en busca de las palabras adecuadas—. Me enamoré cuando tenía dieciocho años, de una manera tan pura y apasionada que jamás he sentido algo igual. —Se aclaró la voz antes de continuar—. Se llamaba Emily. Era un ángel… Era mi ángel. Iba a casarme con ella, Charles. Pero murió. Y fue culpa mía.

—Un momento, George, ¿qué estás diciendo? ¿De qué estás hablando?

—Él la mató, pero fue culpa mía —siseó y se tapó el rostro con la mano —. Debí haberla alejado de mi mundo, pero no lo hice, y él la mató. ¡La mató delante de mí! Y fue culpa mía. Si me hubiera alejado de ella, seguiría viva, pero no lo hice. Quería estar con ella. Y en lugar de pensar en su bienestar, seguí mi instinto egoísta, solo por el deseo de verla. No supe protegerla, pensé en mí antes que en ella, y Black la encontró… y la mató. Murió en mis brazos, atravesada por un cuchillo —explicó mirándose las manos.

Charles se apoyó en la repisa del mueble, totalmente sobrepasado por aquella espantosa confesión.

—George, ¿por qué nunca me lo contaste?

—Porque llevo diez años intentando olvidarlo.

—Escúchame, no fue culpa tuya. Dices que ese hombre la mató, no tú. Tú solo la querías. No eres culpable de nada.

—Claro que sí…

Charles se aproximó a él despacio.

—George, es terrible lo que te sucedió y no me puedo ni imaginar por el terrible infierno por el que debiste pasar, pero no entiendo qué relación tiene esto con Alice.

El capitán alzó el rostro con una expresión tan triste que su amigo sintió que se le oprimía el pecho.

—Siempre digo que me salvaste la vida, Charles, pero no fue solo porque me apartases de mi decadente vida, fue porque me apartaste de mí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando me encontraste quería acabar con todo. Estaba deseando morir para reencontrarme con ella. En aquel momento hubiese hecho cualquier cosa para lograrlo. Pero apareciste tú y me ofreciste otra vida, otra salida, una nueva oportunidad. Y la cogí. Y aquello me salvó… me salvó de mí mismo. De no ser por ti, ahora no estaría vivo.

Charles se acercó con dos largas zancadas y lo abrazó. Lo abrazó con tanto ímpetu que notó cómo le crujían los hombros. Diez años hacía que lo conocía y, por fin, ahora, se había abierto a él, se había sincerado y le había mostrado todo lo que llevaba escondiendo. Ahora podía entender su actitud durante todos aquellos años. Aquel distanciamiento emocional de las mujeres, sin querer comprometerse con ninguna.

—No puedo pasar por lo mismo, Charles…, no puedo —susurró en un lamento.

Su amigo se separó solo unos centímetros y lo miró fijamente.

—¿Por lo mismo? ¿Te refieres a Alice? George, ella no va a morir.

—Hoy no, mañana tampoco, pero un día desaparecerá o simplemente me dejará de amar, es posible que en cuanto me conozca de verdad y vea que no hay nada dentro de mí. Entonces me abandonará. Y no quiero pasar por ese sufrimiento otra vez. No puedo…

—George, eso no va a suceder.

—¿Cómo lo sabes?

—No puedo asegurarte que el amor vaya a durar para siempre, pero sí puedo garantizarte que, si no lo intentas, no te lo perdonarás y vivirás siempre pensando cómo habría sido estar con ella. Y el sufrimiento será mayor que si lo hubieras intentado.

—No, si consigo olvidarla.

—¿Y crees que con la distancia lo lograrás? No cometas mis mismos errores. Alejarte de ella no hará que la olvides, te lo digo por experiencia, eso solo conseguirá hundirte más.

Se quedaron en silencio unos segundos, hasta que Charles habló.

—George, ¿crees que yo no tengo miedo? —Su amigo lo miró con sorpresa—. ¿Crees que no pienso que me puede pasar lo mismo que con Elizabeth? Claro que sí, puede pasar. Y me da un miedo atroz solo imaginarlo. Pero si no estoy con Kate, estaré muerto en vida. Necesito estar con ella, es lo único que sé con seguridad. Y si tú amas a Alice, te pasará exactamente lo mismo. Debes arriesgarte, George, debes intentarlo.

—No puedo…

—¿Y Alice? ¿Qué pasa con ella? Dices que te quiere. ¿Has pensado cómo estará? ¿Cómo se sentirá?

—Ella encontrará a alguien mejor que yo. Será más feliz.

—Ella te quiere a ti, tal como eres, con tus virtudes y tus defectos…

—¡Ella no me conoce!

—¡Pues déjala que te conozca! —exclamó—. Y te puedo asegurar que verá en ti lo que yo he visto durante estos años, todas esas cualidades que te hacen único, George, y que te han convertido en mi hermano. Eres leal y sincero, tienes honor y corazón. Eres fuerte, muy fuerte, más de lo que crees. Deja de menospreciarte y piensa en lo que has conseguido en tu vida, con tu esfuerzo, con tu manera de ser. Porque no ha sido por mí, no te confundas. Yo no he hecho nada. Has sido tú. Todo lo que tienes ha sido gracias a ti, a tu constancia. Deja que ella lo vea, que te conozca.

Unas lágrimas silenciosas, sin lamentos, brotaron de los ojos de George, quien escondió el rostro entre sus manos.

Charles le rodeó con el brazo.

—Sé que tienes miedo —le susurró—. Te entiendo. Pero igual que tú me ayudaste, ahora necesito que tú me hagas caso a mí.

—No puedo…, de verdad, Charles, no puedo.

—¿Y si saliera bien? —continuó su amigo. George levantó el rostro solo unos centímetros—. Estás suponiendo que todo acabará mal, lo das por hecho, pero ¿y si no fuera así? ¿Te imaginas estar toda tu vida con ella? Verla cada día, poder abrazarla, ser feliz con ella. George, eso es lo que pasará si le das una oportunidad. Piénsalo. No hace falta que tomes la decisión ahora mismo. Piensa en si te compensaría intentarlo.

El silencio de George hizo que Charles sacara su última carta.

—¿Quieres verla con otro hombre? ¿De verdad quieres eso?

El joven cerró los ojos, incapaz de imaginarla en brazos de otro.

—Porque eso pasará si tú no lo intentas —insistió Charles—. Alice es joven y hermosa, y tendrá muchos pretendientes. Hombres ávidos de

cortejarla y poder sentirla. ¿Eso es lo que quieres? ¿Quieres que otro hombre pueda tenerla cerca?

—¡Basta!… —explotó George con todo el cuerpo en tensión.

Charles se percató de que apretaba ambos puños.

—Piénsalo, George. Y sobre todo piensa que ella solo quiere estar contigo. No quiere a nadie más. No solo es tu felicidad o tu miedo, es también su vida. Y ella solo te quiere a ti. No lo olvides.

Era la primera vez que se sinceraba sobre este asunto. No había tenido el valor de ser completamente sincero con nadie, ni siquiera con Wild y Hunter, que vivieron todo lo sucedido con él. Pero Charles había logrado que se abriera, que explicara todo lo que pensaba y sentía, y ahora, por fin, sabía que tenía a alguien en quien apoyarse de verdad.



Charles se quedó varios días en Londres. Visitó a diario a George para animar sus solitarias horas y despejarlo de pensamientos sombríos. No volvió a nombrar a Alice, creía que ya le había dicho todo lo que debía y no quería infundirle más angustia. Ahora él tenía que tomar una decisión, y Charles confiaba en su astucia e inteligencia.

George tampoco nombró a Alice, pero Charles percibía la tristeza que se había quedado grabada en su mirada. Esa mirada que siempre se había mostrado tan alegre, tan despreocupada, y que en aquellos momentos estaba apagada, carente de brillo.

Cuando ya hacía diez días que estaba en la ciudad, Charles anunció que debía volver a Downton.

—Vente conmigo, George —le pidió en un último intento desesperado —. Vuelve conmigo a Downton.

—No…, es mejor que no —respondió en voz baja—. Mi sitio está aquí.

—Tu sitio está con la gente que te quiere —contestó Charles—. Ven conmigo.

El joven frunció los labios sin saber cómo despedirse.

—Ven a verme… cuando vuelvas a Londres —titubeó.

—George, por favor…

—Gracias, Charles, por todo —murmuró sin dejarle continuar y lo rodeó en un abrazo.

Charles supo que no cambiaría de opinión. Le devolvió el abrazo con una sensación de fracaso. No había logrado ayudarle como él lo había hecho y ya no sabía qué más hacer, aparte de mantenerse a su lado, tomase la decisión que tomase.

Su amigo se marchó y el vacío que sentía George desde hacía semanas se intensificó de tal manera que solo pudo encogerse sobre sí mismo y lamentarse por lo perdido, por ella y por lo que no se atrevía a afrontar.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 76
Cambio de actitud

Intentó olvidar una a una cada palabra que había pronunciado Charles y cualquier alusión, por pequeña que fuera, a ella, pero también a él y a un posible futuro juntos.

«Tengo muy claro lo que debo hacer», se decía a todas horas.

No…, para qué mentirse, en realidad no lo tenía claro, pero es lo que debía decirse.

Cada mañana, al abrir los ojos, se obligaba a borrar cualquier fantasía que ella hubiera protagonizado en sus más dulces sueños, donde la amaba sin descanso durante horas. Cada día se decía que sería mejor que el anterior, pero no era así y empezó a desesperarse. Necesitaba un cambio y, por fin, la suerte llamó a su puerta una de aquellas tardes.

El coronel Graham, finalmente, respondió a su demanda y le indicó que se presentase en el cuartel de Londres a principios de agosto. Aquello era lo que había estado implorando desde hacía semanas. Necesitaba mantenerse ocupado, así que había vuelto a escribir al coronel pidiendo, o más bien suplicando, su incorporación inmediata para realizar cualquier tarea que se requiriese. Las semanas en el piso de Londres habían sido una tortura. Aquella extrema soledad le estaba carcomiendo por dentro. Desde que Charles se había marchado, solo pensaba en lo que había abandonado en Downton, tildándose de cobarde y estúpido por no poder superarlo. Las palabras de Charles, aunque intentaba que se esfumaran, le acompañaban a lo largo de aquellos eternos días, y solo podía pensar en ella, cada minuto de cada hora, sin conseguir quitarse de la cabeza su rostro ni su aroma. Necesitaba salir de allí y tener una rutina que despejase su mente o se volvería loco.

El coronel lo recibió con cierta extrañeza, pero a la vez con una satisfacción que no pudo disimular.

—Parece, capitán, que no puede vivir sin esto. Sabía que llegaría el día en que lo valoraría como yo.

George no contestó, pero pensó en lo triste que era que le comparase con él. No existía un hombre más solitario que el coronel Graham. Mirando a aquel arrogante y altivo hombre, tuvo una visión de su propio futuro proyectada en él, y sintió un escalofrío.

El coronel le indicó que necesitaba ayuda con ciertos informes que iban llegando de Europa y que debían clasificarse, estudiarse al detalle y enviarse a sus superiores. En estos archivos se relataban las batallas que se estaban desarrollando en el continente y explicaban las victorias del general francés Napoleón Bonaparte, que continuaba siendo el terror de medio mundo. El general francés barría los territorios con una destreza militar asombrosa, lo que infundía pavor en sus enemigos y lo había encumbrado a héroe nacional entre sus aliados, al haber extendido el dominio francés por Europa. El capitán pensó que, tal vez, esta situación haría que lo mandasen de nuevo a Francia. No supo si esto le producía inquietud o alivio.

Una de las alegrías que tuvo a su regreso al cuartel fue el encuentro con el joven soldado Davis. Lo recibió con tal entusiasmo por reencontrarse con él de nuevo que George no pudo evitar sonreír con aprecio al constatar su alegría y sus ganas de explicarle cómo había pasado los últimos meses. Aquel muchacho era su máxima motivación ahora mismo en el ejército.

—Capitán, si necesita que le ayude en algo, dígamelo —se ofreció nada más verle—. Ah, y tengo algo para usted. Se lo dejó en el cuartel de Brighton.

Samuel sacó de su chaqueta un papel doblado un tanto arrugado.

—Lo he guardado por si era importante —le explicó el joven.

George lo abrió y descubrió la carta que Charles le había enviado el año anterior.

10 de julio de 1799

Querido George:

Te escribo para informarte que la recuperación de Alice sigue avanzando y que cada día está más fuerte y con más energía. Ya sale a dar paseos por el jardín y el médico pronto le quitará el tratamiento.

Las dos hermanas Miller siguen aquí en Manor Hall, de esta manera Alice puede estar mejor atendida por si, Dios no lo quiera, tuviera alguna

recaída. Aunque con respecto a ello, el doctor es muy positivo, ya que sigue su evolución y considera que en breve estará totalmente restablecida.

Eso es lo que deseamos todos.

Espero que tu estancia en Brighton esté siendo tranquila y agradable. Aquí todos te echamos de menos, en especial Mary, que pregunta por ti cada día.

Alice te manda saludos y recuerdos, y un profundo agradecimiento por tu compañía y tus cuidados. Fuiste un gran apoyo para ella y percibo que también te echa de menos, como todos.

Infórmame cuando sepáis la fecha de partida, quisiera ir a verte antes de que el regimiento abandone Brighton.

Con todo el aprecio,

Charles Forster

Leyó varias veces la carta, en silencio, y regresó, una y otra vez, a aquellos días en la mansión en los que cuidó de ella, en los que la observaba mientras dormía y en los que le prometió enseñarle un elegante baile de Londres, además de reclamarle una sonrisa cuando se volvieran a ver.

Releyendo aquellas frases, recordó lo que Alice le había dicho:

«Me enamoré de usted el primer día que le conocí…».

«Ella ya me amaba», susurró para sí. «Cuando Charles me mandó esta carta, ya me quería. Cuando estuvimos juntos en la casa con ella enferma, ya estaba enamorada de mí. Y fui incapaz de verlo», reflexionó.

Se llevó la carta al rostro para tapar su propia vergüenza. Cada sonrisa, cada mirada que ella le había dedicado durante aquellas semanas, ya deseaban algo más. Y durante este año, él solo había provocado que se intensificara su amor, sin percatarse de nada; además de provocar que naciera el suyo propio, hasta conseguir que se instalara para siempre dentro de él.

«Alice…, perdóname. Debí darme cuenta. Tenía que haber parado todo antes de que fuera a más», se reprochó.

Desde su llegada al cuartel, George se impuso una dura rutina para no tener minutos libres. Intentaba distraerse con cualquier cosa que le

mantuviera la cabeza ocupada, con todas las tareas que le ofrecían o con el propio entrenamiento que se había impuesto él mismo y que era agotador.

Cualquier trabajo o distracción servía para aquel propósito. Todos a excepción de uno: lo de estar con mujeres seguía totalmente descartado. No lo había vuelto a intentar desde la visita al burdel de Salisbury, sabía que no saldría bien. Seguía sin sentir el más mínimo deseo de estar con otra. Era increíble cómo podía cambiar la vida y la percepción de todo en un solo instante.

Soltó un suspiro resignado y pensó que, si Wells le viese en esa situación, le daría una paliza de muerte. Este podía aceptar que Elliot se casara, incluso podía llegar a tolerar que Bruce se comprometiera, pero si le veía a él en aquella penosa actitud por culpa de una mujer, no habría nada que le controlase. Los dos siempre habían presumido de que jamás serían atrapados por una. Incluso habían apostado hacía años, en una partida de cartas, que los dos morirían solteros y esquivando eso tan desagradable llamado amor.

Bueno…, pues él había perdido la apuesta. Aunque no pensaba decírselo.



Cuando Bruce se incorporó al cuartel un par de semanas después, el estado de George se apaciguó; el irlandés siempre conseguía calmarlo. Wells y Elliot tardaron tres días más en llegar.

Elliot estaba pletórico, hablaba durante horas de su pequeño retoño, que llevaba su nombre. Wells, hastiado por tanta conversación sobre niños que no eran suyos, insistía continuamente a George para salir, le informaba de los nuevos contactos que había hecho últimamente y que, según le aseguraba, serían de su total agrado y satisfacción.

El capitán rechazaba una y otra vez aquellas invitaciones con excusas absurdas, que normalmente incluían al soldado Davis, al que usaba de coartada.

Después de días de insistir y de recibir negativas, la paciencia de Wells se agotó.

—No lo entiendo —protestó—, ¿te has convertido en el guardián de ese crío? Es incomprensible que tengas que estar con él las veinticuatro horas del día.

—Ya viste qué pasó en Irlanda, no voy a permitir que vuelva a estar tan desprotegido. Debe estar preparado.

—Entiendo que necesite entrenamiento, pero ¿por la noche también? No tiene sentido por mucho que me lo expliques —insistía—. ¡Vamos, George! No quiero salir otra vez solo. Ya no puedo contar con Bruce, ni muchísimo menos con Elliot. Salgamos juntos, como hemos hecho siempre, te aseguro que no te arrepentirás. Me apuesto diez libras a que conseguiré que disfrutes como nunca.

—No apuestes, Wells, porque perderás.

—Pero ¿qué te pasa? Esto es absurdo. Te juro que no lo comprendo. —Calló un instante en el que lo observó con atención—. A no ser que… No me digas que… —Palideció con una mueca de asco—. ¿No estarás así por culpa de una mujer?

George chasqueó la lengua con indiferencia.

—¿Qué dices? ¿Me ves capaz de ser tan necio? —dijo y se echó a reír de manera exagerada.

—No lo sé, dímelo tú.

—Ya te aseguro que no.

—Pues si no es por eso, no entiendo por qué no quieres salir —replicó Wells.

—Quiero tomarme un descanso y centrarme en mi carrera militar, nada más. No es difícil de entender que quiera progresar.

—¿Y esa progresión te impide salir y divertirte? Te recuerdo que fuiste ascendido a capitán y disfrutabas igualmente de la vida y sus placeres.

—Y sigo disfrutándola, pero a otro ritmo.

Esas explicaciones no convencieron a ninguno de los tres, porque, para desgracia de George, le conocían demasiado. Eran muchos años juntos, viviendo momentos tranquilos y otros muy duros, y en ninguna de aquellas situaciones había renunciado a la posibilidad de compartir lecho con una mujer.

Una de las tardes, Wells organizó una salida con un numeroso grupo de soldados.

—Beber unas cervezas y un buen vino. Nada más —explicó con una inocente sonrisa.

Bruce y George intercambiaron una mirada sin una pizca de confianza.

—No quiero problemas, Wells, estás avisado —amenazó Bruce.

—¿Problemas? ¿Cuándo os he dado yo problemas?

—No me hagas enumerar todas las veces porque estaremos hasta mañana —saltó Bruce.

—Confiad en mí, lo pasaremos bien.

—Ese es precisamente el problema.

Wells consiguió, después de varias horas, convencer a Bruce. Y este suplicó encarecidamente a George que los acompañase. Para persuadirlo, hizo hincapié en su gran amistad y utilizó un lastimero chantaje emocional.

Aquella noche, una veintena de soldados se reunieron en uno de los clubs nuevos que habían abierto en Londres. Wells logró, gracias a sus influencias y a su fortuna, alquilar la sala principal solo para ellos.

Emplearon las primeras horas en juegos de cartas, debates políticos no exentos de críticas y parodias, así como una amplia cata de bebidas de excelente calidad que Wells había adquirido para la ocasión.

George bebió más de lo aconsejado, al igual que el resto de soldados, incluido Wells que, subido a una mesa, hizo una imitación burlona de Bonaparte, como si el francés fuera un demente. Aquella representación arrancó carcajadas en toda la sala.

Cuando ya pensaban todos que la animada reunión iba a tocar a su fin, una visita inesperada irrumpió en la sala: una docena de señoritas, que hacían gala de sus encantos, se desperdigaron por el salón, lo que provocó los vítores y las alabanzas de los allí presentes.

—¡Maldita sea, Wells! ¡Te dije que no quería problemas! —gritó Bruce frenético.

—No veo los problemas por ningún lado —respondió Wells con parsimonia.

—¿Tengo que recordarte que estoy comprometido?

—No hace falta, me sale un sarpullido cada vez que lo nombras. Pero ella no está aquí, así que relájate, no tendrás que dar explicaciones a nadie. Aquí estás a salvo.

—¡Se llama respeto y fidelidad! Es posible que no estés muy familiarizado, pero eso existe. Y me da igual que ella no pueda verlo, yo sí —exclamó furioso Bruce—. No pienso quedarme aquí más tiempo.

Mientras Bruce y Wells se enzarzaban en la discusión, una de las mujeres se fijó en George y se le acercó con un sugerente movimiento de caderas. Extendió la mano a modo de saludo, lo que obligó al capitán a sujetársela por educación, pero apartó la vista al instante.

—Reconozco enseguida a un militar necesitado de compañía —murmuró ella de modo sensual.

—Pues se ha equivocado, no necesito nada.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Qué lástima —le susurró a medida que se acercaba a su rostro.

George la detuvo con un toque suave en el hombro.

—No soy la mejor compañía. Le aseguro que el resto de mis compañeros estarán encantados de disfrutar de su presencia, pero no es mi caso.

—¿Está casado o es que es tímido?

—Ni una cosa ni la otra. Simplemente no quiero nada.

—Me gusta cuando me lo ponen difícil —reconoció y acercó la mano a su rostro.

George le sujetó la muñeca antes de que pudiera rozarle. Ella lo miró sorprendida por aquella inusual reacción.

—¿No le gustan las mujeres? ¿Es eso?

El capitán esbozó una amarga sonrisa y se inclinó hacia ella.

—Ahora solo me gusta una —le susurró al oído.

—Oh, un romántico… —contestó ella con decepción al ver sus posibilidades truncadas.

—Ni por asomo. Créame, es más triste de lo que parece.

Ella dudó entre seguir intentándolo o cambiar de objetivo. La segunda opción fue la que escogió.

—Si usted no está interesado, buscaré a algún compañero suyo que sí lo esté.

Se alejó de George y se acercó a una esquina, donde un soldado la recibió con los brazos abiertos.

—¿Qué… estás… haciendo? —La voz de Wells resonó a su espalda.

George se giró para descubrir la cara de asombro de su compañero.

—Me marcho ya.

—¿Acabas de rechazar a esa preciosidad?

—Me marcho —repitió cogiendo su chaqueta.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? —le espetó mientras le cogía del brazo.

Aquel tirón desequilibró a George a consecuencia de la acumulación de alcohol.

—Suéltame, Wells, me voy ya.

—No te vas hasta que me digas lo que te pasa.

George se soltó de su mano.

—Lo que pasa es que me quiero ir de tu fiesta vulgar.

—¿De mi fiesta vulgar? No recuerdo que nunca pusieras pegas a mis fiestas —recalcó Wells.

—Las cosas cambian.

—Eso ya lo veo. ¿Te has vuelto un señorito remilgado o es que los halagos de Graham se te han subido a la cabeza? ¿Ahora tienes demasiada categoría para estas fiestas?

—Wells, has bebido demasiado y yo también. Será mejor que te calles.

—Oh, ¿es una orden, capitán? ¿Me está ordenando que me calle?

—Te estoy sugiriendo que lo hagas —siseó George.

—Mi capitán, en mi fiesta vulgar, quiere que me calle —dijo con una risilla burlona y una reverencia que casi tocó el suelo—. A sus pies, mi capitán.

George frunció el ceño al ver que el resto de los soldados habían presenciado aquella mofa. Sujetó del brazo a Wells para incorporarlo.

—No voy a permitir que me faltes al respeto. Aunque estemos fuera del cuartel, sigo siendo tu capitán.

—Creía que antes de capitán eras mi amigo —replicó Wells entre dientes —. Pero ya veo que no; como bien dices, «las cosas cambian».

—Sí, Wells, las cosas cambian, pero tú sigues igual. Igual de patético que cuando te conocí. —Nada más pronunciarlo se arrepintió.

La mirada de Wells brilló con rabia y decepción y, sin pararse a pensar, le soltó a su superior un puñetazo que le hizo caer al suelo.

George notó el dolor en la mandíbula. Le había sorprendido aquella reacción. Se tocó la mejilla golpeada. El alcohol de su sangre empezó a hervir, nubló su entendimiento, y se lanzó hacia él. Lo empujó con todo el cuerpo hasta derribarlo.

Los soldados estaban atentos al reparto de golpes sin atreverse a intervenir al ser su capitán el que participaba en el altercado. Las mujeres se marcharon rápidamente asustadas y, en medio de la pelea, Bruce fue testigo con espanto de la escena. Sujetó a Wells por la espalda para apartarlo de George.

—Pero ¡¿qué estáis haciendo?! —les recriminó y se colocó entre los dos, atónito.

George se apartó y se limpió con el dedo la sangre del labio. Bruce se giró hacia el resto de los soldados congregados y apreció sus expresiones contrariadas.

—¡La fiesta ha terminado! ¡Todos fuera! —ordenó como teniente.

Los soldados se irguieron y salieron de allí de manera ordenada sin volver a mirar a su capitán, que se mantenía de espaldas.

Cuando estuvieron los tres a solas, Bruce entornó los ojos hacia ellos.

—¿Qué ha pasado?

Los dos se mantuvieron en silencio.

—Perfecto, no me lo contéis, prefiero no saberlo. Ha sido tan penosa la escena que prefiero no saber los ridículos motivos, ¡porque estoy seguro de que ha sido por motivos absurdos!

Bruce tomó aire al ver que el silencio de los dos se mantenía.

—No sé si sois muy conscientes de lo que supone este altercado delante de tantos soldados. Un capitán y un soldado peleándose a golpes. Cuando Graham se entere…

—Me da igual lo que piense Graham —soltó Wells, que cogió una copa y dio un trago.

—A ti todo te da igual —espetó George.

—¿Qué has dicho?

—¡Lo que has oído!

—¡Parad los dos! —gritó Bruce—. Pero ¡¿qué os pasa?!

—Lo que sucede es que ahora George es muy importante para codearse con nosotros, ¿eh? —afirmó Wells—. Nuestro ambiente ya no le gusta. ¿No estamos a tu nivel?

—Yo no he dicho eso. Y tú no estás molesto por eso, Wells, estás enfadado porque no he querido acostarme con una de tus amiguitas. Te da rabia y miedo que las cosas cambien y quedarte solo, ¡porque eso es lo que pasará! ¡Te quedarás solo!

Wells frunció el ceño con decepción, bajó el rostro y cogió su chaqueta sin decir nada más. Cerró la puerta con un portazo y la sala volvió a quedarse en silencio.

Bruce se volvió hacia George.

—¿Eso era necesario? —preguntó Bruce—. ¿Eso último que has dicho era para Wells o para ti?

—¿Qué?

—No te confundas, George, ¿crees que Wells tiene miedo de quedarse solo? No. Tiene miedo de perderte. Tendría decenas de soldados que le acompañarían en sus fiestas, no estaría solo. Pero no serías tú. Desde que hemos vuelto al cuartel, todos hemos apreciado tu cambio. ¿Crees que disimulas bien? Ya te digo yo que no. Y Wells está muerto de miedo porque ve que no eres el mismo. No es cuestión de compañía, George, es simplemente de amistad. Lleva años compartiendo contigo todo lo que hace, y ahora ve que las cosas han cambiado. Y luego estás tú… Tú sí que parece que necesitas algo.

El capitán tomó asiento.

—Mañana intentaré mitigar los efectos con Graham —continuó Bruce —, porque es obvio que se va a enterar. Mañana hablaré con él y…

—No tienes que hacer nada —le interrumpió George—. Hablaré yo con Graham y asumiré las consecuencias. Soy el capitán y he golpeado a un soldado sin motivo. Hablaré con el coronel y haré lo que pueda para que Wells no sufra ninguna represalia. Golpear a un oficial podría acarrearle un buen castigo o la expulsión.

Bruce avanzó por la sala para colocarse frente a él.

—¿Me vas a contar qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Claro, no te pasa nada —reiteró sarcástico—, por eso pareces otra persona desde que nos hemos reencontrado. No sé qué te ha pasado en estos meses y no pienso volver a preguntártelo, si eso es lo que quieres, pero ya sabes que puedes confiar en mí. Estoy para algo más que para tomar unas cervezas. Lo sabes, ¿no?

—Ya lo sé, y te lo agradezco, pero no necesito nada.

—Sí, claro…, solo hay que verte. Eres la viva imagen de la felicidad y el jolgorio —dijo con sorna.

—Bruce…

—Vale, ya me callo. Pero creo que te he demostrado que puedes confiar en mí.

George asintió sin mirarle.

—Estoy bien, Bruce.

—¡Maldita sea! No estás bien, pero no quieres contármelo.

Efectivamente, Graham se enteró al día siguiente del altercado. Era la comidilla de todo el cuartel y el coronel no tardó ni una hora en conocer lo que había pasado. Hizo llamar a George y a Wells a su despacho.

—Les voy a dar una sola oportunidad para explicarse —dijo el coronel mientras los miraba alternativamente.

—Fue culpa mía, señor —intervino George. Su amigo se giró con disimulo—. Bebí demasiado y provoqué al soldado Wells, pero fue culpa mía. Yo lo inicié.

—Pero el soldado le golpeó, capitán.

—Sí, pero fue para defenderse. Yo le golpeé primero —mintió.

Wells entornó los ojos al comprobar que George hacía un leve movimiento con la cabeza.

Graham se colocó delante de Wells, tan cerca que le soltó el aliento en la cara.

—¿Es eso cierto, soldado?

Wells abrió la boca y vio por el rabillo del ojo que George movía dos dedos de la mano casi imperceptiblemente. Wells escondió una sonrisa, era la señal que siempre se hacían cuando pretendían iniciar una conquista.

—Sí, señor —respondió.

El coronel entrecerró los ojos sin creerse aquella sarta de mentiras, pero, conocedor de su amistad, sabía que jamás se delatarían.

—Pueden marcharse. No me hagan perder más el tiempo —ordenó con fastidio—. Soldado Wells —le llamó—, la próxima vez que golpee a un superior le expulso de mi regimiento. Y me importarán bien poco los motivos.

—Sí, señor —contestó con el cuerpo firme.

—Capitán Crowley, quédese —ordenó.

Wells miró inquieto a George, pero este le sonrió sin darle importancia.

—No se vaya a pensar que me he creído esa cantidad de embustes que ha soltado —dijo el coronel cuando Wells ya había abandonado el despacho—. Le conozco, capitán, y jamás le ha puesto la mano encima a uno de sus soldados a no ser que hubiera un motivo crítico. Y al igual que le conozco a usted, conozco al soldado Wells y su reputación. Sé que este altercado lo ha originado él, pero también sé que usted jamás lo admitirá ni lo delatará.

Se calló un instante para analizar la impertérrita expresión de George, que se mantenía en silencio.

—Sé la amistad que le une al soldado Wells, capitán. Llevo muchos años observándoles, y su lealtad es algo que siempre he admirado de usted. Eso es lo que me hizo admitirle en mi regimiento y ascenderle a capitán: su lealtad, su constancia y su exasperante personalidad. Así que no pienso pedirle que me diga la verdad porque sería perder el tiempo. Solo le pido una cosa: sea cual sea el motivo que le impulsó a pelearse con su compañero, soluciónelo.

A partir de aquel momento, Wells no insistió. Tuvo que aceptar que algo le estaba pasando y que algo había cambiado, pero ni preguntó ni insinuó nada más. George estaba convencido de que él se imaginaba el motivo, pero agradeció que no volviera a hablar del tema. La relación entre ambos se relajó, a pesar de que Wells seguía lamentando en silencio perder a su gran amigo y compañero de sus eternas juergas nocturnas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 77
Suposiciones dolorosas

No se puede engañar a un «perro viejo», y el coronel tenía la suficiente edad para reconocer un comportamiento inusual aunque la persona en cuestión se esforzara por rodearlo de normalidad.

Desde que, en julio, había recibido la carta de su capitán en la que le solicitaba su incorporación, supo que algo había sucedido. Crowley podía ser un excelente oficial, un ejemplo para el resto de los soldados, un líder en la batalla, pero nunca había renunciado a su periodo de descanso. No había regalado ni un solo día en todos aquellos años que hacía que lo conocía. Al contrario, había tenido conflictos con él por haber alargado varios de los permisos sin autorización. Así que el hecho de que él mismo le hubiera pedido el regreso era preocupante.

A ello había que añadir las alarmantes sesiones de entrenamiento que se imponía cada día. Apenas dormía y, cuando el reloj marcaba las cinco y el alba todavía no había hecho su aparición, ya estaba corriendo por las llanuras que bordeaban el cuartel. Llegaba exhausto al desayuno, comía algo frugal y volvía a salir para retomar el entrenamiento.

Graham seguía sus movimientos con una disimulada pero constante vigilancia. Controlaba, desde su privilegiada posición de coronel, cada uno de sus movimientos. Tras varias semanas observando aquel demoledor comportamiento, hizo lo único que se le ocurrió.

—O lo encarrila usted o lo hago yo a mandobles, usted verá —declaró el coronel.

Charles suspiró con resignación. Atisbó, a través del seto que bordeaba el cuartel, los agotadores ejercicios que realizaba George una y otra vez, sin descanso.

—Si sigue a ese ritmo, acabará consigo mismo y me quedaré sin capitán antes de la próxima contienda. Y creo que no es necesario decirle que no estoy dispuesto a que eso suceda.

—Gracias por avisarme, coronel.

—No me las dé. Es la última vez. No soy la niñera de nadie. Haga algo, Forster.

Graham se alejó, pero antes le echó una última mirada al capitán.

Charles sabía que el coronel, a pesar de la frialdad que siempre demostraba, le había cogido aprecio a George y estaba realmente preocupado por él desde que le había mandado aviso de su insólito y exagerado comportamiento. Charles era consciente de que debía hacer algo, pero no sabía qué. Así que lo único que se le ocurrió fue pasar el mayor tiempo posible con él, distraerlo e intentar de nuevo hacerle recapacitar.

Atravesó la entrada del patio hacia él.

—¡George!

Este levantó la cabeza con una respiración ahogada.

—¡Charles!

Tiró el arma al suelo y con una amplia sonrisa se fue hacia él. Charles vio que estaba completamente exhausto.

—No sabía que ibas a venir. Me alegro de verte —jadeó George, que ya llegaba hasta él.

—No puedo decir lo mismo, estás horrible.

—Me estoy poniendo en forma. Debo entrenarme. Me apuesto lo que quieras que en nada me mandan a Francia a poner firme a Bonaparte.

—No apuestes tanto, nadie quiere que vayas allí.

—Así estaré entretenido y tendré algo útil qué hacer, para variar. Imagínate que lograra vencer al azote de Europa. Me ascenderían directamente a general —afirmó con altivez.

—Claro, porque no tienes nada más importante de qué ocuparte, ¿verdad? —soltó Charles.

—¿Más importante que salvar a Europa de una invasión? Pues no…, la verdad es que no.

Ahí estaba, aquella ironía que siempre utilizaba cuando quería esconder algo, cuando no quería mostrar lo que sentía, pensó Charles. Pero esta vez no iba a dejarle escabullirse tan fácilmente.

—Es posible que haya alguien que no opine lo mismo.

George frunció el ceño y borró su sonrisa.

—¿A qué has venido, Charles? Porque estoy muy ocupado.

Su amigo se obligó a aspirar profundamente y a contestar con calma, ya que, si se enzarzaban en una discusión, solo conseguiría el efecto contrario.

—He venido a invitarte a comer.

—¿Has venido desde Downton para invitarme a comer? ¡Madre mía! Eso sí que es un detalle.

—La comida no es solo conmigo —aclaró Charles.

—Ya me parecía que había algo más.

—Voy a comer con *lady* Hamilton y no me apetece hacerlo a solas con ella. Sigue ofendida porque me casé sin avisarla, sin invitarla y, sobre todo, sin pedirle permiso ni aprobación. Sigue sin perdonarme y será una comida espantosa si no vienes. Necesito tu ayuda.

—¿Una comida con *lady* Hamilton ofendida? Acepto la invitación, no puede haber nada más entretenido.

—Intentemos que sea una reunión agradable, no la provoques —le pidió Charles—. Además…, Anne se ha comprometido y hace solo unos meses que lo sabe, aún lo está asimilando.

—¿Anne va a casarse?

—Sí, con un marino mercante muy próspero.

La boca de George se desencajó.

—¿Con un marino mercante? ¿Y a *lady* Hamilton no le ha dado un ataque?

—Digamos que el marino es suficientemente rico como para no haberle puesto pegas —explicó Charles con satisfacción.

—Increíble… Yo que estaba convencido de que *lady* Hamilton quería casar a Anne con el mismísimo príncipe Jorge.

—Yo también creo que estuvo en sus planes.



El rostro de *lady* Hamilton estaba tan tenso que parecía un bloque de mármol. Ni una arruga se marcaba en su blanca piel, apenas parpadeaba y solo movía los ojos de un lado a otro para mirar a Charles y a George alternativamente.

—¿Cómo está la recién estrenada señora Forster, Charles? —preguntó mordaz.

—Estupendamente, gracias por preguntar —respondió Charles en el mismo tono que ella.

—Me lo puedo imaginar. Debe de estar muy satisfecha.

—Es muy feliz, si a eso se refiere.

—Sí, claro, felicidad. Tendrá muchos motivos para estarlo, ha sido un acontecimiento muy… imprevisto. Por llamarlo de alguna manera. No todos lo esperábamos.

—Pero estoy convencido de que se alegra por mí, ¿no es así, *lady* Hamilton? —replicó Charles con una encantadora y sarcástica sonrisa.

—Por supuesto, querido, si tú también eres feliz, yo soy feliz. Aunque el resultado final haya sido tan sorprendente.

—El resultado final ha sido el mejor y el más deseable posible.

—Si tú lo dices, así será —dijo con un exagerado suspiro.

—Le mandaré recuerdos de su parte a mi esposa, seguro que se pone muy contenta.

—Sí, por favor, mándaselos porque no creo que pueda ir a Downton a veros en una temporada.

—Lo lamentaremos mucho, *lady* Hamilton.

—Lo sé, mi presencia siempre es un bálsamo para cualquiera, soy consciente de ello.

Charles evitó contestar a aquella rotunda afirmación a riesgo de traicionar toda la educación que había recibido durante su vida.

George escuchaba entretenido aquel intercambio de engalanados dardos envenenados. Nunca dejaría de fascinarle la hipocresía de la alta sociedad, por muchos años que estuviera con ellos.

—Y usted, capitán, ¿alguna novedad, además de sus correrías por el frente?

—Mis correrías en general van muy bien, gracias también por preguntar.

—Lo veo distinto. No tiene esa cara de insolencia que siempre mostraba.

—Me hace especial ilusión que se fije en mi cara —dijo George con un guiño.

—Yo me fijo en todo, capitán. Ya debería saberlo después de tantos años.

—Lo sé perfectamente. Y déjeme decirle que, aunque sigue mostrando una insuperable belleza, usted tampoco tiene el mejor aspecto. ¿Alguna controversia en su vida que quiera compartirnos?

Charles tosió mientras se servía más vino.

—Supongo que Charles le ha contado lo de Anne.

—Algo he oído.

—Pues déjeme decirle que, a pesar de mis reticencias iniciales, ahora estoy muy satisfecha. Es un hombre tremendamente rico y lo de que no tenga título se puede arreglar. Hablaré con la reina al respecto.

—Vaya…, ¿le conseguirá un título? Háblele de mí también a la reina. Un ducado no me iría mal.

Charles se echó a reír y no pudo evitar atragantarse con el vino recién servido.

—Capitán, suficiente tiene usted con mantener su rango de oficial. No sabría ni qué hacer con un título nobiliario.

—Aprendo rápido, se lo aseguro.

Lady Hamilton esbozó una enigmática sonrisa.

—Ya basta de hablar de mí. ¿Qué es de su vida? ¿Alguna noticia que pueda contarme? No me diga que también se ha casado en secreto como Charles —le desafió sin miramientos.

—No, no debe preocuparse por ello. Es un tema que no sucederá.

—Menos mal, por un momento pensé que me iba a decir que sí y que había sido con la otra hermana Miller. ¿Se lo imagina? Sería de lo más grotesco, déjeme decírselo —afirmó con una aguda y desagradable risa.

George apretó la servilleta entre sus manos. Charles apoyó la mano en su rodilla para calmarlo.

—No llegué a coincidir con esa joven —continuó la dama—, pero por lo que me dijo Anne, se veía una muchacha muy agradable. Parece que las dos hermanas Miller son la sensación del condado. Así que, si usted no está interesado, la conquistará otro. Estas jovencitas hermosas no están mucho tiempo solteras, y más siendo de pueblo, que no deben de tener altas expectativas ni grandes sueños. En nada volverán a ir de boda, estoy segura.

George se bebió de un trago toda su copa. ¿Cómo era posible que alguien pudiera ser tan desagradable en un periodo tan corto de tiempo? Se la rellenó y volvió a beber. Cuando sintió el habitual y dulce calor del alcohol que bajaba por su garganta miró a *lady* Hamilton con un brillo en los ojos. Un brillo provocado por la rabia, el miedo y la desesperación de saber que tenía razón. Que aquello podía pasar.

—Sinceramente, *lady* Hamilton, lo que haga la señorita Alice Miller no es de la incumbencia de nadie y mucho menos de usted, que, como muy bien ha dicho, no la conoce. La señorita sabrá qué hacer y es decisión suya con quien se… case —dijo en un titubeo.

Charles lo observó de reojo, había percibido el temblor en su voz.

—Por supuesto, no es mi intención opinar al respecto —aclaró la dama —. Me es indiferente con quien se case esa muchacha. Solo indicaba lo

asombroso que sería que ahora que Charles se ha casado con la mayor de las Miller, usted hiciera lo mismo con la pequeña.

—Lady Hamilton, está hablando de mi esposa y de su hermana —intervino Charles, endureciendo el tono—. Le sugiero que se abstenga de más comentarios. Son dos mujeres excepcionales y me he casado con la mejor mujer que podría haber conocido, así que no vuelva a hablar de ellas en tono despectivo. Si no tiene nada bueno que decir, no diga nada.

El rostro de *lady* Hamilton enrojeció de la vergüenza y la humillación al verse censurada por el que hacía años había sido su sobrino. Se mantuvo rígida, sin dar muestras de la ofensa que sentía. Su idea del decoro y las buenas maneras no le permitían abandonar el comedor, por muchas ganas que tuviera. Decidió estar callada el resto de la comida e intervino solo en los momentos de estricta necesidad, a la espera de una disculpa que no llegó. Charles no mostró ninguna intención de excusarse y continuó comiendo como si nada hubiera pasado.

George procuró disimular su satisfacción sin conseguirlo. Una sonrisa burlona se grabó en su rostro y fue incapaz de borrarla hasta que abandonaron aquella casa.

—Si vas a contestarle así cada vez que nos veamos, me apunto a todas las comidas con *lady* Hamilton —soltó cuando ya subían al carruaje de regreso—. ¡Qué momento más placentero!

—Ha sido tremendamente grosera hablando de Kate y de Alice y debe saber que no pienso tolerarlo.

—Siempre es grosera, Charles, lo que pasa es que nunca nos había tocado tan de cerca. Apenas las conoce, ni se ha molestado en acercarse a ellas. A Kate la ha visto dos veces y con Alice ni siquiera ha coincidido. No tiene ningún derecho a hablar de ellas, ni a opinar, ni mucho menos a decir cuál puede ser el mejor futuro para… —Se calló recordando sus palabras sobre el matrimonio de la joven.

Charles vio cómo apretaba la mandíbula y desviaba la atención a través del cristal de la ventanilla.

—¿Estás bien?

—Sí…

—George, la opinión de ella no tiene la mayor importancia.

—Lo sé. Además, es algo que no me incumbe. Lo que haga Alice ya no es asunto mío.

—Podría serlo.

—Charles, no empieces. Quedó todo muy claro en la conversación que tuvimos, fui totalmente sincero contigo y no pienso volver a hablar de ello.

—Esa conversación fue hace dos meses, George, es posible que ahora…

—Ahora nada. Todo sigue igual, nada ha cambiado.

—George…

—Charles, por favor —le interrumpió—, déjalo. Te lo pido por favor.

Su amigo asintió y dejó que una calma tensa se adueñara del coche.

El capitán recostó la cabeza sobre el cristal y contempló, a su paso, las calles de Londres. Era extraño, aquellas imágenes que se iban formando frente a él parecían serle ajenas. Era como si todo aquello fuera otra vida, como si estuviera viviendo otra que no era la suya. Cerró los ojos en un intento de relajarse con el vaivén del coche.

Charles aguantó aquel silencio solo unos minutos más. Fue consciente de manera clara de que George sufría y se propuso conseguir que se alejase de aquella absurda idea a la que se había anclado.

—Parece que Alice está más animada. —George se tensó sin mirarle—. La hemos convencido para que venga a vivir a Manor Hall con nosotros, aunque ha decidido que se instalará después del verano, cuando llegue el otoño.

—Muy bien, así no estará sola —susurró George más para sí que para continuar la conversación.

—Bueno, sola no está —dijo Charles estudiando su expresión.

George lo miró de reojo.

—Quiero decir que tiene amigos —continuó Charles—: Rebecca y Robert Stone, y también el señor Williams, que viene a verla a menudo a casa.

El capitán se enderezó a la vez que clavaba los dedos en el asiento.

—El señor Williams…, ¡cómo no! Ahora debe de estar disfrutando de todo esto —murmuró mientras soltaba el aire por la nariz.

—Es un joven agradable y le hace bastante compañía —añadió Charles, que se fijó en que el tono de piel de George cambiaba a un alarmante violeta—. El otro día estaban juntos y vi que…

—¡Basta! —le interrumpió—. No quiero saberlo.

Charles ladeó la cabeza hacia él y comprobó la tensión que acumulaba.

—Ya tuve más que suficiente del señor Williams cuando estuve en Downton —continuó George entre dientes—. No quiero saber ni lo que hace ni lo que intenta con ella.

—De acuerdo, solo pensaba que tal vez querrías estar informado de lo que rodea a Alice y las posibles consecuencias…

—No quiero saber nada.

—George, creo que deberías saber que es posible que Alice…

—¡Maldita sea! ¡¿Por qué haces esto, Charles?! —le interrumpió alzando la voz—. ¡No quiero saber nada! Creo que lo he dejado claro.

Su amigo suspiró y se acomodó en el respaldo.

—Está bien, como quieras.

El capitán se secó el sudor frío que le recorría las sienes. ¿Posibles consecuencias? No quería saber nada. Cuanta menos información, menos sufrimiento. Ya tenía suficiente con sus propias conjeturas y su imaginación, que le traicionaban a diario. No necesitaba que nadie le contase lo que estaba pasando en realidad y lo que estaba perdiendo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 78
Afrontar los recuerdos

Charles se marchó al cabo de varios días con la promesa habitual de volver cuanto antes. Promesa que siempre cumplía y que dejaba al capitán con un vacío menor al saber que no tardaría en verlo.

Con la partida de su amigo, George volvió a retomar su rutina diaria, y autodestructiva, como el coronel la llamaba, consistente en los ya conocidos entrenamientos que duraban horas y que Graham seguía muy de cerca.

Septiembre de 1800

Las semanas seguían su inexorable sucesión. Se desplegaban frente a él, pero sin liberarle lo más mínimo de aquella ansiedad que seguía afincada en su cabeza y en su cuerpo.

El agotamiento diario conseguía que por la noche llegara extenuado y cayera profundamente dormido, pero no lograba evitar las deliciosas imágenes que su cabeza soñaba noche tras noche acerca de ella, lo que le provocaba placer y sufrimiento a partes iguales.

Charles le escribía a menudo, le contaba novedades de Mary, de Kate y de la señora Pearson, las cuales le mandaban cariñosos saludos, y también de la próxima boda de Anne, que *lady* Hamilton estaba organizando por todo lo alto en Londres. Nada de Alice. Ni una línea para nombrarla en ninguna de sus cartas. Él se lo había pedido y Charles lo estaba respetando. Pero ahora no tenía claro si no saber nada le producía más angustia que recibir noticias. Al principio, creía que iba a ser mejor mantenerse ignorante de lo que sucedía; sin embargo, en aquellos momentos, dudaba. ¿Estaría bien? ¿Se acordaría de él o ya le habría olvidado? ¿El señor Williams continuaría con su conquista o habría renunciado a ella? Eran preguntas que no dejaba de hacerse y de las que no tenía respuesta, solo sus propias suposiciones, todas bastante nefastas.

Por su parte, el coronel Graham continuaba atento a cualquier cambio que se produjera en su comportamiento. Parecía que la visita de Forster no había aliviado aquello que mortificaba al capitán y, dada la convulsa situación sociopolítica que afectaba a todo el continente, no podía permitirse tener a su mejor oficial en aquella frenética actitud; lo necesitaba calmado y centrado por si llegaban órdenes de Europa.

—Capitán —le interrumpió en medio de unos ejercicios con unos soldados jóvenes.

George paró; respiraba con dificultad por el esfuerzo, pero se irguió al verle.

—Señor.

Graham hizo una señal a los soldados para que se marcharan.

—Capitán, había pensado bajar a la ciudad. ¿Me recomienda algún sitio para tomar algo tranquilamente?

George titubeó, extrañado por varios motivos: primero, que le informase de sus planes, algo que nunca hacía y menos a sus subordinados; y segundo, que le pidiera consejo.

—Pues el Club Majestic, cerca de St. James. Es un local elegante.

—No, no. Ya lo conozco y no me apetece rodearme de caballeros distinguidos esta noche. Me apetece algo más informal. ¿Alguna idea?

—No sabría decirle, señor. En Londres solo conozco clubs de esa categoría.

—¿Y fuera de Londres?

—¿Cómo dice?

—Sé que vivió en Southwark varios años. ¿Conoce algún lugar por allí?

—Señor, con el debido respeto, no creo que sea la mejor zona. Estoy seguro de que en Londres encontrará…

—Contésteme a la pregunta, capitán —le interrumpió—, ¿conoce algún sitio?

George vaciló. Realmente no sabía si aquellas preguntas iban en serio o escondían alguna segunda intención.

—Sí, señor, conozco la zona.

—Estupendo. Le espero en media hora y saldremos para allí.

—¿Perdón?

—Usted viene conmigo.

—Pero, señor…

—Es una orden, capitán.

Aquello era inaudito, hacía nueve años que conocía a aquel hombre y jamás habían compartido más que una copa de vino casual en alguna recepción formal.

—¡Coronel! —exclamó antes de que se alejara—. No vaya con el uniforme, es un consejo.

Graham le dedicó una medio sonrisa.



Cuando desmontó una oleada de recuerdos casi le tumbó de espaldas. Las calles estaban exactamente igual a la última vez que había ido. Tal vez más sucias, pero con los mismos edificios, como si fuera un cuadro congelado en el tiempo. Cuando Wild y Hunter abandonaron aquel lugar, no tuvo ningún aliciente para regresar y no volvió a pisar aquellos rincones cargados de pesadillas.

Cruzó la plaza despacio, pendiente de cada mínimo detalle, como si en cualquier momento fuera a aparecer el chico de quince años que fue, aquel que corría tras su bolsa y el pañuelo de su madre. Se detuvo frente a la desvencijada fachada de la taberna de Joe, con el tablón de madera colgando de sus goznes. Lo observó con melancolía por los recuerdos que había fraguado allí. Una mezcla demasiado dolorosa.

—Es aquí, señor.

Graham alzó la vista para desgranar centímetro a centímetro cada parte de aquel edificio. Mostró una expresión difícil de definir y se encaminó con paso firme.

—Señor, ¿está seguro? Sigo pensando que en Londres encontraríamos algo propio a su categoría.

—No quiero nada que haya probado antes, capitán. Estoy de celebración y este lugar me parece perfecto.

Y, sin decir nada más, retomó sus pasos hacia la taberna.

«¿De celebración?». George le siguió con la mirada sin entender nada.

Entraron en la taberna y el olor a tabaco, alcohol y madera los envolvió. Fue como retroceder trece años en un instante. Paseó lentamente la mirada por el interior. Todo estaba igual a como lo recordaba: las desvencijadas sillas, los tablones agrietados de las mesas, la escalera que subía al piso superior y que mostraba algún escalón partido, las risas de fondo, las

exclamaciones de alguna mujer… Sonrió al ver a varios hombres desplomados sobre las mesas y rememoró las fiestas que había vivido allí.

Volvió la vista hacia la barra y hacia el hombre que limpiaba un vaso con un trapo. Tenía el pelo más canoso y había engordado, pero era inconfundible.

—Hola, Joe —saludó al acercarse.

Joe levantó la vista solo un poco, lo justo para divisar el elegante traje, y una mirada de desconfianza se dibujó en su semblante.

—¿Puedo ayudarle? —dijo sin dignarse a fijarse en su rostro.

—Joe, soy yo, George.

El tabernero clavó sus oscuros ojos en él y el vaso que sostenía se le escurrió de entre los dedos, cayó al suelo y se hizo añicos.

—¿George? ¡Santo cielo! —exclamó asombrado. Al momento salió de detrás de la barra y le rodeó con los brazos—. ¡Madre mía! ¿Cuántos años hace?

—Muchos…

—¿Cómo estás, muchacho? Wild me dijo que te iba bien, que estabas trabajando para un caballero rico de Londres.

—Sí, me ha ido bien.

Graham observaba la escena en segundo plano, pendiente de cada reacción como el buen estratega que era.

—Querríamos tomar unas cervezas —indicó George señalando a su acompañante.

Joe estudió a Graham sin pasarle desapercibida la pose erguida y orgullosa de su cuerpo y su semblante. George agradeció en silencio que le hubiera hecho caso con lo del uniforme y que no se lo hubiera puesto. No habría sido muy bien recibido por aquellos barrios.

—¿George?

El capitán se giró y reconoció a una mujer que lo miraba tapándose la boca por la sorpresa.

—¿Rose?

Rosemary empezó a llorar a la vez que corría hacia él. Lo abrazó con fuerza como si fuera una aparición y pudiera desaparecer en cualquier momento.

En ese instante, George captó su olor; aquel aroma que lo había acompañado durante tantas noches y lo había reconfortado en tantos ocasiones.

—Me alegro de verte, Rose.

Ella tembló con un sollozo de alegría.

—¿Cómo estás? —le preguntó George mientras le secaba las lágrimas con los dedos.

—Bien. Muy bien. Me casé.

—¡Me alegro!

—Conmigo —intervino Joe, que se acercó y rodeó los hombros de Rose en un cariñoso gesto.

El rostro de George mostró tal sorpresa que los dos se echaron a reír.

—Vaya…, jamás lo hubiera imaginado.

—La vida a veces te sorprende —afirmó el tabernero con una carcajada.

Tras unos minutos, el coronel carraspeó en señal de que seguía allí, esperando. El capitán volvió a pedir un par de cervezas y se sentaron en la mesa que siempre ocupaba junto a Hunter. Se fijó en la madera y pudo apreciar las muescas que el gigantón hizo antaño con su cuchillo.

—¿Así que esta era su guarida cuando vivía en Southwark? —inquirió Graham, oteando el local.

—Sí, este era mi…, podríamos decir, hogar.

—Pues brindemos —propuso Graham mientras alzaba su enorme vaso de cerveza y luego daba un sorbo—. Brindemos por su guarida y porque hoy es el cumpleaños de mi mujer.

George se atragantó.

—¿Su mujer? Pero creía que…

—Sí, hoy cumpliría cincuenta y seis años, hace ya veinte que murió, pero siempre celebro su cumpleaños, jamás me he dejado uno. —Soltó un hondo suspiro y miró al techo—. Si la hubiera conocido, capitán, la mujer más dulce del mundo. Es curioso que hay recuerdos que se quedan tan grabados que ni el tiempo puede borrarlos, y mi dulce Eloise sigue igual que cuando se fue.

George se quedó mirando al coronel, que daba un largo trago y se manchaba de espuma su bigote, y, en aquel instante, sintió una enorme compasión por él.

—Señor, ¿está seguro de que quiere estar aquí? Podemos ir a otro lugar más adecuado.

—No me lo vuelva a preguntar, capitán —indicó y se bebió el resto de la cerveza—. Me alegra que me haya enseñado un lugar que solo conocía usted.

—Pero, señor, tal vez sería mejor…

—Estoy donde quiero estar, capitán. Y usted, ¿está donde quiere estar?

—¿Qué? Señor, yo he venido aquí por usted…

—No hablo de la taberna, ¡diablos! Hablo de su vida, capitán.

—No sé a qué se refiere.

—Claro que lo sabe —replicó—. ¿Piensa que no me he percatado de su estado? ¿Cree que no me doy cuenta de cómo se destroza cada día en los entrenamientos? A usted le pasa algo, capitán, y más le vale solucionarlo, porque no estoy dispuesto a tener un oficial de alto rango tan descentrado.

—Estoy totalmente volcado en mi trabajo, señor.

—¡Y un carajo! ¿Cree que no he tenido su edad? ¿Que no sé lo que la cabeza y el cuerpo sienten? Claro que lo sé. Y no le estoy pidiendo que me cuente lo que le pasa, eso se lo dejo para su confesor, si es que lo tiene. Pero le pido que lo solucione por usted mismo y por su carrera. Sea lo que sea, haga un esfuerzo y soluciónelo.

Pidió otra cerveza mientras George le observaba. El coronel le dedicó una profunda mirada y George pudo apreciar en sus ojos una sincera preocupación por él. Aquello le emocionó y bebió de un trago todo su vaso.

—¿Cómo lo logra? —preguntó el capitán con vacilación.

—¿El qué?

—Continuar adelante a pesar de los recuerdos.

—Oh, muchacho…, los recuerdos pueden ser unos enemigos repugnantes, verdaderamente nauseabundos y crueles. Pero ¿qué le he enseñado a lo largo de todos estos años, capitán? —Graham se apoyó en la mesa y se acercó más a George—. Hay que vencer a los enemigos, siempre, sin piedad. Y más cuando intentan destruirte —dijo mordiendo cada palabra —. Mis recuerdos llevan décadas intentando acabar conmigo, cada día cuando me levanto lo intentan, pero los miro de frente, los desafío y busco solo aquello que me hace ser más fuerte. El resto lo deshecho.

—¿Y cómo se consigue eso?

—Recordando.

George frunció el ceño ante aquella aparente incoherencia.

—¿Se vence a los recuerdos recordando? Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene. Hay recuerdos que quieren volvernos locos, es su única función. Así que hay que volver a ellos, desmenuzarlos palmo a palmo, analizarlos y quedarse solo con lo importante, con su esencia pura.

Si huyes de ellos, te alcanzan, cada vez con más fuerza, y al final consiguen su objetivo. Hay que enfrentarse a ellos, capitán, y… superarlos.

George bajó el rostro hacia su bebida, analizando cada palabra del coronel.

—¿Y qué sucede si no se pueden superar? ¿Si el miedo es mayor que la fuerza?

—Eso nunca es así —sentenció el coronel—. Nos lo creemos para justificar no seguir adelante y poder lamentarnos en nuestra desgracia, pero la fortaleza de cada uno es mayor que ese miedo. Solo hay que sacarla y luchar. Y usted, capitán, es el mejor luchador que tengo. Así que… demuéstremelo.

George se sintió abrumado ante aquellas palabras. Graham era tan poco dado a alabar que, en aquel momento, recibir ese apoyo era desgarradoramente emotivo.

Estuvieron un par de horas más en la taberna. Joe se les unió, les invitó a otra cerveza y compartió una con ellos. Aprovechando aquel encuentro, le dio noticias a George sobre Wild y Hunter. Wild tenía cuatro chiquillos con Caroline. Todos niños.

—Y, gracias a Dios, los cuatro se parecen a la madre —soltó Joe ante la risa de George.

Por su parte, Hunter había ampliado su deseada granja, había adquirido más terrenos, que le reportaban cuantiosos beneficios.

A George le embargó una inmensa paz al escuchar aquellas novedades, y se hizo la promesa de que iría a verlos en cuanto tuviese ocasión.

Cuando salieron de la taberna, ya era noche cerrada. Fueron hacia los caballos, pero cuando se disponían a marcharse, George se detuvo.

—Tengo que hacer algo, coronel.

Graham entrecerró los ojos.

—¿Quiere que le acompañe?

—No. Tengo que ir yo solo. Voy a intentar seguir su consejo.

El coronel asintió.

—Muy bien, capitán. Haga lo que tenga que hacer —dijo firme mientras levantaba la mano con respeto para despedirse.

George le devolvió el saludo y miró cómo se alejaba.

Sujetó las riendas de su caballo y comenzó a adentrarse por aquellas sinuosas calles. A medida que penetraba en las callejuelas oscuras, su

corazón empezó a acelerarse, bombeaba tan fuerte que podía escuchar sus latidos. Llegó hasta un cruce y desmontó para continuar a pie.

Caminaba lento, a la vez que pasaba la palma de la mano por las irregulares fachadas de piedra de los edificios. Cuando alcanzó su destino se detuvo y necesitó un gran esfuerzo para continuar respirando. Frente a él se alzaba la pequeña casa de Emily y de su padre. Tenía la puerta rota, colgaba de las bisagras oxidadas, y las cortinas de las ventanas se veían ajadas, hechas jirones en algunos tramos.

Se acercó y con mano indecisa empujó la puerta medio partida. No había vuelto a acercarse allí desde que Emily murió y su padre se marchó para siempre. No había tenido el valor de hacerlo, diez años sin atreverse a dar aquel paso.

La casa estaba bañada por un manto de polvo espeso que cubría el suelo y las paredes. Estaba totalmente desprovista de muebles y de cualquier elemento de decoración. Lo que no se llevó el señor Anderson se lo debieron quedar los ladrones o los infelices que morían de hambre en la calle.

Recorrió la sala que había sido el comedor, con su pequeña cocina. Recordó el sofá donde se había recuperado de sus heridas, donde se había enamorado de ella. Atravesó la puerta que daba al diminuto pasillo con las dos únicas habitaciones de la casa. Entró en la habitación de Emily, sin rastro de sus muebles, con la marca en la pared del espejo que tenía colgado. Sus ojos se clavaron en el lugar donde había estado su cama. Cerró los ojos y rememoró cada segundo de la noche que se amaron, su cuerpo, su temblor, sus gemidos suaves, su piel cálida…, los «te quiero» susurrados al oído.

Unas lágrimas escaparon por sus mejillas.

«Perdóname», susurró antes de arrodillarse en el suelo. «Perdóname por no haber sabido protegerte».

Y allí, sentado en aquel polvoriento suelo, con aquella soledad extrema, algo en su interior se calmó. Los recuerdos alegres en aquella casa regresaron a él; las risas, las partidas de cartas, los momentos en el taller con el señor Anderson, los besos a escondidas con Emily, las miradas furtivas, los roces de manos… Se percató de que estaba sonriendo con los ojos cerrados y una pequeña llama prendió en su interior donde antes solo había vacío. Vio a Emily, que le sonreía y le decía que solo lo quería a él, y de repente la imagen de Emily se difuminó como una nube de vapor blanco

y se convirtió en la figura de Alice. Ella entornó los ojos hacia él y pudo escuchar su dulce voz que le susurraba que siempre le había amado, desde el primer instante.

Abrió los ojos de repente. Notó su pulso acelerado.

—Alice…

Recordó las palabras de Charles: «Ella solo quiere estar contigo. No quiere a nadie más. No solo es tu felicidad o tu miedo, es también su vida. Y ella solo te quiere a ti. No lo olvides».

«¿Quieres verla con otro hombre? ¿De verdad quieres eso?», aquellas preguntas retumbaron dentro de él.

—No… no quiero eso… No lo soportaría… —murmuró como si contestase a alguien en aquella fría y desolada habitación.

Salió de la casa, pero, antes de hacerlo, se giró una última vez y pronunció muy bajito la palabra «adiós». Allí dejaba aquellos recuerdos, agradeciendo los momentos felices y teniendo que soportar los sombríos. Pero quería que se quedasen todos allí, dentro de aquella casa, donde Emily aún reía y bailaba en su mente. Allí quería dejarla con su adorable ingenuidad y su preciosa sonrisa, sin que nadie pudiera hacerle daño. Allí permanecería feliz para siempre.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 79
Golpe de gracia

Había sido duro y a la vez liberador. Una sensación extraña y confusa. La tristeza y el alivio se intercalaban en él sin saber muy bien cómo se sentía.

Emily seguía con él, pero de otro modo, más sosegado, como un recuerdo bonito que ya no inflige dolor y forma parte de tu interior. Aquello le produjo tranquilidad, se sentía más liviano, y aquella sensación le reconfortó. Era como si hubiera estado los últimos años atrapado bajo una inmensa roca y ahora, por fin, se hubiera liberado.

«Dejar el pasado atrás y centrarse en el presente». Parecía una frase sencilla, pero aún se preguntaba a dónde le llevaría su presente… o a dónde quería que le llevase.

Los sentimientos por Alice solo hacían que aumentar y eran ya tan intensos que el deseo de verla y tocarla empezaba a ser insoportable. No podía seguir así. Ni la distancia ni el tiempo estaban consiguiendo su objetivo. No solo no la olvidaba, sino que en muchos momentos se replanteaba todas sus decisiones e ideas que le habían parecido tan firmes durante los últimos años.

En muchas ocasiones se descubría preguntándose si ella aún le amaría o si, por el contrario, ya se habría olvidado de él. Por un lado, sería lógico que ya no le amase, no le había dejado ni una puerta abierta, ni un mísero resquicio con el que pudiera alimentar sus ilusiones. Había sido tajante, duro, e incluso cruel. Así es que lo más normal es que lo hubiera olvidado. Y no podía reprocharle nada por mucho que le doliera. Sin embargo, sentía, o más bien deseaba, que sus sentimientos continuaran intactos, que siguiera sintiendo lo mismo.

¿Era egoísta por desear aquello? Probablemente, porque la encadenaba a él sin remedio, sin posibilidad de ser feliz con otro hombre. Pero no podía

evitarlo. Imaginarla con otro era superior a sus fuerzas, le producía demasiado dolor.

Y llegó el día que se desmoronó todo por completo.

Ya era finales de septiembre. Tres meses desde que había pronunciado las mentiras más repugnantes de su vida, ocasionando daño a la mujer más especial que había conocido. Tres meses eternos.

Pero aquel día lo iba a cambiar todo.

Uno de los soldados llegó corriendo, portaba una carta que le habían indicado que era urgente.

George vio que era de Charles. Le sorprendió porque hacía apenas unos días que había recibido otra de él.

27 de septiembre de 1800

Querido George:

Sé que me dijiste que no querías tener noticias de Alice y he respetado esa decisión, pero ahora creo que debes estar informado y pienso que tengo la obligación de comunicártelo.

Alice va a casarse con el señor Williams. Por lo visto, él se lo ha pedido en varias ocasiones y, finalmente, ella ha aceptado.

La boda será en las próximas semanas.

Aunque la última vez que nos vimos me dijiste que ya no era asunto tuyo, creo sinceramente que debías saberlo.

A partir de aquí, tú decides qué hacer, pero tanto Kate como yo pensamos que ha aceptado la proposición del señor Williams por compasión y que su corazón sigue siendo tuyo.

George, decidas lo que decidas, yo siempre te apoyaré, pero piensa en su felicidad, en la tuya y en la vida que ambos podríais tener.

Con todo el aprecio,

Charles Forster

La carta se escurrió de entre sus dedos y cayó lentamente al suelo.

Sus peores augurios se iban a cumplir. Iba a casarse. Ahora era real. Iba a suceder. Hasta el momento todo habían sido suposiciones suyas, pero se había convertido en una certeza. Alice iba a desposarse con Williams, y lo peor es que no le amaba. Ella le había asegurado que no quería a aquel hombre, pero, a pesar de ello, había aceptado.

Una rotunda afirmación brotó de su interior.

«Ella me ama a mí», se dijo con vehemencia.

Era cierto que habían pasado tres meses y que le había roto el corazón, pero se negaba a creer que ya no le amase. Y Charles también lo insinuaba en su carta.

«Me quiso durante más de un año sin saber si tenía esperanzas. Es imposible que ya no sienta nada», reflexionó.

La imagen de ella entre los brazos de Williams, entre caricias y besos, le hizo agarrar la carta y arrugarla con rabia entre sus dedos.

—¡Maldita sea! No puede estar con él, no le ama. Ella jamás será feliz con él. ¡Ella debe estar conmigo! —sentenció.

Se oyó pronunciando aquellas palabras y se quedó paralizado, mientras aún apretaba la carta en la mano. Y, de repente, fue consciente de que la angustia que había sentido durante aquellos meses se estaba disipando, sustituida, poco a poco, por una insólita serenidad.

Ella debía estar con él. Y él necesitaba estar con ella más que respirar. No podía seguir engañándose. Ahora ya no.

Salió corriendo hacia el interior del cuartel, movido por aquella desesperación de saber que podía perderla para siempre. Si no se daba prisa, ya no habría vuelta atrás. Esquivó a varios soldados que volvían de cenar y fue directo al despacho del coronel.

—Disculpe, señor, ¿tiene un momento? —indicó al llamar a la puerta.

Graham alzó la vista de sus papeles con expresión cansada. Se apretó el puente de la nariz y le hizo una señal para que entrase.

—Dígame, capitán.

—Señor, necesito que me dé unos días de permiso.

—¿Para irse cuándo?

—Mañana, si fuera posible.

—¿Mañana? ¿Y qué motivo tan trascendental le hace abandonar su puesto de manera tan precipitada?

—Un motivo que debo afrontar, señor, tal como usted me aconsejó.

Graham lo miró fijamente durante unos segundos antes de contestar.

—De acuerdo. Tiene mi autorización, capitán, pero más le vale que aproveche este permiso.

—Lo haré, señor. Gracias.

Se encaminó hacia la puerta, pero Graham lo detuvo.

—Vuelva con ella, capitán.

George se giró sorprendido.

—¿Qué? ¿Cómo sabe que es por…?

—¿Una mujer? Por favor, siempre es por una mujer. Vuelva con ella o no vuelva.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Si no vuelve con ella, le expulso de mi regimiento.

—¿Es una broma?

—¿Me ha visto bromear alguna vez, capitán?

—No, pero…

—Ya me ha oído. Si no consigue su objetivo, no vuelva. No estoy dispuesto a tener un capitán que se acobarda a la mínima dificultad —dijo enérgico.

A pesar del tono de voz, el bigote del coronel se elevó en una sonrisa cómplice.

—Sí, señor —respondió George, quien le devolvió la sonrisa y se despidió con un movimiento de cabeza.



Por la mañana, antes de que el sol hiciera su aparición y de que la actividad recorriese aquellos oscuros pasillos, se marchó con su caballo. No quería dar explicaciones a nadie, y se alejó antes de que cualquier soldado, oficial o, sobre todo, cualquier amigo se percatara de su partida.

El coronel Graham lo vio marchar desde la ventana de su habitación, con aquella misma sonrisa con la que lo había despedido en su despacho la noche anterior.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 80
Un objetivo claro

Cuando divisó las primeras casas del pueblo, agarró con fuerza las riendas, tiró y obligó a su montura a parar. Se encontraba encima de una pequeña loma desde donde podía divisar gran parte de la población. Se secó el sudor de la frente, que le caía en regueros por las sienes. Estaba muy cansado. Viajar a caballo era más rápido que ir en carruaje, pero infinitamente más agotador.

Acarició el lomo del animal con suavidad y percibió su cansancio.

—¡Vamos, chico!, ya casi estamos —le susurró—. Lo has hecho muy bien.

Era un caballo excelente. Hacía ya dos años que lo tenía y estaba entrenado tanto para ejercicios militares como para el combate. Su resistencia física era espectacular. Y esta vez tampoco le había defraudado al recorrer el trayecto en mucho menos tiempo.

Lo espoleó otra vez para que retomara el camino, pero a un paso más tranquilo.

Atravesó las calles, no sin despertar sorpresa y curiosidad entre los vecinos, que se paraban a mirarlo y a cuchichear entre ellos por aquella repentina llegada. No había nada que animara más a un pequeño pueblo que un nuevo residente o un regreso inesperado, como era el caso.

Ignoró todas las miradas indiscretas y se dirigió hasta el lugar que ansiaba. Desmontó cuando entró en la calle de Alice, ató al animal a un arbusto y continuó a pie. Aprovechó aquellos pasos para adecentarse un poco, volver a secarse el sudor de la cara con las mangas de la camisa y arreglarse el pelo con los dedos.

Cuando estaba a punto de alcanzar la casa, se obligó a respirar profundo y a repetir de nuevo las frases que había ido memorizando. El nerviosismo era tal que el corazón parecía que iba a salírsele del pecho. Por fin iba a verla de nuevo. Después de aquellos meses, la tendría frente a él e, incluso,

si la situación era propicia, podría tocarla. Se imaginó un escenario idílico en el que ella corría a su encuentro y le abrazaba feliz, ansiosa por su regreso.

Sonrió ante aquella imagen.

Aún estaba sonriendo cuando vio que ella cruzaba la calle a solo unos metros de él. Atravesó la entrada del jardín, sin percatarse de su presencia, y entró en la casa.

George adelantó unos pasos y se quedó observando la fachada durante unos segundos para infundirse valor. No recordaba haber estado tan nervioso en toda su vida. ¿Y si ya no le amaba? O peor, ¿y si le odiaba? Se había comportado como un cretino. Debía esperar que estuviera fría y distante, era lo mínimo que se merecía. Y podría sobrellevarlo si al menos aún sintiera algo por él. Pero si ya no sentía nada…

«Lo primero es conseguir que rompa el compromiso con el señor Williams, luego ya me encargaré de que me perdone y de reconquistarla», se dijo firme.

Había preparado todo tipo de argumentos para conseguir que desistiera de aquel absurdo matrimonio y no iba a irse de allí hasta lograrlo.

Se quedó quieto frente a la puerta mientras notó un hormigueo que le recorría desde los pies a la cabeza. Esta inseguridad ante una mujer era algo nuevo para él. Jamás se había sentido así.

Aspiró profundamente y llamó a la puerta.

Alice abrió y se quedó rígida al verlo, incapaz de mover un músculo ni, incluso, de parpadear. George creyó que había dejado de respirar.

La contempló embobado. «¡Dios…, cómo la había echado de menos!». Estaba preciosa.

—Hola, Alice —saludó con una medio sonrisa.

La joven soltó una exclamación y retrocedió sin dejar de mirarlo, como si estuviera ante una aparición.

—¿Qué hace aquí? —consiguió pronunciar.

George carraspeó y adelantó un paso.

—¿Puedo pasar? Necesito hablar con usted.

Alice titubeó.

—¿Hablar?… ¿Hablar de qué?

—Es importante.

—¿Importante? Creo que ya me dijo todo lo que pensaba cuando se fue. ¿Se olvidó de algo?

En su voz había resentimiento y, aunque era lógico, a George le dolió como una cuchilla afilada.

—Alice, por favor, necesito que hablemos.

La muchacha necesitó unos segundos para aceptar aquel requerimiento. Aunque le seguía pareciendo inverosímil que estuviera delante de ella después de la despedida que tuvieron, no podía evitar tener curiosidad por lo que pudiera decirle.

—Usted dirá —dijo al fin sin hacerle pasar y manteniéndose en el vestíbulo.

George tomó aire al comprobar que ella había apartado la vista de él. Si era sincero consigo mismo, no solo quería hablar con ella, quería abrazarla, besarla… Movió la cabeza para obligarse a centrarse solo en lo que tenía que decirle.

—Alice…, quería pedirle que… no se case —soltó a bocajarro.

La joven lo miró sorprendida.

—¿Qué?

—No se case. No quiere hacerlo, lo sé. Usted no quiere casarse.

—¿Qué está diciendo?

—Sé que no será feliz, usted también lo sabe. No lo haga. No se case.

—¿Que no me case? —repitió atónita.

—Alice, escúcheme, piense en su futuro, en lo que realmente desea. Sea sincera consigo misma.

—¿De qué está hablando?

—¡No se case con el señor Williams! —exclamó George desesperado y, después de acercarse a ella, le sujetó la mano con ímpetu.

—¿Cómo?

—Por favor, Alice, no se case con él. Usted no le ama. Me lo confesó antes de marcharme. No le quiere, no se case con él. Si lo hace, será infeliz. Si no le quiere, no debe hacerlo, porque…

Alice se soltó de su mano con una mirada atónita.

—¿Ha venido desde Londres para decirme esto?

—Pues, sí, yo…

—Fue usted quien me animó a casarme con él —dijo mientras se cogía los brazos y ponía más distancia entre ellos—. ¿Y ahora viene a decirme lo contrario?

—Alice, yo…

—Capitán —le interrumpió—, le dije que yo decidiría con quién me casaría. Ni usted, ni nadie, tiene el derecho a elegir por mí. No necesito que me digan lo que debo o no hacer. Creo que se lo dejé claro —espetó con una energía nacida de la decepción y la pena.

—Por supuesto, usted decide, pero este matrimonio no le dará la felicidad. No se case, se lo suplico.

—¡Deje de repetir eso! ¿De qué matrimonio habla? —preguntó Alice sin entender nada.

—De su compromiso con el señor Williams, que…

—¡No voy a casarme con el señor Williams! ¿De dónde ha sacado esa idea?

La boca de George se abrió sin comprender.

—¿Qué?… ¿Cómo que no va a casarse?

—¿Ha venido porque creía que iba a casarme con el señor Williams? ¿Ese es el motivo de su visita? —preguntó con la voz rota.

—Sí…, yo creía que…

—Pues es falso. ¿Quién le ha dado esa información?

George se tensó.

«Charles…».

Alzó la vista hacia ella, completamente confundido.

—Ah, ¿no va a casarse?

—No… no voy a casarme ni con el señor Williams ni con nadie —dijo en un tono más bajo—. Y siento que haya hecho el viaje en balde si solo pretendía impedirlo. Ya fui muy sincera con usted sobre lo que sentía, al igual que lo fue usted conmigo —susurró con tal tristeza que a George se le partió de nuevo el corazón.

—Alice, escúcheme…

—Ya sé lo que piensa y lo que siente, me lo dejó muy claro cuando se marchó, y me parece muy egoísta por su parte que haya venido aquí solo para evitar algo que a usted no le gusta o no considera adecuado. Tal vez piense que soy una niña que no puede organizar su vida…

—No pienso eso, Alice.

—Pero le aseguro que tengo muy claro lo que quiero y lo que no. Se lo ruego, márchese —le pidió mientras se secaba una lágrima—. Sinceramente, preferiría que no hubiera venido.

George se quedó inmóvil, totalmente en blanco. Venía con un discurso preparado y, de repente, todas sus premisas se habían esfumado. Era tan

sencillo como decirle «Alice, te quiero», ya está, solo eso. Pero estaba paralizado. Tres meses atrás le mintió, ¿ahora cómo iba a justificarlo?

«Perdona, Alice, te mentí porque soy un cobarde, pero en el fondo te quiero…». ¿Era eso lo que iba a decirle? «Maravilloso… La mejor declaración de la historia con diferencia», pensó con sarcasmo. Porque, además, todas las mujeres sueñan con estar con un hombre débil y cobarde. Sí, es la aspiración de toda mujer.

Aquellos pensamientos lo dominaron, a la vez que pensaba en la mentira que le había llevado hasta allí. Sintió una terrible inseguridad. Además, la mirada de decepción de ella le sobrepasó por completo.

—Discúlpeme, tengo que hacer una cosa —añadió George antes de darse la vuelta y salir de la casa.

Alice se quedó boquiabierta al ver cómo se marchaba. Cerró la puerta y se dejó caer abrazada sobre sí misma.

Espoleó con tanta fuerza al caballo que el pobre animal llegó agotado. Saltó de la montura y atravesó el umbral de la mansión, esquivando al mayordomo de la entrada.

—¡¡¡CHAAARLES!!!

Su voz resonó en todo el vestíbulo, lo que provocó que varios sirvientes se asomaran asustados.

Charles esbozó una sonrisa antes de girarse hacia él y verlo en el salón.

—¡George, qué alegría verte!

—¡¿ME HAS MENTIDO?! —vociferó a la vez que levantaba la carta delante de sus narices.

—Sí —contestó con una tranquilidad pasmosa.

El capitán lo observó asombrado, creyendo que haría algún esfuerzo por justificarse. Pero no, ahí estaba, con una aplastante sinceridad.

—¡Maldita sea! ¿Cómo has podido…?

—¿Quieres tomar una copa? —le ofreció, ajeno a su furia, que iba en aumento.

—¡No me ignores! ¡Contéstame! ¿Cómo te has atrevido a hacerlo?

—Pues me diste la idea tú mismo en la comida con *lady* Hamilton.

—¿Qué? ¿Que yo te di la idea? —preguntó entre atónito y furioso.

—Vi lo alterado que te pusiste cuando ella nombró un posible matrimonio de Alice y cómo te afectó cuando yo te nombré al señor Williams, y, uniendo las dos cosas, tuve claro que sería el único motivo que te haría volver a Downton.

—Pero ¡me has mentido! —repitió subiendo la voz.

—¡Oh, vamos, George! No tienes derecho a enfadarte. Aprendí del mejor —espetó a la vez que le señalaba con el dedo.

—¿De qué estás hablando? ¿Te refieres a mí?

—Claro que me refiero a ti.

—Si estás hablando de lo que pasó con Kate, no tiene nada que ver con esto.

—Claro que no. Lo tuyo fue mucho peor, me tuviste engañado casi un año. Así que ahora no dramatices por una carta de nada.

—¿Una carta de nada? ¡Acabo de quedar como un idiota! —exclamó enfurecido.

—Espera, espera… ¿Ya has ido a ver a Alice? —preguntó sorprendido.

—¡Claro que he ido a verla!

—Oh… Olvidé lo impulsivo que eres. ¿Y has ido a verla con esta facha? —inquirió Charles mientras torcía la boca y lo recorría de arriba abajo—. ¿Cuántas horas seguidas has cabalgado?

George bajó la mirada hacia su ropa, comprobó que estaba sucia por el viaje y empapada de sudor, sin contar el desagradable olor del que no se había percatado. Maldita sea, ya no solo era lo que había dicho, sino la apariencia desastrosa que llevaba. Tuvo ganas de golpear algo.

—George, pensé que vendrías primero aquí y que podría aclarártelo antes de verla —se justificó Charles y apretó los labios para no echarse a reír.

—Ni se te ocurra reírte —le amenazó—. ¡He quedado como un imbécil por tu culpa! Parecía medio bobo pidiéndole que no se casase.

Charles se tapó la boca en un intento vano por no echarse a reír allí mismo.

—Bueno, mantengamos la calma —replicó a la vez que agarraba a George de los hombros y le hacía sentar en el sofá—. Cuéntame, ¿cómo ha ido la conversación? ¿Le has dicho lo que sentías? Eso es lo importante.

—Pues… no. No le he dicho nada porque me he quedado en blanco y solo podía pensar en tu mentira traicionera. Y me he marchado de allí sin

darle más explicaciones. ¡Es todo culpa tuya! Todo este despropósito es culpa tuya —le reprochó entrecerrando los ojos.

—Tampoco exageres. No estás enfadado por mi mentira, sino porque no has tenido el valor de declararte.

—Eso no es verdad. Estoy enfadado contigo. Muy enfadado —se quejó en un lastimero tono que quiso parecer amenazante sin conseguirlo.

—Que no, George. Lo de la carta es una excusa. Estás alterado contigo mismo —le aclaró esbozando una sonrisa cómplice.

George enredó sus dedos en el pelo y ocultó el rostro con una mezcla de impotencia, sorpresa y enfado mayúsculo.

Charles le rodeó por los hombros.

—Vamos a hacer una cosa. Vas a subir a darte un baño, vas a quitarte el espantoso olor que llevas y las toneladas de mugre, y vas a ir otra vez a hablar con ella. Como una persona normal, no como un simio salido de la selva —apuntó Charles reprimiendo una risilla.

George lo fulminó con la mirada.

—De verdad, Charles, ahora mismo tengo ganas de matarte.

Su amigo estalló en una carcajada sin poder contenerse más.

—No, que va. Me quieres y en el fondo me das las gracias.

—No son las gracias lo que te daría ahora mismo —espetó George.

—Ya verás como cuando vuelvas a hablar con ella me agradecerás todo esto.

El capitán dejó caer la cabeza y soltó un bufido.

—Tiene que estar harta de mí —susurró George—. Y si aún no lo estaba, seguro que hoy lo he conseguido. Después de todo lo que le dije cuando me fui, ahora parecía que solo había vuelto para controlar su vida de manera egoísta. Igual que cuando me marché. No sé si querrá volver a verme.

—Sí que querrá, porque Alice es adorable y estoy seguro de que sigue enamorada de ti. Pero para que te escuche una sola palabra, antes… ¡lávate! Por tu bien y el de ella… y el de todos, ya puestos a pedir —dijo mientras le daba unos golpecitos en el hombro.

Se levantó y se fue hacia la puerta.

—Le pediré a la doncella que te prepare el baño.

—Charles —le llamó haciendo que se girara—, no creas que te he perdonado.

Su amigo sonrió.

—Claro que me has perdonado —indicó con una ceja levantada—. Y ahora, lávate, ¡por Dios!



El baño le ayudó a relajarse y a ordenar las ideas que revoloteaban dispersas en el enorme caos que era su cabeza en aquellos instantes.

Pensó una y otra vez todo lo que quería decirle, que realmente se reducían a un simple «Te quiero». Ya está, era lo único que debía pronunciar, pero le daba un terror inmenso hacerlo. Se imaginaba a ella rechazándole, cansada de su actitud, y toda su valentía se venía abajo.

Aguantó la respiración, cerró los ojos y se metió bajo el agua, sintió cómo le acariciaba la piel el líquido templado. Se quedó sumergido unos segundos, hasta que necesitó respirar, y tras ello se pasó las manos por el pelo empapado.

Se dio cuenta de que aquel baño había conseguido orientarlo de nuevo, una vez pasado el enfado y el asombro por la mentira de Charles. Era sorprendente que hubiera osado mentirle de aquella manera, pero para que se iba a engañar, él no era el más adecuado para quejarse después de todo lo acontecido.

Se miró en el espejo y se dio cuenta de que ni siquiera iba afeitado. Rebuscó en la estancia hasta encontrar una navaja y, con cuidado, empezó a deshacerse de aquel vello que ocupaba las mejillas y el mentón.

Cuando consiguió estar presentable, se vistió con un traje de chaqueta azul y volvió a mirar su reflejo en el espejo para intentar recobrar aquella seguridad en sí mismo que siempre le había acompañado y que ahora, de manera insólita, parecía haberle abandonado en un momento clave.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 81
Honestidad y amor

Pensó durante toda la tarde en cómo iniciar aquella conversación sin parecer un desequilibrado.

Se marchó en junio diciéndole que no la quería y que se casase con otro, y ahora volvía para impedir una boda que ni siquiera existía. «Si no piensa que soy un demente, tendré suerte», se dijo con un suspiro.

Tenía que esforzarse para superar el fiasco de aquella mañana. Aún podía ver el rostro decepcionado de ella. Era incapaz de olvidar su expresión dolida y triste. Menudo desastre. Le parecía realmente increíble lo mal que lo había hecho. Se había marchado como un crío asustado. Era vergonzoso.

Durante aquellos últimos diez años había seducido a infinidad de mujeres, sabía cómo hacerlo, cómo conquistarlas con una sonrisa, una palabra o una mirada. Pero ahora era diferente. Era la primera vez que tenía que ganarse un perdón y un amor auténtico.

Debía ser sincero, aunque con ello pareciera el hombre más cobarde del planeta. Ella merecía que le dijera la verdad y lo que sentía, tanto ahora como cuando se fue. Que conociera no solo el amor que reinaba en su corazón, sino también el miedo que lo paralizaba.

Y con esta decisión se encaminó a buscarla.

Nada más llegar, se percató de que estaba en la parte trasera de la casa. Podía oír cómo llamaba a las gallinas y cómo el perrillo ladraba sin parar.

La vio de espaldas, al lado del gallinero que él mismo había arreglado, y tuvo un irrefrenable deseo de abrazarla por detrás y hundir el rostro en su pelo. Se controló. Lo último que quería era que huyera del susto.

—Alice —la llamó dulcemente.

Ella se quedó quieta, de espaldas.

George vio que se quedaba inmóvil y decidió continuar.

—Alice, perdóneme por mi actitud de esta mañana.

La joven se giró hacia él. En un gesto instintivo, se agarró con fuerza del delantal y permaneció callada.

—No he sido del todo sincero con usted —continuó George—. Necesito que hablemos. Necesito contarle la verdad.

—Capitán, no es necesario que se esfuerce tanto…

Él ignoró estas palabras y se acercó a ella con más decisión.

—Fui un cobarde —dijo a la vez que apretaba el puño para darse confianza.

—¿Qué quiere decir?

—No fui honesto con usted, Alice. Ni con usted ni conmigo mismo. Necesito ser sincero, necesito decirle lo que siento realmente. —Tomó aire antes de continuar—. La quiero, Alice.

La muchacha dio un paso atrás, totalmente atónita.

—¿Qué? ¿Qué está diciendo?

—Alice…

—No se burle de mí, por favor —suplicó temblorosa.

—Es la verdad, créame… La quiero —repitió con suavidad—. La amo, Alice. La amo ahora y ya la amaba cuando me marché. La he querido durante todo este tiempo, pero tenía demasiado miedo para decírselo. No me atreví a mostrarle lo que realmente sentía, fui un cobarde y le mentí. Y no sabe cómo me arrepiento de haberlo hecho.

Ella continuaba callada, mirándole con los ojos abiertos, y aprovechó para acercarse un paso más.

—Me enamoré de usted durante aquellas semanas que pasamos juntos: su dulzura, su alegría, su timidez… Todo me cautivó hasta el extremo de que no soporto estar lejos de usted. Estos meses sin verla han sido una tortura. Por favor, perdóneme. Perdóneme por mentirle, por hacerla sufrir. Jamás quise herirla, créame. Pensé que sería más feliz con otro hombre y por eso le dije aquellas palabras. Fui sincero cuando le insinué que merecía algo mejor, lo dije de corazón, pensando en usted. Pero ahora veo que debemos estar juntos. —Se acercó a ella al ver que no reaccionaba y le cogió suavemente la mano—. Alice, si no estoy a su lado, se me escapa el aire. Y solo le pido que, si aún siente algo por mí, me perdone, porque le juro que la haré la mujer más feliz. Jamás se arrepentirá de darme una oportunidad. Se lo juro.

George notó que la mano que sujetaba empezaba a temblar. Observó cómo sus ojos se empañaban y sus lágrimas comenzaban a derramarse.

—No llore, por favor —le suplicó George—. No soporto verla llorar.

La joven tomó aire en varias bocanadas entrecortadas.

—Alice, dígame algo, lo que sea. Pero háble me.

—Dice que quiere que le perdone si siento algo por usted —susurró mirándole a los ojos—. Jamás he dejado de sentir algo por usted, capitán. Le quise cuando le conocí y le quiero aún más ahora mismo.

Una risa nerviosa brotó de los labios de George. Le sujetó el rostro con suavidad y apoyó su frente en la suya.

—Alice… —murmuró mientras cerraba los ojos.

Le acarició despacio las mejillas y se apartó lo justo para poder contemplarla. Ella abrió los ojos y sonrió. Se inclinó lentamente hacia ella y rozó sus labios, un leve roce, sin llegar a besarla, pero todo su cuerpo se estremeció. Alice se alzó de puntillas para estar más a su altura, con la intención de responder al deseo de ambos y, entonces, la besó.

La besó como jamás había besado a nadie, con una ternura y un deseo que no podía ni explicar. Aprisionó sus labios con cuidado y sintió cómo ella temblaba cada vez que alcanzaba su boca. La hubiera besado durante horas, sin parar. La amaba tanto que creía que iba a desfallecer.

Se separó solo unos centímetros, percibió su aliento y comprobó que aún mantenía los ojos cerrados. Y se puso a reír. Alice los abrió y lo miró sorprendida, y entonces George la alzó en el aire y la abrazó sin dejar de reír.

Alice estalló también en una risa desbocada, sin creer que aquello estuviera pasando en realidad.

—Te quiero —susurró George.

—Y yo a ti —respondió Alice con una irrefrenable risa que no podía cesar.

El capitán le explicó con calma todo lo que había vivido. El porqué de su actitud con ella. El miedo, el dolor y la pérdida que había experimentado entonces, cuando solo era un muchacho, y el temor que había sentido ahora. Necesitaba que ella pudiera comprender mejor su comportamiento.

Alice le escuchó en silencio, sin interrumpirle, y fue consciente de cómo sus sentimientos se hacían más intensos con cada palabra que escuchaba. La hacía sumamente feliz que se sincerara con ella, que le contase lo que sentía, pero también lo que había sufrido. La enamoraba el hecho de poder conocerle más, de desentrañar del todo aquella fascinante personalidad, que ya le había conquistado hacía más de un año.

George entornó los ojos hacia ella y paseó las yemas de los dedos por su mejilla. Poder abrirse así de aquel modo le estaba provocando una extraordinaria paz. Ahora tendría con quien compartir cualquier pensamiento, cualquier deseo o cualquier sentimiento. Todo lo haría con ella. Sin ocultarle nada, sin mentir. Ya no haría falta ninguna fachada, ninguna coraza; no sería necesario esconder ni disfrazar nada. Porque a su lado todo sería claro, transparente, sin fisuras.

Se acercó y volvió a besarla. El sabor de sus labios era lo más delicioso que había probado. Solo quería estar con ella y, sin pensar, dijo:

—Cásate conmigo.

Alice se apartó con la boca abierta.

—Perdona —se disculpó George al instante—. Lo siento, he sido demasiado impulsivo, lo sé. Es uno de mis defectos. Olvida lo que he dicho, iré más despacio por ti…

Alice le besó interrumpiendo aquellas torpes disculpas.

—Sí… —susurró con una voz temblorosa—. Quiero casarme contigo.

—¿Sí? —repitió George—. ¿Te casas conmigo?

—Sí, me caso contigo —respondió con una sacudida de alegría y nerviosismo a la vez.

George soltó un grito, le sujetó el rostro con ambas manos y la besó con tanta pasión que Alice dejó escapar un suspiro.



Charles mostró una enigmática expresión que George no supo interpretar si era de alegría, sorpresa, burla o una mezcla extraña de todo ello.

—Recuerdo ciertas palabras —ironizó Charles a la vez que empezaba a caminar por el salón mientras se golpeaba la barbilla con un dedo— en las que me dijiste que jamás te verías en mi situación…

—Vale, Charles, no hace falta que te regodees.

—¡Y tanto que hace falta! Porque yo también recuerdo que te dije que estaría deseando ver cómo te las tragabas. —Dejó escapar un amplio y exagerado suspiro de satisfacción—. Y aquí estoy disfrutando del día, por fin ha llegado.

—¿Va a durar mucho la mofa?

—Sí… —afirmó Charles con una risilla burlona—. Me debes tantos años de provocaciones que déjame que saboree este instante, por lo menos

un poquito más.

George resopló.

—Estás siendo muy infantil, Charles, mucho.

Este amplió la sonrisa.

—Lo sé, y me da igual. Solo déjame rememorar las veces que me has dicho que nunca, jamás, en la vida, ni muerto, te casarías. Solo déjame que disfrute lentamente de la ocasión.

—¿Sabes qué? Estás demostrando mucha inmadurez.

—¿Tú me llamas inmaduro? El mundo se ha vuelto loco y yo no me he dado cuenta.

—Mira, solo he venido a saber si serías mi padrino. Si no quieres, puedo pedírselo a cualquier otro.

Charles lo miró fijamente.

—¿De verdad necesitas que te conteste a eso? He esperado diez años a que me lo preguntaras. Si se lo pides a otro, yo mismo te ensarto con tu espada.

George sonrió al ver su decidida expresión.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un «por supuesto», y la duda ofende.

—Parece que al final me ha llegado el momento. De verdad que estaba decidido a que no llegase nunca, pero ahora…, solo de pensarlo… ¡Voy a ser tan afortunado de tenerla!

Charles se acercó y apoyó una mano en su hombro.

—Ella va a ser la afortunada, George. No tiene aún ni idea de con qué hombre se casa. De lo privilegiada que es y de lo feliz que será.

El capitán bajó la mirada ante sus palabras.

—Gracias…

Charles lo atrapó en un profundo y entrañable abrazo que le sorprendió.

—¿Te das cuenta de que ahora sí que seremos hermanos?

—Siempre lo hemos sido, Charles.

—Cierto.

Se casaron en una pequeña ermita alejada del pueblo el mismo día que Alice cumplía los diecinueve años, el seis de octubre; y como únicos testigos, aquellos a los que estimaban de verdad: Charles, Kate, Mary, la

señora Pearson, Becky y Robert. Las personas que los habían acompañado en aquel viaje desde el principio hasta el final.

Cuando el párroco pronunció las últimas palabras y George posó sus labios sobre los de Alice, se dio cuenta de que jamás había sentido una felicidad semejante. Nunca había experimentado una dicha y una paz tan indisolubles.

La miró a los ojos, Alice estaba emocionada y luchaba por no llorar, y supo que nunca dejaría de quererla. Y que, si ella lo miraba así siempre, como lo hacía en aquel instante, su amor viviría eternamente.

La abrazó, la levantó y volvió a besarla mientras los seis invitados, su auténtica familia, se acercaban a felicitarles entre vítores.

Tras la ceremonia, Becky y Robert se marcharon a casa a estar con la pequeña Helen, que habían dejado al cuidado de la niñera. La señora Pearson se despidió de los recién casados, pues tenía que volver a sus ocupaciones, pero, antes de hacerlo, le habló a George en privado.

—Capitán, quiero que sepa que estoy muy orgullosa de usted —le dijo reprimiendo las lágrimas—. Si pudiera ver lo que ha crecido en todos estos años. Si pudiera ver como yo lo veo, con mis ojos, todo lo que ha evolucionado, desde ese muchacho que encontré socorriendo a mi señora en la calle, un muchacho desorientado y perdido, hasta llegar a este hombre que tengo delante… Este hombre valiente y noble en el que se ha convertido con el paso de los años. —Le acarició la mejilla con ternura—. Siga creciendo así, tan bueno, sincero y leal, como es ahora. Y prométame que siempre cuidará de su esposa, porque esa muchacha lo adora, capitán, y sé que serán muy felices.

George la abrazó, incapaz de responder a sus palabras y a su cariño sin emocionarse. Solo le susurró al oído: «Se lo prometo. Gracias por todo», y le dio un dulce beso en la mejilla.

Charles, Kate y Mary se quedaron con ellos para compartir una merienda en la casa de las hermanas. Comentaron los últimos acontecimientos del pueblo, George los puso al día de la complicada situación bélica en Europa y Mary los deleitó con historias fantásticas que ingeniaba y vivía en el jardín de la mansión. La pequeña siempre conseguía sorprenderlos con su increíble imaginación.

Cuando ya llevaban un par de horas juntos, George comenzó a impacientarse. Miraba de reojo a Alice, que charlaba animadamente con Kate, y solo podía pensar en poder estar a solas con ella. Hablar, acariciarla,

besarla…, juntos en la intimidad de su nuevo hogar. Adoraba a Charles, a Kate y a su pequeña Mary, pero deseaba que se marchasen.

—Charles, ¿no tenías que ocuparte de eso tan urgente, de esos papeles tan importantes de Londres? —indicó cortando por completo la conversación que mantenían.

—¿Qué? No, no tengo que hacer nada… —respondió su amigo con indiferencia.

George arqueó ambas cejas y le dedicó una mirada suplicante de la que Charles no se percató.

—Sí, creo que sí. Tienes que atender eso tan importante…

—Que no. No tengo que hacer nada, te habrás confundido con…

Fue interrumpido por la patada que George le propinó por debajo de la mesa. Charles lo miró y vio que él ladeaba el rostro disimuladamente hacia Alice.

Charles sonrió tras comprender lo que le insinuaba.

—Sí, tienes razón, lo había olvidado. Tengo que hacer eso tan… urgente, con esos papeles tan… importantes —explicó—. Querida, ¿nos vamos ya? —dijo dirigiéndose a Kate.

—Ve tú, yo quiero quedarme un rato más.

—¡Yo también! —exclamó Mary.

George disimuló un bufido.

—Preferiría que vinierais, me iría bien vuestra ayuda —indicó Charles.

—¿Con unos papeles de Londres? —inquirió Kate, extrañada.

—No solo con los papeles, con otros asuntos… importantes… que os necesito para… —balbuceó sin terminar la frase.

George cerró los ojos en un gesto de desesperación, Charles era terrible mintiendo.

—Kate, nos vemos mañana —intervino de repente Alice.

Su hermana hizo un ligero mohín, pero accedió y se levantó de la mesa.

Vieron que el carruaje tomaba el camino hacia la mansión y que Mary sacaba los brazos por la ventanilla para despedirse.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 82
Eres la única

George entornó los ojos hacia Alice. Se podía apreciar su rigidez, con las manos entrelazadas delante de él, sin mirarle, con la vista clavaba aún en el camino que el coche había tomado. Imaginó que debía de estar nerviosa por lo que iba a suceder.

«Vale, George, tranquilo, con tacto. Con delicadeza y despacio», se dijo a pesar de que la hubiera besado sin control ni mesura en aquel mismo instante.

—Ha sido una ceremonia preciosa —apuntó George, lo que provocó que ella se girara hacia él.

—Sí, lo ha sido. Ha sido perfecta —contestó con una sonrisa.

—¿Te apetece dar un paseo? —le ofreció, imaginando que aquello la relajaría.

—No —respondió ella con cierto rubor.

—Oh… Bien… ¿Qué te apetece hacer? Lo que quieras. Aún queda tiempo antes de que anochezca.

Ella se acercó y, tras alzarse de puntillas, le rozó los labios de manera suave, aunque a George le pareció lo más exquisito del mundo. La miró solo un instante y se la llevó adentro. Cerró la puerta dándole una patada con el pie y correspondió su beso. Le sujetó el rostro con una mano y la cintura con la otra de manera más impulsiva de lo que tenía pensado. Alice pasó las manos por su pelo y George la apoyó con cuidado en la pared sin dejar de besarla. Bajó los labios por su cuello, sin detenerse a pensar, pero percibiendo cómo ella se estremecía.

Se obligó a parar y se relajó para evitar que la excitación lo dominará por completo.

—Si quieres que esperemos a la noche, puedo esperar. Si tú lo prefieres, puedo esperar, de verdad que puedo… —Tragó saliva mirándola—. No. Es

mentira, no puedo esperar, pero por ti lo haré si así te sientes más cómoda. Esperaré, no me importa —dijo atropelladamente.

Alice empezó a reír mientras le acariciaba el perfil de la mandíbula.

—No quiero esperar —murmuró sin poder evitar el sonrojo.

—¿Segura?

—Segura —contestó con una risa incontenible.

—Vale…, me parece muy bien.

La agarró en brazos y la subió al piso superior.

Entró en la habitación, la dejó con cuidado de pie en el suelo y, enmarcando su rostro, volvió a besarla.

—Señora Crowley —dijo sugerente.

Por fin estaba con ella, completamente a solas, ambos libres para amarse. Recordó que iba a ser su primera vez y él su primer y único amante. Aquella idea lo abrasó por dentro. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y oyó cómo liberaba un suspiro. Deslizó poco a poco los labios por su cuello, a la vez que sus manos recorrían su espalda en busca de los botones que cerraban su vestido. Con habilidad se fue deshaciendo, uno a uno, de cada cierre hasta que dejó al descubierto su piel. La acarició y siguió bajando, sensualmente, por su insinuante forma hasta el final.

Vio que ella respiraba de manera entrecortada y, despacio, deslizó su vestido hasta el suelo.

La contempló solo con el corsé y la besó con ansia, con un anhelo que necesitaba apagar. Consiguió quitarle el resto de ropa, quedando completamente desnuda, y todo su cuerpo ardió al contemplarla. Cada sugerente curva le gritaba que la recorriese sin descanso.

—Eres perfecta —dijo con la voz cargada de deseo.

Alice sonrió nerviosa y le besó con un ligero temblor.

La estiró en la cama y comenzó a acariciar sus pechos y su vientre, bajando lentamente hasta atravesar su ombligo. Al llegar abajo notó que ella se tensaba.

—George… —murmuró agitada entre la inquietud y la excitación.

—Tranquila —le susurró al oído—, confía en mí.

Le acarició entre los muslos y Alice soltó un gemido de sorpresa que se transformó en una extraordinaria sensación de placer.

George se recreaba con sus reacciones. Disfrutaba de cada jadeo que ella emitía. Notó cómo se arqueaba mientras él recorría su pecho con los labios

sin parar de acariciarle con la mano en su zona más sensible, con aquella habilidad adquirida tras años de práctica.

Después de varios minutos, que George intentó alargar todo lo que pudo, Alice se estremeció con un gemido ahogado y se tensó en un último espasmo.

Los labios de Alice se mantenían semiabiertos, el rostro sonrojado y la piel erizada, y George la besó, satisfecho de haberle proporcionado aquel momento. El primero de muchos que vendrían.

Por fin se quitó la camisa y los pantalones sin dejar de mirarla. Alice lo contemplaba con curiosidad y deslizó la mirada por su cuerpo, sus brazos, sus músculos, con un rubor en sus mejillas y una mirada tímida pero anhelante. Aquello lo excitó más, si es que eso era posible.

Volvió a besarla, a acariciarla. Rodeó su cuerpo con el suyo hasta que la notó temblar debajo de él, sabedor de que con cada roce de sus manos conseguía que ella deseara más. Y, cuando supo que estaba preparada, se introdujo entre sus piernas, lentamente.

Entrelazó sus dedos con los de ella, por encima de su cabeza, mientras iniciaba aquel delicioso ritmo. Cada movimiento en su interior le producía tanto placer que no podía parar de jadear. La miró mientras se movía, atento a todas sus reacciones. Ella abría y cerraba la boca, al son de su cadencia, y gemía al sentirlo dentro. George supo que ella deseaba tanto como él que aquello no terminara.

—Te quiero tanto, Alice… —susurró con ternura—. Te deseo tanto.

Aquellas palabras hicieron que ella lo abrazara fuerte, pegando su pecho al suyo, y George aumentó la intensidad de los impulsos. Alice cerró los ojos mientras disfrutaba de aquella fuerza que surgía de él.

En la última sacudida, George soltó un bramido, sin poder aguantar más aquella indescriptible sensación, y se desplomó encima de su cuerpo, totalmente saciado de ella.

Durante aquellos últimos meses había imaginado, en las noches sombrías, como sería estar con ella. Cada velada, sin faltar una, recreaba su imagen junto a él, la veía temblar bajo su cuerpo. Pero todas aquellas ensoñaciones ni se aproximaban, lo más mínimo, a lo que acababa de sentir. Notar su cuerpo, su piel, su aliento y sus jadeos había sido lo más intenso que había vivido.

Cuando recobró el aliento, se incorporó y, sin dejar de observarla, le apartó varios mechones de la frente.

—¿Qué tal? —preguntó sugerente, con cierta excitación todavía.

Alice sonrió, le sujetó el rostro y lo besó con pasión.

—Muy bien… muy bien —murmuró.

George percibió el deseo en ella, el mismo que mantenía él. Volvió a besarla y a amarla. Lo hizo durante horas, tal como siempre había soñado.



Alice acarició su piel mientras apoyaba la cabeza sobre su pecho. Estaba agotada, maravillosamente agotada y tremendamente feliz. El reloj marcaba las diez de la noche. Ni siquiera habían cenado. Se les habían pasado las horas entre sábanas sin darse cuenta. Soltó una risita. Jamás hubiera imaginado sentirse así, sentir tanto amor.

George pasó los dedos por su pelo, que se entrelazaron por sus largos mechones. Su respiración era aún entrecortada. Sin lugar a duda, era la experiencia más intensa y placentera que jamás había experimentado. Pensó que podría volver a amarla en ese mismo instante, pero se contuvo, intentó recuperar un poco el aliento.

Alice se incorporó y apoyó la barbilla en sus manos. Se quedó mirándolo, totalmente embobada.

—¿Qué pasa? —preguntó George, divertido al ver su expresión.

—Nada, te miro. Me gusta mirarte.

—Vaya, ¿le gusta mirarme, señora Crowley?

—Señora Crowley… Suena bien, ¿verdad? —dijo ella con una adorable sonrisa.

—Demasiado bien —musitó George a la vez que se apoderaba de su cuello.

Alice se echó a reír cuando él la giró y se colocó encima de ella.

—¿Cómo te hiciste esta cicatriz? —preguntó la muchacha mientras pasaba el dedo índice por la marca de su brazo izquierdo.

—En Francia. En un ataque que sufrimos por la retaguardia.

—Debe de ser espantosa la guerra —apuntó ella inquieta.

—No te haces una idea. Es terrible —murmuró—. Es miedo, es dolor, es angustia constante…, gritos, disparos y ese nauseabundo olor a sangre; y a la vez es valor y determinación, luchar por tus hombres, querer protegerlos a toda costa. Conoces a cada uno, sus vidas, sus familias, y quieres que regresen con ellas. Y eres el responsable de todos ellos, de que sobrevivan,

de que luchen y de que actúen con honor. Esa es tu máxima premisa cuando estás allí…

Alice vio que se había quedado absorto, perdido en algún terrible recuerdo. Le sujetó el rostro para que la mirara.

—Eh…, vuelve conmigo —le susurró con dulzura.

George parpadeó y, al ver su hermosa sonrisa, se relajó.

—Estás aquí, conmigo —murmuró ella y se acercó para besar sus labios.

—Sí… y no quiero estar en ningún otro sitio —dijo mientras cambiaba su expresión a una más atrevida—. Así que… vete despidiéndote de tu hermana, porque no vas a salir de aquí en unos cuantos días.

Alice empezó a reír y se mordió el labio de modo sugerente. Era delicioso verlo así.

—¿Cuándo tienes que volver con tu regimiento?

George soltó un hastiado suspiro.

—La semana que viene.

—¿Tan pronto?

—Sí, no puedo demorarlo más. —Y de repente le surgió una idea—. Pero vente conmigo a Londres, solo serán unas semanas.

—A Londres… ¿Puedo ir contigo?

—¡Claro! Le pediré a mi coronel que me deje instalarme en mi piso de la ciudad, podrías quedarte allí conmigo.

—Pero ¿no debes estar en el cuartel?

—Puedo acudir cada día, desde primera hora, hacer todo el trabajo y volver contigo. Alice, quiero que vengas. No quiero separarme de ti ahora.

—No quiero molestarte…

—¿Molestarme? Solo quiero estar contigo y, si no vienes…, renunciaré a mi rango de oficial.

—¿Qué?

—Me haré granjero en Downton. Tus gallinas me adoran.

—No lo dices en serio… —dijo divertida.

George la agarró de la cadera y la miró fijamente.

—Por estar contigo renunciaría a todo.

Alice tomó aire.

—¡Vale, vayamos a Londres!

—Solo serán unas semanas, luego volveremos aquí y viviremos en Downton. Incluso había pensado que podríamos comprar la casa.

—¿Esta casa?

—Sí, así no tendrías que preocuparte por el alquiler. Tengo dinero, más del que crees. Las campañas en Francia y la última de Irlanda me reportaron muchos beneficios. Compraremos la casa, era la de tus padres, sé el cariño que le tienes.

Alice le besó con pasión sin saber qué contestar a aquella increíble proposición.

—Por tu reacción deduzco que te gusta la idea —añadió él con una sonrisa de medio lado—. Además, si sé que estás acomodada, sin problemas económicos, estaré más tranquilo cuando tenga que irme… por si me sucediera algo…

—No te sucederá nada —le detuvo con un dedo en sus labios—. No te pasará nada, volverás aquí, siempre, conmigo.

—Sí…

—Prométemelo —suplicó Alice.

—Te lo prometo, volveré siempre —dijo mientras le acariciaba con el dorso de la mano la mejilla.

—Si no lo cumples, me enfadaré… mucho —replicó inquieta ante aquella posibilidad.

—Creo que no te he visto nunca enfadada de verdad. Puede ser divertido —respondió con sorna.

—¡No bromees con esto!

George rio para relajarla.

—No pienso dejarte —murmuró—. Aunque tuviera que matar yo mismo a todos los franceses, aunque tuviera que volver nadando desde Francia, volvería contigo. Te lo he prometido y pienso cumplirlo.

—Vale…, porque, si no, iré yo misma hasta allí. Yo también te lo prometo —aseguró con un titubeo nervioso.

—Oh… Sería interesante si vinieras, ya te lo aseguro. Tendría que espantarte a los soldados a puñetazo limpio. Estoy seguro de que no han visto nada, ni remotamente, tan hermoso como tú.

Alice se sonrojó.

—¡Qué exagerado eres! —exclamó y se tapó la cara con la sábana por la vergüenza.

—¿Exagerado? Te voy a demostrar… otra vez… que no exagero nada —añadió a la vez que apartaba provocativamente la sábana.

Se colocó encima de ella y volvió a recorrer con los labios su cuerpo, bajando tan lento y recreándose en cada porción de su piel que Alice solo

pudo contener la respiración y dejarse llevar por sus deliciosas caricias.



El reloj de la pared resonó para marcar las siete de la mañana. El sol se filtraba por las rendijas de las cortinas echadas, las mismas que los separaban del mundo exterior, ocultándoles allí dentro, donde solo existían ellos.

Alice ladeó el rostro para mirarlo mientras dormía, rememorando cómo la había acariciado y besado durante aquellas horas. Se había percatado de la pericia de sus manos y sus labios. Había sabido dónde tocarla para hacerla vibrar. Lo contempló un tanto preocupada.

George se desperezó y se encontró con la mirada escrutadora de Alice.

—¿También te gusta mirarme mientras duermo? —dijo divertido.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, lo que quieras.

Alice bajó el rostro al sentir sus mejillas sonrojarse.

—¿Qué ocurre? —le interpeló George mientras le subía la barbilla para que lo mirase—. Alice, puedes preguntarme lo que quieras.

—Yo… me preguntaba si… —vaciló antes de seguir—. ¿Has estado con muchas mujeres?

La boca de George se abrió tanto que temió sufrir una lesión en la mandíbula.

—¿Qué?

—Sé que no soy la primera, no soy tonta, y supongo que con Emily tú también… —titubeó—. Solo quería saber si había habido muchas más, ¿dos? ¿Tal vez tres?

George se aclaró la garganta. Había prometido ser completamente sincero con ella en todo, pero la verdad es que no veía la necesidad de que ella fuera conocedora de todos esos detalles.

—Alice, verás…, es cierto que he conocido a gente en estos años…

—¿Más de tres? —preguntó ella, alarmada.

—Ah… pues… —calló sopesando los pros y contras de decir la verdad, y no había ni un solo punto positivo, ni una ventaja en ello—. Alice, eso no tiene mayor importancia —dijo al fin. No iba a decirle la verdad sabiendo que sufriría, no tenía sentido.

—Si han sido tres…, yo sería la cuarta…

—Tú eres la única —la interrumpió con ímpetu y le sujetó el rostro con ambas manos—. La única, Alice. El resto no existe.

La muchacha asintió en silencio.

—Me crees, ¿verdad? —preguntó George preocupado al ver su expresión.

—Sí…

—Eres la única mujer que existe para mí. A la única que he amado en estos últimos años —insistió firme al ver que ella se mantenía con la mirada baja—. Alice, por favor, necesito que me creas. Me he casado contigo porque me he enamorado de ti con todo mi ser. Ninguna otra mujer es comparable a ti, ninguna.

Le pasó los dedos por la mejilla con intención de que ella levantara el rostro.

—Necesito que confíes en mí, en lo que siento —pidió George inquieto.

Alice se llevó sus dedos a los labios y los besó, uno a uno, con ternura.

—Claro que te creo —respondió con una sonrisa.

George suspiró aliviado.

—No quiero que pienses más en ello, por favor. Solo estamos tú y yo, lo demás no importa.

Alice se acercó, le obligó a estirarse y apoyó la cabeza en su pecho. Lo abrazó por la cintura y cerró los ojos escuchando el intenso bombeo de su corazón.

George notó cómo deslizaba las piernas entre las suyas y rodeó su cintura para acercarla más. Iba a demostrarle como fuera que sus palabras eran ciertas, que para él solo existía una mujer, que jamás había sentido por nadie lo que sentía por ella.

La besó en la cabeza, entre sus mechones, aspiró su aroma y se quedaron dormidos con los cuerpos entrelazados.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO 83
Una nueva luz

Enero de 1802

Le habían contado en repetidas ocasiones que, cuando oyes el llanto de tu bebé por primera vez, algo en tu corazón nace, crece y se multiplica hasta ocupar cada rincón de tu cuerpo y de tu alma. Un sentimiento de amor, protección y a la vez de miedo se adueña ya de tu espíritu para siempre. Y George pudo comprobarlo en aquel mismo instante.

Los gimoteos aún se escuchaban cuando entró en la habitación. Las matronas estaban recogiendo los paños que habían utilizado. Al momento miró a la cama, donde Alice respiraba agotada, empapada de sudor.

Corrió hacia ella, se arrodilló al lado de la cama y le acarició la frente. La besó con dulzura mientras mencionaba su nombre. Había sido un parto relativamente rápido, pero escuchar sus gritos durante todo aquel tiempo había sido una de las cosas más terroríficas que había vivido en su vida. Ahora comprendía a Charles cuando nació Mary, el miedo a que le pudiera pasar algo a Elizabeth. El mismo que él acababa de experimentar, y había sido aterrador.

Volvió a llamarla, Alice abrió los ojos y le dedicó una débil sonrisa.

—Mi amor, ¿cómo estás? —preguntó George, agitado al verla tan pálida.

—Cansada pero bien —susurró la joven sin poder evitar cerrar los ojos de nuevo.

—Que sepas que estás igual de preciosa que siempre —murmuró George.

—¡Mentiroso! —replicó Alice.

—Yo nunca miento.

Alice ladeó la cabeza para mirarlo.

—Es un niño —dijo señalando al bebé que ahora dormía entre los brazos de una matrona.

George se levantó y la mujer se lo cedió. Cogió al delicado recién nacido entre sus brazos y contempló su perfección: sus manos, sus pies, sus labios fruncidos que parecían buscar algo. Era perfecto y era suyo. Rio movido por los mismos nervios y la emoción. Era su hijo.

—Quisiera que se llamase James como mi padre —pidió Alice—. A no ser que quieras que se llame como el tuyo.

—No —respondió George tajante—. Mi padre no merece ningún tipo de reconocimiento, y menos uno tan especial. Se llamará como tú elijas.

La joven no añadió nada más, sabía de la tortuosa relación que había mantenido con su padre.

—James Crowley —susurró George antes de besarle en la frente.

Miró a Alice y después se aproximó a ella con el bebé aún en los brazos. Allí estaba. Su familia. Su vida. Algo que nunca había imaginado. Algo que creía que jamás tendría ni de lo que se sentía merecedor. Sin embargo, ahí estaba, junto a él.

Alice alzó el rostro y George se inclinó para besarla en los labios.

—Te quiero —le susurró al oído.

—Y yo a ti, siempre.

El pequeño se encogió en la mantita y George lo meció con cuidado, lo tapó más y lo presionó contra su cuerpo. El frescor se colaba por las maderas de las ventanas. Estaba siendo un invierno extremadamente frío. Había nevado durante días y aún eran visibles los restos de nieve en los caminos y los bosques.

Contempló a su hijo y pensó que lo único que deseaba era poder protegerlo de cualquier mal y darle todo lo que él no había tenido cuando era un niño. Esperaba poder ser capaz.

—Serás un padre maravilloso —afirmó Alice leyéndole los pensamientos.

George sonrió con cierta inquietud.

—Al menos lo intentaré.

—Lo serás —reiteró Alice mientras se incorporaba un poco—. En cuanto nuestro hijo te conozca, te querrá tanto como yo. Y no podrá estar más orgulloso de ti.

George soltó un suspiro mirando la carita que ahora dormía plácidamente. Aquel pequeño e indefenso bebé había cambiado su perspectiva de las cosas. Aquel pequeño era su futuro, su herencia en esta vida que a veces podía ser extremadamente cruel. Tenía la posibilidad de

dejar algo bueno tras él. Ese niño iba a ser su legado, su marca real en el mundo. Lo que él le aportara sería lo que permanecería, lo que podía mejorar aquella realidad, a veces inhumana, que él había vivido en primera persona.

—Serás un buen hombre, James —susurró mientras posaba los labios en su cabecita—. Es lo que más deseo, que seas bueno. Sé noble y generoso con todos, respeta a las mujeres, a cada una de ellas. Sé trabajador y honesto. Lucha por lo que desees. Y, sobre todo, James, sé leal a tus principios, sé leal en la amistad, en el amor, y te aseguro que con la lealtad por bandera todo lo demás te llegará, te lo prometo.

Esperaba poder transmitir todos esos valores a la criatura que ahora sujetaba, a pesar de que su vida no había sido el mejor ejemplo, pero iba a intentar enmendarlo con aquel pequeño que ahora protegía entre sus brazos.

Alice lo escuchaba con los ojos cerrados. Se había hecho la dormida para concederle cierta intimidad, pero no pudo evitar sonreír al oír sus palabras y que su pecho se inflamara de orgullo. Ese mismo orgullo que sabía que su hijo sentiría por él.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

Agosto de 1811
Nueve años después

Catorce meses llevaba fuera. Catorce largos e insufribles meses. El tiempo más largo que habían estado separados desde que se casaron.

Las cartas se esparcían en el tiempo sin orden, sin unos periodos claros. Había semanas que recibía varias cartas y luego pasaban meses sin tener noticias, en las que la angustia se adueñaba de su espíritu.

Más de un largo año hacía que se había ido, requerido por el ejército para combatir en las guerras napoleónicas que se desarrollaban por media Europa.

Él le había prometido escribirle cada día, a pesar de ser una hazaña prácticamente imposible. En las cartas que ella recibía, George le explicaba lo que estaba viviendo en el frente, pero Alice sabía que siempre endulzaba sus palabras para no preocuparla y se centraba, sobre todo, en decirle lo que la amaba y lo que los echaba de menos. Era conocedora de la verdad porque conocía a otros soldados que habían regresado de la guerra y lo que contaban era demoledor.

Estaba en Portugal, a las órdenes del general Wellesley, para intentar evitar que los franceses se hicieran con la península ibérica. Habían obtenido varias victorias y obligado a las tropas de Napoleón a retirarse.

Y ella solo suplicaba cada día que aquella guerra eterna finalizara y que lo dejaran volver a su lado.

La vida había continuado su curso durante aquellos últimos años. Kate seguía encargándose de la escuela de Downton. Ni siquiera el matrimonio con un caballero rico le había hecho desistir de su sueño, y Charles jamás se lo hubiera pedido. Todo lo que hiciera feliz a Kate le hacía feliz a él. Y con la ampliación de la escuela, que su esposo había financiado, ella había podido aceptar a más niños de la zona. Su matrimonio les había concedido un hijo, un avispado niño que ya tenía ocho años, con un abundante pelo castaño y que era la viva imagen de Charles.

Y así, de esta manera, el tiempo pasaba y solo se podía desear que la gente querida estuviera bien y a salvo. Era el único deseo de todos.



Alice entró en casa sujetando con fuerza un enorme canasto lleno de ropa limpia y seca. Empezó a doblar unas sábanas y, de manera instintiva, se llevó una a la nariz, aspiró profundamente para ver si captaba su olor. Lo hacía siempre que limpiaba la ropa de cama, a pesar de los meses transcurridos. Aquel olor que echaba tanto de menos y aquel cuerpo que añoraba entre sus brazos.

Escondió el rostro en aquel pedazo de tela y rogó al cielo que regresara ya junto a ella.

Tan ensimismada estaba pensando en él que no oyó los sigilosos pasos que se acercaron por su espalda. En un instante se encontró inmovilizada, con una mano que le tapaba la boca y otra que le rodeaba la cintura. Tembló sin atreverse a gritar ni a defenderse. Mucho se hablaba de la cantidad de maleantes que en aquellos tiempos recorrían ciudades y aldeas, precisamente aprovechando la falta de militares en el país. Lo mejor, en esas situaciones, era no resistirse. Debía mantener la calma y que el miedo no la dominara.

—Ni se le ocurra gritar, preciosa —le susurró al oído.

La muchacha dejó de temblar y de repente dio un salto y se giró hacia él. Allí estaba George con una sonrisa en los labios. Alice saltó sobre él y lo abrazó con toda su fuerza.

—¡George! —gritó antes de besarlo.

Aquel beso hizo que él olvidara por completo todas las penurias vividas en los últimos meses.

—¡No vuelvas a darme un susto así! —protestó.

—No he podido resistirme. No me has oído entrar y estabas muy sugerente doblando la ropa.

—Sí, claro, doblar la ropa es muy atractivo.

—Todo lo que haces es atrayente para mí —murmuró, a la vez que rodeaba su cintura.

Alice sintió su cálido contacto y sus labios que la besaban lentamente, recorriendo cada punto de su boca con una suavidad exquisita.

—No me puedo creer que estés aquí —susurró ella con la voz quebrada —. Estoy tan feliz… Te he echado tanto de menos, tanto… —dijo con los ojos vidriosos.

—Y yo a ti. Ni te imaginas cuánto —contestó mirándola fijamente.

—¿Cómo estás? ¿Estás herido?

—Estoy bien… Ahora estoy bien.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Espero que tarden en llamarme. El coronel Graham hará algunas gestiones para mantenerme en el país el máximo tiempo posible. Pero la situación está muy complicada, así que supongo que tendré que marcharme de nuevo.

Alice lo abrazó y apoyó la mejilla en su pecho.

—Lo importante es que ahora estás aquí. Lo demás ya vendrá.

—Sí, estoy aquí y estaba deseando verte. No te haces una idea de lo que te echo de menos cuando me voy.

Se quedaron unos instantes en silencio, abrazados, saboreando aquel contacto que tanto habían añorado, que tanto habían imaginado en las infinitas horas de aquellos eternos meses.

—¿Sabes que he soñado contigo cada día? —dijo él a la vez que reclamaba sus labios en un beso urgente y se deslizaba por sus mejillas hasta su cuello—. Cada día…

—George… —suspiró echando la cabeza hacia atrás.

—Necesitaba tanto verte.

El capitán continuó el recorrido de aquella deliciosa piel que tanto lo seducía.

—¿Dónde están los niños? —preguntó sin apartar sus labios.

—En la escuela.

—¿Los tres?

—Sí, están… con Kate —dijo Alice entrecortadamente mientras se dejaba llevar por sus caricias.

—Perfecto. Adoro a nuestros hijos, lo sabes, pero ahora te quiero para mí solo —dijo con la voz ronca—. Te necesito cerca, aunque sea unos minutos.

—Y yo a ti.

George la sujetó de la cadera y la sentó en la mesa. Alice sonrió divertida.

—¿No será mejor subir arriba a la habitación?

—No… Estamos solos, ¿no? Pues quedémonos aquí —propuso George con una pícara sonrisa—. ¿Cuántas veces hemos podido disfrutar del comedor tú y yo solos? —indicó con la ceja levantada—. Disfrutémoslo.

Alice se echó a reír a la vez que rodeaba su cuello para acercarlo más. Lo besó con una pasión que le surgía de la misma necesidad de sentirlo cerca.

Las manos de George se deslizaron por debajo de su falda, que levantó para recorrer sus muslos. Cómo había echado de menos su piel. Sus dedos ardían ante su contacto.

—Te quiero tanto… —susurró George, mirándola fijamente.

—Y yo. Te amo, y te he echado muchísimo de menos.

George volvió a besarla, desabrochó parte de su vestido y deslizó sus mangas por los hombros. Sus labios saborearon aquella porción de piel ahora desnuda para él. Era tan delicioso volver a probarla, volver a escuchar sus suaves jadeos con cada caricia que le dedicaba.

La tumbó en la mesa y se volcó sobre ella. Y Alice le respondió humedeciéndose el labio, pidiéndole entre murmullos que continuara, que no parara.

El capitán se desabrochó la camisa mientras sus labios revoloteaban por su escote y bajaba sugerente por su pecho. Alice gimió al sentirlo.

—George…

Él la besó de nuevo, consciente del deseo de ambos. Se acomodó sobre su cuerpo…

—¡Aaaahhh…!

Un grito les interrumpió, ambos se volvieron hacia la puerta. En la entrada del comedor una joven de espaldas se tapaba el rostro, avergonzada.

Alice se recompuso el vestido al instante, abochornada por la situación.

—¡MARY! —gritó George, quien se ajustó rápidamente la camisa.

—¡Perdón! La puerta estaba abierta y pensaba que solo estaba Alice…

—¡¿Cuántas veces tengo que decirte que tienes que llamar SIEMPRE?! —gritó él.

—¡Lo siento! No pensaba que habrías vuelto… —se disculpó repetidamente, tapándose aún el rostro, sin atreverse a darse la vuelta.

Alice se mantenía en un rincón, tan avergonzada que no osaba girarse.

—¿Qué es tan urgente para entrar en una casa así? —siseó George mientras se acercaba a ella—. Más vale que sea de vida o muerte, Mary.

La jovencita se giró con la cabeza gacha, totalmente sonrojada, y sin atreverse a mirarlos.

—Lo siento… —volvió a decir.

—Tranquila, Mary, no pasa nada —intervino Alice para eliminar aquella desagradable tensión.

—¡Claro que pasa! —exclamó el capitán.

—George, ya está —le susurró Alice, a la vez que le sujetaba la mano—. La pobre ya está suficientemente azorada. No la avergüences más.

—¿Ella está avergonzada? Éramos nosotros los que estábamos…

Alice le calló al estirar de su brazo para suplicarle que dejara ya el incómodo tema, pero Mary volvió a bajar el rostro, ruborizándose de nuevo.

—Estoy muy contenta de verte, tío George… —intervino por fin Mary, que esbozó una dulce sonrisa.

George suspiró con resignación.

—¿Qué querías, Mary? —preguntó Alice con calma.

—Es que… ha llegado un barco a Southampton procedente de las Américas y quería saber si me acompañarías a verlo, pero… no sabía que estabas… ocupada. —Al pronunciar esta última palabra, sus mejillas volvieron a encenderse.

—¿Un barco? ¿Has venido para ver un barco? —masculló George—. ¡Fantástico!

—No sabía que estabas aquí; no te enfades, tío George —pidió Mary con otra inocente y tierna sonrisa.

El capitán la contempló entrecerrando los ojos en una pose que quiso parecer amenazante, pero que con su sobrina nunca lograba. Ya había cumplido los veinte. Su espeso pelo negro lo llevaba medio recogido y sus ojos azules destacaban en su hermoso rostro. A pesar de ser toda una mujer, seguía manteniendo aquella expresión entre dulce y pícara tan característica suya. Con el paso de los años no se le había borrado y continuaba siendo la debilidad de su padre y de él mismo, que no podía enfadarse con ella más de unos minutos seguidos.

Mary se acercó y le dio un suave beso en la mejilla.

—¿Me perdonas? —murmuró.

George soltó una maldición ante aquel cariñoso gesto.

—¡Tenía muchas ganas de verte, tío George! ¡Qué contenta estoy de que estés bien! —dijo y lo abrazó con fuerza.

Aquel abrazo hizo desaparecer al instante cualquier atisbo de enfado.

—Eres imposible, Mary… —protestó George en un intento de mostrarse serio, pero correspondiendo a aquel entrañable abrazo.

Al cabo de unos minutos, unos agudos gritos irrumpieron en la casa. Apareció un muchachito de nueve años que se quedó parado en la puerta, petrificado.

—¡Papá! —gritó corriendo hacia George, que lo alzó en el aire.

—¡James! —exclamó—. ¿Cómo está el hombrecito de la casa? ¿Has cuidado de mamá este tiempo?

—Sí —afirmó levantando la barbilla, orgulloso.

—¡Muy bien! Mi niño grande.

George le alborotó el pelo, a la vez que se percató de que en la puerta había aparecido otro niño, de siete años, con la boca abierta y que lo miraba fijamente.

Sin dejar a James, extendió el brazo libre para que el niño se acercara.

—¡Ven aquí, Anthony!

El niño corrió hacia su padre, que lo alzó igual que a James.

—¡Cómo pesáis los dos! ¡No puedo con vosotros! —exclamó exageradamente simulando que caía de espaldas.

Los dos niños estallaron en una carcajada.

Alice los observaba con un suspiro en los labios.

En aquel momento entró Kate, que llevaba en brazos a una niña de unos tres años.

—¡George, qué alegría que hayas vuelto! —saludó con entusiasmo.

El capitán se giró y centró su atención en la preciosa niña rubia que sujetaba Kate. Dejó a los dos pequeños en el suelo y se acercó a ellas.

—Hola, Brianna —susurró George a la vez que se inclinaba hacia la pequeña.

La niña lo miró, extrañada.

—¿Ya no te acuerdas de papá? Ha sido mucho tiempo, ¿verdad?

George extendió los brazos y la niña se dejó coger, sujetándose al cuello de su padre.

—Mi princesa… —susurró George ante el suave abrazo de la pequeña.

Rememoró el día en que nació y vio que era una niña. Después de haber tenido dos varones creía que sería otro más, no se veía preparado para tener una niña. Pero cuando la contempló, se convirtió en su mundo. Era tan cariñosa y dulce como Alice, y de él había heredado sus ojos azules. Le habían puesto el nombre escocés de su madre, Brianna, para así mantenerla en el recuerdo de la familia, para que su ternura continuara entre ellos; aquella ternura que lo había salvado a él en su infancia de aquel padre atroz.

La niña se acomodó entre los brazos de su padre, al que miraba ensimismada. George alzó la vista hacia Alice, que estaba emocionada.

Durante todo aquel tiempo alejado de ellos, había temido no volver a verlos. Los combates y el odio al que se había enfrentado a diario le habían hecho dudar de su regreso. Pero allí estaba, junto a ellos, comprobando lo que habían crecido sus hijos en aquel tiempo separados y observando, embelesado, el hermoso rostro de Alice, que no dejaba de mirarlo como si temiera que fuera a desaparecer.

Se acercó a ella sin soltar a su hija, la rodeó por los hombros y la besó en la frente.

—Te lo prometí, ¿recuerdas? —le susurró—. Siempre volveré contigo. Pase lo que pase, volveré… ¡siempre!

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

A vosotros, mamá y Antonio, por ser unos padres maravillosos. Por las inolvidables conversaciones, por escucharme incansablemente, por vuestros consejos, por darme esa tranquilidad que he necesitado tantas veces, por vuestra ternura, por el inmenso cariño. Gracias por darme esa fuerza. Os quiero con toda mi alma.

En especial a ti David, mi amor. Por apoyarme en todo, por estar a mi lado pase lo que pase, por ser mi pilar. Por las risas, los abrazos y los besos que me dan la vida. Te amo cada día más.

A ti Cris, por acompañarme en esta aventura y en tantas otras. Por tu entusiasmo y por vivirla con la misma intensidad que yo comentando cada capítulo a medida que los escribía. Nos queda mucho por recorrer juntas.

A ti Marta, por cada momento compartido. Por cada feria, cada consejo y cada abrazo. Por vivir este sueño como si fuera tuyo, por tus infinitas ideas para ayudarme. Por confiar tanto en mí y hacerlo todo tan especial.

A todos los que formáis mi familia, gracias por estar ahí, por toda vuestra ilusión y por seguir conmigo cada paso que doy. Os quiero muchísimo.

A vosotras, las mejores amigas que podría tener, porque da igual que estemos cerca o lejos, que nos veamos más o menos, siempre estáis ahí. Espero que sigáis en mi vida para siempre.

A mis compañeros y compañeras de Mapea, unos excelentes escritores que he descubierto este año, y a Roger Domingo, nuestro mentor en este camino. Gracias a todos por enseñarme tanto.

A las fantásticas chicas que he conocido en Instagram: Gracias por vuestro apoyo y vuestro cariño.

A Romantic Ediciones por volver a confiar en mí con esta segunda novela y en especial a Marta y Maria Àngels por ser tan cariñosas conmigo.

A los que ya no estáis aquí y que echo de menos cada día, porque, aunque no pueda abrazaros, os siento a mi lado y siempre estaréis en mi corazón. Os quiero y os querré siempre.

Y a ti, que estás leyendo esto. Gracias por darle una oportunidad a mis sueños. Gracias por hacerlos realidad.

[1]Yo creo que hay un desfase de días que no cuadra.
[2]Si la ve por el rabillo del ojo la llevaría detrás.

OceanofPDF.com